



León Tolstói

Resurrección

E LEJANDRIA

R 115026

CONDE LEON TOLSTOY

Resurrección

CON UN PRÓLOGO DE
LEOPOLDO ALAS (*CLARIN*)

Traducción de AUGUSTO RIERA

Segunda edición



TOMO PRIMERO



BARCELONA
Casa Editorial Maucci.--Mallorca, 226 y 228
Buenos Ayres || **México**
MAUCCI HERMANOS || MAUCCI HERMANOS
Cuyo, 1070 || 1.º del Relox, 1
1901

R 115027

CONDE LEON TOLSTOY

Resurrección

CON UN PRÓLOGO DE
LEOPOLDO ALAS (*CLARIN*)

Traducción de AUGUSTO RIERA

Segunda edición



TOMO SEGUNDO



BARCELONA
Casa Editorial Maucci.--Mallorca, 226 y 228
Buenos Ayres || **México**
MAUCCI HERMANOS || MAUCCI HERMANOS
Cuyo, 1070 || 1.º del Relox, 1
1901

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

RESURRECCIÓN

LEON TOLSTOI

PUBLICADO: 1899

FUENTE: BIBLIOTECA HISPÁNICA DE LA BNE

EDICIÓN: BARCELONA: CASA EDITORIAL MAUCCI, 1901

TRADUCTOR: AUGUSTO RIERA

ÍNDICE

1. [Cubierta](#)
2. [Portada](#)
3. [Resurrección; con un prólogo de Leopoldo Alas Clarín](#)

4. ADVERTENCIA

5. PRÓLOGO

6. RESURRECCION

1. PRIMERA PARTE
2. SEGUNDA PARTE
3. TERCERA PARTE

ADVERTENCIA

Para la versión española de esta famosa novela, teniendo presente que lo que de ella se ha publicado en Rusia, en la revista «Niwa,» y en las traducciones inglesa, francesa, alemana, y algunas italianas, no forma la obra en su integridad, por haber mutilado la censura oficial en Rusia y la particular en otros países, el original del conde León Tolstoy, se ha tenido á la vista, para la que ofrezco al público, la hecha en Italiano por Nina Romanovsky, sacada del MANUSCRITO RUSO y AUTORIZADA POR EL PROPIO TOLSTOY. Así pues, la edición española es completísima y en ella está cuanto su ilustre autor ha querido que fuesen elementos de su novela.

El Editor.

Marzo, de 1900.

PRÓLOGO

RESURRECCIÓN es, ante todo, un libro edificante; como El Evangelio, como el El libro do Job, como el Kempis, como la Vida de San Francisco, como las Obras de Santa Teresa. Los misticismos literarios pasan; son una moda, y pasan; el entusiasmo por una literatura exótica, nueva, pasa; pero la piedad sincera, real, humilde, seria, queda; y los grandes maestros piadosos del arte, quedan.

Tolstoy estuvo de moda cuando Francia, y en pos de ella, otras naciones, descubrieron el genio literario de Rusia; pero este prurito pasó, dejó de ser novedad. Y Tolstoy queda, con una actualidad constante; su genio sigue imponiéndose á la atención del mundo intelectual, y sus ideas y sentimientos piadosos triunfan con él, y permanecen, llamando con la voz del arte á los buenos corazones. En la noche serena, estrellada, las chispas de un cohete se confunden, allá en la altura, por un momento, con los astros. Pasa la hora de la fiesta, mueren los fuegos de artificio, pero las estrellas, que parecían como aquellas chispas, siguen brillando.

Tolstoy, su idea, su arte, su apostolado, nada tiene que ver con pasajeros alardes de dudosos misticismos, que suelen tener de sinceros lo que tienen de enfermizos.

**

Si me preguntan por el argumento material de RESURRECCIÓN, tendré que narrar, en resúmen, algo que recuerda La dama de las Camelias, que á su vez parece, en el argumento, un plagio de un drama japonés titulado Kami ya-Giyé. La cantatriz O'haré es la

querida de Gijé, que quiere volver á estos amores, darles dignidad; el padre de Gijé interviene y consigue el sacrificio de O`haré, que se hace despreciar de su amante para que éste la abandone. Lo mismo que en La dama de las Camelias.

En RESURRECCIÓN, Neklindoff, que sedujo á la Máslova, cuando la encuentra prostituida, condenada á trabajos forzados, quiere reparar su falta, redimir á su victima, siguiéndola á Siberia, ofreciéndole su mano; pero la Máslova se sacrifica también, oculta su regeneración interior á Neklindoff, le oculta su amor y le declara que prefiere quedarse en Siberia unida á otro hombre, á Simonson.

Pero... no es esto RESURRECCIÓN. Es un libro de moral, como hay varios en la Biblia, escrito sin propósito principalmente artístico, por un gran artista... que, sin querer, produce, ante todo, una obra maestra de arte.

Tolstoy es, antes que nada, un gran artista, mal que le pese. No importa que él, en libros recientes, llegue casi á desdeñar el arte. Cuando, con fines que no fueron seguramente de mero amante de la belleza que quiere crearla porque puede, determinó volver á escribir una gran novela, no se propuso, de fijo, demostrar que era el mismo novelista admirable, poderoso de La Guerra y la pan y de Ana Karenina. Pero lo que probó, desde luego, con RESURRECCIÓN, fué eso: que seguía siendo el artista de la suprema habilidad.

Fenómeno bastante general en nuestros días, y acaso signo de los tiempos, es el de aficionarse notables artistas de la pluma á la parte útil, noblemente interesada de los asuntos que tratan, y convertirse en sociólogos, en moralistas, etc., directamente, escribiendo, sin el auxilio de una fábula, de aquellas materias que en la vida ó en la idea les interesan, ó haciendo que en sus ficciones artísticas predominen la tendencia, la tesis, la doctrina, el apostolado.

Escojamos, entre los muchos que se ofrecen, algunos ejemplos. Zola, además de unirse á la vida social externa de su país en célebres y nobles campañas de actividad y fuerza, escribe indirectamente en sus últimas obras (Lourdes, Roma, París,

Fecundidad) con propósito docente, claro; y tal vez perjudicando á veces al valor permanente artístico de la novela. Bourget, que siempre pecó por tal inclinación, produce con preferencia libros de enseñanza directa, de doctrina y de información. Hasta Faguet, un crítico que solía ser en su crítica más sociólogo que retórico, se entrega á la producción científica inmediata, sin pretexto artístico.

En general, todos estos literatos valen más como tales que como sabios, sociólogos ó filósofos; y sus trabajos artísticos, en que predomina la tendencia, la doctrina, salen perdiendo, literariamente, con este exceso.

De Tolstoy también se ha dicho (por ejemplo, nuestra ilustre Pardo Bazán y el simpático Mr. Berenger) que valia más como poeta, como novelista que en cuanto sociólogo. También podrá ser verdad.

Pero en Tolstoy el artista no ha perdido nada, por culpa del sociólogo. Y además, en Tolstoy hay algo muy superior al sociólogo y que está al nivel del artista: el apóstol, el hombre religioso lleno de santa unción.

**

Parecía, que después de haberse entregado con tan sincero fervor á sus ideas y experiencias de propagandista sui generis, de pedagogo singular, de cristiano independiente; después de haber relegado, dentro de su ánimo, á secundario lugar sus facultades de novelista; Tolstoy, al volver á escribir una gran novela de empeño, con fines, sin duda extraños, y para él, superiores al del arte, había de mostrarse en decadencia, inferior al autor, mucho más joven y menos tendencioso (aunque siempre mucho), de La Guerra y la paz y de Ana Karenina. Sin embargo, no ha sido así. RESURRECCIÓN en interés, en fuerza estética, vale tanto como aquellas obras maestras; y aun las aventaja en ciertas cualidades, que justamente son de las que suponen mayor atención al objeto artístico, á la forma, á la composición.

En efecto, en las antiguas obras maestras, Tolstoy llenaba páginas y páginas sin pensar en los inconvenientes de la prolijidad;

predicaba mucho, sobre todo en la Guerra y la paz, y á veces sobre asuntos secundarios y en que sus opiniones particulares eran muy discutibles; por ejemplo, cuando se deleitaba disertando en defensa de su famoso

fatalismo militar, como pudiéramos decir, si alguna vez la palabra fatalismo pudiera aplicarse á ideas de Tolstoy. Claro que al representar su opinión en este punto, en su héroe ruso, el general Koutouzow, que se dormía en los consejos de guerra; y, en ocasiones, estaba leyendo novelas, mientras le creían estudiando un plan de campaña, el artista nos embelesa con la poesía y profunda observación de su estudio de carácter; pero otras veces la lección escueta, la tésis directa nos hace impacientarnos.

En RESURRECCIÓN nada de esto; á pesar de que el propósito íntimo del autor es más docente, más interesado que nunca, las digresiones doctrinales se nos dan en dosis menores, en estilo elocuente, y casi siempre agregadas, á los pocos renglones, á la acción misma, de modo puramente artístico. Desde este punto de vista, puede decirse que RESURRECCIÓN es la novela más hábil, más perfecta de Tolstoy. Además, tampoco encontramos aquí aquella selva de episodios, casi todos interesantes, pero que al fin complican y detienen la acción, que se nota en las obras antes citadas. Ahora el autor marcha ceñido al asunto, siempre interesándonos con lo principal, puro novelista de asombrosa sencillez siempre; sin que pierda por ello su trabajo la gran trascendencia moral, la enseñanza profunda y sublime de que hablaremos, aunque muy poco, más abajo.

Lo ha querido Dios; Tolstoy cada vez más olvidado de su genio, humilde de verdad, como buen cristiano, es más poeta, más artista que nunca, sin querer; porque la gracia que Dios ha querido llevar á su corazón, también la derrama sobre su arte, piense en ello ó no el artista, pues le ha de servir de instrumento para edificar las almas con el señuelo de la hermosura.

Es claro que el ánimo actual del conde ruso respecto de sus facultades literarias es análogo al que daba á comprender Lope de

Vega, cuando, si ello es verdad, al morir decía que todos sus cientos de comedias los daba por un poco de piedad verdadera, en aquel supremo trance.

Un día, San Francisco de Asís, también poeta, artista á su modo, empezó por entretenimiento, á tallar una copa de madera; y vió que hacía primores, que tenía vocación para el caso; y con inocentísima complacencia de santo poeta, se recreaba en su obra; pero después temió que tal ocupación y tal contento no fueran provechosos para el alma... y ya no talló más que corazones de santos.

Análoga disposición parece ser ahora la del espíritu de Tolstoy; y á mi ver, tal sentido tienen, en el fondo, recientes escritos suyos en que no se reconoce todo el valor real de lo estético, de la producción literaria particularmente; pero que acaso más que una doctrina científica representan el estado de ánimo del noble asceta. Sí, un poco asceta, como han solido serlo cuantos han tomado muy en serio el asunto de la perfección moral y religiosa. Tal vez el ascetismo vale más que como criterio y como doctrina rigurosos, como expediente empírico para huir de probables tentaciones.

**

Y esto me trae, como por la mano, creo, al núcleo de la doctrina, del apostolado de Tolstoy, que en RESURRECCIÓN se manifiesta acaso con más elocuencia que nunca, pero con el mismo profundísimo sentido de siempre.

Mucho quisiera explicarme con suficiente claridad, para que me entendieran ciertas gentes, acaso bien intencionadas, pero precipitadas en la acción, y al pensar, muy superficiales.

No falta quien quiere incorporar á Tolstoy al ejército de cierto radicalismo exaltado, utópico, que pretende transformar toda la sociedad por una palingenesia de carácter apocalíptico.

Tolstoy no es de esos. Por lo pronto, es claro que hay que separarle de cuantos predicán la violencia, las reivindicaciones sangrientas. El no admite la fuerza, el dolor ajeno causado con intención; no ya para la venganza, ni siquiera para la defensa.—Esta

teoría de la no resistencia al mal, podrá admitirse ó no, pero no hay que creer que es un arranque de sentimentalismo sin consistencia filosófica. Extremándola mucho más, un filósofo, ruso también, aunque profesó en Alemania, Spir, nos da su fundamento metafísico; si bien Tolstoy no llega á las afirmaciones del ilustre pensador citado.

Veamos la diferencia y la semejanza. Para Spir, lo real es Dios, lo absoluto; todo lo que no es por sí, es una apariencia. El yo, como el individual, el yo del egoísmo pudiera decirse, es aprensión también; ese yo no es inmortal: lo inmortal en nosotros es lo que de nosotros se adhiere á la verdad y al bien, que son en Dios. Lo demás es sombra. En cuanto al mundo exterior, natural, Spir ni lo afirma ni lo niega; pero no se lo explica. La naturaleza, para él, es inmortal. Dios no ha hecho el mundo, que no se sabe lo que es. El hombre, sin embargo, condicionado por el cuerpo, no debe destruirlo, sino emplearlo para poder realizar la verdad y el bien, que es lo real.

Tolstoy no niega el mundo natural, ni suele ahondar en el aspecto metafísico de -bu doctrina; pero refiriéndolo todo á nuestro destino, á lo que debemos hacer, sostiene que lo sustancial en nuestra vida, lo que no es engaño, apariencia, y en definitiva dolor, es el olvido del yo para dedicarnos al bien de los demás. Solo puedo ser feliz cuando no busco mi felicidad en mí, sino en la felicidad de los demás. El mal que los demás me hagan, no es mal, —para mí;—en cambio, lo es el que yo les haga á ellos.

Como se ve, en el resultado moral, la doctrina de Tolstoy coincide casi con la de su compatriota Spir. Consideradas tales doctrinas, podrá parecer cualquier cosa menos superficial é ilógica, la teoría de la no defensa.

Pero Tolstoy agrega con gran sentido á mi ver, su doctrina, al Cristianismo. Quiera darle la pátina sagrada de la sublime tradición religiosa, remontándose, por supuesto, á la pureza primitiva. Asi como sus teorías de la felicidad lograda por la muerte del egoísmo las expone principalmente en los varios libros que dedicó á la historia de sus creencias, y de modo indirecto en las principales de sus novelas, como veremos luego; la relación de tal criterio al

Cristianismo, la estudia de manera especial en su libro acerca de Los Evangelios', y desde el punto de vista artístico, en esta nueva novela. Y este es otro aspecto interesante de Resurrección, el principal acaso. En Los Evangelios y en otras obras, como por ejemplo, en un artículo reciente titulado «Mentiras religiosas,» Tolstoy parece separarla esencia del Cristianismo de lo que, según él, aunque suele unírsele, no solo no le pertenece, si no que es antitético. El lazo del hebraísmo religioso con la idea cristiana es solo exterior; lejos de ver como otros, radicales en sentido contrario, en el Evangelio, solo un desenvolvimiento estético, y activo y lleno de gracia, de gérmenes que ya están en el Antiguo Testamento, Tolstoy los separa por irreconciliables. Acaso en esto se equivoca por lo extremado de su pensamiento; acaso, vió en este punto mejor Renán, entre otros, encontrando tradición cristiana, por decirlo así, en el espíritu de los grandes profetas; pero en otras relaciones el mismo Renán tiene que reconocer grandes variaciones. Tolstoy tampoco admite la solidaridad entre el Evangelio y el trabajo posterior dogmático de la Iglesia.

Para él, Jesús dice que lleva á Dios dentro de sí; que Dios está en nosotros; es nuestra caridad, que es el bien y la verdad que importan. En este punto, en su libro sobre el Evangelio se expresa en términos que hacen dudar si reconoce la transcendencia de Dios. En Resurrección ya es otra cosa. Es claramente cristiano, aun insistiendo en su punto de vista; pero Dios, que está en nosotros, es reconocido en su realidad transcendental, aunque no en sentido dualista. Otros libros, novelas ó no, de Tolstoy son profundamente morales; éste, Resurrección es además, á veces, profundamente religioso; y cuando lo es, llega á la sublimidad, que le dá como una santa aureola.

Al final, sobre todo, cuando el protagonista, procura penetrar, y penetra, todo el sentido íntimo del Sermón de la montaña, Tolstoy se eleva á inmensa altura, como artista y como religioso. En sus teorías sociológicas, aún las más hábiles y generosas, podemos verle en ese nivel en que le vé el crítico francés antes citado; podemos separarnos de su tésis; pero cuando la considera desde esta otra

perspectiva celeste, pudiéramos decir; cuando se apoya, no en disquisiciones que algunos han tomado por utopías de anarquista pacífico, sino en la música interior, íntima del

Evangelio, entonces, al que sea capaz de seguirle en tal jornada, sólo le queda reconocerle el triunfo; si, triunfa Tolstoy apoyando su pensamiento, su cabeza, sobre el corazón de Cristo, como San Juan en la noche de la cena.

**

Por donde se vé, que no hay que mezclarle con los ácratas y libertados, no ya con los violentos, pero tampoco con los pacíficos. Estos, aún los más simpáticos, pueden proceder de la teoría optimista del estado natural, de la artificial, antítesis de la naturaleza y la sociedad; de Rousseau, en suma; Tolstoy procede de la Cruz.

Pero, no sólo se separa en esto de los ácratas, libertarios, etc., aun los mejores, por los cuales, él siente simpatías que bien demuestra en RESURRECCIÓN, por cierto. Se separa en el modo, en el método para buscar la salvación social.

Esta cuestión es de capital importancia, y el tratarla con la detención y profundidad convenientes nos llevaría fuera de los límites de un prólogo. Procuraré resumir la idea.

Los reformadores sociales, los de buena fe, los que por real amor á la humanidad aspiran á cambiar la vida pública, corrigiendo sus defectos, buscando en nuevos procedimientos é ideales, el progreso de la sociedad, pueden seguir dos caminos. O dedicarse directa, inmediateamente á procurar en la sociedad misma que los rodea ese cambio, esa reforma, sin empezar por examinarse á sí propios y prepararse á su apostolado con la reforma, con el perfeccionamiento de si mismos; ó abstenerse de reformar á los demás, de influir en el medio social, hasta encontrarse dignos de tan magna obra, mediante reforma interior, austera educación del alma, para ponerla en estado de poder servir de veras á la mejora social, merced á obras y acciones que supongan equilibrio moral, lucidez y serenidad de espíritu, fundadas en la virtud sólida, en el dominio enérgico de

las propias pasiones. El primer camino es el que suelen seguir la inmensa mayoría de los reformistas; se puede decir que Cristo fué quien enseñó á la humanidad á seguir el segundo, por más que hasta ahora no hayan continuado muchos por tan árdua propedéutica.

Si se compara, por ejemplo, la vida de los grandes santos, que además fueron reformistas sociales, con la vida de los grandes revolucionarios, se verá, en general, que, éstos últimos, atendieron mucho más á la perfección de la so-ciedad que á la propia; pensaron mucho más en los vicios sociales, que en los de su incumbencia. En los otros, en los santos, se vé el cuidado esencial de la propia conducta; no ya en ciertas virtudes cívicas, que también los reformistas de otro género suelen tener, sino en el esmero de la vida interior, de las virtudes íntimas, base de la sólida caridad. Sirva de ejemplo fínico, por abreviar, San Francisco de Asís. ¿Quién reformó más que él? ¿Quién influyó más en el cambio íntimo, moral de la sociedad de su tiempo? Pero antes de lanzarse á predicar, y fundar conventos y convertir infieles, empezó por asegurarse de su propia reforma, del cambio interior, de la íntima fortaleza, para poder creerse digno instrumento de la obra que quería emprender. Hasta el día de la suprema prueba, cuando venció repugnancias naturales, besando las llagas del leproso, no empezó á creerse digno de procurar la reforma social á que aspiraba.

Tolstoy es revolucionario, reformista de esta clase; la mayor parte de ácratas, anarquistas y libertarios del día suelen ser de la otra. Tolstoy es de los que empiezan por la propia reforma, por la disciplina interior, tanto en su vida real, como en su teoría, representada por la acción de sus personajes. El príncipe Pedro de La guerra y la paz es el más gráfico ejemplo de esta creencia y de esta práctica de Tolstoy; pero sigue el mismo cansino el principe Andrés; y en Ana Karenina análoga tendencia se puede observar en Levine, que concluye la novela diciendo... «mi vida interior ha conquistado su libertad; ya no estará á merced de los acontecimientos, cada minuto de mi existencia tendrá un sentido

evidente y profundo, en que podré inspirar mis acciones: el sentido del bien.»

Sigamos con el recuerdo al célebre personaje que dis gustado de las grandezas mundanales, busca la paz del alma asociándose á grandes empresas; y en ninguna encuentra el bien que anhela; y entra en la masonería, porque se la pintan como sociedad que busca la reforma del mundo; y sale desencantado de aquella compañía, porque ve en ella... lo que antes decíamos, el prurito noble de hacer bien al prójimo con reformas exteriores, con resortes sociales; pero con la ineficacia que nace de no empezar por una seria, profunda, austera reforma moral del mismo reformador. Y comprende el héroe de Tolstoy que lo que tiene que hacer es... empezar por si mismo, hacerse él bueno, para poder procurar eficazmente el bien de los demás.

Neklindoff, el protagonista de RESURRECCIÓN, sigue el mismo camino. Verdad es que se indigna ante las injusticias y torpezas de la ley; que estudia y censura el derecho penal y los procedimientos; que se mezcla á la vida de los presidiarios para procurarles alivio... pero no va á esto como el inglés que encuentra repartiendo biblias en Siberia, sino siguiendo la propia reforma, el cumplimiento de un deber personal; y al cerrarse la novela, á pesar de tanta materia de psiquiatría social, por decirlo asi, como en ella se ha tratado, lo esencial es todavía la reforma interior de Neklindoff, el nuevo sentido que le encuentra á la vida; la abnegación, el bien; lo que aprendió en el Sermón de la montaña, el día que lo leyó á la luz de la aureola espiritual de la gracia...

CLARÍN.

Oviedo, Abril, 1900.

RESURRECCION

PRIMERA PARTE

Entonces Pedro, adelantándose hacia Jesús, le dijo: «Maestro, ¿cuántas veces tendré que perdonar a mi hermano que me haya ofendido? ¿Tendré que perdonarle hasta siete veces?»

Y Jesús le respondió; «Yo no te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete veces!»

Evangelio según san Mateo

XVIII, 21 y 22.

¡Qué el de vosotros que esté sin pecado le arroje la primera piedra!

Evangelio según san Juan.

VIII, 7.

I

Es en vano que millares y millares de personas, amontonadas en un breve espacio de terreno, se esfuercen en esterilizar la tierra que las sustente; en vano tratan de aplastar el suelo bajo las piedras, para que la germinación sea imposible; en vano arrancan hasta la postrera brizna de hierba; en vano impregnan el aire de petróleo y de humo; en vano corten los árboles y echan cuadrúpedos y pájaros; hasta en la ciudad, la primavera es siempre primavera. Resplandece el sol, la hierba rediviva crece no sólo en los senderos y paseos, sino entre las piedras de la calle; los abedules, álamos y cerezos silvestres esparcen la pompa de sus hojas olorosas y frescas, los tiernos brotes ostentan sus botones prestos á estallar; los gorriones, las palomas, las golondrinas construyen alegremente sus nidos; las abejas y las moscas zumban en el aire extasiados al sentir de nuevo el calor del sol; todo respira alegría: árboles, pájaros, insectos y niños. Sólo los hombres no cesan de engañarse y atormentarse á si mismos y á los demás; no miran y admiran los hombres en esa mañana de primavera las divinas galas del universo, creado para la dicha de los vivientes, á los que invita á la paz, á la unión, al amor; no estiman esos dones, no comprenden su carácter sagrado; únicamente estiman aquello que han imaginado para engañarse y atormentarse recíprocamente.

En las oficinas de la prisión gubernativa, lo que se consideraba importante y sacro, no era que la primavera esparciese sus galas, sino que los carceleros hubiesen recibido una hoja de papel sellado disponiendo que aquella misma mañana 28 de Abril fuesen conducidos ante la sala del tribunal, dos mujeres y un hombre, para ser juzgados. A causa de tal aviso, el 28 de Abril, un viejo carcelero, á las ocho en punto, entró en el corredor obscuro que conducía al departamento de mujeres. Del opuesto extremo del corredor, salióle al encuentro la carcelera de mujeres, que tenía aspecto enfermizo y vestía una blusa gris y unas sayas negras.

—¿Venía á buscar la Máslova?—preguntó, y al mismo tiempo que el llavero se acercó á una de las muchas puertas que daban al corredor.

El guardián abrió con una gran llave una de las puertas, que al abrirse lanzó una bocanada de aire corrompido; luego gritó:

—¡Máslova! ¡Al tribunal!

Después cerró y quedó inmóvil, en espera de la mujer llamada.

Algunos pasos más allá, en el patio, podía respirarse una atmósfera pura y vivificante que la brisa primaveral traía de los campos; pero en el corredor, el aire era pesado é impuro, cargado de humedad; un aire que no se podía respirar sin sentirse acometido de una vaga tristeza. Aquella atmósfera abrumaba á la llavera aun cuando ya estaba acostumbrada á ella, y al volver del patio casi quedó sofocada, presa ó un tiempo de náuseas y de somnolencia.

Detrás de la puerta de las detenidas reinaba grande agitación y se oían voces que disputaban y un continuo ir y venir do pasos dados por pies descalzos.

—¡Aprisa! ¡despacha!—gritó el guardián abriendo de nuevo la puerta.

Unos momentos después una mujer joven, bien formada, pequeñita, salió rápidamente. Llevaba una capa gris sobre una blusa y unas sayas blancas; los pies, cubiertos con medias de lino, estaban aprisionados en los zapatones gruesos y mal forjados que se dan á las detenidas, y un pañolito blanco tapaba su cabeza, dejando entrever abundante pelo negro peinado con esmero. El rostro de la joven tenía esa palidez característica de aquellos que durante mucho tiempo han permanecido en un lugar cerrado; el contraste con el color de cera de la piel hacía resaltar más el brillo de sus grandes ojos negros y vivos, uno de los cuales parecía tener un poquillo de estrabismo; y toda su persona respiraba una gracia acariciadora. La joven estaba erguida, sacando el pecho, que era amplio y bien formado.

En el corredor inclinó levemente la cabeza y miró al llavero, dispuesta á cuanto le mandara.

Iba á cerrar de nuevo la puerta el guardián, cuando apareció el rostro pálido, severo y rugoso de una vieja con el pelo blanco y la cabeza descubierta. Se puso á hablar en voz baja con la Máslova; pero el llavero la empujó bruscamente hacia dentro y cerró la puerta. Se oyeron carcajadas de mujeres. La Máslova sonrió, acercóse á un ventanillo, y al mismo tiempo que aparecía en el otro el rostro de la vieja, se oyó una voz que decía:

—Ten cuidado, no tengas miedo y niégalo todo.

—¡Bah!—repuso la Máslova moviendo la cabeza.—Esto ó aquello lo mismo me dá; tanto me importa. Nada puede ser peor que este presente.

— De fijo que te ocurrirá una cosa ú otra,—replicó el carcelero orgulloso de su gracia.—Ea, vámonos, sígueme.

La cabeza de la vieja desapareció detrás de la ventanilla y la Máslova avanzó por el corredor siguiendo á su custodio con paso ligero. Bajaron la escalera de piedra, pasaron por delante de la puerta de la sala de hombres, fétida y rumorosa, donde algunos ojos curiosos espiaban su paso á través de las hendiduras de la puerta, y llegaron á las oficinas de la prisión. Dos soldados, fusil al hombro, esperaban á la detenida para llevarla al tribunal. El canciller escribió algo y luego dió la hoja impregnada de olor de tabaco á uno de los soldados: éste la metió en la vuelta de la manga de su capote, hizo una seña á su compañero y se puso á la derecha de la Máslova en tanto que aquél se colocaba á la izquierda. En tal disposición atravesaron el corredor, la puerta, el patio exterior, el portal y se hallaron en plena calle.

Los cocheros, los empleados, los obreros, todos los transeúntes, se detenían á su paso, y algunos murmuraban:

—¡A esto conduce una mala conducta!

Hasta los niños se paraban, y en su curiosidad había un poquillo de terror, que se disipaba viendo á los soldados que acompañaban á la culpable é impedían que pudiera hacer daño. Un labriego que vendía carbón en mitad de la calle se acercó á la presa, se persignó y le dió un kopek. La Máslova se ruborizó, bajó la cabeza y murmuró algunas palabras.

Trataba de andar á prisa, tanto como se lo permitían sus pies, no acostumbrados á andar mucho, doloridos y desollados por los zapatos de munición. Sin volver la cabeza, veía á cuantos la miraban, contenta al pensar que era objeto de la general atención, y saboreando la dulzura de aquel aire primaveral, más grato á sus pulmones emponzoñados por el fétido de la cárcel. Ante una tienda de granos había unas palomas en el suelo; con el pie tocó ligeramente una de ellas que voló rozando su mejilla con el ala. La Máslova sonrió; pero casi en seguida, lanzó un profundo suspiro: pensaba en la realidad, en su situación.

II

La historia de la Máslova era de las más comunes.

Era hija de una aldeana que ayudaba á su madre á guardar las becerras de un castillo señorial. La aldeana, que no tenía marido, paria todos los años, y, como sucede casi siempre en esos casos, los niños, apenas nacidos, recibían el agua bautismal y luego su madre les dejaba abandonados á pretexto de que nacieron sin desearlos y sólo le servían de estorbo. Así es que bien pronto desaparecían del mundo de los vivos.

Así habían desaparecido ya cinco hijos. El sexto, engendrado por un vagabundo, fué una hembra, lo cual no la hubiese librado de correr igual suerte que los otros, si, por una casualidad, una de las

señoras de la casa no hubiese entrado en el establo para reñir á la sierva á causa de cualquier falta. La parturienta estaba tendida sobre la paja y tenia á su lado una criatura llena de salud y vida. La señora riñó á la sierva por la falta cometida y luego por qué dejó entrar una parturienta en aquel sitio; pero advirtiéndola á la niña, se calmó y acabó por ofrecerse á apadrinarla; luego, movida á piedad, hizo dar á la madre leche abundante y algún dinero para alimentar mejor á la pequeñuela. Así vivió la niña, que las dos ancianas señoras llamaban la «salvada».

Tenia la niña tres años cuando la madre enfermó y murió, y como que su abuela no sabia que hacerse de ella, las dos solteronas la llevaron á su lado, al castillo. Con sus ojazos negros, la niña tenia una vivacidad y una gracia extraordinaria y divertía mucho á sus protectoras. La más joven de las dos, Sofía Ivanovna, la madrina de la niña era la más cariñosa, en tanto que la mayor, María Ivanovna era más severa Aquélla la educaba con esmero la enseñaba á leer y soñaba en adoptarla; María, por el contrario, deseaba convertirla en una buena camarera y se mostraba exigente, daba órdenes á la niña, y, algunas veces, en momentos de mal humor la pegaba. Bajo esta doble influencia creció la niña entre camarera y señorita.

El mismo nombre que le daban correspondía á su doble condición: no la llamaban ni Katcha ni Katiénka ^[1] sino Katuscha. Cosía, arreglaba las habitaciones, pulía con creta las imágenes, y á veces hacia compañía á sus señoras, y leía para distraerlas.

Muchas veces la hablan pedido en matrimonio; pero había rehusado siempre, comprendiendo que le sería muy penosa la vida compartiéndola con un obrero ó con un criado, acostumbrada como estaba á las comodidades de una existencia superior.

De esta manera vivió hasta los dieciocho años. Frisaba en los diecinueve cuando llegó al castillo un sobrino de las señoras que ya anteriormente pasara un verano entero allí, y del que la muchacha se habla enamorado. Era oficial de ejército y llegaba de paso para reposar unos dias antes de ir á batirse contra los turcos. El tercer día, la víspera de su marcha, sedujo á Katuscha y partió al día

siguiente después de poner en sus manos un billete de cien rublos. Tres meses después, la muchacha no pudo dudar que estaba en cinta.

Desde aquel momento todo la cansó: no pensaba sino en huir para ocultar su deshonra, y servía de mala gana y de cualquier modo á sus señoras. Las dos ancianas no tardaron mucho en advertir su estado. María Ivanovna la regañó un par de veces, y, por último, ambas convinieron con ella en que «debía separarse de ellas»: es decir, acordaron echarla.

Abandonada la muchacha, entró como camarera en casa de un stanovoi [\[2\]](#) pero únicamente permaneció allí tres meses porque el stanovoi, hombre de unos cincuenta años, dió en requebrarla, y un día que quiso ser demasiado emprendedor, se enfadó, le llamó imbécil y le dió tan fuerte porrazo en el pecho que lo hizo caer de espaldas. Naturalmente fué despedida por desvergonzada. Ya no pudo buscar nueva colocación porque se acercaba el término de la preñez. Entró de huésped en casa de una aldeana vieja que vendía vinos y que á ratos perdidos ejercía de comadrona.

El parto sobrevino sin grandes padecimientos; pero la comadrona, habiendo asistido por aquellos días ó una aldeana enferma, contagió á Katuscha una fiebre puerperal. En cuanto al niño fué llevado al hospicio, donde murió pocos días después, á la vista de la misma mujer que lo llevara. Por toda fortuna poseía Katuscha ciento veintisiete rublos; ciento dejados por su seductor y el resto ganado con su trabajo. Cuando salió de casa de la comadrona sólo le quedaban seis. La mujer había exigido cuarenta por el hospedaje de dos meses; le sonsacó cuarenta más para comprarse una becerro; veinticinco sirvieron para enviar el niño al hospicio, y los demás, ni Katuscha hubiese podido decir cómo se fueron. Cuando estuvo curada, vióse en la precisión de buscar nuevo acomodo y entró en casa de un guardabosque.

Estaba casado, y á los primeros días empezó á cortejar á la joven como el stanovoi. Primeramente Katuscha trató de esquivar tales persecuciones sin abandonar la colocación; pero el otro era un tuno

y era el «amo». Podía mandarla donde mejor le pareciese, y así, después de espiarla largo tiempo consiguió sorprenderla y poseerla. La mujer no tardó en advertirlo, y un día que sorprendió á su marido con Katuscha, pegó á ésta hasta hacerla sangre y la puso de patitas en la calle sin pagarla siquiera.

Katuscha fué á la ciudad y llegó á la casa de uña tía suya cuyo marido era encuadernador. En otro tiempo habla tenida buena posición; pero, perdida la clientela, se entregó á la bebida y gastaba en la taberna cuanto dinero caía en sus manos.

La esposa tenía una tienda de planchadora, y con su mísero producto, atendía á la manutención de sus hijos y del borrachín. Propuso á Katuscha enseñarle su oficio; pero considerando la existencia penosa de las oficialas de su tía, vaciló, y prefirió dirigirse á una agencia de colocaciones para servir en alguna casa. Encontró lo que buscaba cerca de una viuda con dos hijos; una semana después, el mayor, colegial á quien apenas apuntaba el bozo, dejó los libros para hacerle la corte, advirtiéndolo la madre, y echando á ella la culpa, la arrojó á la calle.

Le costó encontrar nueva colocación. Al cabo, estando un día en la agencia, vió á una señora muy engalanada y alhajada, la cual al enterarse de la condición y circunstancias de Katuscha, le dió su dirección indicándola que fuera á su casa. Y la muchacha fué.

La señora la recibió cordialmente; le le dió pastas y vino y la hizo permanecer en su casa hasta la caída de la tarde. En aquella hora Katuscha vió entrar en la sala á un hombre de alta estatura, con una espesa melena y una gran barba gris, el cual, al cabo de poco rato se le sentó al lado mientras bromeaba con ella. La señora le llamó un momento á la habitación vecina, y Katuscha pudo oír que le decía.

—Es fruta verde, acaba de llegar del campo.

Después llamó á ella y le dijo que aquel señor era un escritor muy rico, que la regalaría cuanto quisiese si sabia complacerle. Quedó complacido el escritor; le dió veinticinco rublos y

prometió que volvería á verla muy pronto.

Aquel dinero se gastó rápidamente. Katuscha dió una parte á su tía para pagarle la hospitalidad de aquellos días y con el resto compróse unas sayas, un sombrero y cintajos. Al cabo de unos días el escritor le dió una nueva cita, le entregó otros veinticinco rublos y le indicó que alquilara un cuarto amueblado.

En la habitación que el escritor tomó para ella, Katuscha entró en relaciones con un dependiente de comercio, joven y decididor que habitaba en la misma casa. Enamoróse de él y se lo confesó cándidamente al escritor, que la dejó muy pronto. Pronto la abandonó también el dependiente que le había dejado entrever la perspectiva de un casamiento. La joven hubiese continuado de buena gana viviendo sola en aquel cuarto; pero se le indicó que no era permitido tal libertad sino á las que se decidían á tomar en las oficinas de la policía la cartilla amarilla y se sometían á la inspección médica.

Katuscha volvió pues á casa de su tía. Esta, viéndola con un traje elegante y con una capa forrada de pieles, no se atrevía renovar sus ofertas de darle trabajo en su taller: se figuraba que su sobrina había subido demasiado alto. Ella misma no consideraba ya posible ocuparse en un taller de lavado y planchado. Miraba con una mezcla de piedad y de desprecio aquellos trabajos tan poco remunerados y tan penosos. Entonces fué cuando, compelida por la miseria, sin poder hallar un protector, cayó en las redes de una alcahueta que atraía á las muchachas para colocarlas en casas de tolerancia.

Katuscha había adquirido desde mucho tiempo antes el vicio de fumar, y cuando estuvo en relaciones con el dependiente, se dejó arrastrar por la bebida. Gustábale el vino no sólo porque era grato á su paladar, sino porque le procuraba una distracción momentánea, sofocando al propio tiempo la voz de su conciencia; ya que cuando no habla bebido se aburría, y además sentía vergüenza. La alcahueta la invitó á almorzar, y cuando la hubo embriagado, propúsole hacerla entrar en una casa espléndida, la mejor de la ciudad, haciendo brillar ante sus ojos la comodidad y los privilegios

de la vida que le proponía. Ratuscha debía, pues, escoger entre un puesto humillante de criada, con la casi seguridad de tener que sufrir la obsesión brutal del hombre y acomodarse á una prostitución escondida y precaria, y una posición tranquila y asegurada, una prostitución permitida por las leyes y retribuida con largueza.

Naturalmente, se decidió por lo segundo. Le parecía, además, que así se vengaba del príncipe que la había seducido, del dependiente y de los demás hombres de qué estaba quejosa.

Pero la consideración de más peso, la que antes que otra alguna la convenció, fué que la alcahueta le dijo que podría escoger los trajes que más le gustaran; de raso, de seda, de terciopelo, trajes de baile descolados que permitían la exhibición de garganta y brazos. Cuando Katuscha se vió, con la fantasía, vestida con un traje descotado de seda amarillo claro, con vueltas de terciopelo negro, no supo contenerse y firmó el contrato. En seguida la alcahueta hizo traer un coche y la llevó á una de las casas más conocidas de la ciudad; la de Carolina Albertovna Rosanov.

Empezó, entonces, para la Máslova, una vida de violación incesante de todas las leyes humanas y divinas; esa vida que millares de desgraciadas llevan hoy, no sólo con la autorización, sino con la protección verdadera de un poder legal que pretende mirar por el bienestar del pueblo; vida degradante y monstruosa, que, después de horribles sufrimientos, conduce casi siempre á una decrepitud anticipada, á una muerte prematura.

Durante la mañana y la mayor parte del día, un sueño pesado, después de los abusos de la noche. Luego, á las tres ó á las cuatro de la tarde, un despertar cansado, unos sorbos de agua de seltz y de café, dar vueltas por el cuarto en camisa, en camiseta, miradas á la calle á través de las rejas cerradas; luego el baño, el apretarse la cintura en un corsé demasiado estrecho, la elección de un vestido, las disputas entre el ama y las demás mujeres, el colorete en las mejillas, el khol en las cejas, la comida copiosa y fuer' te, el traje de seda clara que deja desnudo la mitad del cuerpo; luego la gran sala, recargada de adornos, iluminada por una luz demasiado cruda, la

recepción de los clientes; mímica, baile, dulces, vino, tabaco y un comercio galante con jóvenes y hombres maduros, adolescentes y viejos al borde de la tumba, célibes y casados, con mercaderes y militares, con tártaros, armenios, borrachos y sentimentales, con ricos y pobres, con sanos y enfermos, con brutales y bien educados, empleados, estudiantes, colegiales, gente, en suma, de todas categorías y edades y caracteres. Y gritos, y broma, y risas, y música y tabaco y vino, y vino y tabaco desde la tarde al amanecer. Por la mañana finalmente, la libertad, el sueño pesado. Y así todos los días de la semana, del primero al último. Y al fin de cada semana, la visita impuesta por las leyes á las oficinas de policía; una verdadera exposición en que los empleados y los médicos se mostraban á veces dignos y severos, y otras se divertían en humillar aquel sentimiento de íntimo pudor que la naturaleza ha dado como una salvaguardia no sólo á la raza humana, sino también á las bestias; una verdadera revista de mujeres, después de la cual se levanta un atestado y se les entrega, autorizándolas para continuar aquella vida durante toda la semana siguiente.

Y luego de nuevo aquella existencia, eternamente, en invierno como en verano, los días festivos como los laborables.

Así pasó la Máslova siete años; dos veces cambió de casa; una fué al hospital.

El séptimo año, cuando tenía ventiséis, ocurrió aquel hecho que provocó su detención y la llevó al tribunal, después de una prisión preventiva de seis meses, en compañía de gente que tenía por oficio el robo y el asesinato.

III

En el mismo instante en que la Máslova, sentada en un cuantito de la audiencia, se quitaba los zapatos que le martirizaron los pies durante el trayecto de la prisión al tribunal, el príncipe Dimitri Ivanovitch Neklindoff, el que la sedujera, se despertaba en su blando lecho cubierto con un fino edredón.

Se incorporó mostrando una elegante camisa de noche, de holanda, y en tanto que fumaba un cigarrillo que acababa de encender, pensó en lo que hiciera la víspera y en lo que debía hacer aquel día.

Recordó la velada pasada en casa de los Korchaghin, matrimonio muy rico y considerado, con cuya hija, al decir de las gentes, debía de contraes matrimonio. Tiró el cigarro y alargó la mano hacia una petaca de plata para tomar otro; pero de repente cambió de pensamiento, y levantándose valerosamente, saltó de la cama y metió los pies en las zapatillas.

Se puso una elegante bata; con paso lento, pero fuerte y vivaz pasó al tocador que estaba junto al dormitorio. Allí empezó por limpiarse los dientes con unos polvos especiales, se enjuagó con elixir oloroso; luego se acercó á un lavabo de mármol y se limpió con esmero las manos, cuidando mucho de las uñas que llevaba muy largas; hecho esto, abrió del todo el grifo y se lavó la cara y el cuello.

Pasó luego á otro cuarto donde había un aparato de duchas, y el chorro de agua refrescó su cuerpo musculoso que presentaba un principio de obesidad; se secó con toballas esponjosas, cambió de camisa y se puso unos botitos relucientes como un espejo.

Luego sentóse al tocador y se peinó la barba negra y los cabellos ya muy claros.

Todos los objetos de su uso, ropa blanca, corbatas, alfileres, botonadura, eran de primera calidad; muy sencillos, poco vistosos, pero de mucho valor.

Terminó de vestirse cachazudamente y después fué al comedor, que era una sala grande, de la cual el día anterior tres hombres habían enlucido el entarimado con gran trabajo.

Contenía un enorme buffet de encina y una mesa desmesurada de la misma madera que tenía los pies imitando zarpas de león.

Sobre la mesa, cubierta con un mantel finísimo y bien planchado, había una cafetera de plata, llena de un café que esparcía en torno grato perfume, una azucarera de plata, un tarro de manteca y una cestita con panecillos y bizcochos.

Cerca del servicio estaba el correo de la mañana; cartas, periódicos y un cuaderno de la Revue des Deux Mondes.

Neklindoff se disponía á enterarse de las cartas, cuando llegó una mujer entrada en años, vestida de negro y con una cofia blanca de punto.

Era Agripina Petrovna, la camarera de la anciana princesa madre de Neklindoff, muerta poco tiempo antes, y que quedó como ama de llaves del hijo.

Agripina Petrovna había hecho muchos viajes al extranjero con su ama, y en el porte, y por las maneras parecía una gran señora; habitaba en casa de los Neklindoff desde la infancia, y conocía al príncipe cuando á éste le llamaban aún «Mitenka»^[3]

—Buenos días, Dimitri Ivanovitch.

—Muy buenos días Agripina Petrovna. ¿Qué hay de nuevo?

—Una carta para vos. La camarera de los Korchaghin la ha traído y espera en mi cuarto,—dijo Agripina Petrovna entregando la carta con sonrisa maliciosa.

—Bien,—dijo Dimitri tomando la carta; pero al notar la sonrisa de Agripina Petrovna, su rostro se obscureció; aquella sonrisa

significaba que aquella mujer creía que iba á casarse con la hija de los Korchaghin que le enviaba aquella carta.

Y aquella suposición no le placía.

—Decid á la camarera que aguarde.

Agripina Petrovna salió, no sin antes arreglar unos cachivaches que estaban revueltos sobre un mueble.

Neklindoff rompió el sobre perfumado y sacó una carta escrita en líneas desiguales sobre papel de lujo, con caracteres ingleses de angulosos trazos.

«Según la obligación que me he impuesto de convertirme en vuestra memoria,—decía la carta,—os recuerdo que hoy, 28 de Abril, debéis formar parte del jurado de la Audiencia, y que os será imposible venir con nosotros y Kolosov á visitar la galería Z... como nos prometisteis ayer con vuestra habitual ligereza, á menos que estéis dispuesto á pagar por haber faltado á la sesión una multa de trescientos rublos, los mismos que rehusásteis por vuestro caballo.

»Me he acordado de esto, ayer, después que salisteis: no lo olvidéis, pues.

PRINCESA M. KORCHAGUIN.

En la otra página habia escrito:

«Mi madre me encarga que os diga que vuestro cubierto estará puesto hasta la noche; venid de todos modos, á »cualquiera hora que sea.

M. K.»

Neklindoff frunció el entrecejo.

Aquel billete era como una continuación del asedio que de dos meses á aquella parte le pusiera la princesa Korchaghin para que quedase encerrado en una red cada día más tupida.

Además de la indecisión que experimentan siempre los hombres ya maduros, habituados á la vida de fáciles placeres, Neklindoff tenía

otra razón para no comprometerse en aquel momento, aun cuando estuviese decidido á casarse.

Naturalmente, el motivo aquel no podia ser el que, ocho años antes, sedujera y abandonara á Katuscha. Repugnábale pensar en aquello; pero jamás se le habría ocurrido que pudiera ser un obstáculo para casarse con la princesa.

El verdadero motivo era que sostenía relaciones íntimas con una mujer casada; relaciones que muchas veces había querido romper; pero que quería continuar su amante.

Neklindoff era muy tímido con las mujeres; y aquella timidez había inspirado á María Vasilievna, el deseo de subyugarlo.

La mujer aquella logró envolverlo en las mallas de unas relaciones que cada vez le absorbían más, y por otra parte, se le hacían pesadas. No supo al principio resistir la tentación, y después, sintiéndose culpable, no se atrevía á romper el lazo sin el consentimiento de su amante. Tal consentimiento estaba bien lejos de darlo; amenazaba, por lo contrario, con matarse si la abandonaba después del sacrificio que hiciera por él.

Aquella misma mañana, el correo trajo una carta del marido de su amante, mariscal de la nobleza. El principe reconoció la letra y el sello, se ruborizó y sintió aquel Ímpetu de energía que le dominaba siempre al advertir un peligro.

Pero su conmoción se calmó bien pronto cuando hubo leído la carta.

El marido de María Vasilievna anunciaba al principe que una reunión extraordinaria del Consejo que presidia se verificaría á fines de Mayo y le rogaba su asistencia para que le «apoyara» porque se tratarían dos cuestiones importantes: la de las escuelas y de los caminos, y tanto á una como á otra harían ruda oposición los reaccionarios.

Aquel mariscal de la nobleza era muy liberal en el fondo, y con otros liberales luchaba contra la reacción que se entronizó durante el

reinado de Alejandro III; la lucha le absorbía por entero, tanto, que no le quedaba siquiera tiempo para advertir que su mujer le engañaba.

Neklindoff recordó las angustias que más de una vez había sufrido; recordó que un día, imaginando que el marido había descubierto la traición de su esposa, habíase preparado para batirse con él, decidido á disparar al aire; recordó la tremenda escena ocurrida con su amante, un día en que ésta, movida por un arrebató de desesperación se precipitó corriendo hacia el lago para ahogarse.

—No puedo hacer nada, ni ir á verla á ella antes de tener contestación,—pensó.

Ocho días antes había escrito á su amante una carta muy enérgica, en la cual se reconocía culpable y se declaraba dispuesto á cualquier sacrificio para rescatar su falta, pero terminaba diciendo que las relaciones debían cesar en bien de ella misma.

La contestación á la tal carta era la que no venía, y la que él esperaba.

Sin embargo le parecía de buen agüero no tener respuesta, porque si su amante no consintiera en romper, ya le habría escrito y habría ido á verle, como ya hizo otra vez...

Neklindoff había oído hablar de cierto oficial que hacia la corte á María Vasilievna, y aun cuando le indignaba la existencia de un rival, pensaba que así podría acabar de una vez con aquel embrollo que ya pesaba sobre su conciencia.

Neklindoff encontró en la correspondencia una carta del administrador de los bienes que provenían de su madre. Le decía que era precisa su presencia allí para los derechos de sucesión y para decidir en definitiva cómo debían ser administrados sus bienes. Se trataba de saber si era mejor administrarlos como en tiempo de la difunta princesa ó reuniéndolos en una sola mano, para emprender la cultura extensiva del suelo. El administrador afirmaba que la cultura sin intermediarios rendiría mayores provechos.

Luego se excusaba por no haber mandado tres mil rublos al príncipe, y aseguraba que los enviaría por el próximo correo.

Tal retardo provenía de que los aldeanos no querían ó no podían pagar, y muchas veces era preciso recurrir á la fuerza para cobrar lo debido.

Tal carta alegró y entristeció á un tiempo á Neklindoff.

Se alegraba de ser dueño de un patrimonio tan vasto, y que ahora era suyo sin restricción. Por otra parte recordaba que, en su primera juventud, con el impulso generoso propio de la edad y seducido por las teorías de Spencer y de Henry George, no sólo había pensado, proclamado y escrito que la tierra no puede ser en ningún caso propiedad individual, sino que, para poner de acuerdo los actos con los principios, había cedido á los aldeanos las tierras heredadas de su padre.

Ahora que la muerte de su madre había hecho de él un gran propietario, se veía obligado á escoger entre dos clases de vida: ó renunciar á sus dominios, como dos años antes hiciera con los doscientas hectáreas que provenían de su padre, ó, asumiendo la posesión de sus bienes, reconocer implícitamente, por modo tácito, pero eficaz, como falsos y engañosos los principios que en otro tiempo sostuvo. Lo primero le era imposible, porque tales dominios constituían toda su fortuna.

No tenía valor para volver á entrar en el ejército, pues estaba demasiado acostumbrado á la vida ociosa y elegante, y además, hubiera sido un sacrificio inútil, porque Neklindoff no tenía ya ni la convicción ni la voluntad de su juventud.

Sin embargo, el renegar de aquellos principios generosos y desinteresados que otro tiempo constituían su orgullo, le causaba honda pena.

Por eso la carta de su procurador le produjo cierta turbación.

IV

Una vez tomado el café, Neklindoff pasó á su despacho para ver la citación que marcaba la hora en qué debía estar en el tribunal, y para escribir antes á la princesa. Pasó primeramente por un cuarto que era su estudio de pintor, donde un cuadro no acabado estaba sobre un caballete. El cuadro, en el que trabajaba hacía ya dos años, y los bocetos que había en las paredes, le recordaron la incapacidad que tenía para hacer progresos en la pintura; esto lo atribuía á un excesivo refinamiento de gueto estético; pero de todos modos no le placía aquella incapacidad.

Siete años antes dejó el servicio militar creyendo poseer una irresistible vocación por la pintura, y ahora debía convenir en que no tenía derecho á despremiar, como lo hacía, las demás ocupaciones. Dió una ojeada llena de fastidio al lujo de la habitación y entró en el despacho malhumorado.

Era un gran cuarto, elegante y provisto de todas las comodidades posibles. Neklindoff se acercó á un escritorio y cogió la hoja de citación que le invitaba á estar en la Audiencia á las once; luego escribió á la princesa dándole las gracias por su invitación, y afirmando que haría cuanto pudiera para no faltar á la comida; pero de repente lo desgarró por parecerle que era demasiado confidencial. Escribió otro que le pareció demasiado frío y casi ofensivo; lo rompió nerviosamente y tocó la campanilla. Apareció un criado de aspecto grave, con la cara afeitada y con un delantal de tela gris.

—Haced el favor de avisar el coche.

—En seguida, Alteza.

—Decid al criado de los Korchaghin que espera, que doy gracias y que procuraré no faltar.

—Bien, Alteza.

—Esto no es muy delicado, pero no puedo escribir; así se lo diré luego,—pensó Neklindoff, y fué á vestirse.

Cuando llegó á la puerta, el coche que usaba siempre, muy elegante, con aros de goma en las ruedas, le esperaba.

—Ayer tarde, cuando llegué á casa de los príncipes Korchaghin,—dijo el cochero, volviendo á medias el cuello musculoso y bronceado,—el lacayo me dijo que Vuestra Alteza acababa de salir.

—Hasta los cocheros saben mis relaciones con los Korchaghin,—pensó Neklindoff, y aquello trajo de nuevo á su memoria el problema que tanto le ocupaba durante los últimos tiempos: ¿debía casarse ó no con la Korchaghin?

Le inducían al matrimonio dos consideraciones: la posibilidad de llevar una vida reposada y la esperanza de que la familia y los hijos, darían un objeto noble á su vida que ahora se presentaba vacía é insulsa. Pero otras consideraciones de diferente orden le disuadían de ello: primeramente el temor de perder la libertad que sienten los solterones empedernidos, y luego el temor del misterio que toda mujer encierra. En favor de su matrimonio con Missy había la consideración de que prevenía de buena familia y que en todo, en el vestir, en el hablar, en el andar, hasta en el reir, la princesa se apartaba de lo vulgar por propia «distinción», por una gracia innata.

El príncipe no hubiera podido encontrar una expresión más propia para denotar aquella cualidad que tanto apreciaba. Luego la princesa le distinguía entre todos, lo cual indicaba que le comprendía, y esto, á juicio suyo, era una prueba indubitable del talento de la joven.

Había también razones particulares contra su matrimonio con Missy: le habría sido posible encontrar otras mujeres con más méritos que la princesa y más dignas de él; además ésta tenía ya veintisiete años y era natural que hubiese amado á otros, pensamiento que no podía sufrir. Su vanidad no admitía que hubiese podido, ni aun en lo pasado, amar á alguien que no fuera á él,

siquiera Missy no pudiera prever que debía encontrarle en el camino de su vida.

De tal modo se contrabalanceaban los argumentos en pro y en contra de su matrimonio, que Neklindoff, riendo para su capote, se comparaba á la burra de Buridán, pues lo mismo que aquélla, no sabía de qué haz de alfalfa comer.

—Antes de saber lo que resuelve María Vassilievna y de poner término á mis relaciones con ella, no puedo resolver nada,—pensó en su interior; y aquel compás de espera antes de tomar una resolución, le agradó muchísimo.

—De todos modos pensaré en esto más tarde,—añadió, en tanto que el carruaje se paraba sin ruido en el patio del Tribunal. Ahora se trata de cumplir el encargo que me ha dado la sociedad, con la escrupulosidad de que hago siempre gala en mis acciones; sin contar además con que estas sesiones acostumbran á ser muy interesantes.

Penetró en el vestíbulo.

V

En los corredores del Tribunal se notaba ya gran movimiento: los ordenanzas corrían de aquí para allá llevando tarjetas y recados; ujieres, abogados y empleados pasaban de una á otra parte; litigantes y acusados, aburridos, andaban arrimados á las paredes ó esperaban sentados.

—¿El Tribunal del distrito?—preguntó Neklindoff á un ordenanza.

—¿Cuál? ¿El civil, ó el criminal?

—Soy jurado.

—Entonces id á la Sala de la Audiencia. Tomad á la derecha, y luego á la izquierda la segunda puerta.

Neklindoft siguió el camino indicado; en la puerta había dos hombres: un comerciante de rostro plácido que evidentemente habla comido y bebido copiosamente y estaba de buen humor, y un dependiente de origen hebreo. Neklindoff se acercó á ellos, que estaban hablando del precio de la lana, y preguntó si aquella era la Sala de los jurados.

—SI, señor; esta es. De fijo que también sois uno de nuestros colegas,—añadió plácidamente.

Y al oír la respuesta afirmativa de Neklindoff, añadió con el mismo tono:

—Trabajaremos juntos. Yo soy Baklascivo, comerciante de segunda clase,—y tendió al príncipe su ancha mano. —¿Con quién tengo el honor de hablar?

Neklindoff se nombró y entró en la pequeña sala de los jurados.

—¡Su padre estaba agregado á la alta servidumbre del emperador! —murmuró el judío,

— ¿Y es rico?—preguntó el comerciante.

—Riquísimo.

En la sala se hallaban unas diez personas de todas clases y condiciones; unas permanecían sentadas, en tanto que otras andaban y trababan conocimiento unas con otras.

Había un militar de uniforme: otros con los vestidos de los días festivos, y uno solo vestía el traje «nacional». Aun cuando algunos de ellos habían tenido que dejar sus ocupaciones y se dolían de ello, mostraban de todos modos en su semblante cierta satisfacción que provenía del orgullo que les inspiraban las altas funciones que iban á cumplir. Algunos jurados cambiaban sus tarjetas, otros trataban de adivinar el nombre de sus colegas, y todos á un tiempo hablaban de

la primavera, que aquel año se había adelantado, y del proceso en qué iban á intervenir.

Entre aquellos jurados, que no conocían aún á Neklindoff, hubo algunos que se apresuraron á presentarse á él.

Evidentemente pensaban que aquello era un gran honor, y Neklindoff lo encontraba muy natural.

Si alguien le hubiera preguntado por qué se imaginaba estar más alto que los otros, no hubiera sabido qué responder. Su vida entera no patentizó en él ninguna cualidad excepcional; el saber hablar bien el inglés, el alemán y el francés, el llevar trajes y ropa blanca, y corbatas y alfileres comprados en las principales tiendas, eran cosas que únicamente él las sabía, y no podían ser causa de su superioridad. Y, sin embargo, de ésta tenía conciencia profunda, y aceptaba las demostraciones de homenaje como una cosa que se le debía, y que hería su orgullo si le faltaba.

Una herida de tal género le esperaba en la sala de los jurados. Entre éstos se hallaba cierto Pedro Gerassimovitch, del cual Neklindoff no se acordaba nunca del apellido. Había sido maestro de las hijas de su hermana, y luego, al terminar sus estudios, fué profesor de un Liceo. Por su familiaridad, por su risa fuerte y por su «vulgaridad», como decía la hermana de Neklindoff, siempre había sido antipático al príncipe.

—¿Cómo? ¿Vos también aquí?—dijo riendo fuerte y adelantando hacia él.—¿No habéis podido escabulliros?

—No lo he intentado siquiera,—dijo Neklindoff.

—¡He aquí lo que se llama tener valor cívico!—exclamó riendo todavía más fuerte Pedro Gerassimovitch.— ¡Me parece que vamos á divertirnos! Cuando tendréis hambre ó sed, no os darán de comer y beber.

—¡Creo que este hijo de pope un día me va á hablar de tú!—pensó Neklindoff, y tomando un aire muy triste, como si en aquel momento le anunciaran la muerte de toda su parentela, se apartó de

él y se acercó al corro que se había formado alrededor de un caballero de alta estatura, barbudo y muy imponente, que parecía contar algo importante.

Hablaba del juicio que se celebraba en el Tribunal civil, como de una cosa que le fuera familiar, y nombraba a los abogados célebres y a los jueces por sus nombres y apellidos, y contaba el giro especial que había sabido dar a la causa un abogado, a consecuencia de lo cual, la parte que tenía toda la razón, que era una señora anciana, se veía obligada a pagar una gran suma a la parte contraria.

—Es un abogado de genio,—dijo al terminar.

Los otros le escuchaban con gran respeto, y alguno se atrevía a añadir alguna palabra, pero él le interrumpía, como si nadie más pudiese estar al corriente del asunto.

Por más que Neklindoff había llegado un poco tarde, la sesión no principiaba aún, porque uno de los jueces tardaba en llegar.

VI

El presidente, por lo contrario, había llegado temprano. Era un hombre alto, buen mozo, con patillas que empezaban a ser grises. Tenía mujer, pero lo mismo que él llevaba una vida desarreglada. Ambos trataban de no molestarse uno al otro.

Por la mañana había recibido un billete de una institutriz suiza que el año anterior estuvo en su casa; de paso para San Petersburgo, le decía que le esperaba de tres a seis en la fonda de Italia. Así es que quería empezar y acabar pronto la sesión, para tener tiempo de ver, antes de las seis, aquella Clara, de cabellos rubios, con la cual el año pasado empezó una intriga en el campo.

Entró en su cuartito y cerró la puerta con cerrojo. Luego tomó del armario dos pesas de gimnasia é hizo con ellas veinte movimientos en alto, hacia abajo, á los lados, hacia adelante y hacia atrás. Después dobló ligeramente las rodillas por tres veces alzando las pesas sobre su cabaza.

—Nada refuerza tanto como la hidroterapia y la gimnasia,—pensó tocando con la mano izquierda, en la cual brillaba un anillo de oro, el biceps de su brazo derecho.

Todavía faltábale hacer algún movimiento, cuando alguien empujó la puerta desde fuera.

El presidente escondió con precipitación las pesas y descorrió el cerrojo.

—Dispensad,—dijo.

Entró en el cuarto un juez de baja estatura, con lentes de oro, los hombros angulosos y el rostro malhumorado.

—Mateo Nikitich no ha llegado como de costumbre,— dijo con tono áspero.

—Si, siempre se retarda.

—Eso es no tener conciencia—añadió el juez con rabia, encendiendo un cigarrillo.

Este juez que era un hombre muy metódico, se había peleado por la mañana con su mujer; ésta, habiendo gastado demasiado pronto todo el dinero del mes, le pidió más, y como él se lo rehusara, surgió una riña que terminó afirmándole su esposa que al volver á su casa no encontraría comida. Bajo esta amenaza salió de su casa y temía que su mujer cumpliera lo dicho, porque sabia que era capaz de cualquier cosa.

—Después que digan que es preciso vivir honestamente y seguir la moral,—pensó: y miró al presidente radiante de salud y de alegría, con la cara satisfecha y que arreglaba artísticamente sus patillas con

sus blancas manos.—Siempre está satisfecho y de buen humor, y yo estoy aburrido de continuo.

El relator entró en aquel momento con los autos de un proceso.

—Gracias—dijo el presidente encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué proceso vamos á discutir primero?

—Me parece que el del envenenamiento,—contestó el relator, simulando indiferencia.

—Bien esté. Vaya por el envenenamiento,—dijo el presidente, y pensó que debía ser un asunto muy sencillo que le permitiría marcharse antes de las cuatro. Y Mateo Nikitich, ¿no ha venido todavía?

—Aun no.

—Y Breve, ¿está aquí?

— Sí,—contestó el relator.

—Pues bien, decidle si le veis que la primera causa será la de los envenenadores.

Breve era el substituto del fiscal que debía sostener al acusación aquel día.

En el corredor encontró efectivamente á Breve que, con la cabeza inclinada, el uniforme desabrochado, y una cartera bajo el brazo, caminaba rápidamente, corriendo casi, pisando fuerte y haciendo ademanes con el brazo que le quedaba libre.

—Miguel Fetrovitch desea saber si estáis dispuesto,—le dijo el relator.

—Sí, estoy pronto. ¿Por qué causa empezaremos?

—Por la de los envenenadores.

—Está muy bien,—contestó el substituto.

En realidad le parecía todo lo contrario. Hasta las dos de la madrugada había estado en compañía de un amigo bebiendo y

jugando. Luego había ido con otros á la casa de lenocinio donde seis meses antes estaba aún la Maslova. Así es que no había dormido en toda la noche y le faltó tiempo para enterarse de las causas. De buena gana le hubiese dado una ojeada rápida; pero el relator, que sabía que Breve no estaba preparado, aconsejó por lo mismo al presidente que despachara primero aquella causa.

Conservador intransigente, Breve era ortodoxo hasta el extremo, como todos los alemanes empleados en Rusia; y el relator liberal, casi radical, le miraba con malos ojos y envidiaba su puesto.

—¿Y la causa de Skoptzy?—preguntó el relator.

—He dicho ya que no puedo,—replicó el fiscal.—Me faltan testimonios y así lo diré al Tribunal

—Pero..

—No puedo,—repitió.

Y siempre gesticulando se metió en su cuarto.

No era en verdad la falta de prueba la que hacia aplazar de continuo la causa de Skoptzy. Consideraba que vista en una gran ciudad donde los jurados son por regla general personas cultas, el proceso debía terminar con una absolución; y por eso, de acuerdo con el presidente, deseaba transferirlo á una ciudad de provincias, donde los jurados, aldeanos en su mayor parte, estaban más propensos á condenar.

En loa corredores la animación y el movimiento iban aumentando.

La gente se acercaba principalmente á la sala civil donde se resolvía el proceso del cual había hablado anteriormente aquel caballero de aspecto imponente que ya hemos visto. Durante un momento de calma salió de la sala la anciana que aquel «genial abogado» habia sabido despojar en favor del propio cliente, aunque éste no tuviera ningún derecho, y estuvieran persuadidos de ello los jueces, el cliente y el mismo abogado.

Era una mujer gorda, con un traje verdoso y unas flores descomunales en el sombrero; al salir de la sala se paró en el corredor, y agitando las manos regordetas repetía á su abogado:

—¿Y qué sucederá ahora? ¿Qué va á suceder ahora?

El abogado miraba las flores del sombrero y evidentemente no la escuchaba, absorbido por alguna idea fija.

En seguida se abrió la puerta de la sala y con paso rápido apareció el famoso «genial abogado» con el rostro radiante de triunfo: suyo era el mérito de que la vieja de las flores quedara sin un cuarto, en tanto que su cliente, que le había dado diez mil rublos, ganó más de cien mil. Todos los ojos se volvieron hacia él, y al advertirlo pareció decir á todas:

—¡Señores, no necesito para nada vuestra admiración!

Y pasó ante todos de un modo digno.

VIII

Mateo Nikitich había llegado por fin, y el ujier, un hombre flaco con el cuello largo, que arrastraba una pierna, entró en la sala de los jurados. Este ujier era honrado é inteligente, pero no podía estar mucho en ningún empleo porque se emborrachaba. Tres meses antes una señora que protegía á su mujer, le colocó en el Tribunal, y aquel empleo parecía gustarle y lo conservaba.

—¿Estáis todos reunidos, señores?—preguntó poniéndose los lentes.

—Todos, á lo que parece?—dijo el comerciante plácido.

—Vamos á verlo en seguida.

Sacando del bolsillo una lista empezó á preguntar el nombre á cada uno, mirando á los jurados ora por sobre los lentes, ora á través de ellos.

—J. M. Nikiforoff, consejero de Estado.

—Soy yo,—dijo el señor importante que estaba al corriente de todas las causas.

—Iván Semenovitch Ivanoff, coronel retirado.

—Aquí estoy,—dijo el que iba de uniforme.

—Pedro Daklasciff, comerciante de segunda clase.

—Presente,—contestó el buen hombre, y añadió sonriendo:

—Estoy dispuesto.

—Príncipe Dimitri Neklindoff, teniente de la Guardia.

—Soy yo,— contestó el nombrado.

El ujier, mirando á Neklindoff por sobre los lentes con respetuosa deferencia, hizo una cortesía, queriendo distinguirle de los otros jurados. Después continuó:

—Capitán Jorge Dimitrievitch Dancenka, Gregorio Eftimovitch, comerciante,—y así seguido.

Todos los jurados estaban presentes.

—Ahora, señores, hacer el favor de pasar á la Sala,— dijo el ujier con amabilidad indicando la puerta.

Todos se movieron y cediéndose uno al otro el paso con cortesía, entraron -en la Sala.

Era una pieza larga con una tribuna en el fondo á la que se subía por tres escalones; en el centro de la tribuna había una mesa grande con un tapete verde adornado con una franja de un verde más obscuro, y tres sillones con el respaldo de encina tallada. Colgaba de la pared un retrato del Emperador con uniforme de gran gala de general, con un pie adelantado y la mano en la empuñadora de la

espada; á la derecha, en un ángulo, una imagen de Cristo con la corona de espinas, dos filas de sillas para los jurados, una mesita para los abogados y el banco del fiscal; á la izquierda una mesita para el relator, y, cerca del sitio reservado al público, el banco de los acusados que estaba todavía vacío. Todo esto ocupaba la mitad de la Sala que una barandilla dividía en dos partes. En la otra mitad algunos bancos dispuestos sobre gradas se elevaban hasta la pared del fondo.

En el primer banco estaban sentados cuatro mujeres y dos hombres que parecían obreros; evidentemente les impresionaba el aspecto del local y se hablaban en voz baja.

Introducidos que fueron los jurados, el ujier se adelantó hacia el centro de la sala y con voz tenante, como si tratara de asustar á todos los presentes, gritó:

—¡El tribunal!

Todos se levantaron y en la tribuna aparecieron los tres jueces; primeramente el presidente con sus hermosas patillas, luego el juez de los lentes de oro y de la cara triste, más huraña todavía, porque antes de entrar en la sala había encontrado á su cuñado que le previno que su hermana no preparaba decididamente comida.

—Paciencia, será preciso que vayamos á un restaurant —añadió el cuñado riendo.

—Maldito si esto me da ganas de reir,—dijo el juez poniéndose cada vez más mohíno.

Por último venia el último juez, aquel Mateo Nikitich que siempre se hacia esperar. Tenía una gran barba, una mirada bondadosa y padecía un catarro intestinal; aquella misma mañana el médico le habia aconsejado un nuevo régimen que le había hecho permanecer un rato más en casa.

Al entrar tenia el aspecto muy preocupado. Por costumbre se fijaba en todas las circunstancias fortuitas, á fin de que le dieran una respuesta á la pregunta que se hacía; en aquel momento había

decidido que si el número de los pasos que diera desde la entrada de la sala á su poltrona era exactamente divisible por tres, el nuevo régimen le curaría el catarro, y en caso contrario no. Los pasos habían sido veintiséis, pero al último añadió otro pasito muy corto, y así, después de contar el vigésimo séptimo se sentó en su sillón.

El aspecto del presidente y de los jueces con sus cuellos recamados de oro era muy imponente, Los tres lo comprendieron, y como confusos de su propia grandeza se sentaron, bajando modestamente los ojos hacia la mesa con el tapete verde, sobre el cual habia dispuestos un instrumento triangular con el águila imperial arriba, varias plumas, hojas de papel en blanco y varios otros cachivaches del oficio.

Al mismo tiempo que los jueces entró el sustituto del fiscal, andando aprisa y con la cartera bajo el brazo. Se sentó en un banco y empezó á hojear rápidamente el apuntamiento del proceso, aprovechando el tiempo que le quedaba. Era aquella la cuarta vez que sostenía una acusación, y ambicioso como era y decidido á abrirse paso, creía indispensable que todos los procesos en que interviniera terminaran con condena. De aquel proceso de envenenamiento tenía una idea sumaria y había preparado un esbozo de requisitoria, pero le faltaban aún algunos datos y los iba reuniendo á fuerza de tomar apuntes.

Al otro lado de la tribuna el relator repasaba un diario denunciado que había podido procurarse con gran trabajo. Se proponía hablar de ello al juez del catarro intestinal que sabía que comulgaba en sus ideas; pero antes quería enterarse bien del artículo denunciado.

VIII

Después de dar una ojeada al proceso y de preguntar algo al ujier, que contestó afirmativamente, el presidente dió orden de introducir á los culpables. Se abrió una puerta y entraron dos guardias con una gran gorra de pieles y los sables desnudos; detrás venían los acusados; un hombre de pelo rojo y cara pecosa y dos mujeres. El hombre llevaba el traje de los presos; tenia casi escondidas las manos dentro de las mangas muy largas; el aspecto tranquilo, impasible. Se sentó en la esquina del banco para dejar sitio á las mujeres, miró al presidente fijamente y empezó á contraer la boca como si hablara para su sayo.

Junto á él se sentó una mujer entrada en años, con traje de presa también, pálido el rostro, sin pestañas ni cejas, enrojecidos los ojos. Se sentó tranquilamente, arreglando las sayas que se le habían enganchado á un clavo, y miró hacia el tribunal.

La tercera acusada era la Máslova. Apenas entró, las miradas de todos los hombres se fijaron en ella y permanecieron clavadas en aquel rostro blanco y cariñoso, en aquellos ojos negros, profundos y centelleantes, en aquel cuerpo bien formado. Hasta uno de los guardias la miró con insistencia; pero luego, comprendiendo su desacato, apartó de ella los ojos y miró hacia la ventana que tenía enfrente.

El presidente esperó que los acusados estuviesen sentados y luego se volvió hacia el escribano.

Empezó el juicio con las formalidades de costumbre: llamamiento de los jurados y suplentes, multas á los que no comparecieron, lectura de las excusas presentadas por los que no vinieron, sustitución de éstos por los suplentes.

Una vez constituido el jurado, el presidente rogó al pope [\[4\]](#) que hiciera prestar juramento.

El pope, un viejo de cara hinchada y amarillenta, con un traje de color de café, una cruz de oro pendiente del pecho y una condecoración al lado, adelantóse hacia el altar arrastrando los pies.

Los jurados se acercaron también al altar.

—Favorécenos,—dijo el pope tocando su cruz de oro y esperando que todos los jurados estuviesen cerca.

Era pope hacía cuarenta y siete años; prestó sus servicios al tribunal desde que se iustituyó el jurado, así es que se alababa de haber hecho jurar á millares y millares de personas. Añadía que hasta en su vejez trabajaba por la iglesia, por la patria y por la familia, á la que dejaría una herencia, un capital de más de treinta mil rublos sin contar la casa. Se preparaba ya para celebrar su jubileo como lo hiciera el arcipreste de la catedral. El pensamiento de que el Evangelio prohíbe el juramento, y que toda su ocupación que consistía en hacer prestar juramento, era poco honrada, no le remordía la conciencia, antes por lo contrario, se complacía en ello porque le daba ocasión de trabar conocimiento con personas de alto copete. Había hecho amistades con el «célebre abogado» que merecía todo su respeto, porque en sólo un proceso, el del despojo de la vieja, ganó diez mil rublos.

El pope, después de revestir la casulla, dijo á los jurados:

—Levantad la mano derecha y poned así los dedos.— Y levantó su mano regordeta que tenía un hoyuelo en cada dedo, acercando las yemas del pulgar y del índice como si fuera á tomar un polvo.

—Juro ante el Santo Evangelio y por la Cruz de nuestro Señor que en el proceso...—empezó, parándose á cada frase.—No bajéis la mano hermano; tenedla así,—se volvió hacia un joven que había dejado caer la mano,—que en el proceso en qué...

El caballero importante, el coronel retirado, el comerciante y otros jurados, tenían los dedos bien unidos como deseaba el pope; otros parecían hacer aquella ceremonia de mala gana. Unos repetían las palabras con voz recia y empuje; otros en voz baja y

tartamudeando, quedándose atrás y atrapando luego al pope como asustados de su falta.

Hecho el juramento, el presidente invitó á que los jurados nombraron un jefe. Pasaron á la sala de deliberaciones y encendieron un cigarrillo.

Alguien aconsejó que eligieran al señor majestuoso y así se hizo sin discusión. Tiraron los cigarrillos y volvieron al tribunal. Allí el señor majestuoso declaró al presidente que él era el elegido; luego se sentaron todos.

Todo se hacía sin interrupción y con cierta solemnidad. El cumplimiento de todas aquellas fórmulas y ceremonias daban una especie de satisfacción á los mismos magistrados y les confirmaba en la persuasión de que cumplían un deber social. Esto también creía Neklindoff.

El presidente hizo una arenga á los jurados recordándoles sus derechos, sus deberes y la responsabilidad que les incumbía. Mientras hablaba no sabia estarse quieto ni un momento. Tan pronto se volvía á derecha como á la izquierda, se apoyaba en el respaldo del sillón, se inclinaba hacia adelante, hacia atrás, manoseaba los objetos todos de la mesa. Les recordó á los jurados que tenían el derecho de preguntar á los acusados por mediación del presidente; de examinar de cerca todas las pruebas, y que debían pronunciar un fallo recto basado en su convicción y conservar secreto su voto y no revelar nada á nadie. En otro caso se expondrían á los rigores de la ley.

Todos escuchaban con respetuoso recogimiento. El comerciante que respiraba con fuerza y esparcía en torno un tufo de vino, aprobaba cada frase con un movimiento de cabeza.

IX

Terminada su arenga, volvióse el presidente hacia los acusados.

—Simón Kirtinkin, levantóos.

El llamado se puso en pie con sobresalto.

—¿Vuestro nombre?

—Simón Petrovitch Kirtinkin,—respondió con voz estridente y sin vacilar, probando que ya sabia lo que le preguntarían.

—¿Vuestro estado?

—Soy aldeano.

—¿De qué provincia y distrito?

— Provincia de Tula, distrito de Kaprivo, ayuntamiento de Kiompiankoie, aldea de Borki,

—¿Cuántos años tenéis?

—Treinta y cuatro, nací en...

—¿Qué religión profesáis?

—La rusa ortodoxa.

—¿Estáis casado?

-No.

—¿Qué oficio tenéis?

—Trabajo como mozo en la hostería Mauritania.

—¿Habéis sido procesado?

—No he podido ser nunca condenado porque siempre he vivido...

—¿No habéis sido procesado?

—Tan cierto como que Dios existe, ino!

—¿Os han entregado copia del acta de acusación?

—Sí me la dieron.

—Sentáos. Eufemia Ivanovna Botchkova,—continuó el presidente volviéndose hacia una de las mujeres.

Simón permanecía de pie y tapaba á la Botchkova.

—Kirtinkin, sentáos.

Kirtinkin permanecía de pie. Para hacerle sentar se le acercó rápidamente el relator el cual, inclinando la cabeza y abriendo con severidad los ojos, murmuró á su oído con voz trágica:

—¿Habéis oído? Sentáos.

El acusado se sentó de golpe como se levantara, arregló la blusa y continuó mascullando palabras para sí.

—Vuestro nombre,—dijo el presidente á la vieja con aire aburrido y sin mirarla y hojeando unos papeles.

La Botchkova tenía cuarenta y tres años, habitaba en la ciudad y servía de camarera en la misma posada Mauritania; no había sido nunca procesada, se le había entregado copia del acta de acusación. Respondía con voz firme y á cada una de sus respuestas acompañaba una mirada que parecía querer decir á cuantos la miraban;

—Bien, sí; yo soy Eufemia Botchkova, y no permito que nadie se ría de mí.

Acabado el interrogatorio, se sentó sin que ge lo mandaran.

—Vuestro nombre,—dijo el presidente á la tercera acusada.

—Es preciso levantarse, añadió con gran dulzura viendo que la Máslova permanecía sentada.

La Máslova se levantó con gran serenidad, irguiendo la cabeza, y sacando el pecho, y fijó sus ojos negros y sonrientes en el rostro del presidente.

—¿Cómo os llamáis?

—Me llamaban Limbov,—respondió aprisa.

En tanto que empezaba el interrogatorio, Neklindoff miraba atentamente a los acusados a través de sus lentes.

No es posible,—pensó, sin apartar la vista de la joven.—¿Da dónde vendría ese nombre de Limbov?

El presidente quiso hacer otra pregunta, pero el juez de los anteojos le detuvo con un gesto murmurándole algo con furia. El otro contestó con un movimiento afirmativo y de nuevo se volvió hacia la acusada.

—¿Cómo Limbov?—dijo;—os llaman de otro modo.

La acusada callaba.

—Os he preguntado vuestro verdadero nombre.

—El de bautismo,—sugirió el juez de aire mohíno.

—Antes, me llamaban Catalina.

—Es imposible,—proseguía Neklindoff. Pero ya no conservaba duda alguna de que se hallaba en presencia de aquella muchacha que en otro tiempo había amado, que en un momento de locura sedujo y abandonó, que había querido olvidar porque aquel recuerdo le era harto penoso y le humillaba en su orgullo, tan pagado de su honradez.

No había duda; era ella. Ahora reconocía claramente en su rostro aquel sello particular y misterioso que caracteriza a cada persona y la determina de un modo preciso, haciéndola completamente distinta de las demás. A pesar de la palidez anormal y de tener las mejillas y la parte inferior de la cara un poco más carnosas, en el rostro, en la boca, en los ojos algo bizcos y sobre todo en la sonrisa ingenua, en la mirada, en la gentileza y gracia de toda su persona, reconocía aquel sello.

—Debéis responder pronto,—dijo con dulzura el presidente.—¿El nombre de vuestro padre?

—Soy ilegítima.

—No importa. Decid el nombre de vuestro padrino.

—Miguel.

—¿Qué delito puede haber cometido?—se preguntaba Neklindoff con ansia.

—¿Vuestro apellido?

—Me llamaban Máslova; como á mi madre.

—Vuestra condición.

—Ciudadana.

—¿De religión ortodoxa?

—Ortodoxa

—¿Y la profesión? ¿Qué oficio ejercíais?

La Máslova no contestó.

—¿Qué oficio teníais?

—Estaba en una casa.

—¿Pero en qué casa?—insistió con tono severo el juez de los anteojos.

—Bien lo sabéis,—replicó la Máslova siempre sonriendo: un rubor súbito enrojeció sus mejillas; miró hacia la Sala y después se fijó de nuevo en el presidente.

Había algo tan extraño en la expresión de su rostro, tan atroz y desgarrador en el sentido de aquellas palabras, de aquella sonrisa, de aquella ojeada que dió al público, que el presidente bajó la cabeza y durante un instante hubo completo silencio en la Sala.

Luego resonaron carcajadas y alguien silbó entre dientes. El presidente levantó la cabeza y prosiguió el interrogatorio.

—¿No habéis sido nunca condenada?

—Nunca, — contestó en voz baja la Máslova suspirando.

—¿Habéis recibido copia de la acusación?

—Sí.

—Sentáos.

La acusada se sentó levantando sus sayas como una gran señora y metió las manos, blancas y pequeñas, en las mangas de la blusa sin dejar de mirar al presidente. Su rostro tenía la primitiva palidez y serenidad.

El presidente llamó á los testigos, los mandó á otra sala y llamó al perito médico. Luego se levantó el relator y empezó la lectura de los autos. Su voz era alta y resonante; pero como leía rápidamente, resultaba monótona bronca.

Los jueces parecían y estaban aburridos, murmurándose palabras al oído; uno de los guardias se llevó varias veces la mano á la boca para ahogar un bostezo. Kirtinkin no cesaba un momento de contraer la boca; la Botchkova estaba erguida, seria, tranquila y de cuando en cuando escondía un dedo bajo el pañuelo para rascarse la cabeza. Máslova á veces permanecía impassible siguiendo con atención las palabras del relator; pero otras hacía ademán de levantarse; se ruborizaba, suspiraba profundamente, cambiaba de posición las manos, luego volvía á mirar al relator.

En la primera fila de los jurados, Neklindoff, sentado en su silla, no perdía de vista á la Máslova; y en su alma se realizaba un trabajo profundo y doloroso.

X

El acta de acusación decía así:

«El 17 de Enero de 18... murió en un cuarto de la posada Mauritania, Ferapont Smielkov de Siberia, comerciante de segunda clase, de muerte repentina. El certificado del médico de la cuarta división aseguraba que la muerte había sido producida por un aneurisma, causada por el abuso de las bebidas alcohólicas, y el cadáver fué sepultado. Pero cuatro días después de la muerte de Smielkov, llegaba de Petersburgo un llamado Timockin, comerciante de Siberia, compatriota y compañero del difunto, el cual informado de las circunstancias de la muerte, sospechó que ésta no fuera natural y si producida por un veneno dado por algunos malhechores que se hablan apoderado de una sortija de brillantes y de una gruesa suma de dinero: con efecto, Smielkov tenía mucho dinero, que no se le encontró después de muerto.

»Se ordenó una información que ha dado los siguientes resultados:

»1.º Smielkov poco antes de morir había cobrado del banco 8800 rublos; en la maleta no se le encontraron sino 312 rublos y 16 kopecks.

»2.º La víspera de su muerte, Smielkov pasó el día entero con la prostituta Liubka (Catalina Máslova) parte de él en la posada Mauritania y parte en su casa. Antes de ir con Smielkov á la posada, había ido ya allí Catalina Máslova para tomar dinero y abrió la maleta en presencia de los criados de la posada, Eufemia Botchkova y Simón Kirtinkin, con la llave que le dió el mismo comerciante. Mientras la prostituta Liubka abrió la maleta, Botchkova y Kirtinkin, presentes, pudieron ver varios fajos de billetes de cien rublos.

»3.º Vuelto Smielkov de la casa de tolerancia á la posada Mauritana junto con la Liubka, ésta, por consejo de Kirtinkin le hizo beber un vaso de cognac en el cual vertió unos polvos blancos que Kirtinkin le proporcionara.

»4.º Al día siguiente la Liubka, ha vendido á su patrona, la alcahueta Rosanov, testigo, una sortija de brillantes que pretendió haberle regalado el interfecto.

»5.º La camarera de la posada, Eufemia Botchkova, depositó en el Banco, al día siguiente de la muerte de Smielkov, la cantidad de 1800 rublos.

» La autopsia del cadáver de Smielkov, hecha con todas las formalidades que requiere la ley, ha patentado la existencia en las visceras, de substancias venenosas, que avaloran la hipótesis de un crimen.

»Interrogados como acusados la prostituta Liubka, Kirtinkin y la Botchkova, éstos no se han declarado culpables. Pero la Liubka ha declarado que Smielkov, estando en la casa de tolerancia donde, según su expresión, trabajaba, la había enviado á la posada para tomar dinero, 40 rublos, ni más ni menos, como pueden declarar la Botchkova y Kirtinkin que estaban presentes y que le han visto abrir y cerrar la maleta. En cuanto al envenenamiento la Liubka contesta que, vuelta por segunda vez al cuarto de Smielkov, ha vertido unos polvos blancos en un vaso de cognac; pero que lo hizo así creyendo que se trataba de un narcótico para dormirlo y poder volver á su casa: añadió que no tomó dinero alguno y que la sortija le fué regalada por el mismo Smielkov para consolarla cuando ella llorando quería marchar porque le había pegado.

»Eufemia Botchkova afirma que no sabe absolutamente nada de la desaparición del dinero y que no estuvo siquiera en el cuarto, donde únicamente entró la Liubka; que si algo se robó sólo pudo hacerlo la Liubka cuando vino la primera vez con la llave de la maleta.»

Al llegar á tal punto, la Máslova se estremeció abriendo la boca como para gritar, y se volvió hacia la Botchkova.

«Interrogada luego la Botchkova acerca del origen de los 1800 rublos depositados por ella en el Banco, manifestó haberlos ganado en doce años de trabajo al lado de Simón Kirtinkin, con el cual pensaba unirse en matrimonio.

»Simón Kirtinkin, en un primer interrogatorio, confesó haber robado el dinero á instigación de la Máslova, que fué á la posada con la llave, y haberlo compartido con la Máslova y la Botchkova.»

De nuevo la Máslova se estremeció, se puso en pie, movió los brazos y empezó á hablar. Pero el relator la contuvo y continuó:

»Kirtinkin confesó lo dicho. Pero en el segundo interrogatorio negó lo del robo y lo de los polvos, echando toda la culpa á la Máslova. Por lo que toca al dinero depositado en el Banco, confirma la declaración de la Botchkova y dice que son producto de las propinas de los pasajeros.»

Continuaba el documento hablando de los careos de los testigos y demás incidentes y concluía así:

«El comerciante de segunda clase Smielkov, abandonándose á la embriaguez y al libertinaje, entró en relaciones con una prostituta apodada Liubka, por quien se encaprichó, perteneciente á la casa de tolerancia de la Rosanov. El 16 de Enero de 18... encontrándose en la casa citada, envió á la Liubka á la posada donde paraba, dándole la llave de la maleta para que cogiera 40 rublos, para pagar el gasto hecho en la citada casa. Catalina Máslova, apodada Liubka, entrada en el cuarto del comerciante, se puso de acuerdo con los dos criados Kartinkin y Botchkova para robar gran parte del dinero y de los objetos preciosos contenidos en la maleta del comerciante y repartírselos luego; como así ocurrió.»

Máslova se estremeció de nuevo y toda su cara se encendió.

«La Máslova ha recibido por su parte una sortija de brillantes y sin duda, alguna pequeña suma de dinero que habrá ocultado ó perdido quizá, visto el estado de embriaguez en qué se hallaba. Para ocultar el hurto, los tres acusados han hecho que Smielkov volviera á la posada y lo han envenenado con un veneno que tenía Kartinkin. Siguiendo tal plan, la Máslova ha inducido al comerciante á volver á la posada para pasar allí la noche juntos. Ya reunidos, la acusada vertió los polvos en el vaso de Smielkov y le hizo beber, lo que lo produjo la muerte.

«Por todas las indicadas razones, Simón Kirtinkin de treinta y cuatro años, aldeano, Eufemia Botchkova, de cuarenta y cuatro, y Catalina Máslova, de veintisiete, son acusados de haber el 17 de

Enero de 18..., puestos de acuerdo, robado al comerciante Smielkov una sortija de brillantes, y la suma de 2.500 rublos, y, para desembarazarse de él, héchole beber veneno, que produjo la muerte del predicho Smielkov.

»Estos delitos están previstos en los párrafos 4 y 5 del artículo 1453 del Código penal; por lo que Simón Kirtinkin, aldeano, Eufemia Botchkova y Catalina Máslova, ciudadanas, se presentan al tribunal de la Audiencia con el concurso del jurado.»

Terminada la lectura, el relator juntó cuidadosamente los pliegos y se sentó, acariciándose el pelo con la mano. Los presentes lanzaron un suspiro de alivio pensando que el juicio empezaba, que todo se aclararía pronto y que la justicia seguiría su curso. Sólo Neklindoff no experimentaba aquel sentimiento. Estaba asustado del delito de la Máslova á quien diez años antes conociera una niña pura é inocente.

XI

Apenas terminada la lectura del acta de acusación, el presidente consultó á los jueces y luego, volviéndose hacia Kirtinkin con una expresión que parecía querer significar: «Ahora si que vamos á saberlo todo punto por punto,» dijo:

—Simón Kirtinkin.

Este se levantó con las manos pegadas á los costados, inclinándose hacia adelante y sin cesar de mover los labios.

—Estáis acusado de haber, el 17 de Enero de 18..., junto con Eufemia Botchkova y Catalina Máslova, robado de la maleta del comerciante Smielkov dinero que le pertenecía, traído arsénico aconsejando á la Máslova que se lo echara en el vino, por lo que murió Smielkov. ¿Os reconocéis culpable?

—Es imposible, porque nuestro oficio de servidores...

—Esto lo diréis luego. ¿Os reconocéis culpable?

—No... Tengo, sin embargo...

—Después, después lo diréis,—interrumpió el presidente con calma y severidad. ¿Os reconocéis culpable?

—Es imposible porque...

De nuevo el relator dió un salto hacia Simón Kirtinkin y con un «¡silencio!» trágico le contuvo.

El presidente, como para significar que aquella primera parte estaba acabada, se volvió Eufemia Botchkova.

—Eufemia Botchkova, estáis acusada de haber, el 17 de Enero de 18..., en compañía de Simón Kirtinkin y Catalina Máslova, robado de la maleta del comerciante Smielkov dinero y una sortija, repartiendo el producto entre todos, y, para ocultar el delito, dado veneno á Smielkov, que murió á causa de ello. ¿Os reconocéis culpable?

—No soy culpable de nada,—respondió la acusada con voz franca y áspera.—Ni siquiera he puesto los piés en el cuarto. Esta perdida, que ha entrado, puede haber hecho lo que decís.

—Esto lo diréis luego, respondió el presidente con voz tranquila y firme.—¿No os reconocéis culpable?

—No soy yo quien ha tomado el dinero: no soy yo quien ha hecho beber el veneno; no he entrado siquiera en el cuarto, porque si hubiese sido yo...

—¿Y os reconocéis culpable?

—No, nada.

—Bien. Catalina Máslova,—empezó de nuevo el presidente vuelto hacia la tercera acusada.—Estáis acusada de haber entrado en la habitación que en la posada Mauritania ocupaba el comerciante Smielcov y de haberle robado una sortija y dinero...—Pronunciaba las palabras como las de una letania que se sabe de memoria, y se

interrumpió un momento inclinándose hacia el juez quien le hizo notar que entre las pruebas de convicción faltaba algo...— y dinero; de haber vuelto luego á la posada y haber hecho beber un vaso de arsénico á Smielkov, lo que le produjo la muerte. ¿Os reconocéis culpable?

—No, no soy culpable de nada,—contestó rápidamente la acusada, —como lo dije al principio lo digo ahora: no he robado nada, nada, nada en absoluto; la sortija me la dió él mismo.

—¿No os reconocéis, pues, culpable de haber robado dos mil quinientos rublos?

—Digo que no he tomado sino cuarenta rublos.

—¿Y de habar dado al comerciante Smielcov el vino envenenado?

—Esto es verdad; pero me habían hecho creer que aquello era un nárcótico y que no produciría ningún mal. Nunca seré capáz de envenenar á nadie; ante Dios juro que no tenía ninguna mala intención.

—Así, pues, no confesáis haber robado la sortija y el dinero; ¿pero reconocéis por otra parte habar echado los polvos en el vino?

—Si, lo reconozco; pero creía que era unos polvos para hacer dormir; se los he dado para que se durmiera; no he querido, no he pensado nunca que pudieran hacerle daño...

—Bien.

Y satisfecho del resultado obtenido, el presidente se apoyó en el respaldo de la poltrona con las manos extendidas sobre la mesa.

—Ahora contad la verdad por entero; una confesión sincera podrá mejorar vuestra situación.

La Máslova miraba fijamente al magistrado; pero callaba y se ruborizaba; comprendíase que se esforzaba en vencer la vergüenza.

—Contad como ocurrió todo.

—¡Cómo ocurrió!—exclamó con ímpetu la joven.—Fui á la posada, me condujeron á la habitación donde estaba él ya muy embriagado...

Diciendo «él» parecía sorprendida ó que experimentase terror, y abrió desmesuradamente los ojos y luego continuó:

—Quería marcharme y no me lo permitió.

Calló de nuevo como si hubiese perdido el hilo del discurso ó como si otro recuerdo asaltara su mente.

—¿Y luego? —preguntó el presidente.

—Luego,—replicó,—quedóme allí algún tiempo y después volví á casa.

En aquel momento el sustituto se incorporó apoyándose sobre un codo.

—¿Queréis hacer alguna pregunta?—indicó el presidente. Contestando afirmativamente el fiscal, le indicó que podía interrogar.

—Quería saber si la acusada tuvo antes relaciones con Simón Kirtinkin,—preguntó el sustituto sin mirar á la Máslova, frunciendo el entrecejo y apretando los labios.

El presidente repitió la pregunta. Máslova asustada miraba al fiscal.

—Sí, conocía á Simón.

—Quisiera saber aún en qué consistían tales relaciones, y si eran frecuentes.

—¿En qué consistían? Me recomendaba á los forasteros que iban á la posada, pero entre él y yo, no había ninguna otra relación, contestó la joven con inquietud volviendo los ojos del presidente al sustituto, y de éste al presidente.

—Quisiera también saber por qué Kirtinkin recomendaba siempre á la Máslova en vez de recomendar á las otras muchachas.

Y entornó los ojos con una expresión picaresca preñada

de reticencias.

—No lo sé. ¿Cómo queréis que lo sepa? Recomendaba á quien quería,—replicó girando los ojos con espanto, y deteniéndolos un instante en Neklindoff.

—Quizá, me ha reconocido,—pensó el príncipe, y toda su sangre subió á sus mejillas.

Pero la Máslova no se había fijado verdaderamente en él, y su mirada asustada se fijó de nuevo en el fiscal.

—Así, pues, la acusada niega haber tenido relaciones íntimas con Kirtinkin; está bien; no se me ocurre preguntar nada más.

El sustituto se sentó de nuevo, y pareció que escribía algo.

En realidad no escribía nada, y se limitaba á pasar la pluma sobre las palabras del acta de acusación, porque había observado que todos los abogados y procuradores, después de cada pregunta toman apuntes destinados á reforzar todos los argumentos con qué piensan aplastar al adversario.

Ocupado en discutir con el juez de las antiparras sobre la conveniencia de servirse de las preguntas preparadas por escrito, el presidente dejó pasar algunos instantes, y luego preguntó:

—¿Qué ocurrió luego?

—Era ya de noche, contestó la Máslova, ya más tranquila, mirando al presidente,—y yo, una vez que hube dado al ama el dinero, y subí á mi cuarto, estaba á punto de acostarme, cuando Berta, una de mis compañeras, vino á llamarme.

—Mira que tu comerciante ha vuelto y quiere que vayas con él.

Yo rehusé bajar; pero el ama me lo mandó. El,—pronunció de nuevo esta palabra con terror,—estaba allí en el gran salón, y quería ofrecer bebida á todas las muchachas; pero no tenía dinero encima y el ama se negó á hacerle crédito, y entonces me ordenó ir á la posada, me indicó donde estaba el dinero y la cantidad que debía tomar. Yo hice lo que mandó.

Entretanto el presidente discutía en voz baja con el juez, que tenía á su izquierda, sin oír una palabra de lo que decía la Máslova; pero, queriendo hacer creer que lo había oído todo, repitió la última palabra:

—Le habéis obedecido. ¿Y entonces?

—Hice cuanto me había indicado. Tomé cuatro billetes de diez rublos.

La Máslova se interrumpió aún, como presa de un terror súbito, y luego continuó;

—Entré en la habitación, pero no sola; conmigo vinieron Kirtinkin y ésta.

Indicó á la Botchkova.

—No es verdad; no llegué á entrar;—dijo la Botchkova, pero el relator la hizo callar en seguida.

—Entonces, en su presencia, tomé los cuatro billetes de diez rublos,—prosiguió la Máslova frunciendo el entrecejo y sin mirar á la Botchkova.

—Quisiera saber si la acusada, al tomar los cuarenta rublos, ha visto cuánto dinero quedaba en la maleta,—interrumpió de nuevo el fiscal.

Máslova se estremeció; sin darse cuenta de ello comprendía que aquel hombre quería su perdición.

—No lo he contado; no he visto sino que había billetes de ciento.

—Así, pues, la acusada confiesa que ha visto billetes de cien rublos: está bien; no tengo que preguntar ya nada más?.

—Habéis, pues, llevado el dinero,—dijo el presidente en tanto que miraba el reloj.

-Sí.

—¿Y después?

—Después, el comerciante, ha querido que volviera con él.

—¿Y cómo le habéis dado los polvos?

—¿Cómo? Los he echado en el vino y se los he dado á beber.

—¿Por qué lo habéis hecho?

—Porque no quería dejarme,—respondió la joven con un suspiro profundo, después de un instante de silencio. —Yo estaba cansada, aburrída, y, saliendo un momento al corredor, dije á Simón Kirtinkin: ¡Qué contenta quedaría si me dejase volver á casa! Simón contestó: También nosotros estamos cansados; démosle unos polvos que le hagan dormir y así podrás marcharte. Yo creí que se trataba de una cosa inofensiva, consentí, y los tomé con intención de ponérselos en el vaso. Al volver á entrar, el mercader, que se había ya metido en la alcoba, me ordenó darle de beber; yo vertí de una botella que estaba sobre la mesa, grandes chorros de cognac en dos vasos, uno para él y otro para mí; en el suyo eché los polvos. Pero os aseguro que de ninguna manera lo hubiese hecho de saber que...

—¿Y cómo ha sido que la sortija se hallara en vuestro poder?

—Me la había regalado él mismo.

—¿Cuándo os la dió?

—Cuando volvimos á la posada. Yo quería marcharme pronto, y me rompió la peineta que llevaba en la cabeza. Entonces me eché á llorar, y él, para consolarme, se quitó el anillo que llevaba en el dedo y me lo dió.

El teniente fiscal se incorporó de nuevo y con su aire de mansedumbre pidió permiso para hacer algunas preguntas.

—Quisiera saber,—empezó,—cuánto tiempo permaneció la acusada en el cuarto de Smielkov.

Un nuevo acceso de terror estremeció á la Máslova, que contestó rápidamente:

—No me acuerdo.

—¡Ah! ¿La acusada no recuerda si entró en algún otro cuarto al salir del que ocupaba el mercader?

La Máslova reflexionó un momento, luego repuso:

—Sí, entré en una habitación contigua, que no estaba ocupada.

—¿Y por qué entró?

Esta vez, dominado por su impulso, hizo la pregunta directamente a la acusada.

—Para tranquilizarme un poco y esperar el coche.

—¿Y Kirtinkin estuvo en el cuarto con la acusada ó nó?

—Sí; también él vino.

—¿Pór qué?

—Porque el comerciante había pagado unas copas de cognac y lo bebimos juntos.

—¡Ah! ¡Bebietes juntos!... ¿Y de qué hablaron la acusada y Kirtinkin? ¿De qué hablaron?—recalcó el sustituto.

La Máslova se irguió, movió los brazos y contestó con brío:

—¿De qué hablamos? No me acuerdo. Haced de mí lo que queráis. No soy culpable. Ya os he dicho todo cuánto sabía.

—No he de preguntar nada más,—terminó el fiscal bajando la cabeza y tomando rápidamente algunas notas, que afirmaban que la acusada se había metido en un cuarto con Simón.

Siguieron unos instantes de silencio.

—¿No tenéis más que decir?

—Lo he dicho todo,—contestó la Máslova con un suspiro; y se sentó.

Entonces, el presidente tomó algunas notas; escuchó lo que le decía uno de los jueces en voz baja y declaró suspendida la sesión por diez minutos. El juez que habló con el presidente era el mismo

que por la mañana había ensayado un nuevo método curativo, y que, sintiéndose un

vacío en el estómago, había manifestado el deseo de hacerse un masaje y de tomar algún cordial. Esta y no otra era la causa que indujera al presidente á levantar la audiencia.

En seguida magistrados y jueces y jurados se movieron y salieron de la sala, con la conciencia de haber cumplido una parte de los santos deberes que la sociedad les imponía.

En la sala de los jurados, Neklindoff se sentó junto á una ventana y se sumergió en los recuerdos del pasado.

XII

Era verdaderamente Katiuscha. Neklindoff recordaba las circunstancias en que conociera á la muchacha. La había visto por primera vez cuando, estudiando el tercer curso en la Universidad, fué á pasar el verano con sus tías, en tanto que preparaba su tesis de bachiller. Habitualmente pasaba el verano con su madre y su hermana en una gran posesión que tenían cerca de Moscou; pero habiéndose casado aquel año su hermana, Neklindoff, que debía preparar su tesis y no quiso acompañarla á los baños, fué á casa de sus tías, seguro de que allí podría trabajar con tranquilidad.

Tenían las hermanas de su madre mucha afección por su sobrino y por su parte las amaba mucho, sabiendo que debía ser su heredero, y le placía en gran extremo la sencillez de costumbres de aquellas dos ancianas.

Se encontraba entonces en aquel estado de ánimo asequible á todo entusiasmo, propio de los jovenes, que, por su impulso, empiezan á comprender la belleza de la vida, y á apreciar su

importancia; que en tanto que se dan cuenta de la difícil tarea impuesta al hombre, conciben la posibilidad de perfeccionar hasta lo infinito su propio sér y la humanidad entera, dedicando todas sus fuerzas á ideal tan alto, con el firme convencimiento de alcanzar aquel grado de perfección que han soñado como ideal de la vida.

Aquel año, en la Universidad, había leído las obras de Spencer y Henry George sobre la propiedad de la tierra, y aquella lectura le había conmovido profundamente, tanto más cuanto que él era hijo de una rica propietaria.

El patrimonio de su padre no era muy grande, pero su madre llevó en dote diez mil fanegas de tierra. Entonces, por primera vez, había comprendido la enorme injusticia de la propiedad inmueble individual, y en seguida distribuyó entre los aldeanos las tierras heredadas de su padre, porqué era él uno de aquellos para quienes el hacer un sacrificio en nombre de las exigencias de la moral, constituye un verdadero deleite.

Sobre tal tema preparaba su tesis, que tenía por título: «La propiedad inmueble.»

La vida que llevaba en el campo, al lado de sus tías, era muy tranquila.

Se levantaba por las mañanas muy temprano, á veces á las cuatro, se bañaba en un río que corría al pie de la colina, y luego volvía á casa antes de que saliera el sol, en esa hora en que todo el país está bañado por una ligera niebla, y el rocío cubre aún hierbas y flores. Algunas mañanas, después de tomar café, se ponía á escribir ó á leer libros; pero, las más de las veces, salía para pasear por prados y bosques.

Antes del almuerzo echaba un sueño en cualquier rincón del huerto, después almorzaba en compañía de sus tías, y luego daba un paseo á caballo ó en barca á lo largo del río.

A veces por la noche, y especialmente en las de luna, se sentía invadido por la savia juvenil, por el exceso de vida, y bajando al jardín paseaba hasta el alba, acariciando los sueños de su fantasía.

Así en el seno de aquella felicidad tranquila, pasó los primeros meses de su estancia, sin advertir siquiera la figura esbelta, los negros ojos de Katiuscha.

Criado bajo los amorosos ojos de su madre, Neklindoff conservaba aún, á los diecinueve años, la inocencia de un niño; según él, la mujer de sus sueños debía ser su esposa; las otras, aquellas con quienes 'no hubiese podido casarse, eran sencillamente personas.

Aquel verano mismo, en la fiesta de la Ascensión, fué á visitar á las tías una señora de los contornos que tenía dos hijas y un hijo colegial, y Un joven pintor, aldeano de nacimiento, amigo del hijo.

Después del té, los jóvenes organizaron un gorielki [\[5\]](#) en el prado, acabado de segar. Kautiuska tomó parte en aquel juego.

Llegó un momento en que Neklindoff debía correr al lado suyo; gustóle aquello, pero no se le ocurrió que entre él y la niña pudiese surgir ningún afecto profundo. Según la regla del juego, Katiuscha y Neklindoff debían darse la mano, y el joven pintor debía cogerlos.

—Me costará trabajo atraparlos,—pensó este, á pesar de que corría mucho con sus piernas cortas y musculosas de aldeano.

—¡Una! idosl itres!—dijo batiendo palmas.

Conteniendo apenas la risa Katiuscha, cambió de sitio con Neklindoff, estrechó con su pequeña mano la gruesa de él, y corrió hacia la izquierda con un leve crujido de la almidonada falda. Neklindoff corría mucho, y como no quería que lo atrapara el pintor, redobló su velocidad, de modo que en un momento estuvo al fin del prado: luego se volvió y vió que el otro iba detrás de Katiuscha que, con sus ligeras piernas, corría, como un gamo, alejándose hacia la izquierda.

Habla allí una mata de lilas, de la cual habían decidido no pasar, pero Katiuscha, sonriendo á Neklindoff, le indicó que fuera hacia allí, y pasó de la mata.

Neklindoff comprendió y fué hacia ella, pero como detrás de las lilas había un estanque seco cubierto de ortigas, tropezó y cayó

pinchándose las manos y mojándose con el rocío que caía; luego se levantó, y, riéndose de su caída, volvió á correr. Sin cesar de sonreírle con sus ojos negros, Katuscha corrió hacia él y le tendió la mano.

—¿Os habéis pinchado?—le preguntó mirándolo fijamente en tanto que respiraba afanosamente y con la mano libre se arreglaba las trenzas.

—No sabía que hubiese aquí un estanque,—contestó él sin abandonar la mano de la muchacha. Y como ella se acercara un poco más, de repente, sin saber cómo, le apretó más fuertemente la mano y la besó en la boca. La joven retiró con presteza la mano y dió algunos pasos hacia atrás; luego cogió dos ramos de lilas, y dándose con ellas contra las mejillas que le abrasaban, corrió hacia el grupo que formaban los otros muchachos.

Desde aquel momento las relaciones entre Neklindoff y Katuscha se modificaron. Se encontraban en aquella situación propia de un joven y de una niña, ingenuos ambos, ambos inocentes, que se sienten inclinados uno al otro. Bastaba que Katuscha entrara en el cuarto del joven, ó que éste desde lejos viera el vestido de color de rosa y el delantal blanco de ella, para que todo se le antojara bañado por el sol, y todo fuera más bello, más alegre, más importante, y la vida más placentera.

Las mismas sensaciones experimentaba ella.

Por lo que hace á Neklindoff, no era solamente la presencia de Katuscha lo que le alegraba; el solo pensamiento de que la niña existía, bastaba para inundar de dicha su alma: Katuscha se conmovía únicamente al pensar que él existía, que vivía á su lado. Si recibía una carta poco cariñosa de su madre, si su tesis no adelantaba, si sentía aquella tristeza infinita, propia de la edad juvenil.

bastaba el pensamiento de que Katuscha existía para disipar su malhumor.

Katiuscha estaba muy ocupada en casa; sin embargo tenía tiempo para todo, y en los momentos de reposo leía. Neklindoff le prestaba á Turghenieff y á Dostojewski, pero lo que más le había impresionado era la Calma después de la tempestad de Turghenieff. Conversaban en voz baja tan pronto en el corredor como en el balcón, á veces en el cuarto de María Paulovna, la anciana camarera de las solteras, en el cual dormía Katiuscha y á veces tomaba té Neklindoff. En presencia de aquella mujer, sus conversaciones tenían gran dulzura; pero cuando estaban solos se sentían embarazados, y sus ojos empezaban á hablar un lenguaje más expresivo que las palabras que proferían, se turbaban y no se atrevían á permanecer juntos.

Así continuaron durante todo el tiempo que Neklindoff permaneció junto á sus tías. Estas advirtieron lo que ocurría y se asustaron de ello y lo comunicaron por carta á la princesa Elena Ivanovna, madre de Neklindoff.

María Ivanovna, una de las tías, temía que Dimitri estuviera enredado con la muchacha; pero su temor era vano, porque Neklindoff amaba sin darse cuenta de ello, como saben amar las almas ingenuas, y esto les preservaba á él y á la muchacha de una calda. El, no sólo no la deseaba, sino que la sola posibilidad de tal deseo le inspiraba terror. Más fundado era el temor de la otra solterona, que, con su alma poética, temía que Neklindoff, dado su carácter firme, se enamorara seriamente de Katiuscha y se casara con ella, sin cuidarse para nada de su origen y condición.

Si entonces Neklindoff hubiera podido darse cuenta de su amor por Katiuscha, ó si alguien hubiera tratado de convencerle de que no era posible ligar su porvenir al de aquella muchacha, de fijo que contestara que no había motivo para dejar de casarse con ella, desde el momento que la amaba. Pero sus tías no le expresaron sus temores y marchó sin siquiera formarse idea clara del amor que le había inspirado Katiuscha. Creía que el sentimiento que le inspiraba la muchacha, era sólo una parte de aquella inmensa alegría de la vida que ocupaba todo su ser, y al partir, cuando Katiuscha, junto

con sus tías le seguía desde la galería con sus ojos negros llenos de lágrimas, sintió la impresión de que, en aquel instante, se destrozaba algo bello y sagrado de su vida, algo bello y sagrado que jamás volvería á renacer. Y una tristeza infinita invadió su alma.

—Adiós, Katuscha, gracias de todo,—dijo en voz baja subiendo al coche.

—Adiós, Dimitri Ivanovitch,—respondió ella con su voz melodiosa, y conteniendo con gran esfuerzo las lágrimas que velaban sus ojos, corrió á su cuarto para llorar con entera libertad.

XIII

Transcurrieron tres años antes que Neklindoff viera de nuevo á Katuscha. Cuando la volvió á ver,—iba á saludar á sus tías antes de incorporarse al regimiento de la guardia, de qué había sido nombrado teniente,—era ya un hombre hecho, bien distinto del ingenuo muchacho que tres años antes visitara aquellos lugares.

Entonces era leal, desinteresado, presto á sacrificarse para cumplir una buena acción; ahora era un libertino que no pensaba sino en hacer sus gustos. Antes se le aparecía el mundo como un misterio, como un enigma, que se aprestaba á descifrar con alegre entusiasmo; ahora todo le aparecía claro, sencillo, subordinado á sus exigencias personales. Entonces experimentaba un deseo imperioso de comunicarse con la naturaleza, con los filósofos, con los poetas que habían pensado y vivido antes que él; ahora lo que estimaba necesario eran los amigos, los compañeros, los usos de la sociedad mundana. Entonces la mujer se le antojaba un sér misterioso y atractivo, al que el misterio añadía un encanto más; ahora todas las mujeres, fuera de sus parientas y de las esposas de sus amigos, tenían una significación precisa; ser el instrumento de su placer.

Entonces no sentía ningún afán por tener dinero y apenas gastaba la tercera parte del que le asignaba su madre, y renunciaba á la herencia paterna para entregarla á los aldeanos: ahora los mil quinientos rublos que mensualmente le entregaba su madre, no le bastaban, y muchas veces había tenido con ella, á propósito de intereses, disgustos de que le remordía luego la conciencia. Entonces creía que su «yo» era un sér intelectual; ahora imaginaba que su «yo» era un hermoso anima), sano y robusto

Una transformación tan radical hizo que dejara de creer en sí para creer en los demás; porque tener fe en sí mismo no parecía muy difícil.

Creyendo en sí, era preciso resolver muchas cuestiones en daño del egoísmo plácido y brutal; creyendo en los otros no había que resolver nada; todo quedaba resuelto en contra del «yo» intelectual y en favor del «yo» material. Además, creyendo en sí se exponía á la reprobación social; creyendo en los demás todos aprobaban y alababan su conducta.

Si Neklindoff leía ó discutía de Dios, de la verdad, de la riqueza ó de la pobreza, los que le rodeaban encontraban irracionales sus discursos, casi ridículos, y la madre y las tías, con ironía amable le llamaban; «Nuestro caro filósofo.» Pero si leía novelas ó contaba anécdotas demasiado libres, ó bien iba al teatro francés y contaba después con brío las pochndes que había visto, entonces todos le alababan y animaban. Cuando vivía casto y había decidido llegar así á casarse, sus padres temieron por su salud; y la madre, á quien el solo pensamiento de que pudiese casarse con la Katuscha desesperaba, estuvo contenta al saber que Dimitri había birlado su amante, una francesa, á un amigo. Cuando al ser mayor de edad Neklindoff, firme en sus opiniones de que la propiedad territorial era injusta, había repartido la heredada del padre entre los aldeanos, espantó con su acción á su madre y á sus parientes, y por largo tiempo fué objeto de sus burlas y de su reprobación; no habían cesado de repetirle que, con sus dones, en vez de enriquecer á los

aldeanos, les empobreció: éstos, efectivamente, se habían dado por completo á la bebida y renunciado al trabajo.

Pero cuando, entrado en un regimiento de la guardia imperial, y frecuentando la sociedad más aristocrática, empezó á derrochar su dinero hasta el punto de que su madre vió mermar su capital, la anciana princesa no lo sintió casi, pues le parecía lógico y bello que gustara todos los placeres de la vida en el seno de una sociedad selecta.

Luchó Neklindoff al principio contra aquella nueva manera de entender la vida; pero la lucha le ofrecía grandes dificultades, porque cuanto para él constituía lo bueno, era reputado de malo por los otros, y viceversa. Así flek lindoff cesó de creer en sí mismo y creyó en los demás. Tal renuncia de su propia personalidad le fué al principio dolorosa; pero bien pronto la olvidó fumando y bebiendo, vicios ambos que le proporcionaron horas de grato solaz. Dado su carácter ardiente se entregó por completo al nuevo sistema de vida, que merecía la universal aprobación, y así ahogó aquella voz imperiosa que reclamaba de él acciones bien diversas.

Tal transformación, empezada al llegar á Petersburgo, se completó al ser admitido en la guardia imperial.

La vida militar pervierte ya por si misma á los hombres, poniéndolos en un estado de inercia completa, ó por lo menos de ausencia de toda ocupación racional y útil, y, librándolos de los deberes humanos, les impone un simulacro de honor del regimiento y de la bandera, y les da un poder ilimitado sobre muchas personas de una parte, y les obliga por otra á una sumisión de esclavos tan inútil como vergonzosa. Cuando á la perversión general que crea la vida militar, se une la perversión que emana de la riqueza y de la proximidad de la familia del czar, como sucede á la guardia imperial, la unión de esas dos perversiones origina un estado de ánimo que, con razón, puede llamarse una verdadera locura de egoismo.

Sumido en tal locura vivió Neklindoff desde que, entrando en la guardia, llevó igual vida que sus compañeros. Su única ocupación

consistía en ponerse un uniforme galoneado, que otras manos cepillaban y pulían, colgar de la cintura una espada que otros limpiarán, montar un fogoso caballo, que hablan educado y preparado otros para él, mandar las maniobras á los soldados ó pasarles revista, saltar obstáculos, esgrimir el sable, tirar al blanco, enseñar á los otros aquellos mismos ejercicios.

En derredor suyo habla solamente jóvenes y viejos, pertenecientes á las familias más aristocráticas y el Emperador mismo con su corte, que no solamente aprobaban sus ocupaciones, sinó que le alababan y se le mostraban reconocidos. Luego los teatros, los bailes, las mujeres. Y al día siguiente nuevos paseos á caballo, saltos de obstáculos, esgrima, las mismas locuras desenfrenadas, y el vino, la murmuración y las mujeres.

Tal género de vida debía ejercer una acción tanto más funesta sobre Neálindoff y sus compañeros, cuanto que el hombre que la lleva sin ser soldado no puede dejar de sentir en el fondo de su conciencia un remordimiento; mientras que el militar tiene la convicción de que cumple con su deber. Se enorgullece de tal género de vida, sobre todo en tiempo de guerra; y este era el caso de Neklindoff, que entró á servir al principiar la guerra contra los turcos.

—Nosotros,—piensan ellos,—estamos prontos á sacrificarnos, así es que por mucho que nos divirtamos no causamos mal á nadie y sería una locura no hacerlo.

Así pensaba Neklindoff también en aquel período de su vida y gozaba al sentirse libre de los vínculos morales que se impuso en su primera juventud.

En tal estado de locura crónica vivía cuando, tres años después de su encuentro con Katiuscha, volvió á la casa de sus tías.

XIV

Neklindoff tenía varios motivos para visitar á sus tías: en primer lugar, su castillo se hallaba en el camino que debía seguir para juntarse á su regimiento; en segundo lugar, las solteronas le habían escrito muchas veces diciéndole que anhelaban verle; y, por último, tenía él muchas ganas de ver de nuevo á Katuscha, Quizá en lo íntimo de su sér alentaba una intención poco generosa respecto de la muchacha; pero no quería confesársela á sí mismo. Unicamente convenía en que quería ver de nuevo aquellos sitios en que pasara horas felices con ella, y verla á ella misma y á sus dos tías, un poco regañonas; pero que siempre se manifestaron cariñosas y buenas para con él.

Llegó á fines de Marzo, el viernes santo, con una helada y una lluvia tremendas; así es que al llegar á la posesión estaba calado y tiritando, pero fuerte y Heno de energía como siempre.

—Con tal que aun esté ahí,— pensó mientras atravesaba el patio lleno de nieve que cayera de los techos y miraba aquel edificio que tan familiar le era.

Esperaba que correría á su encuentro al ruido de la campanilla; pero no fué así. En el umbral de la puerta del departamento destinado á la servidumbre, halló á dos criadas con los pies descalzos y remangadas las sayas, que se disponían á limpiar el suelo. Pero Katuscha no aparecía por ningún lado. Tan sólo vió á Tikon, el antiguo servidor que, provisto de un delantal blanco, se aprestaba á dedicarse también á la limpieza.

En la sala encontró á Sofía Ivanovna con un traje de seda y una cofia de punto.

— ¡Gracias á Dios que has venido!—dijo besándole.

—María está un poco indispuesta y se ha quedado un ratillo en la iglesia después de la comunión.

—Gracias, tía Sofía,—replicó el mozo besándole la mano.—
Dispensad; os he mojado.

—Ve á mudarte á tu cuarto; estás calado, pobrecillo... ¡Ya tienes bigote! ¡Katuscha, Katuscha, el café pronto!

—En seguida,—contestó desde el corredor la voz dulce y melodiosa que tan bien recordaba el príncipe. Su corazón se inundó de alegría. ¡Era ella! ¡Aun estaba allí! Fué como si un rayo de sol apareciera entre las nubes.

Alegremente siguió á Tikon que le condujo á su antiguo cuarto. Quería preguntarle algo de Katuscha, de la vida que llevaba, si se había prometido. Pero no se atrevió y limitóse á preguntarle por sus sobrinillos, por el viejo caballo, por Polkan el perrazo del guarda. Todos estaban vivos y buenos menos Polkan, que murió de hidrofobia el verano último.

Iba á mudarse el traje cuando oyó pasos conocidos y un modo de llamar á la puerta que conocía muy bien. Era ella. Se echó la capa sobre los hombros y gritó:

—¡Entrad!

Era ella, Katuscha; pero aún más mona y alegre que otras veces; siempre eran los mismos ojos negros, la sonrisa ingenua, el mismo delantal blanco, de una nitidez exquisita. Traía por encargo desús tías una pastilla de jabón perfumado y dos toballas; una fina de tela, otra esponjosa. El jabón apenas salido de la caja, las toballas, ella misma, todo era lindo, fresco, intacto é inspiraba alegría, admiración. Los labios frescos y rojos de la muchacha se contraían para no dejar escapar una sonrisa de alegría, como cuando estaba en su presencia años antes.

—Bienvenido Dimitri Ivanovitch,—dijo con timidez, y una oleada de rubor coloreó sus mejillas.

— Buenos días... ¿Cómo estás? ¿Cómo estáis?—No sabía si tratarla de tú ó de usted y sentía que él mismo se ruborizaba.

—Gracias. La tía me ha dicho que os trajera ese jabón de rosa que tanto os gusta,—dijo poniendo la pastilla sobre la mesa y las toallas en el brazo de un sillón.

—Dimitri Ivanovitch tiene su jabón,—contestó gravemente Tikon, indicando con la mano un neceser de cuero rojo con adornos y cierre de plata.

—Dad gracias á mi tía. ¡Cuán contento estoy de haber venido!—añadió luego, y sintió después que su alma se inundaba de la dulzura y de la serenidad gustada otras veces.

Por toda respuesta, la muchacha sonrió y salió del cuarto.

Las dos solteras que siempre habían adorado á Neklindoff, acogieron á éste con inmensa alegría. Dimitri iba á la guerra y en ella podía quedar herido ó muerto, y este pensamiento las conmovía.

Neklindoff había ido con la intención de pasar únicamente un día; pero la vista de Katuscha modificó su plan y telegrafió á su amigo Schembok que fuera á buscarle en vez de esperarle en Odesa como hablan quedado. Faltaban dos días para la Pascua; los pasaría en la antigua casa. Desde el primer instante Katuscha le inspiró el mismo afecto que en otro tiempo, como antes no podía verla sin una profunda emoción; con vivísima alegría escuchaba su voz, su risa, sus pasos; le turbaba la mirada de sus negros ojos sonrientes; se confundía al ver que se ruborizaba. Comprendía que estaba enamorado; pero no como en el tiempo en que creía que no se puede amar sino una vez; ahora amaba, sabía amar, gozaba íntimamente; pero sabía en qué consistía su amor y cual sería probablemente su término.

Como en casi todos los hombres, había en Neklindoff dos naturalezas bien distintas; una que gozaba haciendo el bien aun á costa de propios sacrificios; otra brutal, egoísta, sin freno, capaz de sacrificar á su placer la humanidad entera. En su estancia en

Petersburgo, el bruto habla dominado; ahora que á la vista de Katuscha se despertaban los sentimientos de otro tiempo, el hombre moral levantaba la cabeza, reclamaba sus derechos. Durante dos días se trabó reñida batalla en su interior, casi sin darse cuenta de ello. Neklindoff sentía íntimamente que debía partir, que no había ningún motivo justificado para prolongar su estancia; pero experimentaba una felicidad tan grande, un bienestar tan hondo, que ahogaba la voz del deber y no partía.

La víspera de Pascua, el pope y el diácono llegaron en trineo para bendecir 103 panes según costumbre. Con gran trabajo habían salvado las tres verstas de camino que mediaban de la iglesia al castillo para celebrar la misa de media noche. Neklindoff asistió con las tías y la servidumbre á la ceremonia; pero no podía apartar los ojos de Katuscha que tenia el incensario.

Cambiados tres besos con el pope y con sus tías, Neklindoff iba á entrar en su cuarto, cuando en el corredor oyó la voz de María Paulovna, la vieja camarera, que se preparaba á ir á la iglesia con Katuscha, para asistir á la bendición de los panes.

También iré yo,—pensó.

El estado del camino hacia imposible ir en coche ó en trineo; pero Neklindoff que en casa de sus tías estaba como en la propia, dió orden de ensillar el viejo caballo, se puso su uniforme de gala, se echó una capa sobre los hombros y en aquel rocín tan gordo y de pesado paso, fué á la iglesia, desafiando nieve y barro.

XV

Aquella miga de media noche debía quedar en la memoria de Neklindoff como uno de los más suaves é indelebles recuerdos.

Cuando, después de una larga caminata por entre las tinieblas, que sólo de cuando en cuando se iluminaban con la blancura de la nieve, llegó al atrio de la iglesia, la ceremonia había ya empezado.

Había gran número de fieles. A la derecha estaban los aldeanos; ancianos con los trajes cosidos por sus propias manos, envueltas y apretadas las piernas por tiras de lienzo blanquísimo; jóvenes vestidos de paño nuevo, con fajas de vivos colores en la cintura y botas altas. A la izquierda, las aldeanas con pañuelos de seda roja en la cabeza, corpiños de terciopelo con mangas rojas y sayas verdes, azules, encarnadas, escocesas, con zapatos nuevos; las viejas se hablan colocado modestamente al fondo, con sus pañolitos blancos y sus sayas grises; entre ellas muchachos con los trapitos de cristianar y los cabellos llenos de pomada.

Los hombres se persignaban muchas veces; las mujeres y en especial las ancianas, fijaban sus ojos descoloridos en el icono rodeado de cirios ardiendo, se daban golpes en la frente, en el pecho y el vientre con todos los dedos reunidos y murmurando una plegaria en voz baja, tan pronto se inclinaban hacia adelante con reverente conformación como se dejaban caer de rodillas. Los niños imitaban á los mayores, y su plegaria era más fervorosa cuando sentían pesar sobre ellos la mirada de sus padres.

El iconostass [\[6\]](#) resplandecía como un ascua de oro, á la luz de innumerables cirios y de un gran candelabro. De los dos coros que acompañaban los rezos, surgía un canto alegre y con los mugidos de los bajos se confundían las notas agudísimas de los niños.

Neklindoff pasó adelante y fué al centro de la iglesia, donde estaba la aristocracia. Había allí un propietario con la mujer y el niño vestido de marinero, un stanovoi, un empleado de telégrafos, un mercader con altas botas y el starosta [\[7\]](#) con su medalla. Detrás de la mujer del propietario estaba María Paulovna, con un traje de tornasol lila, y Katiuscha, con un vestido blanco, un cinturón azul y un lazo rojo en su pelo negro.

Todo era bello, alegre, solemne: el pope que llevaba el manto de plata salpicado de áureas cruces; el sacristán con la estola recamada de oro y plata; el canto alegre de los coros, el gesto con que el pope levantaba el candelabro de tres brazos, bendiciendo á los asistentes, y el modo como estos le interrumpían á cada instante, diciendo: «¡Cristo ha resucitado! ¡Cristo ha resucitado!» Todo era bello; pero más bella que todo, Katuscha, con su traje blanco y el cinturón azul y el lazo rojo entre las negras trenzas y los ojos que le centelleaban de alegría.

Neklindoff estaba seguro de que sin volverse le veía, y tuvo una prueba de ello cuando, al pasar por su lado para aproximarse al altar, le susurró:

—La tía ha dicho que habrá cena después de la segunda misa.

La joven sintió subir la sangre al rostro, como siempre que veía á Neklindoff, y sonriente y feliz repuso, fijando sus ojos negros en los suyos:

-Ya lo sé.

En aquel instante el sacristán, que pasaba entre los fieles recogiendo limosnas, llegó junto á Katuscha y, sin verla, la tocó con la estola; evidentemente lo hizo no queriendo molestar á Neklindoff tropezando con él; pero el príncipe quedó maravillado. ¿Cómo no comprendía aquel hombre que cuanto había en la iglesia y fuera de ella, y en el mundo entero, sólo existía para Katuscha; que todo podía hundirse y desaparecer menos ella, que formaba el centro del Universo? Por ella brillaba el oro en los altares, por ella sola ardían los cirios en los candelabros, por ella sola ascendían hacia las altas bóvedas aquellos cantos de regocijo. «¡Es la Pascua del Señor! ¡Alegraos, hombres!» Todo cuanto de bueno y de bello existía, era exclusivamente para ella. Y Katuscha debía comprenderlo; así lo creía él en tanto que contemplaba aquella figura esbelta bajo del vestido blanco; y la expresión de alegría que se revelaba bajo el rostro serietico de la muchacha, bien claro decía que los sentimientos de ella no diferían del estado de ánimo de Neklindoff.

Durante el intervalo que medió entre la primera y la segunda misa, Neklindoff salió de la iglesia. La multitud se abrió á su paso y lo saludaba reverentemente: algunos le reconocían; otros preguntaban: «¿Quién es?»

Bajo el atrio los mendigos le rodearon: les distribuyó las monedas que llevaba en el bolsillo y bajó las gradas.

Las tinieblas se habían aclarado un poquillo; pero no aparecía aún el sol. La multitud que salía al patio se sentaba sobre las tumbas; pero Katuscha tardaba en aparecer. Neklindoff se detuvo para esperarla, en tanto que la muchedumbre continuaba saliendo y que el suelo resonaba bajo los herrados zapatones de los aldeanos. Un viejo tembloroso, cocinero de María Ivanovna, detuvo á Neklindoff y le besó tres veces; luego su mujer, una viejecilla arrugada, sacó de un pañuelo un huevo pintado [\[8\]](#) de amarillo y de lo ofreció. Detrás de ellos se aproximó sonriendo un aldeano joven y membrudo con una blusa nueva y una faja verde.

—¡Cristo ha resucitado!—exclamó alegremente y aproximándose á Neklindoff le besó tres veces en plena boca, raspándole y punzándole con su barba dura é impregnándole de su olor de aldeano.

En tanto que Neklindoff le devolvía los besos y aceptaba de él un huevo rojo obscuro, apareció el traje tornasolado de María Paulovna y la adorada cabecita negra con el lazo rojo. Katuscha lo vió en seguida entre la multitud, y su rostro brilló de alegría. Se paró un instante con María Paulovna para dar limosna á los pobres. Uno de estos, un desdichado que tenía la nariz roída por una llaga asquerosa, se acercó á ella. Katuscha buscó algunas monedas, se las dió y luego, sin el más leve signo de repugnancia, cambió con él los tres besos. Su mirada encontró la de Neklindoff y pareció preguntarle:

—¿Hago bien en besar á este infeliz?

—¡Oh, si adorada mía!—pareció responderle él;—haces bien; todo eso es hermoso, y yo te amo.

Las dos mujeres bajaron las gradas y Niklendorff se aproximó á ellas. No tenia intención de felicitarles las buenas pascuas; pero anhelaba estar cerca de ellas.

—Cristo ha resucitado,—dijo María Paulovna, y después de enjugarse los labios besó al joven.

—Es verdad, El ha resucitado,—replicó Neklindoff devolviendo los besos. Luego echó una mirada á Katuscha que se ruborizó y se acercó.

—Cristo ha resucitado, Dimitri Ivanovitch.

—En verdad ha resucitado.

Se besaron dos veces; después se pararon, como preguntándose si los besos debían ser tres; de repente se decidieron, se besaron por tercera vez y sonrieron.

—¿No volvéis á la iglesia?

—No, Dimitri Ivanovitch,—replicó la muchacha, respirationado á plenos pulmones como después de una fatiga agradable y mirándolo con ojos obedientes, puros y enamorados.

Cuando un hombre y una mujer se aman, llega siempre un momento en que el amor asciende á tal altura, que no tiene nada de cálculo ni de sensualidad y las dos almas se confunden en una sola. Este era el momento que Neklindoff había conocido en aquella hora de Pascua.

Ahora, sentado en la sala de los jurados, en tanto que su pensamiento evocaba todas las circunstancias de sus relaciones con Katuscha, sólo aquel momento resurgía claro, borrando todo lo demás; una cabecita negra con un lazo rojo, peinada con esmero, un traje blanco, plegado en el corpiño; los costados y la cintura esbeltos, un pecho apenas formado, aquel rubor, aquellos ojos negros radiantes, aquella expresión de pureza y de un amor profundo é inocente, no sólo para él sino para todo lo bueno y lo bello, más aun, para todo lo creado, como lo probaban los besos

dados al mendigo. Aquella noche había sentido en su alma un amor sin límites, porque lo había sentido en sí mismo, y le parecía que la muchacha formaba con él un solo ser.

¡Oh, si todo hubiese podido terminar en aquel instante, en aquel sentimiento experimentado en la iglesia y en el atrio! Pero no; ¡detrás de aquello venía lo triste y doloroso que pasó entre ellos!

Tales eran los pensamientos que ocupaban su mente, en tanto que, sentado junto á la ventana, estaba en la sala del Jurado

XVI

De vuelta de la iglesia Neklindoff cenó con sus tías y para «tomar fuerzas,» según la costumbre del regimiento, bebió mucho vino y aguardiente. Luego subió á su cuarto y vestido como estaba se echó sobre la cama y no tardó en dormirse, un ligero golpe dado en la puerta lo despertó; comprendió que era ella y se puso en pie, restregándose los ojos:

—¿Eres tú, Katiuscha? Entra.

Abrió un poco la puerta.

—La colación está dispuesta,—dijo, radiante de alegría como si se tratara de un gran acontecimiento. Llevaba aún el vestido blanco; pero se había quitado el lazo rojo del pelo.

—Voy en seguida, contestó tomando un peine.

Ella se paró un momento; Neklindoff lo advirtió y dió un paso hacia ella; pero en el mismo instante giró la muchacha sobre sus talones y se marchó con su paso ligero y menudo.

— ¡Qué torpe he sido en no detenerla!—pensó Neklindoff, y salió corriendo para alcanzarla.

No sabía lo qué quería; pero una voz misteriosa le decía que debiera haber hecho lo que hacen los otros hombres en casos parecidos.

—Katuscha, espera,—gritó.

La muchacha se volvió.

—¿Qué queréis?—preguntó deteniéndose.

—Nada... sin embargo...—y con un esfuerzo sobre si mismo, le pasó un brazo por la cintura. Ella le miró en los ojos.

—No está bien eso, no está bien, Dimitri Ivanovitch,— dijo ruborizándose casi hasta llorar; y con su mano fuerte se zafó del abrazo.

Neklindoff la soltó y durante un instante sintió vergüenza y asco de si mismo, pero después pensó que estaba haciendo un papel ridículo. Corrió hacia ella y la besó en el cuello.

Aquel beso era muy distinto de aquel otro ingenuo é inocente dado junto á la mata de lilas, y de los que cambiara horas antes felicitando la Pascua. Este tenía algo terrible y Katuscha lo comprendió.

—¡Qué hacéis!...—exclamó con voz dolorida, como si Neklindoff hubiese roto en ella algo do infinitamente precioso, y huyó corriendo.

Neklindoff entró en el comedor. Las tías, el médico y una vecina comían los entremeses. No ocurría nada ex traordinario y, sin embargo, Neklindoff no sabía lo que se hacía, contestaba al revés. No pensaba sino en Katuscha, en el sabor de aquél último beso. No podía pensar en nada mis. Cuan tro entró la muchacha, todo su sér le reveló su presencia, y tuvo que hacer un grande esfuerzo para dominarse y no mirarla.

Terminado el almuerzo, pasó á su cuarto y presa de una emoción vivísima, estuvo mucho rato espiando todos los rumores para ver si le traían el de sus pasos. El instinto del bruto que vivía en él había resucitado, y aniquilado por completo al hombre bueno y moral que había sido Neklindoff tres años antes y aquella misma noche en la iglesia; ahora triunfaba el animal y dominaba todo su sér.

Aun cuando espiaba A la muchacha, no consiguió verla una vez ¿ solas. Evidentemente ella evitaba el caso. Pero por la tarde, Katuscha tuvo que entrar en el cuarto contiguo al del príncipe: el médico se quedaba aquella noche y la muchacha debía arreglarle la cama. Neklindoff oyó sus pasos y en seguida, aguantando el aliento y caminando de puntillas como quien va á perpetrar un crimen, fuese detrás de ella.

Teniendo abierta con las manos una funda de tela, se preparaba A introducir la almohada. Se volvió y sonrió; pero no era la sonrisa acostumbrada, alegre y confiada, sino otra lamentable y asustada, como si quisiera advertirle que lo que iba á hacer era malo. Durante un instante Neklindoff se detuvo. Aun podía luchar; por última vez oyó débilmente la voz de su verdadero amor que le hablaba de la muchacha, de sus sentimientos, de lo que seria su vida; pero otra vez repetía: «Mira que dejas escapar «tu» placer, «tu» felicidad.» Y aquella segunda voz sofocó la primera.

Resueltamente se acercó á la joven y con un ímpetu bestial é irresistible se apoderó de ella. Abrazándola estrechamente la hizo sentar sobre la cama y, sintiendo que aún debía hacer más, se le sentó al lado.

—Dimitri Ivanovitch... por caridad... os lo ruego... dejadme,—decía con voz lastimera.—Mirad que viene María Paulovna; —añadió luego, soltándose bruscamente.

—Bien; escucha. Esta noche iré á tu cuarto: ¿estarás sola?

— ¿Qué decís?... no, por caridad... no,—balbuceó; pero la agitación de todo su sér conmovido desmentía sus palabras.

María Paulovna entró en la habitación con una colcha en el brazo y mientras reñía á Katuscha porque se había olvidado de las sábanas, lanzó una ojeada de reprobación al joven.

Neklindoff salió del cuarto sin proferir una palabra. Había comprendido por la expresión de su rostro que María Paulovna le acusaba, sabía que tenía razón y que era una fea acción lo que meditaba; pero no se avergonzaba siquiera. El instinto brutal que ocupara el sitio del amor de Katuscha no le permitía razonar. Quería satisfacción á toda costa. Ya sabía lo que debía hacer para dársela y buscaba los medios.

Durante toda la velada estaba inquieto. Tan pronto en la sala, como en su cuarto, como en el balcón, trataba de verla; pero Katuscha lo evitaba, y María Paulovna, que había comprendido, la vigilaba sin cesar.

XVII

De esta manera llegó la noche. Fué á dormir el médico, y las solteronas se retiraron. Neklindoff sabía que María Paulovna estaba en el cuarto de sus tías para ayudarlas á desnudaras y que Katuscha estaba sola en la sala de la servidumbre.

Salió al aire libre. La noche era húmeda, templada, el aire estaba impregnado de aquella niebla blanquecina que produce la nieve al fundirse; del rio, muy cercano, llegaba un rumor sordo: era el crujido del hielo al romperse.

A grandes pasos, salvando las charcas de barro y de nieve, Neklindoff se acercó á la ventana, desde donde podía mirar á la habitación de la servidumbre. El corazón le latía tan fuertemente que hubiera podido contar sus latidos y la respiración le era penosa.

La pálida luz de una lámpara iluminaba el cuarto. Katuscha estaba sola, sentada junto á una mesa, pensativa, con la mirada perdida en el vacío; Neklindoff permanecía observándola como para adivinar su pensamiento. La muchacha continuó inmóvil durante unos minutos, luego alzó los ojos, sonrió, movió la cabeza como reprobándose, con un movimiento brusco apoyó las manos sobre la mesa y de nuevo fijó la mirada en el vacío. Él la contemplaba y, sin quererlo, escuchaba el rumor que venía del río, aquel crujir continuo, aquel rozar de unas masas contra otras, aquellos chasquidos estridentes que en conjunto formaban un ruido continuo, como el de la leña verde que crepita en el fuego y el cristal que se rompe al tocar el suelo.

Contemplando aquel rostro pensativo, atormentado por un trabajo interno, sintió una gran piedad; pero cosa extraña, aquella piedad acreció su deseo.

Llamó discretamente á los cristales. Katuscha se estremeció como tocada por una corriente eléctrica y un terror súbito apareció en su rostro; luego se puso en pie y acercándose á la ventana, apoyó la frente contra los cristales. Le reconoció, pero ni aun entonces desapareció la expresión de terror de su cara, que permaneció seria como jamás la había visto el príncipe. Este sonrió y ella hizo lo propio, pero su sonrisa era triste y provenía de un alma llena de mortal espanto. Con la mano le indicó que saliera para reunirse con él; pero la muchacha movió la cabeza y no se apartó de la ventana; él acercó la boca á los cristales para decirle que saliese; pero Katuscha se volvió hacia la puerta como si alguien la hubiese llamado.

Neklindoff se alejó de la ventana; la niebla era tan espesa que á cinco pasos no se distinguía sino una masa sombría de la que salía un resplandor rojizo. En el río persistía el mismo rumor del hielo quebrándose, el crujir continuo. De súbito, entre la niebla un gallo cantó en el patio; otro le contestó; luego otros más lejanos en la campiña dejaron oír su grito alternando hasta que todos se

confundieron en uno solo. Alrededor reinaba un silencio religioso, fínicamente turbado por el rumor del río.

Neklindoff anduvo un rato de aquí para allá metiéndose en los barrizales y luego volvió á la ventana. La lámpara ardía aún. Katuscha estaba de pie junto á la mesa, incierta, vacilante. El llamó y ella sin, mirar quien llamaba, salió corriendo del cuarto; luego Neklindoff oyó que la puerta se abría y cerraba con violencia. Esperaba con impaciencia, y, de repente, sin hablar, la estrechó entre sus brazos; Katuscha se apretó contra él, levantó la cabeza y sus labios hallaron los labios que buscaban. Así, de pie en el ángulo de la casa estrechamente abrazados, sentía él crecer el ansia de su deseo; cuando de pronto la puerta chirrió y se oyó la voz rabiosa de Paulovna:—¡Katuscha!

Esta se apartó de sus brazos y entró corriendo en la casa. Neklindoff oyó correrse un cerrojo; se apagó el resplandor rojizo y todo quedó en silencio. La niebla era cada vez más espesa, y del río llegaba el rumor del hielo que se desgarraba.

Se acercó á la ventana, pero no vió nada; llamó pero no obtuvo respuesta; entonces volvió á la casa y subió á su cuarto sin acostarse. Pasado un rato se quitó las botas y descalzo salió al corredor y anduvo con cautela hasta la puerta de Katuscha, que estaba muy cerca del cuarto de María Paulovna. Oyó el respirar tranquilo y mesurado de ésta, y ya estaba á punto de llamar á la puerta de la joven cuando oyó que la anciana tosía y se revolvía en la cama. Neklindoff contuvo la respiración.

Pasaron unos minutos, y después se oyó de nuevo la respiración de la vieja camarera. De puntillas, para no hacer ningún ruido, se acercó entonces á la puerta de la joven: todo estaba tranquilo; pero la muchacha no dormía, pues no se la oía respirar. Efectivamente, apenas hubo murmurado:— ¡Katuscha!—se puso en pie y detrás de la puerta, con voz quejumbrosa, le rogó que se marchara.

—¿Qué hacéis?... es imposible... ¿Y las señoras?...—balbuceaban sus labios; pero todo su sér parecía exclamar: —¡Soy tuya; toda

tuya!...

Esto fué lo que oyó Neklindoff.

—¡Te lo ruego... un solo instante... ábreme!... un momento solo... te lo suplico..—murmuraba en el delirio de su pasión.

Un momento de silencio. Después sintió que una mano tocaba la cerradura; cedió la puerta: Neklindoff entró.

—¡Ah! ¿qué hacéis? ¡dejadme!—balbuceó Katiuscha.

El la había abrazado, y estrechándola así, en camisa, la llevaba hacia adentro.

—¡No, no!... Está mal... ¿qué hacéis?... Dejadme...—proseguía la joven; pero se estrechaba más y más contra él.

**

Cuando ella, temblorosa y muda, sin contestar á sus palabras, le dejó, salió Neklindoff al aire libre. La noche se aclaraba, á lo lejos aumentaba el crujir del deshielo; ahora se oía claramente saltar y correr el agua rebullendo. La niebla empezaba, á disiparse y tras de ella apareció el arco pálido de la luna que iluminó con una luz triste algo pavoroso. Neklindoff se esforzaba en darse cuenta clara de la importancia de lo que había sucedido.

—¿Qué ha sido, púas? ¿Un gran bien, un gran mal?... Todos hacen lo mismo al fin y al cabo,—se dijo á guisa de resumen, y ya con el ánimo tranquilo volvió á su cuarto, se acostó y durmió.

XVIII

Al día siguiente llegó Schembok, el amigo de Neklindoff, que era un joven alegre y decididor. Con su generosidad, con sus arranques, con

su amabilidad, y con la afección que demostraba á Neklindoff, se captó en seguida las simpatías de las dos solteronas, que tan sólo se asustaban de su generosidad excesiva. Había dado un rublo á un mendigo ciego, después regaló quince como propina á los criados, y habiéndose lastimado una pata el falderillo de Sofía Ivanovna, Sissetka, le vendó la herida desgarrando para ello un pañuelo de finísima tela que usaba. Las buenas señoras no habían visto nunca nada parecido: verdad es que ignoraban que teniendo Schembok más de doscientos mil rublos de deudas, y sabiendo que jamás podría pagarlos, no le importaba nuda veinte rublos más ó menos.

Schembok se detuvo un día y á la noche siguiente partió con Neklindoff. No era posible detenerse más porque aquel día era el último de su existencia.

Durante todo aquel día lucharon sin tregua dos opuestos sentimientos en el alma de Neklindoff. Vibraban aún en él los recuerdos de la noche, los recuerdos agudos y sensuales de aquella voluptuosidad, de la cual no obtuvo sin embargo, todo el placer que se prometiera, y le enorgullecía haber conseguido su propósito. Pero, por otra parte, tenía la íntima conciencia de haber obrado mal y de que era preciso reparar este mal, no tanto por Katuscha como por sí mismo: porque en un ciego egoísmo, Neklindoff no pensaba sino en sí. ¿Cómo juzgarla el mundo su acción? ¿Hasta qué punto le acusarla? Pero el pensamiento del estado de ánimo de Katuscha, lo que á ésta pudiera ocurrir, no le preocupaba lo más mínimo.

Advirtió además, que Schembok había adivinado sus relaciones con Katuscha, y esto lisonjeaba grandemente su amor propio.

—Ahora comprendo perfectamente tu amor por tus tías,—dijo riendo el muchacho.—No es extraño que te hayas detenido aquí. Yo en tu lugar hubiese procurado alargar la estancia. Tienes razón; es un verdadero capullo de rosa.

Neklindof sentía marchar, porque comprendía que aquel amor le podía dar aún algún placer; pero, por otro lado, aquella marcha precisa le daba el modo de romper un lazo que quizá luego le

retendría. Pensaba además que era preciso darla dinero, no porque Katuscha lo necesitara, sino porque así lo hacen todos.

El día de la marcha, Neklindoff, después del almuerzo, esperó á la chica en el corredor. Ella al verle quiso meterse aprisa en la sala de la servidumbre; pero él la cerró el paso.

— Quería decirte adiós,—dijo agitando nerviosamente en la mano un sobre que contenía un billete de cien rublos.—Quería...

Katuscha comprendió, frunció la cejas y rechazó aquella mano.

—No...—dijo él, y le deslizó el sobre por la abertura del corpino.

Luego, como si se hubiese pinchado, apartó la mano, fuése corriendo á su cuarto y paseó con agitación, lamentándose de aquella escena, como si un mal físico le atormentase.

—De todos modos, ¿qué hacer? Sucede siempre así. Lo mismo hizo Schembok con la institutriz, mi tío Gregorio, y hasta mi padre ha tenido un hijo que vive todavía en Mitinka. Si así obran todos, ¿por qué he de hacerlo yo de otro modo?

Asi trataba Neklindoff de olvidar y ahogar sus remordimientos, mas no lo conseguía. El recuerdo de su último coloquio con Katuscha le oprimía la conciencia. Compren día que habia obrado con la crueldad de un villano, con la villanía de un sér pervertido; era absurdo creerse aún bueno y noble y honrado. No sabiendo cómo arreglárselas tomó el partido de olvidar. Y así lo hizo.

La nueva vida, los amigos, la guerra, le ayudaron á olvidar. A medida que su vida se hacia más activa, el recuerdo se perdía más y más. Al cabo desapareció del todo. Sólo una vez, cuando acababa la guerra, fué á ver á sus tías y supo que Katuscha había sido arrojada poco después de su marcha, que había tenido un niño y que después la tragó el abismo por completo, sintió oprimírsele el corazón. Calculando el tiempo, pensó que aquel hijo era suyo. Cuando sus tías afirmaron que la muchacha tenia una naturaleza depravada como su madre, esto lo oyó con placer, porque le parecía que disminuía su culpa. Hubiese querido ver de nuevo á Katuscha y

al niño; pero sentía hartos dolor y harta vergüenza, y no dió ningún paso para saber su paradero, así olvidó la propia culpa, y lo olvidó todo.

Ahora, por una extraña combinación, todo lo pasado resucitaba, y se veía forzado á reconocer su crueldad, su falta de corazón, que le habían permitido vivir diez años tranquilamente, cargada su conciencia de tan enorme y grave peso.

Pero estaba lejos de querer declarar públicamente su culpa, de hacer á los otros la confesión que á si mismo se hacía: temía ahora que la Maslova ó su defensor revelasen aquel pasado y su vileza apareciese patente á los ojos de todos. O esto le preocupaba.

XIX

En la sala de las deliberaciones, los jurados seguían fumando y esperaban. El comerciante de la cara plácida aprobaba plenamente el modo cómo Smielkov había pasado el tiempo.

—¡He ahí uno que ha gozado por lo menos! ¡Era un verdadero siberiano! ¡Y qué buen bocado pescó!

El jefe del jurado observaba que todo dependía del peritaje médico. Pedro Gerassimovitch bromeaba con el dependiente hebreo y ambos reían á carcajadas. Neklindoff, sumido en los recuerdos de lo pasado, respondía con monosílabos á los que le preguntaban, y parecía pedir que le dejaran en paz.

Cuando el relator entró á decir que de nuevo debían entrar los jurados en la Sala, Neklindoff experimentó un sentimiento de terror, como si en vez de ir á juzgar, debiese ser él juzgado.

Sentía ya intimamente ser un vil, indigno de mirar á la cara á los hombres; pero aun tomó asiento con desembarazo en la primera fila de jurados, puso una pierna sobre otra y jugueteó con los lentes.

Los acusados entraron también de nuevo.

Había en la sala nuevos personajes; eran los testigos. Neklindoff observó que la Máslova no apartaba los ojos de una mujer gruesa

que estaba en primera fila con un traje llamativo y un gran lazo en la cabeza. Supo en seguida que era ama de la Máslova.

El presidente empezó el interrogatorio de los testigos, preguntando las generales de la ley. Luego entró aquel mismo cura que arrastraba los pies: y con la calma y la seguridad de siempre, hizo prestar juramento á testigos y peritos. Luego los primeros salieron y únicamente quedó en la sala la Rasanov, la celestina.

Invitada por el presidente á decir cuanto supiera del delito que se perseguía, la Rasanov con acento melifluido y marcadamente alemán hizo una relación detallada de lo ocurrido, alargando el cuello y moviendo la cabeza á cada palabra.

Fué á su casa Simón, el criado de la posada para llevarse á Liubascia [\[9\]](#) Luego, al cabo de unas horas, la muchacha volvió con el mercader que ya estaba «en éxtasis». La Rosanov recalcó mucho esta palabra y continuó:

—En mi casa volvió á beber, pero habiéndosele acabado el dinero, envió para tomar de la posada á esta misma muchacha, que era su «preferida.»

Y señaló á la acusada.

Parecióle á Neklindoff que la Máslova sonreía, y aquella sonrisa le pareció abominable y despertó en su alma un sentimiento vago, extraño, mezcla de repugnancia y de conmiseración infinita.

—¿Qué opinión tenéis formada de la Máslova?—preguntó el defensor de la muchacha ruborizándose, porque era la primera vez que subía á estrados.

—Muy buena opinión; es una muchacha muy instruida y chic educada en el seno de muy buena familia y que sabe leer el francés. Quizá bebía demasiado, pero jamás la he visto embriagada por completo; es verdaderamente una buena chica.

Katuscha miraba á la mujer; después, volviéndose hacia los jurados fijó su vista en Neklindoff, y su rostro tomó una expresión grave y severa. El veía aquellos ojos negros, un poco bizcos, de

pupilas centelleantes y luminosas, y por más que le inspiraban terror no podía dejar de mirarlos: Recordó entonces aquella noche pavorosa, la niebla, el hielo que crujía y luego aquel rayo de luna que había iluminado una visión sombría y terrible. Aquellos ojos negros que se fijaban en él y en torno de él, le recordaban aquella visión pavorosa.

—Me ha reconocido,—pensó, y como bajo la amenaza de un golpe, se acurrucó en su sillón.

Pero la Máslova no lo había reconocido. Lanzó un suspiro tranquilo y resignado y volvió á mirar al presidente.

A su vez suspiró Neklindoff.

— ¡Si acabaran pronto!—pensó.

Experimentaba igual sensación que cuando cazando se veía precisado á matar algún pajarillo herido que, revolviéndose en el morral, le inspiraba lástima, piedad y sobre todo el deseo de terminar pronto para olvidar.

XX

Pero, como á propósito para desesperar á Neklindoff, el proceso se alargaba. Después de los interrogatorios de los testigos y de la relación del perito médico, después de todas las preguntas que con aire de suprema importancia hizo el fiscal substituto á los testigos, quizá para ganar tiempo, y de algunas preguntas de los defensores, el presidente invitó á los jurados á examinar de cerca las pruebas de convicción, que se reducían á dos: una era un grueso anillo para llevar en el índice y otra un filtro que había servido para descubrir el veneno.

Los jurados iban á examinar aquellas pruebas cuando el substituto pidió que antes se diera lectura del peritaje necroscópico hecho sobre el cadáver. El presidente, que procuraba aligerar el proceso, sabía muy bien que la lectura de aquel documento no podía producir sino fastidio y retardar la hora de la comida; pero no se atrevió á

negarse á la lectura. Entonces se levantó el relator, y con su voz monótona empezó á leer una hoja sacada de los autos del proceso.

Resultaba del examen exterior del cadáver:

1.º La estatura de Smielkov era de 1'96 metros.

— ¡Un buen cacho de hombre!—murmuró el comerciante al oído de Neklindoff.

2.º La edad debía ser de cerca cuarenta años, á juzgar por el aspecto.

3.º El cadáver estaba hinchado.

4.º La piel verdosa, con puntos negros.

5.º La epidermis formaba muchas pústulas de diverso tamaño; en algunos puntos se había desgarrado y pendía á tiras.

6.º Los cabellos, negros y espesos, caían fácilmente tocándolos.

7.º Los ojos, fuera de la órbita, presentaban los iris aplastados.

8.º De las narices, de las orejas y de la boca entreabierta manaba un pus fétido.

9.º El cuello desaparecía bajo la hinchazón del rostro y del pecho.

Y así continuaba en veintisiete párrafos la descripción del cadáver monstruoso y putrefacto, más grueso aun por la hinchazón, de aquel comerciante que viniera á la ciudad para divertirse.

A medida que el relator leía el peritaje, aumentaba más y más aquel disgusto indecible que experimentaba Neklindoff.

Le pareció entonces que toda la vida de Katiuscha y la espuma sanguinolenta y fétida y los ojos fuera de las órbitas, y todas las demás cosas horripilantes en el proceso nombradas, eran obra suya; y parecióle que se sofocaba.

Terminada la lectura del examen exterior, el presidente lanzó un suspiro de satisfacción y levantó la cabeza, esperando que el fiscal quedase ya satisfecho; pero, sin un instante de reposo, el relator

emprendiéndolas con el examen interno. El presidente entonces inclinó la cabeza, y apoyando la mejilla en la palma de la mano, cerró los ojos.

Cerca de Neklindoff el comerciante contenía á duras penas el sueño. Los acusados y los guardias permanecían inmóviles.

Del examen interno resultaba:

1.º La película que reviste los huesos del cráneo se despegaba fácilmente.

2.º Los huesos del cráneo eran de un grueso normal y estaban intactos.

3.º Sobre las capas corticales del cerebro, de un color rosa pálido, aparecían dos pequeñas manchas.

Y así seguía hasta trece párrafos.

Venían por último los nombres de los testigos presentes, las firmas y las conclusiones del perito médico, de las cuales resultaba que la anormalidad del vientre, de los intestinos y de los riñones, comparada en la autopsia, daban derecho á decir, con máxima seguridad, que la muerte de Smielkov fué producida por la ingestión de un veneno tragado juntamente con el vino. No se podía asegurar cuál fuese el veneno; pero sí que fué ingerido al mismo tiempo que el vino.

—Ese hombre era una cuba,—murmuró el comerciante despertándose.

La lectura había durado una hora y todavía no bastó al substituto. Con efecto, apenas acababa aquélla, el presidente se volvió hacia el fiscal y le dijo:

—Creo que será inútil leer lo que se refiere al examen de las vísceras.

—Estimo, por lo contrario, que es preciso,—replicó el fiscal con entonación severa, dando á entender que no estaba dispuesto á

ceder en un ápice y que la omisión de la lectura podía dar motivo para recurrir en casación.

El juez de la barba, de ojos bondadosos, que padecía catarro intestinal, sintiéndose débil se dirigió al presidente.

—No sé á qué conduce todo eso.

El juez de los anteojos no dijo una palabra; pero tenía una expresión ceñuda que indicaba que no esperaba nada bueno ni de su mujer ni del porvenir.

Empezó la lectura del otro documento:

«En el año 18... el 15 de Febrero, yo, abajo firmado, recibía la orden de la sección médica núm. 638,—leía el relator alzando resueltamente la voz para combatir el sueño que se apoderaba de todos,—en presencia del ayudante del inspector médico, he inspeccionado las visceras, como sigue:

- «1. El pulmón derecho y el corazón (en un bocal de cristal, kg. 2,40.)
- »2. El contenido del abdomen (en un bocal de cristal, kg. 2,40.)
- »3. El abdomen mismo (en un bocal de cristal, kilogramos 2,40.)
- »4. El hígado, el bazo y los riñones (en un bocal de cristal, kg, 1,20.)
- »5. Los intestinos (en un bocal de greda, kg. 2,40).

En aquel momento el presidente, después de consultar á sus dos colegas, interrumpió la lectura.

—La Sala juzga inútil la lectura de este documento,— dijo. El relator calló y el fiscal substituto apuntó algo velozmente.

—Los señores jurados harán el favor de examinar las pruebas,— añadió luego el presidente.

El jefe del jurado y algunos otros se acercaron con aire embarazado á la mesa, no sabiendo qué hacerse de las manos. El

comerciante probó el anillo en su dedo.

—¡Diablo! ¡Vaya un dedo!—exclamó dejándolo de nuevo en su sitio.

Le divertía el concepto que se había formado del envenenado, á quien se imaginaba un coloso de fuerza.

XXI

Terminó así el examen de pruebas. El presidente declaró conclusa la instrucción, y sin un momento de respiro, pensando que así se acabarla antes, y que el fiscal debía tener, como cada hijo de vecino, necesidad de comer y de fumar, le dió la palabra. Pero el fiscal no tuvo piedad de los demás ni de si mismo. Naturalmente estúpido, habia tenido la desgracia de alcanzar una medalla de oro en el instituto y de ser premiado en la Universidad por su tesis «La esclavitud en el derecho romano»; de modo que estaba hueco, satisfecho de su propia existencia, satisfacción á la que contribuía bastante su buena suerte cerca de las mujeres.

Cuando el presidente le concedió la palabra, se levantó despacio, exhibiendo su cuerpo bien formado, ó inclinando la cabeza paseó su mirada por la sala; luego empezó á hablar, procurando no fijar la vista en los acusados.

—El hecho que sometemos á vuestro juicio, señores jurados—había preparado tal exordio mientras se procedía á la lectura de los documentos,—es, si puedo expresarme así, un delito característico.

Estimaba que la arenga del fiscal debía siempre tener gran amplitud de criterio y un significado general, como las que pronunciaban los abogados de gran fama. Verdad es que el auditorio se componía de un cochero y tres mujeres; una costurera, una cocinera y la hermana de Simón. Pero aquello importaba poco; también los demás habían empezado así. El fiscal debía estar siempre á la altura de su cometido; esto es, penetrar en las profundidades psicológicas del delito y mostrar al desnudo las llagas sociales.

—Estamos delante, señores jurados, de un delito característico de este fin de siglo; de un delito que encierra en sí el germen particular de aquel fenómeno incipiente de disolución, al cual quedan sujetos en nuestro tiempo esos elementos de la sociedad que ahora podéis ver sentados en ese banquillo...

El sustituto habló largo y tendido, procurando exponer todos los hechos y detalles que logró saber, y no interrumpirse ni un instante haciendo de modo que su discurso durara cinco cuartos de hora. Únicamente se detuvo una vez y tragó saliva durante unos instantes; pero se indemnizó de aquella parada soltando un chorro de elocuencia. Hablaba á veces con acento tierno é insinuante, otras con calma majestuosa, levantando á ratos la voz de un modo formidable y con expresión acusadora. Pero no dió ni una sola mirada á los acusados, que por su parte, parecían comérselo con los ojos.

En su arenga había todo lo que la sociedad acepta como la última palabra de la ciencia; la herencia y el delito innato; Lombroso y Tarde, la evolución y la lucha por la existencia, el hipnotismo y la sugestión, Charcot y el decaimiento de la raza. Según él, Smielkov era la personificación del ruso primitivo, sano y robusto, que por su expansión y generosidad había sido víctima de personas esencialmente perversas, en cuyas manos había caído. Simón Kirtinkin era el producto atávico de una raza embrutecida por larga esclavitud, casi imbécil, sin instrucción, sin principios morales, sin religión siquiera. Eufemia era su digna amante, una víctima fatal de la ley de herencia, que presentaba todos los signos característicos de la degeneración. Pero la causante de todo era la Máslova, verdadera síntesis del fenómeno del decaimiento moral, llevado hasta los últimos límites.

—Esta,—exclamó con énfasis sin mirarla,—ésta, señores jurados, ha recibido cierta instrucción. No sólo sabe leer y escribir, sino que conoce el francés. Es huérfana y probablemente lleva en sí el germen, desde su nacimiento, de su vida delictuosa. Educada por una familia culta y noble, hubiese podido vivir honestamente con su

trabajo; pero no, abandona á sus bienhechores y se entrega á sus pasiones, para satisfacer las cuales entra en una casa de tolerancia. De la instrucción recibida se sirve para influir de aquel modo misterioso que ha revelado la ciencia por boca de Charcot, y que se conoce con el nombre de sugestión. Con tal sistema, sabe captarse las simpatías y la confianza de Smielkov, el buen ruso, confiado y generoso, á quien saquea primero, y deja después sin vida con indecible ensañamiento.

—Creo que se excede un poco,—dijo el presidente al juez de los anteojos.

—Si, es un imbécil acabado,—replicó el otro.

—En vuestras manos tenéis, señores jurados, la suerte de esas tres personas; pero también en vuestras manos está en gran parte el destino de esa sociedad que os ha escogido para que deis un gran ejemplo en vuestro fallo. Compenetraos bien del delito, del peligro constante que constituyen para la sociedad esos individuos llamados patológicos y poniendo un dique á su contagio, defended á la sociedad que con harta frecuencia padece sus ataques.

Y como oprimido por la importancia del acuerdo que se debía tomar, el substituto, evidentemente satisfecho de su discurso, se dejó caer en un sillón.

Dejando aparte todas las flores retóricas, vino á decir en suma que la Máslova, hipnotizando al mercader, le había inspirado confianza ciega y que, enviaba á la posada para tomar algún dinero, concibió el designio de apoderarse de todo el que en la maleta había. Sorprendida por Simón y Eufemia, hubo de partir con ellos y luego, vuelta á la posada con el forastero, le mató para ocultar el delito.

Luego se levantó del banco de los abogados un hombre de mediana edad, con frac y pechera almidonada. Este, abogado de Kirtikin y de la Botchkova por trescientos rublos, pronunció un discurso muy hábil, justificando á sus clientes y echando toda la responsabilidad sobre la Máslova. Negaba que pudiese darse fe al

relato de la muchacha, envenenadora confesa, y no creía por lo tanto que Simón y Eufemia estuviesen presentes cuando abrió la maleta. No cabía dudar que los mil ochocientos rublos fueran producto del trabajo de aquellas buenas gentes que á veces recibían cinco rublos de propina en un solo día.

En cuanto al dinero del mercader, la Máslova lo habia robado y dado á guardar á alguien ó quizás lo hubiese perdido porque se hallaba en un estado de inconveniencia absoluta. Del envenenamiento, era la Máslova la única culpable, y rogaba por lo tanto al jurado que reconocieran la inocencia de sus clientes respecto al hurto, y que, en cuanto al envenenamiento, no admitieran tampoco su ingerencia y mucho menos su premeditación.

En su peroración, para rebatir los argumentos del fiscal, dijo que la herencia era muy buena teoría científica, pero que de ninguna manera podía aplicarse á la Botchkova, hija de padres desconocidos.

Al oír esto el fiscal, que continuaba tomando notas á escape, frunció el entrecejo y se encogió de hombros con infinito desprecio.

Llegó el turno al defensor de la Máslova que pronunció su discurso con gran timidez y con voz vacilante. No negaba que la muchacha hubiese tomado parte en el hurto, pero afirmó que si había vertido los polvos era con la sola intención de hacer dormir al interfecto. Luego para hacer un alarde de elocuencia, pulsó las cuerdas del sentimiento dijo que la Máslova había sido impulsada á la prostitución por un hombre que quedaba impune, mientras ella sola padecía las consecuencias de su falta. Pero aquella digresión patética al campo de la psicología no tuvo éxito y el presidente le rogó que se ciñera á los extremos de la defensa.

Acabados los discursos de la defensa, de nuevo se levantó el fiscal, quien para demostrar la bondad de su tesis afirmó que no bastaba que la Botchkova fuese hija de padres desconocidos para negar la influencia de la ley de herencia, puesto que las teorías científicas permitían, no sólo deducir el delito de la herencia, sino también la herencia del delito. En cuanto al hombre «imaginario»—

pronunció esta palabra de un modo mordaz—que había seducido á la Máslova, replicó que ella era la verdadera seductora á través de cuyas manos habían pasado tantas víctimas.

Dijo y se sentó triunfalmente, y el presidente preguntó á los acusados si tenían que añadir algo en su defensa.

Eufemia Bochkova afirmó de nuevo que no sabía una palabra de nada y denunciaba á la Máslova como la única culpable.

Simón murmuró muchas veces:

—¿Qué queréis?... yo no tengo la culpa... esto es injusto...

La Máslova no pronunció una palabra: cuando el presidente la invitó á decir algo en su defensa, volvió los ojos en torno con una mirada de animal inocente y perseguido que ha caído en el lazo, luego, inclinando la cabeza, rompió en llanto copioso, sollozando convulsivamente.

—¿Qué tenéis?—dijo de pronto el comerciante volviéndose al rumor de un sollozo que ahogó el príncipe sentado á su lado.

Neklindoff no llegaba aún á hacerse cargo de la gravedad de su situación moral. Atribuyó á una excesiva sobreexcitación nerviosa aquel sollozo que se le escapara y las lágrimas que, pugnaban por correr: se caló los lentes y se sonó repetidas veces. El terror de la infamia que caería inevitablemente sobre él cuando todos conocieran su pasado, sofocaba aún aquel sentimiento bueno y noble que renacía en él, y, más poderoso que todo otro sentimiento, el miedo de aquel instante lo avasallaba todo.

XXII

Después de las últimas palabras de los acusados y de una larga consulta acerca de los extremos que había que someter á los jurados se formularon las preguntas y el presidente empezó el resumen.

A pesar de que deseaba concluir pronto, y aun cuando la institutriz le esperaba en la fonda, tenía tal costumbre de hablar que,

en empezando, no se detenía. Quería persuadir á los jurados á que, si hallaban culpables á los acusados lo declararan, en tanto que si, á su juicio, eran inocentes, debían declararlo también. Podía ocurrir que les creyeran culpables de una cosa é inocentes de otra, y el veredicto debía estar en consonancia.

Explicóles además que debían usar de su derecho con moderación y racionalmente. Quería añadir que si daban á las preguntas una respuesta afirmativa quedaba entendido que admitían cuanto se contenía en la pregunta y que debían especificar aquello que no admitieran. Pero dando una ojeada al reloj advirtió que faltaban cinco minutos para las tres, y decidió pasar á la exposición de los hechos.

—Las resultancias de los hechos son, pues, las siguientes: — y empezó el relato de lo que ya habían dicho todos.

Los magistrados escuchaban con aire grave. Sin duda, se decían, que el discurso era bueno, apropiado á las circunstancias y conforme á todas las reglas; pero pensaban que era excesivamente largo, y lo mismo pensaban el fiscal, los defensores y cuantos estaban en la sala.

El resumen de los autos estaba hecho y parecía todo acabado. Pero el presidente creyó necesario añadir unas palabras acerca de los derechos del jurado: les exhortaba nuevamente á usar de ellos con prudencia y atención y mesura.

—Señores jurados,—acabó,—habéis prestado juramento, sois la conciencia de la sociedad; acordáos de ello; acordáos del secreto de la sala de deliberaciones.

Desde el primer instante en que había empezado á hablar, la Máslova había fijado sus ojos en él y no los apartó un momento, como si no quisiera perder ni únasela palabra, así es que Neklindoff podía mirarla sin que ella lo advirtiera. En su mente ocurría aquel fenómeno acostumbrado que ocurre cuando se mira el rostro de una persona querida que no se ha visto hace mucho tiempo; al principio impresiona por los cambios ocurridos durante la ausencia; luego,

poco á poco aparece tal como era algunos años antes, desaparece todo cambio y á los ojos de la mente se manifiesta tan sólo aquel sello especial y exclusivo que caracteriza á cada persona. Sí, era ella.

A pesar de su traje de presa, del cuerpo más grueso, de un ligero engrosamiento en la parte inferior del rostro, de las arrugas que empezaban á marcarse en las sienes y en la frente, de la hinchazón de los ojos, era ella, aquella Katiuscha que, en la noche de Pascua había amado, que le amaba ingenuamente con sus ojos enamorados, llenos de vida y sonriendo de alegría.

—Era preciso de que esta causa tocara á la sección de que formo parte y que la viera aquí en el banco de los acusados después de no verla durante diez años... ¿y después? [Ah! isi al menos acabaran pronto!

Neklindoff se rebelaba contra aquel arrepentimiento que poco á poco sentía iuvar su conciencia; pensaba que todo aquello era una pura casualidad que no dejaría rastro en su vida. Experimentaba aquel remordimiento que siente un perrito que ha ensuciado una habitación y al al que su dueño atrapa y restriega el hocico contra la porquería. Trata de escapare, de apartarse de aquel sitio; pero el amo inexorable no le deja.

Neklindoff comprendía toda la vileza de su pasado, sentía pesar sobre él la mano de su amo; pero aun no comprendía la gravedad del daño causado, no admitía que hubiese cosa alguna que tuviera acción moral sobre él. Rehusaba creer que todo aquel vicio desplegado ante sus ojos fuese obra suya. Sentado en primera fila entre los jurados, jugaba con los lentes conservando una apariencia de calma y de indiferencia; pero en lo más íntimo de su

sér, se rebelaba la vileza nauseabunda y feroz no sólo de aquella culpa, sino de su vida entera ociosa, depravada y cruel. Y la venda que durante diez años habla ocultado, como por encanto aquella culpa y aquella vida, se escurría, se apartaba, y de cuando en cuando, el príncipe lanzaba una ojeada temerosa y furtiva al abismo.

XXIII

El presidente había terminado su discurso y entregó á su colega del jurado el papel en que estaban contenidas las preguntas. Todos se pusieron en pié; fuéronse á deliberar los jurados, contentos con poder moverse; apenas hubieron entrado en su despacho, se colocó en la puerta un guardia con la espada desnuda apoyada en el hombro; los magistrados salieron de la sala y los acusados fueron sacados también.

En el despacho los jurados empezaron por encender los cigarrillos y se sentaron cómodamente; la reserva artificial que habíaa observado desapareció, y muy pronto empezó una conversación animada.

—La muchacha no es culpable,—dijo el comerciante plácido,—se ha encontrado enredada sin saberlo y es preciso mostrarse indulgentes con ella.

—Eso lo veremos,—dijo el presidente;—no debemos dejarnos sugestionar por nuestras impresiones.

—El presidente ha hecho un buen resumen,—observó el coronel.

—¡Sí, muy hermoso! á mi me daba sueño.

—Lo importante es que los dos criados no podían saber que existía el dinero si no se lo hubiese dicho la Máslova, —indicó el dependiente judío.

—¿Asi pues, según vos, es quizá ella quien ha robado?

—No, es imposible, no lo creeré nunca,—dijo el comerciante,—ha sido aquella canalla de los ojos pitarrosos la que lo ha hecho todo.

—¡Sí, si, todos son unos ángeles!—replicó con sorna el coronel.

— ¡Pero si sostiene que no entró siquiera en el cuarto!...

—¿Y la creéis? no creo una palabra de esa asquerosa.

—Que vos no la creáis no basta,—interrumpió el dependiente.

—La llave la tenia ella...

—¿Y esto qué prueba?—arguyó el comerciante.

—¿Y la sortija?

Se la dió él,—gritó el comerciante.—Aquel Smielkov era un borracho que la pegó. Después se comprende que le dió lástima. ¡Toma, no llores! ¡Imaginad pues! ¡Un homde 1'96 de alto y que pesaba 128 kilogramos!

—No se trata precisamente de esto,—intervino Pedro Gerassimovitch;—el nudo del embrollo está en saber si es ella quien ha premeditado el envenenamiento ó si son los criados.

—Los dos criados solos no podian hacerlo; la llave la tenia ella.

Esas pregunta y apreciaciones duraron mucho rato.

—Permitid, señores,—dijo el jefe,—sentémonos y hablemos. Haced el favor,—y se sentó.

—Ya conozco yo esa clase de mujeres,—dijo el dependiente judio.

Y para demostrar que para él no admitía duda la culpabilidad de la Máslova, contó que una mujer por el estilo habia robado el reloj á un amigo suyo, en las afueras. Por su parte y para corroborar su opinión, el coronel relató el robo, mucho más extraño de un samóvar de plata.

—Señores, os ruego que os enteréis de las preguntas,— dijo el presidente dando con el lápiz sobre la mesa.

De nuevo callaron todos.

«1.º ¿El aldeano Simón Petrovitch Kirtinkin, de 33 años, de Borki, distrito de Krapivo, es culpable de haber tenido la intención, el 17 de Enero de 18... en la ciudad de N... de envenenar al comerciante Smielkov, con objeto de robarle; de haberle después, con ayuda de otras personas, vertido veneno en un vaso de cognac causándole la

muerte, y, por último, de haberle robado una sortija de brillantes y dinero por el valor de 2500 rublos?

»2. ¿La mujer Eufemia Ivanovna de 43 años, es culpabe del delito de la primera pregunta?

»3. ¿La mujer Catalina Mikailovna Máslova, de 27 años, es culpable del delito de la primera pregunta?

»4. ¿La acusada Eufemia Ivanovna Botchkova, no siendo culpable del delito especificado en la primera pregunta, lo es de haberse introducido en el cuarto del citado Smielkov, alojado en la posada Mauritania, en la cual sirve como camarera, de haber abierto la maleta con llave falsa para robar dinero?»»

El jefe había leído la primera pregunta.

—¿Qué os parece, señoree?

Todos contestaron en sentido afirmativo tanto para el envenenamiento como para el hurto; sólo un viejo recadero que propendía siempre á creer inocente á todo el mundo, no encontró culpable á Kirtinkin. El presidente le explicó de nuevo la pregunta, creyendo que no la habla comprendido; pero el otro se aferró en sus trece diciendo:

—Tampoco nosotros somos santos.

A la segunda pregunta respondieron que la Botchkova no era culpable de envenenamiento. El comerciante que deseaba inculpar á la Máslova, afirmó que aquella era la culpable de todo; pero el presidente que quería atenerse á la legalidad, hizo triunfar su parecer y la Eufemia no fué envenenadora.

A la cuarta pregunta contestaron que sí; pero concediendo atenuantes.

La tercera pregunta, la que se refería á la Máslova, suscitó discusión acalorada. El presidente del jurado sostenía que era culpable de envenenamiento y de hurto; el comerciante, el coronel y el recadero sostenían lo contrario, los otros titubeaban. Durante

unos momentos pareció que la opinión presidencial prevalecía, tanto más cuanto que todos estaban cansados, y al afirmar quedaba todo acabado.

Neklindoff, estaba convencido de que la muchacha era inocente y de que tal sería la opinión de todos. Pero cuando advirtió que por la defensa poco hábil del comerciante y por la insistencia del presidente que se aferraba á su opinión sólo porque aquél defendía la contraria, la muchacha iba á ser condenada, quiso intervenir aunque con temor, porque le parecía que todos iban á descubrir la parte de responsabilidad que tenía en el crimen de la Máslova. Pedro Gerassimovitch que se indignaba del tono de autoridad del presidente, le ahorró trabajo.

—Perdón,—dijo,—¿no es posible que después de haber cerrado la muchacha la maleta, la abrieran de nuevo los criados con llave falsa?

—Eso es lo que digo,—apoyó el comerciante.

—Es absurdo que la chica haya tomado dinero. ¿Dónde iba á gastarlo en la situación en que se encontraba?

—Eso es;—repitió el comerciante.

—Lo más probable es que su ida á la posada ha hecho germinar la idea del hurto en los criados, que luego le han echado la culpa.

Pero, Gerassimovitch hablaba con tono irritado, y el presidente, irritado también, sostenía su tesis. Mas, el primero fué tan persuasivo, que todos convinieron en que la Máslova no habla tomado parte en el hurto. Luego se discutió la parte que había tenido en el envenenamiento.

El fogoso defensor de la Máslova, el comerciante, sostuvo que la muchacha era inocente, porque no tenía ningún motivo para envenenar; pero el presidente le replicó que era imposible admitirlo, desde el momento en que ella misma contestaba haber puesto los polvos en el vino del difunto.

—Sí, es verdad que se los ha echado, pero creyendo que eran opio.

—Hasta con el opio se puede matar,—intervino el coronel que parecía tener un gusto especial en desviar el razonamiento.

Y contó que la mujer de un primo suyo se había envenenado con opio y hubiese muerto sin remisión á no ser porque un médico muy inteligente le administró á tiempo los debidos auxilios. Hablaba con un tono tal de autoridad y de razón, que ninguno se atrevía de hacerle observaciones. El dependiente incitado por el ejemplo, se decidió á interrumpirlo para contar una historia de su cosecha.

—Hay algunos que están tan habituados al opio,—dijo, —que pueden tomar hasta cuarenta gotas de una sola vez. Yo, por ejemplo, tengo un primo.,.

Pero, el coronel no quiso callar y siguió contando las consecuencias que el opio acarreó á la mujer de su pariente.

—Casi son las cinco,—observó uno de los jurados.

—Asi, pues, señores, la reconocemos culpable, pero sin intención de robar; quiere decir que no ha robado dinero; ¿está bien así?

Pedro Gerassimovitch, contento de que hubiera prevalecido su opinión, aprobó.

—Merece las atenuantes,—añadió el comerciante.

Todos estuvieron de acuerdo; tan solo el recadero insistía:

—¡No, no es culpable!

—Pero si nosotros decimos lo mismo,—trató de explicarle el presidente.—Sin intención de robar quiere decir que no es culpable.

—Bien, pongamos ahora las atenuantes y todo estará conforme,—dijo alegremente el comerciante.

Estaban tan cansados y tenían la inteligencia tan embrollada por la discusión sostenida, que á ninguno se le ocurrió añadir; «Si pero sin intención de matar».

Ni aun Neklindoff lo advirtió á consecuencia de su estado de ánimo.

En tal forma fueron llevadas las respuestas á la sala del tribunal.

Rabelais, cuenta que un jurisconsulto al cual acudieron algunos para obtener un juicio, después de haber consultado todas las leyes y leído unas veinte páginas de jurisprudencia latina sin sentido común, propuso echar al aire unos dados, jugando á pares y nones: si salían pares tenia razón el querellante, si nones, el demandado. Este era el caso.

Si esta decisión y no otra se había tomado, no era porque todos los jurados estuviesen de acuerdo. Pero el presidente del tribuna], en su prisa, tenía la culpa de no haber advertido á los jurados que les era licito responder usando la fórmula:

«Sí, pero sin intención de matar».

Por otra parte, el coronel, con la historia interminable de la mujer de su pariente, aburrió A todos; Neklindoff, avasallado por el tumulto de sus pensamientos, tampoco se acordó de decir á sus compañeros lo que el presidente se había olvidado: Pedro Gerassimovitch había salido en el mismo momento en que el presidente leía la pregunta y la respuesta; pero, más que todo, la causa del error, fué que todos estaban cansados y deseaban llegar á una solución que les dejase en paz.

Los jurados tocaron la campanilla.

El guardia que estaba á la puerta envainó el sable y se alejó. Los magistrados volvieron á sus puestos y los jurados, uno después de otro, entraron en la sala. El jefe que llevaba con gran solemnidad la hoja, la entregó al presidente; éste la leyó, y haciendo un gesto de extrañeza se volvió hacia sus colegas consultándoles.

Era estúpido, que los jurados, después de justificar el primer caso —«sin intención de robar»—no hubiesen explicado el segundo, omitiendo la fórmula«sin intención de matar.»—Resultaba que, según el veredicto de los jurados, la Máslova no había robado, pero había matado á un hombre sin motivo alguno.

—Mirad que absurdo han elaborado,—dijo volviéndose hacia el magistrado de la izquierda.—Se trata de trabajos forzados, y sin embargo la muchacha es inocente.

—Inocente, no:—dijo el juez de las antiparras.

—Os digo que es inocente. Yo creo que sería el caso de aplicar el artículo 817: «Si los magistrados no creen justo el veredicto de los jurados pueden anularlo.» ¿Qué os parece?—Y volviéndose al juez de la derecha.

Este no contestó en seguida; pero dió una ojeada al número de orden del folio que tenía en frente y sumó mentalmente las cifras. Había decidido que si el total era exactamente divisible por tres, debía contestar sí; pero aún cuando el total resultó indivisible, dió su aprobación porque era un buen hombre.

—Sí, tal es mi opinión...

—¿Y vos?—preguntó el presidente al magistrado cejijunto.

—Imposible,—contestó ésta con acento vivo.—Los diarios han publicado ya demasiados artículos contra las frecuentes absoluciones de los jurados. ¿Qué van á decir ahora si los jueces los absuelven?

El presidente miró el reloj. Eran cerca de las cinco..

—¡Qué lástima!—exclamó, y alargó el documento al presidente del jurado.

Todos se levantaron.

El presidente tosió, y luego, balanceándose sobre las piernas, leyó las preguntas y las respuestas. El relator, los abobados y hasta el fiscal, quedaron asombrados. Entretanto los acusados permanecían impasibles; evidentemente no comprendían el alcance de aquellas contestaciones.

Después el presidente invitó al fiscal á proponer la pena para los acusados, y aquél, entusiasmado por el triunfo que obtenía, bien inesperado, especialmente por lo que hacía á la Máslova, y

atribuyéndolo á su propia elocuencia, miró el Código penal y luego dijo:

—Pido que Simón Kirtnikin sea condenado según el art. 1452 y el párrafo 4. del art. 1453; Eufemia Botchkova según el artículo 1689, y Catalina Máslova según el artículo 1454.

Estos eran los castigos más severos que podían imponerse.

—La sala va á deliberar,—dijo el presidente.

Todos se levantaron y salieron á pasear por los corredores con aquella íntima satisfacción que se siente después de cumplir una acción buena.

—¿Sabéis que hemos cometido una acción infame?— dijo Pedro Gerassimovitch, acercándose á Neklindoff, á quien el presidente explicaba algo.—La hemos enviado á galeras.

—¿Qué decís?—exclamó Neklindoff, que no advirtió entonces la familiaridad insoportable del maestro.

—Ciertamente,—dijo éste;—no habernos puesto en la respuesta: «Culpable, pero sin intención de matar.» Esto se lo explicaba el relator, y el fiscal la condena á quince años de galera.

—Esto es lo que han decidido todos,—observó el presidente del jurado.

Pedro Gerassimovitch contestó que debía haberse consignado que, no robando, no podía haber tenido tampoco la intención de matar.

—Sin embargo, yo he leído en voz alta la respuesta antes de escribirla,—argüía el presidente,—y nadie ha protestado.

—En aquel momento yo había salido de la sala,—replicó Pedro Gerassimovitch.—¿Cómo lo habéis dejado pasar?

—No habría creído nunca...—dijo Neklindoff escusándose.

—Pues ya veis lo que habéis hecho.

—Aún se puede remediar.

—Ahora es demasiado tarde; era preciso advertirlo antes.

Neklindoff miró á los acusados. Estos, cuyo destino se estaba resolviendo, estaban inmóviles, custodiados por los guardias. La Máslova sonreía con frecuencia y Neklindoff sintió surgir en su ánimo un mal pensamiento.

Primeramente, cuando creía que seria absuelta, el pensamiento de que la muchacha permanecería en la ciudad y podría encontrarle algún día le asustaba; ahora la galera y Siberia destruían la posibilidad de todo encuentro. El pajarito, ya medio muerto, acabaría pronto de luchar por la vida, y todo habría acabado, y un olvido completo borraría para siempre hasta la memoria de su existencia.

XXIV

Pedro Gerassimovitch tenía razón en temer.

Salido de la sala de deliberaciones, el presidente tomó la sentencia y empezó su lectura:

«En el año 18... á los 28 de Abril, por orden de Su Majestad, la sección penal del Tribunal de N... visto el veredicto de los señores jurados, á tenor del art. 775, párrafo 3.º de la Ley de Enjuiciamiento criminal y de los artículos 776 y 777, ha deliberado lo que sigue:

«El aldeano Simón Kirtinkin, de 33 años, y la vecina Catalina Máslova, de 27 años, quedan condenados á trabajos forzados, aquél á ocho y ésta á cuatro, con pérdida de derechos civiles y de todos sus bienes y demás que previene la ley penal, según el art. 25 del Código.

»La vecina Eufemia Botchkova, de 43 años, queda condenada á tres años de reclusión, con pérdida de sus derechos civiles y demás

que disponen las leyes, según el artículo 19 del Código penal.

»Los gastos del proceso serán repartidos por partes iguales entre los tres condenados, y en caso de ser insolventes quedarán á cargo del gobierno.

»En cuanto á las pruebas, la sortija será restituida y el filtro destruido.»

Durante aquella lectura, Kirtinkin permaneció de pie, contrayendo continuamente la boca, y la Botchkova parecía estar completamente tranquila; pero la Máslova, al oír la sentencia, enrojeció hasta la raíz de sus cabellos.

—¡Soy inocente! ¡Soy inocente!—exc amó con voz estridente que resonó por toda la sala.—Es un pecado lo que hacéis conmigo... Nunca he tenido la intención de envenenar yo; nunca lo he pensado. Lo juro, lo juro.—Y cayendo sobre el banco rompió en fuertes sollozos.

Cuando Simón y la Botchkova fueron llevados por los guardias, ella continuaba todavía sollozando, sin advertir lo que pasaba á su alrededor; un guardia tuvo que tirarla de la manga.

—No puede ser, no debe ser que todo acabe así, dijo de repente Neklindoff, que había sofocado por completo aquel pensamiento egoísta que atravesó su mente. Y sin darse cuenta de por qué lo bacía, quiso ver de nuevo á la joven, y salió apresuradamente al corredor. Sin advertir que con su precipitación podía llamar la atención de los otros, Neklindoff la alcanzó, la precedió algunos pasos y después se paró. Katuscha había cesado de llorar, con el pañuelo se enjugaba el rostro, en el que aparecían manchas rojizas, y sólo de cuando en cuando un sollozo la sacudía violentamente. Al pasar por su lado ni siquiera se volvió. Entonces Neklindoff volvió atrás para ver al presidente, pero éste había ya salido y tuvo que alcanzarlo junto á la puerta.

—Señor presidente,—le dijo, acercándose, en tanto que éste se ponía el abrigo;—señor presidente, ¿puedo hablar un momento con vos de la causa que acabamos de juzgar? Soy uno de los jurados.

—Os conozco; sois el príncipe Neklindoff. Muy contento de veros. Nos hemos ya encontrado otras veces,—y estrechándole la mano le recordó como se habían conocido.

—¿En qué puedo servirlos?

—Ha habido un error en la respuesta por lo que hace á la Máslova. Es inocente, y sin embargo ha sido condenada á trabajos forzados.

—La Sala ha sentenciado de acuerdo con el veredicto, aunque las respuestas no parecieran en consonancia con la realidad de los hechos,—contestó el presidente, sin dejar de andar.

—Está bien. ¿No hay, sin embargo, un medio de reparar el error?

—Un pretexto para recurrir en Casación se encuentra siempre. Es preciso ver á los abogados.

—¡Este error es una enormidad!

—Mirad, á la Máslova se le presentaban dos caminos,— explicó el presidente queriendo ser cortés con Neklindoff. —¿Venís por mi camino?

—Sí,—respondió Neklindoff, que se puso el abrigo y le acompañó.

Salieron al aire libre y bien pronto fué preciso hablar más alto, porque el ruido de los carruajes ahogaba su voz.

—Ved que extrañeza,—continuó el presidente.—A la Máslova no se le presentaban más que dos soluciones; ó una absolución libre, computando, naturalmente, la prisión sufrida; ó los trabajos forzados: no había solución intermedia. Si hubiéseis contestado: «Culpable, pero sin intención de matar», hubiese salido absuelta.

—¡Ha sido un error imperdonable!—exclamó Neklindoff.

—¡Y decir que todo dependía de eso!—añadió el presidente con una sonrisa por vía de consolación. Miró el reloj, faltaban tres cuartos de hora para espirar el plazo de la cita.—Id á ver á un abogado y que recurra en Casación. Es cosa sencilla. Norianskaja,—dijo á un cochero que se ofrecía,—treinta kopecks, no pago nunca más.

—Suba Su Excelencia.

—Hasta la vista, pues. Si puedo seros útil me hallaréis en casa Dvornikoff, calle Dvorienskajal—y saludando con cortesía, partió al trote.

XXV

Su coloquio con el presidente y el aire fresco tranquilizaron á Neklindoff. Pensaba que bus impresiones eran tan vivas, á consecuencia de las circunstancias insólitas de aquel día. ¡Era mucha coincidencia! Pero de todos modos, era preciso hacer lo posible para aliviar la suerte de la muchacha, y hacerlo pronto... Era preciso informarse de dónde vivía un abogado de fama, Fanarín ó Mikinschin.

Neklindoff volvió al tribunal y en el primer corredor encontró á Fanarín, á quien conocía ya de nombre y de vista, y le dijo que desearía hablarle.

—Celebro mucho ponerme á vuestras órdenes, —dijo el abogado.
—Estoy algo cansado; pero si el asunto no es largo... Contadme, contadme. Entremos aquí.

Fanarín introdujo al príncipe en un despacho y se sentaron junto A una mesa.

—¿De qué se trata?

—Ante todo os ruego que guardéis absoluta reserva acerca de lo que voy á deciros.

—Se entiende.

—Hoy he formado parte del jurado. Hemos hecho condenar á una mujer á trabajos forzados y era inocente.

Al decir esto se paró y se ruborizó. Fanarín miró á su interlocutor y esperó.

—Hemos condenado á una inocente y deseo recurrir en Casación. De esto quería encargáros.

Anhelaba terminar pronto aquella explicación que le resultaba difícil. Así es que añadió en seguida:

—En cuanto á los honorarios y gastos, pagaré sea cual fuere la suma.—Y se ruborizó.

—¡Oh! en cuanto á eso no hay cuidado,—dijo Fanarín.

—¿Y en qué consistía el proceso?

Neklindoff lo expuso brevemente.

—Bien está. Mañana mismo empezaré á estudiarlo, y pasado mañana, ó mejor el jueves, id por mi casa á las seis de la tarde y os diré lo que me parece. Ahora vámonos; aún me queda mucho trabajo.

Neklindoff saludó al abogado y salió. Pensando que había hecho ya algo en favor de la Máslova, quedaba más tranquilo.

En la calle respiró con voluptuosidad el aire primaveral. La tarde era espléndida y quiso ir á pie á pesar de que los cocheros le ofrecían sus servicios. Pero muy pronto un aflujo de ideas y el recuerdo de Katuscha y de sus culpas le abrumaron y todo le pareció sombrío y desolado.

—No, no,—se dijo.—Pensaré más tarde en todo eso. Ahora tengo necesidad de distraerme.—Y recordando la invitación de los Korchaghin, miró el reloj. Quizá aún llegaría á tiempo.

Pasaba en aquel instante un tranvía; subió á él. Pero en seguida bajó, tomó un coche, y en diez minutos estuvo en casa de los Korchaghin.

XXVI

—Subid, Alteza. Os esperan,—dijo el portero abriendo la puerta de encina maciza que giró sin ruido sobre sus goznes.—Los señoree comen; me han dicho que en cuanto llegáseis os rogara que subieseis.—Y acercándose á la escalera tocó el timbre.

—¿Hay alguien?—preguntó Neklindoff en tanto que dejaba el abrigo.

—Están los señores Kolossoff y Miguel Sergheievitch; los demás son de casa.

En lo alto de la escalera había un criado de frac y guante blanco.

—Pasad, Alteza; os esperan.

Neklindoff, atravesando un amplio y espléndido salón, penetró en el comedor. Toda la familia estaba reunida en torno de la mesa, á excepción de la princesa Sofía Vasilivna, que desde hacía muchos años no salía de sus habitaciones.

En la cabecera estaba el anciano Korchaghin, á su izquierda el médico y á la derecha un invitado Fran Eranovitch Kolossoff, exmariscal de la nobleza, ahora alto empleado, correligionario de Korchaghin. Al lado del médico estaba mies Reder, institutriz de la hermanilla de Missy, niña de cuatro años que estaba á su lado. Enfrente Petia, el hermano varón de Missy que estudiaba el sexto año en un liceo, y un estudiante que le daba conferencias. Junto á estos dos se sentaba Miguel Sergheievich ó Mischa Teleguin, primo de Missy, y enfrente de él Catalina Aleschevna, solterona de unos cuarenta años. Al final Missy y al lado suyo un puesto vacío.

—¡Ahí ihéos aquí! ibienvenido! Sentáos; ya estamos acabando,—dijo Korchaghin, levantando sus ojos sanguinolentos que parecían no tener párpados, en tanto que comía con fatiga y prudencia con los

dientes que le quedaban.—Esteban,—y se volvió con la boca llena hacia el gordo y majestuoso mayordomo indicándole el sitio vacío.

Neklindoff había visto muchas veces al viejo Korchaghin comiendo; pero entonces aquel rostro colorado, con los labios sensuales, aquella cara rodeada por la blanca servilleta, el conjunto de aquella figura obesa del general, le produjeron indecible disgusto. Involuntariamente recordó que el viejo príncipe, cuando era gobernador de una provincia, había hecho azotar y oprimir sin piedad á cuantos no se congraciaron con él.

—Vuestra Alteza será servida al momento,—respondió Esteban.

Neklindoff dió la vuelta á la mesa, estrechando la mano á todos los comensales, los cuales, exceptuando las señoras y el anciano Korchaghin, se ponían en pie para saludarlo. Aquel dar la mano á todo el mundo, le pareció sobremanera ridículo y odioso. Se excusó de su tardanza é iba ya á sentarse en el puesto vacío que había entre Missy y Catalina Alexchevna; pero el príncipe insistió en que tomara algo de los entremeses que había en una mesa: jamón, caviar, arenques y queso.

Neklindoff creía tener poca hambre, pero en cuanto hubo tomado un poco de queso no pudo contenerse y comió con avidez.

—Supongo que venís de remediar las plagas sociales,— dijo Korchaghin con una punta de ironía, adoptando las palabras de un periódico reaccionario que combatía el jurado.—¿Habéis absuelto á los culpables y condenado al inocente?

—Algo... algo se ha hecho,—replicó Neklindoff.

—Dadle de comer,—exclamó Missy sonriendo, como para recordar con el «dadle» su intimidad con él.

Kolossoff entre tanto, exponía con brío y en voz alta el asunto de un artículo que combatía el jurado.

Missy, como de costumbre, estaba muy distinguido y llevaba un traje muy elegante; pero poco llamativo.

—Debéis estar muy cansado,—dijo volviéndose hacia Neklindoff.

—No, no mucho. ¿Habéis ido á ver la galería?

—No; lo hemos dejado para otro día. Hemos estado en casa los Solomatoff A jugar al lawntennis; y os aseguro que mister Kruko es un jugador sin rival.

Neklindoff había ido allí para distraerse. Comunmente le placían casa y gente, tanto por el lujo que halagaba su gusto, como por la atmósfera aduladora que le envolvía como en una continua caricia. Pero, por un extraño incomprensible caso, todo le parecía odioso en aquel instante. Todo, desde el portero á loa criados, desde los invitados á la misma Missy le parecía artificioso y poco atractivo. Le chocaba el tono autoritario y vulgar de Kolossoff, el aspecto sensual del hocico del viejo Korchaghin, las palabras francesas de Catalina Alexchevna, las caras asustadas de la institutriz y del estudiante; y más que todo le chocó aquel «dadle» de Missy... En su modo de juzgar á la princesa, Neklindoff vacilaba siempre entre dos opuestos pareceres: tan pronto se le aparecía como iluminada por un rayo de luna, bella, fresca, inteligente; como vista bajo una luz demasiado cruda que no le permitía ver lo que en ella faltaba. Tal era el caso de aquel día. Neklindoff veía todas las arrugas del rostro, el pelo rizado artificialmente, los codos angulosos, la uña ancha del pulgar que recordaba la del viejo príncipe.

—Es un juego aburridísimo,—exclamó Kolossoff refiriéndose al tennis;—era mucho más divertido el laptá que jugábamos cuando niños.

—No podéis juzgar porque no lo habéis probado,—replicó Missy,— es un juego muy divertido.

Parecióle á Neklindoff que pronunciaba el «muy» con afectación.

Se entabló una discusión muy animada sobre ello, en la que tomaron parte Miguel Sergheievitch y Catalina Alexchevna. Sólo la institutriz, el preceptor y los niños callaban, evidentemente aburridos.

—¡Yal siempre discusiones,—exclamó riendo fuerte el viejo Korchaghin, y quitándose la servilleta apartó la silla con estrépito.

Todos se levantaron, se acercaron á una mesilla donde había tazas de agua tibia y perfumada y se enjuagaron la boca.

—¿No es cierto,—dijo Missy volviéndose hacia Neklindoff,—que en el juego se revela el carácter de las personas?

Había notado en el rostro de Neklindoff una expresión preocupada y anhelaba saber que causa la producía.

—No sé; no me he fijado nunca en ello,—dijo el príncipe.

—¿Queréis ver á mamá?—preguntó Missy.

—Sí, sí,—contestó con un tono que indicaba que no tenía voluntad, en tanto que sacaba un cigarrillo de la petaca.

La princesa le miró con muda interrogación y él lo comprendió y sintió vergüenza.

—Tiene razón,—pensó,—eso es ir á aburrir á las gentes.

Y esforzándose en ser cortés, añadió que estaría muy contento si la princesa consentía en recibirle.

—¡Cómo consentir! Mamá estará contentísima. También está allí Ivan Ivanovitch y podréis fumar.

La dueña de la casa, la princesa Sofia Vasilievna, hacía ya ocho años que recibía á sus invitados sentada en una poltrona, rodeada de blondas, de cintajos, de terciopelo, de oro, de marfil, de bronces artísticos y de flores. Entre todos sus amigos distinguía mucho á Neklindoff porque había sido muy amiga de su madre y porque era un joven inteligente que deseaba que se casase con Missy.

Para llegar á las habitaciones de Sofía Vasilievna, era preciso atravesar dos salas. En la primera, que era muy amplia, Missy, que precedía á Neklindoff se detuvo y apoyando las manos sobre el respaldo de una silla dorada, le miró fijamente. Tenía muchas ganas de casarse y Neklindoff era un buen partido; además, le gustaba; y la princesa, que se había acostumbrado al pensamiento de que sería

suyo, procuraba alcanzar su objeto con aquella obstinación inconsciente propia de los enfermos neuróticos. Ahora anhelaba provocar una explicación.

—Veo que os ha sucedido algo,—empezó;—¿qué os ocurre?

Recordó á la muchacha vista en el tribunal, frunció el entrecejo y arrugó la frente. Pero quiso ser sincero.

—Una cosa extraña, maravillosa y grave.

—¿Qué es ello? ¿No puedo yo saberlo?

—Por ahora no; permitid que me calle. Lo que me ha sucedido es tan extraño que no me lo explico todavía bien.—Y se ruborizó.

—¿No me lo queréis decir?—preguntó la joven: los músculos de su cara se contrajeron y por un movimiento nervioso su mano hizo deslizar la silla hacia adelante.—Está bien, vamos.

Y con un movimiento de cabeza que indicaba que quería sacudir ideas molestas é inútiles, volvió á andar rápidamente. Parecióle á Neklindoff que había contraído los labios con afectación para ocultar las lágrimas y esto le produjo disgusto y vergüenza á la par. Pero comprendía que á la menor debilidad se comprometía sin remisión, aquellos vínculos le daban ahora más temor que nunca: así, sin proferir palabra, la siguió á las habitaciones de la princesa.

XXVI

La princesa Sofía Vasiliévna había terminado su comida compuesta de alimentos escogidos y muy nutritivos que ingería á solas á fin de que nadie la viera entregándose á ocupación tan poco poética. Tenía al lado del sillón una mesita con café y fumaba un cigarrillo

perfumado. Delgada, alta, morena, con los dientes largos y grandes ojos negros, tenía la manía de ser joven aun.

Se murmuraba mucho de sus relaciones con el médico, y Neklindoff, que jamás se fijara en ello, aquel día no sólo lo recordó sino que le produjo mala impresión al verle al lado de ella con la barba partida y llena de pomada. Cerca de la princesa, en un sillón bajo y blando, estaba Kolossoff tomando café.

Missy entró en la estancia con Neklindoff, pero no se quedó.

—Cuando mamá estará cansada, venid á buscarme,— dijo ¿ Neklindoff en un tono que indicaba que no guardaba recuerdo de las anteriores palabras.

—Buenos días, amigo mió; sentaos y contadme algo,— dijo la princesa abriendo la boca y enseñando los dientes, tan bien imitados que podían pasar por naturales.—Me han dicho que habéis vuelto del tribunal de mal humor. Con efecto, creo que debe ser un deber muy penoso para las personas de corazón,—añadió en francés.

—Sí, es verdad, tenéis razón. Siente uno la propia pequeñez... comprende que no tiene derecho á juzgar.

—*iComme c'est vrai!*—exclamó Sofía Vasilievna como si advirtiera la verdad de la observación y tratando de adularle como hacía siempre con sus interlocutores.—¿Y vuestro cuadro?—preguntó poco después.—Tengo muchos deseos de verlo; si no estuviese mala ya habría ido á vuestra casa.

—Lo he dejado, replicó secamente Neklindoff, aburrido al advertir que trataba de lisonjearle. Por más esfuerzos que hacía no acertaba á ser cortés.

—¿Sabéis que el mismo Refrán me ha dicho que el príncipe tiene verdadero talento?—dijo la princesa volviéndose hacia Kolossoff.

Persuadida de que era imposible atraer á Neklindoff á una conversación amena é intelectual, la princesa preguntó á Kolossoff su parecer acerca de un nuevo drama y lo dijo en un tono como si

su parecer debiera resolver toda duda y cada palabra fuese digna de esculpirse en mármol.

Kolossoff censuró el drama aprovechando la ocasión para exponer sus teorías sobre arte. La princesa se maravillaba de lo acertado de sus juicios; á veces trataba de defender al autor, pero bien pronto se declaraba vencida y asentía á las palabras del alto empleado.

Neklindoff miraba y oía; pero todo tomaba á sus ojos un significado diverso. Advertía que ninguno de los dos interlocutores daba importancia al drama, que uno no la concedía al otro; pero que hablaban por satisfacer la necesidad de mover los músculos de la lengua y de la garganta después de comer. Veía que Kolossoff estaba semi embriagado aun cuando no dijera ni hiciera ninguna inconveniencia. Y veía además que, de cuando en cuando, Sofía Vasilievna miraba hacia la ventana con temor, producido porque los últimos rayos de sol que daban en ella, podían llegar á su cara é iluminar con luz demasiado cruda su vejez llena de afeites y retoques.

—¡Eso es!—exclamó oyendo una observación de Kolossoff, y al mismo tiempo tocó un timbre.

El médico, sin decir palabra, como si fuera uno de la casa, salió.

—Felipe, haced el favor de bajar esta cortina,—dijo al criado que entró,—la princesa.

Y en tanto que seguía con sus ojos negros los movimientos todos del criado, se lanzó á una discusión sobre el misticismo y la poesía.

—Felipe, no es esta la que debéis bajar, sino la otra,— exclamó interrumpiendo su disertación.

El criado, un buen mozo de amplio tórax y poderosos músculos, se inclinó como para excusarse y luego pasó á la otra ventana. La princesa tampoco tuvo suerte aquella vez por más que el criado se esmeraba en servirla. De nuevo interrumpió aquella su explicación para decir á Felipe que se equivoca continuamente y que le atormentaba sin compasión. Los ojos de Felipe relampaguearon.

—«¡Ahora la envía al diablo!»—pensó Neklindoff observando aquel juego de fisonomías. Pero el hermoso Felipe sofocó aquel movimiento de impaciencia y empezó á hacer con gran calma lo que le ordenaba Sofía Vasilievna, toda falsedad y malicia.

—Las teorías de Darwin son una gran cosa,—decía Kolossoff arrellanándose en el sillón,—pero se exageran mucho.

—¿Creéis vos en la herencia? —preguntó la condesa á Neklindoff, cansada de su mutismo obstinado.

—No, no creo...—replicó Neklindoff, absorto en las extrañas imágenes que surgían en su fantasía. Al lado de Felipe, que hubiese sido un espléndido modelo para un pintor, se imaginaba á Kolossoff desnudo, con su gran barriga de sandía, la cabeza calva y los brazos sin músculos; trató siempre de imaginarse los hombros de Sofía Vasilievna, tal como debían ser bajo las sedas y terciopelos que los cubrían; pero la imagen era demasiado repulsiva y procuró desvanecerla.

La princesa le miró de alto á bajo y luego dijo:

—Me parece que Missy os espera; id con ella; oiréis un nuevo trozo de Grieg...

—Si no ha de tocar nada,—pensó Neklindoff.—¡Qué manía de mentir tiene esta vieja!

Y levantándose, estrechó la mano descarnada y transparente, cubierta de sortijas, que le tendía la princesa.

En el salón encontró á Catalina Aleschevna, que lo acaparó.

—Veo que el oficio de jurado es propio para dar malhumor,—dijóle en francés.

—Sí, dispensadme; no puedo remediar el tedio que siento; lo cual me da derecho á aburrir á los demás.

—¿Por qué estáis así?

—Permitid que lo calle,—replicó Neklindoff buscando el sombrero.

—¡Cómo! ¿No recordáis que afirmasteis muchas veces que es preciso decir la verdad? ¿Por qué no queréis ahora decirla? ¿Te acuerdas, Missy?—se volvió hacia ésta, que entraba.

—Entonces se jugaba y en los juegos se puede decir la verdad,—contestó Neklindoff,—pero en la vida real somos tan malos... á lo menos soy yo tan malo, que no debo hacerlo.

—Nada tan malo como empeñarse en tener malhumor; —indicó Missy.—Yo no me empeño nunca en ello y por eso estoy siempre alegre. ¿Queréis venir? Trataremos de ocultar votre mauvaise humeur.

Neklindoff experimentaba lo que el caballo que sabe que lo acarician para ponerle el freno. Aquel día no estaba dispuesto á sufrir la voluntad ajena. Se excusó diciendo que tenia que ir á su casa y se despidió.

Al saludarlo, Missy retuvo su mano más de lo acostumbrado y dijo:

—Recordad que lo que es importante para vos lo es también para vuestros amigos; ¿vendréis mañana?

—No lo creo,—contestó Neklindoff avergonzado sin saber de qué ni por qué. Y salió rápidamente.

—¿Qué quiere decir?—preguntó Catalina Aleschevna apenas hubo salido Neklindoff.—¡Comme cela m'intrigue! Quiero saberlo á toda costa. Será probablemente une affaire d'amour propre; il est très susceptible notre cher Mitra!

—Plutôt une affaire sale,—estuvo á pique de decir Missy; pero no soltó aquella pulla de mal género. Mirando á lo lejos, con un rostro sin alma, bien diverso de aquel con que miraba á Neklindoff, exclamó: —Todos tenemos días buenos y días malos.

—¿Es posible que éste también me engañe? Después de lo que ha mediado, estaría mal por su parte,—pensaba.

Si Missy hubiese debido explicar qué entendía por «lo que ha mediado», se hubiera encontrado bien apurada; pensaba que él no

sólo había despertado una esperanza sino que le había hecho una promesa casi; no eran palabras determinadas, pero sí miradas, sonrisas, reticencias. Todavía lo creía suyo y tener que renunciar á él le hubiese sido penoso.

XXVIII

—¡Es una acción vergonzosa la mía, una vileza! —pensaba Neklindoff yendo hacia su casa.

La impresión de pena que experimentó después de su coloquio con Missy no le había abandonado aún. Neklindoff se decía que en rigor no era culpable para con la princesa, que entre ellos no había ocurrido nada que pudiera ligarle, que jamás le había hablado formalmente de matrimonio; pero al mismo tiempo sentía que tácitamente le había hecho muchas promesas; y nunca, sin embargo, como aquel día, comprendió la imposibilidad de casarse con ella.

XXVIII

—¡Es una acción vergonzosa, una vileza!—repetía, pensando no sólo en sus relaciones con Missy sino en su vida entera.—Sí; todo es vergonzoso en mi existencia,—pensó al entrar en su casa.

—Esta noche no ceno,—dijo al criado que le siguió al comedor en que estaba dispuesta la cena y el té.— Idos á dormir.

—Sí, señor,—contestó el criado y empezó á quitar la mesa.

Neklindoff le miraba y sentía ira: quería que le dejaran en paz, que le dejaran solo.

Cuando el criado se alejó, Neklindoff se acercó al samovar para prepararse el té; pero oyendo los pasos de Agripina Petrovna, se apresuró á pasar al salón para no verla y cerró con llave.

Allí era donde tres meses antes murió su madre.

Apenas entrado, a! débil resplandor de dos lámparas encendidas ante los retratos de su padre y de su madre.

Neklindoff recordó que las últimas relaciones tenidas con su madre habían sido indignas de un hijo. Durante aquellos días había deseado su muerte, no por el deseo de heredarla y mandar, sino para no ver el espectáculo de aquel dolor que no podía soportar, de aquella enfermedad que á él mismo le atosigaba por acción refleja.

Miró el retrato, ejecutado por un pintor famoso. Allí estaba representada su madre en traje de baile, descotada, semi desnuda. Aquello le apenó y le disgustó á un tiempo. Mucho más, recordando que tres meses antes aquella misma mujer había agonizado y muerto, casi debajo del retrato que tan bella la reproducía, fría, parecida á una momia, disecada, exhalando un olor agudo, penetrante, sofocante, inaguantable, que aun le parecía sentir.

Recordó otra cosa dolorosa. El día antes de su muerte la princesa le había llamado, y tomando entre las suyas descarnadas, su mano, le había dicho con inconcebible angustia:

—No me acuses, Mitra, no me acuses si no cumplí siempre con mi deber,—y bajó las pestañas de aquellos ojos casi apagados, apuntaron las lágrimas.

—¡Dios mío, Dios mío, qué horror!—exclamó Neklindoff sin apartar los ojos do aquel retrato de mujer semi desnuda.

Aquella garganta le recordó otra mujer joven, Missy, que una noche le habia llamado con un pretexto cualquiera para que la

admirase en traje de baile. Y el recuerdo de aquel pecho bellísimo, de aquellos brazos, le llenó de disgusto... ¡Y aquel viejo príncipe de instintos bajos y bestiales, con su cruel pasado!... ¡Y aquella madre con su reputación de borracha!... ¡Todo era horrible!... Todo inspiraba vergüenza, repulsión, náuseas.

«Sí, sí,—pensaba Neklindoff,—Era preciso romper aquel falso lazo con los Korchaghin, librarse de Sofía Vasilievna, y de la herencia, y de todo, para vivir fuera de aquella

atmósfera viciada. Ir al extranjero, á Roma... terminar su cuadro...»

En aquel instante se acordó de que había dudado de su talento.

«No importa,—se dijo,—¡por lo menos respiraré libremente! Primero iré á Constantinopla, luego á Roma.»

Sólo faltaba arreglar lo del jurado, ver á su abogado.

De repente se representó con indecible claridad la imagen de la acusada con sus ojos negros que bizqueaban. ¡Cómo lloró al oír la sentencia que la condenaba!...

Neklindoff echó el cigarrillo en el cenicero, encendió otro y paseó á largos pasos por la sala. En su mente se evocaron, uno tras otro, todos los momentos de su vida pasados con ella. Y recordó las últimas escenas; la pasión que le subyugara, la desilusión harto pronta. ¡Oh, aquel traje blanco, aquel lazo rojo, aquella misa de media noche!

«Yo la amaba aquella noche de pascua; yo la amaba verdaderamente con amor puro y suave, como la amé aquel primer estío que pasé en casa de mis tías para hacer mi tesis!»

Y se volvió á ver joven y bueno, entusiasta y enamorado como estaba entonces y le invadió una tristeza infinita.

Había un tal abismo entre el joven que era entonces y el que fué después, que casi era más profundo que el que separaba la Katuscha de la noche de Pascua de la Máslova que se sentara en el

banquillo de los acusados. Entonces era libre, en la flor de la vida, confiando en el porvenir, lleno de ilusiones; ahora se sentía aherrojado en la red de una vida fastidiosa, mezquina, á la cual no veía salida porque hasta le faltaba voluntad para huir de ella. Entonces estaba orgulloso de su rectitud, tenía á gala no mentir jamás; ahora vivía en plena mentira, una mentira que la sociedad que le rodeaba admitía como verdad. ¿Cómo romper las relaciones con Sofía Vasilievna y su marido, de modo que pudiera marchar con la cabeza erguida» ¿Cómo romper con lealtad sus relaciones con Misa? y ¿Cómo resolver la contradicción manifiesta entre la injusticia de la propiedad individual de la tierra, y la posesión de los extensos dominios heredados de su madre?

¿Y Katuscha? ¿Cómo reparar el daño que le hiciera? ¡Ahora no podía pensar ya en abandonarla! No, era imposible dejar así á una mujer á la que tanto adorara y limitarse á pagar á un abogado para salvarla de una pena que ni siquiera merecía!... ¿Reparar su culpa con dinero, como la otra vez?... Y se le presentó el instante aquel en que en el corredor, le había deslizado en el corpiño el sobre con el dinero, y había huido después.

—¡Oh, aquel dinero, aquel dinero!—exclamó Neklindoff con repugnancia y terror.—¡Oh, qué horror! Únicamente un hombre vulgar, un villano podía cometer tal acción. ¿Yo soy, pues, un hombre vulgar y vil?... ¿Es posible?— Pronunció estas palabras en alta voz, deteniéndose de golpe.—¿Es posible que yo sea un vil?

Parecióle que una voz respondía:

—¿Qué eres si nó?... ¿Es esta la única acción malvada de tu vida?

Neklindoff seguía acusándose. ¿No eran una indignidad sus relaciones con María Vasilievna y su amistad con el marido? ¿Y la herencia aceptada sabiendo que cometía una injusticia? ¿Y su existencia ociosa y corrompida? ¡Sí, era un vil! El mundo podía juzgarle como quisiera, él podía engañar al mundo; pero le era imposible engañarse á sí mismo. Y de repente comprendió que la sensación de náusea que le producían la sociedad, el príncipe, Sofía

Vasilievna, Missy, los criados, no era otra cosa que el asco de sí mismo. En tanto que reconocía su propia vileza sentía una impresión placentera y consoladora.

No era la primera vez que en Neklindoff se producía esa sensación que él llamaba «purificación del alma.» A largos intervalos la había experimentado. Después de esos periodos de lucidez, fijaba las reglas de su vida diciéndose: «Ahora principia una nueva existencia» un camino en el que debía perseverar; pero, poco á poco la seducción del mundo le arrastraba, le hacia caer de nuevo y más bajo que antes. Así se había rehabilitado muchas veces á sus propios ojos. La última fué cuando presentó su dimisión de teniente de la guardia y marchó al extranjero á estudiar la pintura. Desde entonces hasta aquel día. Neklindoff habia pasado un largo periodo sin cuidarse de la palmaria contradicción que existía entre la vida que llevaba y las exigencias de la propia conciencia. Ahora que lo advertía, se horrorizaba.

El contraste era tal, que dudaba hasta de la posibilidad de una purificación.

—No, no, es inútil,—le sugería una voz interna tentadora.

«He tratado ya muchas veces de corregirme, de hacerme mejor, y nunca he tenido voluntad para ello! ¿Para qué probar de nuevo? Además, tampoco soy yo solo; todos son así!»

Pero en Neklindoff, había despertado aquel yo libre intelectual, que es el sólo verdadero, el sólo eterno, el único poderoso, al cual, en lo sucesivo, debía prestar fe. La distancia entre lo que era y lo que debiera haber sido, era inmensa; pero al hombre moral que resurgía, todo le aparecía posible.

—Si, desgarraré la mentira que me tiene envuelto en sus lazos,—dijo resueltamente en alta voz.—Cueste lo que cueste, diré siempre la verdad, sólo la verdad, á todos, como exige mi conciencia. Diré á Missy que soy un libertino y que no puedo casarme con ella. Diré á María Vassilievna... no, no, á ésta no le diré nada; diré á su marido que mentí á su amistad y que soy un vil. Haré de la herencia

materna lo que la justicia demanda... Diré á Katiuscha que he sido un vil, que soy muy culpable para con ella, trataré de aliviar su suerte por todos los medios, la rogaré que me perdone... isil le pediré perdón como lo piden los niños.

Se detuvo un instante.

—¡Me casaré con ella si es preciso!

Neklindoff cruzó los brazos sobre el pecho como cuando era niño, y alzó los ojos con expresión ferviente:

—¡Dios mío, ayúdame, enséñame, haz que sea de nuevo bueno y puro!

Suplicaba á Dios que le confortara y purificara y su ruego habia sido ya atendido.

Sentía en si, no sólo la libertad y la fuerza y la alegría de la vida, sino también toda la potencialidad de lo bueno; se sentía con fuerza para cumplir todo lo que de bueno y bello puede cumplir un hombre. Comprendía esto y los ojos se le llenaban de lágrimas. Y eran las suyas lágrimas buenas, porque nacían del júbilo de la resurrección moral de aquel yo que durante tantos años habia dormido en su seno; y eran quizá un tanto malas porque en aquel llanto habia algo de enternecimiento de sí mismo al sentir renacer su virtud.

Neklindoff sintió un gran calor, se acercó á la ventana que daba al jardín y la abrió.

La noche iluminada por la luna, fresca, era de una calma purísima; durante unos momentos se oyó á lo lejos ruido de ruedas, después todo quedó de nuevo silencioso." Ante la ventana, un alto álamo proyectaba su sombra en el suelo del gran patio vacío, dibujando extrañas figuras; á la izquierda, una casita con el techo blanco, bajo aquel rayo argentado de luna, enviaba cerca del álamo la sombra obscura de las paredes.

Neklindoff contemplaba el jardín, el techo iluminado por la luna, y la sombra del álamo; escuchaba aquel silencio majestuoso, respiraba

aquel aire fresco y vivificante y de su corazón conmovido salió una exclamación de júbilo.

—¡Dios mío! ¡qué hermoso es esto, qué hermoso es!

Y pensaba que también era bella la transformación indecible que se estaba operando en su alma.

XXIX

La Máslova fué vuelta á la prisión hacia las seis de la tarde, cansada, con los pies doloridos por aquella larga caminata insólita de quince verstas, hambrienta, aniquilada, por la severa condena que tan impensadamente la hería.

En el tribunal, durante el intervalo, mientras los guardias comían pan y huevos, la boca se le hacía agua. Había comprendido que tenía hambre; pero le parecía que el pedir la humillaba demasiado; después habían pasado tres horas, se habían calmado las ansias de la hambre, y únicamente le quedaba una debilidad grande. En tal estado oyó la lectura de la sentencia.

Primeramente creyó la Máslova haber oído mal; no podía dar crédito á lo que oyera, no podía concebir la idea de la galera.

Pero, viendo las caras tranquilas y reposadas de los jurados y de los jueces que habían oído la sentencia como la cosa más natural, se había vuelto con aquel grito de protesta que resonó por toda la sala:

—¡No soy culpable!

Hasta su grito se acogió como una cosa normal, acostumbrada, y al advertirlo ella, es cuando rompió en amargos sollozos, y comprendió que debía someterse á aquella injusticia cruel que tan dolorosamente la hería.

Lo que más la extrañaba, era que aquella condena feroz se la infligieran, no unos viejos, sino aquellos mismos jóvenes que siempre parecían acariciarla con los ojos. Recordaba haber visto aquel sustituto fiscal con aspecto bien distinto; y hasta los otros, en tanto que ella esperaba la sentencia en el cuarto de los acusados, habían inventado una estratagema para pasar ante la puerta y mirarla.

¡Y esos mismos hombres la condenaban ahora á cuatro años de trabajos forzados á pesar de su completa inocencia!...

Lloró largo rato; luego se calmó y quedó en un estado de extrema postración intelectual en el cuarto de los acusados, esperando que la condujeran fuera. Socamente un deseo sentía bien claro y preciso: fumar.

Así la encontraron Kirtinkin y la Botchkova, conducidos después de la sentencia á la misma estancia; y de repente la Potchkova, empezó á injuriarla y á llamarla presidiaría.

—¡Cómo has mentado, canalla! En vano has mentado... Ya tienes lo que te mereces... En presidio no podrás bromear.

La Máslova, con las manos en las mangas de la blusa, la cabeza inclinada sobre el pecho y la mirada inmóvil, fija sobre el sucio pavimento, respondió varias veces:

—Yo no os digo nada, dejadme en paz.

Se estremeció, cuando, fuera ya Kirtinkin y la Botchkova, entró el guardia y le entregó tres rublos.

—¿Eres tú la Máslova? Toma, te los envía una señora.

—¿Qué señora?

—¿Qué señora? Toma sin charlar tanto. ¿Será preciso que te dé explicaciones?

El dinero provenía de la Rosanov. Antes de abandonar el tribuna], había preguntado al ujier, si podía enviar algún dinero á la Máslova, y á su respuesta afirmativa, se quitó el guante de gamuza de tres

botones para sacar del bolsillo de las sayas, un portamonedas elegante, del que tomó un billete de dos rublos y medio, añadiendo cincuenta kopecks.

Luego los dió al ujier, quien á su vez los entregó al guardia.

—Os ruego,—había dicho la Rosanov,—que se los déis á la Máslova.

El guardia se ofendió de la sospecha que encerraban las palabras de la alcahueta, y por tal causa habia contestado de mala manera á la Máslova.

La joven quedó contentísima; aquel dinero representaba el medio de satisfacer su deseo.

—¡Con cuánto gusto fumaría un cigarrillo!—pensaba.

Y todas sus facultades estaban absorbidas por aquel deseo, el cual llegó á tal grado de intensidad, que le hacía aspirar ávidamente el aire impregnado de olor de tabaco que venia de los corredores.

A las cinco se dió orden de volverla á la prisión; los dos soldados se le acercaron.

Los siguió resignada, y al llegar á la puerta, entregó veinte kopecks, rogándole que le comprase dos panes y cigarrillos.

—Está bien, está bien,—dijo el soldado sonriendo;— compraré lo que pedis.

En el trayecto, hasta la prisión, no le fué posible fumar, asi es, que la Máslova llegó á la cárcel sin haber podido satisfacer su deseo.

En el momento de entrar, una conducción de presos venía en sentido contrario.

Los había jóvenes y viejos, barbudos é imberbes, rusos y extranjeros, y el ancho vestíbulo se llenó de polvo, de ruido de zapatones, de crujir de cadenas, y de exhalaciones agudas de sudor.

Pasando junto á la Máslova, la miraban todos de pies á cabeza y algunos la dirigían la palabra.

—¡Qué chica tan bonita!

—¡Buenas tardes, prenda!

Un joven moreno, con grandes bigotazos negros, dió un salto hacia ella, armando gran ruido con la cadena y la besó á boca llena.

La Máslova la rechazó bruscamente.

—¡Cómo! ¿No te acuerdas ya de tu amigo? ¡No hay que hacer aspavientos!—exclamó riendo y con los ojos brillantes.

—¿Qué ocurre aquí?—exclamó el vicedirector acercándose.

Y como el detenido se apartara aprisa, se volvió hacia la Máslova reprobándola.

—¿Y tú, por qué estás aquí?

La Máslova quería escusarse y decir que la habían traído del tribunal; pero era tanta la depresión de su alma, que no supo qué contestar.

—Viene de la audiencia, señor,—dijo uno de los soldados, dando dos pasos adelante y saludando militarmente.

—Bueno, pues, lleváosla de aquí. ¿Qué indecencia es esta?

—Sí, señor.

—¡Sokoloff, llévala aprisa!—gritó el vicedirector.

El llavero se acercó, y dándole un fuerte empujón, la condujo hacia el corredor del departamento de mujeres. Allí la registraron con cuidado y no hallándole nada pecaminoso, pues había escondido los cigarrillos dentro del pan, la volvieron á la sala de donde saliera por la mañana.

XXX

La prisión de la Máslova era una gran cuadra de siete metros por cinco, con dos ventanas y una estufa; á lo largo de las paredes había una especie de camas de campaña que ocupaban los dos tercios de la estancia; en la pared, frente á la puerta, había un icono de color obscuro, cubierto de polvo y con un ramo de flores secas en la placa; y en el ángulo, cerca de la puerta, donde el pavimento estaba ennegrecido, había un cubo que echaba un olor pestilente y completaba el mobiliario de la sala.

Se había girado ya la visita de la noche, y los habitantes de aquel triste sitio que eran diez, y tres niños, estaban ya á punto de dormir.

Entraba aún por la ventana un rayo de luz; dos mujeres, sin embargo, estaban todavía bien despiertas, una que habla sido detenida por no poder presentar documentos comprobando su personalidad; otra, una tísica condenada por hurto, medio incorporada en la cama, con la blusa debajo de la cabeza, los ojos muy abiertos y esforzándose por sofocar la tos que la ahogaba.

Había tres mujeres, todas con la cabeza desnuda, y con camisas de tela grosera, que miraban á los detenidos que desfilaban por el patio, y otras, sentadas en la cama, cosían.

Estas últimas eran tres.

Una, la vieja que habló por la mañana con la Máslova, cuando ésta fué á la Audiencia, y que era una mujer robusta y alta, con el rostro ceñudo y lleno de arrugas, y una gran peca con vello en la mejilla. Se llamaba Korablova, y había sido condenada á trabajos forzados por haber muerto á golpes de seguir á su marido que trataba de abusar de su hija.

Esta era la que tenía mayor autoridad entre todas las detenidas y la que vendía el vino á las demás. Al lado de ella había una mujer de

baja estatura, con la nariz chata, y los ojos negros y pequeños. Era guardavía y purgaba tres meses de cárcel por no haber hecho á tiempo la señal de alarma al pasar un tren, ocasionando esto una desgracia.

La tercera se llamaba Fedossia ó Fenitchka, como la llamaban sus compañeras; con su carita sonrosada y blanca, sus grandes ojos azules de niña, y las trenzas rubias que ceñían su cabeza, era muy bonita; tenía apenas dieciseis años³, y estaba presa por haber tratado de envenenar á su marido en seguida de casarse; pero durante los ocho meses de libertad provisional que precedieron á la vista de su causa, no solamente se habia reconciliado con su marido, sino que vivió con él en buena armonía. A pesar de éste, de su suegro, y más aún de la suegra, que la quería mucho y que la defendió con gran calor, el tribunal la enviaba á Siberia á trabajos forzados.

Fedossia, buena, alegre, sonriente, dormía junto á la Máslova y no solamente la quería mucho, sino que le prestaba cuantos servicios podía.

Otras dos mujeres estaban sentadas en la cama y no trabajaban. Una, de unos cuarenta años, pálida, delgada, con el rostro arrugado, que mostraba las huellas de una belleza marchitada muy pronto, tenía entre los brazos un niño y le daba de comer. Cuando el stanovoi fué á su aldea para llevarse á un joven que debía prestar servicio militar, los aldeanos se habían opuesto á ello diciendo que era una cosa contraria á las leyes, y deteniendo al stanovoi impidieron la marcha del conscripto: aquella mujer, tía del joven, había sido una de las más encarnizadas, atreviéndose á detener por la brida el caballo del funcionario. Por tal delito estaba en la prisión. La otra, una viejecita de mediana estatura, con el pelo blanco y la espalda doblada, estaba en la otra extremidad de la sala, cerca de la estufa y fingía reñir á un niño de cuatro años que corría á su alrededor en camisa, repitiendo siempre las mismas palabras entre alegres carcajadas:

—¿A qué no me atrapas? ¿A qué no me atrapas?

La viejecita acusada de haber pegado fuego á una granja junto con su hijo soportaba con resignación su estancia en la cárcel, y únicamente la afligía el recuerdo de su hijo que estaba en la cárcel también, y de su marido anciano que, sin los cuidados de nadie, pues la nuera se había escapado, debía estar en su casa lleno de inmundicia.

Cerca de la ventana, otras cuatro mujeres, aproximándose á la reja, conversaban con los detenidos que pasaban por el patio. Una de ellas que estaba en la prisión por hurto, era una mujerona de cabellos rojos, de carnes flácidas y colgantes, con la cara pálida y amarillenta, que con voz ronca y destemplada, soltaba de continuo palabras soeces. Al lado suyo había una mujer que parecía una niña de diez años, que reía continuamente de lo que veía en el patio. Tenía negros los ojos, que brillaban en su rostro pecoso, y por su elegancia la llamaban Choroschavka—la Bonita,—y fué condenada por hurto é incendio. Detrás de ella había una mujer alta, delgada, en cinta, con un vientre enorme y un aspecto que daba compasión, cubierta con una camisa sucia y asquerosa. Esta, acusada de encubridora de hurtos, no decía palabra, pero sonreía con complacencia, mirando con curiosidad lo que ocurría en el patio.

La cuarta era una aldeana de mediana estatura, con los ojos saltones y el rostro bondadoso, detenida por contravenir á la ley que prohíbe vender vino en el campo. Miraba también por la ventana, como las demás, pero sin decir nada y sin cesar un instante de hacer calceta. Tenía junto á si dos hijos, el niño que jugaba con la viejecita y una niña de siete años, rubia y esbelta que escuchaba atentamente, con los ojos muy abiertos, las blasfemias que la mujerona decía á los hombres, repitiéndolas luego en voz baja, como para imprimirlas en la memoria.

La última era una presa alta, bien formada, con el pelo rizado y los ojos hermosos; era hija de un diácono y había ahogado á su hijo en un pozo. Sin fijarse en nada de lo que ocurría á su alrededor, iba de un lado para otro de la sala á grandes pasos, descalza, con una camisa gris y sucia, atenta tan sólo á su pensamiento.

XXXI

Cuando se oyó el ruido del cerrojo y la Máslova entró en la sala común, todas se volvieron hacia ella; hasta la hija del diácono se paró un momento frunciendo el entrecejo; luego, sin proferir palabra, volvió á emprender sus paseos con paso largo y firme.

La Korablova cesó en su costura y miró á la muchacha con muda interrogación A través de los cristales de sus lentes.

—¿Cómo?¿Has vuelto?]Yo que creía que serías absuelta!

—Y se quitó los anteojos y dejó su labor sobre la cama.

—Todas creíamos que te absolverían, chica,—dijo la guardavía.— Parece que Dios lo ha dispuesto de otra manera.

—¿Te han condenado?—preguntó Fedossia con tierna compasión, mirando á la Máslova con sus ojos azules de niña.

Y su rostro se nubló y le temblaron los labios como si fuera á llorar.

Máslova no contestó palabra: se fué hacia á su sitio, al lado del de la Korablova, y se sentó.

—Quizá ni siquiera has comido,—dijo la Fedossia acercándose.

Tampoco contestó la Máslova. Sacó el pan del bolsillo y lo dejó sobre la almohada; se quitó la blusa empolvada y el pañolito de la cabeza.

La viejecita jorobada que jugaba con el muchacho, se acercó á su vez.

—¡Chist!—dijo al muchacho que miraba el pan con ojos codiciosos.

Después de todo lo que había sufrido durante todo el día, la muchacha al verse rodeada de rostros amigos que la miraban con cariño, sintió formarse un nudo en su garganta y aunque hizo

esfuerzos para contener el llanto, no pudo evitarlo, y rompió en amargos sollozos.

—Ya te había dicho yo que tomaras un buen defensor y así hubieses salido libre.

La Máslova no pudo contestar. Sollozando sacó los cigarrillos del pan y los alargó á la Korablova, la cual, sacó uno de la cajetilla, lo encendió, y se lo alargó á la Máslova.

Esta, sin dejar de sollozar, aspiró con delicia el humo del tabaco. Después con voz alterada, profirió:

—¡Trabajos forzados!

—¿No temen á Dios esos asesinos?—exclamó Korablova.—
¡Condenar á una inocente!

En aquel instante sonaron carcajadas entre las mujeres que miraban al patio por la reja. Hasta la niña reía, y su risa argentina se mezclaba con la risa gutural y cascada de las viejas.

—¡Ah, canalla! ¿Qué demonios hace ahora?—exclamó la mujer peliroja riendo á carcajadas; y pegándose contra la reja, profirió palabras obscenas é insensatas.

—¡Anda, estúpida! ¡vaya un modo de reirse!—dijo la Korablova, y volviéndose hacia la Máslova, preguntó:

—¿Cuántos años?

—Cuatro.

Y las lágrimas que corrían abundantes de sus ojos, mojaban el cigarrillo. Lo tiró con furia y tomó otro. La guardavía lo recogió y lo guardó.

—A lo que se vé,—dijo,—hacen lo que quieren.

Y siguió hablando sin tregua en voz baja.

Las demás mujeres se habían apartado de la ventana y acercádose á la Máslova. La primera fué la vendedora de vino con su chiquilla.

—¿Por qué tanta severidad?—preguntó, sin dejar de hacer calceta.

—Porque no hubo dinero. Con dinero se hace lo que se quiere. Aquel de la nariz remangada es capaz de sacar seco del agua á uno que se ahoga.

—¡Ya!—intervino la Choroschavka,—pero ese por menos de mil rublos no te escucha siquiera.

—Se vé que era tu destino,—afirmó la viejecita.—Imaginar que después de haber robado la mujer á otro han encarcelado al marido, y á mí, á mi edad...—y por centésima vez volvió á contar su historia.—Se vé que de la prisión y el mendigar nadie puede estar libre.

—Siempre sucede así,—dijo la vendedora de vino, mirando la cabeza de su hija, á la que aguantó entre las rodillas mientras sus dedos ágiles se perdían entre el pelo.—¿Por qué vendes vino?... Pues no sé qué había de hacer para que mis hijos no se murieran de hambre...—Y prosiguió en su operación de busca y captura.

La Máslova, al oír la palabra vino, recordó que tenía sed.

—De buena gana bebería un trago,—dijo á la Korablova, en tanto que enjugaba sus ojos con las mangas de la camisa.

—¿Por qué no? ¿Tienes dinero?—replicó la otra.

XXXII

La Máslova sacó el dinero del pan y alargó á la Korablova el billete nuevo. Lo tomó ésta, y aunque no sabia leer creyó lo que le decía la Choroschavka, que le afirmaba tener un valor de dos rublos y medio. Luego se acercó á la estufa, que era donde escondía la botella.

Las mujeres se alejaron, y la Máslova, después de sacudir el polvo de la blusa y del pañuelo, se sentó en la cama y empezó á morder el pan.

—Te había guardado té,—dijo Fedossia tomando una tetera de hojadelata.— Ahora quizá esté frío.

La bebida estaba helada, pero la Máslova la tomó y fué bebiendo á sorbos.

—Toma, Finaska,—añadió echando un trozo de pan al niño que la miraba con avidez.

Entretanto Korablova había traído la botella de vino y el vaso. Máslova los tomó y ofreció vino á su vendedora y á Choroschavka. Las tres formaban como la aristocracia de aquel lugar, porque tenían dinero y se tenían mútuas consideraciones.

Al cabo de algunos momentos, la Máslova se reanimó y empezó el relato de lo que la habla ocurrido, remedando los ademanes y la voz del fiscal, y haciendo hincapié con preferencia sobre cuanto le había producido mayor impresión. Particularmente le había llamado la atención que todos aquellos hombres la hubiesen mirado con preferencia á ella, no tan sólo en la sala del tribunal, sino también en el cuarto de los acusados, donde algunos habían entrado expresamente.

—Hasta los soldados,—añadió,—vienen á verte. A veces entra alguno que pide una tarjeta ó cualquier otro objeto; pero se advierte que lo que quiere es mirarla á una, y entonces te devora con los ojos.

Diciendo esto sonreía levantando los ojos con admiración.

—Todos son así,—dijo la Korablova.—Son como las moscas que acuden á la miel; á todos les pasa lo mismo...

— Hasta aquí,—interrumpió la Máslova,—me ha ocurrido lo mismo. Al entrar encontré un grupo de presos que venían de la estación y se me han echado encima. ¡Por fortuna ha venido el vicedirector en mi auxilio! Había uno especialmente pegajoso.

—¿Qué aspecto tenía?—preguntó la Choroschavka.

—Moreno, con bigote...

—Sería él.

—¿Quién él?

—El, Ischegloff, el que acaba de pa-ar por aquí.

—¿Quién es ese Ischegloff?

—¡Cómo! ¿Uo conocéis á Ischegloff, que se ha escapado dos veces de presidio?... Ahora le han cogido de nuevo; pero no importa, se escapará tra vez. ¡Figuróos que hasta los carceleros tienen miedo de él!

La Choroschavka que distribuía las cartas á los detenidos, estaba siempre al corriente de cuanto ocurría en la prisión.

— ¡Con tanto escapar, veo que no escapa del todo!—exclamó la Korablova,—dime;—añadió, volviéndose hacía la Máslova,—¿qué ha dicho el abogado acerca del recurso contra la sentencia?

—¡No sé nada!—contestó la Máslova.

La mujer gorda y alta, de rostro amarillento, habíase acercado entretanto á las que bebían vino, y hundiendo la mano en la mata de su pelo, rojo, espeso y rizado, empezó á rascarse furiosamente la cabeza.

—Yo te lo diré, Catalina,—dijo á la Máslova.—Primeramente debes decir que no estás conforme con la sentencia, y después recurrir al abogado.

La Korablova se volvió, contestando con voz iracunda:

—¿Qué vienes á hacer aquí tú? Se conoce que has oido el vino: ya sabemos lo que tenemos que hacer sin necesidad de que tú nos lo enseñes.

—No hablo contigo, cállate.

—¡Oidla! ¿Quieres ó no vino?

—Bueno, dale también á ella,—dijo la Máslova, dispuesta siempre á compartir con los otros lo que tenía.

—¡Tonta!... ¡Le daré lo que necesita!

La pelirroja empezó á resoplar contra la Korablova.

— ¡Ya sabes que no te tengo miedo!

—¡Asquerosa! ¡Carne de galera!

—Lo dirás por tí.

—¡Mala sangre!

—¿A mí, á mí esto? Tú sí que eres una asesina,—gritó la mujerona furiosa.

—Apártate, te digo,—exclamó la Korablova amenazadora.

Pero la otra se acercaba más y más, y la Korablova le dió un empujón en mitad del pecho, gordo y plácido. Esto es lo que parecía esperar la otra, pues con un ademán rápido le cogió el pelo, tratando de abofetearla con la otra mano; la Korablova se la cogió con fuerza, y durante algunos minutos pugnaron las dos por derribarse. Máslova y Chorohevka trataban de librar el pelo de su compañera; pero la otra apretaba de firme. Sólo un momento soltó la trenza, pero fué para arrollarla más estrechamente alrededor de la muñeca, en tanto que la Korablova, con la cabeza baja, pegaba á su adversaria y trataba de morderle la mano. Las mujeres se habían agrupado en torno de las dos combatientes, y trataban de separarlas, lanzando agudos gritos; hasta la tísica, sacudida por un golpe de tos, miraba á las que se peleaban. Los niños lloraban y se apretaban unos contra otros asustados. De repente comparecieron los carceleros atraídos por el escándalo. Las contendientes fueron separadas; y entonces la Korablova, arreglándose el pelo desgreñado, y la otra, tratando de ocultar el pecho que se vela por la camisa desgarrada, empezaron á gritar, á dar explicaciones, á quejarse.

—SI, si, sé perfectamente que la causa de todo es el vino y mañana se lo diré al director, que os castigará,—decía la llavera.—No tengo tiempo de escuchar vuestras historias. ¡Cada cual á su sitio y silencio!

Pero el silencio tardó en restablecerse. Las dos mujeres siguieron blasfemando, y ambas se achacaban mutuamente la culpa de la riña. Al cabo se aquietaron y salieron los carceleros.

La viejecita se arrodilló entonces ante el icono y empezó á rezar sus oraciones.

—Ya dos mujerotas de galera se han pegado,—empezó de repente desde el otro extremo de la cama la pelirroja, con su voz ronca, acompañando cada palabra con una horrenda blasfemia.

—Mira que te rompo la cabeza,—replicó Korablova, blasfemando á su vez.

Durante un instante callaron.

—Si no me hubiesen detenido la arranco los ojos,—continuó la primera, á la que Korablova contestó en el mismo tono.

Al cabo se calmaron las dos mujeres y todo permaneció en silencio.

La mayoría se habían acostado y algunas murmuraban entre dientes. Sólo la viejecilla rezaba, y la hija del diácono pasaba por la sala.

La Máslova no dormía. Pensaba que era una mujer de galeras, que ya dos veces la habían llamado así, y aquel pensamiento le parecía atroz. La Korablova, que le daba la espalda, se volvió hacia ella.

—No lo habría pensado nunca,—dijo la Máslova en voz baja.— ¡Pensar que hay otras que salen bien libradas y que, yo siendo inocente, he sido condenada!

—No te asustes,—decía la Korablova consolándola.— En Siberia también hay gente y podrás arreglarte.

—Sí, sí, me arreglaré; pero entre tanto sufriré mucho, pues estaba acostumbrada á una vida cómoda. ¡No merecía yo parecida suerte!

—No se puede ir contra la voluntad de Dios,-dijo la otra.—El es quien lo dispone todo.

—Ya lo sé, pero cuesta mucho resignarse.

—¡Oye á aquella simple!—hizo la Korablova, llamando la atención de la Máslova, hacía unos sollozos que se oían al otro extremo de la cama común.

La pelirroja lloraba. La habían insultado y pegado, sin poder obtener una gota de aquel vino que deseaba tanto!... Siempre en su camino había hallado burlas, blasfemias, injurias, golpes... Quiso confortarse evocando la memoria de su primer amor con Jedka Molodonkoff, un obrero joven; pero de repente recordó como había terminado aquel amor la noche terrible en que Molodonkoff, borracho, le había lanzado, por broma, un vaso de vitriolo, riendo descompasadamente con los amigos, en tanto que ella se retorció á impulsos del dolor... Y aquel recuerdo le produjo una gran piedad hacia sí misma, hizo que se sintiera abandonada y prorrumpió en amargo llanto, como un niño, quejándose y tragándose sus lágrimas amargas...

—¡Pobrecita!—exclamó la Máslova,—ida lástima!

—Sí, que da lástima; pero por lo menos, que /espete á los otros.

XXXIII

Al despertar al día siguiente, Neklindoff sintió la impresión de que en su existencia había ocurrido algo muy grave, y antes de recordar siquiera lo que era, comprendió que sólo podía ser un

acontecimiento noble y profundo; Katuscha, el juicio, la necesidad de decir en lo sucesivo la verdad entera y de romper con toda mentira.

Por extraña combinación, aquella misma mañana llegó la carta que Neklindoff esperaba con tanta impaciencia y de la que tenía ahora más necesidad que nunca. María Vassilievna le devolvía su libertad y le deseaba felicidad completa en el matrimonio que consideraba próximo.

— ¡Matrimonio!.— exclamó él con ironía;— ¡cuán lejos estoy de ello!

Recordó lo que se propusiera la víspera: revelar su culpa al marido y ofrecerle una reparación. Pero, pensándolo mejor, no le parecía natural aquello.

— ¿Para qué hacer infeliz á un hombre cuando no sabe nada? Si me lo pregunta, se lo confesaré todo; pero ir á decírselo expresamente, es inútil.

También pensó que no era fácil hablar sinceramente á Missy. Creyó que lo más prudente era no ir á casa los Korchaghin, y decir la verdad cuando le interrogaran.

Con Katuscha debía ser todo muy claro y definido.

— Iré á verla á la cárcel, la rogaré que me perdone, y si es preciso me casaré con ella;— pensaba, y aquella idea de sacrificarse, de casarse á fin de dar satisfacción moral al deber, le conmovía.

Desde hacía mucho tiempo, Neklindoff no había empezado un día con tanto valor de ánimo. Explicó á Agripina Petrovna que en lo sucesivo no tenía ya necesidad ni de aquella casa ni de sus servicios. Si continuaba viviendo en aquella casa tan grande, era porque debía casarse; ahora, declarando que no quería habitarla, daba á comprender que renunciaba al matrimonio.

La anciana ama de llaves la miró con estrañeza.

—Os doy gracias por los servicios que me habéis prestado, pero no necesito ni tantos criados ni un palacio como éste. Deseo que arregléis mi ropa y después Natascha—era la hermana de Neklindoff,—os dará las órdenes oportunas.

Agripina Petrovna movió la cabeza.

—¡No necesitáis nada más?

—No, nada. Tened la bondad de decir á Kornei que, aunque le he anticipado dos meses de sueldo, está libre desde este momento.

—¿Lo habéis pensado bien, Dimitri Ivanovitch? Si vais al extranjero, al volver, bien necesitaréis una casa.

—No habéis comprendido. No voy al extranjero.

De repente se ruborizó hasta la raíz del pelo.

—Es preciso que se lo diga todo,—pensaba.—Es inútil callar. ¡Precisa una confesión completa!...

—Me ha sucedido,—empezó hablando en alta voz,—un caso muy grave y extraño. ¿Recordáis la Katuscha de mi tía María Ivanovna?

—Si, yo la enseñé á coser.

—Pues ayer estuvo procesada en el tribunal, y yo era uno de los jurados.

—¡Ah, Dios mío! ¡Pobrecita! ¿De qué la acusaban?

—De homicidio. ¡Yo tengo la culpa!

—¿Cómo la culpa?... ¡Es muy extraño lo que decís!— Por sus viejos ojos pasó como una luz vivísima: conocía la historia de la Kautischa.

—Sí, sí, la causa de todo soy yo; esto es lo que cambia por completo mi porvenir.

—No comprendo qué tenga que ver eso con vuestra vida,—dijo Agripina, conteniendo una sonrisa.

—Ya que yo tengo la culpa de que haya llegado á tal estado, debo hacer lo posible para socorrerla.

—Esto depende de vuestra buena voluntad; pero gran parte de lo que ha ocurrido no es culpa vuestra. No debéis apesadumbraros por ello; hace tiempo que se apartó del buen camino. ¿Quién tuvo la culpa?—concluyó con gravedad.

—Yo, y por eso quiero repararla.

—En cuanto á eso, creo que será difícil.

—También lo creo yo; pero de todos modos trataré de lograrlo. En cuanto á vos, ya sabéis lo que dispuso mi madre...

—No pienso en mi. La difunta princesa fué tan generosa conmigo, que no necesito nada... Mi sobrina me ha llamado ya varias veces á su lado; iré á vivir con ella. Pero creed que hacéis mal en tomároslo tan á pecho; si no hubiera sido con voz, hubiera sido con otro.

—Yo lo creo de otro modo. Arreglad la ropa y no me sermoneéis... Os doy gracias por todo.

Desde que Neklindoff comprendiera que llevaba una vida inmoral y se inspiraba desprecio á sí mismo, sentía por Agripina y por Kornei grande estima y afecto; hubiese querido confesar su culpa también á Kornei; pero no se atrevió á hacerlo.

Yendo hacia el tribunal, conducido por el mismo cochero, á través de las mismas calles, Neklindoff se sentía un hombre completamente distinto del día antes.

Su matrimonio con Missy le parecía imposible. Ayer le parecía que la princesa hubiese sido felicísima; ahora se reputaba indigno, no sólo de casarse con ella, sino de estar á su lado.

—Si me hubiese conocido á fondo, ni siquiera hubiese consentido en recibirme. ¿Cómo podría ser feliz ni estar tranquilo siquiera pensando que Katuscha está en la cárcel y que mañana ú otro día irá á presidio? Y en tanto que esa infeliz, caída en el abismo por mi

culpa, sufriría en Siberia, yo me divertiría con una mujer joven ó votaría en la asamblea al lado del mariscal de la nobleza, á quien he engañado de un modo indigno. No, no, es imposible. Voy á hablar con el abogado y después, después la veré, la hablaré y haré que me perdone.

Al pensar que tenía que volver á verla, que le confesaría sus faltas, que le prometería repararlas en lo posible y casarse con ella, se sentía conmovido hasta lo indecible.

XXXIV

Al llegar al tribunal, Neklindoff halló en el corredor al ujier y le preguntó dónde podían verse los presos ya condenados. El ujier contestó que estaban en diversas prisiones y que antes de que se decidiera definitivamente acerca de su suerte, sólo el fiscal general podía otorgar permiso para verles.

—Os acompañaré yo mismo después de la sesión,— dijo;—ahora no se puede ver al fiscal.

Neklindoff dió las gracias al ujier y estaba para entrar en la sala de los Jurados cuando salieron los otros, dirigiéndose hacia la sala del tribunal.

El mercader de la cara plácida, que habla comido bien y bebido mejor, como de costumbre, saludó á Neklindoff como á un viejo amigo; hasta Pedro Gerassimovitch no despertó la antipatía que inspiraba al príncipe por su familiaridad habitual.

Neklindoff hubiese querido revelar á los Jurados las relaciones que tuvo con la acusada del día anterior.

—Ayer,—pensaba, — debía levantarme y confesar mi culpa ante el público.

Pero cuando en la vasta sala entraron los tres magistrados, el sacerdote, los guardias, los Jurados que sesentaron majestuosamente, sintió un recogimiento grave y solemne, y comprendió que ni el día anterior se hubiese podido atrever á turbar aquella majestad, aquellas funciones augustas.

Después del juramento de los Jurados y de la arenga del presidente, Neklindoff asistió á las mismas formalidades preliminares. Se trataba de un hurto. El acusado, joven de veinte años, delgaducho, estrecho de hombros y con el rostro anémico, estaba sentado en el banquillo, entre dos soldados con el sable desenvainado y miraba á hurtadillas á los que encontraban. La acusación decía que junto con un compañero habia descerrajado la puerta de un almacén y robado por valor de rublos 3'75. Resultaba que el gorodovoy,—agente de policía,—había sorprendido al acusado y á su cómplice; que ni uno ni otro negaron, que los dos fueron arrestados; el cómplice había muerto y ahora sólo se juzgaba al joven. Sobre la mesa, como pruebas materiales, estaban los objetos robados.

Los debates seguían el mismo curso que el día anterior: las pruebas, los peritajes, los juramentos, los testigos, los interrogatorios. El gorodovoy contestó á todas las preguntas del presidente, del fiscal y del defensor con respuestas breves:

—Sí, señor; no señor; no lo sé; eso es.

Evidentemente sentía piedad por el acusado y no quería agravar su situación.

El otro testigo, un viejecillo bilioso, propietario del almacén, al ser preguntado si los objetos presentes eran suyos, contestó que sí de mala gana. Cuando el fiscal le preguntó si tenían importancia para él, prorrumpió así:

—¡Maldito lo que me importan esas cosas! Si hubiese sabido que me tenían que dar tantos quebraderos de cabeza, no sólo no me

hubiera quejado, sino que hubiese pagado algo para evitarme tantas molestias. He gastado ya cinco rublos en coches y además estoy enfermo: padezco de una hernia y tengo reumatismo.

El acusado lo confesaba todo, hablando en voz baja y mirando alrededor como una bestezuela caída en una trampa, con ojos sin expresión.

El hecho era muy claro; pero el fiscal, como el día antes hacía preguntas sugestivas como si se tratara de sorprender en contradicción á un culpable muy temible. Luego, en la requisitoria, sostuvo que el hurto se cumplió en lugar habitado y con fractura, circunstancias por las cuales el acusado merecía una condena severísima. El defensor combatía los argumentos del fiscal y sin negar el delito decía que el culpable no constituía para la sociedad el peligro que aseguraba el acusador. El presidente, que representaba la imparcialidad y la justicia, explicó á los jurados lo que ya sabían y lo que no podían saber. Del mismo modo que el día antes había intervalos en la sesión, se fumaba, el ujier anunciaba en voz alta la entrada del tribunal y los guardias estaban sentados, tratando de sacudir el sueño.

Según se desprendía del proceso, el acusado había sido puesto por su padre en una fábrica de tabaco, donde permaneció cinco años, siendo despedido al cabo de ellos por algunas diferencias surgidas entre el principal y varios operarios. Al encontrarse sin ocupación, se arrastró por las tabernas, gastando el poco dinero que tenía; en una hostería conoció á su cómplice y los dos, embriagados, habían descerrajado la puerta de un almacén, tomando los primeros objetos que encontraron. Ahora este muchacho debía ser considerado como un sér peligroso para la sociedad.

—Sí, es un sér peligroso,— pensaba Neklindoff,—como la acusada de ayer. Estos son peligrosos; ¿qué somos nosotros entonces? ¿Qué soy yo, libertino y seductor, y toda esta sociedad que sabiéndome tal, no solamente no me desprecia, sino que tiene conmigo toda clase de consideraciones y me estima?

Aparecía claramente que el acusado no era un delincuente excepcional, sinó un pobre hombre que hurtó porque las circunstancias le impulsaron á ello. Resultaba también de un modo claro que para evitar casos parecidos era preciso suprimir las circunstancias que los engendraban,

esas circunstancias que se llaman necesidad, ignorancia, miseria.

—Hubiese bastado, pensaba Neklindoff mirando el rostro pálido y miedoso del muchacho,—que un hombre hubiese sentido compasión por este infeliz y hubiese ido en su auxilio. Hubiera bastado que cuando después de doce horas de trabajo, se bebía su jornal en la taberna con compañeros de más edad que él, un hombre le hubiese dicho:

—¡No vayas á la taberna, haces mal! El joven se hubiese abstenido y ahora no estaría ante nosotros.

Pero no había aparecido jamás ese hombre benéfico, en tanto que trabajaba como un negro. Lo que habla aprendido entre sus compañeros es que se tiene por listo, aquel que sabe beber y blasfemar, y mentir al prójimo. Y cuando enfermizo y corrompido, vagando sin dinero por la ciudad, sin ocupación ninguna, habíase apoderado de unos trastos viejos, la sociedad, para enmendarle, le castigaba. ¡Era una cosa abominable!

Absorto en tal pensamiento, Neklindoff no seguía siquiera las fases del proceso, aquellos hechos que pasaban ante los ojos de su espíritu, le disgustaban. Y le maravillaba que antes no lo hubiese advertido, que no lo advirtieran los otros.

XXXV

Apenas suspendida la sesión por unos instantes, Neklindoff salió al corredor decidido á no poner de nuevo los pies en la sala. Que hicieran del infeliz lo que quisieran; pero de ninguna manera quería prestarse á tomar parte en tal comedia.

Se informó de donde estaba el despacho del fiscal y se dirigió allí. El portero no le quería dejar franco el paso, afirmando que estaba muy ocupado; pero Neklindoff le apartó y dirigiéndose á un empleado le expuso su pretención. El título de príncipe y el elegante traje de Neklindoff hicieron efecto, y pasó.

El fiscal estaba en pie, disgustado por la insistencia del príncipe.

—¿Qué deseáis?—preguntó con tono severo.

—Soy jurado; me llamo Neklindoff y es absolutamente preciso que vea á la Máslova,—replicó rápidamente ruborizándose, y comprendiendo que cumplía una acción de decisiva influencia en su vida.

El procurador era un hombre moreno, de mediana estatura ojos vivos y pelo y barba espesos.

—¿Máslova? Sí, la conozco... Está acusada de envenenamiento. ¿Y por qué deseáis verla?—dijo con calma, y luego, para corregir la aspereza de sus palabras, añadió: —No puedo dar permiso sin conocer el motivo de vuestra petición.

—Debo verla para un asunto que me interesa mucho,— replicó ruborizándose más.

—¿Pero, ha sido ó no condenada?

—Sí; fué condenada á cuatro años de trabajos forzados, y es inocente.

—¿Si?—repuso el fiscal sin parar mientes en lo que de la inocencia de la Máslova decía Neklindoff.—Si se la condenó ayer, debe estar en la cárcel provisional y allí se permite ver á los detenidos. Os aconsejo, pues, que vayáis allí.

—Es que necesito verla pronto.

—¿Y por qué necesitáis verla?

—Porque ha sido condenada á trabajos forzados siendo inocente. Yo sólo soy el culpable.

—¿Cómo es eso?

—Yo la seduje y la he llevado á la abyección en que vive. Sin mi falta no se hallaría en tal situación.

—No comprendo, qué tenga qué ver eso con la entrevista que solicitáis.

— Quiero seguirla y... casarme con ella.—Y como siempre al hablar de su resolución, se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿De veras?—dijo el fiscal.—Es un caso singular. Si no estoy equivocado, sois consejero de la ciudad de Krasnopiorsch,—añadió, acordándose de haber oído hablar de Neklindoff que ahora le decía una cosa tan rara.

—Dispensad, creo que esto no tiene ninguna relación con mi petición,—replicó Neklindoff impacientándose.

—Es verdad,—contestó el fiscal sin inmutarse y casi sonriendo.— Pero vuestro deseo es tan extravagante, se aparta tanto de lo vulgar y corriente...

—¿Tendré el permiso?

—Sí; ahora lo escribiré. Sentáos, os lo ruego.

Y acercándose á la mesa empezó á escribir.

Neklindoff permaneció de pie hasta que el fiscal le entregó la carta mirándole con curiosidad.

—Debo declarar, además, que me es imposible continuar ejerciendo el cargo de jurado.

—Para esto precisa motivos plausibles.

—El motivo es que considero cada sesión del tribunal o sólo inútil, sino indigna.

—¿Sí?—replicó el fiscal sonriendo, como si aquella declaración le divirtiera.—Comprenderéis, sin embargo, que, en calidad de magistrado, no puedo estar de acuerdo con vos. Os aconsejo que esto lo declaréis al tribunal. Si éste admite la excusa, bien; sino os impondrá una multa.

— Ya lo he dicho,—afirmó Neklindoff,—y os aseguro que no vuelvo á entrar en la sala del tribunal.

—Tenía el deber de decíroslo,—repuso el fiscal inclinando la cabeza.

Apenas salió Neklindoff, entró uno de los magistrados.

—¿Quién estaba aquí?—preguntó.

—Neklindoff, ese que en el consejo de Krasnopiorsck siempre proponía extravagancias. Ahora quiere casarse con una presa condenada á trabajos forzados.

—¿Es posible?

—Me lo acaba de decir... y parecía bajo el imperio de una gran exaltación mental.

—La juventud de hoy día creo que no tiene cabal el juicio...

—Sí; pero ese no es tan joven...

—¿Sabéis que vuestro tan alabado Yvaschencoff nos ha aburrido? Habla como una taravilla.

—Es preciso hacerle callar. Es un caso de obstruccionismo.

XXXVI

Apenas salido del despacho del fiscal, Neklindoff se dirigió á la cárcel. Pero allí no estaba la Máslova y el director le explicó que debía estar en la cárcel vieja donde estaban los condenados á destierro.

Catalina Máslova estaba con efecto, en la cárcel vieja. Entre las dos prisiones había un largo trecho; así es que Neklindoff aún cuando no perdió un minuto de tiempo, llegó después del mediodía. Quiso acercarse á la puerta del edificio alzó y sombrío; pero el centinela no lo permitió y tocó una campanilla. Apareció un llavero á quien Neklindoff enseñó su permiso; pero el llavero rehusó dejarle entrar sin consentimiento del director y Neklindoff tuvo que esperar á éste.

En tanto que subía la escalera, oyó tocar en el piano una rapsodia de Liszt.

Neklindoff preguntó á la criada si el director estaba en casa y le dijo que no.

—¿Cuándo estará?

—Voy á preguntarlo.

Calló el piano y se oyó una voz agria que decía:

—No está ni estará en todo el día. Decídselo al que pregunta.

Principió de nuevo la rapsodia; pero luego calló el piano, se oyó remover una silla y paréció que la pianista se

aprestara á salir para saber quien era que á tales horas llamaba.

—Papá está fuera,—empezó á decir con voz ágría una señorita fea y paliducha. Pero al ver á un joven elegante se humanizó.

—Pasad, si lo deseáis. ¿Qué queréis?

—Quisiera ver á una presa; el fiscal me ha dado permiso.

—¡Ah! de esto no sé nada,—contestó la joven.—Papá está fuera. Pero si queréis ver al vicedirector, le encontraréis en su despacho. ¿Queréis decirme vuestro nombre?

—Os doy muchas gracias,—replicó Neklindoff, sin contestar á la pregunta.

Apenas llegaba al final de la escalera oyó de nuevo el ruido del piano.

En el patio halló un empleado quien le dijo que teniendo permiso para la cárcel nueva no podía dejarle entrar en la vieja y que, además, la hora de visita había pasado.

—Venid mañana á las diez; es la hora de visita y además el director estará en su despacho.

Neklindoff volvió hacia su casa sin acordarse sino de Katuscha y de las conversaciones tenidas con el fiscal y los empleados. El hecho de haber procurado ver á Katuscha por todos los medios posibles, de haber manifestado su decisión el fiscal, de haber ido á las dos cárceles le había sobreexcitado los nervios, que no querían ahora calmarse.

Al llegar á su casa sacó el cuaderno de sus notas en que consignaba sus impresiones y escribió así:

«Hace dos años que no escribo nada de mi vida, porque la juzgaba una puerilidad, creo que lo es; es un diálogo entre mi conciencia y con aquel «yo» verdadero é intelectual que vive en todo hombre. Durante esos dos años, este «yo» había quedado obscurecido. Ahora ha despertado á impulso de un hecho extraordinario. El 28 de Abril, en la audiencia, en un proceso en que tomé parte como jurado, he visto en el banquillo de los acusados, con traje de presa, á mi Katuscha, aquella niña que sedujo, y, por un error mío, ha sido condenada á trabajos forzados. En este instante vengo de la cárcel y de ver al fiscal. No me la han dejado ver; pero he resuelto hablarla, pedirle perdón, expiar mi culpa hasta

con el matrimonio. ¡Dios mio! ayúdame... ¡Siento que una alegría inmensa inunda mi corazón!.»

XXXVII

Aquella misma noche, la Máslova, hundida en una cama, no podía conciliar el sueño; con los ojos muy abiertos, contemplaba tan pronto la puerta como la hija del diácono que continuaba paseando, y un tropel de pensamientos asaltaban su mente. Pensaba que no le convenía hacer caso á ningún preso; pero que debía tratar de unirse á un carcelero, á un escribano, á un empleado. ¡Las mujeres gustan tanto á todos! Lo que la horrorizaba era el pensamiento de que podía adelgazar: aquello seria su ruina.

Recordaba que en la audiencia la habían mirado de un modo complaciente todos los magistrados, los soldados, su defensor. Recordó que la Berta le dijo que un estudiante á quien quería cuando estaba con la Rosanov había ido á preguntar por ella. Se acordaba de todo y de todos, menos de Neklindoff.

La Máslova no guardaba ni un vago recuerdo de su infancia, de su juventud, de sus amores con Neklindoff. Aquellos recuerdos, que le eran más dolorosos, los tenía guardados en lo más íntimo de su alma, encerrados bajo llave para siempre y aún en sueños habría visto á Neklindoff.

Cuando en la sala del tribunal fijó en él su mirada, no le reconoció; no tanto porque el príncipe llevaba la barba y estaba bastante cambiado, sino porque jamás pensaba en él. Había sepultado todos sus recuerdos una noche negra y tremenda, cuando Neklindoff, de vuelta de la guerra, había rehusado ir á casa de sus tías.

Hasta aquella noche, en la esperanza de verle, no le causaba pena aquella criaturita que llevaba en sus entrañas. Pero después todo cambió, y aquel niño que debía nacer le parecía insoportable carga.

Aquella noche las tías esperaban á Neklindoff; pero éste había telegrafiado que no podía detenerse porque debía estar en Petersburgo el día siguiente, y Katuscha, sabiéndolo, fué á la estación para verle. Katuscha ayudó á desnudar á las solteronas y después se puso un pañuelo en la cabeza, tomó consigo una niña, hija de la Maska, la vieja cocinera, y se fué á la estación, donde á las dos de la madrugada debía estar el tren que conducía á Neklindoff.

Era una noche tempestuosa de otoño; soplaba fuertemente el cierzo y la lluvia caía en gruesas gotas. La obscuridad era tan grande que ni el suelo se veía. Katuscha, aun cuando conocía muy bien el camino, se extravió en el bosque, oscuro como boca de lobo. Cuando llegó á la estación, el tren iba ya á marchar. La campana había dado dos toques.

Al llegar al andén, Katuscha vió al príncipe de pie en un vagón de primera clase. En el departamento, iluminado por una luz muy viva, dos oficiales jugaban á cartas. Neklindoff, apoyado en uno de los sillones, con la camisa muy blanca y pantalones de caballería, reía estrepitosamente. Katuscha llamó á los cristales con sus dedos rígidos por el frío; pero en aquel momento sonó de nuevo la campana y se movieron los coches. La joven llamó de nuevo y se acercó á la ventanilla; pero el vagón huía y Katuscha empezó á andar de prisa para atraparlo. Uno de los oficiales trataba de bajar el cristal y no consiguiéndolo, Neklindoff se acercó á la ventanilla.

El tren había acelerado su marcha y aunque Katuscha corría para ver de nuevo al príncipe, los coches de primera estaban ya lejos y por su lado avanzaban y desaparecían los de segunda y tercera clase, á pesar de que ella no cesaba de correr. De repente salió del andén cubierto y una ráfaga de viento le arrancó el pañuelo de la cabeza y le pegó las sayas á las piernas.

— ¡Tía Mikailovna! ¡Tía Mikailovna!— gritábala muchacha siguiéndola de lejos,—habéis perdido el pañuelo.

Katiuscha se paró bruscamente, volvió hacia atrás la cabeza y prorrumpió en amargo llanto.

—¡Se va!—gritó.

El, sentado en una poltrona de terciopelo, en un vagón elegante y bien iluminado, bromeaba y bebía, ella, en cambio, abandonada en mitad de las tinieblas, bajo el viento y la lluvia, illoraba, lloraba! A tal pensamiento se tiró al suelo y sollozaba tan desesperadamente, que la niña asustada, le suplicó:

—¡Tía, vamos á casa!

Katiuscha no contestaba. Estaba resuelta.

—Cuando venga otro tren,—pensaba,—me echo bajo la máquina, y ¡asi acaba todo!...

De repente sintió removerse algo en sus entrañas. Era él, el niño, su niño; y por él olvidó cuanto la atormentaba un momento antes, su odio contra el príncipe, su deseo de vengarse de él matándose.

Tranquilizada, se puso de nuevo el pañuelo y, cansada y angustiada, se fué hacia casa, con el vestido chorreando y manchado de barro.

Desde entonces empezó en su ánimo la transformación que debía traerla á la situación en que se hallaba.

Primero había tenido fe en Dios, en cuanto la tienen los demás, pero desde aquella noche cesó de creer en Dios, no comprendió que ninguno creyera, y pensó que cuanto se decía de El y de sus leyes era engaño é injusticia. ¡Neklindoff que la amaba, de quien sabía que era amada, se burlaba de sus sentimientos!... ¡Y Neklindoff era mejor que los demás hombres que ella conocía!... ¡Cómo serían los otros!

Los demás acontecimientos la confirmaron en tal creencia. Las solteronas la echaban de casa cuando no servía para bestia de

carga; las demás personas la habían tratado sin compasión. Las mujeres se aprovecharon de ella para ganar dinero; los hombres, desde el viejo stanovoi al carcelero, la consideraron como instrumento de placer. Ninguno la quería para otra cosa. De aquello la persuadió el viejo escritor que conociera poco después de su caída. Solía decir que el placer era la felicidad, la estética, la poesía de la vida. Cada cual vivía para sí mismo y para la consecución del propio placer, y Dios y el bien eran vanas palabras.

Cuando alguna vea se preguntaba por qué existía tanto mal en la tierra, por qué todos hacían mal á los demás, por qué era tan universal el padecimiento, se respondía á sí misma que todo aquello eran pensamientos molestos y que era preciso suprimirlos. Bebiendo y fumando se olvidan todas las supersticiones.

XXXVIII

Al día siguiente, era domingo, cuando á las cinco de la mañana resonó en el departamento de las mujeres el acostumbrado silbido, la Korablova despertó á la Máslova.

—¡Mujer de galera!—pensó esta con terror, restregándose los ojos y respirando con fatiga el aire pesado y fétido. Quería dormirse de nuevo; pero el miedo venció al sueño. Se puso en pie, se sentó después á la orilla de la cama y miró á su alrededor.

Las mujeres estaban todas levantadas. Unicamente dormían los niños. La vendedora de vino se vestía procurando no despertar á los niños. La tísica, apretándose las manos contra el pecho, con el rostro amarillado, tosía de un modo horrible, y en los momentos de respiro se quejaba casi á gritos. La pelirroja contaba alegremente un sueño que había tenido. La viejecita, de pie ante la imagen santa, murmuraba sus plegarias. La hija del diácono, sentada en la cama,

miraba en torno con los ojos aún cargados de sueño. La Koroschavka se arreglaba su pelo negro grasiento.

Resonaron pasos en el corredor; fué quitado el cerrojo, con gran estrépito y entraron dos carceleros con pantalones grises muy cortos que quitaron el cubo fétido de la sala.

Las mujeres habían salido al corredor para lavarse. Pero allí la pelirroja y otra mujer salida de otra cuadra se enzarzaron y de nuevo resonaron blasfemias, golpes y quejas.

—¿Quieres callar?—gritó un llavero dando una puñada tan fuerte sobre la espalda gorda y desnuda de la roja, que resonó por el corredor.—¡Ya verás si te oigo otra vez!

—Estás de broma, viejo demonio,—contestó la mujerona.

—¡Pronto, pronto! A arreglarse para la misa.

La Máslova tuvo apenas tiempo de peinarse. Apareció el director acompañado de un carcelero.

—¡Contestad á la lista!—gritó un empleado.

De las otras cuadras habían salido las demás presas. Formaron en dos filas á lo largo del corredor. No faltaba ninguna. Una de las llaveras las acompañó á la capilla.

La Máslova y Fedossia estaban en el centro de la columna formada por más de cien mujeres. Todas llevaban pañolito blanco en la cabeza y tenían de igual color la blusa y las sayas; sólo de cuando en cuando se vela un vestido de color distinto; eran las mujeres que habían ido á ver á sus maridos. Al dar la vuelta á un corredor la Máslova se encontró con la cara repugnante de su enemiga, la Botchkova, y la señaló á Fedossia.

Bajada que fué la escalera, entraron las mujeres en la iglesia, persignándose. Se sentaron en los bancos de la izquierda, apretándose unas contra otras. Luego entraron los presos destinados á ir á Siberia, que se colocaron á la derecha.

La capilla recién construida y muy adornada, gracias á la munificencia de un comerciante que se gastó muchos miles de rublos, resplandecía como una ascua de oro.

Durante unos momentos no se oyó sino ruido de toses, de gente que se sonaba, gritos de niños y de cuando en cuando ruido de cadenas. De repente los carceleros se acercaron unos á otros formando dos filas, por entre las que pasó el director, que se colocó delante de todos.

Empezaba la función sacra.

XXXIX

El sacerdote se puso una especie de sobrevesta muy incómoda, de una tela de brocado muy gruesa. Cortó después en muchos pedacitos un pan que colocaba sobre un plato; después en tanto que rezaba en voz baja, echaba pedacitos en un cáliz. Entre tanto el diácono leía y rezaba sin perder momento, en un slavo casi incomprendible. Se advertía en seguida que la mayoría de las plegarias eran invocaciones al cielo en favor del Czar y de la familia imperial.

Después el diácono leyó algunos versículos del Libro de los Apóstoles, con voz tan extraña y ronca, que no se entendía una palabra. El sacerdote leyó luego el Evangelio del día con voz clara y distinta. Era el trozo del Evangelio de San Marcos en el que se explica como Cristo, después de resucitado, antes de ir á sentarse á la diestra de Dios Padre, se presentó á María Magdalena, luego á los once apóstoles, ordenándoles que predicasen el Evangelio á las gentes; añadiendo que aquel que no creyera se hundiría en la ruina eterna y que, en cambio, el que hubiese creído en El, se salvaría y tendría poder sobre los espíritus malignos y podría curar á los

hombres de las enfermedades, coger las serpientes, entender las lenguas nuevas, y no morir aunque tomara veneno.

Pero lo que constituía la substancia verdadera de la función sacra, era la suposición de que los trocitos de pan cortados por el sacerdote y echados en el vino pudiesen, por virtud de algunas oraciones, transformarse en el cuerpo y la sangre de Cristo. El sacerdote, con movimientos uniformes y regulares, según le permitía el saco de brocado en que estaba metido, levantaba las manos en alto: luego se arrodillaba, después besaba el altar; pero el acto esencial era hacer pasar muchas veces una servilleta sobre el cáliz y el plato. Aquel era el momento en que pan y el vino se transformaban en el cuerpo y la sangre de Cristo.

—¡A la santa, pura y bendita madre de Dios!—exclamó luego el sacerdote; y en seguida el coro, con un cántico solemne, contestó que era bello y justo tributar gloria á la que, permaneciendo virgen, había dado vida á Jesucristo, y que por eso cantaban sus alabanzas querubines y serafines.

Después de eso, la transformación podia creerse cumplida. El sacerdote sumergió de nuevo el pan en el vino y se lo puso en la boca, persuadido de que había comido un trozo de la carne de Dios, y bebido un sorbo de su sangre.

Después sosteniendo el cáliz con las manos, se volvió hacia los presentes y les invitó á comer el cuerpo y á beber la sangre de Dios.

Algunos niños se adelantaron. El sacerdote les preguntaba el nombre, les daba una cucharada del sacro manjar, y el diácono les enjugaba la boca en tanto que repetía el versículo: «Los niños comen la carne de Dios y beben su sangre.»

Después, de lo cual el sacerdote encerró el cáliz y una vez ingeridas las últimas partículas del cuerpo y de la sangre Divinas, se relamió con cuidado el bigote, se limpió los labios y con buen humor y desenvoltura bajó del altar pisando fuerte.

Pero aquella vez, á la función que terminaba se añadió otra, para consuelo de los presos. De pie, ante la aurea imagen de aquel Dios

cuya carne y sangra acababa de ingerir, entre el resplandor de muchas hachas encendidas, empezó una oración larguísima.

—Jesús mío dulcísimo; Jesús, gloria de los apóstoles, señor omnipotente; Jesús, salvación mía, mi redención, mi amor; Jesús mío bueno, sálvame por tu intercesión...

De cuando en cuando se detenía para tomar aliento, se persignaba, se inclinaba y todos los asistentes le imitaban; se inclinaban el director, los carceleros, los presos, que entrechocaban á veces sus cadenas. Luego añadía, invocando siempre á Cristo:— Jesús mío bueno, Jesús mío fortísimo, Jesús mío glorioso.—y aquel nombre de Jesús, tantas veces repetido, le salía como un silbido de entre los labios. Al final del versículo arremangaba las vestiduras forradas de seda y se arrodillaba y tocaba con la frente al suelo, mientras el coro, arrodillado, repetía las últimas palabras: —¡Jesús, hijo de Dios, sálvame! Luego todos se levantaban, y los hombres, con un movimiento brusco echaban hacia atrás los cabellos que les caían sobre la frente, con un ruido sombrío de cadenas, que atormentaban los jarretes de los pies descarnados.

Así continuó mucho rato. Había terminado el rezo que concluía con la palabra «sálvame,» y ahora empezaba otro que decía «aleluya,» y así como antes debían los asistentes inclinarse una vez, ahora les tocaba inclinarse dos; por lo cual todo el mundo se alegró cuando el sacerdote cerró el libro con un suspiro de satisfacción.

Faltaba la última ceremonia. El sacerdote había tomado del altar una cruz dorada y esmaltada y llegó con ella al centro de la iglesia. Primero la besó el director, después los carceleros, por último los demás, abalanzándose unos sobre otros, insultándose y blasfemando en voz baja. Y como el director cuchicheaba con el sacerdote, éste inclinaba de cualquier modo la cruz que á veces daba en las narices de los presos, que se esforzaban sin embargo en llegar hasta ella.

De aquel modo concluyó la función cristiana que se cumplía para edificación moral de los hermanos extraviados.

XL

A nadie, empezando por el sacerdote y el director y acabando por la Máslova, se le ocurría que Jesús, cuyo nombre se escapaba sibilante de los labios del sacerdote, que lo alababa y lo invocaba por modo tan extraño, había vedado no sólo todas aquellas habladurías sin sentido, todas aquellas fórmulas y ritos sobre el pan y sobre el vino que cumplía el sacerdote, sino que había prohibido del modo más absoluto que unos llamaran maestros á los otros, había prohibido las oraciones en los templos ordenando que se rogara en la soledad; había prohibido los mismos templos diciendo que venía para destruirlos, porque hay que rogar no en los templos sino en lo más íntimo del alma; y más que todo había prohibido no sólo juzgar, encerrar y atormentar, como allí se bacía á sus semejantes, sino toda violencia, todo abuso sobre las personas, proclamando que había venido para dar libertad á los esclavos y á los oprimidos.

A nadie se le ocurría que cuanto se realizaba en aquel lugar era una befa de la religión de Cristo; que aquella cruz de oro y esmalte que el sacerdote había tomado del altar y alargaba á los infelices, no era otra cosa que la imagen del patíbulo al cual subiera el Cristo por haber prohibido todo cuanto allí se hacia en su nombre. A nadie le pasaba por las mientes que los sacerdotes comieran y bebieran realmente la carne y sangre de Dios.

Si el sacerdote podía hacer todo aquello con tranquilidad de conciencia, era porque desde la infancia le habían enseñado que aquella era la fe única y verdadera, porque había sido la fe de sus padres y antepasados. No creía que

el pan se transformara en carne ni que fuera ventajoso á la salud del alma pronunciar determinadas palabras, ni que se hubiese tragado un trozo de Dios—en esto nadie puede creer—pero tenia por seguro que era preciso creer en ello. La razón más convincente era que desde los dieciocho años sacaba de aquel oficio y de aquellas

ceremonias el dinero necesario para mantenerse y mantener á su familia.

En igual razón se fundaba la creencia del diácono, que habia olvidado hasta los fundamentos de su religión. Sabía que para cada función existe una tarifa fija, que los verdaderos cristianos pagan con alegría, y así gritaba, cantaba, rogaba, leía, convencido de que aquello era necesario para él como lo es al comerciante vender carbón, harina, patatas.

El director y los carceleros no sabían ni de lejos cuál era la esencia de la fe de Cristo ni cuál era el significado de aquellas funciones que se cumplían en la Iglesia. No trataban siquiera de inquirirlo. Sabían que se cree, que es necesario creer porque así lo hacen todas las autoridades reconocidas empezando por el Czar. Tenían la percepción vaga de que la fe cohonestaba la crueldad de sus funciones y esto les tranquilizaba. Quizás privada de aquella fe, hubiese habido muchos que no se hubiesen atrevido á atormentar á su prójimo. El director, por ejemplo, que era un hombre de carácter bondadoso, no hubiese podido perseverar en su ocupación si no hubiese tenido un auxiliar y un sostén en aquella fe. Por eso, durante la ceremonia se habla mostrado respetuoso, compungido, lleno de devoción.

Entre los presos, la mayoría comprendía que aquella fe era una hábil mentira inventada en daño de los hombres. Pero estimaba al propio tiempo que en aquel icono dorado, en aquella cruz, en aquel momento, en aquel «¡Jesús, ayúdame!» «¡Jesús, sálvame!» se encerraba un poder misterioso, desconocido, potente, capaz de dar grandes comodidades en esta vida y gran bienestar en la otra.

Cierto era que muchos de ellos habían tratado de alcanzar aquellas comodidades por medio de tales ritos y tales rezos y que no habían conseguido su objeto; pero cada uno creía ser una excepción, un caso de mala suerte, que no podía bastar para destruir aquella fe, origen de una institución admitida por los sabios y por el metropolitano [\[10\]](#)

Tal era la creencia de la Máslova. En tanto que duraba la función, sentía, como las demás, una mezcla de veneración y de aburrimiento. Al principio no se había fijado en nada, pero luego advirtió detrás del director un aldeano de barba clara y rubia—era el marido de Fedossia, el cual no apartaba los ojos de su mujer—y empezó á mirarlo y habló en voz baja con su compañera y de un modo distraído se inclinaba y se persignaba, tal como hacían las otras.

XLI

Aquella misma mañana Neklindoff se levantó temprano y salió de casa.

La ciudad parecía dormir aún. Unicamente un campesino iba de puerta en puerta con su carrito voceando con voz ronca: ¡Leche! ¡Leche! ¡Leche!

Apenas habían empezado las primeras lluvias de primavera.

En las plazas apuntaban las primeras hierbas de los jardines, los plátanos sacudían sus hojas verdes y olorosas y las ventanas de las casas se abrían de par en par al sopío de la brisa templada. En las calles, las puertas de las casas se abrían perezosamente.

En la plaza del mercado que debía atravesar Neklindoff un tropel de gente se agolpaba frente á la fila de tiendas.

Junto á las tabernas habla obreros bien ataviados y libres del acostumbrado trabajo; mujeres con pañuelos de colores vivos en la cabeza y mantillas recamadas de azabache.

Los gorodovi estaban de pie, inmóviles, á lo largo de los paseos, junto á los cuadros de verdura, por sobre los cuales, corría

alegremente una multitud de niños. Por las calles frescas y húmedas aún en la parte de la sombra, resonaba incesantemente el rodar de los carros pesados, el correr de los coches y campanillas de los tranvías, al que se mezclaba el sonido y el eco de las campanas convocando á los fieles á asistir al oficio divino, igual en un todo al que se celebraba en la capilla de la cárcel. Algunos de los que pasaban endomingados, tomaban el camino de su parroquia.

El cochero condujo á Neklindoff hasta la calle donde estaba situada la cárcel.

Cuando Neklindoff llegó, estaba aún cerrada la prisión.

Había cercana á ésta, varias casas bajas de madera, y más lejos, se erguía imponente el edificio de piedra, al cual estaba prohibido acercarse. Algunos hombres y mujeres estaban á cien pasos de distancia, llevando líos en la mano, en tanto que el centinela, con el fusil al hombro, paseaba arriba y abajo, rechazando bruscamente al que trataba de acercarse.

Cerca de las casas! de madera, un llavero con uniforme galoneado y con una libreta en la mano apuntaba los nombres de todas las personas que deseaban ver á los presos.

Neklindoff se acercó á su vez, dió el nombre de Máslova, que apuntó el carcelero, al cual preguntó por qué no dejaban entrar todavía.

—Están celebrando la misa; al acabar, ya se abrirá la puerta.

El príncipe se mezcló por entre la turba que estaba esperando.

En aquel instante, un hombre, con el traje derrotado, los pies descalzos y un sombrero lamentable, se adelantó hacia la puerta de la cárcel.

—¿Dónde vas?—gritó el centinela.

—¿Y tú, por qué gritas tanto?—respondió el hombre sin asustarse y volviendo hacia atrás.— Si no me dejas esperaré! pero es inútil que grites como si fueras un general.

Una carcajada de aprobación se escapó de entre la multitud.

La mayoría de los visitantes llevaban trajes raídos y haraposos; pero había algunas personas de aspecto muy elegante.

Al lado de Neklindoff, había un caballero bien vestido, de muy buen aspecto, que llevaba un lío de ropa blanca. El príncipe le preguntó si era la primera vez que iba á la prisión; contestó el otro que venía, regularmente, cada domingo y que iba á ver á su hermano, condenado por falsificación.

Estaba á punto de preguntar á Neklindoff el objeto de su visita, cuando su atención se fijó en dos nuevos recién llegados, un estudiante y una señorita con el rostro cubierto por un velo, que venían en un carruaje tirado por un caballo de pura raza.

El estudiante traía un gran lío, y acercándose á Neklindoff, le preguntó que debía hacer para entregar aquel pan que llevaba de limosna.

—A mi novia se le ha ocurrido esta idea. Aquella joven es mi novia. Su familia nos ha autorizado para traer esto á los presos.

Neklindoff contestóle que era la primera vez que iba y que ignoraba lo que le preguntaba. Le aconsejó que se dirigiera al carcelero.

En aquel mismo momento se abrieron de par en par las altas y férreas puertas de la prisión, y apareció un oficial, seguido de un carcelero. Tomó la libreta en que estaban apuntados los nombres de los visitantes y anunció que estaba libre la entrada.

El centinela se hizo á un lado, y la multitud, como si temiera perder tiempo, corrió hacia la puerta, empujándose y atropellándose.

Un carcelero, contaba, en alta voz, las personas que pasaban, y otro las numeraba á su vez, tocando con la mano á cada uno.

Esto se hacía para que á la salida, no pudiera quedar encerrado nadie en la cárcel ni pudiera huir ninguno de los detenidos.

Apenas pasada la puerta, había una gran sala con un nicho en el que se veía un crucifijo.

—¿Para qué esto?—se preguntó á sí mismo Neklindoff; é involuntariamente, pensó que la imagen de Cristo, más bien debía ser signo de liberación que de cárcel.

Neklindoff andaba despacio dejando pasar á los demás visitantes, y en su ánimo, se agitaba un tropel de sentimientos; sentía terror de aquellos delincuentes, y una compasión indecible hacia los que estaban encerrados en aquel triste sitio sin culpa alguna, como el muchacho del día anterior y como la Máslova; sentía también una mezcla de emoción y de temor al pensar en que iba á encontrarse con Katuscha.

En tanto que Neklindoff atravesaba la puerta de la gran sala, el director pronunció algunas palabras; pero el príncipe, absorto en sus ideas, no las oyó, y siguió el tropel de la gente que se dirigía al departamento de los hombres. Al entrar en el locutorio, sintió un rumor ensordecedor de centenares de voces que chillaban, y únicamente cuando se hubo acercado y advirtió tantas personas amontonadas junto á una reja como moscas en el azúcar, comprendió de qué se trataba.

La estancia estaba dividida por dos rejas que llegaban desde el techo al suelo; detrás de una estaban los presos, ante la otra, los visitantes, de modo que unos estaban separados de los otros, por un espacio de tres metros, por el cual, se paseaban los carceleros. Así resultaba imposible, no solamente hacer pasar ningún objeto, sino hasta verse las caras los que no tenían muy buena vista. Aquí y allá aparecían rostros pegados contra la reja; maridos, mujeres, hijos, padres y conocidos que hacían esfuerzos sobrehumanos para entenderse.

Pero á causa de la distancia, era difícil hablar, y como cada cual quería hacerse oír y la voz del vecino sofocaba la suya propia, todos gritaban á voz en cuello tratando de sobreponer la suya á la del vecino.

Al lado de Neklindoff había una vieja con un gran pañolón en la cabeza, con el rostro pegado á la reja y la barba temblorosa, que gritaba algo á un joven pálido, con la cabeza rapada, que, frunciendo el entrecejo, la escuchaba atentamente.

Cerca de la vieja, un joven aguzaba el oído para recoger las palabras de un preso que tenía el rostro demacrado por los muchos sufrimientos, y que gesticulaba y movía la cabeza.

Había también un hombre que de cuando en cuando daba un grito tremendo y reía. Al lado de éste, una mujer con un niño en brazos, sollozaba sentada en el suelo; quizá era la primera vez que veía con uniforme de preso y con la cadena al pie, á un hombre de pelo gris que estaba en frente de ella.

Detrás de la mujer, el portero con el cual había hablado Neklindoff, hablaba en voz alta con un preso calvo y de ojos relucientes que estaba al otro lado de la "reja.

Cuando Neklindoff comprendió que debía hablar en aquellas condiciones, sintió un sentimiento de rebelión contra la gente que había creado institución tan feroz, y se maravillaba de que los demás no se rebelaran. Permaneció cinco minutos en aquel cuarto, dominado por una tristeza indefinible.

Sentía que no era igual que los otros aún, y que todavía era incapaz de luchar contra la fuerza de las cosas.

—He venido con un objeto,—se dijo para reanimarse, —y es forzoso que lo logre.

Y buscando con los ojos á alguien que representara á la autoridad en aquel sitio, vió á un hombre con bigote y traje de oficial que paseaba por detrás de todos los visitantes.

—¿Podrías decirme, señor, donde están las mujeres, y cómo se hace para hablar con ellas?

—¿Buscáis el departamento de mujeres?

—Sí, señor.

—Debisteis decirlo en el vestíbulo. ¿Por quién preguntáis.

—Por Catalina Máslova.

—¿Una detenida política?

—No; es sólo...

—¿Ha sido ya juzgada?

—Sí; fué condenada hace dos días,—repuso Neklindoff con tono humilde, temiendo que su interlocutor perdiera el interés que parecía sentir por él.

Y realmente pareció que su dulzura habla conmovido al hombre terrible.

—Si queréis ir al departamento de mujeres, pasad por aquí, replicó el oficial, juzgando por el traje que Neklindoff era digno de ser atendido.

Y volviéndose, luego, hacia otro empleado, todo lleno de medallas, le dijo:

—Sindoroff, acompaña al señor al departamento de las mujeres.

En aquel instante se oyeron sollozos desgarradores junto á la reja.

Todo le parecía extraño á Neklindoff y más que todo, que debiese dar las gracias á todos los empleados de la cárcel, congraciarse con todos los ministros de aquella crueldad.

El empleado condujo á Neklindoff al locutorio de las mujeres.

XLII

Este, como el de los hombres, estaba dividido en tres partes por dos rejas; pero era mucho más pequeño y había menos número de

visitantes y de presas: sin embargo, había un alboroto casi tan grande como en el primero. En el espacio que quedaban entre las dos rejas, paseaban los llaveros y la llavera mayor, que se distinguía por su uniforme con galones en las mangas.

Como en el locutorio de los hombres todos tenían el rostro pegado á la reja, y en tanto que unos, poniéndose de puntillas, sobresalían de la cabeza de los demás para hacerse oír mejor, otros sentados en el pavimento, conversaban entre sí.

Lo que más llamaba la atención entre las presas era una gitana delgaducha, con el pelo alborotado y el pañolito puesto de cualquier modo sobre los negros rizos: estaba casi en el centro de la reja y con voz estridente y ayudándose con gestos vivacísimos trataba de hacer entender algo á un gitano con una blusa morada y una faja á la cintura.

Al lado del zíngaro había un soldado sentado en el suelo hablando con una prisionera; luego un aldeano joven, con la barba rubia y el rostro colorado por el esfuerzo de contener las lágrimas, hablaba con una presa rubia graciosa, que le contemplaba con dulzura con sus ojos azules. Eran la Fedosia y su marido. Varios hombres y varias mujeres más, de uno y del otro lado, hablaban también en voz alta ó se contemplaban en silencio.

Entre aquellas mujeres que estaban detrás de la reja, no aparecía la Máslova. Pero como enfrente de Neklindoff había una joven, y como comprendió de repente que debía ser ella, sintió palpar el corazón con violencia, y parecióle que le faltaba el aliento. El instante decisivo había llegado.

Se acercó á la reja y reconoció en seguida á la Katuscha que, de pie detrás de Fedosia, escuchaba las palabras de su compañera y sonreía. No llevaba el uniforme gris de presa, sino un corpiño blanco y ceñido que dibujaba la curva del pecho: bajo el pañolito salían dos ricillos de su pelo negro y fino.

—Hé aquí el momento en que se resuelve todo,—dijo Neklindoff.

Y se preguntaba como debía llamarla.

—Quizá se acercará ella misma,—pensó después.

Pero la Máslova no se acercaba, porque creía que iría Berta, y no imaginaba que aquel caballero estuviera allí esperándola.

—¿A. quién deseáis ver?—preguntó al príncipe uno de los carceleros.

—A Catalina Máslova,—respondió con esfuerzo.

—Máslova, un señor pregunta por tí,—gritó el caree, lero.

La Máslova se volvió, levantó la cabeza, sacó el pecho con aquella expresión de serenidad que tan bien conocía, y con una muda interrogación en los ojos, miró á Neklindoff. No lo reconoció; pero comprendiendo por el traje, que era un hombre rico, sonrió alegremente.

—¿Qué queréis?—preguntó sin dejar de sonreír y mirándole con sus ojillos vizcos.

—Quería decir...—Neklindoff titubeaba; no sabía si decirla de tú ó de vos: se decidió por lo último y prosiguió sin levantar la voz,—quería veros,, yo...

—¿Qué demonios me cuentas?—gritó á su lado un hombre.—¿Lo has tomado ó no lo has tomado?

—Está á punto de morir; está muy débil,—voceaba otro.

La Máslova no podía comprender las palabras de Neklindoff; pero en tanto que hablaba pareció que un rayo de luz atravesara su mente, trayendo á ella los recuerdos que siempre rechazaba. La sonrisa desapareció de sus labios y en su frente se marcó una arruga dolorosa.

—No oigo lo que me decís, gritó, en tanto que fruncía más el entrecejo.

—He venido...

«Cumplo mi deber; la sinceridad de mi arrepentimiento me lo impone..»—pensaba entre tanto Neklindoff; y sus ojos se llenaron

de lágrimas, formóse un nudo en su garganta, y aferrándose con las manos á las rejas, hizo un esfuerzo para contener el llanto.

—A no ser por la enfermedad, no se marcha,—gritaba entro tanto una mujer.

—Te jaro que no sé nada,—exclamaba otro.

La Máslova advirtió la emoción del príncipe y pereció conmoverse á su vez; brillaron sus ojos, y un rubor desigual apareció en las pálidas mejillas. Pero el rostro conservaba su expresión severa, y los ojos un poco vizcos, miraban siempre con atención.

—Me parece que os reconozco; pero no me acuerdo bien, —gritó.

—He venido para pedir os perdón,—profirió de repente Neklindoff con voz alta y firme, como quien pronuncia una frase largamente estudiada. Sintió vergüenza y miró á su alrededor; pero comprendió que debía sufrir aquella vergüenza que lo purificaba más y más. Continuó en alta voz:

— ¡He hecho mal, he sido un vil... perdóname!

Inmóvil, sin hablar, ella no apartaba la mirada de él. Entonces éste se apartó de la reja con un esfuerzo supremo para ocultar las lágrimas.

Entre tanto el director, que habia hecho acompañar á Neklindoff, y que evidentemente se interesaba por él, se le acercó y preguntóle por qué no hablaba con la presa.

Neklindoff se sonó para ocultar mejor su emoción, y contestó luego que era imposible hablar á través de la reja, porque no se entendía una palabra.

El director pensó algunos minutos.

—Bien, bien,—dijo,—haremos que salga un momento. María Karlovna,—dijo á una carcelera,—haced salir á la Máslova.

XLIII

Al cabo de algunos minutos apareció por una puerta lateral la Máslova, se acercó á Neklindoff, y parándose junto á él, le miró fijamente. Como dos días antes, su pelo negro caía en abundantes rizos sobre la frente, y su rostro blanco y lindo tenía una expresión dulce de gracia y de calma; de cuando en cuando sus ojos negros relucían con extraña luz bajo los párpados hinchados.

—Aquí podréis hablar,—dijo el director, que se apartó en seguida.

Neklindoff se acercó á un banco que había junto á la pared, y la Máslova, mirando al vice-director, se encogió de hombros con un gesto de estrañeza, y se sentó en el banco, al lado de él, arreglándose las sayas.

—Sé que me será difícil obtener vuestro perdón... —empezó Neklindoff; pero se interrumpió, sintiendo que las lágrimas le impedían proseguir.—Lo sé; pero si no puedo borrar lo pasado: haré cuanto me sea posible... Decid, pues.

—¿Dónde me habéis visto?—preguntó la Máslova al cabo, sin responder á la pregunta de su interlocutor.

—¡Dios mío, ayúdame!—rogaba mentalmente Neklindoff.—¡Dime lo que debo hacer!

Y miraba aquel rostro tan cambiado.

—Hace dos días,—dijo,—en vuestro proceso, era yo uno de los jurados. ¿Me habéis reconocido?

—No he tenido tiempo de reconoceros,—contestó la Máslova.—No os he mirado siquiera.

—¿No nació un hijo?—preguntó Neklindoff, sintiendo que se ruborizaba.

—Sí: nació y murió en seguida, á Dios gracias,—contestó con voz sorda y con ira, procurando evitar su mirada.

—¿Por qué?

—Porque yo estaba muy enferma y á punto de morir también.

—¿Mis tías os arrojaron de casa?

—Sí; ¿quién queréis que tuviera una criada con un hijo? Al advertirlo me pusieron en la puerta... Vale más olvidar todo esto.. No me acuerdo de nada; iel pasado queda sepultado para siempre!

— No, no queda sepultado; no puedo permitir que todo acabe así; debo rescatar mi culpa.

—No hay que rescatar nada; ilo pasado, pasado está!— exclamó la Máslova.

Y volviéndose de repente hacia él, le miró con una sonrisa que quería ser atractiva y que á Neklindoff le pareció espantosa.

La Máslova no había pensado jamás en ver de nuevo al príncipe, y menos en aquel sitio. Por eso, al aparecer, sintió honda emoción, porque le atrajo la memoria de un pasado, del que no quería acordarse. Recordó entonces vagamente un mundo nuevo de sentimientos puros, é ideales en que aparecía un joven que la había amado; después la crueldad incomprensible de ese hombre, la larga serie dolorosa de humillaciones y padecimientos que siguieron á aquella breve felicidad, y de la que duraban todavía las consecuencias. Sintió hondo dolor; pero no sintiéndose con fuerzas para dominar sus propios sentimientos, obró en aquella ocasión como siempre; sepultó los recuerdos importunos bajo un velo de niebla, adaptándolo á la corrupción actual. Mentalmente había comparado al hambre que tenía ante ella, al joven que amara en otro tiempo, y hallando la comparación hartamente triste, acabó por borrar la imagen que le era cara. Así es que aquel señor elegante, bien vestido, con la barba perfumada, no le parecía aquel Neklindoff que amara un día, sino uno de aquellos que aprovechan las mujeres de su calaña para procurar sacar el mayor partido posible.

La Máslova callaba, calculando mentalmente como podría sacar partido de él.

—Lo pasado es pasado,—dijo.—Ahora me envían á Siberia.

Y cuando profirió el nombre terrible, temblaron sus labios.

—Sé con seguridad que sois inocente,—observó Neklindoff.

—Sí, soy inocente. No soy ni ladrona ni asesina... Dicen que todo ha dependido del abogado... Ahora habrá que hacer un recurso y esto costará mucho dinero...

—Ya lo he pensado yoi ya he hablado con un abogado.

—Es necesario tomar uno bueno y no reparar en gastos.

—Haré cuanto pueda.

Quedaron un momento en silencio; luego ella sonrió con la misma sonrisa de antes.

—Ahora os ruego que me deis dinero... No, no tanto, con diez rublos basta.

—Sí, todo el que queráis,—respondió Neklindoff. Y ruborizándose de nuevo sacó una cartera del bolsillo.

Katiuscha miró al director, que se paseaba á lo largo de la estancia.

—Haced de modo que el director no lo vea... Esperad que vuelva la espalda, porque si no me lo quitaría.

Keklindoff, que iba á darle el billete de diez rublos, viendo que el director se volvía hacia él, escondió el dinero en la mano.

—Esto es una mujer muerta,—pensaba entre tanto; y contemplaba aquel rostro con los párpados hinchados, tan querido en otro tiempo, aquellos ojos que tan pronto seguían los pasos del director con expresión de rabia, como se volvían hacia la mano que guardaba el dinero con codiciosa avidez. De nuevo oyó aquella voz tentadora que hablara la noche anterior, que ahora trataba de

disuadirle de su deber, y preguntaba qué ventajas sacaría de su buena acción.

«Nada podrás hacer de esa mujer, es un yugo que te impones, que te impedirá ser útil á tí mismo y á los otros. Dala dinero y olvídala para siempre.»

Comprendió que en aquel momento se realizaba en su alma algo importante y solemne, que la suerte de su vida íntima estaba como sobre los platillos de una balanza: bastaba un mínimo esfuerzo para que se inclinara á un lado ó á otro. Hizo aquel esfuerzo; invocó á Dios que la noche anterior se revelara á él, y Dios vino en su ayuda. Neklindoff decidió decírselo todo de repente.

—Katuscha—empezó.—He venido para pedirte perdón y no me has dicho todavía si me perdonabas, si me perdonarás...

La Máslova no le escuchaba, miraba tan pronto la mano del principe como al director, y cuando éste volvió la espalda, cogió con ademán rápido el billete y se lo escondió en la cintura.

—¡Decís unas cosas tan extrañas!—replicó la Katuscha con una sonrisa, que á Neklindoff se le antojó burlona.

Advertía en el ánimo de ella algo que le era hostil, algo que la obligaba á ser lo que era y le impedía llegar hasta su corazón. Pero lejos de apartarlo, aquélla le atraía con la fuerza irresistible de las cosas nuevas.

Comprendía que debía devolverla á sí misma y que la empresa sería ardua; pero la misma dificultad hacía que anhelara proseguirla.

Experimentaba hacia ella un sentimiento desconocido hasta entonces, en que no había ni una mínima parte de egoísmo; no pedía nada para si, le bastaba únicamente que se despertara moralmente y volviese á ser la niña de diez años antes.

—¿Katuscha, por qué hablas así?... yo bien te reconozco; ¿te acuerdas de cómo eras en Panovo?

Pero ella no quería ceder.

—¿A. que despertar lo pasado?—preguntó con voz seca frunciendo el entrecejo.

—Lo evoco porque debo repararlo, porque lo quiero, Katiuscha...

Había empezado así para manifestarlo su deseo de casarse con ella; pero en aquel instante encontró su mirada y notó una expresión tan terrible, tan dura y tan brutal que no se atrevió á proseguir.

En aquel instante empezaban á salir los visitantes. El director se acercó A Neklindoff y le hizo observar que la hora de la visita había pasado.

La Máslova se levantó, esperando con sumisión á que la despidiera.

—Adiós, tengo muchas cosas que deciros; pero como veis no tenemos tiempo,—dijo Neklindoff, y le tendió la mano.

—Me parece que ya me lo habéis dicho todo.

Le alargó la mano; pero sin estrechar la que le tendía el príncipe.

—No, no; trataré de veros aún en otro sitio para hablaros libremente, y entonces os diré una cosa muy grave.. —Como queráis; venid si así os agrada,—y sonrió como sonreía á los hombres A quienes quería gustar.

—Katiuscha, ios amo más que á una hermana!—fueron laa últimas palabras de Neklindoff.

—¡Es extraño!—repetía entre tanto la joven, que, inclinando la cabeza desapareció detrás de la reja.

XLIV

Neklindoff esperaba que después de la primera entrevista, una vez que Katuscha hubiese comprendido que trataba de regenerarla, hubiese sido de nuevo la niña que

en otro tiempo conociera. Pero comprendió con terror que Katuscha había desaparecido y que sólo quedaba la Máslova, y esto le cansaba un asombro doloroso. Le asombraba que Katuscha no sólo no se quejara de la abyección en que había caído, sino que parecía casi complacerse en ella.

No podía ser de otro modo. Para que un hombre trabaje, es preciso que crea que su profesión es útil é importante.

Comunmente se cree que el ladrón y el asesino y la prostituta deben avergonzarse de su sistema de vida. No es así. Las personas que por azares de la suerte ó por errores propios llegan á una falsa posición, se connaturalizan de tal modo con ella que no hay quien les quite de la cabeza que su oficio es bueno, y para confirmarse en tal opinión se mantienen dentro de los círculos que están formados por sus iguales y dónde se aprueba altamente sus acciones.

La sociedad se asombra ante los ladrones y los asesinos que se alaban de sus atrocidades; ¿pero es porque el número de ladrones y asesinos es relativamente pequeño y porque los que juzgan tienen distintos puntos de vista que los juzgados? ¿No sucede acaso un hecho parecido entre los ricos que alaban sus propias riquezas, que son producto de un robo; entre los generales que alaban sus victorias, que en nada difieren de un asesinato; entre los poderosos que deben el poder á una superchería?... Si en esos no advertimos la perversión de sus ideas, es sin duda porque el círculo de personas que profesan tales ideas es más vasto, porque nosotros mismos formamos parte de él.

La Máslova se había formado también un concepto parecido de su propia existencia y del puesto que ocupaba en la sociedad. Aun cuando prostituta y condenada, sentía que podía justificarse en virtud de sus propias teorías. Según la Máslova, la mayoría de los hombres jóvenes y viejos, instruidos é ignorantes, poderosos y humildes, únicamente vive para satisfacer los deseos de placer sensual que procura una mujer atractiva, y á tal fin tienden todos sus esfuerzos aun cuando finjan pensar ú ocuparse en otra cosa.

Ella, mujer, guapa, podía entregarse ó rehusarse y por lo tanto era una persona necesaria, y á la que se debía rogar. Toda su pasada vida y su existencia actual la confirmaban en tal idea, Durante diez años había visto que todos los hombre, empezando por el mismo Neklindoff y acabando por el carcelero, la habían buscado. Pero no se había fijado en los que pasaren por su lado sin tener necesidad de ella. Así, pues, todos los hombres se le antojaba que esperaban el momento de posesionarse de ella, valiéndose de todos los medios: de la seducción, de la violencia, del dinero, de la astucia.

Así interpretaba la Máslova la existencia, y tal interpretación le agradaba más que otra alguna, porque un cambio de ideas le hubiese hecho perder, á sus propios ojos, aquel valor que le conferían sus teorías de la vida. Para no perder aquel valor, se mantenía dentro del círculo de personas que pensaban como ella, y ahora, comprendiendo que Neklindoft quería llevarla á un mundo distinto, se rebelaba, temiendo perder aquella estima que por sí misma sentía.

Por igual razón olvidaba hasta el recuerdo de su primera juventud y de sus amores con Neklindoff. Estaban demasiado en contraposición con sus actuales teorías. Las había encerrado cuidadosamente en una celda de su memoria como las abejas tapan herméticamente los nidos de los gusanos, á fin de que no las estorben en su trabajo. A sus ojos, Neklindof no era el joven á quien amara, sino un rico señor de quien era preciso aprovecharse, y con el cual era lícito tener tratos como con los demás hombres.

—No la he dicho lo principal; no la he dicho que quería casarme con ella; pero lo haré de todos modos, —pensó Neklindoff.

Bajo la puerta los carceleros contaban cada persona que salían y le daban un golpe en la espalda; pero aun cuando tocaron á Neklindoff no se ofendió éste; no lo advirtió siquiera.

XLV

Neklindoff se había propuesto cambiar radicalmente su modo de vivir; alquilar la gran casa en que vivía y entrar de huésped en algún restaurant ó fonda. Pero Agripina Petrovna le convenció de que hasta la llegada del invierno no podía hacer nada, pues las casas no se arrendaban, y además, en algún sitio tenía que vivir y tener los muebles.

Así, pues, todo quedó temporalmente como estaba y por aquellos días empezó en la casa un trabajo activísimo en el que se emplearon Petrovna, Kornei, la vieja cocinera y los dos dvornik. Se trataba de sacudir todas las prendas de lana y de peletería, que después de sentir el peso del brazo de los criados que las golpeaban sin piedad, quedaban encerradas en fundas de tela impregnadas de fuerte olor de naftalina.

Mirando al patio desde la ventana, Neklindoff experimentaba un sentimiento de asombro ante todos aquellos trastos inútiles, cuyo único objeto parecía ser dar ocupación á los brazos de Agripina Petrovna, Kornei, los dos dvornik y la cocinera.

—Por ahora, hasta que la suerte de la Máslova se decida, no cambiaré de modo de vivir,—pensaba.

El día prefijado, Neklindoff fué á casa de Fanarin. El abogado habitaba una magnífica casa de su propiedad; en la escalera había

grandes jarrones con flores, de las ventanas pendían cortinajes suntuosos; había por todas partes aquel lujo especial propio de las personas que se han enriquecido en breve tiempo y que denuncian ganancias obtenidas sin mucho trabajo.

En el salón, los clientes, aburriéndose junto á una mesilla en que había diarios ilustrados, esperaban turno. Un joven pasante que reconoció al príncipe, le dijo que le anunciaría en seguida al abogado; pero en aquel instante se abrió la puerta y salieron un caballero de mediana edad y el mismo Fanarin. En el rostro de ambos se leía aquella expresión de las gentes que han hecho un negocio poco honesto, pero muy ventajoso.

—¡Fué culpa vuestra, querido!— exclamaba Fanarin riendo.

—¡Ja! ¡ja! ¡El paraíso es una gran cosa... cuando no hay pecados de por medio!

—¡Se ve que conocéis el paño!

Y los dos reían á carcajadas.

— ¡Oh, príncipe, pasad!—exclamó Fanarin advirtiendo á Neklindoff. Y despidiendo con un gesto al cliente anterior, hizo pasar al príncipe á su despacho, que tenía un aspecto lujoso y severo.— Fumad, os lo ruego,—y se sentó en frente de él en tanto que con dificultad contenía una sonrisa de satisfacción por el negocio de que antes tratara.

—Gracias.. He venido para ver lo de aquel proceso...

—En seguida, en seguida. ¡Ah! ¡qué torpes son esos comerciantes ricos!—exclamó. —Ese que acaba de ealir tiene más de doce millones de rublos y habla aún como un aldeano. Antes que soltar un billete de veinticinco, se dejaría hacer pedazos.

«El habla como un aldeano y tú estás pensando en billetes de veinticinco»,—pensó Neklindoff, experimentando un asco profundo por aquel hombre que, por halagarle, le decía lo contrario de lo que debía haber dicho al otro cliente.

—¡Estaba harto de él! ¡Qué vulgar! ¡Qué canallesco!— repuso luego con el tono del que quiere justificarse de no haber hablado todavía al cliente del asunto para que vino.

—Hablemos, pues, de ese proceso. Lo he estudiado atentamente y he hallado varios puntos que repruebo: el abogado defensor no valia un comino: ha dejado escapar todas las ocasiones para intentar el recurso de casación.

—¿Y qué habéis decidido?

—Un momento... Decidle,—dijo volviéndose hacia el pasante,— que, como le habia dicho, yo no cedo. Si puede, bien; si no, que haga lo que quiera.

—No consiente.

—¡Bueno, allá se las haya!—exclamó su abogado; pero su rostro perdió su expresión alegre, y quedó pensativo y sombrío.

—Ved,—dijo tratando de dar á su semblante una expresión amable,—dicen que los abogados contamos mucho dinero de poca cosa; acabo de salvar á un deudor de una quereda injusta y ahora cargo con las costas... Además me ha costado el asunto mucho trabajo... Así, pues, como decía, el proceso que os interesa ha sido llevado de una manera lamentable; faltan motivos plausibles para recurrir en casación. Sin embargo, se puede intentar y he preparado esto...

Y desplegó un pliego manuscrito que leyó rápidamente, saltando todas las formalidades y subrayando las frases que lo merecian.

«En la sección penal, etc., etc. En sentencia pronunciada, etc., etc., tomando por base el veredicto, etc., etc., la llamada Máslova ha sido reconocida culpable de envenenamiento realizado en la persona del comerciante Smielkov, y según los artículos 14 y 15, etc., del Código penal, ha sido condenada á trabajos forzados, etc., etc.»

Se detuvo un momento como si escuchara con complacencia la lectura de su prosa, aun cuando ya estaba acostumbrado á ella.

«Esta sentencia,—prosiguió con acento de convicción— es la consecuencia lógica de errores y vicios de procedimiento muy graves, por la cual razón se requiere que sea anulada. Ante todo, durante la instrucción la lectura del dictamen médico legal sobre las visceras del difunto fué interrumpida por el presidente.»

—Esto es un primer motivo.

—Pero si era el fiscal quien pedia la lectura,—exclamó con asombro Neklindoff.

—No importa. También podía servir para la defensa.

—Era inútil.

—Bien, pero siempre es un motivo.

«En segundo lugar, en su discurso, para mejor describir el carácter de la Máslova, el abogado defensor ha hecho alusión á la calda moral de la acusada, y el presidente le ha interrumpido diciendo que se ciñera á la cuestión, siendo asi que el exacto conocimiento del carácter de la acusada es de gran importancia para contestar debidamente á las preguntas.»

—¡Y van dos!

Fanarin miró á Neklindoff.

—Pero si hablaba tan mal que no habla quien le entendiera...—dijo Neklindoff más y más asombrado.

—No podía decir nada bueno, porque es un bobo redomado,—replicó riendo el abogado,—pero eso no impide que sea un motivo. Sigamos.

«En tercer lugar, el presidente, no obstante lo dispuesto en el párrafo lo del artículo 101 del Código penal, ha omitido explicar en las conclusiones cuáles elementos jurídicos entran para constituir el concepto de la culpabilidad: como también ha dejado de advertir que, aun admitiendo que la Máslova hubiese vertido el veneno á Smielkov, tenían los Jurados la facultad de excluir en ella la intención de matar, reconociéndola culpable, no de un delito, sino de un

simple error, cuya consecuencia, inesperada para la acusada, ha sido la muerte del comerciante.» Este es el principal.

—Pero nosotros mismos podíamos comprender nuestro error.

—Vengamos al cuarto motivo,—prosiguió el abogado.

«La respuesta del Jurado á la pregunta de la Sala, relativa á la culpabilidad de la Máslova, implica una contradicción evidente. La acusación supone que Catalina Máslova ha envenenado á Smielkov con intención de robarle; así, pues, el hurto sería el único móvil del delito. Los Jurados, descartando en su contestación el hurto, resulta claro que han querido excluir también la intención de matar, y sólo por un error, ocasionado por el incompleto resumen del presidente, no han expresado la contestación en los debidos términos. Tal respuesta exigía necesariamente la explicación de los artículos 808 y 816 del Código penal, etc., etc., y exigía una explicación del presidente á los Jurados; de donde la necesidad de empezar nuevos debates y una nueva respuesta acerca de la pregunta relativa á la culpabilidad de la acusada.»

—¿Por qué, pues, no se ha explicado el presidente?

—También yo quisiera saberlo,—dijo riendo Fanarin.

—¿Así, pues, el tribunal de casación reparará el error?

—Según quien presida. Pasemos á otra cosa.—Y continuó leyendo:

«Tal veredicto no podía conferir á la sala el derecho de someter á la Máslova á la sanción penal de los artículos etcétera, etc., y de aplicarle el párrafo 3. del etc., etc., sin cometer una grave infracción legal.

«Por todos los motivos expuestos, tengo el honor de rogar etc., etc., que se case la sentencia á tenor de los artículos etc., etc., y que se envíe esta causa á nueva vista.

—Esto es todo cuanto podía hacerse y se ha hecho. Todo dependerá ahora de la persona que presida el tribunal. Si tenéis alguna influencia poderosa, usadla.

—Tengo alguna.

—Y hacedlo pronto, porque luego empezarán las vacaciones. En caso de que se deseche el recurso, no queda sinó el de una súplica á S. M. Imperial.

—Gracias... ¿Cuánto he de daros por vuestro trabajo?

—El pasante que os dará el recurso copiado, os dirá la suma.

—Quería aún haceros otra pregunta. El fiscal me ha dado permiso para visitar á esa muchacha en la cárcel; pero me han dicho que para obtener una entrevista fuera de las horas de reglamento, precisa permiso del gobernador. ¿Es esto cierto?

—Si, es exacto; pero el gobernador está ausente y en su lugar está el vicegobernador. Pero, éste es tan imbécil, que dudo que podáis...

—¿Maslenikoff?

—Ese mismo.

—Le conozco,—replicó Neklindoff, y marchó hacia la puerta.

En aquel momento entro rápidamente en el despacho la mujer del abogado; una señora pequeña, feísima, vestida de un modo original que hacia resaltar aún más su fealdad. Compareció de un modo triunfal, seguida de un hombre alto y delgado, con una cara de color terroso y el pelo pegado á las sienes y á la frente.

—Anatolio,—dijo abriendo la puerta,—te espero dentro de un momento. Aquí está Simón Franovich que me ha prometido recitar una de sus poesías, y tú debes leer algo de Garscin.

Neklindoff intentó salir, pero la mujer del abogado, después de cambiar con éste algunas palabras en voz baja, se volvió hacia él.

—Príncipe, os conozco, ya es inútil una presentación; os ruego que honréis nuestra lectura literaria; será muy interesante, porque Anatolio lee maravillosamente.

—Ved si tengo ocupaciones y bien de diverso género,— dijo el abogado sonriendo é indicando con un gesto á su mujer, como queriendo decir que no podía resistir á una persona tan fascinadora.

Pero Neklindoff, cuyo rostro, se había velado con una expresión de gravedad y malhumor, dió cortesmente las gracias á la mujer del abogado por el honor que le hacia, y se excusó por no tener tiempo.

—¡Qué remolón! —dijo la mujer en cuanto se hubo marchado.

En el salón, el pasante dió al principe el recurso en limpio y al ser preguntado por lo que valia, dijo que Anatolio Simeonvitch no se ocupaba jamás en tales asuntos y que únicamente lo había hecho esa vez por deferencia. Los honorarios los fijaba en mil rublos.

—¿Quién debe firmar el recurso?—preguntó Neklindoff.

—Lo puede hacer la misma acusada; pero si hubiese algún obstáculo, se encargará el señor Fanarin de ello.

—No, no, yo iré por la firma, dijo Neklindoff satisfecho de alcanzar una nueva ocasión para ver á la Katuscha antes del día fijado.

XLVI

En el corredor de la prisión, aquella misma mañana, á la hora acostumbrada, resonaron los silbidos de los carceleros sonó el ruido de cadenas, las puertas que daban al corredor se abrieron y algunos presos sacaron el cubo de madera que echaba un olor nauseabundo; todos se lavaron, se vistieron, salieron á los corredores donde recibieron agua hirviendo para hacer el té. Formaba el tema de todas las conversaciones el castigo de la rasga que debían sufrir dos prisioneros aquel mismo día.

Uno de ellos, el dependiente Vasiliev, que en un momento de celos había matado á su propia amante; era un joven muy leído, á quien querían mucho sus compañeros de prisión por su jovialidad, generosidad y por el modo resuelto como trataba con los jefes. Conocía bien la ley y exigía su exacto cumplimiento. Tres semanas antes, un carcelero había pegado á un preso porque sin querer, manchó con el plato de la sopa su uniforme nuevo. Vasiliev

había intervenido y tomando partido por el preso, observó que ninguna ley consentía que se pegara á los prisioneros.

—Ya le haré yo conocer las leyes,—exclamó el carcelero llenándole de improperios.

Vasiliev contestó con otros insultos, y como el carcelero levantara la mano contra él, le habla contenido por las muñecas y echádole fuera de la cuadra. El carcelero dió parte al director y le arrancó la orden de poner á aquél en una celda de rigor.

Son éstas unos calabozos fríos y sin luz, que se aseguran por la parte de fuera con grandes cerrojos; no hay ni cama ni silla, así es que el preso se ve obligado á estar sentado ó tendido sobre el sucio pavimento, sufriendo el martirio de las ratas que abundan y que son tan atrevidas que le arrancan el pan de las manos y le muerden cuando está inmóvil.

Vasiliev contestó que no iría al calabozo porque no había cometido ningún delito, y como el carcelero quisiera llevárselo á viva fuerza, con ayuda de dos compañeros, había podido escapársele de entre las manos. Pero entonces acudieron todos los carceleros y entre ellos uno llamado Petroff, famoso por su fuerza, y entre todos habían acabado con la resistencia del prisionero. Luego habían redactado un parte como si hubiese habido un principio de rebelión, y poco después había bajado una hoja que ordenaba que se diera treinta golpes de sorga,—especie de látigo de mimbres entrelazado,—á cada uno de los dos culpables principales, que eran Vasiliev y el vagabundo Niepomniatchi.

El castigo debía verificarse en el locutorio de las mujeres y su anuncio hecho la última noche á todos los prisioneros suscitaba animadas disputas.

Korablova, Choroschavka, Fedossia y la Máslova, sentadas en un rincón, rojas y excitadas por el vino bebido que ahora no faltaba nunca á la última y que compartía genesosamente con sus compañeras, bebían té y hablaban del castigo.

—Únicamente ha defendido á un compañero, decía la Korablova.

—Dicen que es un bravo muchacho,—observó la Fedossia.

—Harás bien en decírselo á él, Mikailovna,—dijo la guardavía, aludiendo á Neklindoff.

—Se lo diré,—contestó la Máslova, echando la cabeza atrás y sonriendo,—y lo hará por mí.

—Si, ¿pero cuándo vendrá él?—dijo Fedossia suspirando.—Ahora es cuando deben castigarle.

—He visto una vez como pegaban así á un aldeano: mi suegro me había enviado al starosta,—empezó la guardavía,—yo al llegar veo...

Pero aquella relación que amenazaba ser muy larga fué interrumpida por ruido de pasos en el corredor.

Las mujeres callaron y escucharon.

—Ya lo han sacado esos demonios: ahora le pegarán de un modo terrible; le odian porque no es humilde,—dijo la Choroschavka.

No se oyo ruido durante un rato y la guardavía pudo contar y describir el terror experimentado viendo como pegaban á aquel aldeano. A su vez, Choraschavka, contó que Ischegloff había recibido aquel castigo sin exalar una queja. Luego, Fedossia, puso en su sitio la tetera, la Korablova y la guardavía volvieron á su trabajo y la Máslova se sentó en la cama con aire aburrido, pasando los brazos bajo las rodillas y entrelazando los dedos. Iba á echarse, cuando entró de repente la carcelera diciendo que un visitante la esperaba en el despacho del director.

—Háblale de nosotros,—le recomendó Menschova, la viejecita acusada de incendiaria, en tanto que la Máslova se arreglaba el pañolito ante un espejo quebrado,—dile que no hemos sido nosotros los que hemos pegado fuego, que ha sido el otro asesino; que lo ha visto hasta el obrero. Dile que haga llamar á Dimitri; que lo sabe todo y lo contará todo. Es una injusticia; nos han metido en la cárcel á nosotros, en tanto que él se divierte con la mujer de otro.

—¡Ciertamente que es una injusticia!—dijo la Korablova

—Lo diré, estad segura,—contestó la Máslova; y dirigiéndose á la Korablova:—es preciso que beba para tener valor.

La otra le vertió medio vaso de vino que la Máslova bebió de un trago. Luego, secándose los labios y repitiendo con tono alegre:—Para tener valor,—siguió á la carcelera hacia el corredor.

XLVII

Neklinboff hacia ya algún rato que esperaba en el vestíbulo de la cárcel. En la puerta de la prisión el príncipe había llamado, presentando el permiso del fiscal al carcelero de turno.

—¿A quién buscáis?—preguntó éste.

—Deseo ver á la presa Máslova.

—Al presente es imposible. El director está ocupado.

—¿Dónde? ¿En su despacho?—preguntó Neklindoff.

—No, en el escritorio.

Parecióle al príncipe que al contestar el carcelero vacilaba algo.

—¿Quizá es hoy día de asueto?

—No, se trata de un asunto interno.

—¿Cuándo podré verle?

—Dentro de un rato vendrá; por ahora esperad.

En aquel instante entró un sargento mayor con el bigote impregnado de humo de tabaco y el rostro sudado que, volviéndose severamente hacia el carcelero, le gritó:

—¿Por qué habéis dejado entrar aquí dentro?...

—Me han dicho que el director estaba aquí,—intervino Neklindoff, asombrándose de la inquietud manifiesta del sargento.

En aquel mismo momento, se abrió la puerta y entró Pedroff agitado, con el rostro sudoroso.

—Me parece que se acordará durante mucho tiempo,— dijo volviéndose hacia el sargento.

Este indicó á Neklindoff con los ojos y aquél se calló, frunció el entrecejo y salió.

—¿Quién deberá acordarse?... ¿Por qué están tan agitados hoy? ¿Por qué el sargento me ha señalado con los ojos? —pensaba entretanto el príncipe.

El sargento se volvió hacia él y le dijo:

—Aquí no se puede estar; haced el favor de pasar al despacho del director.

Neklindoff iba ya á seguirlo cuando se abrió una puerta detrás de él y entró el director, más agitado aún que sus dependientes; suspiraba y tenía el rostro trastornado, pero al ver al príncipe, se volvió hacia el carcelero:

—Fedotoff, llamad á la Máslova, de la quinta cuadra.

—Haced el favor de pasar,—dijo á Neklindoff.

Entraron en una habitación pequeña con una ventana donde había un escritorio con algunas sillas.

El director se sentó.

—Hay deberes muy penosos y dolorosos,—suspiró en tanto que sacaba del bolsillo un cigarro.

—Se ve que estáis muy caneados,—observó el príncipe.

—Estoy cansado de mi cargo; exige el cumplimiento de deberes graves y tristes. Siente uno el deseo de mejorar la suerte de esos desgraciados y á veces la hacen más penosa. Me tarda la hora de verme libre... Hay deberes muy penosos.

Neklindoff no comprendía la causa de tanta pena; pero le veía tan apesadumbrado que sentía piedad de él.

—Creo que el cumplimiento de esos deberes, os ha de ser pesado, pero, ¿por qué habéis aceptado el cargo?

—Es que tengo familia y no tengo fortuna.

—Pero si os desagrada...

—Trato de hacer el bien según mis fuerzas. Hago cuanto puedo para endulzar su suerte... otro en mi lugar obraría de muy distinto modo... pero pensad que tengo dos mil presos y ¡qué raza! ¡gran Dios!

Empezó á contar entonces una riña entre dos presos que acabó con un homicidio; pero fué interrumpido por la entrada de la Máslova que llegó precedida del carcelero.

Neklindoff la divisó en el umbral de la puerta antes de que la viera el director. Tenía el rostro colorado, y seguía al guardián con brío y ligereza, sonriendo: al ver al director lo miró con espanto; pero se tranquilizó y se volvió alegremente hacia el príncipe.

—Buenos días,—le dijo arrastrando las sílabas, en tanto que le estrechaba fuertemente la mano.

— Os he traído la instancia que debéis firmar,—dijo Neklindoff asombrándose de aquella acogida.—El abogado la ha extendido, ahora es preciso que la firméis y luego la enviaremos á Petereburgo.

—¿Y por qué no? la firmaremos... Todo se puede hacer en este mundo,—contestó sonriendo.

Neklindsff sacó del bolsillo una hoja doblada y se acercó á la mesa.

—¿Se puede escribir aquí?—preguntó al director.

Este se volvió hacia la Máslova:

—Acércate y siéntate: ¿sabes escribir?

—En otro tiempo sabia,—contestó ella sentándose y arreglándose las sayas y las mangas del corpino; luego tomó rápidamente la pluma con su mano pequeña y nerviosa y se volvió sonriente hacia Neklindoff; éste le indicó donde era preciso poner la pluma y ella mojóla con precaución la sacudió sobre el tintero y escribió su nombre.

—¿Debo hacer algo más?—preguntó luego mirando tan pronto al director como al príncipe y poniendo la pluma á veces sobre el tintero y á veces sobre la carpeta.

—Quería decirs una cosa,—dijo Neklindoff, quitándole la pluma de las manos.

—Decid, pues,—contestó la joven; y bien fuera que la asaltara un pensamiento imprevisto, bien fuese sueño, de repente se puso seria.

Entonces el director se levantó y salió del cuarto; el carcelero, que acompañara á la Máslova se sentó lejos de la mesa, junto á la ventana y Neklindoff quedó á solas con ella.

XLVIII

Aquel era el momento decisivo.

Neklindoff no cesaba de acusarse por no haberla dicho que deseaba casarse con ella la primera vez que le habló. Estaba sentada junto á la mesa, enfrente de él, y como en aquella habitación clara veía de cerca el rostro de la muchacha después de tantos años, reparó en las arrugas dolorosas de los ojos y de la boca, los ojos hinchados, y sintió gran piedad.

Inclinóse sobre la mesa para que no le oyera el carcelero, que era un hombre de tipo hebreo con patillas grises, y dijo así:

—Si no obtenemos ningún resultado, haremos una instancia á la Magestad Imperial; haremos cuanto sea posible.

—¡Ah! ¡si hubiese sido antes!... ¡Si hubiese tenido un buen abogado!—interrumpió ella.—Pero mi defensor era un imbécil que no sabia sino echarme requiebros.—Y acompañó estas palabras con una carcajada.—Si hubiese sabido entonces que me reconoceríais, hubiese ocurrido todo de otro modo... Ahora todos me creen una ladrona.

—Me parece que hoy le pasa algo,—pensaba Neklindoff, é iba á exponer su pensamiento, cuando la Máslova, volvió á hablar.

—Sabed que quiero deciros una cosa. Hay en la cárcel una viejecita muy buena que todos extrañan que esté presa, y también está preso su hijo. Les acusan de haber pegado fuego á una casa; pero son inocentes, y ahora que me conocéis—la joven volvió la cara hacia el príncipe mirándolé fijamente,—me ha rogado que os hablara de su hijo. Le llaman Menechoff... ¿Lo sabéis pues? Es una viejecita tan buena, tan buena, que en seguida se comprende su inocencia. Hacedlo, querido... —Y, sonriendo, bajó los ojos.

—Bien, bien, me informaré,—respondió Neklindoff que se asombraba cada vez más del tono desparpajado de la muchacha.— Ahora quisiera hablaros de una cosa muy importante. ¿Os acordáis de mis palabras de la última vez?

—¡Diantrel.. Habéis hablado mucho la última vez... ¿Qué me habéis dicho?—replicó riendo siempre mientras movía la cabeza mirando á un lado y á otro.

—Os dije que habla venido para pedir os perdón.

—¿Por qué continuáis hablando de perdón?... Perdón... perdón... todo cosas inútiles... Vale más...

—Os decía que quiero reparar mi culpa,—continuó Neklindoff—y no sólo con palabras, sino con hechos. He decidido casarme con vos.

El rostro de la Máslova tomó una expresión indecible de espanto, y sus ojos, fijos en él, parecieron mirarle sin verle.

—¿A qué viene ahora eso?—pronunció con ira contenida, frunciendo el entrecejo.

Siento que debo hacerlo, os lo juro ante Dios.

—¿Qué demonio habláis de Dios ahora?... ¡Nunca decís las cosas á tiempo!... ¡Dios!... ¿Quién es Dios?.. Entonces sí que debisteis acordaros de vuestro Dios,—prorrumpió y quedó con la boca abierta.

Entonces advirtió Neklindoff que olía á vino y comprendió aquel estado de insólita excitación.

—¡Ea, calmaos!—dijo.

—¡Ah, dice que me calme! ¿Quizá creéis que estoy borracha? Sí, estoy borracha, pero sé lo que digo, —empezó la Máslova hablando muy aprisa, en tanto que un rubor vivaz enrojecía su rostro.—Yo soy una mujer de galera, y vos un rico señor, un príncipe. No debes emporcarte acercándote á mi.. Vé con tus princesas.

—Cualquiera crueldad que digas, no puede llegar á lo que me remuerde mi conciencia,—susurró tembloroso Neklindoff.—No puedes imaginar siquiera, cuán culpable me siento respecto de ti.

—Ya, me siento culpable,—remedó ella con ira.—Entonces, no te sentiste culpable y me has tirado al rostro cien rublos; helos aquí, tómalos, que son el precio de tu amor.

—He sido un vil, fui cruel,—repetía el príncipe.—Pero ahora he decidido no dejarte más y sabré mantener cuanto he prometido.

—¡Oh, por eso que lo dices, no lo harás!—contestó riendo á carcajadas.

—¡Katuscha!

—Apártate, aléjate de mí. Yo soy carne de galera, y tú, príncipe, y tu puesto no está aquí,—gritó descompuesta por la ira, arrancando su mano de la de Neklindoff. Y como un tumulto de odio agitaba su alma, se apresuraba á decir cuanto sentía:

—¡Te serviste de mí para tu placer en esta vida, y ahora quisieras salvarte, gracias á mí, en la otra!... Me eres odioso con estos lentes, con estos hocicos gordos y asquerosos... ¡Apártate, te digo! ¡Fuera, fuera!

Y con ímpetu nervioso se puso en pie.

—¡Oye, tú, vamos á armar un escándalo! ¿Quién te ha permitido?...—dijo el guardia que oyendo aquellos gritos, se aproximó.

—No, no, yo os ruego que la dejéis,—repuso Neklindoff.

—La presa no puede de ninguna manera...—quiso observar el otro.

—Esperad, os lo ruego,—insistió el príncipe.

El llavero volvió á la ventana, y la Máslova se sentó de nuevo con los ojos bajos, entrelazando los dedos de sus pequeñas manos.

Neklindoff, ante ella, no encontraba palabras.

—¿No me crees, pues?

—¿Que te casarás conmigo? Eso no sucederá nunca; antes me mato, mira.

—Y sin embargo, quiero serte útil.

—Eso vos lo diréis. ¡No tengo ninguna necesidad de vos, os lo digo en serio!... ¡Oh! ¡por qué no morí aquella noche!—exclamó luego rompiendo en amargo llanto, que movía á piedad.

Neklindoff no fué capaz de pronunciar una palabra, pero viendo aquellas lágrimas desoladas, no pudo contener el llanto.

Así pasaron algunos minutos de silencio; luego la Máslova, miró al príncipe, y viendo su rostro, bañado en lágrimas, pareció asombrarse, y se secó la cara con el pañuelo.

Entretanto el carcelero se había acercado, diciendo que el coloquio habia durado bastante.

—Estáis demasiado agitada ahora,—le dijo Neklindoff en tanto que la joven se levantaba,—si me es posible, volveré mañana; entretanto reflexionad acerca de lo que os he dicho.

Katiuscha no contestó, y sin darle siquiera una mirada, siguió al carcelero.

—Muchacha mía, ¡ahora si que has subido á la cucaña!

—le dijo la Korablova cuando Máslova entró en la cuadra.

—Se vé que está enamorado de tí de veras; aprovéchate. Te salvará, porque á los ricos todo les es posible.

—Es cierto,—dijo la guardavía.—Un pobre diablo debe pensarlo mucho antes de casarse; pero un rico lo hace en un momento.

—¿Le has hablado de mí?—preguntaba la anciana Menschova.

La Máslova no contestaba á sus compañeras. Tendida sobre la cama, tenía los ojos fijos en un ángulo obscuro de la sala, mientras se producía en ella una especie de transformación penosa.

Las palabras de Neklindoff le habían recordado aquella sociedad en que tanto sufriera, y á la cual, al huir, colmó de maldiciones; ahora lo era imposible el olvido que hasta entonces ahogara todos

sus recuerdos; y por otra parte vivir con la memoria de aquel pasado le parecía demasiado doloroso...

Luego, al anochecer pareció tranquilizarse, pidió vino y se embriagó con las compañeras.

IXL

—¡Así ocurre todo en este mundo!—pensaba Neklindoff al salir de la cárcel.

Y en su mente se formaba un concepto exacto de la propia culpa.

Sí no hubiese tratado de repararla, no hubiese comprendido toda la enormidad de ella, ni siquiera hubiese comprendido Katiuscha todo el daño que se le había causado.

Ahora comprendía el estrago inmenso causado á la infeliz y le parecía que ella misma debía haberlo advertirlo. Comprendía que hasta entonces había jugado con sus propios sentimientos y sentía indecible horror... ¡Dejarla! Sentía que era imposible, y no obstante, no se daba cuenta cabal de la manera cómo en lo sucesivo se arreglaría para hacer menos penosas para ambos sus relaciones con la Máslova.

A la salida, un carcelero con el pecho cubierto de cruces y el rostro hipócrita, se le acercó con aire misterioso y le alargó una carta.

—Un billete para Su Excelencia,—dijo.

—¿De parte de quién?

—Leed y lo sabréis. Se trata de una acusada política. Soy carcelero de la fortaleza... me lo ha rogado... y aunque esté prohibido, por humanidad...

Neklindoff se extrañaba que un carcelero encargado de la custodia de los presos políticos, pudiera entregar cartas de los presos en presencia de todos.

No sabía que aquel hombre, además de carcelero servía de espía.

Era una carta escrita con firme pulso, que decía así:

«Sabido que venís á la cárcel y os interesáis por la suerte de una persona, deseo veros. Pedid una entrevista conmigo y os indicaré cosas importantes para vuestra protegida y para los detenidos políticos.

»Vuestra siempre reconocida

Vera Bogoduchovskaja.»

—¡Bogoduchovskaja! ¿Quién es?—pensó Neklindoff, todavía absorto á consecuencia de su entrevista con la Máslova!

Aquel nombre le parecía desconocido. Era la hija del diácono encontrada en una cacería de osos.

Vera Bogoduchovskaja había sido maestra en una aldea del gobierno de Novgorod, donde Neklindoff fué á parar con varios amigos durante una partida de caza. En aquella ocasión, la humilde maestra se había dirigido á él á fin de que le diera el dinero preciso para seguir un curso de la Universidad; el príncipe le otorgó el favor y después olvidó favor y favorecida.

Ahora aparecía claro que habiendo sabido que Neklindoff iba á la cárcel, donde estaba como detenida política, quería serle útil.

Neklindoff recordó con gueto aquellos tiempos pasados en que conoció á la Bogoduchovskaja.

Era en carnaval, en una aldehuela, perdida entre bosques.

La caza era espléndida; los cazadores traían como trofeo los despojos de los osos y estaban almorzando cuando entró el hostelero diciendo que la hija del diácono deseaba decir dos palabras al príncipe Neklindoff.

— ¿Es bonita?—preguntó uno.

—¡Cállate! —replicó Neklindoff.

Y se levantó de la mesa asombrado de que la hija del diácono quisiera hablar con él.

Encontró en otra habitación á una muchacha pobremente vestida, muy fea, pero con unos ojos que eran espléndidos.

—Aquí está el príncipe, Vera Efremovna,—dijo el hostelero.— Podéis hablarle; yo salgo.

—¿En qué puedo yo seros útil?—le preguntó Neklindoff.

—Yo... yo... Ved, sois rico, gastáis el dinero en divertirlos... en cacerías,—contestó la muchacha, embrollándose. —Yo, en cambio, desearía ser útil á mis semejantes, y no me es posible, porque no tengo instrucción.

—Y yo podría...

—Soy maestra y desearla ir á la Universidad; pero no me lo permiten... no es eso... es que no tengo el dinero preciso... Eso es lo que os ruego... Sed generoso... Acabaré mis estudios y os lo devolveré!

Sus ojos eran tan bondadosos y sinceros, su timidez y su energía tan conmovedoras, que Neklindoff, como le ocurría algunas veces, se interesó por la muchacha, la comprendió, se compadeció de ella.

—Yo pensaba que los ricos que hacen daño cuando cazan los osos y embriagan á los aldeanos, podían hacer también buenas obras... Me bastarían ochenta rublos.

Y como le pareciera que Neklindoff rehusaba con su mirada seria y escrutadora, añadió con ira:

—Pero... si no me los queréis dar, gracias de todos modos.

—Al contrario, y celebro que se me haya presentado la ocasión...

Comprendió la muchacha que el príncipe le otorgaba el auxilio que necesitaba, se ruborizó y calló.

—Si queréis aguardarme un instante,—dijo Neklindoff, —vuelvo en seguida.

Saliendo del cuarto vió que uno de sus compañeros espiaba detrás de la puerta; pero sin contestar á las bromas de los demás

compañeros, fué á buscar el dinero y lo entregó á la muchacha.

—Ahí tenéis; pero ni una palabra de gracias; soy yo quien debe darlas.

Ahora, recordando aquella tarde, Neklindoff sentíase complacido.

En la mesa por poco riñe con un oficial que le daba broma acerca de la muchacha. ¡Qué magnífica le pareció aquella caza y qué alegre hizo el viaje de vuelta!

Neklindoff recordó el sentimiento de alegría, de bienestar, de satisfacción, que llenaba entonces todo su sér. Los pulmones aspiraban fuertemente el aire helado, la nieve, cayendo de los árboles le azotaba el rostro, el cuerpo estaba sumido en una dulce somnolencia, y en su alma, no sentía ni remordimientos, ni molestias ni miedo, ni deseos!...

—¡Cuán feliz era entonces! —pensaba Neklindoff.—¡Y cuán desdichado ahora! Entonces todo me parecía fácil y alegre, mientras que ahora, todo me parece difí'il, y triste!

Evidentemente Vera Efremoyna, se había convertido en una revolucionaria y la habían encarcelado por sus opiniones. Neklindoff decidióse á pedir permiso para verla. Tal vez ella le sugriese, en efecto, algo interesante que pudiera suavizar la suerte de la Máslova.

Y pensando en el pasado indestructible, lleno de ligerezas y alegrías, y en el penoso presente, encaminóse hacia su domicilio.

L

Al día siguiente, al despertar, Neklindoff recordó los acontecimientos de la víspera y sintió miedo; pero no por ello desistió de su obra de redención. Movido de tal idea salió de casa y fué á la de Maslennikoff, para obtener permiso de ver á la vieja Menschova y á la Bogoduchovskaja que podía ser útil á la Máslova.

Neklindoff conocía á Maslennikoff, de cuando éste era cajero en el regimiento. Entonces era un oficial bondadoso y servicial. Pero ahora Neklindoff le vela bajo otro aspecto, desde que había renunciado á la

carrera de las armas, Se había casado con una mujer rica é imperiosa, que exigió que abandonara el ejército y tomara un empleo civil. Reíase su esposa de él y le acariciaba y cuidaba como á un hermoso animal domesticado.

Neklindoff había estado en su casa una vez; pero como aquel matrimonio le había parecido poco interesante, no volvió. Al ver al príncipe, Maslennikoff se puso radiante de alegría. Conservaba su rostro colorado y su buena figura. Antes llevaba un uniforme que le sentaba muy bien; ahora un traje de última moda que modelaba su cuerpo bien formado.

Había entre ellos bastante diferencia de años; pero se hablaban de tú.

—Gracias por tu visita,—dijo,—ven á ver á mi esposa; aún faltan diez minutos antes de empezar la sesión. El gobernador se ha marchado, y ahora tengo yo la autoridad, —añadió con una alegría que no podía disimular.

— Vengo á pedirte un favor.

—¿Quó favor?—preguntó Maslennikoff, con tono inquieto y severo, poniéndose en guardia.

—Hay una persona en la cárcel,—el rostro del gobernador se nubló más,—por cuya suerte me intereso. Quisiera hablarle fuera del locutorio. Me han dicho que dependía de tí.

—Mon cher, estoy dispuesto á servirte, y te serviré; pero soy rey nada más que de momento.

—¿Puedo contar con el permiso?

—Sí...

—¿De quién se trata?—añadió.

— De una mujer.

— ¿De qué se la acusa?

—De envenenamiento: pero es inocente.

—Eso son los tribunales. ils n'en font point d'autres!— dijo en francés, sin saber por qué.—Sé que tú no eres de mi parecer; pero yo así lo creo. C'est mon opinion bien arrêtée.—Era una opinión que iba extrayendo desde hacia cerca de un año, de un periódico conservador y retrogrado. —Tú eres un liberalón.

—No sé si lo soy ó no, —dijo Neklindoff;—lo que sé es que, buenos ó malos, los tribunales de ahora son mejores que los de antes.

—¿A quién has tomado por abogado?

—A Fanarín.

—¡Ah, Fanarín!—exclamó con tono de mofa Maslennikoff.

Se acordaba que el año anterior en un proceso en que figuraba como testigo, Fanarin le estuvo fastidiando media hora, burlándose de él cortesmente á fuerza, de preguntas.

— No te aconsejaría yo tal elección; Fanarin es un frontín e taré.

—Quisiera pedirte otro favor,—replicó Neklindoff sin contestarle;— hay en la prisión una pobre maestra, una desdichada á quien quisiera ver. ¿Me puedes dar permiso también para verla?

Maslennikoff inclinó la cabeza y se puso pensativo.

—Creo que está presa por delito político.

—Sí, me lo han dicho.

—Las entrevistas con los acusados políticos, no son permitidas sino á los parientes. Te daré un permiso general para visitar la prisión... Je sais que tu n'en abuseras point. ¿Cómo se llama tu protegée?... ¿Bogoduchovskaja?.., ¿Estelle jolie?

—¡Hideuse!

Maslennikoff movió la cabeza en signo de aprobación, se acercó á una mesa y escribió:

«Permiso al principe Dimitri Ivanovitch Neklindoff para ver en el despacho del director de la cárcel á la presa Máslova y á la

practicante médica Bogoduchovskaja.»

Y firmó.

—Verás el orden que reina en aquella dependencia, y eso que se trata de gente que está á punto de ir á Siberia. Pero yo me cuido de ello, y esta es una ocupación que se adapta á mis facultades. Hoy ha habido un conato de rebelión. Otros hubiesen dado parte, empeorando la suerte de aquellos desdichados. ¿Sabes lo que hemos hecho? Pues castigar á dos presos y asunto concluido. Es preciso guardarles consideraciones; pero precisa también tener firmeza cuando el caso lo requiere.

—Las dos veces que he estado he salido afligido.

—¿Si? Debieras ponerte en relaciones con la condesa Passek, ya que te interesas por la suerte de los presos. Es mujer de mucho mérito et elle fait beaucoup de bien. Yo la he ayudado en cuanto me ha sido posible, y te aseguro que el régimen carcelario ha mejorado mucho; no se ven ahora los horrores de antes. En cuanto á Fanarin, por más que no le conozco personalmente, te aseguro que es un mal sujeto. En la vista de las causas hace unas preguntas... unas preguntas...

—Muchas gracias,—dijo Neklindoff, tomando el permiso.

—¿Cómo? ¿No pasas á ver á mi mujer?

—No, te ruego que me dispenses; no tengo tiempo.

—No me lo va á perdonar, si le digo que has estado aquí y no la has visto.

Y diciendo esto acompañaba al príncipe hasta el umbral de la primera puerta.

—Pasa un momento á verla, te lo ruego.

Pero Neklindoff fué inmovible. Y en tanto que el criado le daba el abrigo y el bastón, y que el portero abría la puerta, repitió que no tenía tiempo.

—¡Entonces hasta el jueves!—gritó Maslennikoff.—Es su jour de recepción; le diré que asistirás.

LI

Al salir de casa Maslennikoff se dirigió el príncipe á la cárcel y llamó á casa del director. Salió la misma criada de la otra vez; se oyeron también los acordes del mismo piano que ahora tocaba, en vez de la rapsodia de Liszt unas variaciones de Clementi.

Se introdujo á Neklindoff en una salita con una mesa de centro que estaba no muy limpia y tenía una lámpara con la pantalla quemada por un lado.

No tardó en comparecer el director con su cara triste y cansada.

—Sentáos; ¿qué deseáis príncipe?—preguntóle acabándose de abotonar el uniforme.

—El vice gobernador me ha dado permiso para visitar la cárcel; es un permiso general. Desearía ver á la Máslova.

—¿La Márcova?—interrumpió el director, que no oyó bien á causa del estrépido del piano.

—No, ¡la Máslova!

—Ah, bien, Máslova.

El director se levantó, y entreabriendo una puerta por donde venían las notas de las variaciones de Clementi:

—Marussia,—dijo con voz quejumbrosa, como si quisiera indicar que aquella música era su pesadilla,—haz el favor de no tocar durante unos minutos; no se puede hablar.

Calló el piano; se oyeron pasos apresurados y alguien se asomó á la puerta del salón. El director, como si se sintiera aliviado por haber cesado la música, sacó un cigarrillo, lo encendió y lo ofreció A Neklindoff, que lo rehusó.

—La Máslova, desgraciadamente no la podréis ver hoy.

—¿Por qué?

—¡Por culpa vuestra! —contestó el director con ligera sonrisa.—Le habéis dado ayer algunos rublos y ha comprado vino, y esta mañana estaba como una cuba, y se peleaba con todas sus compañeras.

—Pero...

—Nos hemos visto obligados á tomar medidas de rigor. Todas son asi. Es un vicio que no puede extirparse. Os ruego que no le deis más dinero.

Neklindoff recordó la escena de la víspera y sintió un estremecimiento de horror.

—¿Y á la Bogoduchovskaja, detenida por delito político, se la puede ver?

—¿Por qué no? Sí, podéis verla. ¿Y tú, qué buscas?— añadió volviéndose hacia una niña de cinco ó seis años que iba hacia él sin quitar los ojos de Neklindoff.

—Pues voy á verla,—replicó el príncipe.

—Vamos, pues.

Y alejando de sí á la muchacha con un gesto de ternura, se levantó y salió á la antecámara. Pero aún no habían llegado á ella, cuando ya de nuevo resonaban las notas de Clementi.

—Es una muchacha de mucho talento,—afirmó el director refiriéndose á su hija.—Ahora estudia en el Conservatorio y quisiera dar conciertos.

Al llegar á la cárcel, los llaveros abrieron la puerta saludando. Cuatro presos que llevaban un cubo de madera, al ver á los visitantes, se hicieron á un lado, y uno de ellos miró con expresión siniestra.

—¿Cómo se llama esa detenida que deseáis ver? —preguntó el director.

—Bogoduchovskaja.

—Está en la fortaleza: deberéis esperar algunos minutos.

—¿Podría ver entretanto á Menschoff, madre é hijo, acusados de incendio intencionado?

—¿Los que están en el núm. 21? Si.

—Desearía verlos en su celda.

—Bueno, pero estaréis mejor en el locutorio.

—Prefiero verlos en su celda.

—Bien, bien; ¡buena ocupación os ha caído!

En aquel instante entró el subdirector, que era un oficial elegante.

—Acompañad al príncipe al 21, donde está Menschoff, —dijo el director,—y luego conducidle de nuevo al despacho. Entre tanto haré llamar á la... ¿Cómo se llama?

—Vera Bogoduchovskaja.

El subdirector, que era un joven rubio, con el bigote lleno de pomada y que trascendía á agua de Colonia, se dirigió á Neklindoff, y le dijo:

—Dispensad, ¿os interesáis por nuestro establecimiento?

—Si, y me intereso por ese hombre que, según me han dicho, es inocente.

El oficial se encogió de hombros.

—Es posible; á veces ocurren casos así; pero la mayoría de las veces es pura farsa.

Las puertas de la cuadra estaban abiertas y había muchos presos en los corredores. Saludando apenas con una leve inclinación de cabeza á los carceleros, sin fijarse en los presos que se arrimaban á la pared saludando, el subdirector y Neklindoff se hallaron enfrente de otro corredor cerrado por una puerta de hierro, más obscuro y fétido que el precedente. A los dos lados había puertas cerradas por enormes cerrojos, y sobre la puerta unas mirillas de dos centímetros.

—¿Dónde está Menschoff?—preguntó el oficial á un carcelero de cara triste y arrugada.

—En la octava cuadra á la izquierda.

—¿Todas están ocupadas?—preguntó Neklindoff.

—Sí; todas menos una.

LII

—¿Se puede mirar?—preguntó Neklindoff,

—Sí, sí;—contestó con amabilidad el oficial.

Neklindoff se acercó á una de las mirillas. Un joven alto, rubio, en mangas de camisa, paseaba arriba y abajo; oyendo rumor hacia la puerta, miró hacia ella frunciendo el entrecejo y siguió andando. A través de la segunda mirilla, encontróse Neklindoff con los ojos de un hombre que le miraban asustados, por lo que se apartó. En el tercer cuarto había un hombrecillo acostado, dormido, con la cabeza tapada por su blusa de preso. En otra celda vió á un hombre alto y delgado que estaba sentado con la cabeza sobre el pecho y las manos sobre las rodillas. Oyendo rumor de pasos, miró con indiferencia, como á quien no le importa que le observen ó no, como si, sucediese lo que sucediese, no pudiera mejorar su suerte. Y habla en sus ojos una expresión tan dolorosa, que Neklindoff se conmovió, renunció á mirar más, y se apresuró á llegar ante la puerta del 21, que el carcelero abrió á un signo del oficial.

Un joven delgado con ojos redondos y bondadosos estaba cerca da la cama y, en tanto que se ponía la blusa, miraba con espanto á los visitantes. Lo que más llamaba la atención de Neklindoff eran aquellos ojos redondos, bondadosos, aterrados, que vagaban con inquietud del subdirector á él y viceversa.

—Este caballero quiere saber algo del hecho de que se os acusa.

—¡Oh! gracias.

—Me han contado ya vuestra historia,—dijo Neklindoff entrando y quedándose cerca de la sucia ventana enrejada;—pero quisiera que

vos me lo explicaréis todo.

Menschoff se acercó también á la ventana y empezó el relato, mirando de vez en cuando al carcelero. Su voz, muy tímida al principio fué adquiriendo firmeza, y cuando el subdirector salió para dar algunas órdenes, se atrevió á ser más explícito.

Juzgando por las palabrea y los ademanes, Neklindoff estaba persuadido de tener ante él á un buen muchacho, aldeano sencillo, y experimentaba una sensación extraña al oír aquel relato de boca de un preso en traje de preso. El príncipe observaba el camastro con un saco de paja, la ventana con gruesa reja, las paredes húmedas y negras, y el aspecto de aquel desgraciado que movía á lástima. Se sentía invadido cada vez por más aguda tristeza; anhelaba no creer en las palabras de aquel desdichado; pero, por otra parte, le era también muy penoso pensar que aquel relato pudiese ser una farsa, que aquella cara iluminada por aquellos ojos cariñosos pudiese mentir.

El hecho era claro y preciso. Un mercader de vino le había robado la mujer, poco después de casarse. Acudió á los tribunales, que le dieron la razón y le devolvieron á su mujer, pero al día siguiente, ésta escapó de nuevo y él había ido á casa del comerciante á reclamarla. Le contestó que no estaba allí (él la había visto), y le dijo que se marchara; pero no obedeciendo el aldeano, entre el mercader y su criado le habían apaleado hasta hacerle sangre. Al día siguiente ardía el almacén de vinos, y se le acusaba á él y á su madre de haber atizado el fuego, lo cual era mentira, porque aquel día había estado él en casa de su padrino.

—Así, pues, ¿no tienes ninguna culpa del incendio?

—No, señor; nunca pensé siquiera tal cosa. Ha sido él mismo quien ha pegado fuego, porque tenía la casa asegurada, y luego nos ha echado la culpa á mi madre y á mi, añadiendo que ya le habíamos amenazado... Si, es verdad que entonces le amenacé... pero no he pegado fuego á su casa, no estaba allí siquiera cuando

empezó el incendio. El solo lo ha hecho. Ha asegurado la casa y la ha quemado para echarnos la culpa á mi madre y á mí.

—¿Es la pura verdad lo que me dices?

—Sí, os lo juro como si estuviésemos ante Dios. ¡Oh! ¡señor, tened compasión de nosotros! —Trató de echarse á los pies de Neklindoff, pero éste se lo impidió.—¡Tened compasión de nosotros, salvadnos, soy inocente!—imploraba; y de repente sus mejillas se contrajeron y rompió en amargo llanto, limpiándose las lágrimas con la manga de la sucia camisa.

—¿Habéis terminado?—preguntó el subdirector acercándose.

—Sí. Tened esperanza: haré por vosotros cuanto pueda; —dijo Neklindoff antes de salir.

El preso le acompañó con la mirada hasta que pudo verlo, y cuando el carcelero hubo cerrado la puerta, se asomó á la mirilla, y siguió con ojos ansiosos al príncipe, que se alejaba por el corredor.

LIII

Era la hora de la cena y todas las celdas y cuadras estaban abiertas. Neklindoff experimentaba compasión hacia aquellas pobres gentes y vergüenza hacia sí mismo, que podía mirar con indiferencia un cuadro tan doloroso.

En un corredor alguien se apresuró á entrar en una cuadra de la que en seguida salieron muchos hombres que le rodearon.

—Sed generoso. Excelencia, cuyo nombre ignoramos, libertadnos!

—No tengo autoridad aquí; no puedo hacer nada.

—Hacedlo saber á quien corresponda, —dijo una voz;— hace ya dos meses que estamos encarcelados sin motivo.

—¿Por qué?—preguntó Neklindoff.

—Nos han metido en la cárcel; hace dos meses que nos tienen presos y aun ignoramos por qué.

—Es verdad,—intervino el subdirector,—estos son aldeanos que no tienen los papeles en regla. Debimos enviarlos á su provincia; pero habiéndose quemado su cárcel permanecen en esta. Todos los demás han ido ya á sus provincias; sólo éstos quedan aquí.

—¿Cómo? ¿Por esa sola razón?—preguntó Neklindoff parándose.

Unas cuarenta personas rodeaban á Neklindoff y al oficial. Muchas se pusieron á hablar á un tiempo; pero el subdirector las hizo callar:

—¡Silencio! ¡Que hable uno solo!

De entre el grupo se destacó un aldeano, alto, de grave aspecto, de unos cincuenta años, el cual explicó al príncipe que les habían detenido porque no tenían pasaportes ó por mejor decir, porque había transcurrido el plazo para tomar los nuevos desde unos días. Otras veces había ocurrido lo mismo y nunca les habían castigado, pero ahora hacia dos meses que los tenían allí como si fuesen asesinos.

—Todos somos obreros y pertenecemos á la misma asociación... Dicen que se han quemado las cárceles de nuestra provincia; pero nosotros no tenemos la culpa... ¡Sed generoso, salvadnos!

Neklindoff apenas comprendió nada de cuanto el viejo decía. Toda su atención estaba fija en un gran piojo negro que desde los cabellos del obrero bajaba lentamente hacia la mejilla.

—¿Pero es posible que por esto se les encarcele?—dijo volviéndose hacia el subdirector.

—Sí, es verdad; se les debería haber enviado á su país.

Apenas había pronunciado el empleado estas palabras cuando se adelantó un hombre grueso que, torciendo la boca, empezó á lamentarse de que se les oprimiera sin motivo.

—¡Nos tratan peor que á los perros!—dijo.

— ¡Oh! éste siempre dice las cosas de un modo... Cállate, ó sinó...

—¿Qué debo, pues decir?—exclamó el aldeano con desesperación.
—¿Hemos cometido acaso algún crimen?

—¡Silencio! gritó con imperio el subdirector, y el otro calló.

—¿Qué quiere decir todo esto?—se preguntaba á sí mismo Neklindoff, en tanto que centenares de ojos le espiaban á través de las rejas.—¿Es verdad, pues, que hay inocentes encarcelados?—preguntó.

—¿Y cómo impedirlo?—contestó el empleado. —Por otra parte si les escucháis á ellos, todos son inocentes.

—¡Pero esos aldeanos que hemos visto no tienen ninguna culpa!

—Es verdad... Nuestro cargo es muy penoso porque tenemos que habérmolas con gente maleante y depravada y si no usamos de gran rigor no nos obedecen. Ayer mismo tuvimos que castigar severamente á dos presos.

—¿Cómo castigar?

—Sí, fueron castigados con la rosga, según la orden recibida.

—¿No están abolidas en absoluto las penas corporales?

—Si; pero no para los culpables que extinguen condena y han perdido todos sus derechos civiles.

Neklindoff recordó el aire de misterio que advirtiera la víspera en la antecámara mientras esperaba á la Máslova y se lo explicó entonces. El castigo se habia verificado en aquellos momentos. Y le invadió una sensación de tristeza, de dolor, de asco, de repugnancia física tan honda

como jamás la experimentara. Sin prestar oídos á su compañero ni mirar en torno, Neklindoff apresuró el paso á fin de llegar pronto al despacho del director y salir de aquel lóbrego encierro. Pero el director, hablando con otro se había olvidado de la petición de Neklindoff y se acordó únicamente de ella cuando le vió de nuevo.

—Esperad un momento,—le dijo,—ahora mismo haré que venga. Sentáos.

LIV

El despacho del director se componía de dos locales. En el primero,—una habitación con dos ventanas sucias, una estufa descalabrada y la imagen de Cristo, que no falta nunca en los sitios donde se atormenta á nuestros semejantes,—había varios carceleros. En el segundo había unas veinte personas, hombres y mujeres, que hablaban entre sí en voz baja, en grupos ó formando parejas.

El director se sentó en una mesa junto á la ventana, alargó una silla á Neklindoff, quien se sentó al lado y miró á las personas que había en la habitación.

Fijó primeramente la atención en un joven de rostro Simpático, con una chaqueta corta, que hablaba con animación con un hombre que llevaba el uniforme de los presos y con una muchacha que estaba á su lado. Cerca de esos tres había un anciano con antiparras ahumadas que escuchaba inmóvil á una joven presa en tanto que un colegial miraba fijamente, con ojos espantados, al viejo, del cual no podía apartar su mirada. Más allá estaba sentada una pareja de enamorados. Ella era muchacha muy joven, rubia y graciosa, con el pelo corto y el rostro enérgico, vestida con mucha elegancia; él, un guapo mozo, con el pelo rizado, con el traje de preso; hablaban en voz muy baja, evidentemente enamorados hasta la locura uno de otro. Cerca de la mesa, una señora con el pelo gris y el traje negro, miraba con ojos amorosos á un joven que se veía que era su hijo; cuyo aspecto denunciaba la tisis que le destruía, y parecía querer decirle algo; pero las lágrimas la sofocaban en tanto que el joven daba vueltas á una hoja de papel que tenía entre manos, sacudiéndola con rabia.

Más allá había una hermosa muchacha, bien formada, de color sano, con los ojos brillantes, sentada al lado de su madre que lloraba y á la que acariciaba amorosamente el hombro con la mano. Todo era hermoso en ella; las manos largas y blancas, el pelo corto y rizado, la nariz, los labios y más que todo sus dos grandes ojos negros, dulces y leales. En el momento de entrar Neklindoff, aquellos

ojos espléndidos se fijaron un momento en él, pero en seguida volvieron á fijarse en su madre. Al lado de los dos enamorados había un hombre moreno, con el pelo alborotado y el pelo sombrío que hablaba con rabia con un visitante y parecía ser un skopetz [\[11\]](#) Por último, cerca de la puerta, un joven con una chaqueta impermeable parecía ocuparse más de la impresión que su presencia produciría á los visitantes que de sus palabras.

Neklindoff, sentado al lado del director, miraba en torno con curiosidad intensa. Pronto llamó su atención un niño que, acercándosele, le preguntó con vocecita aguda:

—Y vos, ¿á quién esperáis?

Neklindoff se asombró de tal pregunta, pero viendo aquella cara grave é inteligente de niño, aquellos ojos expresivos y atentos, contestó que esperaba á una conocida suya.

—¿Una hermana quizá?—insistió el niño.

—Nó, no es una hermana,—contestó Neklindoff, más y más asombrado.—¿Y tú, monín, á quién esperas?

— Estoy aquí con mi madre que está presa por causa política.

—María Paulovna, lleváos á Kolia,—dijo el director, que indudablemente creía contrario á la ley aquel coloquio del príncipe con el niño.

María Paulovna, la espléndida muchacha que Neklindoff habia admirado, se levantó mostrando su alta estatura y andando á grandes pasos se acercó al príncipe y al niño.

—De fijo que os preguntaba quién sois,—dijo sonriendo y volviendo hacia él sus grandes ojos brillantes y dulces. En sus palabras habia la suave sencillez de quien no duda de que en sus relaciones con los demás debe conservar siempre la afectuosa ternura de una hermana.

—Quiere saberlo todo,—añadió después, y sonrió al niño con sonrisa tan dulce que el niño y Neklindoff le contestaron con otra

sonrisa.

—Sí, me había preguntado á quien esperaba.

— María Paulovna, ya sabéis que está prohibido hablar con los extraños,—dijo el director.

— Sí, si, está bien,—contestó la joven. Y tomando con su mano larga y blanca la pequeña de Kolia, volvió cerca de su madre.

¿Quién es ese niño?—preguntó Neklindoff.

—Es el hijo de una mujer condenada por delito político; ha nacido en la prisión.

—¿De veras?

—Y ahora va á Siberia con su madre.

—¿Y está joven?

—No puedo contestaros,—dijo el director encogiéndose de hombros.—Aquí está la Bogoducvskaja.

LV

Desde la puerta del fondo compareció andando con paso ágil, Vera Efremovna, pequeñita, delgada, amarillenta, con el pelo corto y sus grandes ojos bondadosos.

—¡Cuán contenta estoy de que hayáis venido!—exclamó estrechando la mano de Neklindoff con efusión. —¿Todavía os acordáis de mi? Sentémonos.

—No habla pensado nunca encontraros en tal sitio.

—¡Oh, en cuanto á mi, estoy bien, tan bien que no puedo desear nada.—Y hablando volvía hacia el príncipe sus ojos redondos con expresión de espanto y movía su cuello largo, delgado y amarillento.

Neklindoff le preguntó por qué estaba en la cárcel; y entonces la Bogoduchovskaja empezó una relación muy animada y pintoresca de su proceso. Su discurso estaba esmaltado de frases científicas y extranjeras; hablaba de propaganda, de desorganización de las

masas, de comités, de subcomités, de los cuales, según ella, todos debían tener noticia y que Neklindoff no había oído nombrar nunca. Le explicaba punto por punto todas aquellas cosas, segura de que debían interesarle. Neklindoff, por lo contrario, contemplaba entre el cuello largo y amarillento, aquellos cabellos claros escasos y alborotados, y se preguntaba con asombro qué era lo que la trajo á tal sitio y porqué se alababa de ello.

Tal como era le inspiraba lástima; pero una lástima distinta de la que sintió por los Menschoff, encerrados siendo inocentes en un calabozo fétido: era una lástima que nacía de aquel extraño embrollo de ideas que se había forjado en su mente la joven y por las cuales se creía una heroína.

La misma actitud había ya observado Neklindoff en otras personas que estaban en la habitación. Su presencia había llamado la atención de ellas y comprendió que algunas tomaban una actitud distinta de la acostumbrada por el sólo hecho de estar en presencia de un extraño.

Eso le parecía descubrir en las actitudes y ademanes de la joven vestida de presa y en los mismos dos enamorados. Lo descubría realmente en las actitudes y los ademanes de todos los que se hallaban á su alrededor, excepto en los del viejo, del tísico y de la hermosa joven de ojos negros y brillantes.

Vera Efremovna deseaba interesar al príncipe por la suerte de una compañera suya, Schinstova, que sin pertenecer siquiera al partido, estaba presa por haber encontrado en su poder algunos libros y documentos que le hablan dado A guardar. Se sentía en parte responsable de aquella detención y suplicaba A Neklindoff que hiciera lo posible para salvarla.

Por lo que hace A su historia, tenia poco que contar.

Después de terminados sus estudios de comadrona, entró en relaciones con una sección de «libertadores del pueblo»; había leído el Capital, de Carlos Marx, y tomó la resolución de consagrarse por completo al progreso de la «revolución».

Sin saber cómo, se encontró afiliada al partido. Primeramente todo marchó bien; pero después habiendo detenido á uno de los compañeros y encontrado cartas y documentos, todos hablan ido A parar A la cárcel.

—También yo ful arrestada, y ahora me envían á Siberia... poco me importa, me encuentro bien, muy bien,— dijo con una sonrisa que daba lástima.

Neklindoff quiso saber quién era la joven que tenía á su lado al niño. Erala bija de un general, inscrita desde mucho tiempo antes en las filas de un partido revolucionario y aprisionada por haberse confesado culpable de disparar contra un soldado. Pero en realidad no era culpable. Junto con otros de su partido, habitaba en una casa señalada como foco de conspiración, y donde había una tipografía. Una noche, los polizontes fueron A practicar un registro y los habitantes de la casa, decididos á defenderse, hablan apagado las luces y querían destruir cuanto podía comprometerles. Pero la policía había invadido ya el local y en la obscuridad alguien disparó hiriendo mortalmente á un soldado. En los interrogatorios que siguieron había contestado, declarándose autora de la herida y aunque en realidad, jamás hubiese tocado un arma de fuego y fuera incapaz de matar una mosca, habían admitido su confesión como buena. Condenada á trabajos forzados, de un momento á otro partiría para Siberia.

—Es un alma noble, altruista...—repetía Vera Efremovna.

Se notaba que sentía un verdadero placer oyéndose hablar, y tal vez pudiendo manifestar su saber y su elocuencia. Neklindoff se limitaba á hacerle de vez en cuando una pregunta, y ella recomenzaba y no se detenía. Encontró, no obstante, medio de decirle que en el asunto que la recomendaba temía mucho no poder nada, careciendo como carecía de las influencias que la joven revolucionaria se había apresurado á atribuirle.

Luego hablaron de la Márlova. Habia sabido su historia como sucede en la prisión, donde acaba por saberse todo, y aconsejaba á

Neklindoff que procurara hacerla pasar al departamento de presos políticos ó por lo menos á la enfermería, donde había mucho trabajo y faltaba gente.

Neklindoffle dió las gracias; por lo que hacia á la Schinstova insistió que dudaba mucho de poder servirla, pero que lo probaría en cuanto fuera á San Petersburgo.

LVI

El director interrumpió su coloquio diciendo que había pasado la hora del permiso.

Neklindoff se levantó y saludando á Vera Efremovna se acercó á la puerta y se paró para observar la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

En vano el director repetía que había pasado la hora; ni los presos ni los visitantes acertaban á moverse.

Dos ó tres grupos solamente se habían levantado y hablaban de pie.

Al saludarse para despedirse rompían muchos en amargo llanto.

La más conmovida de todos era la madre del jóven tísico, la cual, antes de abandonarle sollozaba con la cabeza puesta sobre el hombro de su hijo. La bella joven,—Neklindoff sin advertirlo se cuidaba mucha de ella,—estaba de pie ante su madre que lloraba y le decía algunas palabras para calmarla. Los dos enamorados de pie, estrechándose las manos se contemplaban estáticos. El viejo de las gafas azules continuaba con la mano de su hija entre las suyas, inclinando la cabeza á lo que ella le decía.

—Esos son los únicos que son dichosos,—dijo el joven de la americana impermeable á Neklindoff;—esta noche se casan en la prisión, y luego ella le seguirá á Siberia.

—¿Y él?

— Está condenado á trabajos forzados. Dichosos ellos que pueden gozar cierta felicidad entre tanta miseria,—Añadió oyendo sollozar al

anciano de los lentes ahumados.

—Señores, os ruego que acabéis,—decía el director con voz débil y vacilante.—No me obliguéis á ser severo. Es la hora; lo digo por última vez.

Y se levantaba, se volvía á sentar, daba una chupada á su cigarro, lo dejaba apagar, lo volvía á encender. Se comprendía que por inveterados que fuesen en él los argumentos especiosos que permiten á un hombre hacer sufrir á los otros, sin creerse responsable de este sufrimiento, el director no podía, sin embargo, evitar el que su conciencia lo acusase como á uno de los autores de aquella espantosa angustia que en la sala existía. Y se veía que él también estaba sufriendo, y que un peso enorme le oprimía el pecho.

Al cabo los visitantes y los presos se movieron, unos hacia la puerta del fondo y otros hacía la salida. El primero que salió fué el joven tísico y el último el hombre de los anteojos ahumados, andando con paso lento; después de él salió Neklindoff.

—Menos mal que el director es una buena persona,— decía al príncipe el joven del impermeable, en tanto que

loe dos iban hacia la puerta de salida.—Pero de todos modos son sesiones extraordinarias.] Además es un verdadero martirio! Todo el mundo lo dice.

—¿Acaso en las otras cárceles estas visitas no se hacen del mismo modo?

—Muy lejos de eso. Todo lo más, se puede ver á los presos políticos á través de dos rejas, como á los presidiarios de derecho común.

Hablando con Medintzeff,—el joven se habia presentado con este nombre,—Neklindoff se encontró en la antecámara, donde le alcanzó el director que tenia un aspecto muy cansado.

—Si queréis ver á la Máslova, venid mañana,—dijo, queriendo ser cortés con el príncipe.

—Está bien, gracias,—contestó éste, apresurándose á salir.

Además de la piedad experimentaba aquella misma sensación de náusea moral que advirtiera la primera vez que entró en el locutorio de las mujeres. Eran terribles los sufrimientos de aquel Menschoff, y más terrible la duda que debía sentir acerca de la existencia de Dios y de la necesidad del bien ante la crueldad de los otros hombres; terrible era el caso de aquellos pobres aldeanos que por no tener pasaportes estaban encarcelados tanto tiempo hacía; terrible era la vida de aquellos carceleros ocupados exclusivamente en atormentar á sus hermanos; pero más terrible aún la necesidad que obligaba á aquel director viejo, bueno y de carácter débil á separar la madre del hijo, el hermano de la hermana y las personas que la naturaleza había querido que vivieran indisolublemente juntas.— ¿Por qué todo eso?—se preguntaba, y no sabía encontrar respuesta satisfactoria.

LVII

Al día siguiente Neklindoff fué á casa del abogado y le expuso el caso de Menschoff, rogándole que tomara su defensa. Fanarin le escuchó con atención y luego contestó que si el hecho era realmente como lo contaba Neklindoff, defendería á la madre y al hijo sin admitir ni céntimo.

El príncipe le habló también de los ciento treinta aldeanos que estaban detenidos sin culpa alguna y le preguntó de quien dependía su suerte y quien era responsable de lo ocurrido. El abogado calló algunos minutos como si buscase y no pudiese dar con la respuesta precisa, y luego dijo:

—¿Quién es responsable?—pensó un momento y:

—Nadie;—dijo,—hablad al fiscal y os dirá que la responsabilidad es de Maslennikoff; hablad á éste y os asegurará que la culpa la tiene el fiscal. En total nadie es responsable.

—Pues bien, ahora voy á ver á Maslennikoff y se lo refiero todo.

—Es inútil, porque Maslennikoff (espero que no será amigo ni pariente vuestro) es un verdadero canalla, y, lo que es peor, un

canalla hipócrita.

Neklindoff recordó la definición que de Fanarin le había dado el director y no contestó. Se aludó al abogado y se dirigió á casa de Maslennikoff. Quería pedirle dos cosas: que hiciera pasar á la Máslova á la enfermería y que procurara hacer algo en favor de aquellos ciento treinta desdichados que no cometieron más delito que el de no tener sus papeles en regla. No le gustaba tener que pedir algo á un hombre como Maslennikoff, pero no le quedaba otro recurso para lograr su objeto.

En la puerta de la casa del vicegobernador, Neklindoff vió muchos carruajes parados y esto le recordó lo que había dicho aquél acerca de las recepciones de su mujer. Se trataba de aquel jour á que había sido invitado con tantas instancias.

En el momento en que Neklindoff entraba, un siervo que llevaba librea y un sombrero galoneado ayudaba á bajar del coche á una señora muy elegante, que aguantándose la cola del vestido, enseñaba un zapato negro muy bonito.

Entre los coches reconoció al laudó cerrado de los Korchaghin, cuyo cochero le hizo un gran saludo cortés y respetuoso, como cumplía á un señor tan íntimo de la casa.

Apenas había preguntado el príncipe al portero si Miguel Ivanovitch,— el nombre de Maslennikoff—estaba en casa, cuando le vió aparecer acompañando á un personaje, ¿ un militar de alta graduación con quien hablaba de una lotería benéfica que debía verificarse en la ciudad dentro de pocos días. Tanto el general como el vicegobernador hablaban mitad ruso mitad francés, y trataban de unos cuadros vivos que las señoras habían proyectado organizar á beneficio de una obra caritativa. El elevado personaje era de opinión que esa era una ocupación excelente para las damas.

—iQu' elles s' amusent et que le bon Dieu les bénisse!—exclamó Maslennikoff. Luego volviéndose hacia el príncipe. — ¡Buenas tardes, Neklindoff! ¡Eres muy caro de ver! Animo. ¡Allez presenter vos devoirs á madame! También están los Korchaghin. Et Nodine

Bukshevden. ¡Toutes les jolies femmes de la ville vous attendent, heureux Gaillard!

—¡Au revoir mon cher!—dijo el general, estrechando la mano á Maslennikoff.

—¡Vamos arriba!—exclamó éste.—No puedes figurarte cuanto celebro que hayas venido.

Y tomando del brazo á Neklindoff, subió la escalera con una rapidez muy grande, vista su corpulencia.

Neklindoff comprendía que el regocijo de Maslennikoff provenía de la atención y finura con que le había tratado el general: todos los actos de cortesía de una persona empingorotada le causaban transportes de alegría parecidos á los que siente un gozquecillo cuando lo acaricia su amo. Tal era el caso de Maslennikoff. No advertía la expresión severa del príncipe y le arrastraba hacia el salón casi á viva fuerza.

—Después, después hablaremos de negocios y haré cuanto querrás,—decía mientras atravesaban un gran salón. Aun criado que estaba cerca de la puerta le dijo:— Anunciad á la «general» el príncipe Neklindoff. Vous n'avez qu'á ordonner, pero antes debes visitar á mi mujer. La otra vez ya me riñó porque no te conduje á su lado.

El criado lo había anunciado ya, así es que cuando entraron los dos, Ana Ignatievna, con una sonrisa radiante, inclinó la cabeza detrás de las cabezas y los sombreros que la rodeaban.

Al otro lado del salón, junto á una mesa, estaban varias señoras, y algunos hombres de levita y de uniforme, luciendo los últimos todas sus condecoraciones. Al extremo opuesto del salón, en torno á otra mesa de té, algunas señoras sentadas hablaban con caballeros que se hallaban delante de ellas de pie, y se oía un zumbido ininterrumpido de voces graves y agudas.

—¡Enfin! ¿Es qué no nos queréis ya conocer?... ¿Os hemos hecho algún daño?—con estas palabras que hacían suponer una intimidad

que nunca existiera, Ana Ignatievna saludó al príncipe. —Os conocéis ya... Madame Believski, Miguel Ivanitch Chernoff. Sentáos cerca de mí. Missy, venez donc á notre fable; on vous apportera votre te... Y vos, —dijo volviéndose hacia un oficial que hablaba con Missy,—acercóos... Príncipe, ¿queréis té?

—No, no,--decía una voz femenina;—no me convenceréis. Decid más bien que no le amaba.

—O mejor, que amaba las pastas.

—¡Siempre bromas sin substancia!—exclamó riendo una señora, fulgurante de seda, oro y piedras preciosas.

—¡Son excelentes! Dadme otro pastelito.

—¿Os vais pronto?

—Sí, hoy es el último día que pasamos aquí.

—Con esta temperatura espléndida se está muy bien en el campo.

Missy con un sombrero y un traje obscuro á rayas que le ceñía el cuerpo y le marcaba las caderas sin hacer una sola arruga, estaba verdaderamente muy bonita. Viendo á Neklindoff, se ruborizó y le dijo:

—Creí que os habíais marchado.

—Poco me falta. Sólo algunos negocios me detienen y hasta aquí he venido para hablar de asuntos serios.

—Id á ver á mamá; creo que quiere veros,—dijo la princesa; y como mentía, y comprendió que él lo adivinaba, se ruborizó.

—Dudo que tenga tiempo,—replicó Neklindoff, fingiendo que no había advertido el rubor de la joven.

Missy frunció el entrecejo, se encogió de hombros y se volvió hacia un oficial muy elegante que estaba cerca de ella y que se ofreció á llevarle valerosamente una taza de té, no sin haber tropezado antes con el sable en las patas de un sillón.

—Debéis hacer algún sacrificio en favor del asilo.

—No rehuso; pero guardo mi generosidad para la lotería. Entonces sí que habrá que verme.

El jour de la «general» era de los más brillantes y la dama estaba satisfechísima.

—Mika,—dijo Ana Ignatievna, dirigiéndose al príncipe, — me ha dicho que estáis ocupadísimo visitando á los presos. Cómo os comprende. Mika tendrá quizá otros muchos defectos; pero ya sabéis cuán bueno es! Todos esos desgraciados son para él lo mismo que hijos. II est d'une bonté...

Se detuvo como no encontrando palabras suficientes para expresar la bonté del marido, y luego se volvió sonriente hacia una vieja adornada con lazos de color de lila, que entraba en aquel momento. Charlaron un rato de muchas cosas sin sentido común, y cuando hubo hecho lo necesario para no chocar con las conveniencias sociales, Neklindoff se acercó á Maslennikoff.

—¿Puedes concederme algunos minutos?

—Sí, es verdad; entremos aquí.

Los dos penetraron en un gabinetito japonés y se sentaron junto á la ventana.

LVIII

—Ahora soy todo tuyo. ¿Quieres, quizás, fumar? Espera, no estropeemos algo,—añadió, poniéndole cerca un cenicero.

—Vengo á verte por dos motivos.

—¿Sí?—dijo Maslennikoff, y su rostro tomó una expresión de aburrimiento; no quedaba en él nada que recordara al gozquecillo.

Del salón vecino llegaba una voz femenina que repetía sin cesar:— ¡Jamás, jamás lo creeré!—Al mismo tiempo, una voz de hombre contaba una historieta en que sonaban los nombres de la condesa Vorouzoff y de Víctor Apraxin; también se oían fuertes carcajadas y un murmullo confuso de voces.

En tanto que escuchaba á Neklindoff, Maslennikoff no perdía una palabra de lo que se decía en el salón.

—He venido para hablarte aún de aquella joven...

—Sí, ya sé; aquella inocente.

—Quisiera pedirte que entrara como criada en la enfermería.

Maslennikoff se mordió los labios y quedó pensativo.

—Estoy dudando... Mañana consultaré el caso y te enviaré un recado.

—Me han dicho que hay muchos enfermos y que se necesitan enfermeras.

—Si, sí, no tengas cuidado, de todos modos te diré algo.

—Te lo agradeceré mucho.

En aquel momento resonó una carcajada general y espontánea en el salón.

—Será Víctor,— exclamó Maslennikoff sonriendo; es muy gracioso cuando está en vena.

—Además,—continuó el príncipe,—hay en la cárcel ciento treinta aldeanos por el solo delito de no tener pasaportes.—Y explicó el caso á Maslennikoff

—¿Cómo lo has sabido?—preguntó éste, y en su rostro apareció una expresión de inquietud y mal humor.

—Fui á ver á un preso, y aquella pobre gente me ha rodeado y me lo ha explicado.

—¿A quién fuiste á ver?

—A un aldeano acusado, sin culpa, de quien hablé ya á mi abogado; pero no es este el caso. ¿Cómo se explica que tantos desgraciados sin culpa estén en la cárcel sólo por no tener pasaportes?

—Esto es cosa del fiscal,—interrumpió Maslennikoff con tono seco.
—El deber del fiscal y de sus sustitutos sería visitar la cárcel para saber si se comete allí alguna injusticia; en vez de eso se pasan la vida jugando de un modo desenfrenado.

—¿Así, pues, no puedes hacer tú nada?—preguntó Neklindoff frunciendo el entrecejo, recordando que Fanarin le había dicho ya que Maslennikoff daría la culpa de todo al fiscal.

—No es eso; necesito informarme. En tu obsequio haré algo y te aseguro que pensaré en todo,—concluyó Maslennikoff, sacudiendo el cigarrillo con su blanca mano ensortijada.

—¡Peor para ella! Es una cenicienta,—exclamó una voz de mujer en el salón.

Y de nuevo se oyó una carcajada general.

—Pasemos otra vez al salón.

—Una pregunta aún. Me han dicho que ayer en la cárcel se infligieron castigos corporales. ¿Es verdad?

—¡Ah! ¿quieres hablar de eso? No, no mon cher, veo que no se te puede permitir ir por esos sitios; quieres meter la nariz en todas partes. Ven, ven conmigo, que Anita te llama,—dijo el otro tomando el brazo de Neklindoff, y se mostraba excitado como después de su coloquio con el general; pero ahora su excitación no provenía de un exceso de alegría sino de un principio de inquietud.

Pero Neklindoff se desasíó bruscamente, y sin saludar á nadie, sin proferir una palabra, atravesó el salón, la gran sala, la antecámara, pasó por entre los criados, que se pusieron en pie, y salió á la calle.

—¿Qué tiene? ¿Qué le has hecho?—preguntó Ana á su marido.

—Esto es á la francesa,—dijo uno.

—No, esto es á la zulú.

—¡No hay que extrañarse, siempre ha sido así!

Algunos salieron y entraron otros. Empezó de nuevo la charla, y la salida de Neklindoff dió á la reunión un asunto cómodo sobre el cual, hablar á más y mejor.

Al día siguiente de su visita á Maslennikoff recibió una carta escrita con letra elegante y firme, la cual le informaba de que el vice gobernador había escrito al médico de la enfermería para que tomara á la Máslova y terminaba firmándose: «tu antiguo y afectuoso compañero, Maslennikoff.»

—¡Imbécil!—No pudo por menos de exclamar el príncipe.

Comprendía que con la palabra «compañero» Maslennikoff quería ponerse á su nivel; que aún cuando persuadido de que era un personaje de importancia quería, sino adularlo, ostentar por lo menos cierta indiferencia de su propia posición, y que por esto se firmaba su compañero.

LIX

Uno de los prejuicios más generales y arraigados consiste en creer que cada hombre tiene cualidades que le son propias: así se dice que uno es bueno ó malo, tonto ó inteligente, enérgico ó apático. Esto no es verdad en absoluto. Podemos decir que un hombre más bien es bueno que malo, inteligente que torpe, enérgico que apático ó viceversa. Pero diremos una tontería si sostenemos que un hombre es siempre bueno é inteligente y otro siempre malo y torpe; y, sin embargo, siempre clasificamos así á los hombres y esto es ilógico. Las personas son parecidas á los ríos. El agua corre igualmente en todos ellos; pero un mismo río puede ser tortuoso y rápido ó ancho y manso, limpio ó turbio, frío y caliente. Así los hombres; cada cual guarda en sí el germen de todos los vicios y todas las virtudes; tan pronto domina uno como otro; ocurre que un hombre no es siempre igual, siendo siempre el mismo.

Pero es preciso tener en cuenta que muchas veces esos cambios se manifiestan de un modo muy rápido; tal era el caso de Neklindoff. Aquel sentimiento de purificación y de regocijo que sintiera al volver del tribunal y de la cárcel después de su primera entrevista con

Katiuscha, se había transformado en un sentimiento de terror y repugnancia hacia ella. Se había propuesto no abandonarla, no variar de determinación cuando ella consintiera; pero eso le era penoso y doloroso.

El mismo día Neklindoff fué á la cárcel para ver á la Máslova.

EL director le dió permiso para hablarla; pero no en su despacho, sino en el locutorio de las mujeres. A pesar de su bondadoso natural, observó con el príncipe una actitud más reservada: evidentemente después de su entrevista con Maslennikoff, éste había dado órdenes para usar mayores precauciones con aquel visitante.

—Sí, podéis verla; pero os ruego que no la déis dinero. Por lo que hace á trasladarla á la enfermería, como ya os ha escrito S. E., el médico consiente; pero es ella la que no quiere. Ha dicho que no tiene necesidad de vaciar los servicios de los enfermos. ¡ Ah, príncipe, bien se ve que no conocéis á estas clases de gentes!

Por toda respuesta Neklindoff le rogó que le otorgara la entrevista pedida; y el director, llamando al carcelero, le ordenó que acompañara al príncipe al locutorio de mujeres.

El locutorio se hallaba desierto cuando Neklindoff penetró, pero apenas pasados algunos minutos abrióse la puerta del fondo, apareciendo una figura de mujer.

La Máslova estaba ya allí; Neklindoff la vió detrás de la reja con expresión de calma y timidez; luego acercándose á él, murmuró en voz baja, en tanto que le miraba con sus ojos negros:

—Perdonadme, Dimitri Ivanovitch, el otro día no me porté bien.

—No soy yo quien debe perdonaros... —contestó el príncipe.

—Os repito que me dejéis,—prosiguió ella; y en sus ojos oscuros que le miraban intensamente, Neklindoff leyó un pensamiento fijo y hostil.

—¿Por qué debo abandonaros?

—Porque si...

—Explicáos mejor.

Fijó de nuevo en él aquella siniestra mirada que le pareció preñada de malos pensamientos.

— Os lo digo en serio... dejadme... Será mejor... olvidad ese pensamiento... no puedo hacerlo, repitió con los labios temblorosos y calló. Luego añadió aún;

—¡Dejadme! Primero me mato.

Neklindoff comprendía que en su negativa había el odio de una ofensa no perdonada; pero adivinaba también un gran fondo de nobleza. Aquella confirmación de su negativa en un momento de calma destruía todas sus dudas y volvía su alma á aquel estado de conmoción solemne y de gravedad que al principio la había invadido.

—Katuscha, repito lo que te dije: te lo ruego; consiente en ser mi mujer. Si no lo quieres y hasta que lo querrás, seguiré yo siempre tus pasos donde quiera que vayas.

—Esto vos debéis decirlo. Yo no diré una palabra más, —contestó la joven, y sus labios temblaron.

Estaba Neklindoff tan conmovido, que no acertaba á decir una palabra; al fin se repuso algún tanto, y añadió:

—Ahora voy al campo; iré á Petersburgo; haré cuanto pueda por nuestra... por vuestra causa. ¡Ah, si Dios quiere esa sentencia no se cumplirá!

—Y aunque se cumpla... la tendré merecida. Si no por éste, por tantos otros males...—contentó Katuscha, y Neklindoff sintió en su voz el esfuerzo que hacía para contener las lágrimas.—¿Habéis visto á los Menschoff?—añadió después para sofocar su emoción.—¿No es verdad que no son culpables?

—Creo que no.

—Es una viejecita tan buena...—afirmó ella.

Neklindoff la explicó cuanto le había dicho el aldeano, y le preguntó si necesitaba algo. La joven le contestó que no. Siguió un instante de silencio; luego de repente la Máslova profirió:

—En cuanto á la enfermería, si vos lo deseáis, iré... Y os prometo que no beberé más vino.

Sin hablar, Neklindoff la miró en los ojos, que sonreían y sólo tuvo fuerza para contestarle:

—Está bien.

Entretanto pensaba:

—Está cambiada del todo.

Y de la excitación del día anterior, pasó á un sentimiento nuevo que no recordaba haber tenido nunca. No podía dudar de la potencia del amor.

Vuelta á su cuadra fétida, después de la entrevista, la Máslova se quitó la blusa y se sentó en la cama con las manos en las rodillas.

En la cuadra no quedaban sino la tísica, la aldeana detenida por no haber dejado marchar á su sobrino, la Menschovna y la guardavía con los dos niños. La hija del diácono, en quien se reconocieron los primeros síntomas de la locura el día anterior, estaba en la enfermería. Las demás lavaban la ropa sucia.

La Menschova, dormía en la cama, y los dos muchachos corrían por el corredor del cual estaba abierta la puerta. La Vladimirska y la guardavía, sin cesar un momento de hacer calceta con sus dedos ágiles, se acercaron á la Máslova.

—¿Os habéis visto?—preguntaron las dos.

La interrogada movía las piernas que pendían sin tocar al suelo y no contestaba.

—¿Qué tienes, hija?—preguntó la guardavía.—Es pre ciso no perder el valor.

Tampoco esta vez contestó la Máslova.

—Nuestras compañeras están lavando la ropa,—dijo la Vladimirkacha.—Dicen que hoy han repartido mucha limosna.

—¡Finaskal!—gritó de repente la guardavía, asomándose á la puerta. ¿Dónde estás, pillín?—y dejando la calceta salió corriendo.

En aquel momento resonó rumor de pasos y de voces femeninas, y bien pronto entraron en la cuadra las otras presas, arrastrando los zuecos: todas traían un pan y algunas dos. Fedossia se acercó en seguida á la Máslova.

—¿Qué tienes? ¿Te ha ocurrido algo malo?—le preguntó con dulzura, mirándola con sus ojos azules.—Mira, ya tenemos pan para nuestro té.

—¿Quizá ha cambiado de idea y no quiere casarse?— preguntó la Korablova.

—No, no ha cambiado, soy yo la que no lo quiero,— contestó la Máslova,—y se lo he dicho claramente.

—Esto se llama ser estúpido,—afirmó con su voz ronca la Korablova.

—¿Por qué? ¿Se comprende perfectamente? ¿Cuándo no se puede vivir juntos, qué se saca de casarse?—replicó Fedossia.

—¿Pero tu marido no te sigue?—observó la guardavía.

—¡Eso es otra cosa! Nosotros somos ya marido y mujer. ¿Pero éstos, qué sacarán de unirse no pudiendo vivir juntos?

—¡Tonta! ¿No ves que si se casa con ella puede cubrirla de oro?

—Me ha dicho: donde quiera que vayas, yo te seguiré,—dijo la Máslova.—Bien, que me siga, y si no me sigue, él sabrá por qué... no seré yo quien le ruegue... ahora va á Petereburgo para cuidar de mi causa... todos los ministros son parientes suyos!... pero para mí, siempre es lo mismo, ino tengo ninguna necesidad de él!

—Ya lo creo,—exclamó Korablova, pensando evidentemente en otra cosa.—Ahora bebamos un poco de vino.

—¡No quiero! ¡Bebed vosotras, si queréis! Yo pago.— contestó la Máslova.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

[1] Katcha es un aumentativo de Catalina: y Katienka, una voz cariñosa del mismo nombre.

[2] Especie de delegado de policía.

[3] Diminutivo cariñoso de Dimitri.

[4] Sacerdote.

[5] Juego de las niñas rusas.

[6] Altar cuajado de imágenes sacras.

[7] Hombre elegido por los aldeanos para cuidar de los Intereses de la Iglesia.

[8] Es costumbre del pueblo ruso regalar buevos pintados y besarse tres veces el día de Pascua.

[9] Diminutivo de Liubka.

[10] Dignidad superior de la jerarquía eclesiástica rusa.—N. del T.

[11] Denominación de una secta.

SEGUNDA PARTE

I

El recurso de casación de la Máslova, debía verse al cabo de un par de semanas, y Neklindoff quería estar para entonces en Petereburgo.

Caso de que el recurso no prosperara, estaba decidido á elevar una súplica al Emperador como le habia aconsejado Fanarin.

Y si hasta la súplica no surtía efecto,—era preciso prever tal caso, ya que, según el abogado, el recurso de casación tenía poco fundamento,—Neklindoff estaba dispuesto á seguir á la Máslova; y como la marcha de la primera expedición hacia Siberia, de la cual formarla parte la joven, quizá se fijara para primeros de Junio, quería prepararse para tal viaje y dar antes una vista á sus posesiones para disponer lo que le conviniera.

Neklindoff partió con tal objeto para Kusminskoje, la propiedad más vasta y cercana, de la cual, sacaba la mayor parte de sus rentas.

Allí habla pasado su juventud y vuelto dos veces en su edad madura.

Una de ellas, cuando aún vivía su madre, llevó allí á un administrador alemán, al cual confió el cuidado de la propiedad después de haberse enterado bien del estado en qué se hallaba.

Por eso conocía las condiciones de la propiedad y los pactos que ligaban á los aldeanos con el propietario; pactos de tal naturaleza, que ponían á los aldeanos en la más completa dependencia.

Neklindoff no lo ignoraba, cuando siendo estudiante y profesando las teorías de Spencer y Henry George, había distribuido entre los pobres labradores las tierras que le tocaron en suerte por la muerte de su padre. Pero después del servicio militar y cuando se hubo acostumbrado á gastar más de veinte mil rublos anuales, tales teorías dejaron de parecerle obligatorias moralmente, dejó que el olvido las disipara, y lejos de preguntarse de donde sacaba su madre los medios para subvenir á sus gastos, creía más cómodo no pensar en ello. Ahora, la muerte de su madre y la precisión de cuidarse de su fortuna, ponían de nuevo ante sus ojos el problema de la propiedad territorial poseída por un solo individuo.

Un mes antes, Neklindoff hubiese pensado que intentar variar el sistema existente, era una utopia; que la administración de sus tierras no estaba ya directamente entre sus manos, y, tranquilizándose merced á tales argumentos hubiese continuado viviendo lejos de sus propiedades y cobrando la renta de ellas. Ahora, aun cuando aquel viaje á Siberia y sus relaciones forzosas con leguleyos y empleados de las cárceles le hacían más necesaria que nunca la conservación de su posición social y de sus riquezas, comprendía que le era imposible moralmente dejar las cosas tal como estaban y no introducir profundas modificaciones, aun cuando debiera sufrir menoscabo en sus intereses. Por tal motivo había decidido no cultivar ni administrar directamente sus tierras sino arrendarlas por un precio módico á los aldeanos á fin de que éstos pudieran hacerse independientes poco á poco.

Cuando el príncipe comparaba la situación de un gran propietario territorial con la de un dueño de esclavos, advertía que servirse para el cultivo de los campos del trabajo de aldeanos sujetos á dura condición y de jornaleros pagados, era poco más ó menos lo que hacía el dueño de esclavos; en cambio, cederles los campos por un precio anual, equivalía á hacerles trabajar tierras que les fueran propias.

Este último sistema no podía considerarse tampoco como una solución completa del problema; pero era un gran paso hacia esa

solución, y representaba otro gran paso hacia un mejoramiento justo y humano.

Neklindoff llegó á Kusminskoje hacia medio día. Contra su costumbre, no avisó su llegada, así es que en la estación tomó un coche de alquiler.

Durante el trayecto, el cochero, que se llamaba Jamscik y llevaba una podokiovka, que un cinturón ceñía á la cintura, sentado de medio lado, hablaba con el señor, dejando que el caballejo blanco de varas y el rocín de bolea fueran á su paso.

Sin saber que hablaba con el amo de aquella comarca, —á propósito no se habla dado á conocer Neklindoff,— Jamscik hablaba del administrador.

—Es un alemán muy elegante,—decía volviéndose á medias y moviendo la fusta,—tiene una troika muy bonita, y cuando sale á pasear con su señora, no hay quien le iguale!... ¡El invierno último había que ver el árbol de Navidad que tenia en su casa!... Yo lo vi porque conduje á muchos invitados... ¡Qué hermosura de árbol! En toda la provincia no había otro igual... Se conoce que roba de una manera... Eso es natural; hace lo que quiere, como si fuera el dueño. Dicen que se ha comprado una posesión magnífica.

Neklindoff creía, que no le importaría saber cómo el alemán había administrado las propiedades. Sin embargo, las palabras de Jamscik despertaron en él un remordimiento que no le abandonó durante todo el trayecto. En tanto que el coche le llevaba, admiraba el encanto de aquel día sereno, las nubes que de cuando en cuando parecían, los campos verdeantes, los pájaros que cruzaban el aire, los bosques revestidos de nueva y fresca pompa y las yeguas que pactan por los prados; y, sin embargo, de cuando en cuando, algo turbaba la armonía de aquella contemplación, algo enojoso y triste. Y si Neklindoff trataba de precisarlo, las palabras de Jamscik volvían á su mente, trayéndole á la memoria cómo aquel alemán administraba sus tierras.

Cuando llegó á Kusminskoje, aquella impresión se disipó muy pronto, y el príncipe se entregó por entero al examen de los asuntos que le llevaban allí. Un rápido examen de los libros de administración y una conversación con el dependiente que con la mayor ingenuidad del mundo trataba de hacerle comprender las ventajas de que los aldeanos poseyeran campos poco extensos y rodeados de los dominios señoriales, confirmaron á Neklindoff en su idea de prescindir de toda molestia y ceder sus propiedades á los labriegos.

Por los libros y por lo que le dijo el dependiente, supo que los dos tercios de sus mejores tierras de pan llevar estaban cultivadas por medio de braceros y con ayuda de aperos perfeccionados. El tercio restante se cultivaba por medio de arrendamientos de cultivo á razón de cinco rublos por fanega, es decir, que, por aquel precio, el aldeano se comprometía á labrar y rastrillar tres veces la tierra y formar las gavillas, hacer, en fin, todas las operaciones por las cuales un jornalero, aun trabajando á un precio ínfimo, hubiese cobrado diez rublos por fanega. Los aldeanos pagaban á la administración, en jornales, cuanto necesitaban, y lo pagaban á precios muy subidos; trabajaban también en los prados, en los plantíos de patatas, en los bosques, y casi todos estaban en deuda con el administrador. Asi las tierras arrendadas de aquel modo á los aldeanos rendían mucho más de lo que realmente podía esperarse y daban un interés de un cinco por ciento.

Todo esto lo sabía Neklindoff desde antiguo; pero ahora le parecía nuevo, le asombraba. Se preguntaba como él, como los demás propietarios no habían advertido la enormidad, la injusticia de tales pactos. Las razones invocadas en contrario por su dependiente que afirmaba que los géneros almacenados deberían venderse á bajo precio, que los aldeanos sacarían gran fruto de la tierra si la trabajaban por su cuenta, que él perdería mucho, confirmaron á Neklindoff en la convicción de que perdería bastante dinero; pero cumpliría una buena acción. Decidió poner en seguida en planta su propósito; el administrador debería pensar en recoger el grano ya sembrado y vender cuanto había en los almacenes así como todas las construcciones inútiles.

Por eso Neklindoff le rogó que avisara para el día siguiente á todos los aldeanos de los tres pueblos que formaban el dominio de Kusminskoje, para participarles su decisión y para fijar el precio del arrendamiento.

Satisfecho de la propia firmeza, que le hizo rebatir las observaciones del administrador y del dependiente, y por su deseo de sacrificarse en favor de los aldeanos, Neklindoff salió del despacho, y meditando sobre el partido que iba á tomar, dió una vuelta alrededor de la casa, entre los arriates floridos en otro tiempo, y ahora descuidados, por la esplanada del lason tennis, á lo largo del paseo de los tilos, donde le gustaba fumar un cigarro, y donde tres años antes coqueteara con la bella Kirimoff, una huésped de su madre.

Preparado en breve espacio el discurso que haría el día siguiente á los aldeanos, volvió á casa del alemán, discutiendo,—en tanto que tomaban el té,—acerca del mejor modo de liquidar la herencia y entró en el cuarto que en la casa solariega hablan dispuesto para él, con la satisfacción del que va á cumplir una buena obra.

En aquella habitación, aireada y linda, con algunas vistas de Venecia colgadas de las paredes, y un espejo entre las dos ventanas, había una cama de muelles muy bonita y una mesa, sobre la cual campeaban un vaso de agua, una fosforera y un apagador.

Sobre la gran mesa de debajo del espejo, estaba su maleta abierta, en la cual se veía un lujoso neceser y algunos libros; un tratado de «estudios legales sobre la culpabilidad» en ruso, y dos obras, alemana una, é inglesa la otra, sobre el mismo tema.

Tenía el propósito de leer en los ratos que le quedaran libres durante su visita á sus posesiones; pero ahora, mirando los libros, comprendía que no tenía el ánimo dispuesto para tales estudios. Muy otros eran los pensamientos que le ocupaban.

Pero al mirar por casualidad una butaca de palo de rosa con preciosos tallados, que años atrás estaba siempre en el cuarto de su madre, un sentimiento doloroso invadió su alma, pensando que

debía renunciar á la casa, que caería en ruinas, al jardín, donde crecería la hierba, á los bosques, que vería talados, á los almacenes llenos de provisiones, á las yegadas y á las máquinas agrarias, á una fortuna que, si no había ganado, conservaba cuando menos. Imaginaba que hubiese sido muy fácil renunciar á todo aquello, y ahora advertía que le daba pena renunciar, no sólo á la casa y á las tierras, sino á la mitad de las rentas en aquellos instantes en que le eran tan necesarias. Y á su mente acudieron mil sofismas que le representaban como obra de demencia la de entregar sus tierras á los aldeanos, y destruir con sus propias manos su patrimonio.

—No debo poseer tierra en absoluto, y, no poseyéndola, es absurdo sostener una administración. Además, parto muy pronto para Siberia, y allí no necesitaré ni casas ni posesiones,—decía una voz interna.

—Bien está,—replicaba otra,—pero no pasarás tu vida entera en Siberia... Luego te casarás; quizás tengas hijos, y así como recibiste la fortuna de tus padres, tienes obligación de devolverla á tus hijos. Hasta para con la tierra hay deberes que cumplir... Dar las cosas, destruir, es muy fácil; lo difícil es reconstruir. Examina, escruta profundamente tu existencia, piensa de un modo franco y sin prejuicios en tu porvenir y luego, de conformidad con el juicio que hayas formado, dispón de tu patrimonio.

Neklindoff se hacía aún otra pregunta. ¿Lo que estaba á punto de hacer era producto de un impulso de su propia conciencia ó de la preocupación del juicio que la sociedad formaría de su acto y del deseo de alabarse luego de él?... Y tuvo que confesarse que el juicio de los demás ejercía mucha influencia sobre él. Y á medida que reflexionaba, se le ocurrían nuevas preguntas, y el problema aparecía cada vez más intrincado.

Para sacudir aquel tropel de ideas se echó sobre la cama y trató de dormir; ya pensaría á la mañana siguiente, con la cabeza despejada en aquel problema, que ahora le parecía tan embrollado.

Pero no conseguía dormirse. Por la abierta ventana, junto con el aire fresco y los rayos de luna, llegaban hasta él los chillidos de las ranas y los gorgoros de los ruiseñores, que cantaban á lo lejos en los árboles del parque y bajo su ventana entre las matas de lilas. Y aquellas voces de las ranas y de los ruiseñores, que parecían fundirse en una sola nota, le recordaron la música de la hija del director de la cárcel, y de la cárcel su pensamiento pasó á la Máslova... Cómo le temblaban los labios cuando le dijo:

—¡Lo pasado, pasado está y no debéis resucitarlo!

Luego le pareció que el alemán salía para hacer callar á las ranas... Había que impedirlo... Pero el otro había bajado ya la escalera y, sin que Neklindoff comprendiera por qué, se transformaba en la Máslova, la cual le reñía:

—¡Apartaos, dejadme! ¡Yo soy una mujer de galeras y vos un príncipe!

— ¡No, no debo flaquear!—exclamó Neklindoff estremeciéndose y volviendo en sí.

—¿Pero, en definitiva, lo que he decidido es bueno ó malo?

No lo sabía aún, sólo lo sabría más tarde... Le pareció que bajaba, que bajaba sin descanso, en compañía del administrador y de Máslova, y después todo desapareció entre sombras.

II

Despertó al día siguiente á las nueve, y en seguida el joven criado encargado de servirle, le trajo las botas relucientes como un espejo, y el agua límpida y fresca, anunciándole al mismo tiempo que los aldeanos estaban á punto de llegar.

Neklindoff saltó de la cama. Aquel remordimiento que sintiera la víspera, al pensar que renunciaba á sus tierras y deshacía su fortuna con sus propias manos, se había borrado sin dejar huellas; hasta lo recordó con asombro en tanto que se apresuraba á vestirse, contento al pensar en aquella acción que comprendía que debía realizar y que le enorgullecía. Desde la ventana veía la esplanada del lawn-tennis, donde empezaban á reunirse los aldeanos.

No en vano habían chillado tanto las ranas por la noche. Por la mañana llovizó y las gotitas de agua perlaban aún las hojas de los árboles y las briznas de hierba. Se sentía un perfume, mezcla del olor de las lilas y del olor acre de la tierra anhelante de más agua. Vistiéndose, Neklindoff observaba á los aldeanos que se iban juntando en la esplanada, saludándose, hablando entre si, formando

corro, apoyados en sus gruesos bastones. Luego el administrador, hombre robusto y musculoso, con una chaqueta corta que ostentaba unos botones descomunales, vino á decir á Neklindoff que los labradores estaban ya reunidos; pero que podían esperar á que el príncipe tomara el té ó el café,—lo que quisiera,—que estaban ya preparados.

—No, es mejor en seguida,—dijo Neklindoff. Y de repente sintió una gran timidez y como vergüenza al pensar que tenía que hablar á los reunidos. Estaba allí para satisfacer un deseo que no se atrevía ni siquiera á formular; para hacerles un beneficio... y aun se avergonzaba.

Al acercarse Neklindoff á los aldeanos se descubrieron mostrando sus cabezas rubias, rizadas, canosas, calvas: y aquello acentuó tanto su timidez, que durante unos instantes no pudo proferir una palabra. La llovizna no cesaba y se posaba en chispillas sobre la barba, sobre el pelo, en la cabeza de los aldeanos, los cuales miraban á su amo, esperando lo que tenía que decirles, y que, confuso, no abría siquiera la boca.

Rompió aquel silencio fastidioso el administrador, hombre muy seguro de si mismo, que se preciaba de conocer á fondo á los

aldeanos, y que hablaba correctamente el ruso. Vigoroso y bien alimentado, su aspecto formaba extraño contraste con aquellos rostros arrugados y macilentos de los aldeanos, con aquellos hombros delgados y angulosos que se dibujaban harto bien, bajo las chaquetas.

—El príncipe quiere venir en vuestra ayuda; tiene intención de cederos la tierra; pero vosotros no lo merecéis.

—¿Por qué no lo merecemos, Basilio Karlovitch? ¿Es que no hemos trabajado mucho y bien para ti? contestó un aldeano de pelo rojo.

—Estábamos muy contentos de la difunta princesa y damos las gracias al joven príncipe que no nos olvida.

—Estamos satisfechos de nuestros amos,—dijo otro con una gran barba y rostro anguloso,—lo que hay es que somos demasiados y no hay sitio para todos.

—Por eso os he hecho llamar, para cederos la [tierra ya que la queréis,—dijo Neklindoff.

Los aldeanos callaban como quien no ha comprendido ó no presta fe á las palabras oídas. Luego un mujik, hombre de mediana edad, rompió el silencio.

—¿Qué entendéis por cedernos la tierra?

—Cedérosla en arrendamiento, á fin de que podáis gozar de ella pagando una pequeña cantidad.

Aquellas palabras levantaron un coro de exclamaciones.

—¡Sería una gran cosa!—exclamó un viejo.

—Todo será que podamos pagar el arrendamiento.

—Vuestra proposición es buena y la aceptamos.

—Hasta para vos será mejor bastará que os paguemos; ¡porque hoy por hoy se hace cada cosa!...

—Lo que se hace proviene de vosotros solos,—replicó el alemán.— Si trabajarais y lo tuvierais todo en orden, mejor irían vuestros

negocios.

—¿Qué más podemos hacer, Basilio Karlovitch?—preguntó un viejo de nariz picuda.—Hace ya mucho tiempo que me tienes odio, porque mi caballo entró en uno de tus campos, y ahora quieres vengarte.

—Y vosotros podríais ir con más cuidado.

—Esto es bueno para decir, pero no para hacerlo,—replicó un joven moreno que tenía una cabellera muy espesa.

—Os he dicho que hicierais empalizadas.

—Sí, pero no basta decirlo, sino que es preciso tener madera,—contestó un labriego pequeño y esmirriado.

—El verano pasado quería yo cercar mi campo, fui á cortar leña y tú me metiste en la cárcel como premio. He aquí la leña que diste para hacer la empalizada.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Neklindoff al administrador.

—Der coite Dieb im Dorfe, —contestó éste y continuó en alemán, —cada año le sorprenden robando en el bosque. Y tú,—añadió volviéndose hacia el aldeano,—aprende á respetar la propiedad ajena.

—¿Quizá no te respetamos?—replicó el viejo.

—No podemos dejar de respetarte porque estamos por entero entre tus manos.

—¡Ea, amigos míos! Ya que no os gusta fatigaros, por lo menos tratad de no hacer daño.

—¡Haceros mal! El último verano quedé arruinado y así estoy. Se conoce que para los ricos no existen tribunales.

—Si obraras como debes no te ocurriría eso.

Así siguieron durante un rato los aldeanos y el alemán, aunque ninguno de los que hablaron supieran á punto fijo porqué lo hacían ni lo qué deseaban. Pero Neklindoff quería acabar cuanto antes aquel asunto y señalar el precio de la tierra y el modo de cobrarlo.

—¿Bueno, qué hacemos, pues, de la tierra? ¿La tomáis ó no? ¿Si os la cedo del todo, qué precio me dáis?

—Como la tierra es vuestra, á vos toca fijar el precio.

Neklindoff propuso una cantidad. Como sucede siempre, aun cuando la suma pedida fuese muy inferior á la que pagaban los aldeanos de los alrededores, todos empezaron á regatear diciendo que era muy caro. El príncipe creía que su proposición sería acogida con entusiasmo; en lugar de ello no hubo ninguna manifestación de alegría y únicamente comprendió que su proposición representaba una ventaja para toda aquella gente cuando al discutir si habia de cederse la tierra á una asociación ó á cada aldeano en particular, empezó una disputa feroz entre aquellos que querían excluir á los menos fuertes y á los más pobres, y estos últimos que no querían ser excluidos.

Al cabo, y gracias á la intervención del alemán, se allanaron todas las dificultades, tanto por lo que hacia al precio como al modo de pago, y los aldeanos se volvieron á sus casas discutiendo á voces, mientras Neklindoff y el alemán pasaban á su despacho para redactar el acta de cesión.

Todo se arregló conforme deseaba el príncipe; los aldeanos obtenían la tierra en mejores condiciones que los demás de los alrededores; sus rentas bajaban casi la mitad, pero eran grandes siempre, aun sin contar la suma que obtendría por la venta de la selva y de las provisiones almacenadas. Parecía que todo hubiese salido ó la medida de sus deseos, y, sin embargo, estaba entristecido, fastidiado, y experimentaba un sentimiento como de vergüenza. Comprendía que á pesar de que los aldeanos le daban las gracias, no estaban satisfechos en el fondo y habían esperado algo mejor. Así, había renunciado á una gran parte de sus riquezas, sin lograr satisfacer los deseos de ellos.

Al día siguiente una vez firmada el acta de cesión, Neklindoff subió en la troika del administrador, que ya le había descrito Jamschik, y saludado por los aldeanos más ancianos que le habían acompañado,

y sacudían la cabeza pensativos y vacilantes, fué á la estación. Experimentaba el príncipe aquella impresión desagradable que deja toda obra no acabada; estaba descontento de sí mismo... no sabía explicar por qué estaba descontento, pero en el fondo de su alma sentía una tristeza y una vergüenza indefinidas.

III

Partiendo de Kusminskoje, Neklindoff fué hacía Panovo, otra posesión heredada de sus viejas tías, donde por primera vez había visto á Katuscha.

Decidió arreglar los asuntos de sus posesiones de la misma manera que en Kusminskoje y para ello iba á aquella propiedad al mismo tiempo que para obtener algunos datos acerca de la Katuscha y de su hijo. ¿Era verdad que hubiera muerto?... ¿Cómo había muerto?

Llegó á Panovo por la mañana, y lo primero que advirtió al atravesar el patio de la antigua casa señorial fué el aire de abandono que allí reinaba. El techo, que era de hierro, no había sido barnizado hacía mucho tiempo y estaba cubierto de herrumbre; las puertas de la fachada principal y hasta la portezuela de la parte de atrás, que tantos recuerdos despertaba en la mente de Neklindoff, estaban desvencijadas y enseñaban los travseños que sostenían sus hojas; las ventanas tenían también un aspecto lamentable y el mismo local de la intendencia, la cocina y las habitaciones de servicio aparecían sucias y abandonadas.

Únicamente el jardín parecía cuidado porque crecían en él toda clase de arbustos. Junto á la puerta, los cerezos, los guindos y los ciruelos, alargando sus ramas cubiertas de flores, semejaban vagamente nubes blancas: en el extremo opuesto, todas las matas

de lilas estaban en flor, como doce años atrás; cuando corriendo el gorielki con la Katiuscha, que entonces era una niña de dieciséis años, Neklindoff cayera, pinchándose las manos. El río corría en su lecho, murmurando junto al molino, donde se precipitaba en cascada, y en los prados que se extendían al otro lado de la corriente, pacían las yeguas y las ovejas de distintos colores.

El mayordomo que era un seminarista que había colgado los hábitos, salió al encuentro de Neklindoff en el patio, sonriendo de un modo jovial, como si se prometiera enseñarle algo extraordinario, y le invitó á entrar en su despacho. El cochecito que había conducido al príncipe desde la estación, se marchó y todo quedó en silencio. Al lado de la ventana estaba una muchacha con los pies desnudos, y detrás de ella un aldeano en mangas de camisa.

Neklindoff se sentó junto á la ventana y en tanto que su mirada se espaciaba por el jardín, escuchó.

Entraba en la estancia una ligera brisa primaveral que le acariciaba el pelo sobre la sudada frente, agitaba algunas hojas de papel que habla sobre la mesa y le traía el olor de la tierra recién removida. En el río sonaban alegremente, confundiéndose unos con otros, los golpes de pala que daban las lavanderas, y el eco los repetía á lo largo del rio, fulgurante bajo el sol. De repente un fenómeno extraño se produjo en Neklindoff.

En su mente se veía á sí mismo, cuando era joven todavía é inocente: entonces también escuchaba el golpear de las palas y el caer del agua del molino, entonces también la brisa primaveral hacia ondear el pelo sobre su frente sudorosa, y agitaba las hojas de los árboles. Y no solo volvió á verse tal como era en aquella época, sino que se sintió animado de la misma frescura y pureza, llena la mente de sueños sobre lo porvenir y de ideales grandiosos y soberbios; y al propio tiempo, como sucede en los sueños, sintió que todo aquello había pasado inexorablemente, y le invadió una profunda melancolía.

—¿Cuándo deseáis almorzar?—le preguntó el mayordomo sonriendo.

—Cuando queráis; no tengo apetito. Entre tanto voy á dar una vuelta por el pueblo.

—Si queréis dar una ojeada á la casa, veréis que la tengo en orden interiormente... Si al primer aspecto...

—¡No, no, después! ¿Decidme, vive todavía una mujer que se llama Matrona Kárina?—Era una tía de Katiuscha.

—Sí, habita en la aldea y á lo mejor me fastidia. Tiene un scinok, —especie de taberna—por lo cual á veces he de reñirla. Pero, ¿qué le vamos hacer? No quiero denunciarla, porque es vieja y tiene sobrinos,—respondió el mayordomo, siempre con su misma sonrisa.

—¿Dónde vive? Quisiera verla.

—Al fin de la aldea, la tercera cabaña, después de la gran calle. Si queréis os acompañaré.

—No, no, gracias, sabré encontrarla. Os ruego que reunáis á los aldeanos, pues quiero hablarles.—Estaba decidido á renunciar en Panovo A sus posesiones como ya lo hiciera en Kusminskoje.

IV

Apenas estuvo fuera de la casa, Neklindoff encontró en el sendero la muchacha de los pies desnudos y de la camisa bordada; movía á compás la mano izquierda y con la derecha apretaba contra su cuerpo un gallo rojizo que sacudía su cresta con calma solemne, y de cuando en cuando estiraba una pata negra agarrándose con las uñas á la saya. Acercándose al príncipe, la muchacha acertó el paso, luego, cuando estuvo á su lado, se paró y le saludó echando hacia

atrás la cabeza, y, luego, volvió á caminar muy aprisa, teniendo siempre apretado contra el vientre el gallo rojo.

Más adelante, cerca del pozo, Neklindoff encontró á una anciana con una camisa sucia de tela gris que, encorvada bajo el peso, llevaba dos grandes cubos llenos de agua: al estar junto al príncipe, puso en tierra los cubos y le saludó con el mismo ademán que la muchacha. Al lado del pozo, empezaba ya la aldea.

El día era claro, caluroso y, aún cuando sólo eran las diez de la mañana, sofocante; las nubes se amontonaban y á veces tapaban el sol. Vagaba por el aire un olor fuerte de estiércol que provenía de unos carros que se dirigían hacia la montaña y de los montones de fiemo sacado de los patios, ante los cuales pasaba Neklindoff.

Los aldeanos que seguían los carros, descalzos y descubierta la cabeza, con la camisa y los pantalones manchados de estiércol, se volvían para mirar aquel señor alto y gordo, quien con un sombrero gris con una cinta de seda que relucía bajo los rayos del sol subía hacia la aldea, golpeando á cada paso el suelo con su bastón de puño de oro; los que volvían del campo, sentados en sus carros va-

cíos, con el sombrero en la mano, miraban también á aquel caballero que paseaba por sus calles; en las puertas de las casas, las mujeres le seguían con los ojos, señalándolo las unas á las otras.

Ante la cuarta puerta, Neklindoff se paró, porque un carro cargado de estiércol salía de ella con un gran ruido de ruedas. Conducía al caballo un viejo encarnado, vigoroso, descalzo que llevaba unos pantalones destrozados y una camisa sucia que permitía ver los huesos de los hombros.

Cuando el caballo estuvo en la calle, el anciano volvió hacia la puerta y saludó.

—¿Eres, sin duda, el sobrino de nuestra señora?

—Sí.

—Bien venido pues. ¿Has venido para vernos?—dijo el viejo un poco turbado.

—Si; ¿cómo va de salud?—preguntó Neklindoff para decir algo.

—¡Pseh!... ¿Qué quieres que sea de nuestra vida? Es bien poco alegre,—contestó el viejo, que parecía tener ganas de charlar.

—¿Por qué?—replicó el príncipe, entrando en la casa.

—Ciertamente, creo que peor no podría ser,—afirmó el anciano, en tanto que acompañaba á Nekindoff bajo el techo de paja.

—Somos doce en casa,—prosiguió el viejo, é indicó las dos mujeres que, con pañuelo en la cabeza, las sayas levantadas y loe piés desnudos y sucios de un líquido amarillento, estaban de pié sobre el fiemo, apoyándose en el mango de unas horquillas.—Cada mes tengo que comprar seis pud [\[12\]](#) de pan, y, ¿de dónde queréis que saque el dinero?

—¿Y vuestro pan, no os basta?

—¿Mi pan?—dijo el viejo con ironía.—Mis tierras bastan sólo para tres perdonas y este año he recogido ocho sacos de grano que no llegaron ni á Navidad.

—¿Y cómo os arregláis?

—Uno de mis hijos está como jornalero y yo he tomado algunos rublos á préstamo á Su Excelencia. El dinero lo hemos devuelto; pero no hemos podido pagar él impuesto.

—¿Cuánto pagáis?

—Yo pago por la casa diecisiete rublos cada cuatro meses. ¡Qué mala vida es esta!.. No puede uno arreglarse nunca.

—¿Puedo entrar en la casa?—preguntó Neklindoff adelantándose hacia el patio y poniendo los pies sobre el fiemo amarillento que esparcía un olor penetrante.

—¿Por qué no entras?—respondió el viejo, y andando con los piés descalzos que hacían rezumar el líquido amarillento entre loe dedos, abrió la puerta de la isba [\[13\]](#)

Las mujeres, arreglándose el pañuelo de la cabeza y bajándose las sayas, miraban con espanto á aquel señor con botones de oro que entraba en su casucha. Déla isba salieron dos muchachitas muy lindas que iban en camisa.

Neklindoff se quitó el sombrero, bajó la cabeza y entró en el recibidor y después en la cocina, impregnada de un olor ácido de manjares. Cerca del horno había una aldeana vieja, con las mangas arremangadas, que preparaba el almuerzo.

—Aquí está el amo, que viene á vernos, dijo el viejo.

—Sentáos, sentáos, — exclamó la vieja muy amable, mientras se bajaba las mangas.

—He querido ver cómo vivíais,—empezó Neklindoff.

—Vivimos como podéis ver. La isbá se cae de puro vieja y un día va á caer y á matarnos á todos. Así vivimos y reinamos, dijo la vieja en tono alegre, moviendo la cabeza.—Ahora estoy preparando el almuerzo. Es preciso que coma la gente que trabaja.

—¿Qué habéis preparado para almorzar?

—¿Qué he preparado? ¡Un manjar magnifico!; pan con kvass por primer plato, kvass con pan por segundo,—contestó la vieja, enseñando los dientes cariados.

—No, os ruego que os dejéis de bromas y que me enseñéis vuestro almuerzo de hoy.

—¡Ah! ¿quieres ver nuestro almuerzo de aldeanos? ¡Vaya un señor curioso! Veo que quieres saberlo todo; te he dicho que era pan con kvass y luego un poco de sopa con snikti [\[14\]](#) que las mujeres trajeron ayer, y después unas patatas.

—¿Y esto es todo?

—¿Y qué más quieres? Tenemos también un poco de leche,—dijo la vieja riendo y mirando la puerta abierta.

En el umbral de aquella puerta se agrupaban niños y niñas, mujeres con niños de pecho en brazos, admirando á aquel señor que se tomaba tanto interés por la alimentación de los aldeanos.

—Os digo, señor, que nuestra vida es dolorosa,—exclamó el viejo. Y volviéndose á la gente que estaba en la puerta, gritó:

—¿Qué hacéis aquí?

—Adiós, pues,—dijo Neklindoff confuso, y se alejó experimentando una impresión de vergüenza de la que no podía explicarse el motivo.

Las mujeres y los niños le hicieron paso, y él salió á la calle, prosiguiendo su camino hacia la montaña.

Después de él salieron dos niños descalzos; el más alto llevaba una camisa muy sucia, que probablemente fué blanca alguna vez; el otro una camisa de color de rosa, haraposa y desgarrada.

—¿Dónde queréis ir?—preguntó el mayor de los niños.

—A casa Matrona Karina,—respondió el príncipe,—¿la conocéis acaso?

El menor se echó á reír; pero el otro preguntó con seriedad:

—¿Qué Matrona? ¿Es vieja?

—Si, es vieja.

— ¡Oh!—exclamó el primero.—Será la Siemenika. Habita en lo último del pueblo; ya os acompañaremos. Vamos, Fedka, acompañaremos al señor.

—¿Y los caballos?

—No importa, déjalos.

Fedka consintió en seguida, y así los tres continuaron subiendo á lo largo de la calle.

V

Neklindoff se encontraba mejor en compañía de los muchachos que con los adultos, y empezó á hablarles.

El pequeñín de la camisa de color de rosa no reía ya, y se explicaba como un hombrecito.

—¿Quién es el más pobre de vosotros?—preguntó Neklindoff.

—¿Quién es el más pobre? Miguel es pobre, Simón Makaroff, es pobre, y hasta la María, es muy pobre.

—La Aniséis, es la más pobre de todos; es tan pobre que no tiene siquiera una becerra, y vive sólo de limosna.

— Es verdad que no tiene una becerra, pero sólo son tres; la María debe pensar en cinco personas.

—Pero Anissia es viuda.

—Lo mismo le pasa á la María; aunque no lo es, no vive con su marido.

—¿Y dónde está su marido?—preguntó Neklindoff.

—Está en la cárcel.—Y explicó como había ocurrido la cosa.—El último verano, el pobre hombre había cortado dos árboles en la selva del amo; por eso le metieron en la cárcel seis meses antes, mientras la mujer, con tres niños y la madre anciana, tenía que vivir de limosna.

—¿Dónde está la casa de la Marta?

—Aquí está,—contestó el muchacho; y enseñó una casucha, ante la cual había un chicuelo, enteco y pálido.

—¿Dónde estás, Vaaca? ¡Pillastre!—gritó una voz femenina; y salió corriendo de la casa una mujer, con una camisa sucia, y lanzándose ante Neklindoff con rostro espantado, cogió al niño y lo metió en la

casa, como si temiese que el forastero le jugara una mala pasada. Aquella era la María, la mujer del hombre que estaba en la cárcel por haber cortado dos árboles en el bosque de Neklindoff.

—¿Y la Matrona, es pobre? preguntó Neklindoff, al cabo de un momento.

—¡Cómo pobre!—exclamó resueltamente el pequeñín. —¡Vende vino!

Cerca de la casa, Neklindoff despidió á los muchachos y entró en la isba. Era una pieza pequeña y baja de techo, de modo que una persona de alta estatura casi no cabía en ella. En el centro había una estufa y detrás una cama.

—En esta cama,—pensó Neklindoff,—iha estado enferma la Katuscha!

Aquella habitación tenía un aspecto miserable, y grandes telarañas colgaban de todas las paredes. Cuando Neklindoff entró dando con la cabeza en lo alto de la puerta, la anciana preparaba trabajo para si y para la sobrina mayor.

—¿A quien buscas?—preguntó con voz enfurecida la vieja, que estaba de mal humor porque no le iba bien el trabajo, además de que no le gustaba ver desconocidos en su casa, pues temía que denunciaran que vendía vino, á pesar de la prohibición de las leyes.

—Soy el amo y quisiera hablar con vos.

La vieja calló y miró al príncipe, examinándolo; de repente cambió por completo de expresión.

—¿Eres tú, querido? Y yo, bestia de mí, que no te había conocido. Creí que eras uno de tantos extranjeros.— Su voz tenia un acento de falsa caricia.—¡Dispénsame, por caridad!

—Quisiera hablar con vos, pero sin todos estos testigos, —dijo Neklindoff, dando una mirada A la puerta donde había un grupo de niños y una mujer flacucha, que llevaba en brazos un niño, con una

gorrita de punto, pálido, descarnado, consumido por la fiebre, pero sonriente aún.

—¿Qué miráis, curiosos? esperad y os voy á enseñar como se fastidia á la gente; dame el bastón,—gritó la vieja. Y como los niños escapaban, añadió:—¡Cerrad esta puertal!

La mujer flacucha la cerró.

—Y yo que pensaba: ¿quién puede ser? Y eras tú, nuestro amo, tan bueno, tan hermoso, tan adorado!—proseguía la vieja.—¿No te da asco entrar en mi barraca? ¡Cuán bueno eres! Siéntate aquí. Excelencia, aquí en este banco.—Y con el delantal limpiaba el asiento.—Yo que pensaba: ¿quién llega ahora? Y eras tú, nuestro amo, nuestro bienhechor, el que nos hace vivir á todos. Perdóname, soy una vieja tonta, estoy casi ciega.

Neklindoff se sentó. La vieja de pié ante él sostuvo con la mano izquierda el codo derecho, apoyó la mejilla en la palma de la mano, y continuó hablando:

—¿Sabes que pareces más viejo, Excelencia? Cuando te conocí eras fuerte y ágil. ¡Cuán cambiado estás! Se ve claro que hasta tú tienes tus quebraderos de cabeza.

—He venido para preguntarte de la Katuscha Máslova. ¿Te acuerdas aún?

—¿Catalina? ¡Ya lo creo que me acuerdo! Es sobrina mía y he llorado mucho á causa de ella. ¡Sé toda su historia!.,. Pero, ¿quién no tiene pecados que echarse en cara? Los dos érais jóvenes, se toma el té, se bebe el café juntos y... luego ocurre la desgracia. ¿Qué hacer? Nada te impedía abandonarla, y en vez de eso le diste cien rublos, y ella, la gran tonta, mira cómo ha acabado. Si me hubiese creído, hubiese llevado una vida muy buena. Pero es preciso confesar que, aunque sea sobrina mía, esa muchacha vale muy poco. Yo le habia encontrado una colocación muy buena, pero no quiso sujetarse, insultó al amo y la echaron. Y luego ¿por qué no se quedó en casa del guarda bosque? En vez de portarse bien hizo que la pusieran de patitas en la calle.

—Querría saber algo del niño. Creo que nació aquí. ¿Qué ha sido de él?

—Hice cuanto pude en su favor. Katuscha estaba muy grave y yo pensaba que quizá no lo contaría; así es que le hice bautizar y le envié al torno... ¿Para qué martirizar á un inocente? Algunos dejan sin comer al niño, que se muere... Yo no quise esto y le envié al hospicio.

—¿Sabíais su número?

—Si lo tenia; pero el niño se murió á los pocos días. Así me lo dijo ella.

—¿Quién?

—La mujer á quien di tal encargo; se llamaba Malania; ya ha muerto. No llevaba los niños al hospicio hasta que tenía tres ó cuatro y les mantenía con biberón.

—Asi, pues...

—Hizo lo mismo con el hijo de Catalina. Lo tendría demasiado tiempo en su casa y enfermó.

—¿Y era un muchacho hermoso?

—Ya lo creo, replicó adulando la vieja.—Todo tu retrato.

—¿Y por qué enfermó? ¿Por falta de alimento?

—Claro está. Ya puedes figurarte que para aquella mujer lo importante era entregarlo vivo. Me contó que habia muerto apenas llegaron á Moscou, y me entregó el óbito. ¡Oh! en cuanto á eso era una gran mujer; le gustaba estar siempre en regla.

Por más preguntas que hizo á la vieja, no pudo saber ninguna nueva noticia de su hijo.

VI

Saliendo de casa la vieja, el príncipe dió de nuevo eü lo alto de la puerta del isba.

En la calle estaban aún los niños que le habían acoro panado y otaos muchos; habia también dos mujeres que tenían niños de pecho y aquella flacucha con el pequeñín que tenia la cara de un viejecito y la sonrisa estereotipada en sus labios. A Neklindoff se le antojaba aquella la sonrisa del dolor. Preguntó quien era aquella mujer.

—Es la Anissia de quien te habíamos ya hablado.

Entonces Neklindoff se volvió hacia ella y le preguntó de qué vivía.

—¿Da qué he de vivir, pobre de mi? De limosna.—Y sus ojos se llenaron de lágrimas, en tanto que el niño retorció sus piecitos delgados, delgados, como el cuerpo de un gusano.

Neklindoff sacó la cartera, tomó un billete de diez rublos y lo alargó á Anisia. Pero aun no habia dado cuatro pasos, cuando se le acercó una mujer que traía un niño en brazos, luego una vieja, después otra mujer y otra. Todas le explicaban su miseria y suplicaban al príncipe que las auxiliase. Pero Neklindoff tenía únicamente setenta rublos en la cartera, y volvió á casa con el corazón lleno de una tristeza infinita.

El mayordomo fué á su encuentro muy jovial y sonriente, y le explicó que los aldeanos vendrían aquella misma tarde.

—Bien, gracias,—dijo el príncipe. Y sin entrar en casa pareó por las avenidas del jardín que las flores de los manzanos cubrían de una lluvia de pétalos. Y en su mente repasaba el cuadro de todas las miserias que pasaran ante

sus ojos. Moría el pueblo y de aquella lenta agonía se había formado ya como una costumbre. Morían los niños, las mujeres

estaban rendidas por un trabajo superior á sus fuerzas, y á todos, y especialmente á los viejos, les faltaban alimentos. Y como á tan triste situación había llegado el pueblo de un modo lento é insensible hasta el punto de no sentir todos su espantoso horror, los ricos creían que era aquella una condición natural; y que así debía ser y no de otro modo.

Todas aquellas verdades aparecían ahora al príncipe con tal evidencia, que se preguntaba asombrado cómo los otros no las advertían, cómo había podido llegar él hasta aquel punto sin verlas, sin comprender que si los viejos y los niños morían era porque la tierra no bastaba para nutrir al ganado, para producir grano y estiércol suficiente. En su mente concibió un proyecto atrevido: ceder en arrendamiento á los aldeanos los campos, mediante una pequeña cantidad, y con esas cantidades formar un capital, propiedad de los mismos aldeanos, con tal que lo empleasen en pagar los impuestos, y en obras de común aprovechamiento. Ni aun ésta era la solución definitiva del problema; pero se le acercaba mucho: por lo pronto renunciaba él á la propiedad inmueble individual, y ésto quería.

Al volver á la casa., el mayordomo le sonrió como de costumbre y le invitó á que pasara al comedor, expresando el temor de que los guisos hechos por su mujer y por su hija quizá no estarían á punto.

La mesa ostentaba unos manteles de tela cruda; en vez de servilletas había unas toballas bordadas. Una vieja marmita contenía un guiso de patatas y pollo; de aquel pollo ó gallo que por la mañana sacudía solemnemente la cresta. Después vino otro nuevo guiso de aquella misma ave, y una pasta especial muy cargada de queso, con un exceso de azúcar y manteca. En conjunto resultaba una comida poco apetitosa; pero Neklindoff la comió sin advertirlo: tan absorto estaba en el proyecto que acariciaba y que había disipado la melancolía que sintiera al volver de la aldea.

En el umbral de la puerta aparecía de cuando en cuando la mujer del mayordomo, la hija, medio asustada, quitaba y traía los platos, y

el amo de la casa, enorgullecido del talento de su mujer, sonreía cada vez de mejor gana.

Terminada la comida, Neklindoff hizo sentar á su lado al mayordomo y le explicó el proyecto que había concebido, preguntándole su opinión. Sonreía y aprobaba el empleado como contento de tener la misma opinión que el dueño; pero la verdad era que no había comprendido nada de lo que le explicó. No era que Neklindoff se embrollara; pero el hecho de que el príncipe venía con el propósito de renunciar á sus propiedades en favor de los otros, formaba un contraste tan grande con la teoría que aquél se había formado en su mollera acerca de la propiedad, que, al decirle Neklindoff que renunciaba á todo y que así se constituiría un capital para los aldeanos, creyó haber comprendido mal.

—Ya comprendo,—dijo de un modo triunfal;—vos cobraréis los intereses.

—No; escuchad bien. Quiero cederles por completo la posesión de la tierra.

—¿Y así no tendréis ninguna renta?—preguntó el mayordomo dejando de sonreír.

—Precisamente: renuncio á toda renta.

El mayordomo lanzó un profundo suspiro y sonrió de nuevo. Se puso á pensar cómo podría obtener á su vez alguna ventaja, y al advertir que le era de todo punto imposible, se quedó triste, indiferente casi y tan solo continuó sonriendo por complacencia servil.

Advirtiendo que el mayordomo no le escuchaba, Neklindoff dejó de hablar y se sentó en una mesita manchada de tinta, y redactó un esbozo de su proyecto.

El sol se escondía detrás de los tilos y los mosquitos que entraban por enjambres por la abierta ventana, picaban á Neklindoff.

Cuando hubo acabado de escribir, un rumor confuso llegó á sus oídos desde la aldea: se oía el balar de las ovejas, el abrir y cerrar

de puertas, voces de hombres reunidos en grupos. Neklindoff tomó la taza de té que le ofrecía su intendente y fuese hacia la entrada de la aldea donde se habían reunido los labriegos.

VII

Reinaba grande animación entre la multitud reunida cerca del patio del starosta; pero al aproximarse el príncipe cesó todo rumor y los aldeanos se descubrieron.

Eran todos aquellos muy pobres, más que los de Kusminskoje; casi todos llevaban zuecos, y las blusas y camisas que gastaban eran haraposas á más no poder. Había algunos descalzos y únicamente en camisa, que acababan de llegar del trabajo.

Haciendo un esfuerzo para dominarse, Neklindoff habló manifestando su intención de ceder sus posesiones. Entre los que le escuchaban no se notó signo alguno de emoción.

—Porqué,—añadió ruborizándose;—creo que todos tienen derecho á los frutos de la tierra.

—Así es; así debe ser;—afirmaron muchas vocea á su alrededor.

Neklindoff continuó su discurso. El fruto de la tierra sería para todos; así estaba dispuesto á cederles los campos por el precio que ellos mismos designaran y á constituir con ese precio un capital del que todos obtendrían provecho.

Sus palabras obtenían aquí y allá signos de aprobación; pero las caras serias de los aldeanos demostraban que, aun cuando no querían avergonzar al que hablaba,—y por eso no le miraban,—no caían en el lazo. Sin embargo, Neklindoff se expresaba con mucha claridad; había muchos aldeanos listos. Pero ninguno le comprendía,

pues no podían imaginar que un hombre fuera tan generoso y bueno que se despojara de sus riquezas en favor de otros, por propia voluntad, sin obedecer á imposiciones ajenas.

—¿Qué precio fijamos, pues, para arrendamiento?—preguntó Neklindoff.

—No lo podemos fijar nosotros,—dijeron varias voces.

—Vuestras son las tierras; á vos toca decir el precio.

—La suma que pagaréis será también para vosotros, de modo que á vosotros atañe fijarla; en bien de vuestra asociación.

—La asociación es una cosa y el trabajo otra.

—Oid bien,—dijo el mayordomo interviniendo.—El príncipe os da los campos en arriendo, y con el precio de éstos formará un capital que servirá para vosotros mismos.

—Sí, si, lo hemos entendido,—contestó un viejo malhumorado y sin dientes, sin levantar la vista del suelo,— Es una especie de banco, y deberemos pagar á término fijo... Pues no queremos; estamos ya mal y eso sería la ruina para todos.

De la multitud se levantaron voces de descontento y casi de ira.

—No, no. Mejor es continuar como hasta ahora.

Cuando Neklindoff les explicó que firmarían un contrato en el cual todos, y él el primero, pondrían la firma, se acentuaron las protestas.

—¿Qué necesidad hay de eso? Hasta ahora hemos trabajado; pues, continuaremos, ¿Para qué la firma? Nosotros somos muy ignorantes.

—No, no lo aceptamos; no estamos acostumbrados. Si queréis hacer algo en favor nuestro, «quitadnos la simiente.»

Esto quería decir que en lo sucesivo fuera el amo quien repartiera la simiente para las futuras cosechas.

—¿No aceptáis? ¿No queréis la tierra?—preguntó Neklindoff á un joven aldeano que estaba de pie, descalzo, ante él, con el rostro sonriente y la gorra entre las manos, en la actitud de un soldado que se descubre la cabeza ante un superior.

—No, señor.

—Eso quiere decir que ahora estáis bien; que lo que tenéis os basta.

—No, señor,—contestó el exsoldado con una alegría poco natural y teniendo la gorra ante el pecho en la actitud del que la ofrece á quien la necesita.

—Reflexionad,—dijo el príncipe, y de nuevo les explicó su proyecto.

—No tenemos que reflexionar; no nos conviene;—replicó el viejo desdentado con aire sombrío.

—Bien. Yo estaré en Panovo todo el día de mañana, y si cambiáis de parecer, venga alguno de vosotros á avisarme.

Los aldeanos no contestaron, y así, sin haber decidido nada, Neklindoff volvió á casa.

—Os digo una cosa, príncipe,—afirmó el intendente;— no lograréis nada. Son gente muy capitosa y desconfiada. Tomados uno á uno, cuando vienen aquí, y les hago sentar y les ofrezco té, parecen unos ministros y ven las cosas por el lado justo. Pero cuando hay muchos juntos, cambian del todo y no son capaces de nada bueno...

—¿Podríamos hacer venir algunos aquí, los más inteligentes? Les explicaría el proyecto de un modo detallado.

—Si, haré que vengan,—contestó el intendente.

—Bien; que vengan algunos mañana.

—Así lo haré.

Y la sonrisa del mayordomo se acentuó viendo á dos mujeres que estaban cerca de la puerta. Les hizo seña de que le siguieran, y

juntos fueron hacia detrás de la casa, en tanto que Neklindoff reflexionaba, matando mosquitos á diestro y siniestro.

Le sacó de su meditación una voz colérica, á la que replicaba la tranquila del mayordomo. Aguzó el oído,

—¿Qué quieres? Ya no tengo fuerza, y ahora quieres acabar de hundirme,—decía una voz de mujer con ira creciente.

—Me había alejado un solo instante,—decía la segunda voz de mujer.. Te ruego que me la devuelvas. ¿Qué gusto hallas en atormentar á la pobre bestia? Además, mis hijos quedan sin leche.

—O pagar en dinero ó con trabajo,—respondía la voz del intendente.

Neklindoff se acercó. Cerca de la puertecita excusada había dos mujeres con el pelo enmarañado; una de ellas preñada. Al ver al amo las mujeres se arreglaron el pañuelo que les mal cubría el pecho, y el mayordomo sonrió. La cosa era muy sencilla. Las mujeres dejaban que sus vacas pacieran en los prados del dueño, el intendente había secuestrado las de aquellas dos y ahora exigía treinta kopecks de multa.

—Estoy harto de deciros que cuando llevéis las vacas hacia los prados las vigiléis.

—He tenido que ir á buscar á mi hijo, y entonces se escaparon las vacas.

—No debiste moverte.

—¿Y quién había de cuidar de mi hijo?

—Se te hubiesen comido mucha hierba,—decía la otra mujer,—menos mal; pero ya sabes que apenas han entrado.

—Han estropeado la hierba, y si las dejamos, quedaremos sin forraje;—afirmó el intendente volviéndose hacia el príncipe.

—No mientas, que es pecado,—contestó la otra mujer.

—Nunca mis animales habían entrado en tus prados.

—Bueno; pero ahora que las he pillado, paga ó trabaja.

—Trabajaré, pero dame las vacas,—replicó la mujer con ira.—No tengo un instante de reposo; mi suegra está enferma, mi marido es un borracho; yo sólo he de bastar para todo y las fuerzas me faltan. ¡Ahora, revientate trabajando para éste!

Y rompió á llorar. Neklindoff ordenó que se devolvieran las vacas y entró en la casa, entristecido. Cada vez le parecía más extraño que los otros no vieran lo que era tan claro y evidente.

—¿Has oído? ¡Vaya un prójimo!—decía entre tanto un aldeano joven que montaba una yegua gorda, á otro compañero viejo y amojamado que iba sobre otro caballo. Los dos iban hacia las propiedades del amo para hacer pacer á las caballerías de noche y subrepticamente.

—Mira como crece la hierba,—replicó el otro.—Es preciso que enviemos á las mujeres á segar una poca donde es más espesa; si no se nos tomarían las hoces,

—¡Ya! Pon la firma, dice,—insistía el joven refiriéndose á Neklindoff,—y cuando has puesto la firma te come vivo.

—En cuanto á esto no hay duda,—aseguró el otro.

Siguió un momento de silencio; sólo se oía el golpear de los cascotes sobre el suelo endurecido.

—Te doy la tierra de balde, me basta que pongas aquí la firma,—añadió el otro.—¡Nos han fastidiado yal! Ahora ya no sucederá: ya sabemos algo.—Y volviéndose hacia atrás, porque no veía un pollino que debía seguirle, empezó á llamarle por su nombre:—¡Koniash! ¡Koniash!

Pero el pollino habíase metido en los prados húmedos de rocío y brincaba por entre la hierba.

— ¡Toma! Ha ido á los prados del amo; ¡ya sabe la costumbre!

VII

Al volver á su casa, Neklindoff encontró preparada en el despacho del mayordomo una cama alta con dos almohadas mullidas, un edredón y una colcha de seda bordada. El intendente ofreció al príncipe un tente en pie, y como rehusara le dejó solo.

La negativa de loa aldeanos no turbó á Neklindoff, y aun cuando hubiesen mostrado desconfianza y hostilidad al contrario de los de Kusminkoje, que aceptaran dándole las gracias, estaba tranquilo y satisfecho.

En la habitación, de dudosa limpieza, hacía mucho calor. Salió al patio con intención de pasar al jardín; pero se presentó á su imaginación el recuerdo de muchos años atrás, de la noche funesta, y no pudo ni quiso pasear por aquellos sitios contaminados por el recuerdo de la culpa. Se sentó en el umbral de la puerta, respirando la brisa templada, contemplando el jardín envuelto en tinieblas, de donde salía el canto de los ruiseñores y el silbido de un pájaro escondido entre una mata que crecía cerca del portal.

Apareció la luna é iluminó poco á poco el jardín florido y la casa, que en aquella hora recordaba vagamente el aspecto de unas ruinas; se oyó á lo lejos el ruido del trueno y una nube oscura cubrió una tercera parte del cielo. Callaron de repente los pájaros; más allá del molino graznaron unos gansos y se oyó el cauto de los gallos, que se contestaban unos á otros.

Un proverbio ruso dice que si los gallos cantan antes del crepúsculo, es señal de una noche apacible.

La que iba á empezar era para Neklindoff más que apacible, alegre, feliz. En su mente se despertaba vivaz el recuerdo del verano, pasado en aquellos sitios, cuando aún era joven é inocente. Más que recordarla, revivía su juventud, cuando á los catorce años rogaba á Dios que le revelara la verdad, cuando lloraba sobre las

rodillas de su madre y le prometía, antes de partir, que obrarla siempre bien y no le causaría ninguna pena; sentíase en el mismo estado de ánimo que cuando él y su amigo Nicolás Irteneff habíanse prometido vivir siempre como hombres honrados, apoyarse mutuamente y hacer felices á los demás...

De repente se acordó que en Kusminskoje había vacilado á la idea de renunciar á su casa, á sus bosques, á sus campos, é interrogó ó su alma; ¿le disgustaba perder todo aquello? No, y le pareció imposible que hubiese vacilado. Luego vió cuanto le habla ocurrido durante el día; la casa del aldeano pobre; la de Matrona Charina, que creía que las mujeres de su clase han de entregarse al dueño; aquel pequeñín de la gorrita de punto que moría por falta de alimento; y aquella pobre mujer en cinta, abatida, á la que su intendente quería hacer trabajar sin piedad, después de cansada, porque no había vigilado bastante las vacas!...

La luna aparecía en todo su esplendor, blanca, tersa, casi llena, esparciendo por el jardín, junto con su luz, sombras largas y negras y haciendo relucir el techo de hierro de la casa ruinosa. Y como para saludar la luz, los ruiseñores, que callaban hacía un rato, llenaron el espacio con sus cristalinas notas.

Neklindoff recordó que en Kusminskoje se sintió perplejo pensando cómo debía resolver las dificultades que se oponían á la vida que quería llevar en lo sucesivo. Ahora todo le parecía fácil. Es que ahora no pensaba en las consecuencias de su plan; sólo se cuidaba de lo que debía hacer: no pensaba en lo que podría ocurrirle á él; no pensaba sino en lo que debía hacer en favor de los demás. Ahora le parecía imposible no reparar las tierras entre los aldeanos; comprendía que no podía abandonar á Katuscha, sino ampararla y rescatar su culpa para con ella; advertía la necesidad de estudiar profundamente todas las cuestiones relacionadas con los tribunales y con las cárceles y castigos en las cuales parecía ver algo que escapaba á la penetración de los otros. No sabia lo que resultaría de ello; pero tal era su deber.

La nube negra se extendía por el cielo tomando un tinte sombrío; los relámpagos, más seguidos cada vez, iluminaban con vivísimo resplandor la casa y las grandes puertas desquiciadas, y el trueno resonaba sobre la cabeza del príncipe, Todos los pájaros callaron de nuevo y en seguida las hojas de los árboles se agitaron, y una ráfaga de viento llegó hasta Neklindoff. Luego cayó una gota gruesa y otra y otra que resonaron sobre los techos; de repente pareció incendiarse el cielo con el fulgor de un relámpago, siguió un instante de silencio y Neklindoff no había tenido aun tiempo de levantar la cabeza cuando oyó el estallido seco y fuerte del trueno, que se esparció retumbando por el espacio.

El príncipe entró en la casa.

—Sí,—pensaba,—es imposible comprender la razón de la vida, saber su significado ¿Por ique habían vivido las dos ancianas tías? ¿Por qué había muerto Nicolás Irteneff? ¿Por qué conoció á Katiuscha?...

Y no comprendía tampoco sus locuras, la vida desenfrenada que llevó luego. Pero, si no era dado comprender el por qué de la obra del Señor, por lo menos podía seguir su voluntad, impresa en su conciencia de hombre.

La lluvia caía á torrentes; no cesaba un momento el relámpago. Neklindoff se desnudó y se acostó, no sin temer que la cama estuviese llena de bicharracos, como se lo hacía suponer el aspecto de la habitación.

—Sentirse siervo y no amo, ieso es lo bueno!—pensaba y gozaba en tal pensamiento.

Su temor era fundado, pues apenas apagada la luz, se sintió acometido por una legión de insectos.

—Ceder la tierra... ir á Siberia... soportar incomodidades é inmundicias... Todo lo soportaré si es necesario.

Pero, á pesar de sus buenas disposiciones no pudo resistir; saltó de la cama y junto á la ventana se absorbió en la contemplación del

cielo.

IX

Neklindoff no pudo dormirse hasta el alba y se levantó tarde al día siguiente.

A medio día llegaron siete aldeanos, los más inteligentes según el administrador, y se sentaron en unos bancos alrededor de una mesita, bajo un grupo de manzanos. Hubo grandes trabajos para convencerles de que debían sentarse y cubrirse, especialmente al ex soldado que se había puesto para tal solemnidad un par de calcetines y unos zuecos nuevos. Pero cuando un viejo de aspecto grave con una gran barba rizada, como la del Moisés de Miguel Angel, se hubo puesto el amplio sombrero sobre la tostada frente, los otros siguieron su ejemplo.

Neklindoff se sentó enfrente de ellos, apoyando el codo en la mesa y les explicó su proyecto. Fuera porque eran menos aquella vez ó porque se cuidara menos de sí mismo, Neklindoff se expresaba con mayor seguridad.

Sin darse cuenta de ello, Neklindoff se dirigía con preferencia al viejo de la gran barba gris, como esperando que hiciera algún signo de aprobación ó alguna objeción. Pero el concepto que de él formara Neklindoff era equivocado: por más que de cuando en cuando inclinara su cabeza de patriarca ó frunciera el entrecejo cuando los demás interrumpían, no comprendía del todo las palabras del principe hasta que se las habían traducido á su dialecto. Mejor le comprendía un viejecito, casi imberbe, con un ojo bizco, que enarcaba las cejas con gran rapidez y hacía esfuerzos para comprender. También le entendía con gran facilidad otro viejo de mediana estatura, vigoroso con el pelo y la barba blancos y los ojos

muy vivos é inteligentes, el cual no dejaba pasar ocasión de hacer comentarios ridículos é irónicos á las palabras del príncipe, satisfecho evidentemente de su desenvoltura. Pero quien discutía más seriamente el contrato era un aldeano alto, de barba corta y nariz larga, que llevaba un traje confeccionado en su casa y un par de zuecos nuevos. Este lo entendía todo con rapidez y tan solo interrumpía cuando le parecía necesario. Los otros dos, el viejo sin dientes y el ex soldado escuchaban con mucha atención; pero no decían ni una palabra.

Neklindoff explicó primero su teoría sobre la propiedad individual.

—La tierra,—les decía,—no se debe poder comprar ni vender, porque si esto fuese lícito los ricos la comprarían toda y podrían pretender lo que quisieran de los otros, porque tendrían derecho sobre la tierra. Hasta para estar en pie sobre la tierra podrían exigir dinero,—añadió,—repetiendo un argumento de Spencer.

—Habría un medio para zafarse; ponerse un par de alas y volar,—dijo el bromista.

—¡Eso es!—confirmó el de la nariz larga.

—¡Es verdad!—exclamó el ex soldado.

—¡Oh!—exclamó el patriarca,—porque la vaca de una pobre mujer ha comido un poco de hierba, van y la meten en la cárcel.

—Si uno posee un campo á cinco verstas de distancia y quiere arrendar uno más próximo, no puede porque los precios están muy altos,—clamó con rabia el desdentado.

—Porque sé eso,—replicó Neklindoff,—es por lo que quiero ceder las tierras.,

—¿Por qué no? Sería una buena obra,—dijo el patriarca.

—He venido á Pánovo con tal objeto: renuncio á poseer las tierras. Ahora todo estriba en el modo de emplearlas.

—Dánoslas y no te cuides de más,—dijo el viejo desdentado.

Neklindoff sintió un movimiento de timidez, porque aquellas palabras parecían envolver una duda acerca de sus intenciones, pero pronto se serenó, aprovechando aquella observación para explicar mejor sus planes.

—¡Dárosela á vosotros! Me alegraría mucho. Pero ¿de que manera? ¿A quienes entre los muchos aldeanos? ¿Por qué á vuestra aldea y no á Deminskoie?

Aquel era el nombre de una aldea vecina, pobrísima.

Nadie contestó. Unicamente el soldado murmuró:

—¡Es verdad!

—Asi, pues, decidme:—replicó Neklindoff,—¿cómo os las habríais arreglado si yo os las hubiese cedido sin ninguna condición?

—¿Que cómo nos las habríamos arreglado?... Las habríamos dividido en partes iguales entre todos,—contestó el que enarcaba las cejas.

—Eso es; asi lo hubiéramos hecho,—confirmó otro de los viejos.

—¿De qué modo se entiende eso de las personas?—replicó Neklindoff;—¿contando todas las que trabajaban por cuenta del amo? ¿Dividirlas también entre ellos?

—¡Oh, esto no!—dijo el ex-soldado, procurando dar entonación alegre á su respuesta.

Intervino entonces el aldeano alto y listo para desaprobar aquello.

—Ya que se debe dividir, justo es repartirlo entre todos,—afirmó con su voz de bajo.

—Es imposible lo que decís,—respondió Neklindoff que había preparado ya su objeción.

Dando partes iguales á todos, los que no la cultivan por sí mismos, la venderían á los ricos y así estos tendrían de nuevo mayor cantidad de tierra. Por otra parte algunos de vosotros aumentaríais la familia, y muy pronto, no bastándoos vuestra parte de tierra, los ricos os

tendrían de nuevo en su poder porque tendríais necesidad de su tierra.

—Es mucha verdad,—se apresuró á responder el exsoldado.

Bastaría con prohibir que se vendiera la tierra y darla únicamente al que la trabajara con sus propias manos, —dijo el de las cejas haciendo callar al otro.

Pero aun para esta respuesta tenía Neklindoff una objeción: ¿cómo determinar con precisión quién laborase por sí mismo y quién por encargo de otro? Entonces, el aldeano alto, que razonaba con cierta habilidad, propuso disponer las cosas de modo que la tierra se cultivara en común.

—El que trabaje tomará una parte de la cosecha, y el que no trabaje, no tendrá nada, —concluyó con su voz de bajo, en tono decisivo.

Neklindoff opuso también argumentos á tal sistema. Contestó que en tal caso la justicia exigía que todos poseyeran arados y caballos en igual número y de igual valor, á fin de que ninguno se encontrara en condiciones de inferioridad respecto de los otros; ó bien que caballos, arados, trilladoras, todos los aperos de labranza necesarios para cultivar los campos, fuesen de propiedad común; pero para que pudiese hacerse así, era necesario que todos vivieran de buen acuerdo.

—Si es á eso á lo que se tira, puede asegurarse que nunca estaremos de acuerdo,—dijo el viejo desdentado.

—Será un embrollo sin fin,—confirmó el de la barba blanca y ojos inteligentes.

—Las mujeres se arañarán continuamente.

—Ved ahora otra objeción,—continuó Neklindoff.— ¿Qué razón hay para que uno posea una tierra rica y fértil, y otro un páramo?

—Bastaría hacer partes iguales, —insistió uno de los viejos.

Pero Neklindoff explicó que la gran cuestión no era la de poder repartir la tierra entre los habitantes de una aldea, sino entre todos de una provincia. En tal caso, cada uno pretendería la mejor tierra.

—Esto es verdad,—afirmó el ex soldado. Los demás callaban.

—La cosa no es tan fácil como puede parecer á primera vista, - añadió Neklindoff.—No somos nosotros solos los que hemos pensado en esto; otros muchos han estudiado tal cuestión, y entre ellos, hay un norteamericano, un tal George, quien ha resuelto el problema de un modo que ahora quiero explicaros, porque también yo soy de su parecer.

—¿Qué necesidad hay de eso?—interrumpió el viejo sin dientes;—tú eres el amo, y se hará todo lo que tú quieras.

Aquella interrupción turbó algo al príncipe; pero con gran satisfacción comprendió que los otros no la aprobaban.

El aldeano que parecía tener más sentido común, le dijo:

—¡Tened paciencia, tío Simón! Dejadle hablar.

Neklindoff empezó á explicar entonces la teoría de Henry George, sobre la propiedad territorial.

—La tierra no es propiedad de nadie,—comenzó,—pertenece á Dios.

—Es verdad,—dijo una voz.

—La tierra es propiedad común y todos tienen sobre ella igual derecho. Pero hay tierras buenas y malas, y todos, como es natural, desean las mejores. ¿Cómo arreglar esa diferencia? De esta manera: quien quiera poseer un trozo de tierra fértil, debe pagar su justo precio á quien no la posee. Pero como sería difícil y complicado determinar cuánto y á quién se deberla pagar, y por otra parte es necesario recoger cierta suma para subvenir á los gastos que están á cargo de todos, es preciso arreglar las cosas de manera que los que poseen la tierra, entreguen su valor á la caja común para emplearlo en las necesidades generales. De esta manera cada cual

tendrá su parte. ¿Quieres tierra? Pues paga determinada suma proporcionada á la fertilidad de la tierra. ¿No quieres poseer? Pues no debes pagar nada. Y los que tienen campos, contribuirán á las necesidades generales, hasta por la parte que te tocaría á tí.

—Eso está bien,—aprobó el de las cejas.—Quien tenga mejor tierra, es justo que pague más.

—¡Vaya una cabeza la de este George!—exclamó el viejo de la barba rizada.

—Ahora es preciso que el precio no sea superior á nuestras fuerzas,—indicó el aldeano alto, juzgando que las explicaciones del príncipe habían terminado.

—El precio no debe ser ni muy elevado ni muy bajo. Si la tierra es muy cara ninguno la querrá, porque no podrá pagarla; si es muy barata, pronto empezarán á venderla unos á otros y harán de la tierra un artículo de comercio. Y hé aquí todo el plan que he ideado en interés vuestro.

—Es muy justo, está bien, ¿por qué no probarlo?—exclamaban los aldeanos que habían comprendido la idea de Neklindoff y les gustaba.

—¡Qué cabeza!—iba repitiendo el de la barba rizada.

—¡Vaya unas cosas que ha imaginado este George!

—¿Y si yo quisiera también adquirir tierra?—preguntó el administrador con su acostumbrada sonrisa.

—Si sobra,—respondió Neklindoff,—tomadla y cultivadla.

—¿Tú? ¿Qué necesidad tienes de eso? ¿No comes bastante sin necesidad de trabajar la tierra?

La discusión terminó así.

Neklindoff repitió las líneas fundamentales de su plan, y dijo que no exigía pronta respuesta, así es, que les exhortaba á no tomar ninguna decisión sin haber consultado con todos sus compañeros.

Asintieron los aldeanos y se marcharon en un estado de sobreexcitación muy grande.

Durante un gran rato, se oyó el clamor de sus voces que se alejaba poco á poco, y la brisa de la tarde, trajo aún, durante largo rato, el eco que se alejaba más y más en dirección al río.

Al día siguiente, los aldeanos no trabajaron, y se entretuvieron en discutir la proposición del amo. La aldea se había dividido en dos partidos; uno admitía y consideraba

Sin peligro alguno el plan de Neklindoff! otro quería ver en ello una celada, que temía tanto más cuanto que no podía adivinar en qué consistía. El tercer día, todos estaban de acuerdo en aceptar las condiciones del príncipe, y fueron en busca de éste para comunicarle la decisión de la comunidad.

A tal resultado habla contribuido, especialmente, una vieja que explicó el motivo determinante de la decisión del amo.

La admitieron como buena loa demás. Consistía en lo siguiente:

Neklindoff empezaba á pensar en su alma, y obraba así para salvarla.

Tal hipótesis estaba corroborada por las grandes sumas de dinero que el príncipe distribuía en limosnas durante su estancia en Panovo.

Por primera vez, aparecía ante sus ojos, la pobreza en todos sus horrores, la dureza y las privaciones continuas de aquella vida, y sobrecogido por aquella miseria, aún cuando sabia que era una cosa irracional, no podía dejar de dar aquel dinero que poseía en abundancia, por haber vendido los bosques de Kcsminskoje y haber tomado un anticipo sobre la venta de los géneros almacenados.

Como por la aldea habia corrido la voz de que el amo era muy espléndido y daba á quien le pedía, de todas partes acudían mujeres á implorarlo. Neklindoff no sabia á quién ni cuanto dar; comprendía que rehusar á aquellas personas visiblemente necesitadas el dinero que le pedían suplicando, le era imposible teniendo él tanto; y por

otra parte, comprendía que dar así, á destajo, era una cosa insensata.

El único medio de salir de apuros, era marcharse, y esto es lo que hizo Neklindoff.

El último día que estuvo en Panovo, quiso visitar la casa señorial antigua.

Husmeando por todos los rincones, encontró en el último cajón de una arquilla de palo de rosa, que perteneció á sus tías, muchas cartas y varios retratos; Sofía Ivanovna, María Ivanovna, él mismo y la Katuscha, hermosa, pura, fresca, con su sonrisa jovial. Esto es lo único que tomó el príncipe; todo lo demás lo dejó al que le había comprado la casa por la décima parte de su valor, diciendo que le seria preciso derribarla.

Y como volvía á su mente el disgusto que por un momento experimentó en Kunsminkoje al pensar que debía renunciar á su propiedad, se asombraba de haber podido ceder, por'un solo instante, á tan mal sentimiento. Ahora, por lo contrario, sentía la alegría de su buena acción, y de aquella novedad impensada, como un viajero á cuyas miradas se abren siempre nuevos horizontes.

X

Neklindoff llegó á la ciudad cuando estaban encendidos los faroles y le dejó admirado algo nuevo y extraño.

Desde la estación fué á su casa. Por las habitaciones se sentía aún un fuerte olor de naftalina, y la Petrovna y Kornei, cansados y aburridos todavía, estaban arreglando la casa.

El dormitorio de Neklindoff estaba atestado de baúles abiertos, hasta el punto de que apenas podía moverse; y el príncipe comprendió que su llegada estorbaba á los criados para acabar aquella operación de arreglo general, ya principiada.

En otro tiempo, aquel rebullicio le hubiese producido una sensación de alegría; pero ahora, conmovido aún por el espectáculo de la miserable vida de los aldeanos, parecióle una cosa tan mezquina é insulsa, que resolvió ir á la fonda al día siguiente, dejando que Agripina Petrovna se las arreglara como mejor pudiera, hasta que llegase su hermana, quien se encargaría de disponer definitivamente de cuanto había en la casa.

Hacía frío.

Después de los temporales y de las lluvias de los últimos días, un frío súbito destempló aquellos primeros días de la primavera; el aire era tan cortante que Neklindoff se estremecía dentro de su abrigo de verano, y apretaba el paso para entrar en calor. Desfilaban ante su vista, las personas que viera en Panovo; mujeres, viejos, niños, y aquella vida de miserias y sufrimientos, y sin quererlo, confrontaba aquello con el gran espectáculo que ofrecía la ciudad.

Lanzaba ojeadas á las tiendas donde se vendía carne, pescado ó trajes hechos, y todo aquello le asombraba como si nunca lo hubiese visto. Le asombraban también los rostros de los tenderos y de los cocheros de lujo con sus libreas de dorados botones y sombreros galoneados, las criadas con delantales blancos y ricillos que les tapaban la frente, y más que nada, le asombraba, el aspecto de algunos paseantes, lucios, robustos y con expresión satisfecha, que lanzaban sobre los demás transeúntes miradas de indecible desprecio.

Neklindoff pensaba que muchas de aquellas gentes eran aldeanos que se habían visto en la necesidad de abandonar su país natal, donde sufrían tanta miseria. Pensaba que algunos habían sabido aprovechar los recursos que ofrece la ciudad y era los que él veía ahora satisfechos; pero que muchos otros habían caldo en los

abismos sin fondo de la vida ciudadana, y que sufrían más aún que en su propio pueblo.

A esta categoría de desgraciados, debían pertenecer las lavanderas y planchadoras, pálidas, delgadas, con el pelo alborotado que pasaban la plancha sobre la ropa, con las manos descarnadas, ante las puertas abiertas de par en par, por las que se escapaba un vapor que olía á jabón; unos tintoreros, con delantales de piel, tiznados de color de cabeza á pies, con las mangas arremangadas, hasta el codo, que mostraban los brazos quemados por el sol, y que tenían las caras fatigadas y tristes, en tanto que las manos huesosas, llevaban sin descansar un minuto, cubos de tintura de un lado á otro, blasfemando. Las mismas caras tristes y fatigadas tenían los carreteros cubiertos de polvo que iban guiando los carros; iguales rostros tenían los hombres y las mujeres que mendigaban en las esquinas; parecidas caras vió Neklindoff dentro de las tabernas, ante las cuales pasaba.

Cerca de las mesillas sucias llenas de botellas y de tazas de té, estaba sentada una multitud que tenía las caras tristes ó demasiado alegres; que reía ó cantaba, pero su alegría no era la que presta el bienestar y la ponderación de fuerzas, sino la mueca del vino, la alegría buscada, artificial, la que causa pena al que la mira.

—¿Por qué están aquí esos?—se preguntaba Neklindoff en tanto que el viento helado traía en su masa un olor de tintura y aceite rancio que afectaba.

En una de las calles pasó por su lado un carro cargado de barras de hierro, que al chocar entre si á cada vaivén producían un gran ruido que le ensordeció. Fastidiado y aburrido, aceleró el paso para adelantarse al carro, cuando oyó que le llamaban por su nombre. Neklindoff se detuvo y vió á un hombre con uniforme militar, con bigotes afilados que parecían lanzas, con el rostro radiante, que, medio tendido en un lujoso carruaje, le hacía signos amistosos, sonriendo y enseñando sus blanquísimos dientes.

—¡Hola, Neklindoff! ¿Eres tú?

La primera impresión del príncipe fué agradable.

—¡Shembok! —exclamó con alegría.

Pero comprendió en seguida que no había para qué alegrarse.

Era el mismo Shembok de siempre.

Había mucho tiempo que le había perdido de vista, pero había oído decir que tuvo que abandonar el regimiento

á causa de sus enormes deudas y que se ocupaba en varios asuntos, y principalmente en la compra y venta de caballos ganándose la vida como Dios le daba á entender. El aspecto satisfecho que tenia, demostraba que no le iba del todo mal.

—¡Qué dicha que estes aquí; casi no hay nadie en la ciudad!
¡Pero veo que has envejecido!

Había bajado entretanto del coche y echaba el busto hacia atrás para desperezarse.

— Te he conocido en el andar... ¿Comemos juntos hoy?... ¿Dónde iremos para comer bien?

—No sé; pero temo que no tendré tiempo,—respondió Neklindoff, pensando en el modo de desembarazarse de aquel compañero, pero sin ofenderle.—¿Y tú, á qué has venido?

— Negocios, negocios, querido. ¿Quizá no sabes que' soy tutor? Administro los bienes de Samanoff, aquel ricachón desvergonzado. ¿Le conoces? ¡Tiene cincuenta y cuatro mil fanegas de tierra!

Schembok pronunció aquellas palabras con tono de importancia, como si hubiese sido él quien poseyera aquella fortuna.

—Era una dejadez espantosa; los campos estaban todos en manos de los aldeanos que no pagaban nada; habia atrasos que subían á ochenta mil rublos... Pues bien, en un año, he transformado todo eso y he logrado un interés del setenta por ciento. ¿Qué te parece?

Neklindoff se acordaba haber oído decir' que Schembok, quizá por haber disipado todo su patrimonio, y contraído deudas que no podría

pagar nunca, habla sido nombrado tutor de un viejo rico, á quien se puso bajo tutela; y ahora resultaba que de aquella tutela se mantenía.

—¿Cómo voy á soltar á éste sin ofenderle?—se preguntaba Neklindoff.

Y en tanto que escuchaba la charla de su excompañero, que le explicaba del modo expeditivo como arreglaba los

asuntos de su pupilo, miraba aquellas facciones lustrosas de luna llena con bigotes afilados.

—¿Dónde almorzaremos, pues?

—Es que no tengo tiempo,—respondió Neklindoff, mirando su reloj.

—Pues bien, entonces, hagamos otra cosa. Esta tarde hay carreras de caballo; supongo que irás.

—No.

—¡Si, hombre ven! No tengo ya caballos propios; tengo los de Griscia (disminutivo de Gregorio), poseo una magnifica cuadra... Ven y cenaremos juntos.

— Ni aún esto, querido; no tengo tiempo para cenar contigo,—contestó el príncipe sonriendo.

—¡Vaya un hombre! ¿Dónde vas ahora? ¿Quieres que te acompañe en mi coche?

—Voy á casa de mi abogado; gracias; pero está aquí cerca.

— ¡Ah, es verdad! Me había olvidado que te ocupas mucho en asuntos carcelarios. Me han dicho algo de ello los Korchagin. Por cierto que están ya en el campo. ¿No quieres explicarme de qué se trata?

—¿Cómo es posible que te cuente ahora aquí, en un momento, en la calle?...

— Siempre has sido muy original. ¿Vendrás á las carreras?

—¡No, hombre, no! No tengo tiempo ni ganas. Te ruego que no te enfades por eso.

—¡Qué enfado ni qué ocho cuartos! Imagínate.

De momento su rostro se puso serio con la mirada fija y el entrecejo marcado; evidentemente quería recordar algo, y el príncipe advirtió en su rostro la misma expresión de imbecilidad que le llamara la atención momentos antes, al verla en la cara de un hombre que estaba junto á la puerta de una taberna.

—¿Qué frío hace hoy, eh?

—Ya lo creo.

—Ya lo creo.

—Adiós, pues, querido. He tenido mucho gusto en verte.

Le estrechó fuertemente la mano, y subiendo al coche, agitó su mano elegantemente enguantada de gamuza blanca, y lo saludó de nuevo con una sonrisa que hizo aparecer sus blancos dientes.

—¿Es posible que yo me haya parecido A éste?—pensaba Neklindoff, siguiendo su camino hacia la casa de su abogado.—Si no he sido así, he querido serlo por lo me nos... y me figuraba que así podría pasar toda mi vida!...

XI

Fanarin introdujo al príncipe en su estudio sin hacerle esperar turno, y empezó á hablarle en seguida del proceso de los Menschoff que había leído, mostrándose indignado de aquella acusación que no tenía el menor fundamento.

—Es una cosa que indigna,—exclamaba.—Todo induce á creer que el incendio lo produjo el mismo propietario para lograr de la sociedad aseguradora el valor de la casa; pero de lo que no cabe duda es que no se puede probar la culpabilidad de Menschoff: si la vista se verifica aquí y no en el tribunal del distrito, respondo del éxito y no quiero ningún estipendio. En cuanto al asunto de la aldeana Fedossia Birinboff, he extendido la súplica á S. M. I. en nombre de la condenada. Os aconsejo que vos mismo la llevéis á Petersburgo, y que tratéis de buscar influencias para los que forman la comisión de recursos de gracia.

—Mé escriben además...

—Veo, príncipe que os habéis convertido en el portavoz de los presos,—dijo sonriendo el abogado.—Creo que tomáis demasiado á pecho todo eso, y que al cabo no sabréis como arreglaros.

—No; oid eso, que es tremendo.—Y en pocas palabras expuso el hecho.

Se trataba de un aldeano que, sabiendo leer, explicaba el Evangelio á sus compañeros. Los curas se pusieron de por medio, el aldeano fué encarcelado y la Audiencia confirmaba la sentencia del juez.

—¡Es una cosa horrible!—concluyó Neklindoff.—¿Creéis que sea verdadera?

—¿De qué os asombráis? Sabed que jueces, fiscales y magistrados no son si no empleados que esperan el sueldo á fin de mes, y para ganar ese sueldo acusan, juzgan y condenan al lucero del alba.

—Pero, ¿existe una ley que permita condenar á destierro á una persona por el solo hecho de haber explicado á otras el Evangelio?

—No sólo á destierro sino á presidio, si resulta que al explicarlo le ha dado otro sentido que el que le dá la Iglesia, Entraña eso una condena á presidio por tentativa de variar la fé ortodoxa.

—¡Eso es una enormidad!

—Sí; y tanto es así que cada vez que veo á los magistrados no puedo por menos de sentir reconocimiento hacia ellos, porque no os mandan á vos y á mí á la cárcel. Con la mayor facilidad del mundo podrían acusarnos y enviarnos á Siberia.

—Pero si todo depende del fiscal y de los magistrados, ¿para qué tener tribunales?

El abogado soltó una carcajada.

—No me preguntéis eso, querido; eso se llama filosofar... También podemos hablar de eso si os gusta. Venid á verme el sábado; encontraréis literatos, pintores, hombres científicos y entonces hablaremos de todo eso... ¿Conocéis á mi mujer?... Os ruego que vengáis.

—Haré lo posible por no faltar,—contestó Neklindoff sintiendo que mentía, porque aquella reunión le daba grima.

La carcajada del abogado al hablarle de la justicia y de las enormidades de jueces y magistrados, el acento con que pronunció «filosofar,» demostraban á Neklindoff que si se habia sentido muy alejado de su antiguo compañero Schembok, aun lo estaba más del abogado y de la sociedad en qué éste vivía.

XII

Como habla bastante distancia hasta la cárcel y se le hacía tarde, Neklindoff tomó un coche.

Por la calle, el cochero, hombre de mediana edad y de rostro bondadoso, se volvió hacia el príncipe y señalando un edificio en construcción, dijo:

—¡Mirad qué hermosa casa están levantando!

Lo dijo de un modo que parecía tener parte en ella.

Era, en efecto, una casa desmedida, de un estilo complicado y artificioso. Sobre las andamiadas se movían los albañiles como hormigas atareadas; subían los peones cargados con sacos de cemento ó pesadas artesas; los picapedreros tallaban y pulían los bloques, otros arreglaban y transportaban viguetas de hierro y vigas de madera, y un señor de importante aspecto, señalando en alto, decía algo al encargado de las obras, que le escuchaba con sumisión, mirando á veces á los carreteros y peones que descargaban los carros á dos pasos de ellos.

Neklindoff observaba la casa y pensaba:

—¡Cuán persuadidos están los que trabajan y los que hacen trabajar, de que debe ser así!... Y en tanto que en su casa las mujeres se agotan en su traba superior á sus fuerzas, y los niños, con las gorritas astrosas, y los viejos sonríen de hambre, ellos se entretienen en edificar esta casa estúpida é inútil!... Es verdaderamente una cosa tonta,—dijo en voz alta resumiendo su pensamiento.

—¿Cómo tonta? — exclamó el cochero ofendido.—No véis que dá trabajo á mucha gente. No es tonta ni mucho menos.

—Es un trabajo inútil.

—Si la construyen, señal de que es útil,—replicó el cochero.—Y así dan qué comer á mucha gente.

Neklindoff calló; pero poco después el cochero reanudó la conversación.

— ¡Cuánta gente viene á la ciudad! No es extraño que luego no haya trabajo para todos,—dijo señalando á Neklindoff un grupo de aldeanos que llegaban en dirección opuesta y llevaban hoces, segures y un hatillo de ropa sobre el hombro.

—¿Vienen más que otros años?—preguntó Neklindoff.

—Sí, y por eso los jornales han bajado y nadie les solicita; pero ellos se meten por todos los agujeros.

—¿Y de qué previene eso?

—De que se multiplican más y más y no saben cómo vivir luego.

—¿Qué importa que se multipliquen? ¿No tienen acaso sus tierras?

—Es que las tierras que tienen no les bastan.

Ocurríasele á Neklindoff lo que á aquellos que tienen alguna parte del cuerpo dañada: parece que la gente se la tope de caso pensado.

—¿Es posible que en todas partes ocurra lo mismo?— pensó Nekliddoff.—Y preguntó al cochero cuánta tierra tenía en su país y porque vivía en la ciudad.

—Somos cuatro y tenemos una deciatina para cada uno, — contestó el cochero.—Mi padre y un hermano mío cui-

dan de la tierra; otro hermano le tengo en el servicio; yo vine aquí. Tan mal están mi padre y mi hermano que éste quería irse á Moscou.

—¿Por qué no arrendáis más tierras?

—¿Y hallarlas? Todas están ahora en manos de comerciantes y con esos no se puede tratar... Quieren hacerla labrar por cuenta propia. El dueño de nuestras tierras es un francés y no quiere oír hablar de arrendamientos.

—¿Un francés?

—Sí, un francés, Dufar. Quizá le hayáis oído nombrar. Es el peluquero de las actrices, y parece que el oficio es bueno, porque ha hecho una fortuna... Ha comprado á nuestra dueña todas sus posesiones y puede disponer á su antojo de nosotros... Sin embargo, como es bueno, no nos quejamos. Su mujer, en cambio, que es rusa, es un mal bicho, de que Dios nos libre; es una calamidad para nosotros... Aquí está la cárcel. ¿Dónde queréis bajar? ¿En la puerta

grande?... Creo que no os dejarán pasar.

FIN DEL TOMO PRIMERO

XIII

Neklindoff se acercó á la cárcel dominado por grande emoción, preguntándose en que disposición encontraría á la Máslova, y un sordo terror le invadía pensando en el misterio que envolvía á la joven y á los demás desdichados.

El príncipe llamó y preguntó al carcelero por la Máslova. Le dijo que prestaba servicio en la enfermería, y allí se dirigió después de enterarse que debía pasar por el corredor del departamento de los niños.

Compareció un médico joven que con voz áspera preguntó á Neklindoff que quería. A pesar de su apariencia era un buen chico, y si recibía casi regañando á Neklindoff era que temía que quisiese algo contrario al reglamentó, y deseaba demostrar que no hacia excepciones en favor de nadie.

—No están aquí las mujeres.

—Ya lo sé; busco una enfermera.

—¡Ah!... Sí, hay dos... ¿Qué deseáis?

—Tengo mucho interés por una de ellas, la Maslova, y desearla verla,—dijo el príncipe.—Parto para Petersburgo á fin de presentar un recurso de casación y antes quisiera darle este objeto: es un retrato.

Y se lo enseñó.

—Bien, bien,—replicó el médico suavizado ya.—Eso es permitido.—Y llamando á una vieja dijóle que hiciera venir á la Máslova en seguida.

Neklindoff, aprovechando las buenas disposiciones del médico, le preguntó cómo se portaba la Máslova.

— Bien; no estoy descontento de ella. Hace lo que puede y pone mucho cuidado en lo que hace,—respondió el médico.—Aquí está.

Por una de las puertas apareció la vieja y detrás de ella la Máslova. Llevaba un vestido á rayas cubierto con un delantal blanco, y un pañuelo blanco cubría sus negros cabellos. Al ver á Neklindoff se ruborizó y se paró un momento como turbada y vacilante; después frunció las cejas, bajó los ojos y se adelantó hacia él a pasos rápidos y cortos; no le quería dar la mano; pero cuando estuvo cerca de él se la alargó y se ruborizó más.

Después del día en qué se había excusado de sus impertinencias, Neklindoff no la había visto más y esperaba que estarla en igual disposición de ánimo. En vez de esto la encontraba cambiada, teniendo su rostro una expresión que el príncipe no sabia explicarse, algo contenido, reservado, algo hostil á él. Le dijo poco más ó menos lo que había ya dicho al médico y le alargó la fotografía.

—Es un antiguo retrato que he encontrado en Panovo. He creído que os gustaría tenerle. Tomadlo.

Katiuscha le echó una mirada con sus ojos oscuros y enarcando las negras cejas, pareció preguntar: ¿A qué viene todo eso?—Luego tomó la tarjeta y se la escondió debajo el delantal.

—He visto á vuestra tía.

—¿Si?—repuso ella con indiferencia.

—¿Estáis bien aquí?

—Bastante.

—¿No os parece demasiado cansado?

—No, no... aunque todavía no estoy acostumbrada,

—Me alegro. Siempre es mejor que estar allí.

—¿Dónde allí?—preguntó Máslova enrojeciendo hasta las orejas.

—Allí, en la cárcel,—se apresuró á contestar Neklindoff

—¿Por qué mejor?

—Creo que esto es más sano, y por lo menos no tendréis que tratar con gente como la que allí hay encerrada.

—Había algunas muy buenas,—observó la joven.

—Sabed que me he ocupado en lo de los Menschoff; hay grandes probabilidades de que sean absueltos.

—Me alegrare mucho; ¡es una viejecita tan buena!— exclamó la Máslova y sonrió ligeramente.

—Hoy mismo marchó á Petersburgo; vuestro recurso será discutido en seguida, y espero que la sentencia quedará casada.

—Casada ó no, para mi es igual ahora.

—¿Por qué, ahora?

—Porque sí...—replicó ella mirándole un instante con muda interrogación.

Neklindoff comprendió el sentido de aquella interrogación. Quería saber si el príncipe persistía en la intención que le había manifestado, ó si la negativa opuesta por ella le había hecho variar de propósito.

—No comprendo porqué os debe ser igual,—replicó,— En todos los casos, estoy pronto á lo que os dije.

El tono con que pronunció estas palabras era decisivo. Katiuscha levantó la cabeza; sus negros ojos se fijaron en él y su rostro resplandeció de alegría. Pero los labios no quisieron confirmar lo que claramente expresaba la mirada.

—Es inútil lo que decís.

—Lo digo, porque deseo que quede bien grabado en vuestra mente.

—Ya lo dijimos una vez; no hay que añadir nada,— contestó conteniendo con trabajo una sonrisa.

En el cuarto cercano se oyó ruido, y después el llanto de un niño.

—Creo que me han llamado,—dijo la Máslova, volviéndose con inquietud.

—Adiós pues, — contestó Neklindoff, alargándole la mano.

Fingió la joven no verlo, y sin estrecharla se volvió aprisa como para ocultar su triunfo, y se alejó á pasos rápidos.

—¿Qué pasa en esa cabeza?... ¿Qué le ocupa su corazón y su mente?... ¿Es que desea ponerme á prueba ó que no puede perdonarme de ninguna manera?... ¿No puede confesar todos sus pensamientos, ó no quiere?... ¿Se ha hecho más piadosa ó más inflexible?...

Pero por más que se repitiera tales preguntas, Neklindoff no hallaba respuesta adecuada. Sólo una cosa era indudable, que la joven cambiaba, que se operaba en ella una transformación de grande importancia, que no sólo la unía más á él, sino también á aquel Dios, por voluntad del cual aquella transformación se operaba.

La Máslova, vuelta al cuarto donde estaban los ocho muchachos, recibió orden de hacer una cama, y como al arreglar la sábana se inclinara demasiado hacia adelante, le resbaló el pie y estuvo á pique de caer. Uno de los muchachos se echó á reir, y la Máslova, incapaz de contenerse, se dejó caer sobre la cama rompiendo en

una carcajada ruidosa y contagiosa, que repitieron los niños. La enfermera le riñó.

—¿Qué te ha dado? ¿Crees acaso que estás donde antes? Ve á buscar la poción.

La Máslova calló, tomó la taza, é iba á salir; pero antes miró al muchacho que riera primero y lanzó otra carcajada.

Después, durante el día, apenas estaba un momento sola, sacaba la fotografía y le daba una ojeada; por la noche al retirarse á su cuarto, la sacó de nuevo y estuvo largo rato contemplándola y no saciando sus ojos do aquello que le volvia á la mente después de tantos años. Miraba aquella fotografía pálida y amarillenta, acariciando con la mirada todos los detalles, las escaleras, las matas del jardín, y más que todo su rostro fresco, bello, con el pelo rizado cayéndole sobre la frente. Su contemplación era tan intensa, que no advirtió que había entrado la otra enfermera.

—¿Qué es esto? ¿Te lo ha dado él?—preguntó la enfermera inclinándose para ver mejor el retrato.—¿Es posible que seas tú esa niña?

—¿Y quién sinó?—replicó sonriendo la Máslova.

—Pues tienes ahora otra cara. Lo menos habrán pasado diez años.

—No sólo diez años; una vida entera ha pasado,— contestó la joven con voz grave; y de repente su animación desapareció como por encanto; por su rostro pasó una sombra de tristeza y una arruga se marcó en su frente.

—Sí, ha sido triste vida la tuya.

—¡Peor mil veces que la galera!—exclamó la Máslova.

—¿Por qué no la dejabas?

—¡Se quiere dejar; pero no se puede!—exclamó la Máslova, y echando la fotografía en el cajón de una mesa y conteniendo apenas las lágrimas, lágrimas malas de ira, abrió la puerta y salió al corredor.

Contemplando aquel retrato, parecióle por un instante que era aún aquella muchacha que reprodujo la fotografía; como en un sueño volvió á sentir la felicidad de aquellos alegres días, y una voz le dijo que aún podría ser feliz con él.

Pero bien pronto las palabras de su compañera le recordaron lo que había sido luego, presentándole todo el horror de aquella vida que ahora empezaba á comprender cuán horrible era. Ahora recordaba aquellas tremendas noches de orgía, y especialmente una de carnaval espantosa.

Aquella noche, vestida con un traje de color de rosa, descotado, manchado de vino, con el pelo alborotado y mal sujeto por una cinta roja, cansada, embriagada, rendida, se había sentado, entre dos bailes, al lado de una mujer alta y delgada, á la cual empezó á quejarse de su suerte. Dijole la otra que también estaba aburrída, y como llegara la amiga de la Máslova, Clara, aseguró que le pasaba á ella lo mismo; que anhelaba cambiar de vida. Las tres decidieron hacerlo; pero en aquel momento el violinista preludió un vals y empezaron las parejas á bailar. Un caballero con traje negro y corbata blanca, la agarró por la cintura, estrechó otro alto y gordo á Clara, y así pasaron las horas de aquella noche bebiendo, fumando, bailando... Y así un año, y dos y tres... Y no era posible cambiar de vida... ¡Y todo aquello provenía de él!...

De repente se sintió invadida por aquella ira ciega contra el príncipe, que ya experimentara otra vez; sintió un deseo intenso y prepotente de reprocharle é insultarle; ise arrepintió de haber dejado pasar la ocasión `de declararle que le conocía demasiado, que no prestaba fe alguna á sus palabras, que no le consentía que abusara de su alma como había abusado de su cuerpo, que no quería de ninguna manera pruebas de su generosidad...

Y casi en seguida sintió un vivo deseo de ahogar en vino tanta amargura.

Si hubiese estado en la cárcel, de fijo que bebiera; pero allí no podía obtener vino sino por medio del practicante. Y éste le

inspiraba miedo, porque la hostigaba sin cesar, y ahora experimentaba indecible repugnancia á toda relación física con los hombres.

Estuvo largo rato sobre un banco en el corredor; luego se estremeció, y entrando en su cuarto, sin contestar á su compañera, rompió en un llanto largo y doloroso sobre su existencia arruinada.

XIV

Yendo á Petersburgo, tenia Neklindoff cuatro objetos principales: ante todo presentar el recurso de la Máslova; luego entregar la súplica de la Fedosia; interesarse por la liberación de la Schinstova, que tanto interesaba á la Vera Bogoduchovna, é interceder por un joven, detenido político, para que pudiera hablar con su madre. Finalmente, ver si era posible mejorar la suerte de aquellos campesinos que estaban desterrados en el Cáucaso por haber comentado el Evangelio.

Después de su última entrevista con Maslenikoff, y especialmente después de su viaje á través de sus posesiones, Neklindoff experimentaba una verdadera repugnancia por aquella sociedad en qué se educara y viviera; hacia aquella sociedad que fingía no advertir los padecimientos de millares y millares de personas, para poder gozar todas las comodidades y placeres de la vida. Estaba convencido de que cuantos viven en tal ambiente son incapaces de comprender las innumerables miserias de la existencia, y cuán grandes son su crueldad y su culpa.

Ahora no podía Neklindoff entrar en relaciones con esa gente, sin que le remordiera la conciencia. Le llevaban, sin embargo, hacia esa sociedad los costumbres de su vida pasada, las relaciones de parentesco y amistad; y más que otra cosa el deseo de llevar á buen

término todo lo que le sugería su corazón para socorrer á la Máslova, é ir en auxilio de aquellos otros desdichados que en él tenían puesta su esperanza.

Al llegar A Petersburgo, pidió hospitalidad A una tía materna, la condesa Charsky, mujer de un exministro; y así se halló de nuevo en el centro de aquella sociedad aristocrática, de la que se apartaba más y más. Le pesaba aquello, pero era necesario.

Ir á una fonda hubiese sido una ofensa para su tía; y anhelaba tenerla por amiga, porque estaba en relaciones con gente de la mayor influencia, que podían prestarle servicios preciosos.

—¿Qué es lo que me han contado de tí?... ¡Verdaderos milagros!... —le dijo la princesa Ekaterina Ivanovna, apenas le vió.—Vous passez pour un Howard. Socorres á los culpables, visitas las cárceles, operas reformas en tus posesiones...

—No lo creáis, tía; no es tan ñero el león como lo pintan...

—¿Y por qué no? De todos modos es una buena acción... Cuéntame, cuéntame.

Neklindoff le contó sus relaciones pasadas con Katuscha, sin omitir un detalle.

—Sí, sí; ya me acuerdo. La pobre Ellen me había hablado de ello; temía que las solteronas te casaran con su pupila.

La condesa Ekaterina hablaba siempre con desprecio de aquellas tías de Neklindoff, hermanas de su padre.

—¿Y ella? Est elle encore jolie?

Ekaterina Ivanovna era una mujer de unos sesenta años, jovial, sana, robusta, enérgica, gran parlanchina; tenía alta estatura, formas opulentas: Neklindoff la quería entrañablemente, y desde niño estaba acostumbrado á su jovialidad y energía.

—No, no, mu tante, todo eso acabó. Quiero únicamente favorecerla y socorrerla, porque yo tengo la culpa de su caída; porque mía es la responsabilidad moral de todas sus faltas.

—Me han dicho que querías casarte con ella.

—Es cierto; pero ella rehúsa.

Ekaterina Ivanovna miraba asombrada á su sobrino.

—Veo que tiene ella más entendimiento que tú. ¡Qué tontería!...
¿Y estabas decidido á casarte?

—Muy decidido.

—¿Después de lo que había sido ella?

—Razón de más. Yo tenía la culpa.

—Eres un solemne tonto,—replicó la condesa sonriendo;—un solemnísimoo tonto. ¿Sabes que Alina ha fundado un asilo para las Magdalenas arrepentidas? He estado á verlas... es horroroso. Creo que luego me estuve lavando tres días seguidos. Ahi podrás poner á tu protegida.

—Está condenada á trabajos forzados, y he venido para ver si se anula su condena. Este es el primer motivo de mi venida.

—¡Ah!... ¿Dónde se ha de ver esa causa?

—En el Tribunal Supremo, en el Senado.

—¿En el Senado? Allí tengo un primo, Liuvuska; pero pertenece al consejo heráldico. De los demás no conozco ninguno; todos son Dieu sait quoi, ó alemanes, Ge, Fe, De, tout l'alphabet ó Ivanoff Semonioff, Nikitin ó Ivanenko, Simonenko, Nikitenko... pour varier... Tous gens de l'autre monde!. De todos modos se lo diré á mi marido. Veremos si me hace caso.

En aquel instante un criado con calzón corto entró una carta en una bandeja de plata.

—Hé aquí una carta oportuna. Es de Alina; podrás oir á Kisivetter.

—¿Quién es?

—¿Kisivetter? Viene esta noche... satisfacerás tu curiosidad. Es un predicador dotado de una inteligencia tal, que hasta los pecadores

más empedernidos se arrepienten al oír sus palabras.

La condesa era partidaria de aquella teoría religiosa que sostiene que la esencia del cristianismo consiste en tener fe en la redención. Aun cuando los que la profesan proscriben la presencia de las imágenes, la condesa tenía iconos en todas las habitaciones, hasta en la cabecera de la cama, y no creía que en aquello hubiese la más mínima contradicción.

—Celebraría que le oyese tu Magdalena... se convertiría... ¿Y tú estarás en casa por la noche? Así le verás.

—Eso me interesa poco tía,

—Y yo te digo que es muy interesante. Procura no faltar. Y ahora, vitez votre sac. ¿Qué más quieres pedirme?

—Os quisiera recomendar á una persona que está en la fortaleza.

—¿En la fortaleza?... Entonces te puedo dar una carta para el barón de Krigmut, ic' est un tres brave homme! Debes conocerlo, porque era amigo de tu padre. Creo que ahora se ha hecho espiritista; pero eso no importa. ¿Y qué puede hacer por tí?

—Obtener el permiso de una entrevista entre la madre del preso y éste. Pero me han dicho que depende de Cervianeky y no de Krisgmut.

—Cerviansky no me es simpático; pero es el marido de Marieta y esa me quiere mucho. Estoy segura de que me complacerá.

—Luego interceder por una joven, presa en la fortaleza sin que nadie sepa por qué.

—Esto es absurdo, hijo mío. De sobra debe saber ella el motivo. Todos los del pelo corto saben perfectamente por qué están encerrados. Es de desear que permanezcan allí; bien merecido se lo tienen.

—No sé; pero sé que padecen.. Y vos que sois cristiana y que tenéis fe en el Evangelio, ¿podéis ser tan despiadada?

—Una cosa es el Evangelio y otra los criminales. Peor sería que fingiese compadecer á las nihilistas y más aún á las nihilistas de pelo corto, cuando no las puedo sufrir.

—¿Y por qué?

—¿Después del primero de Marzo me preguntas por qué?

—¡Pero todas no tomarían parte en el complot!

—Además, ¿quién les manda inmiscuirse en lo que no deben? Esas no son cosas de mujeres...

—¿Y Marieta puede cuidarse de esas cosas?—replicó el príncipe.

—Marieta es Marieta y esas son Dieu sait qui. A. ver si algún día hemos de estar mandados por una muchacha.

—Es que no pretenden mandar, sino ayudar al pueblo.

—Eso ya lo sabemos sin que nos lo tengan que venir á enseñar, que se debe ayudar á quien no tiene.

—Pero entre tanto el pueblo padece... ¿Es justo quizá que los pobres consuman sus fuerzas trabajando y no puedan reponerlas comiendo en tanto que nosotros nadamos en la abundancia?

Neklindoff hablaba con calor, anhelando exponer sus teorías.

—¿Y también quisieras que yo trabajara y no comiera?

—No, no, comed; eso es lo que quiero; que todos trabajen y coman todos.

De nuevo miró su tía con asombro y curiosidad á Neklindoff.

—Mon cher, vous finirez mal, —le dijo.

—¿Por qué?

En aquel instante entró en la habitación un general de alta estatura y anchas espaldas; era el marido de la condesa, el exministro.

—¡Buenos días, Dimitri!—exclamó presentándole su afeitada mejilla para que la besara.—¿Cuando has llegado?—Luego, sin hablar, besó á su esposa en la frente.

—Non, il est impayable,—dijo la condesa;—si le creyera á él debería ir al río á lavar ropa y vivir exclusivamente de patatas. ¡Qué tonto! A propósito,—añadió,— dicen que la Kamínski está tan desesperada que se teme por su vida. Debieras ir á verla.

—La verdad es que ha sido una cosa espantosa,—confirmó el marido.

—Debiérais iros los dos. Tengo que escribir unas cartas.

Apenas Neklindoff había pasado el umbral de la puerta cuando le gritó:

—¿Debo, pues, escribir á Marieta?

—Os lo ruego, tía.

—Bien, le escribiré; no creas que soy mala, aun cuando no puedo tragar á tus protegéés. Je ne leur veuxpas de nial... Ahora quedas libre; pero no faltes por la noche. Oirás á Kisivetter; luego se rezará. Ya sé que todos vosotros os echáis para atrás en materia de rezos. También lo hacía Ellen. Hasta luego.

XV

El conde Tvan Mikailovitch, marido de la condesa Charsky, exministro de Estado, era un hombre de principios rígidos.

Tales principios, que profesaba desde muy joven, no tenían en sí nada de particular. Ante todo, así como para los pájaros el alimentarse de gusanos, estar revestidos de plumas y el volar, era

para el cosa naturalísima comer alimentos muy costosos, aderezados por cocineros de fama, ir vestido con los trajes más elegantes y caros, y pasear en coche tirado por caballos de pura raza: en suma, era preciso que todas las comodidades estuvieran á su disposición.

Otro de los principios fundamentales del conde era que aun cuando tenía mucho dinero debía cobrar más del Estado y que era conveniente recibir de cuando en cuando alguna condecoración, y tener amistad y frecuentes entrevistas con personas de influencia. Todo lo demás tenía á sus ojos poca importancia. Fiel á estos principios, Ivan Mikailovitch había paseado su actividad por Peteraburgo hasta que á los cuarenta años fué nombrado primer ministro.

Para obtener tal puesto reunía diversas condiciones. Sabía comprender las leyes escritas y el significado de los actos públicos; y aunque con alguna incoherencia, sabía redactar sin errores de ortografía. Tenía un aspecto majestuoso y si en las situaciones precisas sabía adoptar un continente altivo, sabía ser servil cuando convenía. En tercer lugar, no tenía ningún principio moral ni social, de modo que podía, según las circunstancias, estar de acuerdo ó en oposición con todo el mundo. Procuraba hablar poco y en tono mesurado á fin de no incurrir en contradicciones manifiestas: que luego sus acciones fuesen por si mismas morales ó inmorales, que pudieran causar daño ó producir beneficios á Rusia y al mundo entero, eso no le importaba un comino.

Cuando subió al poder creyeron todos que había en él materia de un hombre de Estado, y él mismo estaba persuadido de ello.

Pero transcurrido cierto espacio de tiempo, sin hacer nada ni demostrar nada y cuando otros semejantes suyos, funcionarios sin principios que sabían leer y escribir correctamente hubiéronle obligado á dimitir, apareció entonces de un modo claro y preciso, que era un hombre no sólo de poca inteligencia sino de una instrucción apenas mediana, que fiaba demasiado en sus fuerzas.

En suma, se había visto que no tenía ninguna condición especial que le distinguiera de los demás altos empleados poco instruidos y satisfechos de sí mismos. El mismo lo comprendió así; pero no fué parte para que dejara de creer que el Gobierno debía pagarle una gran suma anual y ofrecerle nuevas condecoraciones.

El conde Ivan escuchó á Neklindoff como antes escuchaba á su secretario, y después de pensar unos momentos le prometió dos cartas de recomendación. Una de ellas era para el senador Volf, del Tribunal Supremo.

—Se dicen de él muchas cosas, pero dans tous le cas c'est un homme tres comme il faut. Me debe muchos favores y de fijo hará cuanto le sea posible.

El caso de la Fedossia, tal como Neklindoff lo había expuesto, pareció muy interesante al conde. Cuando aquél manifestó su idea de elevar una súplica á la emperatriz, aprobó el exministro y aconsejó que se enviara cuanto antes la súplica.

Una vez en su poder las dos cartas del conde y la de su tía para Marieta, Neklindoff salió para ir á entregarlas.

La primera visita fué para Marieta. Recordaba haberla conocido, niña todavía, perteneciente á una familia aristocrática, pero pobre, y sabía que se casó con un hombre de quien se decían mil pestes. Experimentaba cierta vergüenza teniendo que acudir á ella, como sucede siempre que hay que pedir algo á personas que no se estiman. Y sentía además, que poco á poco, volvía á respirar aquel ambiente emponzoñado de la sociedad frívola y sin corazón que tanto le repugnaba desde hacia algún tiempo. Había experimentado ya esto, poco rato hacia, hablando con la condesa, que en su breve coloquio empleó un tono de broma para tratar de las cosas más serias de este mundo.

Petersburgo, donde no había estado hacía mucho tiempo, ejercía en él su acostumbrada impresión, algo si como una sobreexcitación de los sentidos, acompañada de un relajamiento del espíritu. Todo era lindo, cómodo, tan lleno de un bienestar pacifico y burgués, que

la vida aparecía fácil y alegre. Un cochero, guapo y buen mozo, pasando por el lado de los guardias municipales que eran también guapos, robustos y amables, por delante de casas hermosas y pintadas de nuevo, le había conducido á lo largo de una calle espléndida, barrida y regada, á la habitación de Marieta. Junto á la puerta estaba parado un coche tirado por dos magníficos caballos de raza inglesa que piafaban de impaciencia. El portero, con la librea sin la más pequeña mancha, abrió las dos hojas de la puerta ante el príncipe y le introdujo en la antecámara.

—El general no recibe, y la generala tampoco, está para salir,— dijo el criado.

Neklindoff, sacó la carta de su tía y una tarjeta de visita y se acercó á una mesilla, en la cual había un álbum destinado á recibir el nombre de las visitas. Había empezado á escribir ya, diciendo que sentía mucho no haber podido hablar con la señora, cuando el criado se acercó á la escalera, el portero gritó:

—«¡Adelante!»

Y el ordenanza precedió y siguió con la mirada á una señora esbelta, bajita de cuerpo, que bajaba los escalones á pasos rápidos, demasiado rápidos para su elevada posición social,

Marieta llevaba un gran sombrero negro adornado de plumas y con un velo que le tapaba el rostro, un traje de luto medio oculto por otro gran velo también de luto, y un par de guantes negros y nuevos.

Al ver á Neklindoff, levantó el velo, mostrando un rostro gracioso, iluminado por dos ojos espléndidos, que en seguida se volvieron hacia él como para interrogarle.

—¡Ah, príncipe Dimitri Ivanovitch!—exclamó alegremente con un timbre de voz simpática.—Os he reconocido en seguida...

—Veo que hasta recordáis mi nombre.

—¿Y como no? ¿No recordáis?... Hubo un tiempo en que mi hermana y yo estuvimos enamoradas de vos,— contestó Marieta

hablando en francés.—¡Cuán cambiado estáis!... ¡Y cuánto siento tener que salir!... Quizá podremos subir un momento.

Se paró y miró el reloj—No, no; es absolutamente imposible. Voy al funeral que hace celebrar la Kamienskaja. ¿No sabéis nada? ¡Si todo Petersburgo no habla de otra cosa! ¡Su hijo ha muerto en un desafío con Ponsen... Era su hijo único!...

—He oído decir algo.

—¿Comprendéis, pues, que no puedo faltar? Venid mañana ó mejor esta noche,—añadió andando á pasos menudos y graciosos hacia la puerta.

—Esta noche no puedo,—contestó Neklindoff, saliendo con ella hasta el umbral de la puerta.—Sin embargo, tenia necesidad de vos.

—¿De qué se trata?

—Tengo una carta de mi tía que ya os lo explicará todo.

—Ya comprendo. La condesa cree que yo tengo gran ascendiente con mi marido por lo que toca á sus ocupaciones oficiales; y por lo contrario, no tengo ninguno ni quiero inmiscuirme... Por la condesa y por vos consentiré en hacerlo... Decid, pues, ¿de qué se trata?

Y entretanto, con su mano enguantada de negro, buscaba el bolsillo de su vestido que nunca alcanzaba á encontrar.

—Es para una joven enferma que está en la fortaleza á consecuencia de un error.

—¿Se llama?

— Schiustova, Lidia Schiustova; encontraréis su nombre en la carta.

—Bien está; trataré de hacer lo que pueda,—concluyó Marieta.

Luego, de un salto subió á un coche elegante que la esperaba bajo los rayos del sol, y abrió la sombrilla, en tanto que el lacayo recibía las órdenes de la señora y las pasaba al cochero.

Movióse el coche; pero en seguida, Marieta, tocó ligeramente con la sombrilla el hombro del cochero, quien con un simple movimiento de mano, paró el hermosísimo tronco de pura raza que encorbaban las cabezas descarnadas y escarbaban el suelo con sus finas patas.

—Acordóos de venir á verme; pero «sin interés»,—dijo sonriendo con el tono de quien sabe apreciar el valor de su sonrisa.

Y en seguida bajó el velo sobre su rostro, de la misma manera que acabada la representación, se baja el telón en los teatros.

—Adiós, pues,—dijo tocando de nuevo al cochero.

Con gesto magestuoso, Neklindoff hizo un profundo saludo; los potros corrieron por la calle, y la carroza se alejó rápidamente, saltando sobre sus muelles nuevos á cada desigualdad de terreno.

XVI

Cuando poco después Neklindoff recordó la sonrisa de Marieta, movió la cabeza.

—Es inútil negarlo,—se dijo,—sin que yo lo advierta siquiera, esta vida me encadena.

Y de nuevo experimentó cierto disgusto, al ver que habia tenido que solicitar favores de personas que no podía estimar.

El príncipe se encaminó entonces al palacio del Senado. Fué conducido á una sala espléndida donde había muchos empleados relucientes y ceremoniosos que se apresuraron á explicarle que el recurso de la Máslova se había entregado para su examen, al general Volf, aquél para quien su tío le diera una carta.

—El tribunal celebrará sesión esta semana; pero no podemos decir cuando se examinará el recurso que os interesa. Es posible que con alguna influencia se discuta la semana próxima.

En tanto que Neklindoff esperaba, oyó que alguien explicaba con abundancia de detalles, aquel duelo en que quedó muerto el joven Kamiensky: algunos oficiales estaban comiendo ostras en una tienda, y como de costumbre, bebían mucho vino. Uno había hablado mal del regimiento á que pertenecía Kamiensky; le dijo éste que mentía; le abofeteó el otro y hubo un duelo, en el que el pobre Kamiensky recibió una bala en el vientre. Posen y los padrinos estaban arrestados; pero todo el mundo sabía que al cabo de un par de semanas quedarían en libertad.

. Debiendo esperar aún algunos momentos, quiso ver al barón Vorobioff, uno de los funcionarios más influyentes, que ocupaba unas espléndidas habitaciones en el mismo palacio del senado. Pero como el portero del Senado, mirándole con severidad le contestara que no se podía ver al barón fuera de los días establecidos, dejó su tarjeta y volvió para esperar al senador Valf.

Este había terminado de almorzar, y según su costumbre, procuraba facilitar la digestión fumando un cigarro, y paseándose arriba y abajo de la habitación. Así, de pie, recibió al príncipe.

Vladimir Vassilievitch Volf era verdaderamente un homme comme il faut. Esta cualidad le distinguía mucho de sus colegas, y él, que desde su altura apenas se dignaba darles una mirada, no podía por menos de apreciar una cualidad que tan buenos resultados le había dado. Por medio de un matrimonio ventajoso había conquistado una fortuna que le producía unos dieciocho mil rublos de renta, y además el cargo de senador.

Estaba acostumbrado á considerarse como un hombre muy distinguido, é igualmente dotado de una honradez á toda prueba; y por honradez entendía no aceptar regalos de nadie.

Pero, recibir por su cuenta indemnizaciones de viaje, dietas de estancia, seguir como un esclavo las órdenes del Gobierno para

conseguir todo eso, no manchaba en lo más mínimo su honradez. Arruinar centenares de personas que no eran culpables sino de haber defendido su fe y su patria. con el destierro ó con prisión durísima como había hecho siendo Gobernador de una provincia de Polonia, tampoco era una acción deshonrosa, sino noble y patriótica. Del mismo modo tampoco creía que fuera deshonroso haber espoliado de toda su fortuna á su mujer enamorada de él, y á su cuñada en provecho propio; creía por lo contrario, que con esto habia arreglado definitivamente su porvenir y el de su familia

Esta familia se componía de la mujer que era una infeliz, sin voluntad ni carácter; de la cuñada, de la cual habia usurpado el patrimonio vendiendo sus tierras y poniendo á interés y á nombre propio el dinero percibido, y de una hija, muchacha fea, dócil, tímida, que llevaba una vida solitaria y dura.

Sólo en los últimos tiempos habia empezado á frecuentar las reuniones de Alina y de la condesa Charsky.

Vladimiro Vasilievitch, tenía también un hijo, joven, alegre, que á los quince años se dejaba ya la barba, y que sólo aprendió á beber, á fumar y gastar. Como á los veinte años no había acabado aún sus estudios, pasando el tiempo entre pésimos compañeros, y gastaba dinero y contraía deudas, comprometiendo el nombre de su padre, éste, le había echado de su casa. Ya una vez el senador habia pagado las deudas de su hijo, por la cantidad de doscientos rublos; otros seiscientos pagó otra vez, diciéndole que eran los últimos y que si no cambiaba de conducta, le arrojara de casa; á lo cual el chico contestó, tomando á préstamo mil rublos más, y diciendo á su padre que la casa paterna era para él un sitio de tormento. Vladimiro Vasilievitch, declaró que podía irse donde mejor le pareciera, y que no le reconocía ya por hijo. Efectivamente, renegando de él por completo, nadie en la casa se atrevía á hablar de aquel desdichado, estando convencido el senador de que asi había sistematizado su vida doméstica del mejor modo posible.

Volf acogió al príncipe con una sonrisa un poco irónica (como tenia por costumbre con todo el mundo), y parándose un instante, lo

saludó y leyó la carta de presentación.

—Os ruego que os sentéis, y perdonad si ando en tanto que hablo; necesito hacerlo. Permitid pues,—y de nuevo empezó á andar de un lado para otro, trazando una linea diagonal á través del despacho, con las manos en los bolsillos.

—Tengo mucho honor en conoceros, y me alegro de poder prestar un servicio al conde Ivan Mikailovich,— dijo soplando poco á poco el humo azulado del cigarro.

—Quisiera rogaros que la discusión del recurso se haga lo antes posible, porque si la condenada tiene que ir á Siberia, lo mejor es anticiparse,—dijo Neklindoff.

—Está bien, lo sé; en tal caso, partiría con los primeros vapores de Nijni Novgorod;—respondió sonriendo el senador, que tenia la costumbre de saberlo todo antes de enterarse de lo que se trataba. —¿Cómo se llama la recurrente?

—Máslova.

Volf se sentó á la mesilla, dió un vistazo á unos papeles, y repuso:

— Está bien; hablaré á mis colegas, y el miércoles se decidirá el asunto.

—¿Puedo telegrafiar á mi abogado?

—Ah! ¿tenéis un abogado? ¿Con qué objeto? Es inútil telegrafiar; pero si queréis hacerlo...

—Quizá los motivos que están expresados en el recurso parezcan insuficientes; pero del conjunto del proceso resulta claro que la sentencia provino de una equivocación.

—Si, puede ocurrir eso; pero el Tribunal no puede perder tiempo analizando los procesos en su esencia,—replicó con tono severo Volf, mirando la ceniza del cigarro.— El tribunal procura que las leyes estén bien aplicadas y motivadas con exactitud.

—Este es un caso excepcional.

—Lo sé, lo sé; siempre se trata de casos excepcionales.

Haremos cuanto nos indique nuestro deber; eso es todo.

La columnita de ceniza continuaba unida al cigarro; pero habiéndose agrietado, había un principio de peligro.

—¿Habéis venido hace poco á Petersburgo?—preguntó Volf, aguantando el cigarro de manera que no pudiese caer la ceniza; pero como empezaba á oscilar, se acercó cautamente al cenicero y allí la sacudió.—¡Qué caso tan horrible es el de Kamiensky! Era un guapo mozo y además hijo único... La más digna de compasión es la madre.

Sus palabras no eran sino la repetición de aquellas con que la ciudad entera compadecía á los Kamienski.

Habló Volf un ratito todavía y después tocó un timbre y el príncipe se despidió.

—Se os aprecia,—le dijo Volf, tendiéndole la mano;— venid á comer conmigo cualquier día; el miércoles por ejemplo; así sabréis más pronto lo que se haya acordado.

Como en todas esas visitas había empleado Neklindoff bastante tiempo, volvió en seguida á su casa, es decir á la de su tía.

XVII

En casa de la condesa se comía á las siete y media, y se hacia el servicio de la mesa de un modo que Neklindoff no había visto nunca. En cuanto habían dejado un guiso y cambiado los platos con el mayor silencio, desaparecían los criados y no volvían á aparecer hasta que la condesa tocaba un timbre. Entonces volvían con otro guiso y desaparecían de nuevo, dejando que los comensales se las

arreglaran á su modo. Claro es que los caballeros se veían así obligados á servir á las señoras.

La comida fué suntuosa, y tanto las viandas como los vinos, hicieron honor á los dueños.

Había á la mesa seis personas: la condesa y el conde, su hijo (que era oficial de la guardia), Neklindoff, una institutriz ó lectora francesa y el principal administrador del conde, que acababa de llegar del campo.

Se habló, naturalmente, del desafío, se dijo que el Emperador, al saberlo, había compadecido á la pobre madre; pero que, de todos modos, no trataría con severidad á Posen porque éste había sostenido el honor del uniforme. La condesa Ekaterina, haciendo gala de que tenía opinión propia, reprobó la conducta del matador.

—¡Eso es culpa de las borracheras! Beben, beben, y luego matan... ¡No se le puede perdonar!

—No comprendo bien lo que decís,—afirmó su marido.

—Lo raro sería que lo comprendierais.—Y volviéndose hacia Neklindoff:—¡Siempre me pasa lo mismo, me entienden todos menos mi marido!... Digo que me da compasión la madre, y que no quisiera que Posen se alegrara de lo que ha hecho.

El hijo de la condesa que hasta entonces no dijera una palabra, tomó la defensa de Posen y afirmó replicando á su madre, que no había podido portarse de otro modo, porque sino los demás oficiales le habrían expulsado del cuerpo.

Neklindoff que había sido también militar, comprendía lo que decía su primo aún cuando no lo aprobara, y, sin querer, comparaba ese oficial que mató á su compañero, con aquel guapo muchacho que había visto en la cárcel por haber matado á un compañero en riñas. Y sin poderse contener, explicó el caso. La bebida, en uno y otro, había sido la causa primera del crimen; pero en tanto que el oficial volvería á disfrutar de su sueldo y empleo, el aldeano estaba

gimiendo en una cárcel, con la cabeza rapada, no esperando nada de nadie.

La princesa apoyó primeramente las palabras de su sobrino; pero después calló á su vez como los demás, y reinó un silencio que hizo comprender á Neklindoff que había cometido una inconveniencia.

Acabada la comida, todos pasaron al salón, donde empezaban á llegar ya los invitados, deseosos de oír á Kisivetter.

Era una sala amplia con muchas filas de sillas y una mesa, sobre la que habia un vaso de agua. Detrás de la mesita una poltrona. Habían entrado ya muchas señoras con vestidos de seda y terciopelo, y muchos hombres de uniforme ó da etiqueta. Habia además alguna gente del pueblo: un tendero, los dos dvornik, un criado y un cochero.

Kisivetter, hombre robusto y carilleno, hablaba en inglés, y una muchacha delgada, con lentes, traducía con mucha dulzura al ruso cuanto decía el predicador. Este afirmaba que los pecados de los hombres son enormes y que el castigo sería muy duro y la existencia muy miserable en la espera de aquel castigo.

—Basta que pensemos, queridos hermanos y hermanas, en la vida que llevamos, basta que pensemos que continuamente despertamos la cólera de Dios, y hacemos sufrir á su divino Hijo para que comprendamos que no podemos ser perdonados. Una ruina espantosa nos amenaza, sufrimientos eternos nos esperan,— proseguía con voz temblorosa.—¿Y cómo salvarnos?... ¿Cómo huir, hermanos, de este incendio terrible? ¡Ay! ¡Ya arde la casa y no hay salida que nos dé paso!

Calló, y lágrimas auténticas corrían á lo largo de sus mejillas mofletudas. Hacía ya ocho años que repetía ese sermón (que le gustaba sobremanera), sin variar una sílaba. Y siempre al llegar á lo de «la casa incendiada», sentía como un nudo en la garganta, una irritación en la nariz y no podía contener las lágrimas.

En la sala resonaron algunos sollozos. La condesa sentada junto á una mesita de mosaico, tenía la cabeza entre las manos, y sus

hombros se estremecían convulsivamente de vez en cuando; la mayoría de los oyentes estaba también con la cara oculta; la hija del senador Volf, de rodillas, lloraba: el cochero fijaba en el predicador una mirada asustada, como si le fuera á embestir con la lanza del coche, y el otro se empeñara en no apartarse.

Después de algunos minutos de silencio el orador levantó la cabeza, y componiendo una sonrisa, la misma que fingen los cómicos para denotar su alegría, volvió á hablar con acento insinuante, tierno, apasionado.

—Sin embargo, nos queda un medio de salvación: la sangre vertida por el Hijo Unigénito de Dios, que por nosotros sufrió tantos tormentos; pues bien, hermanos,—aquí su voz tembló de nuevo,— demos gracias á Dios que nos envió á su hijo Sacrosanto. Su divina sangre...

Neklindoff sintió tal disgusto, que no pudo resistir más, y de puntillas salió del salón.

XVIII

Al día siguiente, al levantarse, un criado le entró una tarjeta de Fanarin.

El abogado estaba en la capital por asuntos profesionales, y le dijo que esperaría la discusión del recureo de la Máslova si se discutía pronto. Cuando Neklindoff le dijo el nombre de los tres magistrados que componían el Tribunal, Fanarin sonrió.

—Tres senadores; tres tipos bien distintos: Volf es un verdadero funcionario de Petersburgo: Scovorodnicoff, un jurisconsulto escrupuloso y Be un esclavo de la rutina, aunque el más listo. ¿Qué os han contestado en la comisión de recursos?

—Hoy debo ir á ver al barón Vorabioff, porque ayer no pude obtener audiencia.

Y como Neklindoff había subrayado la palabra «barón», que le extrañaba ante un apellido ruso, Fanarin le explicó que el emperador Pablo le había dado ese título á uno de sus ascendientes que fué ayuda de cámara suyo. El título había pasado de padre á hijo. El actual barón estaba engreído de ese título y era un perfecto canalla.

—Y sin embargo he de ir á suplicarle.

—¡Bien! Iremos juntos un trozo. Os llevaré en mi coche.

En la antecámara un criado le entregó un billetito de Marieta, escrito en francés. Decía así:

«Para serviros he roto con mis tradiciones y he hablado «del asunto á mi marido. Vuestra protegida estará en libertad inmediatamente. Mi marido ha escrito al comansdante. Venid á verme, «sin interés.» Os espero.—M.»

—¿Qué os parece? ¡Tienen presa á una mujer durante siete meses y luego la sueltan sin más ni más!

—Siempre ocurre así; por lo menos, habéis logrado vuestro objeto.

—¡Ya! Pero ¿qué ganaban con tenerla encerrada?

—Vale más no pensar en ello.

Estaban junto á la puerta.

—Os acompaño, pues,—repitió el abogado. Subieron á un coche que era elegantísimo y al trote rápido de los caballos llegaron á casa del barón.

Este estaba en ella. Un empleado hablaba con dos caballeros sin estar quieto un momento.

—¿Vuestro nombre?—dijo á Neklindoff.

Este se nombró.

—El barón me ha hablado ya de vos. Haced el favor de pasar en seguida.

Otro empleado acompañaba entretanto á una señora enlutada que se echaba el velo para ocultar las lágrimas.

El primer empleado condujo al príncipe hasta la puerta del despacho, la abrió y se apartó para dejarlo pasar.

Neklindoff entró, y se halló ante un hombre de mediana estatura, membrudo, con el pelo corto que, sentado ante un gran escritorio miraba al techo, y del que la blancura del bigote y de la barba hacia resaltar el color rojo de la cara, Al advertir la presencia del príncipe, sonrió.

—Muy contento de veros... Sentóos, sentóos... somos ya antiguos conocidos., os vi de niño en casa de vuestros padres... ¿En qué puedo servirlos? Decid, decid, sin cumplidos.

Neklindoff expuso el asunto de Fedossia. El barón de cuando en cuando decía:

—Sí, sí, comprendo.

Luego, cuando el príncipe hubo terminado, añadió:

—Es un caso muy conmovedor. ¿Tenéis preparado el recurso?

—Si, hélo aquí,—replicó Neklindoff;—pero quería hablaros de él porque creo que se merece atención especial.

—Habéis hecho bien. Es un caso muy conmovedor: ella una muchacha, él algún bárbaro que la maltrata... Después pasa el tiempo, empiezan á quererse... Sí, me encargo de ello.

—También el conde Ivan Mikailovitch quería hablar... —princió Neklindoff; pero apenas pronunciado el nombre del conde, el rostro del barón cambió de aspecto.

—Enviad el recurso á la oficina y, por mi parte, haré cuanto pueda. En aquel instante entró el empleado que guiara á Neklindoff.

—La señora que ha salido hace poco desea decir dos palabras.

—Que pase. No podéis figuraros,—dijo el barón á Neklindoff,—cuántas lástimas tengo que oír al cabo del día.

Apareció en el umbral la enlutada.

—Me he acordado que debo rogaros que no le dejéis ver á la hija, porque sería capaz...

—Ya he dicho que no.

— Gracias, barón, así salvaréis á una madre...—Y tomándole la mano, se la besó.

Cuando hubo salido la señora, Neklindoff se levantó para despedirse.

—Haré cuanto pueda,—dijo el barón,—os pondré en relación con el ministro de Justicia y trabajaré por mi parte...

Con esta promesa Neklindoff se despidió.

Al pasar á través de las oficinas, al ver todos aquellos ordenanzas con uniformes flamantes y caras satisfechas, Neklindoff los comparó mentalmente con los presos y los aldeanos y sintió una lástima y una náusea indecible.

XIX

El hombre de quien en Petersburgo dependía la suerte de los presos, era un anciano general, descendiente de alemanes, lleno de méritos conquistados en activo servicio. Tenía gran cantidad de cruces; pero nunca llevaba sino una blanca en el ojal.

Sirvió primeramente en el Cáucaso y al frente de un ejército de aldeanos rusos uniformados, hizo dar muerte á millares de personas

culpables de haber defendido su independencia, su familia y sus casas, lo que le valió aquella cruz blanca; después en Polonia, perpetrando nuevas atrocidades obtuvo nuevas cruces. Por último, viejo y cargado de achaques se le asignó aquel cargo de director general de las cárceles, donde estaba como pez en el agua ó pájaro en el aire.

Tenia por sistema seguir exactamente las órdenes que recibía y no se permitía jamás hacer nada que se apartara de ellas. En lo que dejaban á su buen juicio, en eso sí que hacía mangas y capirotos. Su oficio consistía en mantener en la cárcel á los condenados políticos y tenerlos sometidos á tal régimen que, al cabo de diez años, la mitad ó más iban al manicomio, ó morían tísicos ó se suicidaban. El general veía todo aquello, pero no sentía turbada su conciencia por aquellas desgracias como no la hubieran turbado las debidas á una causa fortuita, un temporal ó una inundación. Si tales cosas ocurrían eran consecuencia de las órdenes emanadas de arriba, del mismo emperador y él cumpliéndolas al pié de la letra no era responsable de sus resultados.

El general no se permitía siquiera discurrir acerca de esas órdenes: le hubiese parecido una osadía culpable, indigna de un buen soldado y de un buen ciudadano. Una vez por semana, como prescribían sus instrucciones, visitaba la cárcel y recibía las quejas y peticiones de los presos. De todas estas peticiones, aunque las escuchaba con gran cuidado, maldito el caso que hacía; parecía siempre que eran ilegales.

En el mismo momento en que Neklindoff llegaba junto á la habitación del viejo general, el reloj de una torre vecina tocó un himno ruso en loor de Dios y luego dió dos campanadas.

El general, en una sala tapizada de color obscuro, sentado ante una mesa, y enfrente de un joven pintor, hermano de uno de sus dependientes, tenía los dedos de la mano derecha sobre un platito de café vuelto al revés, el cual platito, corriendo á impulsos de los dedos del general y del pintor por sobre un gran cartón en que había

todas las letras del alfabeto, debía dar respuestas á las preguntas que se le hicieran.

El general había preguntado: «Cómo se reconocen entre ellas las almas de los difuntos,» y cuando llegó Neklindoff hablaba por medio del platillo el espíritu de Juana de Arco, que, por medio de letras sucesivamente indicadas había ya dicho: «Se reconocen una á otra...» Pero aquí surgió una dificultad. El general aseguraba que el platillo después de marcar una d se inclinaba hacia la e y la s, lo cual quería decir que se reconocían «después,» cuando ya estaban purificadas. El pintor estaba convencido que Juana de Arco designaba una p seguida de o y r pasando además por l y a y volviendo á la l y á la u y z, lo cual valía tanto como «por la luz.»

Sin advertirlo, cada cual tiraba el platillo hacia la letra que le convenía, sin ninguna intención de broma, con la mejor buena fé del mundo.

Al verse distraído de su ocupación, el general hizo un gesto de desagrado y luego, levantándose y poniéndose los lentes leyó la carta y dijo:

—Haced pasar al despacho.

—Si Vuestra Excelencia me lo permite, continuaré yo solo,—dijo el pintor.—Siento la presencia del espíritu.

—Bien, terminad,—contestó el general, en tanto que á pasos largos y rítmicos se dirigía á su despacho.

—¡Muy contento de veros!—exclamó con voz áspera al ver á Neklindoff. Y en tanto que señalaba á éste un sillón añadió:

—¿Hace mucho que estáis en Petersburgo?

—Un par de días.

—¿Y vuestra mamá?

—Ha muerto.

—Dispensad; es verdad. Me lo dijo mi hijo y lo sentí mucho.

El hijo del general prometía hacer carrera. Estaba en el servicio de información, encargado de anotar las confidencias de los espías.

—Sí, sí; hemos servido juntos vuestro padre y yo; éramos buenos camaradas... ¿Y vos? ¿Estáis aún en el servicio?

—No.

El general movió la cabeza desaprobando.

—Tengo que pedir os un favor,—empezó el príncipe.

—Tendré mucho gusto si puedo otorgároslo.

—Si mi ruego no os parece oportuno deseo que me dispenséis; pero de todos modos he de formularlo.

—¿De que se trata, pués?

—Entre los detenidos en la fortaleza hay un joven llamado Gurkevitch; su madre me pide que le dejen ver á su hijo ó por lo menos mandarle libros.

El general no expresó disgusto ni agrado; pareció reflexionar. En realidad no lo hacía porque quería atenerse á los preceptos legales; pero aprovechaba aquellos momentos para reposar la mente.

—No depende de mí,—contestó.—En cuanto á las entrevistas hay una ley que las veda; en cuanto á libros, tenemos una biblioteca y damos cuantos nos piden.

—El querría libros científicos, para estudiar.

—¿Estudiar? No lo creáis.

El general calló unos momentos y luego dijo:

—No es que quiera estudiar; es que desea darnos molestias. Eso es todo.

—¿Pero cómo queréis que pase el tiempo de su interminable prisión?

—Si les escucháis á ellos, todo son quejas... Ya les conocemos.

Hablaba de los presos como de una raza distinta, de una clase especial de personas.

—Han obtenido de nosotros facilidades que no tienen los demás reclusos.

Y para justificar su aserción, empezó á detallar todas las comodidad de que disfrutaban los presos, lo bien que comían, y demás favores especiales que se les concedía. Insistió sobre todo en lo de la buena comida, para demostrar sin duda la ingratitud y las exigencias de los presos.

—Además, tienen á su disposición libros religiosos y antiguos periódicos; pero ni los miran siquiera; tenemos una biblioteca escogida y sólo leen de cuando en cuando. Lo hemos comprobado. Hasta se les permite escribir. En cada celda hay una pizarra y un trozo de tiza y así pueden escribir y borrarlo luego y volver á escribir... Pero ¡iquiá! ni uno sólo se entretiene en eso. Es preciso confesar la verdad; al principio todos están furiosos; pero luego engordan y se calman.

Neklindoff escuchaba aquella voz cascada y ronca, miraba aquellos miembros gotosos, aquellos ojos muertos bajo las pobladas pestañas, aquellas mejillas colgantes sobre su cuello de reglamento, aquella cruz blanca, y se decía que contradecirle y quererle explicar de otro modo la vida de los presos sería empresa inútil. Sin embargo, preguntóle por la Schinstova, aquella presa que debía ser libertada.

—¿Schinstova?... Schinstova... no me acuerdo de tal nombre.. Tenemos tantos presos...—terminó, como doliéndose de aquella superabundancia.

Tocó un timbre para llamar al secretario, y, en tanto que llegaba, quiso convencer á Neklindoff de lo conveniente que le sería tomar un empleo.

—La patria, tiene necesidad de personas nobles y hon radas. Tomad un ejemplo de mí: aunque soy viejo todavía estoy sirviendo en la medida de mis fuerzas.

El secretario, hombre seco, de ojos vivos é inteligentes, dijo que la Schintova estaba aún en la fortaleza, porque no se había recibido ninguna comunicación que se refiriera á ella.

—Cuando recibamos la orden la dejaremos en seguida en libertad, porque no tenemos ningún deseo de tenerla con nosotros,—dijo el general tratando de esbozar una sonrisa que abortó en una contracción ridícula de los músculos del rostro.

—Adiós, querido mío,—continuó luego,—os ruego que no os ofendáis si os digo la verdad. Tratad de no tener relaciones con ninguno de los reclusos. No tenemos aquí ningún inocente, sino la escoria de la sociedad. Los conocemos bien.

No dudaba de lo que decía, porque al dudar de ello hubiese debido convenir que no era un héroe que terminaba gloriosamente su vida, sino un esbirro que había vendido su conciencia, que continuaba vendiéndola hasta en la vejez.

El príncipe lanzó un profundo suspiro, se inclinó y una vez estrechada la mano grande y huesosa que se tendía hacia él con un ademán de indulgencia, salió del despacho.

El general por su parte movió la cabeza con desagrado y rascándose la cintura volvió á la sala donde le aguardaba el pintor que había ya escrito la respuesta que le diera el espíritu de Juana de Arco. El general se caló los lentes y leyó: «Se reconocerán unas á otras por la luz que emanará de sus formas etéreas.»

—Ah,—exclamó cerrando los ojos en señal de aprobación.—Pero si la luz es igual en todas, ¿cómo se reconocerán?

Y entrecruzando sus dedos con los del pintor de nuevo se sentó junto á la mesita.

El cochero se apresuró á llevar á Neklindoff hacia la calle.

—Cuán triste es este sitio,—dijo volviéndose hacia el príncipe.—Casi, casi, me iba sin esperaros.

—Es verdad,—confirmó Neklindoff.

Y experimentaba una sensación de tranquilidad y de reposo fijando su mirada en las ligeras nubes que vagaban por el cielo y en las barcas y en los buques que el agua del Neva mecía con ritmo suave y uniforme.

XX

El día siguiente era el designado para discutir el recurso de la Máslova, y Neklindoff fué al palacio del Senado. Al llegar encontró ya al abogado Fanarín que acababa de bajar del coche en aquel momento y juntos subieron una magnífica escalera hasta el segundo piso. El abogado, que conocía aquellos sitios, entró en una habitación donde dejó el abrigo, quedando en frac negro y corbata blanca, y cuando el ujier le hubo dicho que los senadores estaban ya presentes, entró en la sala vecina.

Era un gran salón dividido por un alto biombo. Un anciano de cabellos blancos y vestido con un temo gris estaba junto á una mesa que habla cerca de una escalera por la cual, en aquel momento subía un empleado muy elegante con una gran carpeta bajo el brazo; Fanarín, advirtiéndolo á un colega suyo de Petersburgo, vestido también en traje de etiqueta, empezó á hablar con animación de asuntos profesionales.

Neklindoff observaba entre tanto las personas que había en el salón y que serían en junto unas quince, éntrelas cuales había dos señoras, una joven, con lentes y la otra ya anciana con el pelo cano.

El primer recurso que debía discutirse se refería á un delito de imprenta por difamación, lo cual había llamado más gente que la de costumbre.

El ujier se acercó á Fanarin y le preguntó por qué había venido y al saber que era el abogado de Catalina Máslova tomó unas notas en un papel que tenía en la mano.

Por la puerta del fondo que se había abierto, salió el viejecillo de aspecto patriarcal que había ido á revestirse con un uniforme brillante que la hacía parecer á un hermoso pájaro. Evidentemente el viejecillo se sentía algo atortolado, porque con paso muy rápido, más rápido que el suyo de costumbre, desapareció por la puerta opuesta á la de entrada.

—Este es Be, hombre de gran autoridad en esta casa,— explicó Fanarin al príncipe.

Al cabo de algunos momentos empezó la audiencia. Neklindoff y Fanarin tomaron sitio en la parte reservada al público. El abogado de Petersburgo se colocó cerca de una mesita en la otra parte. Además de ser menos ámplia y más sencilla, la sala del Tribunal Supremo se distingue de la de la Audiencia en que la mesa, detrás de la cual están sentados los senadores, se halla cubierta con un tapete de terciopelo rojo, en vez de estarlo con uno de paño negro. Lo demás todo es igual; no falta siquiera el icono y el altarito.

También el ujier profirió con voz solemne:

¡El tribunal!

También los senadores adelantaron magestuosamente sus uniformes galoneados y se sentaron en los sillones de alto respaldo, tratando de tomar una posición natural

Los senadores eran cuatro: Nikitin, de rostro afeitado y ojos duros, con la mirada cortante como una hoja de acero; Volf, con los labios apretados y las manos blancas entre las cuales tenía algunas targetas; Scovorodnikoff, gordo, pesado, con el rostro abotargado, y por último Be, el viejecito patriarcal. Al mismo tiempo había entrado el secretario general que tenía el cargo de sustituto fiscal, hombre de mediana estatura, delgado, con la cara afeitada y con los ojos negros, siempre tristes. Aun cuando el uniforme le cambiara algo y á pesar de que habían transcurrido seis años sin verse, Neklindoff

reconoció en seguida en él uno de sus mejores amigos de la Universidad.

—¿Es el fiscal general Selenin?—preguntó Neklindoff.

—Sí, ¿por qué me lo preguntáis?

—Porque le conozco mucho; es un hombre muy distinguido...

—Es un buen sustituto, dotado de mucha inteligencia. Quizá haríamos bien en recomendarnos á él.

—Obrará, sin duda, según conciencia,—repuso el príncipe, recordando la amistad y la intimidad que tenía con Selenin y la pureza y la honradez de éste.

—Y además, ya no tenemos tiempo,—añadió el abogado escuchando la lectura del apuntamiento.

Neklindoff trató también de entender la causa aquella; pero no pudo lograrlo sino á medias, porque, como de costumbre, lo que se discutía no era lo principal del proceso sino sus circunstancias accesorias. El proceso era, en suma, una querrela contra un periódico que había descubierto las trampas de un gerente de una sociedad por acciones. Parecía natural que debiera tratarse de saber si era exacto ó no que el gerente estafaba ó no á los accionistas; pero en vez de eso se discutía tan solo si el delito constituía una difamación ó una calumnia; si la calumnia contiene en sí los elementos de la difamación y esta los de la calumnia. Luego se discutía una cosa más ininteligible todavía para la gente lega; la relación que hubiese entre la sentencia y los artículos de otra sentencia anterior.

Una sola cosa parecía clara al príncipe: que Volf, que era el relator, aquel mismo Volf que dos días antes le habia afirmado que no se podía examinar la esencia del proceso, en el caso presente se mostraba evidentemente parcial y que Selenin, contra su acostumbrada templanza sostenía con un calor inesperado la tesis opuesta.

El calor con que discutía Selenin, provenía de que conocía á fondo á aquel gerente y sabia que era un hombre inmoral capaz de cometer cualquier atrocidad, tratándose de intereses ajenos y que el dia antes de la vista habia dado una gran comida, á la que Volf, invitado, asistió. Todas esas causas habían hecho que Selenin al oír la relación de Volf, evidentemente parcial, se estremeciera nerviosamente y expusiera su parecer con mayor vehemencia que de costumbre. La réplica del sustituto hizo, evidentemente gran impresión en Volf, el cual se ruborizaba, se movía y gesticulaba con asombro; pero luego, con tono de dignidad ofendida, se retiró con los otros á la sala de deliberaciones.

— ¿Por qué recurso venís?—preguntó de nuevo el ujier á Fanarin.

— Os lo he dicho ya; por el de Catalina de Máslova;— contestó el abogado.

—Está bien; pero la discusión se verificará de otro modo.

—¿Qué queréis decir?

—Que como se creía que este recurso se discutiría sin la presencia de las partes, los senadores no saldrán ya de la sala; pero... pensaré cómo he de decírselo.

—¿Cómo lo haréis?

—Lo pensaré, lo pensaré,—repitió el ujier escribiendo algo en una hoja de papel.

Efectivamente los senadores tenían la atención, una vez juzgado aquel recurso de difamación, de deliberar acerca de les otros, entre los cuales estaba el de la Máslova, sin salir de la sala en tanto que tomaban el té y fumaban cigarrillos perfumados..

XXI

Tan pronto como los senadores estuvieron sentados al rededor de la mesa de la sala de deliberaciones, Volf empezó con mucho calor á exponer los motivos que concurrían para casar la sentencia.

Pero el presidente, que estaba de mal humor, había juzgado ya por adelantado aquel proceso y en tanto que mentalmente estaba pensando en el capitulo de las memorias de su vida que iba á escribir, no prestaba atención ninguna á las palabras de Volf, que llegaban á su oido como una música fastidiosa y lejana.

El presidente Nikitin, había escrito el día anterior en sus Memorias una filípica tremenda contra ciertos empleados de primera clase que le habían impedido salvar á Rusia de una ruina cierta, ó por mejor decir de conseguir nn sueldo mayor que el que percibía ahora. Y en tanto que hablaba el magistrado relator, pensaba en que sus memorias serían un documento que expusiera á la posteridad tales hechos.

— Ciertamente,—dijo, contestando á las palabras de Volf, de las que no había oído una sílaba siquiera.

Be escuchaba con el rostro entristecido, en tanto que dibujaba una corona sobre un papel.

Entusiasta por la libertad de imprenta, conservaba aún las tradiciones de medio siglo antes y, si era alguna vez parcial, era en favor de la libertad. En el caso que se debatía, estimaba que debía rechazarse "1 recurso, porque tales procesos, intentados contra los periódicos, constituyen una verdadera, vejación contra la libertad de imprenta.

Cuando Volt hubo acabado la relación, Be, que no había terminado aún su corona, demostró con voz triste y en pocas palabras el poco

fundamento del recurso, y luego, inclinando su blanca cabeza, volvió á su dibujo.

Scovorodnkoff que estaba sentado frente á Volf mordisqueando la barba y el bigote, apenas se hubo callado Be cuando se levantó y con voz alta y ronca explicó que por su parte sería partidario de que se casara la sentencia aun cuando el recurrente fuera un gran canalla; pero que esto, se entendía, habiendo motivos. Ahora, como esos motivos no existían, no podía por menos de dar la razón á Be. Su rostro demostraba la satisfacción que sentía molestando á Volf. El presidente fué del parecer de Scovorodnkoff, de modo que el recurso fué desechado.

Volf comprendió que había sido sorprendido en el delito de parcialidad poco concienzuda y experimentó viva contrariedad, pero tomando el recurso de la Máslova, empezó á examinarlo.

Los senadores, entre tanto, después de haberse hecho traer el té, comentaban un caso que juntamente con el desafío de Kannenky era el tema de todas las conversaciones. Se trataba del proceso contra un presidente de Audiencia, pillado en flagrante delito de violación del 995 del Código.

—Qué escándalo,—dijo Be.

—¿No sé lo que encontráis de extraño en eso? —replicó Bcovorodnikoff,—Os podría citar un autor alemán que sostiene que tal acto no constituye delito y propone que la ley admita el matrimonio entre hombres.— Y lanzó una fuerte carcajada, en tanto que aspiraba con voluptuosidad una bocanada de humo del cigarrillo que tenía entre el índice y el pulgar.

—¡Esto es una cosa imposible!—protestó de nuevo Be.

—Os lo enseñaré,—confirmó Scovorodnikoff; y nombró el título de la obra y la fecha y el lugar de su publicación.

—Ahora se dice que le envían á una ciudad de Siberia como gobernador;—añadió Nitikin.

—¡Magníficamente!—exclamó Scovorodnikoff.—El arzobispo le saldrá al encuentro con la cruz en alto; pero yo quisiera que fuera un arzobispo de su misma laya. Yo, por ejemplo, podría recomendarle uno muy bueno para el caso.

En aquel instante entró el ujier y comunicó á los senadores el deseo de Neklindoff y de su abogado de asistir á la discusión del recurso de Catalina de Máslova.

—Es una historia curiosa,—dijo Volf, y empezó á contar cuanto sabía de las relaciones entre el príncipe y la presa.

Después de haber charlado un rato acerca de ello, bebido el té y fumado los cigarrillos, los senadores volvieron á la Sala, leyeron la setencia dada al recurso anterior y empezaron á discutir el de la Máslova. Volf, con su voz sutil refirió como se había desarrollado el proceso en todos sus detalles, no sin imparcialidad y con el deseo manifiesto de que se acogiera el recurso.

— ¿Tenéis algo que añadir?—preguntó el presidente á Fanárin.

El abogado se levantó é hinchando el pecho bajo la planchada camisa, con una magestuosidad sorprendente y una gran propiedad de lenguaje, demostró que el tribunal había violado en seis puntos el espíritu de la ley, y se permitió señalar la enorme injusticia que entrañaba la sentencia. El tono de su arenga, breve pero incisiva, demostraba que Fanarin quería excusarse si insistía tanto, porque estaba ya convencido de la sagacidad y saber jurídico de los senadores; pero que si insistía aún, era por un deber de conciencia.

Después del discurso de Fanarin parecía imposible poner en duda que el tribunal no anulara la sentencia; tal fué la primera impresión de Neklindoff, viendo el rostro satisfecho de Fanarin y la sonrisa de triunfo que asomó á sus labios. Pero el príncipe advirtió también que senadores y fiscal se aburrían y que cuando acabó aquél lanzaron un suspiro de satisfacción como gente que ha cumplido una penosa tarea.

El presidente dió la palabra al fiscal, quien con frase breve é incisiva, declaró que el recurso era inaceptable por la insuficiencia de

los motivos aducidos. Pasaron todos á la sala de deliberaciones. Volf era favorable á la casación de la sentencia: Be, que había comprendido de que se trataba, aprobaba la tésis de Volf y pintaba á sus compañeros con vivos colores la equivocación de los jurados, tratando de hacérsela comprender tan bien como él la había comprendido. Nitikin, escrupuloso guardador de la observancia de las leyes, quería lo contrario. Todo dependía del voto de Scovorodnikoff.

Tal voto fué contrario. La decisión del príncipe de casarse con la Máslova, en nombre de un deber moral, le parecía una atrocidad. Darwinista y materialista acérrimo consideraba la moral abstracta y más todavía el sentimiento religioso, no sólo como un síntoma de locura, sino como una ofensa personal. Tanto ruido á propósito de una mujercuela, la presencia de un abogado famoso para defenderla y del propio Neklindoff, que quería casarse con ella, le producían náuseas. Con un tono de voz muy natural, en tanto que continuaba mordisqueando su barba y fingiendo ignorar cuanto no se refería á los fundamentos de la sentencia, dijo que creía que ésta debía seguir su curso, como opinaba también el presidente.

Fué desechado, pues, aquel recurso y así se disipó la primera esperanza que durante un mes había acariciado el príncipe.

XXII

—¡Qué horror!—repetía Neklindoff en tanto que salía con Fanarín.— En un caso tan evidente, de una injusticia tan notoria, íse atienen á la forma y rehúsan reparar un error!... Es una indignidad espantosa.

—Esto es lo que se podía esperar del tribunal,—dijo el abogado.

—¡Y hasta Selenin, ha rehusado! ¡Qué horror, qué horror!—
proseguía Neklindoff.—Y ahora, ¿qué hemos de hacer?

—Dirigiremos una súplica á la Majestad Imperial. Conviene que la
enviéis en tanto qué estáis aquí; yo la escribiré en seguida.

En aquel instante, Volf, ceñido en su brillante uniforme cubierto de
cruces, entró en la sala y se acercó á Neklindoff.

—¿Qué le vamos á hacer, caro príncipe? Los motivos eran
insuficientes.—Y encogiéndose de hombros, siguió su camino.

Detrás de Volf, apareció Selenin, quien habia sabido que su amigo
Neklindoff estaba allí.

—No me hubiera imaginado nunca encontrarte en este sitio,—dijo
acercándose al príncipe con una sonrisa que contrastaba con la
tristeza de su mirada.—Ignoraba que estuvieras en Petersburgo.

— ¡Yo no sabía que fueras fiscal general!...

—Di sustituto,—corrigió Selenin; y mirando á su amigo,—ó? Por Qtié
^^ venido al Senado?

—¿Por qué vine?... Porque esperaba hallar justicia y salvar de una
condena injusta á una pobre mujer inocente,

—¿Qué mujer?

—Aquella cuyo recurso acabáis de desechar.

—Ah, bí, el recurso de Catalina Máslova,—dijo Selenin
acordándose;—un recurso sin fundamento.

—No se trata del recurso; piensa que la mujer es inocente y que le
ha caído encima una condena inmerecida.

Selenin lanzó un suspiro.

—Puede ser, pero...

—No puede ser, es.

—¿Cómo lo sabes tú?

—Era uno de los jurados en el proceso contra ella-.. Sé demasiado el error que cometimos.

Selenin quedó pensativo.

—Era preciso decirlo en seguida,—observó.

—Lo he hecho.

—No basta. Era preciso hacerlo poner en el verbal. Y si eso se hubiera alegado en el recurso de Casación...

Evidentemente Selenin que tenía muchas ocupaciones, y frecuentaba poco la sociedad, no conocía la historia de su amigo, y Neklindoff, que lo comprendió, juzgó prudente no explicársela.

—Pero hasta de la sentencia tal como estaba, se deducía que estaba equivocada...

—No puede hacer eso el Tribunal. Si en vez de examinar si se ha faltado á las leyes, los senadores opusieran á la sentencia del Tribunal inferior su propia convicción sobre el fondo del proceso, se correría el riesgo de conculcar la justicia en vez de restablecerla,—replicó Selenin.—Además, los veredictos del jurado perderían su propia significación.

—Todo eso son buenas razones;—afirmó Neklindoff;— pero esto no obsta para que se haya cometido una injusticia muy grande. La más alta magistratura ha confirmado un error tremendo.

Selenin cerró los ojos.

—No, no ha confirmado nada porque no ha examinado el fondo del proceso, porque no podía examinarlo... Pero, hablemos de ti,—dijo como quien desea dar do mano á un asunto penoso.—Me dijeron ayer que estabas en Petersburgo, en casa de tu tía la condesa Ekaterina, que me había invitado á un sermón de un predicador famoso. Me dijeron que asistirías.

—Sí; pero tuve que alejarme con asco,—repuso Neklindoff con sequedad al ver que su amigo trataba de variar de conversación.

—¿Por qué? Siempre es una función religiosa.

—¡Obi En cuanto al sermón, puedo asegurarte que era una charla-insulsa...

— No, no. No entiendo porque casi todos tenéis la idea de buscar nuevas teorías en vez de las viejas creencias,— replicó Selenin, como queriendo ver que efecto harían en Neklindoff sus palabras.

El príncipe le miró con asombro y escrutando sus ojos. Selenin lo bajó como para que no se viera que una expresión de disgusto se mezclaba con su habitual tristeza.

—¿Pero tú crees en las doctrinas de la Iglesia?—preguntó Neklindoff.

—Ciertamente.

—Es extraño,—suspiró Neklindoff.

—De eso hablaremos más despacio,—dijo Selenin, y se volvió hacia un ujier que se le acercaba: Vengo en seguida. Es preciso que nos veamos,—añadió.—¿Dónde y cuando podré encontrarte? Tendré mucho gusto en verte. Habito en la calle Nargedinskaia... [Pero, cuánto hemos cambiado los dos desde que no nos vemos!

Y al alejarse sonrió.

—Veré si tengo tiempo,—contestó Neklindoff.

Y sintió que algo quedaba roto entre ellos; que aquel amigo, tan querido en otro tiempo, después de aquel breve coloquio, se había convertido para él en un ser indiferente, incomprensible, casi hostil.

XXIII [15]

Cuando Neklindoff había conocido a Selenin, era éste un joven bueno y amable, un amigo fiel y un hombre de mundo para su edad,

muy discreto y comedido con todo el mundo. Estudiaba mucho y con fruto; pero sin pedantería, siquiera obtuviese siempre medallas de oro.

Selenin se había propuesto, en su primera juventud, sacrificarse en favor de los demás hombres y lo cumplía no con palabras, sino con obras. Y como el puesto que más indicado le pareció para ello eran los empleos públicos, estudió cuidadosamente en qué iramo de la administración le sería posible prestar mejores servicios y se decidió á entrar en la sección segunda de la magistratura, la encargada de cumplir la leyes. Pero pronto comprendió que en tal puesto no podía ser útil como deseaba, y por ello pasó al Tribunal Supremo.

Allí se halló más en su elemento; pero, de todos modos, no estaba satisfecho; comprendía que no era aún el hombre que habría debido ser. Sus deudos le obtuvieron por aquel tiempo un cargo de gentilhombre de Corte y él, con el uniforme reluciente y recamado, tuvo que ir á dar las gracias á los que le proporcionaban aquel puesto de criado. Más que nunca comprendió que se apartaba del objeto de su vida; pero no podía rehusar sin dar un feo á sus deudos, y además, al verse con un brillante uniforme cuajado de oro, sonreía pensando en el respeto que siente el público por quien lo lleva.

Algo parecido le ocurrió al casarse. Sus allegados le buscaron una mujer según las conveniencias sociales y no se atrevió á rehusar, tanto por no herir á los que por él se tomaban interés, como por no desagradar á aquella joven que era bonita, hija de una familia distinguida y muy rica. Pero después del primer parto la mujer declaró que no quería tener más hijos y se lanzó á un torrente de diversiones mundanas, á las que él mismo se vió arrastrado.

Su única hija, una niñita de rizado pelo y con las piernas siempre desnudas, crecía extraña por completo al padre, especialmente porque la educaban contra sus ideas. Y aquella lucha continua, sorda, disimulada á los ojos extraños, hacía muy penosa la vida de

Selenin en su casa, y de ahí la tristeza que siempre se leía en sus miradas.

Pero donde mejor comprendía que no era lo que hubiera debido ser, era en su modo de comprender la religión: Como todas las personas de su clase y de su tiempo había quebrantado aquellos vínculos que agarrotan el espíritu con las mezquindades de las supersticiones religiosas y, hombre serio y honrado, no había fingido nunca hipócritamente ni había escondido sus ideas.

Pero, con el transcurso de los años y á consecuencia de los adelantos que continuamente hacia en su carrera, su libertad de conciencia había comenzado á causarle molestias en aquella sociedad dominada por un soplo de reacción.

Selenin se encontraba en la necesidad de escoger entre dos caminos: ó fingir exteriormente que profesaba una religión cuya fe estaba bien lejos de sentir, y esto era imposible con su carácter franco y sincero, ó bien arreglar su vida de modo que no se viese obligado á fingir lo que no sentía. Pero para tomar este último partido que á primera vista parecía fácil, se necesitaban muchas cosas: era preciso afrontar una lucha incesante con las personas queridas, renunciar al empleo, renunciar á la idea de ser útil al prójimo, cosa que esperaba poder hacer en lo porvenir. Como hombre culto que sabe la historia y conoce el origen y la evolución de la Iglesia cristiana, estaba convencido de que tenía razón y no daba valor alguno á las doctrinas de la Iglesia. Pero empujado por las necesidades de la vida, transigía levemente con su propia conciencia: se dijo que para afirmar categóricamente que una ley es absurda, precisa antes haber estudiado en qué consiste tal absurdo. Esta leve transacción, esta mentira tan ligera, había bastado para llevarle al campo de la gran mentira en que ahora se ahogaba.

Empezó á estudiar á Voltaire, Schopenhauer, Comte, Spencer, las obras filosóficas de Hegel, las teológicas de Vinet y Chomiakoff; y, como era natural, encontró en estos libros todo lo que buscaba: halló calma su alma intranquila, al ver una especie de justificación de todas aquellas teorías religiosas que su inteligencia no admitía

desde mucho tiempo atrás, pero que aún creía indispensables para librarse de las disputas que amargaban su vida. Repetíase que no solamente un hombre, sino también un grupo escogido de ellos podía haber sabido la verdad, y que el único medio dado a los hombres para conocerla es la revelación divina que tiene por suya la Iglesia. Abroquelado detrás de estos sofismas y otros parecidos, podía con la conciencia tranquila comulgar, persignarse y continuar su carrera, que le endulzaba la tristeza de la vida doméstica con la posibilidad de hacer el bien.

Poco a poco se persuadió de que creía, aún cuando todo su ser le indicaba que en esto, más que en cosa alguna, no era lo que debida haber sido. Y la tristeza de su mirada era un reflejo de la tristeza de su alma.

Ahora encontrando a Neklindoff al que conociera cuando su espíritu estaba aún libre de todas aquellas mentiras, experimentó más que nunca la impresión de haber equivocado el destino de su vida, y se sintió preso de una tristeza que le destrozaba.

Lo mismo sentía Neklindoff después del primer ímpetu de alegría, al ver a un antiguo amigo. Así los dos a pesar de la promesa cambiada, no trataron de verse el uno al otro y Neklindoff partió de Petersburgo sin haber hablado más con su amigo de otro tiempo.

XXIV

Salidos del palacio, Neklindoff y Fanarin caminaron un rato juntos por la acera. El abogado que ordenó al cochero que marchara detrás de ellos, empezó a contarle el hecho aquel de que hablaran los senadores en el Consejo; es decir, e) nombramiento de aquel solemne canalla para un gobierno de Siberia. Luego le contó como una comisión de personajes influyentes se había comido el dinero

recogido para elevar un monumento y otras historietas que no interesaban nada al príncipe: un prójimo que había vendido á su mujer; otro que había comprado su esposa con dinero y estafas y delitos de distinto género, perpetrados en personas empingorotadas é influyentes que en vez de ir á pudrirse en una prisión, eran gerentes de asociaciones industriales y presidentes de obras pías y otras majaderías por el estilo.

Todo eso, que como se puede comprender, interesaba muchísimo al abogado, porque se refería á achaques de su oficio, no tenía importancia alguna para Neklindoff; así es que aquél quedó asombrado cuando éste, sin escuchar siquiera el final de su última historia, le saludó, y subiendo á su coche, volvió á su casa.

El príncipe estaba muy triste. El haber sido desechado el recurso por el Tribunal de Casación aumentaba su tormento, pensando en la Máslova inocente y condenada. Todas aquellas historias de delitos triunfantes, de las cuales Fanarin hablaba con tal desenvoltura, habían aumentado su tristeza, así como aquella mirada fría y malhumorada de Selenin, que en otro tiempo conociera bueno, noble y leal.

Cuando llegó á casa, el portero le entregó una tarjeta que había escrito en la portería una mujer: la madre de la Schiustova. Le escribía que había ido á dar las gracias á su bienhechor, al salvador de su hija y le rogaba, además, que pasara por su casa, calle Vasilievkaja, línea quinto, al día siguiente, si le era posible, pues tendría una gran satisfacción en verle y hablarían, además, de la Vera Eframovna.

Otra carta tenía de Bogatiroff, ayudante del emperador y ex compañero de Neklindoff, á quien el príncipe se había dirigido, rogándole que entregara personalmente la súplica en nombre de los desterrados al Cáucaso por cuestiones religiosas.

Bogatiroff decía, con su letra grande y atrevida, que daría al emperador mismo la súplica, como lo había prometido, pero que se

le había ocurrido una nueva idea: ¿no sería quizá, mejor, dar antes algún paso cerca de aquellos de quienes dependía el proceso?

Las impresiones de aquellos últimos días transcurridos en Petersburgo habían puesto á Neklindoff en un estado de abatimiento moral indecible: los hermosos planes que se trazara en Moscou, le hacían el efecto de sueños de un adolescente, que desaparecen apenas se dan los primeros pasos en el camino de la vida.

Desde que se encontraba en Petersburgo, parecía, sin embargo, que el deber le obligaba á hacer cuanto había premeditado.

Sacó de la cartera el billete de la madre de la Schinstova y lo releía, cuando un criado, asomándose á la puerta, le invitó de parte de la condesa á subir á sus habitaciones para tomar el té. El príncipe se apresuró á aceptar la invitación de su tía, y, al pasar ante una ventana abierta, advirtió que estaba parado frente á la casa el coche de Marieta, lo cual le causó una súbita alegría y le arrancó una sonrisa.

Marieta, con un sombrero claro, con un traje de color, se hallaba al lado de la condesa, y en tanto que bebía el té murmuraba algunas palabras haciendo centellear sus hermosos ojos sonrientes.

Cuando entró Neklindoff debía acabar de contar alguna cosa ridícula y escabrosa. Así lo advirtió el príncipe por la risa de ambas

La condesa Ekaterina reía ruidosamente, retorciendo su gordo cuerpo; Marieta, por lo contrario, sonreía tan sólo, é inclinando un poco su rostro alegre y enérgico, miraba en silencio á su compañera.

Por algunas palabras sueltas, Neklindoff comprendió que comentaban el nombramiento de aquel nuevo gobernador de Siberia.

—¡No digas más ó me voy á morir de risa!—exclamó la condesa, no pudiendo contener sus carcajadas.

El príncipe saludó á las señoras, y se sentó; pero apenas había formulado en su mente la idea de acusar á Marieta por su ligereza, cuando ésta, adivinando por la expresión de Neklindoff sus

intenciones, ocultó toda apariencia de alegría para agradarle, (éste había sido su deseo desde la primera vez que lo vió), y no sólo su rostro, sino su persona toda, adquirió un aire de seriedad, de cansancio de la vida, como quien vé transcurrir los días buscando con anhelo algo que no encuentra. Y esto no era una ficción en ella, porque en un instante, había sabido apropiarse el estado de ánimo de Neklindoff, aún cuando no hubiese podido definir aquel estado, si se lo hubieran hecho explicar.

Con tono afable le preguntó Marieta qué rumbo habían tomado los asuntos que tanto le interesaban. El principe contó su mala aventura en el Tribunal y su encuentro con Selenin.

—¿Selenin? ¡Un alma pura! ¡Un verdadero chevalier satis peur et sans reproche. ¡Un alma pura!—exclamaron las dos señoras, repitiendo muchas veces el epíteto con que se conocía á Selenin en sociedad.

—¿Y su mujer, qué hace? ¿cómo vive?—preguntó Neklindoff.

—¿La mujer?... No quisiera hablar mal de ella, pero no sabe comprender á su marido... Pero ¿qué me decís? También él estuvo de parte de los que denegaban—exclamó Marieta.—¡Es una cosa espantosa! ¡Cuánta pasión siento por esa pobre joven!...—añadió después suspirando.

Neklindoff frunció el entrecejo y como para dar otro giro á la conversación, empezó á hablar de la Schinstova, libertada al fin, gracias á la intervención de su marido, lo cual no sabía cómo agradecerle. Quería añadir que era una cosa muy triste, que aquella muchacha y su familia, hubiesen sufrido tanto sólo porque no había habido una persona que cuidara de su suerte. Pero Marieta no le dió ni siquiera tiempo, y le interrumpió con frases de indignación.

La condesa Ekaterina Ivanovna comprendía que Marietr coqueteaba con su sobrino, y aquello la divertía muchísimo.

—¿Sabes en qué pienso?—dijo después de algunos minutos de silencio;—ven mañana por la noche á casa de Alina; estará

Kisivetter. Ven también tu,—dijo á Marieta. —Luego, volviéndose hacia su sobrino, continuó:

—II vous a remarqué. Me ha dicho que lo que te ocurre es un buen signo, porque quiere decir que vuelves al redil. Ven, ven de todos modos. Diselo tú, Marieta, que venga; y tú procura no faltar.

—Ante todo, condesa, no tengo derecho alguno para aconsejar al príncipe,—contestó Marieta, lanzando una ojeada á Neklindoff.—En segundo lugar, sabed que tampoco yo soy una admiradora...

—Ya, ya sé que lo haces todo al revés y según te acomoda.

—¿Eso creéis?—replicó riendo; yo, en cuanto á religión, creo como una simple aldeana. En tercer lugar, voy mañana al teatro francés...

—¡Ah! ¿Has visto esa... cómo se llama?

Marieta, entonces, sugirió el nombre de la célebre actriz francesa.

—Vé á verla, es una verdadera notabilidad.

—¿Qué debo oír primero, ma tante? ¿La cantante ó el predicador?—preguntó Neklindoff riendo.

—No te burles de mis palabras.

—Yo creo que primeramente debo oír al predicador, y luego á la actriz, para no perder totalmente el gusto de los sermones,—prosiguió el príncipe.

—No, es mejor empezar por el teatro, y acabar por la penitencia,—replicó Marieta.

—Os ruego que no os burléis de mí. El predicador es el predicador, y el teatro es el teatro. No es necesario para salvarse poner la cara seria y llorar de continuo como una fuente. Es preciso creer, y esto basta, para experimentar la inmensa alegría de la salvación.

—Vos, tía, habláis mucho mejor que todos los predica dores.

—Y bien,—empezó Marieta, después de haber reflexionado algo,—¿qué es lo que hemos de hacer primero? Venid mañana conmigo al palco...

—Temo que me será imposible.

Su conversación quedó interrumpida por la entrada de un criado que anunció una visita. Era el secretario de una sociedad de beneficencia, de la cual la condesa era directora.

—Ese es un señor muy fastidioso; lo recibo en un momento, y vuelvo. Dale té entretanto, Marieta,—dijo la condesa, y con un paso ágil y rápido, salió de la habitación.

Marieta se quitó el guante enseñando una mano fina, nerviosa y fuerte, con los dedos ensortijados.

—¿Queréis?—dijo ofreciendo la bebida al príncipe.— me dá mucha pena, cuando las personas á quienes estimo me confunden con el ambiente en que por fuerza vivo.

Y su rostro adquirió de repente una expresión de gravedad y de tristeza, como si apenas pudiera contener las lágrimas.

Neklindoff se sintió conmovido, y aún cuando el sentido de tales palabras fuera muy vago, le parecieron llenas de una bondad y una nobleza profundas: tanta era la atracción que sobre él ejercía la mirada centellante de aquella mujer joven, elegante, bella, que le envolvía como en una caricia.

La miraba sin hablar, incapaz de apartar sus ojos de aquel rostro.

—¿Creéis que no comprendo lo que pasa dentro de vos? — exclamó Marieta.—Lo que habéis hecho lo saben ya todos. Es el secreto del polichinela. Os admiro y además os apruebo.

—No hay nada qué admirar ni qué aprobar: he hecho muy poco.

—No importa: comprendo el sentimiento que os impulsa, y comprendo también lo que siente ella: me parece bien, muy bien; pero, no hablemos más de ello,—se apresuró á añadir viendo pasar una expresión de descontento por la cara del príncipe.

—Comprendo muy bien que ante tantos padecimientos, ante los horrores de las cárceles, prosiguió Marieta, empeñándose en atraerle hacia si, y adivinando con la agudeza propia del instinto femenino lo

que para él era más importante y caro,—comprendo que queráis socorrer á la gente que sufre más espantosamente por la indiferencia y la crueldad de los hombres... Comprendo que se pueda sacrificar la vida por un objeto tan noble... Hasta yo lo haría; pero cada cual tiene su propio destino.

—¿No estáis, pues, contenta de vuestra suerte?

—¿Yo?—contestó ella con asombro, como si no se le pudiera hacer tal pregunta.—¿Yo?.. Yo debo estar contenta y lo estoy, pero hay en mí como un gusano que se despierta...

—Es preciso no dejar que se duerma; es forzoso creer siempre en esa voz,—contestó el príncipe dejándose engañar completamente por el reclamo.

Más tarde, Ntklicdoff decía con frecuencia que recordaba con vergüenza su debilidad, las palabras artificiosas, la atención algo tierna con que ella le escuchaba cuando hablaban de los horrores de la cárcel y sus impr. sienes de las aldeas.

Volviendo á la sala, la condesa les halló conversando como dos antiguos amigos, como dos íntimos amigos que entre mucha gente sólo uno á otro se comprenden. Sus labios hablaban de la injusticia de los opresores, de los padecimientos de los débiles, de la pobreza del pueblo; pero en realidad, sus miradas que se cruzaban decían:

—«¿Puedas amarme?»

—«Podré.»

Y una ola sensual corría de uno á otro; velándose bajo la forma más alta de una noble idealidad.

En el momento de despedirse, le aseguró ella que estaba dispuesta á servirle en cuanto pudiera y le rogó que fuera sin falta á la otra noche al palco, pues tenía que decirle cosas muy importantes.

—¿Y cuándo os veré?—añadió con un suspiro en tanto que calzaba de nuevo el guante.—Decidme que vendréis...

Neklindoff lo prometió.

Aquella noche cuando se hubo acostado y apagado la luz, no pudo dormirse.

Ante su fantasía reaparecía todas las escenas de aquella jornada y la negativa del Tribunal; luego la Máslova, su propósito de seguirla á Siberia; y luego como un contrapeso, imaginó el rostro de la Máslova cuando le vería de nuevo, el suspiro que lanzaría cuando le dijese lo que habla ocurrido.

Y le asaltó una duda que desde hacia mucho tiempo no le asaltaba.

¿No era una locura seguir á la joven y despojarse de sus riquezas?..

En el seno de aquella clara noche de Petersburgo, que dejaba entrar ténue claridad por entre los cortina jes, Ne klindoff comprendía que habia perdido su firmeza; las respuestas que á si mismo se daba eran poco claras, embrolladas.

En vano se esforzaba por readquirir su valor de dias atrás, sus ideas, sus propósitos, pues le faltaba la energía de la persuasión.

—Me estoy creando una vida imposible, y luego me arrepentiré de haber obrado así,—pensó.

Y como no encontró fuerzas para contestarse, se sintió invadido de tristeza y disgusto, y al cabo se durmió con ese sueño pesado que sigue á las noches pasadas en la disipación ó consumidas en un trabajo difícil.

XXV

El primer sentimiento que experimentó Neklindoff al despertar, fué que durante la víspera había ocurrido en su vida algo poco laudable. Y en seguida empezó á reflexionar.

Le había parecido que unir su propia suerte á la de la Máslova, renunciar á las posesiones maternas, todo lo que en aquellos tiempos decidiera de un modo inmutable, fuera un sueño irrealizable, un propósito ficticio y poco humano, y que, por lo contrario, lo razonable era vivir como había vivido durante los últimos años.

No, no eran malas acciones; pero eran malos pensamientos, de los cuales inevitablemente nacen las primeras. Y esto era peor. Una mala acción se puede realizar y arrepentirse después de ella; pero los malos pensamientos hacen germinar todas las acciones malvadas y deshonorosas que un hombre puede hacer; una mala acción prepara el camino para otra del mismo género; los malos pensamientos impulsan irresistiblemente por ese camino peligroso.

Aquella mañana, al recordar los pensamientos que le atormentaron durante la víspera, Neklindoff se preguntaba asombrado cómo los pudo tener. Apesar de que el camino que se había trazado estuviera sembrado de obstáculos, que era preciso vencer antes de llegar á la meta, comprendía que aquel era el único camino posible para él en lo sucesivo; comprendía que darse por vencido equivalía á la muerte.

El breve instante de vacilación del día anterior, era como el deseo de aquel que teniendo un sueño y sabiendo que ha llegado la hora de levantarse, quiere, sino dormir, permanecer todavía algunos minutos dormitando, aún cuando le espere algo importante y agradable.

Neklindoff recordó el billete recibido el día antes, y como aquel era el último día de su estancia en Petersburgo, se apresuró á ir á la isla Vasilievskaja, á casa de la Schinstova.

Habitaba esta en el segunde piso, y el príncipe, subiendo por una escalera de servicio, llegó á una cocina impregnada de un olor de alimentos fuertes. Una mujer de mediana edad, arremangada, con un delantal y unas antiparras sobre la nariz, estaba allí arreglando algo en una cacerola.

—¿A quién buscáis?—preguntó con severidad, mirando al desconocido por sobre los lentes.

Cuando Neklindoff se hubo nombrado, el rostro de la mujer tomó una expresión de alegría temerosa.

—¡Oh, príncipe!—exclamó, limpiándose las manos con el delantal. —¿Por qué habéis subido por la escalera de sérvicio?... ¡Ah, nuestro querido bienhechor! Yo soy la madre de la joven que habéis salvado.

Y trataba de besarle la mano.

—Fui ayer á vuestra casa. Me lo había rogado mi hermana, la que está conmigo... Por aquí, seguidme, os lo ruego.

Precediendo al príncipe, pasó por una puertecita, enfiló un corredor, y mientras andaba trataba de arreglarse las sayas y el pelo alborotado.

—Mi hermana Corniloff... La habréis oído nombrar,—dijo en voz baja, parándose ante una puerta,—estuvo mezclada en las cuestiones políticas... Es una mujer muy inteligente....

Abierta la puerta, entró Neklindoff en una sala de pequeñas dimensiones. En un canapé, ante una mesa, estaba sentada una mujer gorda, de pequeña estatura, con una camiseta á rayas y una cabellera rubia y rizada, que encuadraba una cara palidísima, parecida á la de la madre.

En frente á la joven, en un sillón, inclinándose hacia adelante, estaba un joven con bigote y barbilla negros, vestido con una camisa

rusa, de cuello bordado.

Estaban ambos tan ocupados en lo que decían, que únicamente se volvieron al oír que el príncipe entraba en el cuarto.

—Lidia, el príncipe Neklindoff, aquel que...

La joven se puso en pie con un movimiento nervioso, y arreglándose un rizo, fijó sus grandes ojos grises sobre el visitante, con expresión de temor.

—Así, pues, sois vos esa mujer terrible de quien me habió Vera Efremovna,—dijo Neklindoff, sonriendo y alargándola la mano.

—Sí, soy yo,—contestó Lidia, enseñando dos filas de dientes ebúrneos al sonreír con sonrisa dulce é ingenua de niña.—Mi tía que tenía tantas ganas de veros... ¡Tía!...—gritó, volviéndose hacia la puerta, con su voz melodiosa y simpática.

—Vera Efremovna sentía mucho que estuviérais presa, —dijo Neklindoff.

—Sentaos aquí... ó aquí,—decía entre tanto Lidia, indicando el sillón mullido del cual el joven se había levantado.—Mi primo Zakaroff,—añadió luego, advirtiendo que el príncipe le miraba.

El joven saludó al príncipe sonriendo y se sentó cerca de la ventana, en una silla; del cuarto del lado salió un estudiante rubio, de unos quince años, quien sin hablar se sentó en el ancho alféizar de la ventana.

—Vera Efremovna, es gran amiga de mi tía. Yo la conozco apenas,—explicó Lidia.

En aquel instante entró una mujer de rostro afable é inteligente, con un corpiño blanco que un cinturón de cuero sujetaba á la cintura.

—Buenos días,—dijo sentándose en el sofá al lado de la joven;—gracias por vuestra visita... ¿Cómo está la Vera? ¿La habéis visto? ¿Cómo soporta la prisión?

—No se queja nunca,—contestó Neklindoff.—Tiene una serenidad olímpica.

—¡Querida Vera! ¡Cuán bien la pinta esto!—exclamó la tía sonriendo.—Es preciso conocerla. Es un sér raro: todo para los otros y nada para sí.

—La verdad es que no ha pedido nada para sí,—contestó Neklindoff.—Lo que sentía era la suerte de vuestra sobrina. Pensar que estaba en la cárcel le producía un verdadero tormento.

—Sí, era una cosa horrible, ¡Pensar que esta pobrecilla ha sufrido tanto por mi culpa!

—No, tía, no,—contestó Lidia.—Aunque no hubiera sido por vos también hubiera tomado las tarjetas.

—Lo sé mejor que tú,—insistió su tía,—y volviéndose hacia Neklindoff continuó:—Todo se reduce á esto: una persona me había rogado que le guardara sus tarjetas durante algún tiempo, pero como yo no estaba en casa, se las dejaron á ella. La misma noche vinieron á hacer un registro y encontrándole las tarjetas, se las quedaron y la arrestaron, insistiendo en que revelara quién se las había dado.

—Yo no revelé nada,—dijo rápidamente la joven, en tanto que con los dedos se arreglaba un ricillo que no le daba punto de reposo.

—Ni digo que hayas revelado nada,—replicó la tía.

—Si han preso á Mitin no es que yo tenga la culpa,—repuso Lidia volviendo al rededor una mirada inquieta, mientras un súbito rubor coloreaba su rostro.

—No hablemos de eso, hija mía,—intervino la madre.

—No, no puedo callar, quiero contarlo.

Y presa de un espasmo nervioso, retorció el rizo entre sus dedos, enrojeciendo más y más y mirando al rededor.

—¿No te acuerdas, hija mía, lo que te ocurrió ayer cuando contaste eso?

—Nada, nada... dejadme, mamá. Yo no hablé, callé siempre. Y cuando por dos veces me interrogaron acerca de mi tía y de Mitin, me limité á declarar que no contestaría nada; entonces aquel Petroff...

—Petroff es un poco de cada cosa,—explicó la tía,—medio carcelero, medio espía, y un canalla en una pieza.

—...Empezó á convencerme,—prosiguió Lilia cada vez más excitada.—«Todo lo que diréis no dañará á nadie; antes por el contrario, quizá salvaréis á unos inocentes.» Yo le declaré de nuevo que no quería hablar; entonces él replicó: «Está bien, no digáis nada; basta que no neguéis lo que yo diré.» Y empezó á nombrar algunas personas y entre ellas á Mitin.

—¡Cállate! ¿Qué sacas de volver á hablar?—díjole su tía.

—No me interrumpáis...—y se retorció con más fuerza el rizo.—Al día siguiente supe que Mitin estaba preso; me dieron el aviso con golpes dados en la pared. Y de repente tuve un pensamiento terrible: ¡Yo sola le he perdidol ¡Yo sola!... Y experimenté tal angustia que temía enloquecer.

—Después se ha sabido que no fué por tu culpa.

—Pero yo no podía saberlo... Creía que yo era la culpable. Anduve arriba y abajo de mi calabozo y un pensamiento terrible estaba fijo en mi mente: «tú le has perdido.» Quise dormir; imposible. Mandé á mi mente que no pensara en ello; ¡imposible!... ¡Ah, qué horror! ¡qué espanto!...

Y presa de una excitación cada vez mayor, Lidia se retorció el pelo entre los dedos, lo soltaba, lo volvía á retorcer, en tanto que sus ojos se posaban aterrados sobre cuanto habia á su alrededor.

—Lidia, Lidia, por caridad, cálmate,—rogaba su madre.

Pero la joven no podía ya contenerse.

—La cosa es tanto más espantosa...—prorrumpió de nuevo; pero tanta era su excitación que la acometió un sollozo violento, y se

puso en pie con ímpetu, y tirando una silla se fué corriendo al otro cuarto.

La madre fué detrás de ella.

—¡Es preciso matar á todos esos bandidos!—exclamó el estudiante que estaba en la ventana.

—¿A tí que te importa?—dijo la tía.

—¿A mi? Nada; era un decir...—respondió el estudiante, y tomando un cigarrillo de la mesa, se puso A fumar.

XXVI

—Sí, creedlo, para los jóvenes es una cosa tremenda la prisión,—afirmó la tía moviendo la cabeza y encendiendo un cigarrillo.

—Creo que lo será para todos,—replicó Neklindoff.

—No, no es así. Para los verdaderos revolucionarios representa un lugar de reposo, de tranquilidad casi; ellos mismos lo dicen. Quien conspira y combate contra leyes que no quiere sufrir, vive siempre en un ansia penosa, padece por sí mismo, por sus compañeros y por el partido. Luego, cuando al cabo lo detienen, todo acaba; ya no tiene responsabilidad ninguna. Está allí y reposa. Hay algunos que me han asegurado que hasta sentían alegría; pero cuando se trata de jóvenes inocentes, porque son siempre inocentes los primeros que aprisionan, niñas como mi pobre Lidia, ¡oh! entonces aquel primer golpe es una cosa terrible. No porque os hayan privado de libertad, no porque os traten brutalmente y os den alimentos corrompidos ó porque el aire sea infecto; no por todas las torturas que os infligen; aun cuando fueran tres veces mayores se

soportarían. ¡Pero aquella sacudida moral que se recibe cuando por primera vez se cae entre sus manos!

—¿Cómo lo sabéis vos?

—¿Yo?... Dos veces fui presa,—pronunció la tía con una sonrisa dulce y triste.—Cuando me arrestaron por primera vez, y me prendieron sin culpa, contaba veintidós años, tenía un hijo y estaba en cinta de otro. Pues bien, creedlo, el separarme de mi marido y de mi hijo, no fué nada en comparación de lo que experimenté al advertir que había dejado de ser una mujer para convertirme en una cosa. Quiero besar á mi hijo; me ordenan que me apresure y suba al coche que me espera. Pregunto donde me llevan; me responden que ya lo veré cuando haya llegado. Pregunto de qué me acusan; no me contestan siquiera. Luego, después de un largo interrogatorio, se llevan mis vestidos, me dan otros con un número, me echan á un calabozo, cierran con un cerrojo y quedo sola, en tanto que un centinela silencioso, con un fusil al hombro pasea arriba y abajo, y de cuando en cuando me espía por una rendija de la puerta. Entonces sentí un dolor atroz que no se puede imaginar. Recuerdo más que otra cosa el tono irónico con que el oficial que me interrogaba me ofreció un cigarro. El sabía que los hombres gustan de fumar; sabía que aman la libertad, la luz; sabía que las madres aman á sus hijos y los hijos á sus madres... ¡Y me arrancaron cruelmente todo lo que me era caro, me privaron de la libertad y me encerraron como se encierra una bestia feroz! ¡Oh! creedlo, eso no se soporta sin experimentar terribles consecuencias. Si antes creáis en Dios, en la fraternidad entre todos los hombres, en una ley suprema de mutuo amor, después es imposible que creáis aún... Desde el instante en que perdí mi fe en la bondad humana, empecé á ser mala.

Y asomó una sonrisa á sus labios.

Entre tanto apareció en la puerta la madre, la cual dijo que Lidia estaba demasiado agitada y que no saldría ya.

—Ved ahí una existencia juvenil destrozada. Lo que siento más es que involuntariamente he sido yo la causa de ello,—dijo la tía.

—Dios proveerá,—añadió la madre.—Quizá en el campo podrá reponerse; la enviaremos al lado de su padre.

—Ciertamente que si no hubierais sido vos se muere,— repuso la tía.— ¡Mil gracias! Quería rogaros también que entregarais una carta á Vera Efremovna.

Y sacó un sobre del bolsillo.

—La carta está abierta. Podéis leerla y luego entregarla ó romperla; como queráis; pero de todos modos no contiene nada que pueda comprometeros.

El príncipe tomó la carta y después de asegurar que la entregaría, se levantó y se despidió.

Estando en la calle cerró el sobre sin mirar siquiera la carta, decidido á entregarla de todos modos.

XXVI

Aún subsistía una de las causas por las cuales Neklindoff fué á Petersburgo: presentar al Emperador la súplica en nombre de los desterrados al Cáukaso por cuestiones religiosas, súplica que tenía intención de hacer llegar directamente al Czar por medio de Bogatiroff, su excamarada. Al salir de casa de la Schinstova, el príncipe fué á la de Bogatiroff y lo encontró á punto de almorzar.

De mediana estatura, robusto, dotado de una fuerza física tal que le permitía doblar una herradura, Bogatiroff era bueno, honrado, leal, de ideas liberales y además de todas estas virtudes, muy bienquisto en la Corte, y amaba al Czar y á la familia imperial. En tal

ambiente sedesarrollaba toda su vida, y á pesar de eso,—¡quién sabe de qué modo!—sabía ver el lado bueno de todo ello, y abstenerse de cuanto fuera malo ó poco honrado. Tenia por sistema no recriminar nunca ni á personas ni cosas; ó callaba ó hablaba con tono atrevido, abierto, como si proclamara altamente la verdad de sus palabras, acompañándolas de una risa fuerte y franca. Aquello no era el fruto de un cálculo político, sino la expresión espontánea de su carácter natural.

—¡Has hecho muy bien en venir! ¿Quieres comer? ¿No? Créeme, sigue mi consejo. El beefteak es magnífico. ¡Un vaso de vino, por lo menos!—exclamó indicando con la mano una botella.—¡Bien! He pensado en tí. Llevaré yo misma la súplica y la entregaré al Emperador. Pero me parece mejor que tú mismo hables á Toporoff.

La cara de Neklindoff se contrajo con una mueca de disgusto oyendo aquel nombre.

—Todo depende de él. Aun presentando yo la súplica será preciso que él la vea, pues tendrá que informar. Haciendo lo que te digo puede darse el caso de que él mismo se empeñe en servirte.

—Tienes razón; seguiré tu consejo.

—¡Bueno! Ahora dime lo que te parece de Petersburgo, —dijo Bogatiroff, gritando con su voz fuerte.—¡Cuéntame, cuéntame!

—¿Qué impresión me causa? Me parece que me encuentro hipnotizado.

—¿Hipnotizado?—exclamó Bogatiroff con una carcajada; luego limpiándose el bigote con la servilleta, añadió: —¿De modo que no quieres almorzar? ¿Vas á ver á Toporoff? Si él no quiere, dímelo y mañana mismo te sirvo. —Y levantándose hizo con la diestra el signo de la cruz, evidentemente sin saber por qué, de un modo mecánico, como mecánicamente se había limpiado la boca y tomado después el sable.—Adiós, chico; es preciso que me vaya.

—Vamos juntos,—dijo Neklindoff.

Se saludaron en la puerta y el príncipe estrechó con verdadero placer la mano ancha y musculosa que le alargaba su excamarada, recibiendo coma una impresión de frescura. Luego se encaminó hacia el domicilio de Toporoff, según el consejo de su amigo, aun cuando no se prometiera ningún buen resultado de su visita.

El cargo de Toporoff implicaba por sí mismo una contradicción que tan sólo un hombre muy tonto ó desprovisto de todo sentido moral podía no advertir. Toporoff poseía en grado máximo ambas cualidades. Tenía el deber de proteger y de defender por todos los medios que están al alcance de los hombre, sin excluir la violencia, aquella iglesia que, fundada por Dios sobre una base inconvencible, no puede temer los asaltos del infierno ni de los hombres; como si una institución divina pudiera tener necesidad de la protección y de la ayuda 'de una institución humana representada por algunos funcionarios capitaneados por Toporoff. El no advertía tal contradicción, ó no quería advertirla; asi es que un sacerdote católico, ó un pastor evangélico, ó un rabino mosaico le preocupaban, temiendo que pudieran destruir aquella iglesia, contra la cual no podía prevalecer ni la potencia del infierno.

Como todos los que no poseen verdadero sentimiento religioso, el cual tiene por ley fundamental la igualdad y la fraternidad entre los hombre, Toporoff creía que el pueblo está compuesto de seres substancialmente diferentes de él, para los cuales es de necesidad absoluta lo que para él es de absoluta inutilidad. En el fondo, no tenía fe en nada, pero pensar que el pueblo podía llegar á un estado parecido al suyo le infundía temor, y reputaba como un deber sagrado el de «salvar al pueblo», como decía. Consideraba la religión puesta bajo su custodia de la misma manera que uno que cría gallinas considera la bazofia, con la cual nutre á los polluelos: una cosa asquerosa, pero que los polluelos comen á gusto y que les es necesaria.

— Sin duda,—pensaba Toporoff,—el culto de estas imágenes santas de Kasan, Ivorskaja, Smolenskaja [\[16\]](#) no es otra cosa que una idolatría grosera y vulgar; pero el pueblo la tiene, y por esa

razón hay que conservarla. No había reflexionado jamás que si el pueblo era supersticioso se debía á que en todos tiempos existieron y existían aún hombres crueles, entre los cuales debía figurar, quienes se servían de esa superstición, no para sacar al pueblo de las tinieblas de la ignorancia, sino para hacerlas más espesas.

Cuando Neklindoff llegó á la habitación de Toporoff, éste hablaba en su despacho con la abadesa de un convento dedicado á la propaganda de la fe ortodoxa en los países occidentales y entre los Uniati [\[17\]](#) obligados á viva fuerza á renegar de su fe.

Un empleado recibió en el vestíbulo al príncipe, y sabiendo su intención de entregar al Emperador una súplica en favor de algunos desterrados por cuestiones religiosas, rogó á Neklindoff que se la entregara á él, y pasó con el papel al despacho de Toporoff. Casi en seguida salió la abadesa con un klobuk [\[18\]](#) de largo velo, un hábito negro y las manos blancas de pulidas uñas, que aguantaban un rosario con cuentas de topacio. Se dirigió hacia la puerta, pero el príncipe tuvo que esperar aún algún tiempo en la sala.

Toporoff leía aprisa la súplica, y de cuando en cuando movía la cabeza con asombro y disgusto ante aquel escrito, de un estilo preciso, claro y vibrante.

—Si llega á manos del emperador, puede suscitarme mil contrariedades y molestias; puede ser causa de un disgusto,—pensó al acabarlo. Y dejando el papel sobre la mesa, dió orden de introducir á Neklindoff.

Recordaba en todos sus detalles aquel proceso intentado contra algunos sectarios de una nueva comunión religiosa, y había ya recibido un recurso en favor de ellos. Algunos cristianos se habían apartado de la fe ortodoxa, y no pudiendo obtener de ellos que volvieran á su antigua fe, les habían enviado á los tribunales. Estos les absolvieron, y entonces el arzobispo y el gobernador, poniéndose de acuerdo, y fundándose en el sofisma de que los matrimonios celebrados entre ellos no eran válidos, habían destruido sus familias, desterrando á los padres, madres é hijos á diferentes puntos. Estos

eran los que suplicaban. La primera vez que Toporoff supo aquel hecho, quedó un tanto perplejo. ¿Debía dejar que lo que había hecho el arzobispo siguiera su curso, ó bien desvirtuar su obra? En el primer caso, la dispersión de los miembros de aquellas familias en tierras diversas, no contenía ningún germen de peligro, y en cambio, su permanencia en una misma comarca podía ser contraria á la fe ortodoxa. Ahora la cosa cambiaba de aspecto. Había de por medio un defensor como Neklindoff que tenia influencia en Petersburgo por sus relaciones personales. La súplica podía ir directamente al Emperador, acusando de crueldad á los que habían permitido aquellos destierros; podía hablar de ello la prensa extranjera... y por estos motivos tomó una decisión inesperada.

—Buenos días,—dijo al príncipe, con el tono de una persona muy ocupada, y sin sentarse empezó á hablar de lo que le interesaba.— Sí, si, conozco perfectamente el proceso de que me habíais. Además he visto los nombres, he recordado esta causa, verdaderamente desdichada; así es que debo dares gracias por haberme hecho memoria. Esas autoridades de provincia han tenido un celo excesivo; demasiado celo, y...

En tanto que el otro hablaba y desplegaba la súplica como para mostrársela, Neklindoff miraba aquella cara pálida, cubierta por una máscara de inmovilidad, y sentía nacer dentro de sí un mal pensamiento.

—Daré orden de anular la sentencia dada contra esas personas.

—¿Así, pues, no hay necesidad de esa súplica?

—No, os doy mi palabra.—Y recalcó el mi como si no hubiera nada superior á su honradez, á su palabra. Al cabo de un momento, añadió:—Voy á dar las órdenes precisas.

Y empezó á escribir velozmente. Neklindoff miraba aquel cráneo pelado y estrecho, y le extrañaba que aquel hombre, indiferente á todo, se hubiese apresurado á satisfacer su deseo.

—Ya está hecho,—dijo Toporoff, cerrando la carta.—Podéis anunciarlo á vuestros clientes,—recalcó intentando sonreír.

—¿Y por qué, entonces, se ha hecho padecer tanto á esas gentes?

Toporoff levantó la cabeza y sonrió, como si la pregunta del príncipe le causara mucho placer.

—No os puedo contestar acerca de eso. Los deberes de los funcionarios del Estado son muy duros á veces; pero muchas veces también imprescindibles.

—¿Y cómo en nombre de la religión, se violan los principios fundamentales del bien, se divide á las familias?...

Toporoff continuaba sonriendo con indulgencia: parecía hacerle gracia lo que decía el príncipe.

—Quizá,—contestó,—mirando las cosas desde el punto de vista particular, tengáis razón; pero no considerándolas como es nuestro deber, según requiere la seguridad del Estado. Mis respetos, pues,—añadió mientras inclinaba la cabeza y alargaba la mano.

Neklindoff, sin contestar, estrechó aquella mano, y luego le dió ira y salió aprisa.

—¡Los intereses del pueblo!—pensaba recordando las palabras de Toporoff.—¡La salvación del Estado!... ¡Di más bien tus intereses y los de tus congéneres!

Y siguiendo el curso de su pensamiento, recordó A todas las personas, sobre las cuales se ejercía la actividad de aquellas instituciones que pretendían salir á la defensa de la justicia y de la fe, y del interés del pueblo, y que empezaba por encarcelar á la aldeana que vendía vino, al muchacho vagabundo y obligado al hurto, llegando hasta la desdichada Lidia, echada á un calabozo, solamente porque podía dar noticias que alguien juzgaba útiles, y los desgraciados que acababa de salvar, reos de haber desconocido la fe ortodoxa, y aquel Gurkevitch, culpable de desear una constitución. Una cosa aparecía á Neklindoff con una claridad sorprendente. Sin duda si aquellas personas habían sido encarceladas, desterradas y atormentadas, no era porque hubiesen quebrantado ninguna ley fundamental, sino porque resultaban un obstáculo para los altos

funcionarios y para los ricos, que querían tener el goce tranquilo é incontestado de las riquezas que arrebataban al pueblo.

Para todos estos era una amenaza y un obstáculo que vagaba por la ciudad, la Lidia con sus proclamas, los hombres que luchaban contra las supersticiones y Gurkevitch que pedia una ley para regular las relaciones entre el príncipe y sus súbditos.

Ahora Neklindoff comprendía perfectamente que todos estos funcionarios, desde el conde Ivan Mikailovitch á los senadores, de Toporoff á los empleados más ínfimos, no se conmovían al pensar que millares de infelices sufrían sin la más mínima culpa, á trueque de poder encarcelar á unos cuantos seres peligrosos. No se trataba de salvar á diez culpables para no condenar á un inocente, sino que se hería á diez inocentes para alejar de la sociedad á un sólo culpable, bien asi como en las amputaciones, además de la parte gangrenada se extirpa también una porción de la parte sana.

Tal era la explicación que Neklindoff se daba á si mismo de los hechos que ocurrían á su alrededor; explicación clara y sencilla; pero su misma claridad y sencillez hacía que vacilara en admitirlas. Parecíale imposible que un fenómeno tan completo pudiera tener origen en una causa tan sensiblemente sencilla; reputaba imposible que todas las palabras de justicia, legalidad, amor, fe en Dios no sean sino bellas palabras y puedan servir de manto á la crueldad más infame, á los intereses más vulgares...

XXVIII

Neklindoff hubiese partido de Petersburgo el mismo día, pero se acordaba de la promesa hecha á Marieta de ir al teatro, y aun cuando comprendiera que no debía hacerlo, se esforzaba en persuadirse de la obligación que tenía de mantener su promesa.

Pensaba, además, que estaba bien que, por última vez, tuviera contacto con aquella sociedad que, si en un tiempo le fué muy agradable, ahora le era del todo indiferente.

—Quiero probar si tengo fuerza para resistir la tentación,—pensó.

Se vistió de etiqueta y llegó al teatro, cuando apenas habla empezado el segundo acto; representábase la eterna «Dama de las Camelias», en la cual una actriz extranjera enseñaba de qué modo muere una mujer tísica.

El teatro estaba lleno. Neklindoff se informó de donde estuviera el palco de Marieta, y al llegar á él, un criado, con librea galoneada, le abrió la puerta del palco, inclinándose profundamente.

En la fila de los palcos de en frente, hombres y mujeres sentados ó en pie mostraban la espalda; en la platea había como un mar de cabezas calvas, grises, semigrises, rizadas y todos los espectadores tenían los ojos fijos en la actriz, delgada, huesosa, vestida con un rico traje de seda, la cual, haciendo mil muecas y contorsiones y con voz apagada, recitaba un soliloquio. Al ruido que hizo la puerta del palco al abrirse, alguien impuso silencio, y Neklindoff sintió que llegaba á su rostro un soplo de aire caldeado y otro helado.

En el palco estaban Marieta y otra dama con una mantilla roja y un peinado tan alto, que parecía un edificio. Había además dos hombres, el marido de Marieta, que era un buen mozo, de rostro severo á impenetrable, de nariz aguileña, y con la faja de general sobre el pecho ancho y majestuoso, y un caballero, rubio, calvo, de bigote retorcido.

Marieta, hermosa, elegante, descolada, con los hombros redondos y mórbidos, pobre uno de los cuales aparecía una peca, se volvió hacia Neklindoff, y en tanto que con el abanico le indicaba una silla detrás de ella, tuvo una sonrisa que al príncipe se le antojó de agradecimiento por haber venido.

Acabado el soliloquio, la sala entera estalló en un aplauso. Marieta se levantó, y cogiéndose la falda de crujiente seda, se retiró al fondo del paleo para presentar á Neklindoff á su marido y viceversa. El

general profirió un «contentísimo» muy reservado; luego, sin cesar de sonreír con los ojos, calló, tranquilo é impenetrable.

—Debía haber marchado hoy,—dijo Neklindoff á Marieta,—pero ya que os había prometido...

—Si no para verme á mi, veréis cuando menos una actriz maravillosa, contestó Marieta, queriendo dar á comprender que había entendido el sentido de las palabras del príncipe.

—¿No es verdad que es una gran actriz?—preguntó á su marido. Este afirmó con la cabeza.

—No puede conmoverme esto,—observó Neklindoff.— Otros dolores he visto hoy, dolores verdaderos que...

— Sentaos, pues, y contadme.

El general escuchaba y la sonrisa de sus ojos iba haciéndose cada vez más irónica.

—He ido á ver á la familia de aquella joven que está en libertad, después de tantos meses de prisión... La pobre está muy mala.

—Es aquella joven que te habia recomendado,—explicó Marieta á su marido.

—Si, me alegro mucho de haber podido hacerla poner en libertad,—dijo éste con calma, inclinando ligeramente la cabeza y sonriendo con ironía, según le pareció á Neklindoff.

El príncipe esperaba que Marieta le dijese aquella «cosa importante» que debía comunicarle; pero no hubo nada de ello ni remotamente, pues Marieta se entretenía en bromear acerca del drama, que, á juicio suyo, debía conmoverle.

Comprendió el príncipe que aquella mujer únicamente habia querido hacerse admirar por él en todo el esplendor de su vestido y de sus hombros desnudos, y al pensar esto sentía á la par que placer una profunda repugnancia. Aquel velo de seducción que la circundaba no se habia disipado todavía, pero empezaba ya á advertir lo que ocultaba. Neklindoff no podía menos de admirar la

mujer que tenía ante él, pero al mismo tiempo comprendía que habla mentido el día anterior y que se llevaba muy bien con su marido, alto funcionario de una magnífica carrera, habiendo sido su único deseo que se enamorara de ella, deseo del cual no acertaba á comprender el motivo y que quizá ella tampoco podría explicarse.

Todo aquello le atraía y le repugnaba.

Así, titubeando, muchas veces estuvo para marcharse y tomaba el sombrero; mas de repente, cuando el general volviendo al palco con el bigote impregnado de olor de tabaco le dirigió una mirada despreciativa, de protección, él, sin dejar tiempo para que la puerta se cerrara, salió al corredor, tomó bruscamente el abrigo y abandonó el teatro.

Volviendo luego á casa á lo largo de la perspectiva Nevsky, Neklindoff vió, casi sin quererlo, una mujer que atraía las miradas de todos los transeúntes, y como él andaba muy aprisa, bien pronto la alcanzó y la miró. Aquel rostro bello todavía, pero embadurnado y teñido, tuvo una mirada centellante. Neklindoff pensó involuntariamente en Marieta, y experimentó aquella misma impresión atractiva y repugnante que le había asaltado ya en el teatro.

Acelerando el paso y disgustado de sí mismo, Neklindoff dió la vuelta á la calle Morekaia y sobre la ancha acera que limita el cauce del río, se puso á pasear con gran asombro de los gorovodoi. Hasta la otra le había sonreído al entrar en el palco y las dos sonrisas tenían igual significado. La única diferencia estaba en que la mujer callejera hablaba claro y sin ambajes, mientras la otra simulaba deseos altos y nobles para mejor ocultar la bajeza del deseo.

—La una es sincera y la otra miente,—concluyó Neklindoff, y acordándose de sus relaciones pasadas con la mujer del mariscal de la nobleza, sintió indecible vergüenza.

—Es una cosa horrible la presencia del bruto en el hombre,—pensó.—Y todavía, cuando éste aparece de un modo manifiesto, tú puedes despreciarlo, y aun cuando cedas á su tentación ó la

resistas, de todos modos estás por encima de él, le dominas; pero si el bruto se esconde bajo una falsa apariencia poética, y se impone á tu adoración y te dejas subyugar perdiendo las nociones del bien y del mal, entonces la caída es terrible...

Y como si en aquella noche se hubiera verificado una última transformación en el alma de Neklindoff y hubieran desaparecido todas las tinieblas que alguna vez le envolvieron, vió claro todo cuanto le rodeaba, así las cosas como las personas, así los sentimientos como los deseos.

Era indudable que todo lo que los hombres reputan importante y noble era un cúmulo de mezquindades y torpezas, que la suntuosidad de su vida esconde viejos delitos que no sólo quedaron impunes, sino premiados, triunfantes y adornados de todos aquellos honores que el hombre ha sabido inventar. Podía desear ignorarlo, podía disimulárselo; pero aquella verdad se le imponía. De la misma manera que no advertía el origen de la luz que envolvía á Petersburgo, Neklindoff no comprendía tampoco donde estaba el manantial de luz que había disipado en él las tinieblas; pero aun cuando se le mostrara incierta, triste y quizá poco natural, no podía por menos de ver con su verdadero aspecto las cosas que alumbraban sus rayos.

Y sentía llegar á su alma una gran dulzura y al mismo tiempo una gran inquietud.

XXIX

El primer cuidado de Neklindoff apenas volvió á Moscou, fué ir á la enfermería de la cárcel para dar á la Máslova la triste noticia de que el Tribunal había confirmado la primera sentencia y, por lo tanto, debía prepararse para marchar á Siberia.

En cuanto á la súplica al emperador, que llevaba consigo, para que la firmara la Máslova, fundaba bien pocas esperanzas en ella. Y, cosa extraña, Neklindoff no experimentaba ya ningún deseo de conseguir la anulación de la condena; se había familiarizado tanto con la idea de ir á Siberia y de llevar una vida poco distinta de los desterrados y de los condenados de toda especie, que le parecía imposible concebir la existencia común con la Máslova en caso de que la joven fuera puesta en libertad.

Un escritor americano, Toro, ha dicho que en el tiempo en que la esclavitud estaba todavía vigente en América, el solo puesto verdaderamente de un ciudadano honrado en aquel Estado, donde la esclavitud encontraba protección, era la cárcel. Estas palabras volvían á la mente de Neklindoff, después de lo que habia pasado ante sus ojos en Petersburgo, y pensaba que como en la antigua América, también en Rusia el único puesto digno de un hombre honrado era la cárcel.

Un anciano carcelero reconoció al príncipe y se apresuró á participarle que la Máslova no estaba en la enfermería.

— ¿Dónde está pues?

—En la cárcel nueva.

—¿Y por qué la han trasladado?

—Vuestra Excelencia ya sabe que esa gente siempre es la misma, —respondió con acento de desprecio el carcelero.—Empezó á coquetear con el feldscer, y el médico primero la echó.

Neklindoff no profirió ni una palabra. Jamás hubiera pensado que la joven y su conducta pudiesen preocuparle de tal modo. La noticia dada en toda su crudeza por el carcelero, le aplastó como aplasta y anonada la noticia de una desventura impensada. Al propio tiempo experimentó una sensación de vergüenza. De momento, aquello le parecía imposible; las palabras todas de la Máslova, su negativa que rehusaba su sacrificio, sus lágrimas, sus reproches, no eran, pues, sino producto de la astucia de una mujer depravada que trataba de sacar de él cuanto pudiera. Después le pareció que ya desde su

último coloquio con la joven había adivinado que era imposible su regeneración moral. Esto pensaba en tanto que, poniéndose el sombrero, salía de la enfermería.

—¿Y ahora, qué me resta aún hacer? ¿Acaso estoy vinculado á ella? ¿Acaso su culpa no me devuelve mi libertad?

Pero antes que acertara á darse una respuesta satisfactoria, comprendió Neklindoff que rompiendo todo vínculo con la Máslova, que abandonándola, antes se castigaba á si mismo que la castigaba á ella y sintió miedo.

—No, no; lo que ha pasado no puede en modo alguno cambiar mi resolución; antes debe vigorizarla. Puede seguir los impulsos de su alma... es muy dueña de ello. El deber me manda que cumpla las exigencias de conciencia y la conciencia quiere que sacrifique yo mi libertad para redimir mi culpa. Debo casarme con ella, aún cuando sea sólo aparente el matrimonio; debo seguirla allí donde la envíen; así debe ser irrevocablemente.

Y afirmándose en tal resolución, se dirigió andando á largos pasos hacia la cárcel y rogó al vigilante de servicio que transmitiera al director su deseo de ver á la Máslova. Pero el carcelero, que reconoció á Neklindoff, dióle una mala noticia: el antiguo director habia presentado la dimisión y le habia sustituido otro duro y severo.

—Ahora son mucho más rigurosos,— continuó,—De todos modos voy á avisarle.

El nuevo director estaba efectivamente en la cárcel y compareció pronto á la presencia del príncipe. Era un hombre alto, delgado, con el entrecejo fruncido y de movimientos lentos.

—Las entrevistas están permitidas los días señalados y en la sala común,—dijo, sin mirar al príncipe.

—Traigo una súplica al Emperador que debe firmar la presa.

—Podéis dármela á mí.

—Es preciso que la vea personalmente, —replicó Neklindoff.— Tengo permiso del gobernador.

Y Neklindoff sacó la cartera del bolsillo.

—Permitid,—dijo el director, y cogiendo con sus dedos largos, blancos y descarnados el papel, y lo leyó atentamente. Después añadió:

—Haced el favor de pasar al despacho.

El despacho estaba desierto á la sazón. El director se sentó en su mesa y se puso á hojear algunas cartas con la evidente intención de asistir al coloquio. Y como Neklindoff le dijera si entre tanto podía ver á Vera Efremovna, detenida por delito político, el director le contestó brevemente que era imposible.

—No se permite hablar en absoluto con los detenidos políticos,— dijo; y continuó examinando papeles.

Neklindoff, que tenia en el bolsillo la carta para la Bogoduchovskaja, tuvo de repente la impresión de quien dispuesto á cometer una acción mala, ve su designio descubierto y desbaratado.

Cuando la Máslova entró en el despacho, el director, sin mirar á uno ni á otro, levantó la cabeza, y dijo:

— Podéis hablar,—y continuó mirando los pápeles.

La joven iba vestida de nuevo, con el traje de presa; un corpiño blanco, unas sayas y un pañolito blanco en la cabeza. Como al acercarse á Neklindoff advirtiera su aspecto frío y malhumorado, enrojeció y bajó los ojos en tanto que magullaba entre sus dedos una punta del corpiño. Aquellos signos exteriores de conmoción confirmaron para Neklindoff las palabras del carcelero, y por más que estaba decidido á conservar la actitud acostumbrada ante la joven, experimentó una repugnancia invencible al ir á tenderle la mano.

—Traigo una triste nueva,—dijo con voz sorda, evitando mirarla y sin darle la mano.—El Tribunal ha desechado nuestro recurso.

—Estaba segura de ello,—contestó ella con voz temblorosa, como si se ahogara.

Otras veces, Neklindoff le hubiera preguntado de dónde sacaba tal seguridad; pero ahora se limitó á mirarla, y vió que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Pero aquellas lágrimas, en vez de enternecerle, acabaron de indignarle.

El director entretanto se había levantado y paseaba por la estancia.

A pesar de su repugnancia, Neklindoff sintió la necesidad de decir algo á la joven para infundirle esperanza.

—¡No os desesperéis!—dijo;—la súplica al emperador puede dar buen resultado, y espero que...

—No es esto lo que hace correr mis lágrimas...—dijo la Máslova; y lo miró con sus ojos bizcos, húmedos, rebosantes de dolor.

—¿Por qué entonces?

—Porque habréis estado en la enfermería y os habrán dicho...

—Eso es cosa vuestra...—contestó Neklindoff frunciendo el entrecejo.—Y un sentimiento de dignidad ofendida se apoderó de él al oír nombrar la enfermería. El, hombre de buena sociedad, que las muchachas de la alta aristocracia hubieran deseado por marido, había ofrecido su mano á aquella mujer, y ella no supo contenerse y tuvo amoríos con un medicastro cualquiera... Al pensar en aquello, sintió subir á su cabeza una oleada de odio.

—Firmad esta hoja,—dijo después; y sacando del bolsillo un ancho sobre, desplegó la súplica sobre la mesa.

La Katuscha se enjugó los ojos con el pañuelo, y acercándose á la mesa preguntó donde debía firmar; Neklindoff se lo indicó; y cuando la joven se hubo sentado, el príncipe quedó á su lado sin proferir palabra, contemplando su espalda inclinada sobre la mesa, sacudida por el ímpetu de los sollozos que la estremecían. En su ánimo luchaban la dignidad ofendida y otro sentimiento que le persuadía á

perdonar: quizá era la piedad que guardaba su corazón para los que sufrían, quizá era el recuerdo de su pasado y la conciencia de haber cometido él también una falta parecida á la que ahora reprochaba á la joven. Y súbitamente comprendió que él era culpable y experimentó una inmensa piedad hacia ella.

Una vez firmada la súplica y limpiándose en la saya el dedo manchado de tinta, la Máslova se levantó y le miró á la cara.

—Sucedá lo que quiera, nada me hará desistir de mi propósito,— dijo Neklindoff queriendo consolarla.—Lo que he prometido lo cumpliré de todos modos; donde quiera que os envíen, yo iré.

—No, es inútil,—contestó rápidamente la joven y su rostro resplandeció.

—Pensad lo que necesitáis para el viaje.

— ¡Gracias; creo que no necesitaré nada... gracias!

El director se acercó á ellos y Neklindoff, saludando á la Máslova, salió del despacho.

Experimentaba una alegría tranquila y serena, un amor poderoso hacia la humanidad, cual no recordaba haberlo sentido desde mucho tiempo antes. La conciencia de que ninguna mala acción de la Máslova podía atajar su caridad hacia ella le realzaba á sus propios ojos y le producía un gran regocijo.

Si se enamoraba del feldscer, eso era cuenta suya; él no la amaba por si mismo, sino por ella misma y por Dios.

Sin embargo, en aquellos amoríos por los cuales la habían arrojado de la enfermería, la Máslova no tenía ninguna culpa.

Todo se reducía á bien poca cosa. La Máslova había recibido orden de ir á la farmacia para traer té; pero allí se encontró con el feldscer Ustinoff, hombre alto, de rostro abotagado, que desde hacia algunos días la requebraba; y como fuera demasiado audaz, la Máslova lo rechazó con tal violencia que le lanzó contra un aparador, del cual habían caído dos botellitas que se rompieron.

El médico en jefe que pasaba en aquel instante por el corredor, oyó el ruido de los cristales que se rompían y viendo que la Máslova salía corriendo de la farmacia, colorada y estremecida, le gritó bruscamente:

—Mira, hija mía, si te figuras que aquí vas á empezar de nuevo, te echo en seguida, ¿sabes?... ¿Qué ha sucedido? —preguntó después al feldscher mirándole por sobre los lentes.

Este trató de justificarse; el médico, sin escucharle, le dió una ojeada, pasó á la sala de los enfermos y el mismo día escribió al director de la cárcel rogándole que le enviara una mujer más formal que la Máslova.

Ser echada del hospital bajo la imputación de haber tenido relaciones con un hombre, era tanto más doloroso para la Máslova cuanto que después de su primer coloquio con Neklindoff toda relación sensual con los hombres, que ya la disgustaba antes, le resultaba verdaderamente repugnante. Además, al pensar que cualquier persona se creyese con el derecho de insultarla, apoyándose en su pasado y en su condición presente y que luego se asombrara si le daba una negativa, le era muy doloroso y la hacía experimentar una inmensa piedad por si misma, hasta saltársele las lágrimas. Ante Neklindoff había querido justificarse de la acusación injusta que llegó, sin duda, á sus oídos; pero como al empezar á hablar comprendió que no creería él en sus palabras, la voz se le había anudado en la garganta y había sufrido en silencio.

Máslova seguía creyendo y quería persuadirse de que, como lo había declarado al príncipe en su segunda entrevista, no le había perdonado, sino que le odiaba. Pero ese odio estaba compuesto de amor. Le amaba de tal modo que sin querer lo secundaba en todos sus deseos. Por él solo había dejado de fumar, de beber, de coquetear con los hombres, y se avino á prestar servicio en la enfermería. Con todo se conformaba porque comprendía que aquello causaba placer á Neklindoff; y si rehusaba con tanta energía á casarse con él cada vez que Neklindoff se lo proponía, era porque hubiese querido repetirle aún todas las frases aceradas que una vez

ya le lanzó y porque comprendía que tal matrimonio hubiese sido una gran desgracia para él. Estaba firmemente decidida á no aceptar su sacrificio; y, sin embargo, experimentaba agudo dolor al pensar que él la despreciaba aún, que la creía todavía enfangada en la corrupción moral, sin advertir el cambio que se había operado en ella.

Y ahora, al pensar que Neklindoff creyera que su conducta en la enfermería había dado motivos de reprobación, sufría cruelmente, sufría más que al saber de un modo cierto que debía expiar la pena que contra toda justicia le habían infligido.

XXX

La Máslova podía ir á Siberia en la primera expedición, así es que Neklindoff se preparaba para marchar. Pero tantas eran las ocupaciones en que se había engolfado que comprendía que aún cuando tuviera mucho tiempo le sería imposible cumplir con todas.

¡Cuánta diferencia entre esto y lo que le ocurría en otro tiempo! Entonces no sabía qué pretextos de ocupación inventar para matar su ocio. Una cosa le interesaba únicamente: él mismo, Dimitid Ivanovitch Neklindoff, y á pesar de eso, todo le resultaba pesado y aburrido. Y ahora que se trataba de los otros, todo le parecía interesante y el tiempo era demasiado corto para las ocupaciones que exigían de él asiduos cuidados.

Los asuntos que ahora absorbían su actividad eran de tres categorías: así las dividía, y conservaba con cuidado todas las notas en tres carpetas distintas.

Ante todo se trataba del porvenir de la Máslova; para tal fin buscaba apoyos influyentes para sostener la súplica presentada al

emperador, y al mismo tiempo hacia los preparativos necesarios para su marcha á Siberia.

Luego tenía que cuidar de la administración de sus tierras. En Panovo todos los campos habían sido cedidos á los aldeanos, previo el pago de una corta cantidad que debía emplearse para las necesidades comunes; pero para regularizar la cesión era preciso un documento en regla firmado por ambas partes, y su testamento por lo que pudiera ocurrir. En Kusmintoje todo estaba según el último acuerdo tomado: debía recibir el dinero procedente del arriendo de las tierras; pero faltaba definir los términos y fijar qué cantidad debía dejar á los aldeanos para sus necesidades comunes y la que debía guardar para sí, para sus propios gastos.

Le era necesario conocer qué gastos le ocasionaría su viaje á Siberia y, además, no se atrevía á renunciar á ese resto de su renta, ya reducida á la mitad.

Por último se ocupaba con actividad de los ruegos de los presos, los cuales acudían á él en mayor número cada vez. Primeramente, cuando un prisionero le suplicaba, procuraba darle en seguida los consuelos ó los socorros necesarios para mejorar su suerte; pero bien pronto las peticiones crecieron tanto que comprendió la imposibilidad material de atenderlas; é involuntariamente se sintió arrastrado á ocuparse de otro asunto: un problema social, que en los últimos tiempos asaltaba su mente con mayor imperio que otro pensamiento alguno. Anhelaba saber en virtud de qué derecho funcionaba, de dónde provenía aquella extraña institución llamada tribunal penal, del que eran resultados directos las cárceles con sus habitantes, y los innumerables puntos de reclusión, empezando por la fortaleza de Petropaulovsk hasta el Saekalin donde languidecían millares de víctimas de aquella institución penal.

De sus observaciones personales recogidas en sus conversaciones con los prisioneros, de las explicaciones que le dieran el abogado, el anciano cura de la cárcel y el director, y por último, del examen de los registros carcelarios, Neklindoff sacó en limpio que los llamados delincuentes pueden dividirse en cinco categorías distintas.

En la primera incluía las personas inocentes del todo, víctimas de errores judiciales, como la Máslova y Menschoff, acusado de incendio intencionado. Tales personas, según lo que dijo el cura, eran poco numerosas, quizá en una proporción de siete por ciento; pero su posición desdichada merecía particular interés.

La segunda categoría estaba compuesta de gente que cometiera delitos en circunstancias puramente ocasionales: excitación de ánimo, exaltación pasional, celos, embriaguez y otras causas parecidas; circunstancias en suma en que hubiesen también delinquido los mismos que les juzgaban y condenaban. Esta categoría, según la observación de Neklindoff, daba la mitad del contingente de las cárceles.

La tercera estaba compuesta de personas que según sus ideas no habían cometido culpa alguna; pero que las personas extrañas á su vida y los legisladores, consideraban como delitos. Tales eran, por ejemplo, aquellos que vendían el vino á escondidas, los contrabandistas, las que segaban hierba en los prados ajenos ó recogían leña en los bosques de los grandes propietarios; en esta categoría debía también incluirse á los ladrones del campo y á los descreídos que roban en la iglesia.

En la cuarta categoría estaban las personas que los hombres reputan culpables y condenan porque son moralmente superiores al nivel medio de la sociedad. Tales son los miembros de diversas sectas religiosas, los polacos y circasianos, presos por haber defendido la propia independencia; tales los detenidos políticos, los socialistas, los obreros huelguistas arrestados por insubordinación á la autoridad.

La quinta categoría estaba formada por individuos ante los cuales la sociedad era mucho más culpables que ellos mismos ante la sociedad; gente abandonada á si misma, que había vivido entre vicios y tentaciones innumerables, embrutecida por la opresión incesante, como centenares de hombres y de mujeres que Neklindoff encontrara en las cárceles y fuera de ellas, que por las

condiciones de vida en que estaban, debían fatal y lógicamente ser arrastrados

á eso que llaman delito. Todos esos, según Neklindoff, acababan por dedicarse al latrocinio y al asesinato como algunos que habia, conocido durante los últimos tiempos. A esta última categoría pertenecían también aquellos individuos depravados y corrompidos con los cuales la nueva escuela antropológica ha constituido el tipo del delincuente nato y cuya existencia, en el seno de la sociedad se cita como prueba irrefutable de lo necesarias que son las leyes penales y el castigo. Esos seres llamados delincuentes natos, caracteres morbosos, degenerados, debían, según Neklindoff, inscribirse entre los que, la sociedad es más culpable para con ellos, que ellos para con la sociedad, con la sola diferencia de que la sociedad, si no es responsable de su presente, lo es de lo pasado, de un pasado ya lejano, cuando permitía que sus progenitores se envilecieran.

Entre todos estos le habia llamado poderosamente la atención Schotin, ladrón reincidente, hijo natural de una mujerzuela, crecido en la más profunda abyección, formando parte de una asociación de malhechores desde su primera juventud, pasando las noches en un albergue baratísimo, y que evidentemente, á los treinta años no había encontrado todavía en su camino una persona de corazón recto y virtuoso. Tenia, sin embargo, ese hombre una gracia extraordinaria que le atraía las simpatías de sus compañeros. Rogaba al príncipe que le auxiliara, y al propio tiempo se burlaba de si mismo, de los jueces, de la cárcel, de las leyes humanas y hasta de las leyes divinas.

Otro, Fedoroff, habia asesinado, junto con otros malhechores de los que era jefe, á un anciano empleado para robarle. Era hijo de un aldeano ilegalmente despojado de su cabaña y durante el servicio militar habia sido castigado porque se enamoró de la amante de un oficial. Buen mozo, naturaleza fogosa y apasionada, quería á toda costa gozar de la vida y creía que tenía derecho para ello, porque no había visto nunca á nadie que no hiciera lo que podía reportarle

placer, porque nadie le enseñara jamás que la vida tenía un fin más alto que la satisfacción de los propios apetitos.

A Neklindoff le parecía que tanto uno como otro eran naturalezas fecundas, exuberantes de fuerza, pero deformadas por el abandono, como deformes crecen los árboles descuidados por el jardinero. Había visto también un va gabundo y una mujer tan estúpidos que causaban repugnancia; pero no sabía encontrar el tipo característico de delincuente de que habla la escuela italiana. Aquellos desgraciados le causaban repugnancia, pero una repugnancia que no difería en nada de la que le inspiraban otros seres estúpidos que encontraba fuera de la cárcel con trajes espléndidos, con condecoraciones brillantes, en funciones y en bailes. Por qué, pues, todos esos infelices estaban recluidos en la cárcel, en tanto que otros que no diferían nada de ellos paseaban libremente y hasta llegaban á arrogarse el derecho de juzgar á los primeros. Tal era el problema que absorbía gran parte de las facultades de su espíritu durante los últimos tiempos.

Primeramente Neklindoff esperó encontrar una respuesta á su pregunta: había comprado cuanto acerca de tal asunto habían escrito Lombroso, Garófalo, Ferri, List, Mandley y Tarde, vio estudiaba con la mayor atención; pero á medida que leía experimentaba una desilusión. Le ocurría lo que sucede siempre á las personas que se entregan á la ciencia para pedirle una respuesta sencilla, clara, precisa á la pregunta que le dirigen. La ciencia resuelve gran cantidad de cuestiones intrincadas que tienen relación con las leyes y las instituciones penales; pero no tenía una respuesta para su pregunta tan sencilla: ¿por qué y con qué derecho unos pocos hombres se arrogan el poder de encarcelar, castigar, atormentar, pegar, desterrar y condenar á muerte á sus semejantes, siendo así que ellos no difieren de los que por su orden son castigados, encarcelados y desterrados?... A cambio de una respuesta precisa encontraba un cúmulo de disertaciones: si existe ó no el libre albedrío, si de la capacidad del cráneo de un individuo se puede deducir su culpabilidad, qué importancia tiene la herencia del delito, si existe un delito y una inmoralidad innatas, lo que son la

moralidad, la locura, la degeneración, la índole, qué influencia puede ejercer sobre el delito el clima, la ignorancia, el espíritu de imitación, el hipnotismo, las razones, en qué consiste la sociedad, cuales son sus deberes, y así por el estilo.

Todos estos razonamientos considerados en relación á la respuesta que buscaba, recordaban al príncipe un incidente de su juventud; un día se le ocurrió preguntar á un niño que volvía de la escuela si sabía deletrear.

—Sí, ya sé, contestó el niño.

—Pues bien, deletrea la palabra pata.

—¿Qué pata? ¿La del perro?—contestó el muchacho con sonrisa maliciosa.

Lo mismo le ocurría ahora.

En los libros de ciencia hallaba respuestas en forma de preguntas. Había allí mucha explicación docta, interesante, instructiva; pero faltaba la explicación que pedía. ¿Por qué razón unos tienen el derecho de castigar á los otros?... No solamente la respuesta faltaba, sino que todas las argumentaciones tendían á explicar y justificar la necesidad del castigo, necesidad generalmente admitida como un axioma. Como Neklindoff estudiaba mucho, pero no seguido, pensó que quizá el no hallar la respuesta satisfactoria dependía del estudio superficial, y continuaba esperando. Pero entre tanto iba formulándose en su mente una contestación clara que con mayor insistencia se repetía en los últimos tiempos, y de cuya exactitud y verdad dudaba aún, no atreviéndose á prestarle fe completa.

XXXI

La marcha de la expedición hacia la Siberia, de la cual la Máslova debía formar parte, se fijó para el 5 de Julio, y Neklindoff estaba preparado para marchar aquel día. La víspera llegó á la ciudad su hermana, pues quería despedirse de Neklindoff.

Natalia Svanovna Ragoginekaja, hermana del príncipe, tenía diez años más que éste, quien podía decirse que había pasado la infancia bajo la tutela de ella. Hubo un momento, poco antes de su matrimonio, cuando ella tenía veinticinco años y el quince, en que se estableció entre ellos una amistad tierna é íntima como entre dos personas de la misma edad; entonces Natalia estaba enamorada de Nicolás Irteneff, el amigo de Neklindoff muerto más tarde; hermano y hermana le amaban con un amor grande y amaban al mismo tiempo en él y por él todo lo que era bueno y escogido, todo lo que podía unir á los hombres. Luego, en el curso de los años, ambos se habían corrompido poco á poco. El por la vida que llevó desde su admisión en el regimiento, ella por haberse casado con un hombre capaz de un amor exclusivamente sensual, que no solamente no sabía apreciar los sentimientos que en otro tiempo ella y Dimitri miraron como lo más caro y sagrado, sino que no llegaba siquiera á comprenderlos y atribula las ideas sobre el perfeccionamiento moral y sobre el deber de ser útil á los semejantes, á las cuales la mujer trataba de conformar su existencia, al deseo y ambición de distinguirse en el seno de la sociedad.

Ragoginski era un hombre obscuro, sin fortuna y sin nombre; pero sabia brujulear con gran astucia entre los partidos liberal y conservador, según las probabilidades que cada uno tuviera de alcanzar el poder. Gracias á una

casualidad y más aún á su ciencia en saber agradar á las mujeres, había hecho una brillantísima carrera judicial. Cuando ya tocaba los límites de una edad madura había conocido en el extranjero á la

familia de Neklindoff, consiguiendo que se enamorara de él Natalia, casándose con ella á pesar de la oposición de la madre, á quien el matrimonio se le antojaba una mesalliance.

En cuanto á Neklindoff, por más que tratara de disimulárselo á si mismo, luchar en contra de su sentimiento interno, odiaba á su cuñado. Le era muy antipático por la vulgaridad de sus sentimientos, por su ingenio seco y limitado, por su vanidad y más que por todo por su hermana. Parecióle imposible que esta hubiese podido amar tan apasionadamente, con pasión egoísta y sensual á una naturaleza tan pobre, que para gustarle hubiese sofocado cuanto tenía de noble y elevada. Neklindoff experimentaba verdadero dolor al pensar que su hermana era la mujer de aquel hombre peludo, enamorado de sí mismo, con la cabeza reluciente y peluda; y la repugnancia que sentía hacia él, se extendía hasta sus hijos. Así es que cada vez que sabía que Natalia había tenido un nuevo hijo, producíale la noticia un gran horror y le parecía que había quedado infectada por aquel hombre extraño por completo toda su familia.

Los Ragoginsky llegaron sin sus hijos,—tenían dos, un varón y una hembra—y habían tomado la mejor habitación de la fonda más lujosa.

Natalia acudió en seguida á la casa materna; pero allí supo por Agrippina Petrovna que su hermano vivía también en una fonda. Allí acudió sin perder tiempo; pero un criado no muy limpio la enteró que el príncipe no estaba en casa en aquel momento. Entonces pidió que la acompañaran á su cuarto para escribirle un billetito.

En la pequeña habitación, advirtió Natalia de una ojeada aquella exactitud y precisión que habían sido siempre habituales en su hermano, y además una gran sencillez en todo, cosa que la sorprendió. Sobre la mesa escritorio advirtió todo lo necesario para escribir, el código penal, los libros de Henry Georges, una obra francesa de Tarde con un cortapáginas entre las hojas.

Se sentó y escribió á su hermano una cartita rogándole que fuera á la fonda tan pronto pudiera. Luego, moviendo la cabeza como con

disgusto, por las novedades que advertía, volvió á su hotel.

Dos hechos referentes á Neklindoff la preocupaban grandemente: ante todo su propósito de casarse con Katiuscha, propósito de que oyera hablar en la ciudad donde vivía, y su decisión de ceder sus propiedades rústicas á los aldeanos, de lo cual hablaba todo el mundo, juzgándolo un acto político y peligroso. Por una parte el propósito de casarse con Katiuscha le producía cierto orgullo. En aquella decisión de su hermano, se reconocía ella misma, tal como habia sido antes de su matrimonio; pero por otra parte experimentaba indecible horror al pensar que Neklindoff podía unir su suerte á la de una mujer de tan horrible condición. Venció este último sentimiento al primero, así es que decidió procurar disuadir á su hermano de tal propósito, aun cuando ya previera la dificultad de la empresa.

Por lo que hacia á la cesión de las tierras, le importaba muy poco; pero su marido era quien le aconsejaba que empleara toda la influencia que tuviera sobre su hermano para disuadirle de su idea. Ignacio Nikoforovítch decía que un acto tal sería el colmo de la soberbia, de la presunción y de la lijereza; que constituiría una prueba de la falta de la más elemental seriedad, y que la única explicación posible que podía darse á tal acto era la manía de ser superior á los demás, de hacer hablar de él, de poder alabarse.

—¿Pregunto yo si tiene sentido común ceder las tierras á los aldeanos mediante un arrendamiento que pagarán... á quién?... ¡A sí mismos!—exclamaba.—Si tenía tal intención, podría recurrir á un banco agrícola como intermediario... Así, por lo menos, tendría una explicación... Pero de todos modos, esa idea demuestra que no está en su cabal juicio.—Y pensaba en la posibilidad de un consejo de tutela y pretendía que su mujer hablara seriamente con su hermano acerca de tal absurdo.

XXXII

Al volver á la fonda, Neklindoff encontró la carta de su hermana y se apresuró á ir á su encuentro.

Era por la tarde. Ignacio Nikiforovitch reposaba en el dormitorio y únicamente su hermana recibió al príncipe. Llevaba una bata de seda negra con un lazo rojo en el pecho, y tanto en la bata como en el pelo, peinado y rizado con esmero, se veía el prurito de parecer joven para gustar á su marido, que casi era de su misma edad.

Apenas vió á su hermano se puso en pie y corrió á su encuentro, haciendo un leve ruido el traje de seda. Se besaron y se miraron sonriendo. En aquel cruce de miradas misterioso, inefable, pero que significa un mundo de cosas, todo era noble y leal; pero después, al empezar á hablar, la nobleza y la lealtad habían desaparecido. No se habían visto, desde que murió su madre.

—Te encuentro muy gruesa y joven,—dijo Neklindoff.

Los labios de ella se estremecieron de alegría.

—En cambio tú has adelgazado.

—¿Y tu marido está bien?

—Sí, descansa un rato, porque no durmió la noche pasada.

Podían decir mucho; pero los labios permanecieron sellados y las miradas patentizaron que los labios debieran haber dicho algo de lo que callaron.

—He ido á buscarte á casa.

—Me lo han dicho; la he abandonado porque me parecía demasiado holgada para mí, vacía; me hallaba solo entre aquellas paredes y me aburría. No tengo necesidad alguna de todos aquellos muebles y ropas; quédatelos tú...

—Si, me lo ha dicho Agrippina Petrovna. Gracias de veras, pero...

El criado de la fonda entró el servicio de plata para el té. Los dos callaron un momento en tanto que el criado disponía tazas y platitos. Luego Natalia, acercándose á la mesa, empezó á preparar el té sin decir palabra; Neklindoff seguía también en silencio sus movimientos.

—Pues bien, Dimitri, sé lo que intentas,—dijo resueltamente mirándole á los ojos.

—Me alegro.

—¿Pero, puedes tener esperanza de corregirla aun después de llevar tal vida?—exclamó Natalia Ivanovna.

Sentado en una silla con el busto recto, sin tocar al respaldo, Neklindoff miraba á su hermana y escuchaba con atención para comprender bien y responder bien. En su alma duraba aún aquella quietud serena, de aquel amor sin límites hacia todos los hombres que habla grabado en él su última conversación con la Máslova.

—No es á ella á quien deseo corregir, replicó Neklindoff,—sino á mí mismo.

Natalia Ivanovna lanzó un suspiro.

—Creo que hay otros medios para lograrlo.

—Yo creo, por lo contrario, que es el mejor. Así además trataré una clase de gentes á quienes puedo ser útil.

—Temo que no podrás ser feliz.

—No se trata de mi felicidad...

—Ya lo comprendo. Pero hasta ella si tiene un recto corazón, no podrá ser feliz, no debe aceptar.

—Efectivamente, no acepta.

—¿Pero la vida?

—¿Qué, la vida?

—Tiene otras exigencias.

—La vida no tiene otras exigencias sino las que dimanán del cumplimiento del deber,—contestó Neklindoff, y

contemplaba el rostro de su hermana, hermoso aún, á pesar de las finas arrugas que se marcaban junto á los ojos y á la boca.

—No te comprendo,—suspiró Natalia.

—¡Pobre hermana!—pensaba entre tanto Neklindoff,— ¿cómo hnn podido cambiarla tanto? Y recordando á su Natalia de antes de casarse, le invadía una ternura infinita, una ternura en que se mezclaban un tropel de recuerdos de su infamia.

En aquel instante apareció Ignacio Nikiforovitch, reluciente por sus anteojos, por su barba negra, por su pelada cabeza. Llevaba ésta erguida y sacaba el pecho sonriendo.

—¡Bien llegado! ¡Bien llegado!—exclamó con una punta de ironía en el acento.

Aun cuando al principio del matrimonio él y Neklindoff se habían hablado de tú, habían vuelto al vos.

Se estrecharon la mano; después Ignacio se sentó perezosamente en su sillón.

—Espero que no estorbaré...

—No; no oculto á nadie mis palabras ni mis acciones— habían bastado aquel rostro y aquellas manos, habían bastado aquellas pocas palabras dichas en tono de protección para que la calma y el regocijo de Neklindoff desaparecieran como heridas por un rayo.

—Sí, estábamos hablando de su decisión, —explicó Natalia Ivanovna; y tomando la tetera, añadió:—¿Quieres té?

—¡Gracias! ¿De qué decisión?

—De partir para Siberia al mismo tiempo que los penados, entre los cuales se halla la mujer ante quien me siento culpable,—dijo Neklindoff.

—Me parece que he oído que se trataba de algo más que de acompañarla.

—Sí, de casarme con ella en cuanto consienta.

—¡Ah! por favor, queréis explicarme los motivos que os indujeron... Porque de veras que no los entiendo.

—Los motivos son que esa mujer... que su primer paso en la senda del mal...—dijo Neklindoff, que no acertaba á encontrar una expresión gráfica para explicar un pensamiento.—¿Los motivos?... Yo he cometido la falta y ella sufre la pena.

—Si sufre pena es señal de que no es inocente.

—Si, es inocente del todo.—Y presa de una gran excitación, Neklindoff expuso como se desarrolló el proceso.

—Comprendo; esto es producto de una gran negligencia por parte del presidente, y de una respuesta irreflexiva por parte de los jurados. Pero nada tiene que ver el Tribunal de Casación.

—Es que éste ha rechazado el recurso.

—Si lo ha rechazado esto significa que no habla motivos suficientes para que prosperara,—dijo Ignacio Nikiforovitch. En el tono de esa respuesta aparecía claro que para él la verdad era un producto exclusivo que emanaba de las deliberaciones del Tribunal. —La Casación no puede penetrar en el fondo del proceso. Si verdaderamente se trata de un error judicial, es preciso enviar una súplica al Emperador.

—La hemos enviado; pero no hay probabilidad alguna de buen éxito. Se pedirán informes al Ministerio de Justicia, el Ministerio los pedirá al Senado, éste confirmará sus conclusiones y, en último resultado, el inocente sufrirá la pena, como sucede siempre.

—En primer lugar el Ministerio de Justicia no se informará por medio del Senado,— replicó Ignacio con una sonrisa de compasiva indulgencia,—sino que examinará las actas del Tribunal y confirmará ó no la sentencia después de haber examinado el caso, conforme

quieren las leyes. En segundo lugar, los inocentes nunca son castigados y si lo son, lo cual sucede rara vez, es sólo por vía de excepción. Aquellos que sufren una pena es porque la han merecido.—Ignacio soltaba sus palabras sin apresurarse, con sonrisa de triunfo.

—Yo, he tenido ocasión de convencerme de lo contrario,—afirmó Neklindoff, sintiendo un triste resentimiento hacia su cuñado.—Estoy radicalmente convencido de que la mitad de las personas que los tribunales condenan son inocentes.

—¿Inocentes, en qué sentido?

—En el sentido más recto de la palabra; de la misma manera que es inocente esa joven del envenenamiento cuya pena sufre: de la misma manera que es inocente un aldeano que he conocido hace pocos días, acusado de un homicidio que no cometió; de la misma manera que eran inocentes una pobre viejecita y su hijo, aldeanos ambos, acusados de haber pegado fuego á una casa, acusación por la cual han sufrido muchos meses de cárcel, en tanto que el culpable era el mismo dueño de la casa, ladrón é incendiario.

—Ciertamente, es imposible y lo será siempre evitar algún error judicial. Una institución creada por los hombres no puede ser perfecta.

—Además, muchos son inocentes, porque crecidos en un ambiente insano, no estiman culpables algunas acciones que la sociedad reputa como tales.

—Perdonad, querido, esto me parece un absurdo de primera fuerza; todos los ladrones saben que robar es un delito y que no hay ley humana ó moral que no lo condene, —continuaba Ignacio con aquella misma sonrisa y con aquella calma que irritaban á Neklindoff.

—No, no lo sabe. Cuando se le dice que no robe y ve que sus amos le defraudan en el trabajo que ejecuta, y le regatean una parte del sueldo; que el gobierno, á su vez, por medio de sus funcionarios le roba sin cesar en forma de impuestos, que...

—Esto es anarquismo puro, querido; -interrumpió Ignacio, queriendo precisar con tal vocablo el sentido de las palabras de su cuñado.

—No sé lo que es, no hago otra cosa que revelar lo que existe,— prosiguió Neklindoff.—Sabe que los funcionarios le roban; sabe que nosotros, grandes propietarios, gozamos por completo de una tierra sobre la cual tienen todos los mismos derechos: y luego si recojo del suelo las ramitas secas de los árboles para encender su mísero fuego, le echamos á la cárcel y le persuadimos de que es un ladrón. Por lo contrario él sabe que el ladrón no es él, sino los que se han apoderado de su porción de tierra, y que el deber le impone la obligación de restituir á su familia aquello que le fué robado.

—No comprendo, ó por lo menos no abundo en vuestra opinión. La tierra no puede dejar de ser objeto de propiedad individual. Si hoy la repartiérais,—continuaba Ignacio Nikiforovitch, convencido de que Neklindoff era socialista, y queriendo probarle en cuatro palabras que sus ideas eran absurdas.—Si hoy la repartiérais en porciones iguales, mañana pasaría inevitablemente á manos de los más laboriosos é inteligentes.

—¿Y quién os dice que deba repartirse la tierra en partes iguales? La tierra no debe ser propiedad de nadie, no debe ser objeto de compra, ni de venta, ni de hipoteca.

—El derecho de propiedad está en la misma naturaleza del hombre. Quitad ese derecho y nadie tendrá interés en cultivar la tierra. Abolid ese derecho y todos volveremos al estado salvaje,— pronunció Ignacio con aire de autoridad.

—Al contrario; entonces únicamente la tierra no quedará improductiva como ahora.

—No os empeñéis, Ivanovitch; lo que decís es una locura. ¿Es posible en nuestro tiempo hablar de abolición del derecho de propiedad sobre la tierra? Sé que siempre ha sido esa vuestra idea fija. Pero, permitidme que os hable francamente,—el rostro de Ignacio se puso pálido y su voz temblaba; evidentemente aquello le

producía gran impresión.—Si me es lícito daros un consejo, pensadlo dos veces antes de poner en práctica vuestra teoría.

—¿Es de mis asuntos personales de lo que queréis hablar?...

—Sí; creo que todos nosotros debemos someternos á las obligaciones que nuestra misma posición nos impone: que debemos conformarnos á las condiciones del ambiente en que vivimos, y que bí hemos heredado una fortuna de nuestros padres, es para transmitirla á nuestra vez á los hijos.

—Creo que es de mi deber...

—Permitid,—proseguía Ignacio sin dejarse interrumpir —no hablo siquiera por mis hijos; su fortuna está asegurada; gano bastante para vivir cómodamente, y creo que lo mismo podrán hacer mis hijos. Mi protesta contra vuestras acciones, excusad la palabra, poco razonables, no nace de un sentimiento de interés personal sino deque, teniendo ciertos principios, me es imposible compartir - vuestras ideas. Si me es lícito daros un consejo, reflexionad maduramente, leed, consultad...

— Permitid que yo decida cuando se trata de mis asuntos personales, y que por mi cuenta resuelva lo que bien me parece,— contestó Neklindoff. Pálido, conteniéndose apenas, con las manos y los pies helados, sentía próxima á estallar la cólera que hervía en él, y sin contestar nada comenzó á sorber el té.

XXIII

Tranquilizándose un tanto Neklindoff, preguntó á su hermana por sus hijos; Natalia contestó que estaban con su abuela, y contenta porque había acabado aquella discusión con su marido, empezó á

explicar que los dos niños, durante el viaje habían jugado como un tiempo jugaba Neklindoff.

—¿Todavía te acuerdas de eso?—preguntó Neklindoff sonriendo.

—Es muy natural, ¡Figúrate que hacen todo lo que tú hacías!

Viendo que la discusión había acabado definitivamente, Natalia estaba tranquila; pero como en presencia de su marido no quería hablar de cosas que únicamente su hermano podía comprender, dió á la conversación un giro distinto, y habló de cosas indiferentes, sacando á relucir, entre otras noticias de Petersburgo, el dolor de la Kamienskaja, por la muerte de su hijo único, muerto en duelo. Ignacio Nikiforovitch aprovechó la ocasión para afirmar que no debía considerarse excluido el homicidio perpetrado en duelo de la categoría de los casos comunes de homicidio castigados por la ley. Pero á tales observaciones replicó Neklindoff, y otra vez surgió una nueva discusión acalorada, con la que ninguno de los adversarios pudo convencer el otro.

Ignacio Nikiforovitch sentía íntimamente que su cuñado desaprobaba en su interior todo aquello en que se empleaba su actividad, y deseaba demostrarle cuán injustas eran sus ideas. Por su parte Neklindoff, además de la ira que le producía el hecho de que el otro discutiera su resolución de repartir la tierra (ira aumentada al comprender que Ignacio y sus hijos tenían cierto derecho como herederos eventuales), no podía por menos de indignarse al advertir que aquel hombre de limitado talento se obstinara, con su seguridad imperturbable, en reputar conforme á ley y equidad, todos aquellos hechos que á él le aparecían como el resultado de una enorme locura. Aquello le parecía una verdadera superchería y le indignaba.

—¿Qué debiera, pues, hacer el Tribunal?—preguntó Neklindoff.

—Debería condenar al que sobreviviera á trabajos forzados de la misma manera que condena al culpable de un homicidio común.

Neklindoff se estremeció de pies á cabeza, y prorrumpió con ímpetu:

—¿Y eso sería?...

—Sería justo.

—Entonces fuera preciso confesar que el fin del Tribunal es la justicia,—dijo el príncipe.

—¿Qué otro fin debe, pues, tener?...

—El mantenimiento de los intereses de clase. El Tribunal, á juicio mío, es un medio cómodo, creado á propósito para proteger un orden de cosas ventajoso á la clase que está en el poder.

—Hé aquí una idea verdaderamente nueva,—observó Ignacio con su sonrisa imperturbable,—comunmente se atribuye al Tribunal otra razón de ser.

—Sí, en teoría, pero no en la práctica, como yo he podido comprobar. El Tribunal tiene por objeto la conservación de la sociedad tal como está constituida. De aquí previene que persiga y castigue, así á quien está por encima del nivel común y quiere elevar la sociedad á su altura, como al que está por debajo de ese nivel.

—No puedo admitir de ningún modo que haya delincuentes castigados porque estén sobre esomivel. Esos constituyen siempre la espuma de la sociedad y su depravación aún cuando es diferente de cierto modo, no por ello es inferior á la depravación del delincuente que vos colocáis por debajo del común nivel.

—Os aseguro que conozco personas infinitamente superiores á sus jueces. Tales son las condenadas por cuestiones religiosas...

Pero su cuñado, con el tono de quien tiene por sistema no dejarse interrumpir cuando habla, no daba tregua y sofocaba con su voz las palabras del príncipe, irritándole cada vez más.

—No puedo siquiera admitir que el objeto de los tribunales consista en la conservación del orden actual de cosas. La meta, á que tiende el Tribunal sin desviarse un sólo instante, es clara y precisa: ó la corrección...

—¡Hermosa corrección la de las cárceles!

—O el extrañamiento,—siguió Ignacio sin hacer caso de la interrupción de Neklindoff,—de esos seres perversos, verdaderos brutos que amenazan sin tregua la existencia de la sociedad.

—El hecho es que los tribunales no hacen ni una ni otra cosa. Aún cuando quisiera, la sociedad no dispone de suficientes medios.

—No comprendo,—dijo Ignacio con forzada sonrisa.

—Quiero decir que entre los castigos verdaderamente razonables hay dos, y son los mismos que se usaban en la antigüedad: la pena corporal y la pena de muerte; pero gracias á la suavidad de las costumbres, tanto una como otra dejan de estar en uso.

—Hé aquí, por ejemplo, una cosa nueva, y en boca vuestra bastante extraña.

—Si, comprendo perfectamente y encuentro razonable que á quien ha hecho daño se le inflija un dolor físico, para que otra vez, recordando ese dolor, se abstenga de cometer la acción que lo provocó. De igual manera comprendo perfectamente, y encuentro razonable que la sociedad tenga derecho de cortar la cabeza á quien la amenaza con un peligro constante. Por lo menos esos dos castigos son lógicos; pero ¿cómo calificar el hecho de recluir un hombre corrompido por el ocio y por los malos ejemplos, en condiciones tales, que se halla obligado á un ocio continuo en compañía de gente más corrompida? O bien añadir una nueva carga al presupuesto del Estado, pues cada uno de esos cuesta más de quinientos rublos, y transportarlo á costa del Gobierno, desde el distrito de Tula al distrito de Irkutsk, del de Irkursk al..

—Y, sin embargo, los perdidos que viajan por cuenta del Gobierno, sienten miedo de hacer tales viajes, y si estamos sentados aquí discutiendo tranquilamente, lo debemos á esos viajes y á esas cárceles.

—Las cárceles no pueden garantizar una tranquilidad constante, porque los que están reclusos allí, no lo están

para siempre, y pronto ó tarde recuperan su libertad de acción. En cambio, los hombres se educan allí en la corrupción más refinada que imaginarse pueda, así es que ésta institución alcanza un fin contrario al que se propone y aumenta el peligro en vez de disminuirlo.

—¿Entonces opináis que debiera perfeccionarse el sistema penitenciario?

—Es imposible perfeccionarlo; una cárcel perfecta costaría más que lo que se gasta en instrucción, y constituiría un nuevo agravio para el pueblo.

—Pero los defectos del sistema penitenciario no pueden, en modo alguno, invalidar la institución de los tribunales, —replicó Ignacio, queriendo acorralar á su cuñado con la lógica de sus razonamientos.

—Son defectos orgánicos incorregibles,—repuso Neklindoff levantando la voz.

—¿Y qué debemos hacer entonces? ¿Condenar á muerte? ¿Arrancarles los ojos, como propone un hombre de Estado famoso? —Y en los labios de Ignacio apareció una sonrisa de triunfo.

—Serla cruel; pero por lo menos tendría un objeto; en tanto que lo de ahora es cruel y sin objeto alguno.

—¡Y, sin embargo, yo comprendo el hacerlo!—exclamó Ignacio, en tanto que palidecía.

—Eso es cuenta vuestra. Yo no lo comprendo.

—¡Son tantas las cosas que no comprendéis!—replicó Ignacio con voz temblorosa.

—He visto en la Audiencia á un fiscal haciendo grandes esfuerzos para enviar á presidio á un joven que sólo podía inspirar compasión á quien no estuviese depravado. Se de otro fiscal que quería encausar á un hombre porque leía públicamente el Evangelio. Por regla general, los actos de los tribunales resultan casi siempre acciones injustas y crueles...

—¡No estaría en el puesto que ocupo, si lo pensara como vos!— dijo de repente Ignacio, y se levantó, en tanto que algo brillaba detrás de los cristales de los lentes.

—¿Es posible que sean lágrimas?—se preguntó el príncipe.

Eran lágrimas de veras; lágrimas de dignidad ofendida. Ignacio Nikiforovitch se acercó á la ventana, se quitó los anteojos, y tosiendo limpió los cristales; se enjugó los ojos, se sentó en el sofá, encendió un cigarro y no dijo una palabra más.

Ante aquel silencio Neklindoff sintió vergüenza y remordimiento, porque comprendió que, con sus palabras, había agraviado á su cuñado y á su hermana, sintiéndolo más, porque debía partir al día siguiente y no los verla en mucho tiempo. Confuso y displicente, se despidió y volvió á su casa.

—Quizá he dicho cuanto quería,—pensó yendo por la calle,—por lo menos Ignacio no ha contestado á mis últimas palabras; pero no debí hablar así. Bien poco he cambiado cuando me he dejado llevar por un triste resentimiento y causado así una psna á mi pobre Natascha.

XXXIV

La conducción de penados de que la Máslova formaba parte, debía salir de la estación á las tres de la tarde; así es que Neklindoff que quería verla salir de la cárcel y seguirla luego á lo largo de la calle, decidió estar cerca de la puerta de la prisión antes de mediodía.

Al arreglar los trajes, la ropa blanca y los papeles en las maletas, Neklindoff tomó también su diario y releyó algunos trozos.

Desde aquella tarde en que empezó su nueva vida, había escrito frecuentemente experimentando un alivio.

«Katuscha no quiere mi sacrificio, sino el suyo. Ha vencido y he vencido yo también.»

—Era un trozo escrito antes de marchar á Petersburgo.

«La resurrección que se opera en su alma, me produce una alegría inmensa. Renace á nueva vida... y yo tengo miedo de creer todavía en ello!»

Luego venía otro recuerdo.

«Hoy he tenido un gran dolor y una gran alegría. He sabido que Katuscha se hizo echar de la enfermería y he experimentado un dolor muy agudo, como nunca imaginara.

»Luego, le he hablado, sintiendo hacia ella, una repulsión y un odio invencible; pero pronto me he acordado de que cuántas veces me atreví á acusarla he sentido repugnancia hacia mí mismo y piedad hacia ella. ¡Cuán bello sería poder ver siempre la viga en nuestros ojos!... ¡Cuán mejores seríamos entonces!

Aquella misma mañana añadió todavía otra nota.

«He visto á Natalia... Quizá estaba demasiado satisfecho de mí mismo y he sido demasiado malo con ella... Pero desde mañana empiezo una nueva vida. Adiós para siempre las antiguas costumbres. Asalta mi mente un tropel de impresiones, pero una fuerza que no sé explicarme, me impide coordinarlas.»

A la mañana siguiente, apenas despierto, Neklindoff recordó la disputa sostenida con su cuñado y se arrepintió de ella.

—No puedo partir así,—pensó,—es forzoso que les vea y que les desagравie.

Pero una simple ojeada al reloj le persuadió de que no podía perder tiempo si quería estar en la cárcel antes de que saliera la conducción de penados.

En un instante se vistió, hizo los últimos preparativos y enviando á la estación á Tarass, el marido de la Pedossia, tomó el primer coche que le salió al paso, y se hizo conducir á la cárcel.

El tren ordinario que debía tomar Neklindoff, marchaba un par de horas después que el de la expedición, y por lo mismo, el principe, para no tener que volver á la fonda, saldó ya con el hostelero.

Hacia un calor sofocante, propio del mes de Julio. Las piedras del piso, los edificios y los techos de hierro de las casas, no refrescados después del bochorno de una noche tórrida, lanzaban una reverberación de fuego que persistía inmóvil.

No se sentía un soplo de aire y si alguna vez llegaba una bocanada, era un soplo ardiente de un aire fétido, pesado, que olía á polvo ó á pintura. Pocos transeúntes pasaban por la calle, y esos pocos, aprovechaban los más mínimos trozos de sombra.

Sin embargo, en el centro de las calles, se veía á los empedradores inclinados, abrasados por los rayos del sol, dando con los martillos sobre los guijarros que se hundían en la hirviente arena, y los gorodovoy, metidos en bub túnicas grises, cruzadas por el cordón amarillo del revólver, se erguían como estátuas, sombríos, cejjuntos é inmóviles.

Los tranvías asaeteados por el sol, pasaban fatigosamente arrastrados por caballos sin fuerzas, con la cabeza sepultada en un sombrero del que no sobresalían sino las orejas.

Cuando Neklindoff llegó á la cárcel, la expedición no había salido aún.

En el interior del edificio había un rebullicio que duraba desde las cuatro de la mañana, un continuo contar y recontar.

La expedición se componía de seiscientos veintitrés hombres y sesenta y cuatro mujeres, y era necesario comprobar la identidad de todos, y hacer el inventario, separar los sanos de los enfermos y confiar éstos al cuidado de la escolta.

El nuevo director, el vicedirector, un empleado, el feldscer, el jefe de la escolta y un escribiente estaban sentados juntos á una mesa en mitad del patio. El sol empezaba á invadir aquella mesa y, cuando había sombra, el calor era sofocante en el patio, casi irresistible por la deficiencia de aire, empobrecido por el hálito de los penados, que uno á uno comparecían junto á la mesa, contestaban á varias preguntas y decían su nombre.

—¿No va á acabar nunca eso?—preguntó el oficial, hombre robusto y gordo, de anchos hombros y manos cortas. —¿De dónde demonios habéis sacado tanta gente? ¿Hay para mucho tiempo todavía?

El escribiente se informó.

—Quedan aún veinticuatro hombres, y luego las mujeres.

—¡Acercáos! ¿Qué hacéis parados?—gritó el oficial á los prisioneros aún no filiados. Hacía ya tres horas que sufrían los rayos del sol esperando su turno.

En el exterior había una veintena de carros para transportar á los penados más débiles y la ropa y efectos de la conducción; y un grupo de parientes ó amigos de los emigrantes, que esperaban darles un último adiós ó entregarles algún objeto.

Neklindoff se quedó entre éstos y hacía ya más de una hora que esperaba, cuando un ir y venir de carceleros, un sordo rumor de cadenas, un ruido de pasos y de toses y un murmullo formidable, le advirtieron que la expedición iba á salir.

El murmullo se prolongó durante cinco minutos; después una voz seca é imperiosa dió una orden, las dos hojas de la puerta se abrieron con estrépito, se oyó más claro el resonar de los hierros, los soldados con túnica blanca y bayoneta calada salieron á la calle, y describiendo un semicírculo, se colocaron ante la puerta.

Entonces se oyó una nueva orden, y bien pronto empezaron á salir los penados con la gorra plana en la cabeza medio afeitada; cada

cual llevaba un saco, que aguantaba con una mano, sobre el hombro, y la otra mano pendía al

costado, en tanto que los pies arrastraban fatigosamente las cadenas.

Primero salieron los hombres destinados á presidio: jóvenes y viejos, gordos y delgados, pálidos y colorados, con bigote, con barba, imberbes, rusos, tártaros, judíos, todos con el traje de presidiarios y el saco á costas. Salían todos con gran estrépito de hierros, balanceando la mano libre con mucho aire, como quien se prepara á una larga caminata; después se paraban y formaban en filas de á cuatro en fondo, unos detrás de otros. Siguieron luego los condenados á destierro, sin cadenas, pero con esposas en las manos; salieron por último los que iban á Siberia por su propia voluntad.

Después, por el mismo orden, aparecieron las mujeres; primero las condenadas á galeras con las blusas grises y el pañuelo blanco en la cabeza; luego las desterradas, y por último, las que acompañaban á algún preso. Mezclados al grupo de mujeres iban algunos niños y niñas que se ocultaban entre aquellas como los pollinos se ocultan entre las yeguas cuando se acerca un peligro. Los hombres se colocaban en buen orden, tosiendo y pronunciando de cuando en cuando alguna palabra; entre las mujeres la charla era continua.

Neklindoff creyó en un momento dado, haber reconocido á la Máslova; pero la perdió de vista entre la multitud, y solo pudo advertir una masa gris que se movía, sin distinguir ninguna cara.

Aún cuando ya contados dentro de la cárcel, fué necesario un recuento al aire libre. Pero esa operación no acababa nunca porque los presos cambiaban á lo mejor de sitio y embrollaban á los soldados que, blasfemando tenían que empezar de nuevo el recuento.

Cuando quiso Dios, todo quedó arreglado. El oficial que mandaba la escolta, dió una orden, y la multitud se arremolinó durante unos

momentos. Los hombres débiles ó enfermos, las mujeres y los niños se aproximaban á los carros para dejar los sacos y subir después, y la alegría de los muchachos disputándose el sitio, formaba extraño contraste con la sombría tristeza de los hombres. Algunos de los prisioneros, quitándose la gorra se acercaban al oficial y le decían algunas palabras. Neklindoff supo que le pedían que les dejara subir á los carros; pero el oficial sin decir una palabra ni dejar de fumar, miraba al que estaba ante él; una vez hizo el ademán de dar un bofetón á uno que se escurrió entre los compañeros, á fin de no recibir la caricia.

Sin embargo, un viejo derrengado consiguió el permiso de ir en carro, y Neklindoff vió como se quitaba la gorra y hacía repetidas veces el signo de la cruz; luego se acercó á un carro; pero como las cadenas le impedían los movimientos, no acertaba á subir; una mujer que estaba dentro le dió la mano.

Una vez colocados en los carros los que tenían permiso, el oficial se quitó la gorra, se enjugó la frente y el cuello, y se persignó.

— ¡ Adelante! —dijo.

Los soldados se colocaron el fusil sobre el hombro, algunos se persignaron, los parientes y amigos gritaron algunas palabras, á las cuales, los penados contestaron otras, se oyó un agudo clamor entre un grupo de mujeres y la expedición se puso en marcha entre una nube de polvo que levantaban los pies al arrastrar las cadenas. Precedía un pelotón de soldados, luego seguían los hombres, las mujeres y los carros. En uno de éstos iba una mujer histérica, envuelta en trapos, que no cesaba de chillar sollozando.

XXXV

El triste convoy era tan largo, que cuando las primeras filas ya no se distinguían, los carros apenas empezaban á moverse. Entonces Neklindoff subió al carruaje y dió orden de preceder la conducción. Quería ver entre aquel montón humano algunos de los rostros conocidos; quería, sobre todo, ver á la Máslova para preguntarle si habia recibido la ropa que le envió.

El calor era cada vez más pesado; no hacía un soplo de aire y el polvo levantado por aquellos millares de pies parecía polvo de incendio. Los penados andaban por el centro de la calle con paso rápido, asi es que el carruaje de Neklindoff tardó en adelantarse. Aquellas filas de seres desconocidos, de aspecto cruel y terrible, que de un modo uniforme levantaban los pies calzados de igual macera y agitaban con el mismo ritmo del brazo libre como para infundirse recíprocamente valor, eran tan numerosas y tan uniformes, que á Neklindoff, mejor que personas, se le antojaban seres envueltos en un misterio fantástico y terrible.

Pero aquella impresión se disipó al reconocer entre los presidiarios á Fedoroff' y entre los desterrados á Schotin y á otro que también le pidiera amparo. Casi todos los prisioneros lanzaban una ojeada al coche y al caballero que les seguía. Tanto Fedoroff como Schotin le reconocieron en seguida y uno hizo un signo con la cabeza y el otro guiñó los ojos; pero ninguno saludó, pensando que estaba prohibido.

Entre las mujeres, Neklindoff vió á la Máslova que iba en segunda fila. La primera era una joven fea, con los ojos negros y las piernas cortas; la segunda la Choroschaska; la tercera la Máslova con su saco al hombro y la mirada tranquila y resuelta fija en el vacío. La última joven, bonita, con la blusa corta y un pañuelo en la cabeza puesto á la manera de las mujeres casadas, era la Fedossia.

Neklindoff bajó del coche y se aproximó á las mujeres. Quería acercarse á la Máslova para preguntarle si habia recibido la ropa y si necesitaba algo más. Pero un soldado de la escolta corrió hacia él.

—¡Señor, está prohibido acercarse á los penados!

Pero al reconocer á Neklindoff,—á quien todos cenocian en la cárcel,—saludó militarmente y añadió:

— ¡Por ahora no se puede; esperad á la estación; aquí es imposible. ¡Eh! ¡tú! ¡A ver si andamos! —exclamó volviéndose hacia un rezagado. Y volvió á su sitio corriendo, á pesar del calor, pisando fuerte con sus botas nuevas y elegantes.

Neklindoff dió orden de seguir de modo que no perdiera de vista á los prisioneros. A lo largo de las calles, el triste convoy despertaba una curiosidad en que había tanta parte de compasión como de terror; desde los coches los señores sacaban la cabeza y lo seguían con la mirada mientras podían; los peatones se paraban mirando asustados aquellas filas que tenían algo de espantoso. Algunos se acercaban y alargaban una moneda para limosna, que recogían los soldados; otros, como sugestionados, seguían un trecho la conducción, se paraban, movían la cabeza y aún seguían el miserable cortejo con los ojos. Llamándose unos á otros, las gentes salían á las puertas y á las ventanas para contemplar á aquellos infelices.

En una encrucijada, el cortejo impidió el paso á un coche muy lujoso. El cochero, hombre gordo y bien mantenido sentado magestuosamente en el pescante daba la espalda á sus amos. Dentro iban éstos: un caballero con abrigo claro y sombrero de copa, una señora con un sombrero de paja blanca; una niña muy bonita y un niño de unos ocho años, pálido y enteco.

El marido reñía al cochero porque no había pasado antes que la conducción le cerrara el paso; la mujer contraía el rostro en una mueca despreciativa y, para evitar el sol y el polvo, tenía la sombrilla casi pegada al rostro. El cochero tragaba de mala gana los reproches del patrón y un gorovodoy que estaba presente de buena gana

hubiese accedido al deseo del caballero del coche, haciendo parar por un momento á los presos; pero aquel convoy tenía una solemnidad tan triste, que no osaba interrumpirle, ni aún para dar gueto á aquel caballero tan rico. Se limitó á llevar la mano á la gorra como para indicar la deferencia que le merecía la riqueza, en tanto que daba una ojeada severa á los presos, como si hiciera la tácita promesa de proteger á los señores que estaban en el coche contra aquella canalla.

El opulento caballero tuvo, pues, que aguardar el desfile y únicamente pudo proseguir su camino cuando hubo pasado el carro en el que iba la mujer histérica que, sosegada un momento, volvió á sollozar y á gritar sin tregua. Entonces el cochero aflojó las riendas y los caballos galoparon por el empedrado, llevando á aquellos señores á una quinta cercana á donde iban para distraerse.

Ni el padre ni la madre creyeron oportuno explicar á sus hijos el significado de lo que acababan de ver, así es que los muchachos debieron explicárselo por sí mismos.

La niña, juzgando por la mueca de su madre, creyó que aquella gente eran distintas de las de su clase, quizá gente mala, y que hacían bien en tratarla como la trataban; por eso le inspiraban terror y respiró satisfecha cuando hubo desaparecido el convoy. El niño se dió una explicación diametralmente opuesta. Sin duda Dios le había revelado que aquellas personas eran parecidas á él y á los demás seres vivientes y que alguien les había puesto en aquel estado, tratándolos como se merecían; le aterraba el pensamiento de aquella gente aherrojada, con la cabeza afeitada, y le aterraba más aún pensar que otros les habían podido cargar de hierros. Sentía hinchársele los ojos; pero hacía esfuerzos por no llorar, porque imaginaba que el llanto, en tales ocasiones, habría sido vergonzoso.

XXXVI

Neklindoff seguía con rápido paso a los presos. A pesar de ir vestido de verano y con un sobretodo ligerísimo, sentía gran calor, un bochorno opresor de toda aquella atmósfera. de aquella atmósfera pesada, ardiente, sofocante.

Así hizo un cuarto de versta, después subió al coche, precediendo el convoy. El calor era cada vez más insoportable... Neklindoff pensó en la conversación con su cuñado; pero no se conmovió como por la mañana. Otras impresiones se sobreponían á aquella; la conducción de penados, la caminata bajo los rayos de aquel sol de fuego; aquel calor tórrido y enervante.

Junto á una pared, cerca de un grupo de árboles, dos estudiantes estaban en pie ante un hombre que vendía limonada. Uno bebía ya; otro esperaba que el vendedor acabara de llenar su vaso de aquella substancia amarillenta.

—¿Dónde se puede beber?—preguntó al cochero, sintiendo necesidad de refrescarse.

—Si quiere Vuestra Excelencia, aquí cerca hay una taberna,—contestó el auriga, y llevó á Neklindoff ante un gran portal que tenía un enorme rótulo.

Un dependiente gordo, con una camisa de color de rosa, sentado en un banco charlaba con los camareros, que llevaban una blusa que quizá algún día fué blanca. Al advertir al insólito consumidor, le ofrecieron sub servicios. El príncipe pidió agua de Seltz y se sentó junto á una mesa que ostentaba un mantel negro y asqueroso. Junto á otra mesa, donde habla un servicio de te y una botella blanca, estaban dos hombros que se limpiaban el sudor y pasaban tranquilamente sus cuentas. Uno de ellos, con el cráneo pelado y el resto del pelo negro, se parecía mucho á Ignacio Nikifrovitch. Esto hizo recordar de nuevo á Neklindoff su disputa de la víspera.

—No podré verlos,—pensó Neklindoff;—pero les enviaré una carta.

Se hizo traer recado de escribir y empezó á sorber agua fresca y burbujeante. Pero su mente divagaba y se sentía incapaz de escribir cuatro palabras seguidas.

«Querida Natalia: no puedo marchar bajo la impresión penosa de la disputa de ayer con Ignacio Nikiforovitch...» —¿Y luego?... ¿Tengo acaso el deber de pedir perdón?... No he dicho sino lo que pensaba y si le pido perdón creerá que me arrepiento de lo dicho. Además, ¿con qué derecho se inmiscuye en mis asuntos privados?... No, no, es imposible.

De nuevo se sintió invadido por una oleada de odio hacia aquel hombre enamorado de sí mismo, y se metió la carta apenas empezada en el bolsillo, pagó el gasto y salió rápidamente para alcanzar el convoy de los prisioneros.

El calor era cada vez más excesivo. Hubiérasee dicho que de los adoquines y de las fachadas de las casas se escapaban oleadas de fuego; los pies al sentarse sobre el estribo experimentaban un ardor insostenible y queriendo durante un instante apoyar la mano sobre el salvarruedas reluciente, la apartó porque se quemaba. El caballo trotaba sobre el piso desigual y polvoriento con paso cansado y vacilante; el cochero estaba adormecido; Neklindoff, sentado, con la mirada fija ante sí, con indiferencia, sentíase incapaz de formular un deseo cualquiera.

En una pendiente de una calle, ante el gran portal de una casa, la gente se agolpaba al rededor de algo; cerca de la gente había un soldado con la bayoneta calada. Neklindoff hizo parar el coche.

—¿Qué ha pasado?—preguntó á un dvornik.

—Una desgracia á un preso,—respondió aquél.

Neklindoff bajó del coche y se acercó al grupo.

Sobre los guijarros del suelo había un hombre vestido con traje de presidiario, robusto, de mediana edad, con la barba roja y la nariz picuda, muy colorada lo cara, tendido en el suelo con la cabeza más

baja que el busto. De cuando en cuando, á intervalos regulares, un hipo convulsivo sacudía violentamente su pecho alto y robusto, en tanto que los ojos inmóviles, privados de expresión é inyectados de sangre, parecían fijarse en la bóveda tórrida del cielo. Cerca de él un gorovodoy, cejijunto y sombrío,

hablaba con un mozo de cuerda, un cartero, un dependiente, una mujer anciana y un muchachito con una cesta vacía, comentando lo ocurrido.

—Están muy débiles á fuerza de tenerlos encerrados en la cárcel y ahora quieren hacerlos andar bajo este sol abrasador,—exclamó el dependiente volviéndose hacia Neklindoff.

—Este pobre va á morir,—añadió la anciana con voz temblorosa.

—Desabrochadle la camisa,—sugirió el cartero.

El gorovodoy, con sus dedos gruesos y temblorosos empezó á deshacer los cordones de la camisa y descubrió el cuello rojo, con las venas túrgidas, llenas de sangre. Evidentemente estaba conmovido y confuso; pero creyó que su deber le obligaba á decir con aire brusco;

—¿Qué estáis haciendo aquí? ¿No comprendéis que hace calor y que impedís que pase el aire?

—El médico debería visitarlos á todos antes de dejar partir á los que no están buenos. Este estaba delicado ya y, sin embargo, han querido hacerle marchar á toda costa,—exclamó el dependiente, para dar á entender que conocía las órdenes que se habían dictado.

El gorovodoy se enderezó y dando una ojeada al rededor, repitió:

—Ea, largarse de aquí; nada tenéis que hacer en este sitio.

Y se volvió hacia Neklindoff para buscar su aprobación; pero al ver que este permanecía impassible se dirigió al toldado, quien mirando el tacón de sus botas medio gastado, conservaba la más completa indiferencia.

Entre la gente se hacían comentarios poco favorables á los empleados del gobierno.

—No piensan en nada; parece que sea lícito asesinar así á la gente.

—¿Qué importa que sea un penado? No por eso deja de ser un hombre.

—Ponedle la cabeza más alta y dadle de beber,—intervino Neklindoff.

—Ya han ido á buscar agua,—contestó el gorovodoy. Y tomando el cuerpo del infeliz por debajo de los brazos, lo colocó en otro sitio de manera que la cabeza estuviera más alta.

De repente resonó una voz resuelta con tono imperioso de autoridad.

—¿Qué hace aquí toda esa gente?—dijo un okolotocny,— jefe inmediato del gorovodoy,—con una túnica flamante y botas relucientes.

—¡Fuera de aquí! ¿Qué hacéis?—repitió sin comprender todavía por qué motivo la gente se agrupaba en torno. Pero al ver al prisionero tendido en el suelo y moribundo, hizo con la cabeza un movimiento, como quien ha previsto el caso.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó al gorovodoy.

Este se lo explicó en pocas palabras.

—Bueno; es preciso llevarlo al cuartelillo. Que venga un coche.

—Ha ido ya á buscarlo un dvornik, contestó el gorovodoy saludando militarmente.

El dependiente arriesgó algunas observaciones acerca del calor.

—¿Qué tienes tú que ver en eso? ¡Sigue tu camino! — dijo el okolotocny, y le dió una mirada tan severa que el otro no se atrevió á replicar.

—Es preciso hacerle beber agua,—dijo á su vez Neklindoff.

El okototocny miró severamente al príncipe sin contestar; pero cuando llegó el agua dió orden de alargarla al prisionero.

El gorovodoy le levantó la cabeza y le acercó la taza á los labios; pero el infeliz no tuvo fuerza para tragarla y el líquido mojóle la barba y la camisa, llenas de polvo.

—Echádsela sobre la cabeza,— ordenó el okolotocny, y así se hizo.

El preso movió los ojos, pero no cambió de posición; el agua se le escurría por el rostro sin que ni una gota llegara á su garganta y el cuerpo se estremecía á impulsos de un espasmo violento.

—¿Dónde está el coche?—dijo el okolotocny á su subalterno.— Tomad éste,—é indicó el de Neklindoff.

—Ya estoy alquilado,—contestó el cochero de malhumor.

—Es mío,—dijo el príncipe;—pero servios de él. Yo pago.

—Aprisa, aprisa.

El gorovodoy y un dvornik levantaron al moribundo y lo transportaron al coche tratando de hacerle sentar; pero no se aguantaba y la cabeza caía adelante y atrás y el cuerpo se deslizaba también.

—Ponedle tendido,—ordenó el okolotocny.

—Lo llevaré así,—contestó el subalterno y sentándose junto al penado le pasó las manos por debajo de los sobacos, abrazándole estrechamente, en tanto que el soldado le arreglaba los pies calzados con zuecos.

El okolotocny recogió la gorra del penado, se la puso á éste en la cabeza y ordenó al cochero que arreará, lo cual hizo de mala gana, tomando la dirección del cuartelillo. La cabeza del moribundo pendía de aquí para allá y aquel pobre cuerpo se estremecía entre los brazos del gorovodoy y del soldado que pasaban grandes trabajos para sostenerlo.

Neklindoff siguió detrás de ellos.

XXXVII

En el cuartelillo de policía, donde había de centinela un bombero, entró el coche en el patio y se paró ante una puerta. En el patio había muchos bomberos arremangados que reían y hablaban en voz alta, en tanto que lavaban algunos carros; pero al advertir el carruaje, le rodearon. Dos gorovodoys sacaron el cuerpo ya inerte del todo. El gorovodoy se quitó la gorra de la cabeza y se persignó.

El cuerpo del penado fué subido al primer piso y Neklindoff, siguiéndolo, entró en una habitación sucia y de aspecto sórdido, en la que había cuatro camas. En una de ellas estaba un tísico, en otra un herido con la boca torcida y el cuello vendado. En la tercera se colocó al muerto; en seguida se adelantó un hombre de baja estatura, con los ojos muy brillantes, que movía continuamente las cejas, en camisa y calzoncillos y que solo llevaba calcetines en los pies. A pasos rápidos y cortos se acercó á la cama, dió una ojeada al muerto, otra á Neklindoff y luego soltó una sonora carcajada.

—¡Ah, ahí!—exclamó.—Hacéis cuanto podéis para espantarme, pero no lo lográis. Os aseguro que no lo lograréis.

Era un loco que tenían allí detenido.

Detrás de Neklindoff habían entrado también el gorovodoy y el feldscer. Este se acercó al muerto, tocó su mano todavía mórbida, pero ya fría y pálida y después de tenerla entre sus dedos, la dejó caer como una masa inerte que era, sobre el vientre del cadáver.

—¡Se acabó!—dijo el feldscer, meneando la cabeza; pero para convencerse más y ateniéndose á lo que mandaba la ley, desabrochó la camisa, sucia y mojada y apoyó el oído sobre el pecho alto, amarillo é inmóvil del preso.

Hubo un instante de silencio. Luego el feldscer se irguió, movió la cabeza, tocó ligeramente con el dedo, primera mente un párpado y

después otro, abiertos sobre los ojos azules, inmóviles y extraviados.

— Os digo que no me espantaréis,—repetía el loco dirigiéndose al feldscer.

—¿Y bien?—preguntó el okolotocny.

—Ya podéis llevarlo al cuarto de los muertos,—contestó el feldscer.

—] Miradlo bien! ¿Estáis seguro de que ha muerto?

—Me parece que estoy seguro,—replicó el feldscer,—pero si lo creéis necesario, envid á buscar á Mateo Ivanovitch que os dirá lo mismo que yo.

—Llevadlo al local de los muertos,—ordenó el okolotocny.—Y tú,—dijo volviéndose al soldado, que no se había separado del preso,—ven al despacho á firmar.

El soldado salió de la estancia, en tanto que los gorovodoys se llevaban al muerto, subiéndolo escalera arriba. Neklindoff quería seguirlos, pero le detuvo el loco.

—¿Verdad que no estáis de acuerdo con esos?—le dijo.

—Dadme un cigarrillo.

Neklindoff se lo alargó y el loco, arrugando rápidamente el entrecejo, empezó á lamentarse de que todos le atormentaban sin cesar, sugestionándole.

—Todos están contra mí, todos me atormentan con sus médiums...

Pero Neklindoff no tuvo paciencia para escucharle é interrumpiéndole con un:—Perdonad,—salió para ver donde llevaban el cadáver.

Los gorovodoy habían atravesado ya el patio y entraban en aquel instante en una cantina. También allí quiso seguirles el príncipe, pero el okolotocny le paró en el umbral.

—¿Qué buscáis?

—Nada.

—Pues bien, si no buscáis nada, seguid vuestro camino.

Neklindoff volvió al coche, despertó al cochero y le dió orden de conducirle á la estación. Pero apenas había dado un centenar de pasos, cuando topó con un carro acompañado de un soldado de la escolta. En el carro estaba tendido un penado muerto; el rostro, rodeado por una barbilla negra, desaparecía á medias bajo la gorra que le llegaba hasta la nariz, y la cabeza afeitada saltaba á cada sacudida de las ruedas, dando contra las tablas del carro. Un hombre con altas botas conducía el caballo del cabestro y un gorovodoy iba detrás cerrando el triste cortejo.

Neklindoff tocó el hombro del cochero.

—¿Qué hacen esos?—exclamó éste parando el caballo.

Neklindoff bajó del coche y siguió al carro, volviendo á entrar en el patio del cuartelillo. Los bomberos habían acabado de limpiar los carros y ahora estaba junto á ellos su jefe, alto, amojamado, huesoso, que con las manos en los bolsillos, examinaba severamente un hermoso caballo que cojeaba de una de las manos, y reprochaba al veterinario que estaba á su lado. En el patio estaba también el okolotocny, quien al ver que traían otro muerto se acercó al hombre que guiaba el carro meneando la cabeza con aire de disgusto.

—¿Dónde lo habéis recogido?

—En la calle Staro Gorbatskaja.

—¿Es un preso?—preguntó el jefe de los bomberos.

—Sí, señor.

—Es ya el segundo de hoy,—comentó el okolotocny.

—¡Valiente cosa y valiente gente!—exclamó el jefe de bomberos; y luego volviéndose hacia su subordinado, le dijo:—Llévalo á la cuadra del ángulo. En cuanto á tí, canalla, ya te enseñaré yo á estropear un caballo que vale más que tú, bruto, animal!—concluyó dirigiéndose al veterinario.

El muerto fué sacado del carro y llevado al primer piso. Neklindoff le seguía como bajo la impresión de un íncubo que le dominara.

—¿Qué buscáis?—le preguntó un gorovodoy.

Pero el príncipe, sin contestar una palabra, continuó su camino detrás del muerto.

El loco, que sentado en una cama fumaba con avidez el cigarro que le diera antes Neklindoff, acogió á éste con expresión de asombro.

—¡Ah, habéis vuelto aún!

Luego, al advertir el cadáver, contrajo el rostro con una mueca desdeñosa:

—¿Otro?... ¡Esto ya es demasiado!... Vaya una gracia,— y soltó una carcajada.

Neklindoff no le escuchaba. Contemplaba aquel muerto y habiéndole descubierto el rostro un gorovodoy, aparecieron en toda su plenitud las líneas finas y regulares del rostro, y la forma proporcionada del cuerpo. Era un hombre en el pleno vigor de la fuerza, tan hermoso como feo era el primer cadáver. Aunque el cráneo afeitado le afeara ligeramente, aquella frente rígida sobre los ojos negros privados de vida, aquella nariz perfilada sobre el bigote fino y negro, aquellos labios violáceos por el sufrimiento, pero que aún parecían entreabiertos por una sonrisa, la barba que rodeaba la cara y aquellas orejas que apuntaban detrás del cráneo, conservaban la huella de una belleza delicada y el conjunto de su rostro respiraba una calma religiosa. No solamente la expresión de aquella cara revelaba que la crueldad de los hombres había extinguido una vida floreciente de una intelectualidad poderosa y fecunda, sino que las formas bien proporcionadas de las manos, de los pies ceñidos por cadenas y de todos los miembros de su cuerpo, patentizaban que en él había sido muerto un animal de la raza humana bellísimo, fuerte, hábil y, como animal, muy superior al caballo, por el cual armaba tanto ruido el jefe de bomberos. Además lo habían matado con indiferencia; nadie le lloraba como hombre ni

como animal, bueno para un trabajo fecundo, y extinguido sin utilidad alguna... Entre toda aquella gente su muerte despertaba un solo sentimiento: el fastidio de tener que cuidarse de aquel cuerpo que amenazaba descomponerse si no se le daba sepultura!

En el cuarto había entrado el feldscer, el médico, hombre robusto y bien plantado, con una cazadora de seda cruda y unos pantalones que apenas podían contener las piernas musculosas, y un comisario de policía, gordo, con el rostro hinchado como una pelota, que tenía la costumbre de llenar las mejillas de aire para echarlo después poco á poco. El médico se sentó en la cama, tocó las manos del muerto, auscultó el corazón... en vano! Luego, estirando las piernas, exclamó:

—¡Es imposible estar más muerto!

El comisario, soplando poco á poco, se volvió hacia el soldado:

—¿De qué cárcel?

El soldado dijo el nombre de la cárcel é hizo observar que el cadáver aún tenía los grillos en los pies.

—Daré orden de que los quiten,—dijo el comisario, y dejando escapar una gran bocanada de aire, salió de la habitación.

Neklindoff se acercó al médico.

—¿Qué ha sucedido?—preguntó.

El médico le miró á través de sus anteojos.

—¿Qué ha sucedido? Que se mueren de insolación. Durante todo el invierno les tienen encerrados sin movimiento y sin luz, y luego les sacan en un día como éste en que no hace un soplo de aire. He ahí porque se mueren.

—¿Y por qué les hacen andar en un día así?

—En cuanto é eso preguntádselo á quien lo sepa... ¿Y quién sois?

—¿Yo? Un particular.

—¿Ah, sí? Pues á mi obligación ahora No tengo tiempo que perder, —dijo el médico: y estirándose los pantalones se dirigió á las camas donde estaban los enfermos.

—¿Cómo estás?—preguntó al hombre de la boca torcida y el cuello vendado.

Sentado sobre la cama, el loco que habia cesado de fumar, escupía sin tregua hacia donde estaba el médico.

Neklindoff habia bajado ya al patio y pasó ante los caballos y el centinela. Subió al coche que le esperaba, despertó al cochero adormilado y se hizo conducir á la estación.

XXXVIII

Cuando el príncipe llegó á la estación, los penados estaban ya en los coches que tenían las ventanillas enrejadas. Había en el andén muchas personas, amigos y conocidos, que habían ido para saludar por última vez á los presos, pero ninguno obtenía permiso para acercarse á los vagones. Además de los dos que había visto Neklindoff, durante el trayecto de la cárcel á la estación, otros tres presos habían caído atacados de insolación. Uno habia sido transportado como los primeros al cuartelillo; los otros dos estaban en una sala de la estación [\[19\]](#)

Los soldados parecían preocupados por ello. No porque hubiesen muerto cinco personas confiadas á su vigilancia, pues esto tenía muy poca importancia á sus ojos, sino porque les aburría tener que cumplir todas aquellas formalidades que la ley exige en tales casos: entregar el cadáver á quien de derecho corresponde, tener momentáneamente cuidado de todos sus efectos, dar de baja al muerto en la lista de los penados que se deben transportar á Nigni,

hasta donde la escolta deba responder de ellos; formalidades todas muy fastidiosas, sobre todo haciendo tanto calor. Sin embargo, el príncipe que había dado una propina á un soldado pudo pasar con la recomendación de que se apresurara y procurase no le viera un oficial.

Los vagones eran dieciocho, sin contar el reservado para la escolta, y todos iban atestados de presos. Pasando Por el lado de los vagones, el príncipe escuchaba atentamente y oía un rumor de hierros que arrastraban, de discusiones acaloradas, acompañadas de las blasfemias más horrendas é insensatas, pero no se oía ni una sola alusión á los compañeros caídos á lo largo del camino. Todos hablaban de la elección de sitio, de los sacos, del agua para beber. A través de la reja de una ventanilla, Neklindoff vió á un soldado de la escolta que quitaba las esposas á los presos, abriéndolas mediante una llave; otro soldado que estaba detrás de él las recogía formando un mazo con ellas.

Detrás de los vagones de los hombres seguían los de las mujeres. De uno de estos salía una voz que se lamentaba, gimiendo á intervalos regulares:

—¡Oh, Señor! ¡Oh, Señor!

Siguiendo las indicaciones del soldado, Neklindoff se acercó al tercer vagón, acercando la cabeza á la ventanilla y en seguida sintió en pleno rostro un sople de calor impregnado de un acre olor de fermentos de cuerpos humanos; los bancos estaban cuajados de mujeres sudorosas y rojas por el bochorno, sin pañuelo en la cabeza, que formaban un coro ensordecedor y estridente de voces femeniles.

El rostro de Neklindoff atrajo la atención de las mujeres. Las más cercanas á la ventanilla callaron y se acercaron á ella cuanto les era posible, en tanto que las otras se esforzaban en adivinar quien fuese aquel caballero. Máslova estaba algo alejada, pero la Fedossia, de ojos azules sonrientes y blancas carnes, reconoció al príncipe, avisó á la Máslova y le señaló la ventanilla. La joven se levantó en

seguida, cubriéndose con su pañuelo sus cabellos negros, y colorada, sudorosa, se acercó á la reja.

—¡Qué calor tan insoportable!—exclamó sonriendo.

—¿Habéis recibido lo que os envié?

—Sí, gracias.

—¿Necesitáis algo más?

El calor que se escapaba del vagón era tan intenso, que á Neklindoff le parecía estar ante la boca de un hornos.

—No, nada, gracias.

—Si se pudiera beber,—suspiró Fedossia.

—¿Cómo, no tenéis agua?

—Nos habían puesto, pero se la han bebido toda.

—Rogaré á un soldado que os traiga,—dijo Neklindoff.

—No nos veremos hasta Nigni.

—¿También marcháis vos?—preguntó con tono de ingenuidad la Máslova, como si la decisión de Neklindoff fuera para ella una novedad. Y fijando sus ojos en él, sonrió de alegría.

—Si, parto en el tren siguiente.

La Máslova ino profirió una palabra; pero al cabo de unos instantes, lanzó un profundo suspiro.

—¿Es verdad, señor, que han matado á doce presos?— preguntó una vieja con voz estridente y áspera: era la Korablova.

—De doce no sé; yo he visto dos.

—Dicen que son doce... ¡Y nadie se queja; ¡Qué casta de canallas!

—¿Y ninguna mujer se ha puesto mala?

—Las mujeres saben resistir mejor,—dijo una presa de cara pequeña y redonda.

—A una se le ha ocurrido parir. ¿Oís como grita?—añadió otra indicando con el dedo un vagón contiguo de donde salían profundos gemidos.

—Me habéis preguntado si necesito algo,—dijo de repente la Máslova, esforzándose para reprimir la sonrisa de alegría que estremecía sus labios.

—¿Qué deseáis?—preguntó el príncipe.

—¿No podríamos lograr que esta pobre mujer se quedara? Debe sufrir mucho, ¡pobrecilla! Hablad á quien manda.

—Lo haré en seguida.

—Luego, si fuera posible dejar ver á su marido á mi compañera...—y señaló á la Fedosia.—Parte con nosotros.

—¡Señor, señor! no se puede hablar con los penados,— exclamó de repente la voz del oficial de la escolta.

El príncipe, alejándose de la ventanilla, preguntó por el jefe de la expedición, para interceder en favor de la parturienta y del marido de la Fedosia; pero durante mucho rato no pudo conseguir que los soldados, atareados como estaban, hiciesen caso de él. Así fué que la campana de la estación había dado ya el segundo toque, cuando Neklindoff pudo hablar con el jefe. Este reprochaba algún descuido al sargento mayor, mientras con la mano corta y regordeta se atuzaba el bigote que cási le tapaba la boca.

—¿Qué queréis?—preguntó al príncipe.

—Hay en la expedición una mujer que está de parto, y me parece que...

—¿Ah, si? Pues bien que pára en paz. Luego ya veremos lo que ha de hacerse,—contestó el oficial, acomo dándose en el vagón y moviendo los brazos con gran soltura.

En aquel instante, el jefe del tren que pasaba corriendo, dió una señal con un silbato; en seguida contestó un tercer toque de

campana y un rumor de gemidos y de llanto en el vagón de las mujeres.

Neklindoff se acercó á Tarass. Uno á uno desfilaban los vagones enrejados, llenos de cabezas afeitadas de hombre; luego apareció el primer vagón de mujeres; que con la cabeza descubierta se agolpaban á las ventanillas; después, el de la parturienta; por última apareció el de la Máslova. De pie, junto á la ventanilla, miraba atentamente y al ver á Neklindoff le sonrió. Y en aquella sonrisa había algo desgarrador como la expresión de una tristeza infinita.

XXXIX

Quedaban á Neklindoff todavía un par de horas antes de subir al tren que debía transportarlo á Siberia. Había pensado aprovechar el tiempo para ver á su hermana; pero los acontecimientos y el tragín de aquel día, de tal manera le habían fatigado, tanta era la pesadez que el calor bochornoso imprimía en su mente, que apenas se hubo sentado en la otomana de la sala de descanso de primera, se sintió acometido por un sueño invencible, y acomodándose entonces lo mejor que pudo, se durmió inmediatamente.

Le despertó un caballero vestido de frac y con una servilleta bajo el brazo.

—Dispensad, caballero, ¿sois el príncipe Neklindoff? Hay una señora que pregunta por vos.

Neklindoff se puso en pie restregándose los ojos y volvieron á su mente las impresiones de aquella mañana; el triste convoy de los penados, su marcha fatigosa á través de la ciudad abrasada por el sol, los muertos, los vagones enrejados en que estaban encerradas

tantas personas, los gemidos de la parturienta y la sonrisa desgarradora de la Máslova..

Después adquirió en seguida la posesión de sí mismo y recordó donde se hallaba.

El príncipe observó que cuantos estaban en la sala seguían con curiosidad alguna escena que se desarrollaba fuera, y para enterarse miró á través de los cristales de la puerta.

Un grupo de personas llevaba una señora tendida en un sillón cubierta con un ligero velo. Tanto la fisonomía del primer criado como la del otro, que era un portero con la gorra galoneada, parecióle á Neklindoff que las reconocía; detrás del sillón, una camarera con delantal blanco, llevaba un lio de ropa, algunas sombrillas y una maleta de cuero fino; el viejo príncipe Korchaghin, aparecía después con el pecho saliente, su cuello de apoplético y una gorra de viaje en la cabeza; y por último, la Missy, el primo Mischa y un joven agregado de embajada á quien Neklindoff conocía, y en cuyo rostro se veía de continuo una expresión de buen humor inalterable.

Cerraba la marcha el médico, que tenía cara de pocos amigos é iba fumando un cigarrillo. Los Korchaghin, iban á pasar el verano en una propiedad de la hermana del anciano príncipe que estaba, ya en el camino de Nigni.

La princesa madre, seguida de la camarera y del médico, fué conducida á la sala reservada á las señoras solas, despertando la curiosidad y el respeto de todos los presentes.

El viejo príncipe se sentó á una mesa y pidió refrescos y viandas al camarero.

Missy y Osten, entraron á su vez en la sala é iban á sentarse, cuando se abrió la puerta, y los dos salieron al encuentro de una señora conocida. Era Natalia Ivanovna, acompañada de Agripina Petrovna.

Entrando en la sala echó una mirada en torno y advirtió casi al mismo tiempo á la Missy y á su hermano; pero después de hacer con la cabeza un signo á éste, fué al encuentro de Missy y la besó.

Luego se volvió hacia su hermano exclamando:

—Gracias á Dios que te encuentro.

Neklindoff se había levantado.

Contestó al saludo de su hermana y después saludó á Missy y á sus acompañantes.

Missy contaba que á consecuencia de un incendio en su quinta, tenía que aprovechar la de su tía, y Osten, siempre de buen humor, refería escenas ridiculas de algún incendio.

Neklindoff se volvió hacia su hermana y le dijo:

—¡Cuánto me alegro que hayas venido!

—Hace un rato que estoy aquí,—contestó Natalia.—Yo y Agripina Petrovna te hemos ido buscando por todas partes.

—Me había dormido un momento y no esperaba ya verte. Por eso habia empezado á escribirte una carta.

—¿Lo dices de veras?—exclamó Natalia como asustada.

—¿Por qué?

Viendo que el coloquio tomaba un giro confidencial, Missy y los dos jóvenes se alejaron, y Neklindoff se retiró á un ángulo de la sala, cerca de un montón de maletas y baúles.

—Ayer, después de haberte dejado,—empezó,—me arrepentí; de buena gana hubiese vuelto para excusarme, pero pensé que tu marido quizá acogiera mal mis palabras... Estuve ^demasiado brusco con él y este pensamiento me atormentaba.

—Estaba segura de ello,—replicó Natalia.—No podías tú tener una mala intención. Ya sabes que...

En tanto que pronunciaba estas palabras, algunas lágrimas asomaban á sus ojos y con su mano temblorosa, estrechaba la de se hermano.

En aquella frase y en su actitud, revelaba cuán querido le era su hermano, y cuanto la afligía tener un disgusto con él.

Tan claramente se veía aquello, que Neklindoff se sintió conmovido.

—Gracias, gracias, querida Natalia.

Y como si de repente le volviera á su mente la imagen da los dos muertos con evidencia terrible y feroz, añadió entonces:

—¡Ah, si supieras lo que he visto hoy!... Dos prisioneros asesinados.

—¡Cómo! ¿asesinados?

—Sí; con el calor terrible que hacia, les obligaron á andar bajo lo rayos del sol... y han caído al suelo en mitad de la calle.

—¿Hoy? ¿Hace poco?

—Sí, hoy, en este momento. Yo mismo les he visto muertos.

—¿Por qué dices que los han asesinado? ¿Quién les ha asesinado?

Neklindoff sintió un acceso de cólera. No era ya aquella su Natalia buena y piadosa; no veía ya sino por los ojos de su marido.

—¿Quién? Los asesinaron los que les conducían á la fuerza á lo largo de la calle,—contestó con ímpetu.

—¡Oh, Dios mío!—exclamó Agripina Petrovna.

—No comprendemos ni podemos formarnos una pálida idea de lo que se hace con esos desdichados. Es preciso verlo.

E involuntariamente, lanzó una mirada al viejo Korchaghin, sentado junto á una mesa ante una botella de Champagne con la servilleta alrededor del cuello.

En aquel mismo instante el anciano gritó:

—¡Eh! ¡Neklindoff! ¿Queréis refrescar? Es muy conveniente antes de emprender un viaje.

Neklindoff rehusó y le volvió la espalda.

—Pero tú,—prosiguió Natalia Ivanovna,—¿qué harás en favor suyo?

—Todo cuanto pueda. No lo sé todavía; pero la conciencia me dice que algo debo hacer para mejorar su suerte; y lo haré.

—Comprendo, comprendo, y,—añadió después con sonrisa maliciosa señalando á la Korchaghin,—¿es posible que todo haya acabado ya con esta?

—Sí, todo ha acabado y creo que sin ningún sentimiento por una ni otra parte.

—Lo siento porque es una muchacha que me gusta mucho.

Luego, bajando un poco la voz, trató de añadir tímidamente:

—¿Por qué tratas ahora de crearte nuevos lazos? ¿Por qué marchas?

—Parto porque el deber me lo impone,—respondió Neklindoff con voz severa y breve, y con el tono de aquel que quiere truncar una disputa enojosa.

Pero de repente se avergonzó de aquella frialdad para con su hermana, y aun cuando estaba presente la anciana ama de llaves, dijo así:

—Quieres aludir á mi decisión de casarme con Katuscha. Estaba resuelto; pero ella no quiere.

La voz del príncipe tembló como si fuera á prorrumpir en lágrimas, como le ocurría siempre que hablaba de aquel asunto.

—Se opone á mi sacrificio y se sacrifica ella misma. Yo no puedo, yo no debo consentirlo ni un sólo minuto. La sigo, estaré donde ella y procuraré serle útil, y quizá podré mejorar su situación!

Natalia Ivanovna no contestó, y Agripina Petrovna que la miraba como interrogándola con los ojos, inclinó la cabeza.

Entre tanto los criados habían vuelto á sacar á la princesa Korchaghin.

Cuando hubo visto á Neklindoff, le hizo seña de que se acercara y le alargó la mano cargada de sortijas con un gesto cansado y casi asustado, como temiendo un apretón fuerte.

—¡Epouvantable!— dijo refiriéndose al calor.—No puedo resistirlo. ¡Ce dimat me tue!

Luego, después de algunas palabras acerca de la crudeza del clima ruso, y de haber invitado á Neklindoff á su quinta de recreo, ordenó á los criados que la llevaran hacia el andén, y volviendo su rostro largo y descarnado hacia el príncipe, añadió:

—Así, pues, os aguardo... cuidado con faltar.

Los dos criados se dirigieron hacia los vagones de primera clase.

El príncipe, por lo contrario, seguido del faquín que llevaba la maleta y de Tarass, que iba cargado de maletines y sacos, se fué hacia el lado opuesto.

—Ese es mi compañero,—dijo Neklindoff á su hermana señalándole al aldeano.

El mozo de cordel se había detenido ante un carruaje de tercera y arreglaba el equipaje mientras Tarass subía con sus sacos.

—¡Cómol—exclamó Natalia estupefacta,—¿viajas en tercera?

—Sí, es mucho más cómodo, y además, así no tendré que dejar la compañía de Tarass,—contestó Neklindoff con una sonrisa.

—Quiero decirte aún una cosa,—añadió luego.—Hasta ahora no he renunciado todavía á la posesión de Kusminskoje. Así, al morir, tus hijos serán los herederos legítimos.

—¿Qué dices, Dimitri? Por compasión no digas eso, —protestó Natalia.

—Aun cuando renunciara á ella, todo lo demás sería para tus hijos, porque no creo que me case y si me caso no tendré hijos, de modo que...

—Dimitri, te suplico que no hables así,—protestó aún Natalia.

Pero Neklindoff advirtió claramente la satisfacción que le habían producido sus palabras.

Un tropel de gente estaba ante el compartimiento de los Korchaghin, admirando el lujo de aquella gente. Los rezagados se apresuraban á colocarse y los conductores cerraban bruscamente todas las portezuelas con un golpe seco.

Neklindoff subió al vagón; pero tal era el calor y el tufo, que no pudo resistir y salió á la plataforma. De pie, junto al vagón, al lado de Agripina Petrovna, con un sombrero elegantísimo, Natalia buscaba evidentemente, un asunto de conversación sin encontrarlo.

La recomendación que se hace á todos los viajeros de que escriban para dar noticias suyas, había hecho reir demasiadas veces á los dos hermanos para que recurrieran á ella, y por otra parte, las pocas palabras acerca de la herencia, habían roto las relaciones de amistad fraternal que les ligaban. Ahora se sentían del todo extraños el uno para otro, así es que experimentaron ambos un alivio al arrancar el tren.

Natalia, acercando la cabeza, pudo aún decir con su voz dulce y triste:

— ¡Adiós, adiós pues!

Pero apenas hubo desaparecido el vagón, sintió un temor, y su rostro se nubló: ¿cómo diría á su marido lo que había hablado con su hermano?

Por su parte, Neklindoff, aun cuando quería mucho á su hermana, sentía que ya no era la joven amorosa y tímida de otro tiempo, comprendía que estaba por completo dominada por su antipático marido, y al advertir que una chispa de alegría pasó por su rostro al hablarle de la herencia, sintió verdadero dolor.

XL

En el gran vagón de tercera clase, dejado todo el día bajo la acción del sol, se respiraba un aire tan pesado y sofocante, que Neklindoff permaneció largo rato en la plataforma. Pero aun allí el aire estaba viciado, y sólo cuando el tren se puso en marcha, pudo aspirar á gusto y á plenos pulmones.

Los han asesinado,—se repetía de nuevo, fija la mente en lo que dijera á su hermana.

Y entre todas las impresiones de aquella mañana, volvió con fresca sorprendente la imagen del segundo cadáver, con la sonrisa impresa en sus labios, el reproche grave y severo de la frente...

— Lo más espantoso es que lo han asesinado y no hay quien pueda señalar al matador. Sin duda provino todo de una orden de Maslennikoff, escrita de su puño y letra, con su lúbrica ridícula... y nadie tiene en concreto la culpa de la desgracia. No tiene ninguna culpa el médico que visitó á los presos, pues no ha hecho más que separar á los sanos de los enfermos, y no podía prever ni la aglomeración de gente ni el calor excesivo, ni que les hiciesen andar en pleno mediodía. ¿El director?... Ese tenía orden de enviar á la estación en tal día y hora un número dado de penados para ir á Siberia; y cumplió la orden. ¿El oficial de la escolta?... Su deber era recibir un cargamento de presos, según una lista revisada por él mismo, y entregar igual número de presos á otra persona; ha guiado una de las conducciones de costumbre y no podía prever que hombres de aspecto muy fuerte y robusto no pudieran resistir una marcha en pleno sol y debiesen morir,.. Nadie podía preverlo, nadie resultaba culpable de ello y, sin embargo, una vida humana se había extinguido sin responsabilidad para nadie.

—Todo eso ocurre,—pensó Neklindoff; — porque esa gente, gobernadores, alcaldes, médicos, militares, imaginan que pueden

tratar como les viene en ganas á todo el mundo. Tanto Maslennikoff como los demás, si no ocupasen los puestos que ocupan, veinte veces se hubiesen preguntado si es justo obligar que camine un hombre bajo este sol; veinte veces hubiesen auxiliado á un hombre cansado y falto de fuerzas, dándole agua y otorgándole unos momentos de descanso. Pero ahora hacen todo lo contrario, y es porque no creen tener ante sí hombres con sus imprescriptibles derechos, sino exigencias de su oficio, que colocan muy por encima de los deberes de humanidad. Ahí está la explicación de tan triste caso. Si se llega á admitir que hay algo que es superior á la ley de amor que gobierna á la humanidad, entonces no hay delito ni crimen que no sean excusables.

Absorto como estaba en sus meditaciones, Neklindoff no advertía el cambio de tiempo: una nube baja, oscura, hecha girones, habia tapado el sol; por occidente avanzaba otra nube gris claro, que á lo lejos, junto al horizonte, se deshacía en una lluvia espesa y polvorienta, que llenaba de humedad la atmósfera.

De cuando en cuando el fulgor de un relámpago disipaba las tinieblas del cielo, y el ruido prolongado del trueno se confundía con el rumor del tren. Algunas gotitas arrojadas de través por el viento, que soplaba con furia cayeron en la plataforma y mancharon de puntos oscuros el sobretodo de Neklindoff, en tanto que las nubes se acercaban más y más.

El príncipe pasó á la plataforma posterior y aspiró con delicia la frescura húmeda del aire y el acre olor que exhalaba la tierra reseca, anhelante de lluvia. Ante sus ojos pasaban como en una visión de sueño, campos y prados, viñas y bosques y plantíos. Y los colores de aquellas tierras, al contacto de la lluvia benéfica, se hacían más brillantes, más relucientes, más vivos.

Neklindoff miraba el paisaje, extasiado ante los campos, las huertas y los jardines, que parecían renacer á nueva vida, bajo la acción de aquella agua vivificante.

—¡Más, más lluvia —exclamaba.

Pero el chubasco duró poco. La nube se había disipado casi por completo, y ahora caían sobre la tierra las últimas gotas, perpendiculares, diminutas. El sol reapareció esplendoroso, y en el horizonte fulguró el arco iris, bajo, donde el color violeta dominaba.

El tren había entrado en una hondonada del terreno y corría entre dos taludes de suave pendiente, cubiertos de matas de distintas hierbas. Neklindoff volvió á sus pensamientos anteriores.

—Quizá,—pensó,—el alcaide, los oficiales y los carceleros eran buena gente antes de tener tales empleos; pero las exigencias del servicio les han convertido en seres despiadados.

Pensó en la indiferencia conque hablaba Maslennikoff, de lo que sucede en las cárceles, en la aspereza conque el oficial de la escolta negaba permiso para subir á los carros, y permanecía impasible ante los sufrimientos de una parturienta.

Toda aquella gente era tan inaccesible á la piedad, como lo es al agua la tierra recubierta de guijarros. Quizá aquellos guijarros eran necesarios; pero aquella tierra despojada de vegetación, y que hubiese podido producir grano, hierba, arbustos y árboles, como los que coronaban las colinas, le inspiraba profunda tristeza.

—Ocurre entre los hombres lo que con la tierra: quizá esos gobernadores y funcionarios y oficiales son necesarios; pero es horrible ver que unos á otros no se aman ni compadecen los hombres. Estos admiten como ley algo que no lo es, y desprecian y desconocen la ley suprema, eterna, indiscutible, que Dios ha grabado en el corazón de todos los hombres. Quizá esta es la causa del malestar que siento entre ellos; me dan miedo; son terribles, mucho más terribles que los mismos asesinos, porque estos al fin y al cabo pueden experimentar compasión, pero ellos son refractarios á la piedad, como estas rocas lo son á la vegetación. Pugacboff y Raim (dos grandes criminales), tienen fama de desalmados; ¿pero esos no son mil veces más desalmados? Creo que, planteado el problema psicológico: ¿cómo pueden hacer daño hombres de sentimientos religiosos y de buena índole, sin experimentar

remordimientos? la única solución es esta: basta hacerles gobernadores, alcaides, carceleros, oficiales; basta que crean que existe una condición, la de funcionario del Estado, para imaginar que les es lícito tratar á las personas como objetos, y para que estimen que la responsabilidad de sus actos no recae sobre un funcionario aislado, sino sobre la masa entera. Fuera de tal condición, no es posible que se cometan delitos como los que hoy he presenciado. Los hombres admiten que en algunos casos puede tratarse al prójimo sin amor; es falso; no existen tales casos. Sin amor se podrá podar los árboles, labrar piedras, batir el hierro; pero quien, tratando sin piedad á sus semejantes entiende obrar bien, se asemeja al que, tratando á las abejas sin la debida cautela, pretenda no sufrir daño ni causarlo á ellas... Y sería absurdo que fuese de otro modo, porque el amor entre todos los seres humanos constituye la base fundamental de la vida. Y aunque es verdad que no se puede obligar á amar, esto no basta para conferir la facultad de maltratar á nuestros semejantes.

—Sí eres incapaz de sentir amor hacia los hombres,— proseguía Neklindoff,—vive solo, ocúpate en tu sola persona, en los objetos de tu alrededor; pero no pretendas mezclarte con ellos, no anheles tratar con ellos. Podrás alimentarte sin perjudicar tu salud; pero tan sólo gozarás comiendo, á condición de que tengas hambre; asimismo podrás tratar con los hombres sin causarles daño; pero tan sólo sintiendo amor hacia ellos conseguirás serles útil. Si empiezas á dejarte guiar por el odio, por la indiferencia, por otros malos sentimientos en tus relaciones con los hombres, como traté yo ayer al marido de Natalia, no habrá fuerza que te detenga en la pendiente; no habrá limite en tu crueldad hacia el prójimo como he podido comprobarlo hoy; no habrá límite alguno de dolor para tí mismo... Esto es el bien; esta es la verdad.

Aquella frescura después del bochorno de la jornada, le producía una sensación agradable; pero mayor placer le causaba haber llegado á la solución del problema que, durante tanto tiempo le había preocupado.

XLI

El departamenta en el cual viajaba Neklindoff, estaba medio ocupado solamente. Había algunos criados, obreros que volvían de las fábricas, dependientes, un soldado y dos señoras: una joven, otra de mediana edad, con un brazalete reluciente. Toda esa gente estaba sentada con la tranquila satisfacción de quien ha conseguido encontrar sitio, y unos comían, otros fumaban, otros hablaban con los vecinos.

Tarase, alegre y satisfecho á juzgar por su aspecto, estaba sentado junto al pasillo, y en tanto que guardaba sitio para Neklindoff, discutía acaloradamente con un hombre que estaba de pie ante él, envuelto en la poddiovka, y que era un jardinero que iba á ocupar un empleo que se le habia conferido.

Al acercarse á su sitio, Neklindoff se paró un instante ante un hombre anciano, de imponente aspecto, que hablaba con una mujer que parecía una aldeana; un poco más allá estaba sentada una niña de unos siete años, con un sarafan (túnica) nuevo, sobre el que caían sus trenzas casi blancas. No alcanzaba á tocar el suelo con los pies, y se entretenía jugueteando con una porción de cachivaches.

Al advertir que Neklindoff la miraba, el anciano recogió los pliegues de su ropa, y en tono muy cortés, le dijo

—Sentaos, os lo ruego.

El príncipe se sentó dando las gracias, y la mujer prosiguió la relación de la visita hecha á su marido, que estaba en la ciudad:

—Le había ya visto en carnaval, y ahora Dios me ha permitido que le viera de nuevo. Veremos lo que Dios dispone para Navidad.

—Eso es bueno, — dijo el viejo dando una ojeada á Neklindoff,— eso es bueno. Es preciso ir á verlo de cuando en cuando, porque si no puede caer en los vicios de la ciudad.

—¡Bah! ¡Eso no lo temo! Mi marido no es como los demás; es como una muchacha: me envía hasta el último kopeck que gana... Y ha sido de ver lo contento que se ha puesto al presentarle la pequeña. No sabía como hacérmelo comprender.

La niña, que escuchaba con gran atención á su madre, volvió hacia el príncipe y el anciano sus ojazos tranquilos é inteligentes, como para atestiguar la verdad de las palabras maternas.

—¡Tanto mejor si es prudente! —exclamó el viejo. —¿Y de esto no está tocado?—señalando con la mirada una pareja, un matrimonio obrero probablemente, que estaba cercano.

El marido, con una botella de aguardiente en la boca, bebía ávidamente; la mujer parecía esperar su turno.

—No, no; mi marido ni bebe ni fuma,—replicó la aldeana, aprovechando la ocasión de hacer nuevo elogio de su esposo.—Os digo, abuelo, que hay pocos hombres como él.

—¡Ciertamente,—replicó el viejo, que miraba al bebedor.

Este había pasado la botella á su mujer, que se la acercó á la boca con sonrisa satisfecha. Pero el obrero al ver que le miraban el viejo y Neklindoff, pareció enfadarse.

—¿Qué miráis, señores? ¿Porqué bebemos? Cuando trabajamos nadie lo ve; cuando bebemos lo ven todos. Pues bien, sí; be trabajado, he bebido y ahora ofrezco de beber á mi consorte. ¿No os parece bien?

—Ciertamente,—dijo Neklindoff, sin saber qué contestar.

—Así, así es,—insistió el obrero.—Mi mujer es muy buena y yo la quiero mucho porque ella me cuida y me quiere. ¿Verdad, Mavra?

—Bien, muy bien; no quiero más,—replicó Mavra, de volviéndole la botella.—¿Qué tonterías estás diciendo?

—Si, sí,—afirmó el obrero.—Mi mujer es muy buena... pero á veces... empieza á gruñir como un carro sin sebo... ¿Verdad, Mavra?

La mujer levantó el brazo con un gesto de borracha:

—¡Cállate!

—Sí, si... es muy buena, muy buena... pero hay que atormentarla... Es capaz de hacer... lo que nadie creería... ¿Verdad?... Dispensad señores... he bebido un poco... y ahora... ¿qué debo hacer?

Diciendo esto se estiró sobre la banqueta y apoyó la cabeza sobre las rodillas de su mujer, que le miraba sonriendo.

Neklindoff permaneció aún un rato junto al anciano, que le contaba pormenores de su vida y de sus hijos, que había llevado á la ciudad, y después fué hacia el sito que le guardaba Tarass.

—Sentios, señor,—dijo el jardinero que estaba en frente de Tarass; —el saco se puede apartar.

—Estrechos pero amigos,—dijo Tarass, y levantando con sus nervudos brazos el saco que pesaba medio quintal por lo menos, lo echó hacia la ventanilla.—¡Hay mucho sitio!... En todo caso se puede estar en pié, ó tenderse debajo de los bancos. ¿Qué se puede desear más?

Tarass tenía la costumbre de decir de sí mismo que cuando no había bebido, no sabia decir una palabra, y que tan sólo en el vino se hallan las buenas palabras. Y efectivamente, cuando no había bebido hablaba muy poco; pero en el caso contrario—como ahora—tenia unas ganas de charlar inagotables. Entonces en sus palabras se revelaba bueno, sencillo, sincero y no desmentían sino que confirmábanlas, su sonrisa afable y la mirada de sus ojos azules.

Al llegar Neklindoff, contaba la historia de su mujer con gran copia de detalles. Durante un momento se interrumpió; pero luego volvió á su relación, y como Neklindoff no sabía todos aquellos detalles, escuchaba con gran atención.

—Estoy explicando como ocurrió la desgracia,—dijo volviéndose hacia Neklindoff, con acento de cariñosa amistad.—He encontrado un hombre de corazón y se lo explico.

—Bien, bien,—dijo Neklindoff.

—Así se descubrió la cosa, querido. Mi madre tomó la pasta y dijo: —Ahora voy al uriadnik.—Pero mi padre que es un hombre muy bueno, trató de disuadirla diciendo que Fedossia era una muchacha; pero mi madre no quiso escucharle y dijo: Si la tenemos en casa, un día nos mata á todos como si fuéramos cucaracha?.—Y se fué á ver al uriadnik, que vino en seguida.

—Y tú, ¿qué hacías?—preguntó el jardinero.

—¿Yo? Estaba en la cama, gritando como un condenado porque me ardía el vientre, y no podía decir ni una palabra. Entonces mi padre pueo en el carro á Fedossia y la llevó primero al stanwoi, y luego al juez instructor. Confesó todo; cómo se había procurado el arsénico, como lo había mezclarlo con la harina, y al preguntarle el juez que porque lo había hecho, contestó que yo le era odioso y que prefería ir á Siberia que vivir conmigo.

—Así, pues, la pusieron en la cárcel y mi padre volvió solo á casa. Pero luego vino el tiempo del trabajo del campo, y en casa no había más que una mujer, débil y vieja. Entonces pensamos pedir que se pusiera á Fedossia en libertad provisional. Mi padre fué á ver á uno, pero no obtuvo nada; vió á otro tampoco. Al cabo topé yo con uno que me dijo: —Por cinco rublos te lo arreglo.—Quedamos convenidos en tres. Le di el dinero y todo fué al pelo. Como estaba ya curado, fui yo mismo á buscarla. Llego á la ciudad, dejo la yegua en una hostería y voy á la cárcel con mi carta en la mano.

—¿Qué quieres?—me pregunta uno.

—Vengo porque aquí está presa mi mujer,—contestó.

—¿Tienes los papeles?

—Yo se los enseño, él me mira con gran cuidado y me dice:

—¡Espera!

Y se marcha. Yo me siento y espera que esperarás. Al fin salió un jefe:

—¿Eres tú, Verguschoff?

—Sí, yo soy.

—Entonces, tómala.

Y han abierto la puerta de la cárcel, y la han sacado vestida con su traje.

—Vámonos, dijo yo.

—¡Cómo! ¿has venido á pié?—pregunta ella.

—No, tengo un caballo. Fuimos á la posada; pago la cuenta, engancho el animal, tomo el heno necesario, ella se sienta y no habla, y yo tampoco digo nada y nos marchamos.

Al estar cerca de casa, me pregunta:

—¿La madre vive?

Yo contesto:

—¡Vive!

—¿Y el padre vive?

—¡Vive!

—Perdóname mi locura, Tarase,—dice después,—¡había perdido la cabeza!

Yo replico:

—¡Qué perdón ni qué ocho cuartos! Todo eso pasó y no vale la pena de hablar de ello.

Así llegamos á casa. Al entrar se echa á los piés de mi madre que le dice:

—¡Dios te perdonará!

Y el abuelo añade:

—No hablemos de lo pasado, sino del porvenir. Todo va bien, muchacha; el trigo crece que es una bendición; hay que trabajar para recogerlo.

Y al día siguiente se puso á trabajar con tanto ardor que todos nos asombramos. No paraba un momento á mi lado, haciendo cuanto yo hacia. Ataba las gavillas ó empuñaba la hoz y trabajaba de tal modo que debía contenerla. Por la noche, al llegar á casa, antes de cenar aún arreglaba cuanto podía.

—¿De modo que después fué muy buena?—preguntó el jardinero.

—¡Mejor que ninguna! Me quería tanto que éramos un alma en dos cuerpos. Mi madre decía á veces.—¡Parece que nos hayan cambiado á nuestra Fedossia; es ya otra mujer!

Úna vez estábamos en el campo, y yo le pregunto:

—¿Por qué se te metió aquello en la cabeza?

Y ella me responde:

—No quería vivir contigo y he pensado: vale más la prisión ó la muerte que vivir con él.

¿Y ahora? pregunté:

—Ahora te llevo en el corazón.

Tarass se interrumpió un momento, inclinó la cabeza y prosiguió con acento de asombro:

—Habíamos casi terminado los trabajos del campo, y sólo faltaba cortar y macerar el cáñamo... Llego á casa y hallo una orden del tribunal... ¡Y decir que ya nadie se acordaba de aquello!...

—Habrá sido el diablo quien lo ha hecho,—quiso explicar el jardinero.—Sólo él puede tener interés en perder un alma... También he conocido yo á un hombre...

Una parada del tren le cortó la palabra.

—Estamos en una estación,—dijo.—Vamos á beber.

La conversación cesó y detrás del jardinero también bajó Neklindoff, y pisó el suelo mojado de la estación.

XLII

Aún antes de bajar de su compartimento, Neklindoff había visto tres ó cuatro coches elegantes con caballos de lujo que hacía sonar los cascabeles de sus colleras. Luego, ante un vagón de primera clase, vió á un grupo de personas entre las cuales le llamaron la atención una señora alta y gorda, con un sombrero muy vistoso, y un joven alto y delgado con traje de ciclista, seguido de un perro con un collar muy rico y reluciente. Detrás del grupo había muchos criados y un cochero que casi desaparecía bajo un montón de abrigos de todas formas y colores.

En torno de ellos se había formado el acostumbrado círculo de curiosos y admiradores serviles de la riqueza; el jefe de la estación, un guardabosque, una señora alta y chupada con un collar de perlas falsas, que no perdía ninguna llegada de tren, un telegrafista y varios viajeros.

Neklindoff no tardó en reconocer á los Korchaghin; aquella señora alta y gorda era la que les ofrecía hospitalidad. Entre tanto el jefe de la estación habla abierto la portezuela y por ella salieron los otros Korchaghin. Las dos hermanas se saludaron y cruzaron algunas palabras en francés á propósito de si era mejor servirse de un carruaje cerrado que de una calesa; luego todos se alejaron, seguidos de la camarera que llevaba las sombrillas.

Neklindoff que quería evitarse nuevos saludos, se paró un momento y luego siguió al viejo Korchaghin que hablaba con su cuñada. Oyó palabras sueltas de la conversación y una le impresionó. La dijo en francés el viejo Korchaghin.

—¡Oh! il est du vrai grand monde, du vrai grand monde!

En el momento en que desaparecían los cuñados á través de un grupo de cabezas que se inclinaban á su paso, llegaron á la estación una veintena de obreros, calzados con zuecos y llevando un hatillo de

ropa en la espalda. Con paso firme y resuelto se aproximaron al primer departamento que hallaron libre é iban á subir cuando un conductor les rechazó con malos modos. Sin extrañarse, sin vacilar un momento se dirigieron al departamento cercano. Habían ya empezado á subir cuando otro conductor les hizo volver atrás. Los obreros que ya habían subido se apresuraron á bajar, y siempre con el mismo paso firme y resuelto fueron hacia otro coche. Era el de Neklindoff; el conductor ya les decía que no cogían cuando intervino el príncipe y dijo que en el vagón había sitio y que podían subir. El mismo subió detrás de ellos.

Pero el hombre de mediana edad con la escarapela en el sombrero y los dos señores al advertir que los obreros iban á quedarse allí, protestaron y les intimaron que se fuesen: Confusos, aterrados, casi sintiéndose culpables, los operarios se apresuraban á salir tropezando por todas partes con los sacos pesados, dispuestos á ir hasta el último coche del tren ó hasta el fin del mundo si era preciso, hasta encontrar sitio.

— ¡Eh! ¿A dónde váis, torpes? ¿No véis que hay sitio?— les gritó un conductor saliéndoles al encuentro.

— Voila, encore des nouvelles,—exclamó de repente la más joven de las dos señoras, pensando que Neklindoff no podría por menos de fijarse en la fuerza de su acento al hablar en francés. La otra murmuró algunas palabras acerca del placer de estar en compañía de unos campesinos que huelen á estiércol y á tierra.

Los obreros, con la calma y alegría de las personas que han salido victoriosas de un peligro serio, se sentaron al cabo, echando al suelo los sacos que llevaban en hombros. Tres de ellos se sentaron enfrente y aliado de Tarass; pero cuando Neklindoff se acercó su aspecto señoril les produjo tal confusión que instintivamente se levantaron para marcharse. El príncipe se opuso y quedó de pié á su lado, apoyándose en el brazo de uno de los bancos.

Uno de los obreros, hombre de unos cincuenta años, cambió una mirada de asombro y de espanto con un joven que estaba sentado

enfrente de él. Que un caballero como Neklindoff, en vez de insultarles y echarles, como era de esperar, les tratase con amabilidad, y les cediera el sitio, era una cosa que les maravillaba, y les hacía pensar si aquello ocultaba alguna mala intención.

Pero cuando oyeron conversar á Neklindoff con Tarase, se tranquilizaron y haciendo sentar á un muchacho sobre unos sacos, se empeñaron en que el príncipe ocupara de nuevo su sitio.

Primeramente el obrero ya entrado en años estaba respetuosamente distante, alejando cuanto podía sus pies para no tocar á aquel caballero tan afable; luego poco á poco empezó á hablar con Neklindoff y Tarass con tal familiaridad que de cuando en cuando daba golpecitos amistosos en las rodillas del príncipe. Hablaba de sí, de su existencia, de su trabajo que les obligaba á estar á él y á sus compañeros, metidos en agua hasta las rodillas de sol á sol, para ganar unos diez rublos en dos meses.

—Es una vida pesada y dura para quien no tiene la costumbre; pero una vez acostumbrado, ¡paciencia!—decía.— La cuestión es que los alimentos sean sanos. Al principio eran malos; pero todos protestamos, nos los dieron mejores, y ahora nos parece más fácil el trabajo.

Prosiguió explicando que hacia ya veintiocho años que trabajaba lejos de su casa; que cuando volvía á ella llevaba todo lo que había ganado, que entregaba primero al padre, después á su hermano mayor y ahora al sobrino que cuidaba de la casa. Para él no se quedaba sino dos ó tres rublos; lo necesario para comprar tabaco y cerillas.

—Alguna vez, añadió con el tono del que se considera cogido en falta,—cuando estoy muy cansado, bebo un poco de aguardiente.

Contó después que sus mujeres cuidaban de la casa; que su capataz antes de partir les había regalado cinco litros de aguardiente para todos, que un compañero había muerto y que llevaban otro enfermo; y lo señaló á Neklindoff en un ángulo del vagón.

Era un joven con los labios violáceos, reducido á tal extremo por la fiebre.

—En todo el tiempo que he viajado, no he encontrado jamás un señor parecido,—dijo volviéndose hacia Tarass —no sólo no os echa, sino que os cede el sitio: se vé que hay señores de todas clases.

Neklindoff se acercó al enfermo; pero vió en su mirada tal gravedad que no quiso molestarle con preguntas: se limitó á aconsejar al anciano el uso de la quinina y escribió el nombre en un papel. También quería hacerle aceptar algunas monedas, pero el obrero no quiso, diciendo que ya tenía él, dinero, si era menester.

Neklindoff miraba entre tanto aquellos miembros secos y musculosos, aquellas caras bronceadas por el sol, aquellos vestidos groseros cosidos en casa y se sentía entre gente nueva, ocupada en intereses realmente serios, animada por la alegría y los dolores que acompañan una vida de verdadero trabajo.

—Si,—pensaba,—es un mundo distinto de aquel en que he vivido hasta ahora, un mundo nuevo, le vrai grand monde.

Y al volver á la memoria la frase oída al viejo Korchaghin, sintió una vez más profundo disgusto hacia aquella sociedad ociosa y frívola, con sus mezquinos intereses. Y experimentó la inmensa alegría del navegante cuando descubre en el horizonte una nueva tierra, ignorada, llena de promesas deliciosas.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

[\[12\]](#) Medida de peso, correspondiente á 16 y 112 kilos.

[\[13\]](#) Cabaña del aldeano ruso.

[\[14\]](#) Nombre de unos pescados pequeños.

[\[15\]](#) Este capítulo falta por completo en la traducción francesa.

[\[16\]](#) Imágenes correspondientes á nuestras vírgenes.

[\[17\]](#) Nombre de una secta.

[\[18\]](#) Sombrero de monja semejante á una mitra.

[\[19\]](#) A principios del 1880, en un sólo dia, murieron cinco penados de insolación, durante su transporte desde la cárcel de Bultirsky A la estación de Kisgegarodsky.

TERCERA PARTE

I

El convoy de penados de que formaba parte la Máslova había recorrido más de cinco mil verstas. Hasta Perm, el convoy habla viajado en ferrocarril y en vapor, y la Máslova había permanecido en compañía de los criminales de derecho común. Pero en Perm, Neklindoff pudo obtener que pasara á la sección de presos políticos. La idea de ese cambio fué sugerida por Vera Bogduchovska que formaba parte de la misma conducción.

El viaje hasta Perm había sido muy penoso para la Máslova, tanto física como moralmente. Físicamente había padecido de falta de aire, del hedor y de la persecución de repugnantes insectos que se encarnizaban contra ella; moralmente había sufrido quizá aun más por la persecución de los hombres, no menos repugnantes que aquellos insectos, y no menos encarnizados. A cada etapa había tenido que rechazar innobles proposiciones que no le dejaban un momento de reposo y cuyo recuerdo le repugnaba.

Entre presos y presas y los guardianes del convoy y aun los jefes, se habían establecido, como de costumbre, relaciones de un cinismo tan descarado que toda mujer, y particularmente toda mujer joven, debía estar alerta noche y día si no quería ponerse al diapasón de la corrupción general y aprovecharse de ella.

Nada tan fatigoso como ese estado de inquietud constante, sin contar con que la Máslova estaba mucho más expuesta todavía que sus compañeras, tanto á causa de los encantos exteriores de su persona, como por lo que sabían de su pasado. La negativa obstinada con que acogía esas proposiciones, era considerada como una afrenta; de modo que de día en día había visto aumentar la malevolencia contra ella. Su situación hubiera acabado por ser intolerable á no ser la compañía y la amistad de Fedossia y de Tarass que, sabiendo los continuos asaltos que sufría la virtud de su mujer, para protegerla mejor, se había hecho admitir entre los presos desde Nijni Novgorod.

La situación de la joven había mejorado mucho desde que fué admitida entre los presos políticos. No solamente éstos estaban mejor alojados y alimentados que sus compañeros de conducción, no sólo encontraba entre ellos la Máslova menos grosería y rudeza, sino que su admisión entre ellos la había libertado de toda agresión, y así pudo olvidar su pasado que antes de continuo le recordaban los otros presos con feroz ironía. No era esto todo. Su cambio de sección le había proporcionado otra ventaja preciosa; la de hacerle conocer personas que no tardaron en ejercer sobre ella decisiva influencia.

El favor solicitado en nombre de ella por Neklindoff consistía únicamente en habitar y dormir durante las etapas con los condenados políticos; de una á otra etapa continuaba andando á pie como los demás penados de derecho común. Con ella iban dos condenados políticos: María Paulovna Ketinin, la hermosa joven de ojos azules que Neklindoff había visto en el locutorio de la prisión, y Simonson, un hombre bajito y moreno, con grandes ojos muy hundidos.

María Paulovna caminaba á pie porque había cedido su sitio en el coche á una penada de derecho común que estaba en cinta, Simonson, porque consideraba injusto aprovechar un privilegio fundado en la distinción de las clases sociales. Los tres tenían que levantarse antes que los demás penados políticos para formar parte del cortejo de los criminales de derecho común. Así habían llegado á una etapa en que un nuevo oficial de policía tomó la dirección del convoy.

Aquella madrugada de Septiembre era húmeda y sombría. La nieve alternaba con la lluvia y á veces soplaba un viento helado. Todos los presos que debían marchar á pie, cuatrocientos hombres y unas cincuenta mujeres, llenaban el patio del cuartel. Unos se agolpaban al rededor del jefe de la conducción que les distribuía la paga del día; otros compraban provisiones á las mujeres que se habia permitido penetrar en el patio. El ruido de voces que había en éste era ensordecedor; los penados contaban su dinero, charlaban ó se peleaban entre ellos ó con las vendedoras.

La Máslova y María Paulovna,—ambas vestidas con capas cortas y calzadas con botas y un gran pañuelo en la cabeza,—salieron de la pieza en que habían dormido y se dirigieron hacia el sitio del patio en que estaban las vendedoras que tenían de manifiesto su mercancía; panes frescos, pescados, pasteles, trozos de vaca, huevos, leche: una de ellas ofrecía un lechoncito asado.

Simonson, con una blusa de caucho y calzando zuecos, —pues era vegetariano y no admitía que se pudiera utilizar la carne ni el cuero de los animales,—también estaba en el patio esperando la orden de

marcha. De pie, cerca de la puerta de salida, anotaba en su libro de memorias, una reflexión que se le había ocurrido.

Decía así:

«Si un microbio pudiera observar y estudiar una uña humana, deducirla que esta uña forma parte de un conjunto inorgánico. De la misma manera razonamos cuando después de estudiada la corteza exterior del globo, afirmamos que la tierra es un ser inorgánico.»

La Máslova metía en su saco los huevos, el arenque y el panecillo que acababa de comprar y María Paulovna acababa de pagar á la vendedora, cuando un movimiento súbito se produjo en el patio. Los soldados acababan de alinearse cerca del oficial y se iba á proceder á las formalidades que se cumplían cada mañana antes de la partida.

Siguiendo la costumbre cotidiana, los prisioneros se contaron; se examinó el estado de sus cadenas, se les puso esposas á los que debían ir de dos en dos. Pero de repente, rompiendo la monotonía habitual de aquellas formalidades, se oyó un grito de cólera lanzado por el oficial y el llanto de un niño. Reinó luego un profundo silencio en el patio; después un sordo murmullo corrió de un extremo al otro. La Máslova y María Paulovna corrieron á informarse de lo que pasaba.

II

Al aproximarse al grupo formado en el centro del patio vieron lo siguiente: el oficial, un hombre alto y robusto, con largos bigotes rubios se limpiaba el puño derecho, rojo de sangre y con la cara furiosa no cesaba de vomitar injurias contra un preso que de pie ante él se cubría con una mano su rostro magullado y sangriento, en

tanto que con la otra estrechaba contra su pecho una niñita envuelta en un chal que lloraba y gritaba con todas sus fuerzas. El preso tenía la mitad de la cabeza afeitada: era un hombre alto y delgado, vestido con una túnica demasiado corta y con un pantalón que le llegaba á media pierna.

—¡Yate enseñaré yo á razonar!—decía el oficial mezclando injurias á cada una de sus palabras.—¡Ea! ¡deja la niña en el suelo! ¡Y á tomar las esposas!

Aquel forzado habla obtenido tener las manos libres los días anteriores durante para poder llevar á su hijita, cuya madre murió del tifus en una de las etapas. Pero aquel día, el nuevo oficial, que estaba de mal humor, habla exigido que se le colocaran las esposas; protestó el penado y el oficial le soltó un puñetazo en el ojo.

Al otro lado del oficial habia un enorme forzado de barba negra que con una esposa en una de las manos, miraba con aire aburrido tan pronto al oficial como á su compañero.

El oficial, sin embargo, dió orden de llevarse á la niña y de poner las esposas al padre. De entre la multitud se escapaba un rumor cada vez más fuerte.

— ¡Desde Tomsk tenia las manos libres!—decía una voz aguardentosa en las últimas filas.—¡No se trata de un perro, sino de un niño!

—¡Esta niña se va á morir! —decía otra voz.—Eso no lo manda la ley.

—¿Qué? ¿Qué?—gritó el oficial, volviéndose como si le hubiera mordido una avispa.—Ya te enseñaré yo á hablar de la ley. ¿Quién ha hablado? ¿Eres tú? ¿O tú?

—Todos hemos hablado, porque...—dijo un prisionero que estaba en primera fila.

—¿Ah, eres tú?

Y el oficial empezó á pegar á diestro y siniestro.

—¡Ah! ¿os rebeláis? Os voy á enseñar lo que se hace cuando hay una revuelta. Os mataré como perros y los jefes me darán las gracias por haberlo hecho. Ea, que se lleven á esa niña.

La multitud calló. Uno de los soldados cogió á la niña, que gritaba sin tregua; otro puso las esposas al preso, que humildemente alargaba las manos.

—¡Que se dé esa niña á las mujeres! —dijo el oficial al soldado.

La niña, roja de cólera, braceaba furiosamente, tratando de sacar sus manos del chal que la envolvía. En aquel instante, María Paulovna atravesó la multitud y se acercó al oficial.

—Caballero,—dijo,—si me lo permitís, yo llevaré la niña.

—¿Quién eres tú?—preguntó el oficial.

—Soy de la sección de presos políticos.

El lindo rostro de María Paulovna con sus ojos azules y su pelo negro, causó impresión al oficial que se había fijado ya en la joven momentos antes. La miró un instante y luego bajó los ojos con aire embarazado.

—¡Llevala si queréis! Tenéis buen gusto vosotros de compadecer á esos miserables. Si se escapan, no seréis vosotros quienes tengáis que responder de ellos.

—¿Cómo queréis que se escape si lleva un niño en brazos?—exclamó María Paulovna.

—No tengo que discutir con vos. Tomad la niña si queréis, y andando.

—¿Puedo dar la niña?—preguntó el soldado.

—Sí, en seguida.

—¡Ven conmigo! — dijo María Paulovna á la niña, tratando de tomarla al soldado.

Pero la criaturita no quería ir sino con su padre y continuaba forcejeando y chillando.

—Esperad, María Paulovna. Me conoce á mí, y quizá consentirá en que la tome,—dijo la Máslova sacando un panecillo del saco.

La niña conocía á la Máslova, y desde que la vió cesó de gritar y fué de buen grado con ella.

Hubo un nuevo silencio. Las puertas del patio se abrieron, salió el convoy y los presos se pusieron en filas. La Máslova, que tenía la niña en brazos, cambió algunas palabras con Fedossia, que estaba algunas filas más adelante.

De repente Simonson, que asistiera sin decir una palabra á toda aquella escena, se adelantó con paso resuelto hacia el oficial, que ya estaba en su coche.

—¡Habéis obrado mal, caballero oficial!—le dijo.

—¡Id á vuestra fila! ¡Ese no es asunto que os incumba!

—¡Debo deciros lo que es; y os repito que habéis obrado mal!—replicó Simonson mirando fijamente al oficial bajo sus espesas cejas negras.

—¿Estamos? ¡De frente, marchen! —gritó el oficial, después de mirar á Simonson y de encogerse de hombros.

Arrancó el convoy y se puso en marcha á lo largo del camino fangoso, que tenía á ambos lados un foso lleno de agua.

III

Después de la vida corrompida y vergonzosa que la Máslova llevara durante ocho años, primero en compañía de prostitutas y luego de criminales, la vida actual junto á los presos políticos no podía dejar de serle agradable á pesar de lo penosas que eran las condiciones

en que se encontraba. Las veinte verstas que andaba á pie todos los días de marcha, los frecuentes reposos, pues la conducción tenía un día de descanso después de dos de marcha, la buena alimentación, la posibilidad de dormir en una buena cama, todo eso la daba fuerzas y la rejuvenecía, en tanto que por otra parte, la sociedad de sus nuevos compañeros la revelaba motivos de interés que antes no sospechara.

No solamente no habla conocido hasta entonces personas tan «extraordinarias»,—según su expresión,—como esos revolucionarios cuya vida compartía, sino que hasta ignoraba que hubiera en el mundo personas parecidas. De buenas á primeras encontró extraños los móviles de esas personas; pero bien pronto las había comprendido, y con su naturaleza de aldeana los admiró de todo corazón. Habían comprendido que esas personas tomaban el partido del pueblo contra la autoridad, y como sabía que algunas de ellas pertenecían á la clase gobernante, la idea de que habían sacrificado en favor del pueblo sus privilegios, su libertad y su vida, hacía crecer de punto su admiración.

Admiraba á todos sus nuevos compañeros; pero más que á los otros á María Paulovna; y no solamente la admiraba, sino que sentía por ella una verdadera pasión, mezcla de respeto y de entusiasmo. Le había asombrado desde el primer día ver cómo aquella hermosa joven rica, instruida, noble, hija de un general, vestía como una simple aldeana, distribuyendo á todos los demás el dinero y efectos que le enviaba su padre, ataviándose de modo que parecía querer ocultar cuanto pudiera su belleza natural.

Más tarde, aun cuando no había una sola de las cualidades de María Paulovna que do maravillara á la Máslova, ninguna la asombraba tanto como la ausencia completa de toda coquetería. No es que María Paulovna no supiera que era hermosa, y la Máslova creyó adivinar que la convicción de ser hermosa la causaba placer; pero lejos de regocijarle la impresión que su belleza producía en los hombres, la temía, experimentando una verdadera repulsión por todo lo que de lejos ó de cerca pudiera parecer amor.

Lo sabían sus compañeros y hasta los que se sentían atraídos hacia ella procuraban no dejarlo comprender. Entre todos los del partido había la costumbre de portarse con ella como si hubiera sido un hombre; pero fuera de su partido, muchas veces los hombres la habían perseguido con sus galanterías, y alguna que otra vez tuvo que valerse de la fuerza de sus puños para rechazarlos.

—Un día,—contaba riendo á la Máslova,—hé aquí que un caballero me pára en la calle, me coge por el brazo y de ninguna manera quería soltarme. Entonces le sacudí de tal manera, cogiéndole por los hombros, que tuvo miedo y escapó á todo correr.

Contó igualmente á la Máslova cómo se había hecho revolucionaria. Desde niña sentía ya poquísima inclinación hacia el modo de vivir de los ricos y por lo contrario le gustaba mucho la vida de la gente pobre. Siempre tenían que reñirla porque pasaba todo el día en la despensa, en la cocina, en el establo, en vez de estar en el salón. Sin saber por qué, me distraía con la cocinera y me aburría con las señoras. Cada día advertía más cuán estúpida era la vida que me querían hacer llevar. Mi madre había muerto cuando yo era muy niña y mi padre no se cuida, ba de mi. Cuando tuve diez y nueve años me escapé de mi casa con una amiga y entramos de obreras en una fábrica.» No había permanecido mucho tiempo en aquella fábrica; había ido al campo, luego había vuelto á la ciudad, se hizo propagandista con gran entusiasmo y acabó por ser detenida y condenada á trabajos forzados. María Pavlovna no añadía, pero la Máslova lo supo muy pronto, que su condena provenía de haberse declarado autora de un asesinato que en realidad no cometió.

Donde quiera que estuviese, en cualquier situación que se encontrara, María Paulovna no se cuidaba de si y sólo pensaba en los medios de ser útil á los demás. Uno de los revolucionarios que formaban parte de la conducción, Novodvoroff, decía de ella bromeando, que se había consagrado al «sport de la beneficencia». Era verdad. De la misma manera que la única preocupación del cazador consiste en levantar caza, de igual modo el único objeto de la vida de aquella joven era advertir una ocasión de servir á alguien.

Tal «sport» había llegado á ser una costumbre inveterada en ella. Lo practicaba tan sencillamente, que cuantos la conocían acabaron por no admirarse y por aprovecharlo como una cosa natural.

Cuando la Máslova se había unido al grupo de los presos políticos, María Paulovna había experimentado por ella cierto disgusto. La Máslova, que lo advirtió en seguida, notó también que la joven, haciendo un esfuerzo, tenía para con ella mayores deferencias que para los demás. Estas deferencias que le guardaba una criatura que le parecía superior al resto de los hombres, conmovieron tan profundamente á la Máslova, que se entregó por completo á la joven, adoptó ciegamente todas sus ideas, y sin saberlo, únicamente soñó en parecersele.

Aquella afección apasionada conmovió á María Paulovna, que sintió gran amistad por la Máslova. Les unía un sentimiento común: ambas experimentaban la misma aversión por el amor sexual. La única diferencia estribaba en que la Máslova sentía aquella aversión después de haber medido todo el horror de aquella pasión, en tanto que María Paulovna la experimentaba porque consideraba tal pasión como una cosa á la vez incomprensible y fea, un obstáculo para la realización del elevado ideal humano que se había formado.

VI

La profunda influencia ejercida por María Paulovna sobre la Máslova, provenía de que ésta amaba apasionadamente á aquélla.

Pero otra influencia se ejercía al propio tiempo sobre la joven; la de Simonson.

Y ésta provenía de que Simonson amaba de veras á la Máslova.

Todos los hombres viven y obran en parte según sus propias ideas, y en parte según las ideas de los demás. Una de las principales diferencias entre los hombres, consiste en la medida en que se inspiran en sus ideas ó en las ajenas.

Unos se limitan á servirse como por juego de sus propias ideas; emplean su razón como las ruedas de una máquina cuando se ha quitado la correa que las une á otras, es decir, sin provecho; pero en todos los casos graves, cuando verdaderamente tienen que resolver algo importante, se atienen á las ideas ajenas que bautizan con los nombres de «uso,» «tradición,» «conveniencias,» «ley.» Otros, en menor número, consideran su propia razón como principal guía de su conducta, y se esfuerzan en seguir los consejos que su razón les dá. A esta segunda categoría pertenecía Simonson. Nunca tomaba consejo sino de su propio pensamiento, y lo que habia decidido hacer, lo hacía.

Su razón le habia afirmado, cuando aún estaba en el colegio, que la fortuna que poseía su padre, rico magistrado era injustamente adquirida; y en seguida declaró á su padre que aquella fortuna debía ser restituida al pueblo.

Luego, como su padre en vez de escucharle le había reñido, abandonó la casa paterna y renunció para siempre á las ventajas de su condición. Había decidido en seguida, inspirándose siempre en su razón, que todos los males que se padecían en Rusia, tenían por causa única la ignorancia del pueblo; y en su consecuencia, apenas salido de la Universidad, se hizo nombrar maestro de escuela de una aldea, y allí explicó lo mismo á sus discípulos que á todos los aldeanos, cuanto creía que debían saber.

Le arrestaron y juzgaron.

En el momento de comparecer ante el tribunal, decidió que los jefes no tenían derecho ninguno á juzgarle, y así se lo dijo.

Como los jueces, sin admitir su tesis se empeñaban en juzgarle, tomó el partido de no contestarles; y en efecto, no dijo una palabra hasta que terminó el proceso. Declarado culpable, había sido

condenado á deportación en una pequeña ciudad del gobierno de Arkangelsk.

Allí se había fabricado una doctrina religiosa que desde entonces informó toda su conducta. Tal doctrina consistía en admitir que todo en el Universo era viviente, que la muerte no existía, que todos los objetos que nos parecen inanimados no son sino partes de un gran conjunto orgánico, y que por consecuencia el deber del hombre es mantener la vida de ese gran organismo en todas sus partes.

Deducía de ahí que era criminal atentar á la vida en cualquier forma; no admitía, pues, ni la guerra ni las prisiones, ni la muerte de los animales.

Tenía también una teoría propia acerca del matrimonio y de las relaciones sexuales. Consideraba éstas como inferiores, y decía que la preocupación de hacer hijos, (pues el amor se reducía á eso), sólo servía para desviarnos de un objeto más útil y digno de nuestros cuidados, cual es, el de socorrer los seres ya vivientes y hacer así más perfecta la vida del Universo. Los hombres superiores, á juicio suyo, evitando las relaciones sexuales, se asemejaban á esos glóbulos de la sangre, cuyo destino consiste en auxiliar las partes enfermas del organismo. Y después de haber adoptado tal teoría, conformó á ella todos sus actos, bien que hubiese obrado de un modo distinto durante su juventud.

El amor que experimentaba por la Máslova, parecía que debía ponerle en desacuerdo con sus principios; pero había decidido que aquello no era sino una contradicción aparente, pues se proponía no amar jamás á la Máslova, sino con amor fraternal y que tal amor, lejos de estorbarle para ser un bienhechor de la humanidad, le servía por lo contrario, de punto de apoyo.

No solamente se atenía á su propia razón para resolver todos los problemas teóricos, sino que lo mismo hacía en la práctica.

Acercas de todos los detalles de la vida, tenía teorías propias que seguía obstinadamente; acerca de las horas que se debía trabajar y descansar, sobre la manera de alimentarse, sobre el modo cómo

debía vestirse, acerca del mayor medio del alumbrado, como también de calefacción, etcétera.

Apesar de todo, Simonson era por naturaleza muy tímido.

Nunca trataba de exhibirse, de hacerse valer, de imponer sus opiniones á otros. Pero cuando había decidido que debía hacer algo, nadie en el mundo era capaz de impedirlo.

Tal era el hombre que de todo corazón se enamoró de la Máslova.

Esta con su perspicacia de mujer, adivinó en seguida la impresión que produjera: y la idea de que había inspirado amor á un hombre tan «extraordinario,» la realzó á sus propios ojos.

Cuando Neklindoff le ofreció casarse con ella, comprendió que era por grandeza de alma, por reparar su antigua falta; en tanto que Simonson la amaba tal como era actualmente y la amaba porque sí, porque la amaba.

Decíase que para amarla así, Simonson debía considerarla como una mujer distinta de las otras, teniendo cualidades morales de que las demás carecían. Lo que eran esas cualidades no acertaba á adivinarlo; pero á fin de justificar la alta opinión que debía tener de ella, se esforzaba en hacer nacer en ella los mejores sentimientos que era capaz de imaginar; de modo que bajo la influencia de Simonson, se esforzaba en ser tan perfecta como su naturaleza se lo permitía.

Pero aquello había empezado ya desde mucho tiempo atrás.

En el patio de la prisión, la Máslova se había fijado en la insistencia con que la miraban los cándidos ojos azules de aquel preso que llevaba una túoica de caucho, y desde entonces había comprendido que aquel hombre que la miraba de un modo tan raro, debía de ser un sér muy extraño.

Se había fijado también en el extraordinario contraste que formaba en el mismo rostro la austera severidad de la frente y de las cejas, con la dulzura infantil que se leía en los ojos.

Más tarde en Tomsk, cuando consiguió ingresar entre los condenados políticos, volvió á ver á su extraño adorador.

Y aún cuando no hubiesen cambiado hasta entonces ni una palabra, las miradas de uno y otro bastaron para unirles por medio de una amistad especial. Así es que aún cuando no hubiese habido entre ellos ningún coloquio íntimo, la Máslova comprendía que cuando Simonson hablaba en su presencia, sus palabras se dirigían directamente á ella, y que por ella era por lo que se esforzaba en hablar despacio y lo más claramente posible. Le escuchaba con alegría, y él no se cansaba de hablar para ella, sobre todo, durante las largas marchas que hacían á pie, detrás del convoy de los criminales.

V

En el largo trayecto de la conducción desde la salida de la cárcel de Perm, Neklindoff no había podido ver sino dos veces á la Máslova.

La había visto una vez en Nijni Novgorod, en un locutorio enrejado, y otra vez en Perm, también en un locutorio.

Las dos veces la había hallado silenciosa y fría. Cuando le había preguntado si necesitaba algo, le contestó con tono seco y embarazado, que le recordó la malevolencia con que le acogiera la primera vez en la prisión. Le había apenado mucho aquella disposición hostil, no sabiendo que provenía sobre todo de la irritación que producían en ella las instancias y persecuciones de los hombres. Temía que bajo la influencia de las condiciones inmorales en que se hallaba, recayera en su abatimiento y su odio hacia sí misma y hacia los otros.

Temía que de nuevo le odiara y se diera á la bebida y al tabaco.

Pero no podía hacer nada para ir en su auxilio, pues los jefes del convoy se habían opuesto á que la viera. Únicamente advirtió cuán infundados eran sus temores cuando consiguió hacerla ingresar en la sección de los presos políticos.

Desde la primera entrevista que tuvo con ella en Tomsk, la había hallado tal como era en sus últimas visitas de la cárcel.

Lejos de parecer despechada al verle, ó de tomar una actitud embarazada ó irónica, le acogía con sincera alegría, dándole gracias por cuanto había hecho y hacía por ella.

Neklindoff advirtió que el cambio que se habia operado en ella empezaba á reflejarse hasta en su apariencia exterior.

Al cabo de dos meses de marcha habia adelgazado, su piel se habia bronceado, las arrugas de las sienes y de la boca se habían acentuado, y ni en sus vestidos, ni en su peinado, ni en su actitud quedaba traza alguna de su antigua coquetería.

Este cambio le causaba á Neklindoff, un vivísimo placer.

Experimentaba ahora por la Máslova un sentimiento nuevo.

No tenía ese sentimiento ningún punto de contacto con su primer entusiasmo juvenil, ni con el grosero deseo sensual que se apoderó de él más tarde, ni con el sentimiento noble y egoísta á la vez, que sintió al ver á Katuscha, y cuando se resolvió á reparar su falta casándose con ella. El sentimiento de ahora era una mezcla de piedad y de ternura que habia experimentado ya varias veces en la prisión; pero con la diferencia de que entonces, únicamente lo sentía á intervalos, y ahora de una manera natural y constante.

Pensara lo que pensase, hiciera lo que hiciese, su corazón estaba siempre lleno de ternura y de piedad para la Máslova.

Ese sentimiento nuevo, como en otro tiempo su primer amor, abrió en el alma de Neklindoff los manantiales de piedad y ternura que la naturaleza puso en ella, y cuya salida estuvo cerrada durante largos años.

Desde que empezó su viaje siguiendo el convoy, Neklindoff se hallaba en un estado de exaltación sentimental, que le obligaba, á veces á su pesar, á interesarse por los pensamientos y emociones de cuantas personas veía, empezando por los cocheros y soldados del convoy y acabando por los alcaides y carceleros.

El cambio de sección de la Máslova, había ofrecido á Neklindoff, ocasión de trabar relaciones con gran número de esos penados, y especialmente con los cinco hombres y las cuatro mujeres que formaban parte de la misma cuadra de la Máslova.

En estas relaciones de Neklindoff con los condenados políticos, reformó aquel la opinión que formara de ellos, así como también del partido revolucionario ruso en genera).

Desde el principio del movimiento revolucionario en Rusia, Neklindoff había experimentado por los representantes de este movimiento, aversión y malevolencia. Detestaba, sobre todo, la crueldad y disimulo de los medios empleados en su lucha contra la autoridad, sus conspiraciones, sus atentados criminales; también le indignaban la vanidad, la insoportable vanidad que tenían la mayoría de los revolucionarios.

Pero cuando los conoció más de cerca, cuando supo de qué manera los trataba la autoridad, comprendió que todos aquellos hombres no podían ser distintos de lo que eran.

Por muy tremendas y absurdas que fueran las torturas infligidas á los que se ha convenido en llamar criminales de derecho común, esas torturas, antes y después de la vista del proceso, tenían por lo menos visos de legalidad; en tanto en que en la manera como se trataba á los detenidos políticos, hasta esa apariencia faltaba. Neklindoff lo había podido ver en Petersburgo en la aventura de la Kiustova; pero mejor lo veía ahora, escuchando las relaciones de los compañeros de Katuscha. Veía que la manera como se trataba á esos infelices, se parecía al modo como se pesca los peces en los estanques; después de echar la red se tira sobre lar arena todo el

pescado; se guardan los peces grandes sin inquietarse de la morralla que muere en la arena.

De igual manera se procedía en la pesca de los revolucionarios: se cogía á ojos ciegos, por centenares, aún cuando hubiese personas inocentes de un modo manifiesto; se las guardaba, á veces, durante años en las prisiones, hasta que enfermaban ó enloquecían ó se mataban. Se les mantenía presos porque no había motivos para soltarles, ó porque convenía tenerles á mano para evacuar alguna diligencia ó servir de testigos. La suerte de esas personas dependía del capricho, del humor de un jefe de policía, de un fiscal, de un juez de instrucción de un gobernador ó de sus ministros.

Si uno de esos funcionarios quería «demostrárselo,» detenía en masa á todos los jovenes sospechosos de ocuparse de política, y si prefería vivir tranquilo entonces no cogía ninguno.

De la misma manera, la arbitrariedad sólo, decidía en la conducta de gobernadores y ministros cuando se trataba del porvenir de esos detenidos; por un mismo delito se deportaba á unos al extremo del mundo, se encerraba á los otros en calabozos, se enviaba á algunos á trabajos forzados, eran otros condenados á muerte y varios quedaban libres, cuando alguna señora elegante se dignaba cuidar de su suerte.

Se obraba para con esos desgraciados, como se obra con los enemigos en tiempo de guerra; y ellos por su parte, empleaban en su lucha iguales procedimientos. Del mismo modo que en tiempo de lucha, oficiales y soldados cometen actos que en tiempo de paz se reputan criminales, de igual manera los revolucionarios en su lucha se consideraban como apoyados por la opinión de su círculo, en virtud de la cual, los actos de crueldad que cometían eran nobles y morales, ya que los cometían á costa de su libertad, de su vida, de todo lo que es caro á los demás hombres.

Así se explicaba para Neklindoff que muchas personas incapaces de soportar la vista del sufrimiento, pudieran apercibirse tranquilamente para la violencia y el asesinato y aprobar tales actos,

considerados como medios de defensa ó como instrumento útil para la realización de un ideal de dicha para la humanidad. En cuanto á la alta idea que tenían los revolucionarios de sí mismos y de su obra, provenía indudablemente de la importancia que sus enemigos le daban y de la crueldad con que la combatían.

Conociéndoles de cerca, Neklindoff se convenció de que no eran ni tenebrosos malhechores, como creían ciertas personas, ni perfectos héroes, como imaginaban otras, sino hombres ordinarios, entre quienes, había algunos buenos, otros malos y una mayoría de hombres mediocres. Algunos había entre ellos que se habían convertido en revolucionarios porque creían sinceramente que debían luchar contra el mal; otros había que lo eran por motivos egoístas, por ambición ó por vanidad; pero la mayoría de ellos eran revolucionarios obedeciendo á una sensación que Neklindoff comprendía perfectamente, y que experimentó cuando la guerra contra los turcos: aquella sensación que impulsa á los jóvenes á desear el peligro, á correr riesgos para romper la monotonía de su vida.

La principal diferencia que Neklindoff descubría entre los condenados políticos y los otros hombres, consistía en que la obligación moral, tal como la entendían aquellos presos, era más alta que no lo es para el común de los hombres

Para ellos, en efecto, el deber no implicaba solamente la resistencia á las fatigas y privaciones, la franqueza y el desinterés, sino también el sacrificio de todos los bienes y de la vida misma, en provecho de la obra común. De ahí prevenía que entre los revolucionarios, aquellos que eran naturalmente superiores á ese nivel medio, patentizaban esa inferioridad con relieve particular, por el contraste entre su inteligencia y el ideal moral que profesaban. Así es que Neklindoff sentía una viva afección por algunos de los deportados que iban con la Máslova, en tanto que por otros experimentaba una indiferencia mezclada de antipatía.

VI

De todos los condenados políticos que formaban parte del mismo pelotón que la Máslova, ninguno gustaba tanto á Neklindoff como un joven tísico llamado Kriltzov. Neklindoff le conoció en Ekatherinenburg, y muy amenudo desde entonces, habla hablado con él. Una vez, durante una parada del convoy, pasó casi todo el día con él, y Kriltzov le contó toda su historia.

Era esta, por otra parte, muy corta, por lo menos hasta el momento de su arresto. Perdió muy niño aún á su padre, rico propietario de las cercanías de Kiew y había sido educado por su madre, de la cual era hijo vínico. En el colegio y luego en la Universidad, hizo brillantes estudios; tuvo siempre el primer puesto en todas los concursos; y desde los veinte años pasaba por un matemático de gran altura. Sus profesores le aconsejaban que fuese al Extranjero, para ser luego profesor de Universidad. Pero Kriltzov vacilaba. Estaba enamorado de una joven, y pensaba casarse con ella y vivir en sus tierras. En tanto que se preguntaba lo que debía hacer, sus camaradas de Universidad le rogaron que diera dinero para la «obra común». No ignoraba que esta obra común era revolucionaria y maldito lo que le interesaba; pero no por eso dejó de dar el dinero, movido del compañerismo y también por altivez, á fin de que no se pudiera decir que había tenido miedo. El dinero fué recogido por la policía; se encontró un papel indicando que Kriltzov lo había dado, y éste fué detenido y pasó á la cárcel.

Contaba todo esto á Neklindoff, sentado en la cama, con una manta sobre las rodillas y fijando en el vacío, ante él, la mirada ardiente de sus grandes ojos negros.

—«En la prisión en que estaba, el régimen era poco severo. No solamente podíamos hacernos señales, sino encontrarnos en los corredores, charlar, compartir nuestras provisiones y tabaco, y por la noche cantar en corro. Yo tenia buena voz y me gustaba mucho

cantar en esos coros. Si no fuera por la pena de mi madre, me hubiese considerado dichoso. Conocí algunos hombres muy interesantes, especialmente al célebre Petroff, que más tarde se degolló con un trozo de cristal. Pero yo no era revolucionario ni me sentía dispuesto á serlo.

»Un día me trajeron á la prisión, y me dieron por vecinos á dos jóvenes que enviados á Siberia por haber distribuido proclamas polacas, trataron de huir durante el trayecto. Uno de ellos era un polaco, Lozinski; y el otro, Rosemberg, era de origen judío. Este era un niño aún, y por más que pretendiera tener diecisiete años, se veía bien claro que apenas tenia quince: pequeño, delgado, con ojos negros llenos de fuego, inquieto, charlatán y como todos los judíos, muy buen médico. Su voz, que no había cambiado aún, era preciosa y causaba placer oirla.

»Lus dos fueron juzgados algunos días después de su llegada á la cárcel. Los sacaron por la mañana, y por la noche al volver, nos dijeron que los habían condenado á muerte. Nadie esperaba tal cosa. Aunque trataron de resistirse cuando los alcanzaron, no habían herido á nadie. Además, parecía imposible que se pudiera condenar á un niño, como era Rosemberg. Creíamos, pues, todos los detenidos, que aquella condena sólo se pronunció para asustarlos y que no se ejecutaría. La emoción que nos había causado aquel acontecimiento, acabó, pues, por calmarle, y continuamos nuestra vida habitual.

»Una noche, el carcelero se acercó y me dijo con gran misterio que los obreros preparaban el cadalso. Al principio no comprendí ¿El cadalso? ¿Qué cadalso? El carcelero parecia tan conmovido que al mirarle lo comprendí todo. Hubiera querido hacer señales y prevenir á mis camaradas, pero temí que mis vecinos me oyeran, Quizá mis compañeros sabían algo, porque en corredores y celdas reinaba un silencio de muerte. Nadie tuvo la idea aquella noche de cantar ni de hablar.

» A las diez, el viejo carcelero me dijo que el verdugo iba á llegar de Moscou. Le llamaba para preguntarle más detalles, cuando oí que

Rosemberg me gritaba desde su celda:

—»¿Qué es eso, por qué le llamáis?

»Le contesté que quería tabaco; pero Rosenberg debió sospechar algo, porque me preguntó en seguida con voz agitada, por qué aquella noche no se había cantado ni se hablaba. No recuerdo lo que le contesté, pero sé que fingí dormir para cortar aquella conversación.

»No dormí en toda la noche, que fué para mi espantosa. Nunca olvidaré su horror. Permanecí inmóvil en la cama, acechando el menor ruido, temblando como si fueran á ajusticiarme á mí. A la madrugada oí abrir las puertas del corredor y numerosos pasos que se acercaban. Me levanté, me puse en la mirilla de la celda. El corredor estaba mal alumbrado. Vi pasar al director de la prisión. Era un hombro gordo, siempre contento de si mismo y que llevaba la cabeza alta; pero ese día estaba pálido, sombrío y caminaba con los ojos bajos. Detrás de él venía un oficial de policía seguido de los gendarmes. Esas cuatro personas pasaron por delante de mi celda y se detuvieron algo más allá. Oí que el oficial gritó con voz extraña: «¡Lozinski, levantóos! ¡Ponéos una camisa blanca!» Cuello un gran silencio; luego oigo una puerta que se abre y los pasos del polaco saliendo de su celda. Por la mirilla no podía ver sino al director. Permanecía allí pálido y deshecho, atusándose el bigote sin levantar la cabeza. De repente veo que retrocede como asustado. Era Lozinski, que acababa de pasar ante él para aproximarse á la puerta de mi celda. ¡Era un hermoso joven Lozinski! Tenía el tipo polaco: una frente ancha y recta, finos cabellos rubios escapándose de la gorra, y hermosos ojos azules como los de un niño. ¡Un muchacho lleno de vida y de salud, una verdadera flor humana! Se había parado delante de mi puerta, de manera que podía ver su rostro por entero. ¡Era un rostro que daba miedo, á la vez sonriente y sombrío! «¿Kritzov, tenéis un cigarrillo?» Quise darle el cigarrillo, pero el director con prisa febril sacó su petaca y se la presentó! Lozinski tomó un cigarrillo; el oficial le dió fuego y se puso á fumar con el rostro pensativo. De repente, levantando la cabeza, como si hubiera

acordado de algo: «¡Es injusto! Yo no he hecho nada malo. Yo...» Un estremecimiento sacudió su cuello blanco, del que no podía yo quitar mis ojos y se calló!

»En el mismo instante oigo á Rosemberg que gritaba con su voz estridente de judío. Lozinski tiró su cigarrillo y se apartó de la puerta. Entonces apareció Rosemberg ante ella. Su rostro de niño con sus pequeños ojos negros estaba colorado y sudoroso. También llevaba una camisa blanca. Su pantalón era demasiado largo, y no cesaba de subírselo con ambas manos á la cintura. Todo su cuerpo temblaba.

»Se asomó á la ventanilla y me dijo: «¿Anatolio Petrovitch, no es verdad que el médico me ha ordenado tisana? ¡Estoy enfermo. Quiero beber más tisana!» Nadie le contestó y él lanzaba miradas suplicantes tan pronto sobre mi como sobre el director. No he sabido nunca lo que quería decir hablando de la tisana.

»De nuevo levantó la voz el oficial con tono severo: «¡Ea, basta de bromas, adelante!» Pero Rosemberg evidentemente no estaba en estado de comprenderle. Primero se puso á correr por el corredor, luego se detuvo y oí sus súplicas entremezcladas con sollozos. Después, aquellos acentos se alejaron, se alejaron cada vez más; la puerta del corredor se cerró y no oí sino de vez en cuando los gritos desgarradores del pobrecillo Rosemberg.

»Los ahorcaron. Un carcelero que asistió á la escena me contó que Lozinski estuvo sereno, pero que Rosenberg había opuesto resistencia durante mucho rato, de manera que tuvieron que subirle á viva fuerza al cadalso y ponerle la cabeza dentro del nudo corredizo. Aquel carcelero era una especie de enano embrutecido por la bebida. «¡Mehabían dicho que era una cosa terrible, barine! Pues bien, no es así. Tan pronto como tuvieron el cuello dentro del nudo, hicieron por dos veces un movimiento de hombros. Entonces el verdugo apretó más el nudo y todo se acabó. ¡Os aseguro que no es terrible como dicen!»

Después de acabar aquel relato, Kritzov quedó silencioso. Neklindoff veía que sus manos temblaban y que se esforzaba por retener el llanto.

—¡Desde aquel día soy revolucionario!—repuso cuando se hubo calmado. Y contó en pocas palabras el fin de su historia.

Se había afiliado al partido de los populistas y era el jefe de un grupo que se había propuesto aterrorizar al Gobierno para que renunciara al poder y llamara al pueblo. En nombre de su grupo había ido á Petersburgo, viajado por el extranjero, vuelto á Kiev, después á Odessa y nunca fué inquietado. Un hombre en quien tenía toda su confianza le denunció. Le detuvieron, le encarcelaron durante dos años y fué condenado á muerte; pero le conmutaron la pena por la de trabajos forzados á perpetuidad. Y en la cárcel enfermó. Ahora en las condiciones en que estaba, le quedaban pocos meses de vida. Lo sabía y no le causaba pena alguna. Decía á Neklindoff que si le hubieran dado una segunda vida la empleara de igual manera, en derribar un estado de cosas que permitía tantas injusticias y crueldades.

Y la historia de aquel desdichado y su persona entera, acabaron de explicar á Neklindoff muchas cosas que hasta entonces no comprendía.

VII

La mañana en que ocurrió la riña entre el oficial y el penado en el patio del cuartel, Neklindoff, que dormía en la posada, se despertó más tarde que de costumbre; antes de marchar había tenido que escribir algunas cartas, de manera que marchó demasiado tarde para alcanzar al convoy en el camino. Cuando hubo llegado á la aldea en que hacía la etapa siguiente, anocheecía ya.

Neklindoff se hizo conducir á la posada de la aldea. Después de cambiarse de ropa blanca y de vestido, pues la niebla le había mojado hasta los huesos, se sentó en una gran sala, limpia y bien amueblada, en cuyas paredes había una porción de imágenes piadosas y de retratos de la familia imperial. Bebió, uno tras otro

muchos vasos de té, sufrió la charla de la hostelera y se preparó para salir á fin de alcanzar del oficial del convoy, permiso para hablar con la Máslova.

Durante los seis últimos días, aquel permiso le fué denegado. Pudo cambiar algunas palabras con la Máslova y sus compañeros en el camino, pero no se le permitió entrar donde estaban los presos. Aquella severidad provenía de que se esperaba la visita de un alto funcionario, de un inspector de cárceles; pero el inspector había llegado al cabo, ó mejor, había pasado sin dignarse detenerse. Neklindoff, esperaba, pues, que el oficial que habla tomado la dirección del convoy, le autorizaría como sus predecesores para ver los presos.

La hostelera ofreció á Neklindoff hacerle conducir en carruaje hasta la conducción, que estaba al otro extremo de la aldea; pero Neklindoff prefirió ir á pie. Un mozo de la fonda, ancho de hombros, calzando altas botas alquitranadas hacía poco, se encargó de acompañarle. La niebla era tan espesa que Neklindoff no veía á su guía, que iba á dos pasos de él: tan sólo oía el ruido de sus gruesas botas que se hundían en el barro viscoso y profundo. Al salir de la larga calle de la aldea, donde á veces se veían luces en las ventanas, la obscuridad fué más completa aun; pero pronto distinguió Neklindoff las luces de las linternas colocadas en la puerta de la prisión. Las dos manchas rojas crecían sin cesar, aparecieron más claras y al fin Neklindoff pudo distinguir la garita del centinela y la sombría figura de éste, de pie, junto á la puerta, arma al brazo.

El centinela lanzó en las tinieblas su reglamentario;— —«¿Quién vive?» y, al ver que los recién llegados no pertenecían al convoy, les gritó que allí no podía entrar ningún extraño, ni siquiera detenerse cerca del recinto. Pero el guía de Neklindoff, no se alarmó por aquella severidad.

—¡Eh, hombre! Pareces un ogro!—dijo.—Avisa á tu cabo y le esperamos aquí.

El soldado, volviéndose hacia la puerta, llamó á alguien y luego se puso otra vez de centinela, mirando como el mozo de la posada limpiaba con un puñado de hojas las botas de Neklindoff llenas de barro. A través de la pared se oía un rumor confuso de voces y de risas.

Después de tres minutos de espera, Neklindoff vió abrirse un ventanillo de la puerta, y del centro de las tinieblas surgió plenamente iluminado por el reflejo de las linternas, un viejo sargento vestido de uniforme, que preguntó lo que querían de él. Neklindoff le entregó su tarjeta de visita que tenía en la mano y le rogó que avisara al jefe del convoy, que deseaba hablarle, para un asunto personal.

El anciano sargento era menos severo que su subordinado; pero en cambio era muy curioso. Quiso saber por qué Neklindoff deseaba ver al oficial, de donde venía, y quién era: sin duda veía una propina en perspectiva. No se decidió á llevar la tarjeta hasta que Neklindoff le hubo prometido una recompensa si conseguía ser admitido por el oficial. Entonces inclinó la cabeza y entró á escape.

En tanto que Neklindoff y su guía esperaban ante la puerta, ésta se abrió para dar paso á un grupo de mujeres que llevaban cestas, sacos, jarras y botellas. Hablaban continuamente y muy aprisa con su sombrío acento siberiano. Todas llevaban unas capitas cortas que les daban la apariencia de mujeres de la ciudad antes que de aldeanas. Llevaban fichús en la cabeza y tenían las sayas arremangadas y muy altas, de modo que se les velan las piernas hasta las rodillas. A la luz de las linternas examinaron con curiosidad á Neklindoff y á su guía. Una de ellas, visiblemente encantada de encontrar allí al mozo de la posada, le llenó de injurias en seguida, á modo de broma, á la siberiana.

—¡Eh, tú, cochino, qué es lo que haces aquí, mala bestia!

—Acompaño á un extranjero,—contestó el joven.—¿Y tú, que has venido á traer?

—Queso blanco y me han dicho que volviera mañana.

—¿Y no te han hecho quedar á dormir?—preguntó maliciosamente el mozo.

—Vaya unas gracias, cabeza de gorrino,—replicó la mujer riendo.

—Ea, vuelve á la aldea con nosotras y nos harás compañía.

El mozo dijo algo que hizo reir, no sólo á todas las mujeres sino hasta al solemne centinela. Luego, volviéndose hacia Neklindoff:

—¿Sabréis encontrar el camino para volver?

—Sí, sil vete tranquilo.

— Cuando hayáis llegado á la iglesia, la tercera puerta á mano derecha, después de la gran casa de dos pisos. Tomad mi látigo.

Y entregó á Neklindoff su bastón largo y delgado que tenia en la mano; después desapareció en las tinieblas en compañía de las mujeres, chapoteando con sus enormes botas.

Neklindoff oía aún las risas y voces de las mujeres, cuando el viejo sargento, con una sonrisa halagadora, le anunció que el oficial consentía en recibirle.

VIII

El local en que entró el príncipe, apenas se diferenciaba de las demás etapas de parada diseminadas á lo largo del camino de Siberia. Constaba de tres construcciones en un sólo plano levantadas en un gran patio, ceñido por una alta pared; en una, la mayor, con las ventanas enrejadas estaban los prisioneros, en otra, el piquete de escolta, y en la tercera, el oficial y la secretaría. Tanto en unas como en otras, á través de los cristales resplandecían las luces como tácitas promesas de bienestar, de dulzura, de alegría, engañosas

como siempre, y mucho más en ese caso. Junto á la puerta de cada construcción un farol esparcía en torno una pálida luz, que iluminaba el cercado donde había otros cinco faroles.

El viejo sargento guió á Neklindoff hacia la menor de las construcciones; luego, después de subir tres escalones, se apartó para cederle el paso. El príncipe entró en una antesala diminuta, iluminada por un quinqué é impregnada de un olor asfixiante de carbón; en un ángulo, un soldado en mangas de camisa, con pantalones negros estaba atareado alrededor de un samovar. Al ver á Neklindoff le tomó el abrigo y se precipitó hacia el otro cuarto.

—Aquí está, señor.

— Hazlo pasar,—contestó una voz malhumorada.

El soldado se volvió hacia Neklindoff.

—Haced el favor de pasar, caballero,—dijo; y volvió al samovar.

El príncipe entró: una lámpara pendiente del techo iluminaba el cuarto; en el centro había una mesa aún servida con los restos de la comida y dos botellas casi vacías; junto á la mesa estaba sentado un oficial con unos enormes bigotes rubios, el rostro ya muy colorado, con una túnica austríaca ceñida que ponía en evidencia la amplitud del tórax y de los hombros: un olor desagradable se confundía con el del tabaco en la atmósfera pesada.

—¿En qué puedo servirlos?—preguntó el oficial al entrar Neklindoff, mirándole con una expresión en que se confundían la ironía y la sospecha; y sin esperar contestación, gritó volviéndose hacia la puerta:

— ¡Eh, Bernoff, traes ó no traes ese maldito samovar/

—¡En seguida!

—Espera un poco, que te lo voy á dar yo al momento, —gritó furiosamente el oficial centelleándole de ira los ojos.

—Aquí está,—repuso el soldado entrando con el samovar en la mano. Lo puso sobre la mesa. El oficial entretanto, seguía todos sus

movimientos con sus ojillos de expresión perversa, como si buscara el mejor sitio para aplicarle una soberana tunda; luego, después de colocar el samovar, puso en la mesa una fuente cuadrada llena de coñac y de bizcochos de Albert, y volviéndose hacia Neklindoff que estaba en pie delante de él, le preguntó de nuevo:

—¿En qué puedo servirlos?

—Quisiera hablar con una presa.

—¿Política?... El reglamento lo prohíbe.

—No, no se trata de una presa política,—añadió el príncipe.

—Tomad asiento,—indicó el oficial.

—No es una presa política,—siguió Neklindoff, sentándose;—pero gracias á mi intercesión, se le permite hacer el viaje en compañía de los presos políticos.

—¡Ahí iya sé, ya sé!—exclamó el oficial.—Una pequeña, morena... ¿Por qué no? Sí, podéis verla... ¿Fumáis?

Diciendo esto, el oficial alargó una cajetilla de cigarrillos; luego vertiendo con precaución dos tazas de té, ofreció una á Neklindoff.

—¡Tomad!

—¡Gracias! Os ruego, pues, que me dejéis ver...

—La noche es muy larga y tendréis tiempo para todo. Yo mismo haré que venga.

—No hay necesidad, yo mismo puedo ir á la cuadra...

—¿De los presos políticos?... El reglamento lo prohíbe.

—¿Por qué? Otras veces me lo han permitido. ¿Teméis quizá, que me preste á llevarles algo? Podría igualmente hacerlo por medio de esa mujer.

—En cuanto á eso, no lo creo, porque con hacerla registrar, estábamos al cabo de la calle,—exclamó el oficial con una mueca desdeñosa.,

—Pues bien, dad orden de que me registren á mí.

—No, no; no se trata de eso;—replicó el oficial; y luego ofreciendo la fuente cuadrada á Neklindoff:—¿Os gusta?... ¿No? Como queráis... Creed que cuando es preciso pasar la vida en esta Siberia, dá gusto encontrarse con un hombre instruido con quien se pueda hablar. Las exigencias del servicio lo quieren. Pero creed que es un servicio muy penoso, y cuando se está acostumbrado á otra cosa, la verdad, resulta pesado... Ya sé en qué concepto se nos tiene; un oficial encargado de la conducción de presos es siempre un hombre trivial, ignorante y brusco; nadie cree que ese mismo hombre es posible que haya nacido para un género de vida bien distinto.

En tanto que el oficial hablaba, el príncipe no apartaba los ojos de él. Aquella cara colorada, sombría, aquella sortija del dedo, aquel olor desagradable y más que todo aquella sonrisa desdeñosa y malévola, le producían una impresión de náuseas. Pero Neklindoff en aquel momento, como en todo el resto del viaje, se encontraba en aquel estado de atención y gravedad que no le permitía despreciar á nadie, fuera quien fuese y le obligaba á confiarse francamente á todo el mundo, como el mismo decía. Escuchando al oficial, el príncipe comprendió en seguida su estado de ánimo y le contestó con seriedad:

—Yo creo que desempeñando tal cargo, podéis procuraros un consuelo dulcísimo: el de aliviar los dolores de tantos infelices puestos bajo vuestra tutela.

—¿De qué dolores? Buenos están todos esos; ¡son de una raza!...

—No me habléis de una raza especial,—replicó Neklindoff.—No se diferencian en nada de los otros hombres, y entre ellos hay quizás inócentes.

—Sin duda, los hay de toda especie; sin duda su suerte es digna de compasión. Hay algunos oficiales que cumplen las órdenes con todo rigor. Yo, por mi parte, siempre que tengo tiempo procuro mitigar sus sufrimientos. Prefiero sufrir yo. Hay algunos que en seguida se escudan con el reglamento; yo dejo pasar muchas

cosas... ¿Gustáis? —dijo luego tomando una nueva taza de té.—¿Y esa mujer que queréis ver?...

—Es una infeliz; la han acusado y condenado por un delito que ni siquiera pensó cometer.

El oficial movió la cabeza.

—Alguna vez ocurre eso... Recuerdo que en Kazan conocí á una joven... Se llamaba Emma... Era húngara de nacimiento y tenía dos ojos... dos ojos de persa.—El oficial no pudo contener una sonrisa de complacencia. ¡Y qué elegancia! ¡Qué modales!... Dijérase que era una condesa.

Pero Neklindoff interrumpiéndolo, volvió al argumento de antes.

—Decía, pues, que creo que podéis aliviar la suerte de esos desdichados, por lo menos, durante todo el tiempo que estén á vuestras órdenes. Y estoy seguro que haciéndolo así, experimentaréis una de las alegrías más inefables.

Neklindoff pronunciaba las palabras lentamente, marcando las sílabas, como cuando se habla á un extranjero. El oficial entre tanto miraba al príncipe impacientándose. Evidentemente deseaba que su interlocutor terminara de hablar, para continuar la historia de la bella húngara de ojos de persa, cuya imagen evocada por la memoria, se le presentaba á la fantasía con viveza extraordinaria y absorbía todo su pensamiento.

—Eso es,—dijo á la primera pausa de Neklindoff.— También á mí me causan piedad. Pero, volviendo á esa Emma de que quería hablaros, ¿á qué no sois capaz de adivinar lo qué hacía?...

—Me es indiferente,—contestó Neklindoff. Os lo digo tal como lo siento: también yo fui así en otra época; pero ahora no puedo tragar esas historietas de relaciones entre hombres y mujeres.

El oficial miró al príncipe con espanto.

—¿No queréis más té?

—No, gracias.

—Bernoff,—gritó entonces el oficial,—acompaña al señor á Vakuloff y dile que tiene permiso para entrar en la cuadra de los penados políticos, y puede estar allí hasta la hora de la lista.

IX

Neklindoff volvió al patio acompañado por el soldado. La llama rojiza de los faroles, apenas disipaba la niebla.

—Eh, Berncff, ¿dónde vas?—exclamó de repente otro soldado que estaba de centinela.

—A la cuadra número 5.

—Por este lado está cerrado; pasa por la otra puerta.

—¿Por qué han cerrado?

—Pregúntaselo, hijo. Ha cerrado el sargento y se ha ido al pueblo.

—Por aquí, entonces,—dijo Bernoff,—dirigiéndose hacia el sitio indicado.

Neklindoff le siguió. Aún cuando todavía estuviese en el patio, llegaba hasta sus oídos un murmullo de voces, un rumor de conversaciones, una agitación confusa de vidas humanas, parecidos al zumbido de las abejas en la colmena. Pero cuando se aproximó más y se abrió la puerta, el rumor fué más distinto, más fuerte, y llegó á transformarse en un coro de voces que gritaban, reían, blasfemaban y se llamaban unas á otras. Al mismo tiempo llegó de la cuadra un rumor sombrío de cadenas y un tufo insoportable que Neklindoff conocía muy bien. La impresión de aquellas voces humanas, mezclada al tétrico resonar de las cadenas, llegaba al ánimo del príncipe, al mismo tiempo que aquel horrible tufo, produciendo una sensación única y dolorosa, una repugnancia moral

que acrecía la repugnancia física, haciendo que una diera más fuerza á la otra.

Neklindoff entró en la primera sala, una especie de recibidor de aquella construcción destinada á los presos, en cuyo centro campeaba un enorme zambullo fétido y negro, sobre el cual estaba una mujer con las sayas arremangadas y hablando con una gran tranquilidad con un hombre que había de pie ante ella, un preso con la cabeza afeitada y la cadena al pie. El forzado, viendo á Neklindoff, guiñó un ojo y dijo:

—¡El mismo Czar tiene que hacer esto por necesidad!

La mujer se levantó y arregló tranquilamente las sayas, De allí arrancaba un corredor en el que estaban las puertas de los distintos dormitorios, el primero para las familias, el segundo para los hombres solos, el tercero, angosto y situado en la extremidad del corredor, para los condenados políticos. Aquel local, construido para ciento cincuenta personas, contenía ahora más de cuatrocientas, y resultaba tan pequeño, tan insuficiente, que una multitud de prisioneros que no podían hallar sitio en las cuadras, se amontonaban en el corredor, unos sentados, otros tendidos, otros andando rápidamente, con las tazas de hojadelata vacías ó llenas de agua hirviendo para el té. Entre estos últimos estaba Tarass, que al ver al príncipe, se le acercó y le saludó cordialmente. Neklindoff vió que la nariz y un ojo del aldeano estaban manchados de sangre.

—¿Qué has hecho?—preguntó Neklindoff.

—Una perrería,—contestó Tarass sonriendo.

—Siempre se pelean entre ellos,—intervino el soldado con acento despreciativo.

—Ha sido cuestión de faldas,—añadió un preso que les seguía,—se ha enzarzado con Fedka.

—¿Y Fedossia?

—Bien, bien, gracias. Ahora le llevo el agua para el té,

— contestó Tarase entrando en la cuadra destinada á las familias.

Neklindoff echó una mirada á través de la puerta abierta. Mujeres y hombres se amontonaban en los rincones, encima y debajo de las camas; el aire estaba impregnado de un vapor húmedo. y blanquecino que se escapaba de los trajes mojados, los cuales con el calor se iban secando, y una gritería incesante y estridente de voces femeniles atronaba los oídos.

Más apretados aun estaban los hombres en el sitio que tenían destinado. Los presos, con los trajes mojados rodeaban á un anciano que les repartía algo. Bernoff explicó al príncipe que lo que se distribuían eran los dineros ganados y perdidos jugando, tomados á préstamo contra ciertos recibos hechos con las mismas cartas de la baraja. Los prisioneros de las últimas filas, al advertir que se aproximaban el soldado y el príncipe, callaron examinándolos con hostiles miradas. Cerca de los que rodeaban al más anciano, Neklindoff reconoció á Federoff que habla pasado un brazo alrededor del cuello de un penado rubio imberbe y como hinchado, un sér vicioso y repugnante, en compañía del cual se le veía siempre, y á otro malhechor á quien ya conocía, hombre de horrible aspecto, sin nariz y tristemente famoso, porque huyendo á través de las Landas, había asesinado á su compañero para comer su carne. De pie en el centro del corredor, con la chaqueta calada de humedad, echado negligentemente sobre loa hombros, miraba al príncipe con una mirada impudente y burlona, sin apartarse para abrirle paso; asi es que el príncipe tuvo que hacerse á un lado.

Aquel cuadro lastimoso que tenía ante los ojos, no era nuevo para Neklindoff. Durante los tres meses últimos habia tenido tiempo para ver aquellos centenares de delincuentes bajo sus diversos aspectos, ya durante las jornadas sofocantes de marcha, cuando arrastrando pesadamente los grilletes andaban entre nubes de polvo, ya en las jornadas de reposo en los puntos de parada, ó en los patios bajo el bochorno insoportable del verano, donde ocurrían escenas horribles. Pero, sin embargo, cada vez que se encontraba entre ellos experimentaba una sensación de vergüenza, pues ante aquellos

hombres tenía conciencia de su propia culpabilidad. Lo que más le apenaba, lo que era más doloroso para él, es que á la vergüenza y á la conciencia de su culpa, se añadía una sensación invencible de terror y de repugnancia. Bien sabía que dado el ambiente en que se desarrolló la vida de aquellas personas, era materialmente imposible que dieran mejores frutos, pero de todos modos, no podía sofocar ni aquella repugnancia ni aquel terror.

Cuando Neklindoff llegó al dormitorio de los condenados políticos, una exclamación de burla, proferida por una voz ronca y acompañada de una espantosa blasfemia, hirió su oído:—¡Bien se la pasan esos holgazanes!

Y siguiendo á esas palabras, sonó una carcajada hostil é irónica.

X

Ante la puerta del dormitorio reservado á los presos políticos, el guardia que había acompañado á Neklindoff le dijo que iría á buscarle después de la lista. Apenas se había alejado, cuando Neklindoff vió que se le acercaba tan

aprisa como se lo permitía el grillete que llevaba al pie, un forzado que, inclinándose á su oído, le dijo con aire misterioso:

—¡Es preciso que intervengáis, barine! El pobrecillo ha caído en la ratonera porque le han emborrachado, y hoy ha respondido ya en vez de Karmanoff. Únicamente vos podéis salvarle; si nosotros nos mezclábamos en ello nos matarían!

Después de haber murmurado rápidamente estas palabras, lanzando alrededor de él miradas asustadas, el presidiario se alejó perdiéndose entre la multitud que llenaba el corredor.

Neklindoff conocía ya la historia. Un preso llamado Karmanoff había decidido á otro, condenado á destierro y que se le parecía mucho, á cambiar de nombre con él, de manera que el forzado no sufrirla sino la pena del destierro y en cambio el desterrado iría á presidio por toda su vida. La semana anterior el mismo preso había prevenido á Neklindoff de que se preparaba una sustitución, rogándole que interviniera si podía, para evitar un crimen tan monstruoso. El que esto rogaba al príncipe, se llamaba Macario Dievkin, y aquél, le habla visto ya en Katerimburg, donde le rogó que le alcanzara permiso para llevar á su mujer consigo. De mediana estatura, de aspecto vulgar, tenía unos treinta años y estaba condenado á presidio por tentativa de robo y homicidio; el crimen lo habla realizado alguien que solamente designaba con el nombre de El, y que evidentemente debía ser el diablo en persona.

Un dia, un extranjero fué á casa del padre de Macario, y le alquiló por dos rublos un trineo para ir á su pueblo, situado á cuarenta verstas de allí. El padre encargó á su hijo de guiar el trineo, y Macario enganchó el caballo, cambió de traje y llegó junto al forastero en el momento en que explicaba que iba á casarse y que llevaba consigo en una cartera, quinientos rublos ganados en Moscou. En

cuanto oyó esto, Macario fué al patio, tomó una hacha, y la ocultó entre la paja en el fondo del trineo.

—Tan fijo como hay Dios,—decía,—no sé por qué tomé el arma. Es El quien me ha dicho: [Toma el hachal Y yo la tomé. Marchamos, hicimos la mayor parte del camino. No me acordaba siquiera del hacha. Nos acercamos al pueblo; nos faltan seis verstas. En el camino hay una cuesta que atraviesa un gran bosque. Yo bajo para no fatigar el caballo: y entonces El murmura de nuevo al oído: «¿Qué haces? ¿En qué piensas? En lo alto de la cuesta y una vez atravesado el bosque habrá gente; allí empieza el pueblo. Ea, no hay tiempo que perder. ¡Ha llegado el instante!».» Me inclino hacia el trineo como para arreglar la paja y el hacha viene á colocarse por si misma en mi mano.

Entonces el viajero se vuelve y me dice:

—¿Qué haces?

Yo levanto el arma; pero el hombre, que es uu mozo fuerte, salta al suelo y me oprime la muñeca.

—¡Miserable!—me dice,—¿qué es lo que haces?

Me tira sobre la nieve y yo no resisto siquiera. Me ata las manos con su pañuelo, me pone en el trineo y me lleva directamente ante el Starosta. Me aprisionan, me juzgan y me condenan. Todos mis convecinos me libran un certificado diciendo que soy un buen hombre y que jamás he delinquido. El amo á quien yo servía, habla también en mi favor. Pero no puedo tomar un abogado y me condenaron á cuatro años de trabajos forzados.

Tal era el hombre que para salvar á uno de sus compañeros, á pesar de saber que corría peligro su vida, no vacilaba en revelar al príncipe un secreto terrible, pues sabía que los presos si sabían su indiscreción, le matarían irremisiblemente.

XI

El dormitorio de los presos políticos estaba compuesto de dos salitas separadas del resto del corredor por una antecámara que tenia dos puertas.

Al entrar Neklindoff, vió á Simonson que de cuclillas ante la chimenea, estaba encendiendo fuego por medio de un método de su exclusiva invención. Al ver á Neklindoff no cambió de posición, pero mirándole bajo sus espesas cejas, le tendió la mano.

—Habéis hecho bien en venir; tengo que hablaros,— dijo con tono solemne y espresivo, mirándole fijamente.

—¿De qué?

—Luego os lo diré. Ahora estoy ocupado.—Y continuó soplando junto á la chimenea.

El príncipe iba ya á entrar en uno de los cuartos cuando salió del otro la Máslova. Tenía las sayas arremangadas y llevaba un corpiño blanco y un pañuelo blanco también, que bajaba hasta los ojos y le protegía el pelo contra el polvo. Con la espalda inclinada, barría el suelo con una escoba vieja y de mango corto. Al ver á Neklindoff se enderezó, dejó la escoba, se limpió las manos en las sayas y se adelantó hacia el príncipe con aire muy contento.

—Veo que estáis limpiando la casa,—dijo Neklindoff tendiéndole la mano.

—Sí; he vuelto á mis antiguas ocupaciones,—contestó la joven sonriendo.—Esto está hecho una verdadera porquería. No hay cristiano que lo limpie.

Diciendo esto se volvió hacia Simonson:

—¿Está seco ya el plaid?

—Casi seco,—contestó Simonson, lanzando á la Máslova una mirada que extrañó á Neklindoff.

—Dentro de un momento vendré á buscarlo y os traeré otras piezas que secar,—dijo la Máslova; y luego dirigiéndose á Neklindoff.

—Todos están reunidos ahí,—dijo designándole el primer cuarto.

Neklindoff abrió la puerta y entró.

Era aquel cuarto muy pequeño y estaba iluminado por una lámpara de hojadelata. Hacia allí frío, al revés de los otros cuartos; pero se respiraba una atmósfera cargada de tabaco, de polvo y de humedad. La lámpara iluminaba vivamente el centro de la pieza; pero dejaba casi en la obscuridad las camas colocadas junto á las paredes y apenas se veían las caras de los presos sentados en aquéllas.

Estaban reunidos allí todos los penados políticos del convoy, escepto Simonson y dos hombres que habían ido á comprar provisiones para la cena.

Allí estaba Vera Efremovna, más pálida y delgada que en la cárcel, con sus enormes ojos asustados y la vena hinchada de la frente. Llevaba una túnica gris y, sentada delante de un periódico desplegado, se ocupaba en hacer cigarrillos.

Estaba también otra presa política que Neklindoff conocía y á quien quería mucho, Emilia Rantceff. Era la que se cuidaba de los quehaceres domésticos, del rancho [\[20\]](#) y conseguía hacer que tuviera éste un encanto particular, lleno de dulzura é intimidación aun en aquellas circunstancias difíciles. Sentada bajo la lámpara, arremangados los brazos, lavaba y enjuhaba las tazas y platillos del té. Joven aun, sin ser linda, su rostro inteligente y bondadoso, tenía el privilegio de transfigurarse completamente cuando sonreía, y de formar entonces una expresión alegre, sonriente y verdaderamente bella. Con una de esas cariñosas sonrisas acogió á Neklindoff.

—Creíamos que habíais vuelto á Rusia,—le dijo.

En un rincón, Neklindoff vió á María Paulovna que tenía sentada en sus rodillas una niña rubia que charloteaba continuamente con su vocecita infantil y cariñosa.

—¡Cuánto me alegro de que hayáis venido!—exclamó volviéndose hacia Neklindoff.—Tenemos una nueva compañera y señaló á la muchacha.

También estaba allí Anatolio Kriltzoff. Pálido y demacrado, estaba sentado sobre la cama, con las piernas dobladas bajo el cuerpo y las manos escondidas en las mangas del abrigo. Miraba á Neklindoff con sus grandes ojos hundidos de tísico, y aquél iba á saludarle cuando topó con un joven de pelo rojo y ensortijado que hablaba con una linda mujer que le sonreía. Neklindoff se apresuró á estrechar la mano de ese joven, no porque sintiera por él una afección especial, ya que por el contrario era el único entre los condenados políticos que le fuera profunda é invenciblemente antipático, sino porque

consideraba que era deber suyo saludarle y siempre lo hacía para quedar libre rápidamente de su presencia. El joven, llamado Novodvoroff le miró con sus ojillos que brillaban detrás de los cristales de sus lentes y le tendió la mano larga y seca.

—¡Y bien! ¿Os gusta el viaje?—preguntó con visible ironía.

—81 me interesa mucho,—contestó Neklindoff afectando no haber advertido la mala intención y se apresuró á saludar á Kriltzoff.

Parecía indiferente, pero la verdad es que las palabras de Novodvoroff y su evidente deseo de mortificade, habían destruido bruscamente la disposición optimista en que se hallaba desde hacia algún tiempo. Experimentaba una impresión de malestar y tristeza y casi se arrepentía de haber hecho aquella visita.

—¿Cómo vamos de salud?—preguntó á Kriltzoff, estrechando su mano helada y estremecida por la fiebre.

—Estoy bastante bien, gracias, pero estoy calado y no llevo á entrar en calor,—dijo éste apresurándose á ocultar la mano dentro de la manga.—Esto sin contar que en esta sala hace un frío de mil demonios. Hay dos vidrios rotos y entra el aire.

Y señalaba á Neklindoff la ventana enrejada.

—¿Por qué no habéis venido—añadió—durante todos estos días?

—No me han dejado entrar. Únicamente hoy el nuevo oficial se mostró más tratable.

María Paulovna, sin levantarse, contó al príncipe la escena que ocurriera por la mañana á causa de la niña.

—Creo que debemos formular una protexta colectiva,— exclamó can un acento incisivo Vera Efremovna, mirando á sus compañeros con sus ojos asustados.—Vladimiro Simonsón ha dicho ya á ese bruto lo que hacía al caso, pero me parece que no basta.

—¿Para qué protestar?—replicó Kriltzov con una mueca de aburrimiento.

Se veía que la falta de naturalidad de Vera Efremovna le irritaba y le producía un verdadero sufrimiento nervioso.

—¿Buscáis á Katia?—prosiguió volviéndose hacia Neklindoff.— Siempre está trabajando. Ha limpiado ya todo esto y ahora cepilla las capas de las mujeres. Lo que no puede hacer es quitar de una vez esas malditas pulgas que nos causan un verdadero martirio. Y Macha ¿qué hace allí, en el rincón?—preguntó, tratando de erguirse para mirar hacia el sitio en que estaba María Paulovna.

—Ahora está peinando á su hija,—dijo Emilia Rant zeff.

—¡Con tal que no reparta entre nosotros los piojos que le habrá quitado! -exclamó Kriltzoff.

— No, no; no tengáis miedo, yo hago siempre las cosas á conciencia,—dijo María Paulovna.—Ya está limpia; tomadla, Emilia; voy á ayudar á Katiq.

La Rantzeff tomó la niña, la sentó en su falda con solicitud maternal y le dió un terrón de azúcar.

María Paulovna salió, y casi en el mismo instante entraron los dos presos que habían ido á buscar provisiones.

XII

Uno de los penados que acababan de entrar, era un hombre joven todavía, pequeño y delgado, con una pelliza corta y altas botas. Andaba con paso ligero y rápido, llevando en cada mano una gran tetera llena de agua hirviente y bajo cada brazo un pan envuelto en una servilleta.

—¡Ah! ¡Hasta nuestro príncipe ha reaparecido!—dijo poniendo las teteras junto á las tazas preparadas por la Rantzeff.— ¡Hemos

comprado extraordinario!—prosiguió después de quitarse la pelliza y de lanzarla por sobre las cabezas al rincón en que estaba su cama.— Mattel os trae leche y huevos. ¡Es un verdadero festín! ¡Y Emilia nos servirá todo eso embelleciéndolo con su estética limpieza! —añadió con una sonrisa dirigida á la Rantzeff.

Todo en aquel hombre, sus movimientos, el sonido de su voz, su mirada, sus ademanes, expresaban una mezcla de valor y de alegría. Por lo contrario, su compañero tenía un aspecto sombrío y triste. También era un hombre de pequeña talla, pero huesudo y con un rostro gris, de prominentes mandíbulas. Usaba una vieja capa, acolchada y llevaba suecos sobre las botas. Cuando se hubo desembarazado de la cesta y de un tarro que tenía en la mano, saludó con frialdad á Neklindoff, fijando en él sus anchos ojos verdes.

Ambos penados políticos habían salido de la masa del pueblo. Uno, Nobatoff, era aldeano; otro, Markel, obrero de fábrica. Pero en tanto que Markel no fué revolucionario hasta los treinta y cinco años, Nabatoff lo era desde su infancia. En la escuela de su pueblo habia mostrado tal aplicación que le enviaron al Instituto y allí ganó siempre los primeros puestos también. Obtuvo la medalla de oro; pero en vez de ir á la Universidad, volvió á su pueblo, á fin de enseñar á sus paisanos lo que él había aprendido. Se hizo nombrar procurador y prestó á los aldeanos y les leyó toda clase de libros; organizó entre ellos una sociedad de socorros mútuos y al cabo de poco tiempo le detuvieron. Después de ocho meses de prisión le pusieron en libertad, pero la policía le vigilaba. Por su parte, apenas quedó en libertad, había empezado de nuevo su apostolado. Detenido otra vez y condenado á dos años de prisión, no renegó de sus convicciones.

Al salir por segunda vez de la cárcel fué deportado al gobierno de Perm. Allí estuvo siete meses, y por haberse negado á prestar juramento al nuevo emperador, fué nuevamente detenido y condenado á deportación en el gobierno de Yakontek, en el fondo de Siberia. Así es que había pasado la mitad de su vida en las

prisiones ó en el destierro; pero todo ello en vez de agriar so carácter le dió más empuje y energia.

Era un hombre de extremada resistencia, lleno de salud física y moral. En todas partes y en todas ocasiones se mostraba siempre activo, decidido y alegre. Nunca echaba de menos lo' pasado, jamás trataba de prever lo porvenir: todas las fuerzas de su inteligencia, de su habilidad y de su sentido práctico las aplicaba al momento presente. Cuando estaba en libertad, proseguía su propósito de siempre, es decir, la instrucción de los aldeanos. Cuando estaba en la cárcel se dedicaba por entero á mejorar, en la medida de lo posible las condiciones de vida; tanto para él como para los que le rodeaban.

Vivir para los otros era en él una necesidad natural. No teniendo vicio alguno, pudiendo privarse de comida y sueño casi á voluntad, en provecho de los otros, derrochaba su actividad de aldeano robusto. En todas ocasiones aparecía en él el aldeano: infatigable, diestro, ligero, honrado naturalmente, atento siempre á secundar las iniciativas y pensamientos ajenos.

Su anciana madre, aldeana ignorante y supesticiosa, vivía aún; y Nobatoff, cada vez que estaba en libertad iba á verla. La ayudaba en todos sus quehaceres domésticos, iba á la taberna con sus antiguos condiscípulos, les acompañaba al campo, fumaba charlando con ellos, se peleaba á puñetazos sin hacerse de rogar y entre pelea y pelea explicaba á sus camaradas las causas de su ignorancia y debilidad.

En tanto que soñaba de continuo en la revolución en provecho del pueblo, no admitía que esa revolución le transformara ni modificara mucho las condiciones de su vida; esperaba sencillamente que la revolución haría á los aldeanos dueños del suelo, desembarzándoles de propietarios y empleados. A juicio suyo—y en esto difería completamente de Novodvoroff,—la revolución no debía romper del todo con lo pasado, cambiar en absoluto costumbres y hábitos, sino repartir más equitativamente el venerable y venerado tesoro de las tradiciones nacionales.

Hasta en materia de religión demostraba su origen aldeano. No se cuidaba de problemas metafísicos, de primeros principios, de la vida futura. Repetía que Dios era para él como para Laplace una hipótesis de la que no veía la necesidad. Poco le importaba saber de qué manera había comenzado el universo; y el darwinismo, que la mayor parte de sus compañeros tomaban muy en serio, era para él una tontería tan grande como la creación del mundo en seis días.

En cuanto á la vida futura, tampoco pensaba en ella; pero en el fondo de su corazón tenía una creencia que heredó de sus padres, una creencia común á cuantos hombres viven en contacto con la naturaleza, creía que lo mismo que en el mundo animal y vegetal nada muere y todo se transforma, de igual modo tampoco parece el hombre! sólo cambiaba de vida. Creía esto, y de ahí que mirara siempre la muerte sin temor ni cólera. Pero no gustaba de reflexionar acerca de esta creencia y menos aún hablar de ella. Sólo le gustaba trabajar y siempre se ocupaba en cuestiones prácticas y se esforzaba en conseguir que sus compañeros hicieran como él.

Su compañero Markel, era muy distinto. Entró en el taller á los quince años, y desde entonces empezó á fumar y á beber para ahogar el sentimiento de humillación que despertaba en él. Aquel sentimiento nació una noche de Navidad en que la esposa del dueño del taller le invitara á una fiesta ofrecida á los hijos de sus obreros. Markel y sus camaradas obtuvieron regalos que consistían en un silbato, en una manzana, en una nuez dorada en tanto que los hijos del dueño se les dió juguetes maravillosos que costaban por lo menos cincuenta rublos cada uno.

Markel continuó durante veinte años la vida habitual del obrero. Tenía treinta y cinco cuando trabó conocimiento con una estudiante revolucionaria que se alquiló en la fábrica para hacer propaganda. Esa joven le prestó folletos y libros, discutió con él, le mostró claramente la posición que ocupaban él y sus compañeros en el mundo, las causas de ello y los medios de mejorar su suerte.

Cuando Markel vió la posibilidad de liberarse á sí mismo y de liberar á los otros de la cárcel opresora que padecían desde la niñez,

la injusticia de esa opresión le apareció más vivamente, y á su afán de sacudir el yugo se añadió un vehemente deseo de venganza contra los opresores.

Le aseguraron que la ciencia era la que debía obrar el milagro de su liberación y esto hizo que se entregara apasionadamente al estudio. ¿No le había acaso revelado la ciencia la injusticia de su posición? Ella, pues, le permitiría hacer cesar tal injusticia. La ciencia, además, tenía la ventaja de elevarle sobre los demás hombres, lo que había sido siempre su secreta ambición. Por eso, cesó de fumar y beber, para consagrar al estudio todos sus ratos de solaz.

La revolucionaria continuaba en relaciones con él y le admiraba el ardor con que se dedicaba al estudio de las más abstrusas cuestiones. En doce años Markel había aprendido la geometría, el álgebra, la historia; había leído toda suerte de obras de crítica y filosofía; pero sobre todo, habíase asimilado toda la literatura socialista contemporánea.

Entonces detuvieron á la revolucionaria y hallaron en su poder cartas de Markel. Este fué detenido á su vez. En el gobierno de Vologda, donde, le deportaron, conoció á Novodvoroff, leyó nuevos libros, aprendió multitud de cosas y se convirtió en uno de los adeptos más ardientes del socialismo. Autorizado para volver á su país, al cabo de algunos meses, se puso al frente de una huelga que terminó con el incendio de una fábrica y el asesinato de su dueño. De nuevo fué detenido, y ahora iba desterrado á Siberia para toda su vida.

En materia de religión se mostraba tan radical como en economía política. Convencido de la falsedad de las creencias en que fué educado, experimentaba un deseo de venganza de cuantos le mantuvieron en su primer error. Sin cesar hablaba con odio de los papas y se burlaba amargamente de los dogmas religiosos.

Tenía costumbre de asceta, y como todos los que se han acostumbrado al trabajo desde la infancia, era muy diestro y casi

infatigable en cuanto se refería á ejercicios físicos; pero despreciaba esos ejercicios y el trabajo manual en todas sus formas. En los puntos de parada como en la cárcel, procuraba tener ratos libres para poder continuar instruyéndose, lo que cada vez más creía ser la única ocupación honrosa y útil. Ahora estaba á punto de estudiar el primer tomo del Capital de Marx; ocultaba el volumen en el fondo de un saco, y velaba sobre él como sobre el más precioso de los tesoros.

Para con sus compañeros se mostraba indiferente y reservado, menos con Novodvoroff, á quien quería muchísimo y del cual creía que todas las opiniones eran algo asi como la misma esencia de la verdad.

La mujer, era, según él, el mayor obstáculo para la emancipación social y el libre desarrollo de la inteligencia, así es que experimentaba por las mujeres un desprecio absoluto. Exceptuaba de él á la Máslova, en quien vela un ejemplo típico de la explotación de las clases inferiores por las superiores. Le demostraba en todas las circunstancias mucha deferencia, y por igual motivo no despreciaba una ocasión de demottrar á Neklindoff cuanta antipatía le in piraba.

XIII

El calorífero acabó por encenderse de todo, y la atmósfera de la sala se templó, vertióse el té en las tazas y se presentaron todas las viandas y entremeses de la cena. Habia pan blanco y moreno, huevos duros, manteca, y manos de ternera. Todos se acercaron á la cama, que hacia oficio de mesa, y se comía, se bebía y se hablaba. Sentada sobre un cofre, la Rantzeff hacía los honores, como si fuese la dueña de la casa. Unicamente Krilzoff no se mezcló al grupo, y

después de cambiar su pelliza húmeda por el plaid seco, tendido en la cama, hablaba en voz baja con Neklindoff.

Después del frío y de la humedad del camino, después de la inmundicia y del desorden hallado, al llegar á la etapa, después del trabajo que había costado, ordenar y limpiar y hacer la cena, esa cena y el calorcillo que reinaba en la sala, y el estímulo del té, habían puesto á todos los presos de buen humor.

Los gritos, las injurias, la grosera algarabía que reinaba en el departamento de los presos por delitos comunes, todo lo cual oían á través de los tabiques, hacia que por contraste, fuera más agradable aquella sensación de bienestar y de tranquilidad. Les parecía estar como aislados en un arrecife en el centro del océano, y aquella impresión les exaltaba, causándoles una especie de embriaguez intelectual que les hacía olvidar por completo el horror de su situación, dejando que se entregaran libremente á sus sueños.

Además, como sucede casi siempre que están reunidos jóvenes y mozas, sobre todo cuando están obligados á hacer vida común, se había establecido entre ellos relaciones más ó menos ocultas ó patentes, conscientes ó inconscientes. Todos ó casi todos eseaban enamorado'. Novodvoroff, amaba á la joven y alegre Grabetz. Era una estudiante poco reflexiva, indiferente por completo á los problemas revolucionarios; pero que cediendo á la influencia de los tiempos, se comprometió en cierto complot y fué condenada á deportación. Así como en la Universidad su única preocupación había consistido en coquetear con todos los estudiantes, del mismo modo tampoco se preocupaba de otra cosa desde su encarcelamiento. Se creía, y era efectivamente, dichosa, porque Novodvoroff se había enamorado de ella, y á su vez sentía también amor por él.

Vera Efremovna, que había pasado toda su vida amando sin esperanza y sin agorar su fondo de sentimentalismo, suspiraba en secreto tan pronto por Nabatoff como por Novodvoroff. También experimentaba una especie de pasión Kriltzoff por María Paulovna; en realidad la amaba como los hombres aman á las mujeres, pero

conociendo sus opiniones acerca del amor, procuraba ocultar éste bajo las apariencias de amistad y reconocimiento.

Nabatoff estaba también enamorado. Entre él y Emilia Rantzeff, mediaban relaciones inocentes; pero relaciones sentimentales, al fin y al cabo; pues así como María Paulovna era de todo corazón una joven inocente, así la Rantzeff encarnaba el tipo de la mujer, de la esposa perfecta.

A los dieciseis años, cuando aún estaba en el colegio, se enamoró de Rantzeff que estudiaba entonces en la Universidad de Petersburgo, y tres años más tarde se casó con él. Su marido fué deportado por haber tomado parte en motines universitarios, y entonces ella interrumpió sus estudios de medicina para seguirle, y cómo él se convirtió á las nuevas doctrinas, revolucionaria fué también ella. Si su marido no hubiese sido á sus ojos el más hermoso, inteligente y mejor de los hombres, no le amara ni se casara con él; pero amándole y habiéndose casado por creerle el mejor de los hombres, hubiera juzgado monstruoso concebir la vida de otra manera que él. Su esposa creyó al principio de su matrimonio, que el fin más noble de su vida era consagrarse al estudio, y entonces es cuando á su vez estudió medicina. Fué revolucionario su marido después, y deseó la revolución. Era tan capaz como cualquiera de sus compañeros para explicar por qué el régimen social imperante era injusto, y por qué todo hombre tenía el deber de luchar para derrocarlo y reemplazarlo por un régimen nuevo en que la personalidad humana podría desarrollarse libremente. Creía de todo corazón que tales eran sus propios sentimientos é ideas. Pero, en realidad, pensaba únicamente que lo que creía su marido era lo justo, y su único sueño, su exclusivo anhelo, era identificarse del todo con él.

A consecuencia de nuevos disturbios en que tomó parte, la separaron de su esposo y de su hijo, y aquella separación le fué muy penosa. La soportaba, sin embargo, con firmeza sabiendo que la sufría por su marido y por aquella obra, que era digna de todos los sacrificios cuando Rantzeff no los escaseaba en favor de ella.

Pensaba única mente en su marido, y de la misma manera que no amó nunca antes que á él, tampoco podía amar después á otro; pero la afección pura y desinteresada de Nabatoff la conmovía y la agradaba á un tiempo. Hombre esencialmente moral y acostumbrado á dominar sus deseos, esforzábese el aldeano en tratar á Emilia como á una hermana; pero en ciertos momentos, en sus relaciones con Emilia, apuntaba un sentimiento más hondo que la afección de un hermano por una hermana, y ese sentimiento les inquietaba y les placía en secreto. Así, nadie en el grupo, estaba libre de preocupaciones amorosas, á excepción de María Paulovna y del obrero Markel.

XIV

En espera del momento en que después de la cena podría hablar particularmente con Katuscha, como lo hacía siempre que pasaba la velada en la etapa, Neklindoff permanecía sentado junto á Kriltzov y hablaba con él.

Entre otras cosas, le contó el modo como Macario le habla dicho lo de la situación del condenado á destierro. Kriltzov le escuchaba con atención, mirándole fijamente con sus grandes ojos brillantes.

—¡Eso es!—exclamó de repente.—Pienso á menudo en lo extraño de nuestra situación. Vamos á Siberia con todas estas gentes, ¿qué digo? por esas gentes precisamente vamos, y sin embargo, no tan solo no la conocemos, sino que no tratamos siquiera de conocerla. Ellos, por su parte, nos detestan y nos consideran como á sus enemigos. ¿No encontráis esto horroroso?

—No; no es nada horroroso,—declaró Novodvoroff, que se habia acercado al camastro del enfermo.—Las masas son siempre groseras é incultas y no respetan sino la fuerza,—prosiguió con su voz sonora.

—Hoy es el Gobierno quien tiene la fuerza: esa gente respeta al Gobierno y nos detesta. Mañana, si obtenemos el poder, nos respetará á nosotros.

En aquel instante se oyó en la sala vecina golpes dados contra la pared, ruido de cadenas, gritos y chillidos. Pegaban á alguien que pedia socorro.

—¿Oís esas bestias feroces? ¿Qué relación queréis que haya entre ellas y nosotros?—repuso tranquilamente Novodvoroff.

—¿Les llaman bestias feroces? Mira, pues, lo que Neklindoff acaba de contarme que ha hecho uno de ellos.

Y Kriltzoff, con acento irritado, repitiólo que había hecho el penado Macario en favor de uno de sus compañeros.

—Esto me parece que no es propio de una bestia feroz.

—¡Sentimentalismo!—dijo Novodvoroff con su sonrisa irónica.— ¡Como si comprendiéramos los pensamientos de esa gente y los móviles de sus actos! Lo que se te antoja heroísmo, no es, quizá, sino odio contra otro forzado.

— ¡Y tú, en cambio, nunca encuentras nada bueno en los otros!— exclamó María Paulovna, que tuteaba á todos sus compañeros.

—¿Por qué he de encontrar lo que no existe?

—¿Y por qué no admirar á un hombre que voluntariamente se expone á una muerte horrible?

—Creo,—declaró secamente Novodvoroff,—que si queremos realizar nuestra obra, la primera condición es no soñar nunca y ver siempre las cosas tal como son.

Markel, cerrando el libro que leía bajo la lámpara, se había acercado y escuchaba piadosamente todas las palabras del hombre que reconocía como maestro.

Novodvoroff prosiguió con tono resuelto y solemne, como si diera una conferencia:

—Nuestro deber es procurar hacer cuanto se pueda en favor del pueblo; pero no esperar nada de él. El pueblo debe ser el objeto de nuestros esfuerzos, pero no podrá colaborar con nosotros, por lo menos hasta que sacuda la inercia en que está sumido. Nada más propio de ilusos que esperar del pueblo el menor auxilio, hasta el día en que realizará su evolución intelectual, la evolución para la cual le preparamos.

—¿Qué evolución?—preguntó Kriltzov incorporándose. — Luchamos contra el despotismo; pero ese modo de obrar que preconizas es un despotismo tan indigno como el otro.

—¿Dónde ves tú el despotismo?—respondió sin conmoverse Novodvoroff.—Digo que conozco el camino que debe seguir el pueblo para desarrollarse, y que puedo indicarle este camino.

—Pero, ¿quién te permite afirmar que ese camino que le indicas es el bueno? ¿En nombre de esos principios no se organizó la inquisición? La revolución francesa, ¿no cometió crímenes en nombre de esos principios? También imaginaba y creía haber encontrado en la ciencia la indicación del único camino que debía seguirse.

—Que otros se hayan engañado, no prueba necesariamente que yo también me engañe. Además no hay analogía entre las tonterías de los ideólogos y las afirmaciones positivas de la ciencia económica...

La voz fuerte de Novodvoroff, llenaba toda la sala. Nadie se atrevía á interrumpirle.

—¿Qué sacáis de pelearos?—dijo María Paulovna cuando aquél hubo acabado.

—Y ¿qué es lo que os parece á vos?—preguntó Neklindoff á la joven.

—Creo que Anatolio tiene razón j' que tenemos derecho á imponer nuestras ideas al pueblo.

—He aquí un modo extraño de comprender nuestro papel,—dijo Novodvoroff. Y encendiendo un cigarrillo se alejó malhumorado.

—No puedo remediarlo; en cuanto hablo con él, me salgo de mis casillas,—murmuró Kriltzov al oído de Neklindoff.

Este no pudo por menos de pensar que también experimentaba algo parecido.

XV

A pesar de la consideración que por Novodvoroff tenían todos sus compañeros, á pesar de toda su ciencia y de la alta opinión que tenia de sí mismo, Neklindoff le miraba precisamente como el tipo de esos revolucionarles que, estando por debajo del nivel medio, pierden siempre al encontrarse en el ambiente en que aquél se encontraba. Reconocía que en cuanto á intelectualidad, Novodvoroff estaba mejor dotado que la mayoría de los revolucionarios; pero advertía que su vanidad y su egoísmo, excesivos por efecto de las circunstancias de su vida, habían esterilizado su inteligencia.

Toda la actividad revolucionaria de Novodvoroff, aunque éste supiera justificarla elocuentemente prestándole los más admirables móviles, aparecía á los ojos del príncipe como fundada sobre la ambición, el ansia de dominar y el exhibirse. Dotado de una extraordinaria aptitud para asimilarse y expresar claramente ajenas ideas, Novodvoroff se impuso fácilmente á la admiración de todos, en aquellos centros donde se aprecia particularmente tal condición. En el colegio primero, y después en la Universidad, maestros y condiscípulos reconocían su inteligencia y esto le halagaba. Pero, cuando al acabar sus estudios, advirtió que aquellos elogios desaparecerían, no pudo resignarse á ello, y para dominar de nuevo en otra esfera, cambió bruscamente de opiniones. De liberal

progresista que había sido hasta entonces, se convirtió en ardiente revolucionario.

La completa ausencia de cualidades morales y estéticas que engendran las dudas y vacilaciones, le permitió tomar rápidamente en el partido revolucionario la jefatura que anhelaba. En cuanto adoptaba una resolución, no dudaba ni vacilaba un punto; y por lo tanto tenía siempre la seguridad de no engañarse. Todo le parecía sencillo, claro, incontestable. Y con la estrechez de sus puntos de vista, era verdad que todas sus ideas le parecían sencillas y claras, pues, como le gustaba repetir, teniendo lógica se distingue infaliblemente lo verdadero de lo falso.

Su confianza en sí mismo era tan grande, que nadie podía tratarle sin sufrir su dominación ó sin verse obligado á resistirle. Como generalmente trataba con jóvenes que tomaban la confianza en sí mismo, por profundidad de pensamiento, la mayoría de sus compañeros sometíanse á su dominación, de manera que no tardó en adquirir preponderancia enorme en los círculos revolucionarios. Sus compañeros le temían, le estimaban por su osadía y decisión; pero no le querían. El, por su parte, no amaba á nadie. Todo hombre que tenía alguna cualidad sobresaliente, le parecía un rival, y de buena gana, á poder hacerlo, hubiese quitado á los demás hombres todas sus cualidades á fin de impedirles que desviarán de su propio mérito la atención pública. Únicamente se mostraba amable con los que se inclinaban ante él. Así es que durante todo el trayecto de la conducción, únicamente se mostraba afectuoso con Markel, que había adoptado ciegamente todas sus ideas, y con las dos mujeres que adivinaba que estaban enamoradas de él: Vera Efremovné y la linda Grabetz.

Novodvoroff, era partidario de la emancipación de la mujer, en teoría; pero en la práctica consideraba á todas las mujeres como criaturas estúpidas y ridículas exceptuando aquellas de las cuales estaba enamorado y que reputaba entonces de seres extraordinarios de los que él, únicamente adivinó las perfecciones. Había amado así gran número de mujeres; dos veces vivió maritalmente con

queridas; pero á las dos las abandonó al comprender que lo que experimentaba por ellas no era verdadero amor. Ahora se preparaba para contraer nueva unión con la Cirabetz.

Despreciaba á Neklindoff, porque éste, siguiendo su ex presión, «hacia el tonto presumido» con la Máslova: pero en realidad, le despreciaba y aborrecía, porque lejos de compartir sus ideas acerca de los medios de remediar los defectos de la sociedad, Neklindoff tenia ideas propias y trataba las cuestiones sociales «como un príncipe», es decir, como un imbécil. Y Neklindoff comprendía los sentimientos del revolucionario hacia él y comprendía que á pesar de la disposición benévola en que se encontraba, no había fuerza capaz en el mundo de impedirle que sintiera hacia aquel hombre una mezcla de desprecio y malevolencia.

XVI

Habían acabado de cenar y de tomar té. Neklindoff iba á hablar con la Máslova cuando oyó en la sala vecina la voz del alcaide. Luego reinó silencio en la sala y en el corredor. Se abrió la puerta, y acompañado de dos guardias, entró el alcaide para proceder á la lista de la noche. Contó uno por uno todos los penados políticos, leyendo sus nombres en una lista en tanto que uno de los guardias les iba tocando con el dedo.

Al acabar la lista, el alcaide se volvió hacia Neklindoff, y le dijo con una mezcla de respeto y familiaridad:

—Ahora, príncipe, debéis marcharos. No se puede estar aquí después de la lista.

Pero Neklindoff que sabia lo que significaban aquellas palabras, se aproximó al viejo y le deslizó en la mano un billete de tres rublos

que tenía preparado.

—¡Vaya, veo que no es posible echaros! quedáos todavía un instante.

Iba á salir el alcaide, cuando entró en la sala un guardia acompañado de un prisionero alto y seco, con un gran cardenal en el ojo.

—¡Vengo á buscar la niña!—dijo el preso.

—¡Aquí está, papá! -exclamó una voz infantil, y una cabecita rubia apareció por detrás del grupo formado por la Rantzeff, María Paulovna y Katuscha, que estaban cosiendo un vestido nuevo para la niña con la tela de una saya de la Rantzeff.

—Ven, pequeña, ven á acostarte,—decía dulcemente el forzado.

—¡Aquí está muy bien!—respondió María Paulovna mirando con lástima el rostro magullado del pobre hombre. —Dejádnosla.

— ¡La señora me hace un vestido nuevo, un vestido colorado!—dijo la niña enseñando á su padre la labor de Emilia Rantzeff.

—¿Quieres dormir con nosotros?—preguntó ésta acariciándola.

—Si; pero quiero que papá duerma también conmigo.

La Rantzeff sonrió con una de aquellas sonrisas que tanto la hermoseaban.

—Tu padre tiene que dormir en la otra sala; pero dirá que tú duermas con nosotras, ¿no es verdad?—dijo volviéndose hacia el padre.

—¡Arregláos como queráis!—declaró el alcaide que salió con los tres guardias.

Apenas estos habían salido cuando Nabatoff se acercó al padre de la niña y le dijo poniéndole su ancha mano sobre el hombro:

—Dime, hermano, ¿es verdad que Karmanoff quiere cambiar de nombre con otro deportado?

El rostro tranquilo del forzado tomó de repente una expresión sombría y bajó los ojos.

—No hemos oído hablar de nada, ¡Dios sabe las mentiras que se inventan!—respondió. Luego, sin levantar los ojos: ¡Aniutka, puedes quedarte aquí con esas hermosas señoras! añadió saliendo precipitadamente.

—Lo sabe todo; lo que os ha dicho Macario debe ser cierto; dijo Nabatofí, dirigiéndose al príncipe.

Ambos callaron temiendo que de nuevo empezara una disputa.

Simonson, que durante toda la velada no habló una palabra y había permanecido echado en su camastro, se levantó de golpe con un movimiento decidido. Abriéndose camino á través de los demás presos, se acercó á Neklindoff.

—¿Podéis otorgarme un instante?

—¡Ya lo creo!—contestó el príncipe, y se levantó para seguirle.

Viendo que Neklindoff se levantaba, la Máslova se ruborizó. Bruscamente volvió la cabeza.

—He aquí de lo que quiero hablaros,—dijo Simonson, después de conducir al príncipe á la antecámara. En aquel sitio, reinaba en aquel instante una tremenda algarabía á causa del ruido infernal que hacían los penados de derecho común, en el corredor y en la sala vecina. Neklindoff, ensordecido, frunció las cejas; pero Simonson, evidentemente no oía nada.

—Sabiendo vuestras relaciones con Catalina Mikalovna, — prosiguió, fijando sus ojos en los del príncipe,—he creído de mi deber...

Al decir esto tuvo que interrumpirse porque en el mismo instante, junto á la puerta se pusieron á gritar dos voces juntas disputando:

—Te digo que no soy yo, cochino,—clamaba una de ellas.

—¡Devuélvemelo, mala bestia!—gritaba la otra.

De repente apareció María Paulovna.

—Querer hablar aquí no tiene sentido común,—dijo.— Venid á nuestro cuarto; creo que no hay nadie.

Introdujo á Simonson y á Neklindoff en la segunda sala donde dormían las mujeres de la sección. La pieza, sin embargo, no estaba vacía. Se hallaba Vera Efremovna, echada sobre la cama, con la cara vuelta hacia la pared.

—Tiene jaqueca y duerme. No os oirá; yo me voy,—dijo María Paulovna.

—No te vayas,—replicó Simonson;—no tengo secretos para nadie, y menos para ti.

—Sea como quieras,—dijo ésta, sentándose con sus movimientos llenos de gracia infantil, en una de las camas.

—He aquí lo que quería deciros,—repuso de nuevo Simonson.— Conociendo vuestras relaciones con Catalina Mikailovna, he creído que debía ponerlos al corriente de mis propias relaciones con ella.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Neklindoff con brusco espanto.

—El caso es que deseo casarme con Catalina...

—¿De veras?—preguntó María Paulovna levantando sus hermosos ojos azules hacia Simonson.

—He resuelto preguntarle si consentirla en ser mi mujer.

—¿Qué puedo hacer yo en ello? ¡Eso es cuestión suya! —declaró secamente Neklindoff.

—Sí; pero sé que no me contestará sin vuestro permiso.

—¿Por qué?

—Porque hasta que estará resuelta la cuestión de sus relaciones con vos, Catalina no querrá adoptar ninguna decisión.

—Por lo que á mí respecta, — dijo Neklindoff,—la cuestión es bien sencilla. He querido hacer lo que consideré como un deber; he

tratado de mejorar en cuanto he podido la suerte de la Máslova; pero por nada en el mundo quisiera imponerme á ella, ni violentar sus deseos.

—Es claro; pero ella no quiere que os sacrificuéis.

—No es ningún sacrificio.

—Sé que su resolución acerca de eso, es inquebrantable.

—Entonces, ¿para qué hablar conmigo?—preguntó Neklindoff.

—Es preciso que reconozcáis que debéis renunciar á cuidaros de ella.

—¿Cómo puedo reconocer que no debo hacer lo que estimo, que es mi deber? Lo único que puedo decir es que aún cuando yo no me siento libre hacia ella, ella es Ubre por entero hacia mí.

Simonson quedó algunos minutos reflexionando:

—Bien,—repuso—le diré eso. Pero no vayáis á creer que estoy enamorado de ella. La amo como á una hermana, como á una amiga que hubiere sufrido mucho y á quien quisiera consolar. No deseo nada de ella, sino poder ayudarla, mejorar su posi...

A pesar de la emoción que sentía, Neklindoff advirtió que la voz de Simonson temblaba.

—Mejorar su posición,—terminó Simonson.—No quiere aceptar vuestra ayuda; pero quizá consentiría en aceptar la mía, SÍ así es, pediré que me envíen á la ciudad donde cumplirá su condena; viviré cerca de ella y quizá lograré hacerle la vida menos pesada...

De nuevo se interrumpió próximo á sollozar.

—¿Qué queréis que os diga?—repuso Neklindoff.—Me alegro de que haya encontrado un protector como vos.

—Eso es lo que quería saber,—exclamó Simonson.— Quería saber si conociendo mis sentimientos hacia Catalina Mikailovna y sabiendo hasta qué punto deseo su bienestar, consideráis beneficioso mi matrimonio con ella.

—¡Pues bien, sí! contestó Neklindoff con acento resuelto.

—Únicamente pienso en ella. Deseo únicamente un poco de calma y de reposo para esa alma que ha sufrido tanto,—añadió entonces Simonson mirando á Neklindoff de un modo tan suplicante é infantil, que formaba contraste con el modo de ser de aquel hombre, comunmente tan sombrío y tan reservado.

De repente se acercó á Neklindoff, le tomó la mano, sonrióle tímidamente y le besó en las mejillas.

—¡Voy á decirle eso, voy á decírselo en seguida!—exclamó, y salió de la sala.

XVII

—¡He aquí lo que son las cosas!—dijo María Paulovna cuando Simonson hubo salido.—Está enamorado como un loco. ¿Quién hubiera creído que Vladimiro Simonson se enamorara como un colegial? ¡Es asombroso! ¡Y debo añadir que casi me produce enfado!—añadió entre burlas y veras.

—¿Y Katia? ¿Qué creéis que piensa de eso?

—¿Ella?

Y María Paulovna se detuvo para reflexionar un instante, como si tratara de formular su respuesta del modo más claro posible.

—¿Ella? Creed que su pasado no le impide conservar una naturaleza de las más rectas que conozco... Tiene sentimientos más delicados que todas nosotras. Os ama, os ama mucho y se consideraría muy dichosa si pudiera haceros por lo menos un servicio negativo, impidiéndoos que os cuidarais de ella. A juicio suyo su casamiento con vos, seria una caída terrible, peor que todo

su pasado. Estoy convencida por lo tanto, de que nunca consentirá en ello. Vuestra presencia aquí la causa continuos sobresaltos.

—Entonces, ¿qué me aconsejáis? ¿Qué desaparezca?

—Sí, en parte por lo menos.

—¿Cómo puedo desaparecer en parte?

—Ahora advierto,—replicó María Paulovna, tratando evidentemente de desviar la conversación,—ahora advierto que no he contestado á vuestra primera pregunta. Quería deciros que Katia debe saber perfectamente la pasión exaltada que Simonson siente por ella, aun cuando éste no le haya hablado nunca de tal cosa. Como sabéis, no entiendo mucho de tales asuntos; pero creo que esa pasión no es distinta del amor más vulgar, aun cuando quiera disfrazarlo Vladimiro, afirmando que su amor es platónico y que estimula su energía en vez de debilitarla. Pero yo comprendo que en el fondo no hay nada de eso, que todo se reduce á simple deseo físico como el que Novodvoroff siente por la Grabetz.

María Paulovna iba á desarrollar este tema que le gustaba; pero Neklindoff la interrumpió.

—En fin, ¿qué me aconsejáis que haga?

—Creo que deberíais hablar de ello con Katia. Explicarse del todo es siempre lo mejor. Arregláos con Katia. ¿Queréis que os la envíe aquí.

—Sí, os lo ruego,—dijo Neklindoff.

María Paulovna salió.

Extraños sentimientos agitaban el alma de Neklindoff, en tanto que estaba solo en la sala oyendo cerca de él la respiración de Vera Efremovna y más lejos el ruido incesante y ya algarabía que armaban los penados de derecho común. Lo que acababa de decirle Simonson, tenía la ventaja de relevarle de la obligación que se había impuesto y que amenudo, sobre todo en los últimos tiempos, le pareciera temerosa y pesada. Sin embargo, lo que le dijo Simonson

no solamente le desagradó, sino que le hizo padecer como quizá nunca hubo padecido.

Su padecimiento provenía de mil causas diversas, de las que él mismo no se daba cuenta, sino de un modo vago. Provenía, por ejemplo, de que la proposición de Simonson había quitado á su conducta hacia Katusaha el carácter excepcional que hasta entonces tuvo ante sus propios ojos y ante los ojos del mundo; pues si un hombre y un hombre como Simonson, que no tenia ninguna obligación con la joven, consistía en unir su destino con el suyo, ¿á qué quedaba reducido el sacrificio realizado por él, Neklindoff, que tan heroico le parecía? En su padecimiento entraban también las simples celos. Tanto se había acostumbrado á la idea de que Katuscha le amaba, que la posibilidad de que amara á otro hombre le torturaba como una decepción. Neklindoff sufría también al ver destruidos sus proyectos y sus planes: había pensado detenidamente la manera cómo viviría cerca de Katuscha, sobre la cual velaría hasta que expirara su condena. Si ahora se casaba con Simonson, su presencia cerca de ella sería inútil y tendría que dar nuevo empleo á su vida. Así es que toda suerte de tristes pensamientos le asaltaban cuando abrió la puerta y Katuscha entró. El ruido de la sala vecina era cada vez más ensordecedor; evidentemente algo anormal debía ocurrir allí.

Con paso rápido, sin levantar los ojos, Katuscha se adelantó hacia Neklindoff.

—¡María Paulovna me ha dicho que queráis hablarme! — murmuró con aire embarazado.

—Sí, Katuscha. Siéntate. Vladimiro Ivanovitch acaba de hablarme de ti.

Se habia sentado la joven, poniendo las manos en las rodillas y parecía tranquila; pero apenas Neklindoff habia nombrado á Simonson, se estremeció y se ruborizó.

—¿Qué os ha dicho?

—Me ha dicho que quería casarse contigo.

El rostro de la joven se contrajo como si sintiera vivo dolor, pero no dijo nada y bajó de nuevo los ojos.

—Me pide mi consentimiento ó por lo menos mi consejo,—agregó Neklindoff.—Yo le he dicho que todo dependía de ti; que tú sola debías decidir.

—¿A qué viene todo eso?—exclamó fijando en Neklindoff aquella mirada penetrante de sus ojos un poco bizcos que siempre hablan hecho tanta impresión en él.

Ambos permanecieron así un minuto mirándose á los ojos. Y aquella mirada les enseñó más cosas á uno y otra que muchas palabras.

— ¡Tú sola debes decidir!—repitió Neklindoff.

—¿Qué debo decidir?—exclamó Katuscha.—Todo está decidido hace mucho tiempo.

—Nó, Katuscha, nó, debes decidir si aceptas la proposición de Vladimiro Ivanovitch?

—¿Acaso puedo casarme yo, yo carne de galera? ¿Porqué perdería la existencia de Vladimiro Ivanovitch?—dijo la joven con voz temblorosa.

—¿Pero, le amas?—dijo Neklindoff.

— ¡Dejadme, vale más no hablar!—contestó Katuscha y, levantándose, salió de la habitación.

XVIII

Al entrar de nuevo en la sala grande, después de su conversación con Katuscha, Neklindoff encontróse con que todo el mundo andaba

allí alborotado. Nabatoff, que se metía en todas partes, lo observaba todo y de todo se informaba, acababa de hacer un descubrimiento muy interesante para sus compañeros. Había descubierto en una pared una inscripción del revolucionario Petline, que dos años antes había sido condenado á trabajos forzados á perpetuidad. Se creía que Petline estaba desde mucho tiempo atrás en Siberia; y por la inscripción dejada en la pared, demostraba que formó parte de una conducción reciente.

La inscripción estaba concebida en estos términos:

«He pasado por aquí el 17 de Agosto de 18... con un convoy de penados de derecho común. Nevieroff debía marchar conmigo; pero se ahorcó en Kasan, en un arrebató de locura. Yo estoy sano de cuerpo y de espíritu, y lleno de esperanza en el porvenir de nuestra causa.—PETLINE.»

Se hablaba acerca de los motivos del retardo de la partida de Petline, y sobre todo de las causas del suicidio de Nevieroff. Unicamente Kriltzoff callaba mirando fijamente el vacío con sus ojos febricitantes.

—¡Mi marido me ha dicho que ya en la fortaleza, Nevieroff empezaba á ver fantasmas!—dijo la Kantzeff.

—¡Sí, era un poeta, un imaginativo! ¡Esas gentes no pueden soportar el régimen de la soledad!—declaró Novodvoroff con tono despreciativo.—A mí, cuando me encerraron en el calabozo, decidí no dejarme llevar de mi imaginación. Fijé el empleo que debía dar al tiempo y cumplí mi propósito con toda precisión. Por eso, sin duda, soporté perfectamente el calabozo.

—¿Soportar el calabozo? No vale siquiera lá pena de alabarse de ello. Por mi parte, siempre he estado contento cuando me han encerrado,—exclamó Nabatoff sonriendo y esforzándose claramente en hacer desaparecer la tristeza que reinaba en torno suyo.—En libertad, uno se preocupa por cualquier cosa y teme hacerse daño á sí mismo y á los otros y comprometer el éxito de la causa, en tanto que una vez encerrado, queda uno libre de toda responsabilidad y se

puede respirar á gueto. Con estar sentado y fumar cigarrillos, está hecho todo.

—¿Has conocido íntimamente ¿Nevieroff?—preguntó María Paulovna á Kriltzoff, cuyo rostro se había contraído de nuevo y cuyas manos temblaban desde que oyó las palabras de Novodvoroff.

—¿Nevieroff, un imaginativo?—dijo Kriltzov, elevando cuanto podía su voz enronquecida.—Nevieroff era uno de esos hombres de los cuales se dice que la tierra produce muy pocos. Era un hombre admirable, transparente á fuerza de franqueza; incapaz no sólo de mentir sino de ocultar el más insignificante de sus pensamientos. Tenía tal delicadeza que el menor arañazo le hería en el alma... Sí, era una naturaleza delicada, rica, fecunda. ¡Ah! no era como... ¿Pero á qué hablar?

Calló un momento, pero se veía que crecía su irritación á cada instante.

—Los hombres de la especie de Nevieroff,—añadió con tono amargo y malévolo,—se preguntan con angustia qué vale más, si es mejor instruir al pueblo y cambiar después las instituciones que le rigen ó cambiar primero esas instituciones; se preguntan qué medios deben emplear para la lucha, si la propaganda política ó el terrorismo. ¡Y he aquí por qué les llaman imaginativos! Los que asiles apellidan, esos no se preguntan nada, no discuten nada, no se molestan en averiguar si su acción costará miles de existencias de hombres, y de qué hombres! Parece por lo contrario que desean que mueran los mejores. ¡Efectivamente, los mejores perecen! Herzen decía que la proscripción de los Decembristas había rebajado el nivel social de Rusia. Y después se proscribió á Herzen y los de su tiempo. Ahora se excomulga á los Nevieroff.

—No creo que consigan, sin embargo, suprimir á todo el mundo,—replicó con su acento de buen humor Nabatoff. —Es de creer que siempre quedarán algunos para pasar cuentas, para exigir responsabilidades.

—¡Nó, no quedará ni uno si dejamos hacer á esa gente! —exclamó Kriltzov, cada vez más furioso.—Emilia, dame un cigarrillo!

—No fumes, no fumes esta noche; no estás bien;—le dijo María Paulovna.

—¡Déjame!—replicó con cólera, y encendió un cigarrillo.

Pero desde la primera chupada empezó á toser y á ahogarse. Tardó algunos instantes en reponerse y luego animándose otra vez:

—Nó, no es así como habíamos concebido la obra. Razonábamos, buscábamos el sistema, en tanto que ahora...

—¡Sin embargo, también son hombres!—replicó la Rant, zeff.

—Nó, no son hombres los que obran y piensan de esa manera... Se les debería exterminar como á los chinches, se les deberla aplastar... Sí, he aquí lo que se deberla hacer, porque...

Empezaba una nueva frase cuando de repente su rostro

se puso colorado, al mismo tiempo que un terrible abceeó de tos le derribó sobre la almohada. De sus labios se escapó una oleada de sangre.

Nabatoff se precipitó al corredor para pedir nieve. María Paulovna, aproximándose al enfermo le presentó un frasco de valeriana; pero él, con los ojos cerrados, rechazó el frasco con su mano descarnada y durante largo rato permaneció inmóvil sin poder respirar.

Cuando por fin la nieve y las compresas de agua fría le hubieron aliviado bastante para permitir á sus compañeros desnudarle y acostarle, Neklindoff se despidió y salió al corredor, donde el alcaide le esperaba desde hacía mucho rato.

Los penados de derecho común habían cesado en su alboroto, y la mayoría dormían. No solamente dormían sobre los camastros y bajo las camas, y en el suelo y delante de las puertas, sino que muchos de ellos, no habiendo en contrado sitios en el interior de las salas, se habían tendido en el corredor, desnudos, con sus sacos bajo la cabeza y cubiertos con sus vestidos á guisa de colchas.

En las salas y en el corredor resonaban los ronquidos de los durmientes y por todos lados se veían extrañas figuras humanas, semiocultas bajo las grandes capas. Neklindoff vió también á un hombre que no dormía. Era un forzado viejo que sentado, desnudo, debajo de la lámpara, se entretenía en buscar piojos en sus vestidos. Algunos forzados, en una revuelta del corredor estaban jugando á cartas con gran empeño. Era tanta la fetidez del aire en el corredor que Neklindoff, creyó haber respirado una atmósfera purísima en la sala destinada á los presos políticos.

Al cabo logró abrirse camino hasta la extremidad del corredor, avanzando con precaución para no pisar á los que dormían. Tres penados que seguramente ni en el corredor encontraron sitio, estaban tendidos en el umbral, junto al zambullo. Uno de ellos era un idiota que Neklindoff habla encontrado á menudo, otro, era un niño de diez años que dormía como los niños, con ambas manos bajo las mejillas, en tanto que del zambullo, lleno de excrementos, el líquido appestoso, rezumando, caía en negras gotas sobre él,

En el patío de la etapa detúvose Neklindoff, y ensanchando el pecho, aspiró largo rato con delicia, el aire he lado de la noche.

XIX

El firmamento tan cubierto dos horas antes, estaba ahora lleno de estrellas; las charcas de barro se habían helado en muchos sitios y Neklindoff no tuvo gran trabajo para volver á su posada. Llamó á la ventana; el muchacho de anchos hombros le abrió y le hizo entrar.

A la derecha, en el corredor, Neklindoff oyó el ronquido de los cocheros que salía de un cuarto sin luz; ante él en el patio oyó el ruido continuo y regular de varios caballos que comían avena; á la izquierda, vió abierta la puerta de la gran sala en que brillaba una lámpara ante una imagen, y aspiró el extraño olor que se exhalaba de aquel cuarto, un olor mezclado de aguardiente y de sudor.

Neklindoff subió á su habitación, se quitó la capa y se tendió sobre un diván con su almohada de piel, bajo la cabeza. Allí, envuelto en su plaid de viaje, vió de nuevo los espectáculos diversos á que

acababa de asistir. Vió con intensidad extraordinaria el cuadro de aquel niño que dormía con la cabeza sobre las manos entre dos presidiarios, cerca del zambullo que rezumaba sobre él.

La conversación que acababa de tener con Simonson y Katiuscha, le había trastornado... Comprendía que un acontecimiento imprevisto y de extremada [gravedad había acaecido, acontecimiento que quizá tuviera influencia decisiva sobre su vida. Pero comprendía también que aquel acontecimiento nuevo era hartamente grave para que pudiese pensar en él á sangre fría, y procuraba por todos los medios posibles olvidarlo, apartando todos los recuerdos que tenían relación con la situación suya y la de la joven. Cada vez que trataba de olvidar esos recuerdos, se le representaba más viva la escena del muchacho que dormía entre los dos forzados.

Una cosa es saber que en alguna parte, muy lejos, ciertos hombres se ocupan en torturar á otros, en infligirles todas las variedades del sufrimiento y de la humillación, y otra asistir durante tres meses, día por día, al espectáculo de aquella tortura, viendo como se complacen unos en atormentar á los otros. De eso se daba ahora cuenta Neklindoff.

Veinte veces por lo menos durante aquellos tres meses, se había preguntado: «¿Soy yo quien estoy loco y ve las cosas de distinta manera que los demás, ó por lo contrario están locos los otros, aquellos que ejecutan ó toleran las cosas que yo veo?» Los demás hombres demostraban tal unanimidad, no solamente en tolerar esas cosas que tanto horrorizaban á Neklindoff, sino en considerarlas necesarias é importantes, que no podía admitir que todos estuvieran locos; y por otra parte, no podía creer tampoco que razonando como razonaba y pareciéndole sus ideas claras y ordenadas, fuera él el loco. De manera que no sabía nunca á qué carta quedarse.

Pero durante los últimos días veía cada vez más clara la significación de lo que había presenciado durante aquellos tres meses.

He aquí lo que sucedía:

Tenia la impresión de que entre cuantos hombres viven en libertad, la magistratura y la administración escogían los más ardientes, los más despiertos, en una palabra, los más listos, pero los menos prudentes y astutos; y que esos hombres, sin ser más culpables ni menos peligrosos que los que estaban en libertad, se veían de continuo en prisiones, en presidios, en etapas, donde se les obligaba á estar durante años y años en la más completa ociosidad, lejos de la naturaleza, de la familia y del trabajo; es decir, fuera de todas las condiciones normales de la vida humana.

Neklindoff comprendió también que esos hombres en las prisiones, presidios y etapas, estaban sometidos á una serie de humillaciones,—grilletes en los pies, esposas, cabeza afeitada, traje de presidiario,—que no tenían otro objeto que destruir en ellos lo que constituye los principales móviles de la vida moral para la gran mayoría de los hombres, es decir, la preocupación del respeto ajeno, la vergüenza, el sentimiento de la dignidad humana.

Veía, así mismo, Neklindoff que exponiendo á esos hombres á un peligro constante de enfermedad ó muerte, se les colocaba en esa disposición de ánimo en que el hombre mejor y más moral se ve impelido, por el instinto de conservación, á cometer y justificar los actos más crueles é inmorales.

Advertía el príncipe también que,obligando á esos hombres á soportar día y noche la compañía de seres depravados por completo,—asesinos, ladrones, incendiarios,—se les obligaba á soportar, asimismo, el contagio de esa depravación.

Decíase Neklindoff por último, que tratando de la manera que se trataba á esos hombres, entregándose para con ellos á toda clase de medidas monstruosas, separando los padres de los hijos y los maridos de las esposas, ofreciendo un premio á los denunciadores, era como si se hubiera tratado de probar á esos hombres que todas las formas de la violencia, de la crueldad, de la bestialidad, no solamente no debían ser prohibidas, sino recomendadas por la ley, puesto que daban provecho: de lo cual surgía la conclusión de que todas esas cosas debían ser particularmente permitidas á hombres

privados de su libertad y sumidos en la más tremenda de las miserias.

—«Diriase, en verdad,—pensaba Neklindoff,—que ese conjunto de medidas se inventó á propósito para propagar de un modo cierto la depravación y el vicio entre los hombres más fuertes de la nación, de manera que la depravación y el vicio se esparcieran luego por la nación entera. Cada año, millares de seres humanos resultan pervertidos de ese modo, despojados de sus sentimientos naturales; impulsados á practicar las acciones más monstruosas; y cuando se les ha pervertido por completo, se les suelta para que puedan propagar por todo el país los gérmenes infames de que se les impregnó.»

En la prisión en que encontró á Katuscha y más tarde en todo el trayecto del convoy, en Perm, en Ekaterinesuburg, en Tomk, en todas las etapas, Neklindoff había visto ya producirse los efectos de lo que no podía considerar de otro modo que como un vasto plan de desmoralización nacional. Había visto naturalezas sencillas, ni buenas ni malas, penetradas de las tradicionales nociones morales del aldeano y del cristiano, que poco á poco se despojaron de esas nociones para adquirir otras que consistían en admitir la legitimidad de toda violencia y de toda deshonra.

Ante el espectáculo de los tratamientos infligidos á los prisioneros, aquellas naturalezas hablan acabado por creer mentirosos todos los principios de justicia y de caridad que su religión les enseñó; y dedujeron que estaban autorizados para olvidar y dejar de seguir aquellos principios.

En gran número de penados de la conducción, Neklindoff había observado ejemplos de aquella contaminación morbosa: en Federoff, en Macario y hasta en Tarase, que al cabo de dos meses de cohabitación con los forzados, acabó por adquirir muchas de sus costumbres y por sentir y expresarse como ellos. Neklindoff le habla oído hablar con admiración de aquel bandido viejo que se alababa de haber matado y comido á su compañero. Pensaba que bajo el efecto de aquellos tratamientos infligidos á los prisioneros, el

aldeano ruso llegaba en algunos meses á igual estado de perversión que aquel que padecían, después de siglos de podredumbre moral los intelectuales que glorifican y predicán las doctrinas de Nietzsche.

Los libros enseñaban á Neklindoff que aquel conjunto de medidas, de las cuales veía las tristes consecuencias, se justifica por la necesidad de apartar de la sociedad algunos miembros peligrosos para asistirles y corregirles. Pero esto no resultaba de acuerdo con la realidad. En vez de apartar de la sociedad los individuos peligrosos, lo que se hacía era propagar la depravación. En vez de asustar á esos hombres, no se hacía sino darles alas, ofreciéndoles continuos ejemplos de crueldad y de inmoralidad y asegurándoles una vida ociosa, de pereza y disipación que les gustaba lo suficiente para que una porción de vagabundos solicitaran su admisión en las cárceles. En vez de corregir á los individuos peligrosos, sólo se les contaminaba sistemáticamente el germen de todos los vicios.

«Entonces, ¿por que se hace eso?» Se preguntaba Neklindoff sin acertar á darse una respuesta.

Lo que más le asombraba era que todo aquello no se hacía de un modo provisional, sino de una manera continua y meditada, desde hacia muchos siglos, con la sola diferencia de que antes le arrancaban la nariz á los presos y se les conducía en balsas y ahora se les ponían esposas, se les reventaban los ojos á puñetazos y se les hacía viajar en vapores.

Neklindoff encontraba autores que le decían que aquellas medidas que le indignaban era resultado de la insuficiencia de los sitios de detención y efecto de una organización defectuosa que no tardará en mejorarse. Pero aquella respuesta tampoco le satisfacía, pues demasiado advertía que aquellos males no dimanaban de la insuficiencia de las cárceles, ni de tal ó cual defecto de organización.

La experiencia le probaba que aquel mal crecía de año en año á pesar de los llamados progresos de la sociedad. Sabía que cincuenta años antes, las conducciones de presos no ofrecían en el mismo grado que ahora el espectáculo del embrutecimiento y de la

depravación, aun cuando no hubiese entonces ni ferrocarriles ni vapores para conducirles á través de Rusia.

Tampoco podía leer sin una mezcla de disgusto y de inquietud las descripciones de cárceles modelos soñadas por los sociólogos, en las cuales los condenados estarían alumbrados, alimentados, azotados y ejecutados eléctricamente.

Neklindoff se indignaba pensando que había jueces y funcionarios que percibían todos los años grandes sumas sacadas del pueblo, para leer, en libros escritos por otros jueces y funcionarios como ellos, los medios de enviar ciertos hombres A sitios lejanos para desembarazarse de ellos durante algún tiempo, pero también para que esos hombres perecieran de un modo irremisible, moral, si no físicamente.

A medida que estudiaba de más cerca las cárceles y las etapas, Neklindoff comprendía que todos los vicios de los prisioneros, el juego, la embriaguez, la violencia, el impudor, no eran de ningún modo la manifestación de un pretendida «tipo criminal» inventado por los sabios que tiene á su servicio la autoridad, sino la consecuencia directa de la aberración monstruosa, en virtud de la cual, ciertos hombres se habían abrogado el derecho de juzgar y castigar A otros hombres.

Neklindoff comprendía que el canibalismo del viejo forzado no tomó origen ni en el presidio ni en el desierto, sino en los ministerios, las comisiones y las cancillerías. Comprendía que lo que pasaba en presidio no era sino la consecuencia natural de lo que ocurría en esferas superiores, y que hombres como su cuñado, por ejemplo, nada tenían que ver con la justicia ni con el bien del país, que se alababan de servir, sino que su única preocupación era

adquirir los rublos que se les pagaba para realizar aquel bajo oficio que engendraba depravación y padecimientos tan grandes.

«¿Quién sabe si todo eso es efecto de una equivocación? ¿No sería posible arreglarse de modo que se asegurara á todos esos funcionarios su sueldo y hasta algún aumento, con la condición de

que se abstuvieran en lo sucesivo de esos ados viles que los desdichados estiman que deben cumplir para ganar su dinero.» Esto pensaba Neklindoff, y pensando en tales cosas concilio por fin el sueño á la madrugada, á pesar de los chinches, que desde que se acostó corrían alrededor de él como hormigas en su hormiguero.

XX

Al día siguiente, á las nueve, cuando Neklindoff se despertó, la corpulenta hostelera le entregó una carta que había traído uno de los soldados de la conducción. Era de María Paulovna.

La joven anunciaba á Neklindoff que el accidente que ocurrió á Kliltzov la víspera era más grave de lo que se creyó en los primeros momentos.

«Hemos tenido la idea de hacerle quedar aquí y quedarnos con él; pero no nos lo han permitido y marcha con nosotros; pero nos produce inquietud vivísima. ¿No podríais lograr, si su estado le obliga á permanecer en 8... (era la etapa siguiente) que uno de nosotros se quede con él? Si por acaso se os rehusaba este favor y creíais que casándome con Kliltzov podría obtener el permiso de quedarme para cuidarle, no tengo necesidad de deciros que consiento en tal formalidad.»

Neklindoff hizo enganchar su coche y preparó su maleta. Aun no habla acabado de beber el segundo vaso de té, cuando oyó sobre el pavimento helado del patio, resonar las ruedas de la troika que iba á buscarle. Pagó la cuenta, subió al coche y dijo al cochero que fuera cuan aprisa pudiera para alcanzar el convoy.

Al cabo de una hora de buen trote vió ante él en el camino la negra fila de carruajes que llevaban, junto con los bagajes de todo el convoy, á presos enfermos y á los condenados políticos.

El oficial, lo mismo que la víspera, había marchado antes para vigilar y dirigir la conducción de los peatones. Detrás de los carruajes y alrededor de ellos iban los soldados con paso vivo y firme, como gentes que antes de marchar han bebido un buen trago.

Los carruajes eran unos veinte por lo menos. En los últimos, estaban amontonados seis á seis, los penados de derecho común; en los primeros, tres á tres, estaban los condenados políticos.

Novodvoroff iba en compañía de Markel y de la Grabetz; Emilia Rantzeff y Nabatoff tenían por compañera á la mujer embarazada á quien María Paulovna cediera su sitio, y en el tercer carruaje, el príncipe vió á Kliltzoff tendido sobre un lecho de paja y con almohadas bajo la cabeza. Cerca de él, sentada junto á la trasera del coche, iba María Paulovna.

Neklindoff ordenó á su cochero que se parara, bajó de bu carruaje y se acercó al de Kliltzoff. Los soldados que iban á los lados, le dijeron que se apartara; pero estaba ya acostumbrado á no hacer caso de tales advertencias, así es que continuó como si tal cosa, y efectivamente los soldados, después de su primera protesta, le dejaron que caminara junto al coche cuanto rato quiso.

Envuelto en su pelliza y cubierta la cabeza con un casquete de piel de cordero, con un pañuelo atado alrededor de la boca, Kliltzoff parecía haber palidecido y adelgazado más. Sus ojos, la única cosa viviente de su rostro, brillaban de tal manera que parecían desmesuradamente grandes. Sacudido sin cesar por los vaivenes del carruaje, miraba hacia adelante con una expresión de vivo sufrimiento, y cuando Neklindoff le preguntó cómo estaba, se limitó á cerrar un instante los ojos y luego volvió la cabeza con ademán irritado. Evidentemente concentraba todas las energías de su sér para soportar los choques del carruaje.

María Paulovna apenas vió á Neklindoff le dirigió una mirada en que se leía claramente toda su inquietud; pero un instante después se puso á hablar con el tomo más tranquilo y alegre que pudo.

—¡Buena noticia!—exclamó en voz alta para dominar el ruido de las ruedas.—El oficial habrá sentido vergüenza de lo que hizo ayer y ha hecho quitar las esposas al padre de la niña, autorizándole para que llevara á ésta. Vera me ha cedido su sitio y por eso voy en coche en tanto que ella camina á pie con Simonson y Katia.

Hubo unos momentos de silencio; de repente Kliltzov, apartando el pañuelo que le cubría la boca, pronunció algunas palabras que ni María Paulovna ni Neklindoff comprendieron. El enfermo les miró entonces con impaciencia y de nuevo cerró los ojos, haciendo un esfuerzo para no toser, María Paulovna se inclinó hacia él y Kliltzov murmuró:

—¡Ahora me siento mucho mejor! ¡Si no me enfrió me parece que me repondré!

Luego volviéndose hacia Neklindoff le dijo con penosa sonrisa:

—¿Cómo estamos del problema de los tres cuerpos? ¿Habéis encontrado una solución?

Neklindoff le miró con ansiedad porque no comprendía lo que quería decir. Pero María Paulovna le explicó que los sabios llamaban así un problema concerniente á las relaciones astronómicas entre el sol, la tierra y la luna y que Kliltzov, la víspera, por broma, había comparado las relaciones sentimentales entre Neklindoff, Simonson y la Máslova.

Kliltzov hizo un movimiento con la cabeza para confirmar las palabras de la joven.

— ¡La solución no depende de mí!—dijo Neklindoff.

—¿Habéis recibido mi carta? ¿Haréis lo que os pedía?

—preguntó María Paulovna.

—¡Contad conmigo!—respondió el príncipe.

Luego, creyendo que el rostro de Kliltzoff se contraía de nuevo, como si aquella conversación en que no podía tomar parte le hubiera importunado, Neklindoff se apartó y subió á su coche.

La alusión de Kliltzov le recordó de nuevo su propia situación, que se había esforzado en olvidar; y sintió un vivo deseo de ver cuanto antes á Katuscha para tener con ella una explicación decisiva. De nuevo ordenó al cochero que marchara al trote y al cabo de poco

rato, advirtió delante de él el pañuelo azul que cubría la cabeza de la Máslova.

La joven marchaba detrás del convoy en compañía de Vera Efrenovna y de Simonson que parecía explicar algo á sus dos compañeros, haciendo repetidos movimientos con sus brazos largos y delgados como una espátula.

Cuando Neklindoff les hubo alcanzado, las dos mujeres le saludaron sonriendo y Simonson se quitó el casquete con una especie de entusiasmo. Pero Neklindoff, viéndoles reunidos, no se atrevió á hablarles. Cuando iba á hacer detener el coche, cambió de idea y no tardó en adelantarse á la conducción que se arrastraba á lo largo del camino con su acostumbrado acompañamiento de gritos, risas y ruido de cadenas.

El camino que seguía su carruaje, le condujo á una selva sombría cuyos árboles ofrecían mil diversos matices en su corteza y en sus hojas; luego desapareció la selva; á los dos lados del camino se extendieron inmensos campos; y á lo lejos Neklindoff vió las cúpulas y cruces doradas de un monasterio.

El tiempo habla mejorado, las nubes se habían disipado, el sol surgió por sobre los campos y la escarcha, el barro helado del camino, las cúpulas y las cruces brillaban suavemente. Aquella luz hacia parecer más inmensa la extensión de las llanuras limitadas por la línea azul de las montañas que barrían el horizonte.

La troika llegó al cabo á un gran pueblo, que era un arrabal de la ciudad á la que Neklindoff se dirigía.

La calle de aquel pueblo estaba llena de transeúntes, rusos y extranjeros que ostentaban una variedad extraordinaria de trajes y sombreros. Formaban grupos entre ellos que charlaban, se peleaban, reían delante de las tiendas, de las posadas y de las tabernas. Había varios carromatos que se arrastraban pesadamente ó estaban parados en mitad del camino. Todo revelaba la proximidad de la ciudad.

Después de haberse erguido sobre el pescante para hacer resaltar su figura, el cochero fustigó á los caballos y consiguió hacerles atravesar al trote largo aquella calle del pueblo, á riesgo de atropellar la multitud que la llenaba.

La troika no se detuvo hasta la orilla de un río que separaba el pueblo de la ciudad y que se atravesaba por medio de una barca muy ancha.

Esta se hallaba entonces en mitad del río avanzando hacia la orilla en que estaba Neklindoff. Había allí unas veinte carretas que la esperaban; pero los hombres que la conducían, indicaron al cochero de Neklindoff que podría entrar el carruaje antes que los demás, y cuando la barca estuvo llena cerraron la barrera que permitía entrar en ella, sin cuidarse de las protestas de los numerosos carreteros cuyos carruajes no habían encontrado sitio.

Lentamente se alejó la barca sobre la superficie del agua, sin más ruido que el que producían las olas, estrellándose contra sus bandas y las herraduras de los caballos golpeando la cubierta.

XXI

Neklindoff permanecía de pie con los ojos fijos en la rápida corriente del río. Su imaginación le representaba una después de otra, dos visiones: la de Kriltzoff agonizando sobre la paja del carruaje con su mirada irritada, y la imagen de Katuscha, caminando con paso vivo á lo largo de la carretera, en compañía de Wladimiro Simónson.

Una de esas dos imágenes, la de Kriltzoff, que no se resignaba á morir, resultaba espantosa y lamentable; la otra, la de Katuscha habiendo encontrado á un hombre como Simonson para amarla, y marchando por el camino del bien con el mismo paso vivo con que seguía la carretera, sólo despertaba ideas alegres y reconfortantes; y sin embargo, ambas imágenes eran para Neklindoff igualmente crueles, y no conseguía arrojarlas de su mente, y en ella se mezclaban y confundían para producir una impresión total de pesar ó de tristeza.

El viento trajo en sus alas el sonido argentino de una campana, anunciando alguna función religiosa en la ciudad. El cochero de Neklindoff y los demás pasajeros se descubrieron y se persignaron. Unicamente un viejecito haraposo permaneció cubierto y no hizo el signo de la cruz, y continuó inmóvil con las manos en la espalda.

—¡Eh, tú, viejo! ¿Por qué no te persignas?—preguntó el cochero de Neklindoff después de ponerse de nuevo la gorra.—¿No estás bautizado?

—¿Persignarme? ¿Rogar?—dijo el viejo haraposo acercándose al cochero y mirándole.—¿A quién he de rogar?

—¡Vaya una pregunta! ¿No crees acaso en Dios?

—¿Y tú le conoces? ¿Sabes dónde está?

Había algo tan serio y duro en la expresión del viejo, que el cochero evidentemente se sintió algo intimidado. Pero como había varios curiosos que escuchaban, siguió la conversación á fin de parecer que no retrocedía.

—¿Dónde está Dios? ¿No sabes, torpe, que está en el cielo?

—¿Le has visto allí, acaso? ¿Has estado en el cielo?

—¡Eso no, no he estado! Pero todo el mundo sabe que se debe rogar á Dios.

—¡Nadie ha visto nunca á Dios! ¡Su Hijo Unico, que vive en el seno del Padre, lo ha dicho!—repuso el viejo con su voz severa, frunciendo el entrecejo.

—Entonces, ¿no eres cristiano? ¿Eres idólatra?—preguntó el cochero, y se volvió y escupió en señal de desprecio.

—¿De qué religión eres?—preguntó al viejo un carretero que estaba junto á sus caballos.

—No tengo ninguna religión. No creo sino en mí mismo,—contestó el viejo con su mirada irritada.

—¿Y cómo se puede creer en si mismo?—preguntó Neklindoff más ó menos extrañado de lo que oía.

—¡Es el único modo de no engañarse!

—Entonces, ¿de dónde proviene que haya tantas religiones?

—Eso proviene de que se cree en los otros. Yo también creí en otro tiempo en los demás y me equivoqué, y no supe encontrar mi camino; de tal manera me enredé que creí que jamás podría saber la verdad. Encontré antiguos creyentes y nuevos creyentes, sábatistas, chistes, popovistas y no popovistas, y skoptzy! He visto gente de toda especie, y no hay ni una sola religión que no pretenda ser la verdadera.

Hay muchas religiones; pero el Espíritu es uno. Es el mismo en mí, y en ti y en los demás. Y eso quiere decir que cada cual debe creer en el Espíritu que alienta en él, y que así todo el mundo estará de acuerdo.

El viejo hablaba con voz cada vez más alta, fijando su mirada alrededor como si quisiera que oyeran sus palabras el mayor número posible de personas.

—¿Hace mucho tiempo que predicáis esto?—preguntó Neklindoff.

—¿Yo? Si; hace mucho tiempo. Van ya veintitrés años de persecuciones.

—¿Por qué?

—Por lo mismo que se persiguió á Cristo se me persigue á mí. Se me detiene, se me lleva ante los jueces, los sacerdotes, los escribas, los fariseos; se me encierra en los manicomios. Pero nada pueden contra mí, porque yo soy libre.

—¿Cómo te llamas? me preguntan. Creen que tengo un nombre; pero ni nombre tengo, he renunciado á todo; no tengo ni nombre, ni país, ni patria, ni nada; no tengo nada más que yo mismo. ¿Cómo me llaman? [Un hombre! ¿Qué edad tienes? Yo respondo que no cuento mi edad, y la verdad es que no la tengo porque el espíritu

que está en mí ha existido siempre, y existirá siempre. ¿Y tu padre? ¿Y tu madre? me dicen. No, no, les digo yo; en mi casa no hay ni padre ni madre exceptuando Dios y la tierra; Dios es mi padre y la tierra mi madre. ¿Y al Czar, me preguntan, no le reconoces y acatas? ¿Por qué no le acataría?

Reina por su cuenta y yo por la mía. ¡Toma! me dicen, es imposible hablar contigo. Yo les contesto: No te pido que hables conmigo. Entonces me martirizan.

—¿Dónde vas ahora?—preguntó Neklindoff.

—Voy á donde Dios me conducirá. Trabajo; y cuando no encuentro trabajo, mendigo,—contestó el viejo, en tanto que paseaba á su alrededor una mirada de triunfo.

La barca llegaba ya á la otra orilla. Neklindoff sacó su bolsillo y ofreció al anciano una moneda de plata. Pero el anciano la rehusó.

—No tomo nunca dinero. Solo acepto pan.

—¡Dispensa!

—No tengo de qué dispensarte. No me has ofendido. ¡Nadie puede ofenderme!—dijo el anciano, recogiendo el saco que tenía á sus pies.

La multitud se agitaba de nuevo dentro de la barca; se sacaba los carruajes y se enganchaba los caballos.

—¡Sois bien bondadoso de escuchar tanto á esa gente!— dijo á Neklindoff su cochero, saliendo de la barca.—Aviados estaríamos si escucháramos á todos esos vagabundos.

XII

Cuando el coche hubo llegado al muelle, el auriga se volvió de nuevo hacia Neklindoff.

—¿A qué fonda queréis ir?

—¡No lo sé! ¿Cuál es la mejor?

—La mejor es la «Siberia,» pero se está bien en casa Dukoff.

—Llévame á donde quieras.

El cochero fustigó los caballos, y el coche entró en la ciudad que era parecida á todas las ciudades, viéndose las mismas casas con techos planos, la misma gran iglesia, iguales tiendas, parecidos transeúntes, y los mismos guardias municipales. La única diferencia consistía en que las casas eran de madera y las calles no estaban empedradas.

En la más animada de esas calles, el cochero detuvo su troika ante una fonda; pero estaba llena y hubo que buscar por otra parte.

Neklindoff consiguió al cabo alojarse. Por primera vez, desde hacía dos meses, volvía á estar en una habitación decente, que reunía algunas de las comodidades á que desde niño estaba acostumbrado. No es que el cuarto que alquiló en la fonda Dukoff fuera muy lujoso, pero por lo menos era habitable, y al verlo sintió un verdadero alivio, comparándolo con los cuartos de las posadas que ocupara durante las últimas noches. Antes de pensar en otra cosa se apresuró á deshacerse de los piojos, que le habían perseguido con tenacidad extraordinaria durante todo su viaje de etapa en etapa. Cuando hubo abierto sus maletas, se hizo conducir á una casa de baños, donde pasó más de una hora limpiándose.

Luego al volver á la fonda se puso un traje de calle, una camisa planchada, un pantalón de paño gris, una levita y un pardesú, á fin de visitar al gobernador.

Un coche tirado por un vigoroso caballo de la raza khirguiza le llevó al trote hasta el patio de una grande y hermosa construcción, ante la cual había dos centinelas y varios municipales. La casa estaba rodeada de un jardín donde dominaba la nota oscura de los pinabetes.

El gobernador estaba delicado y no recibía; pero Neklindoff rogó al lacayo que le pasara su tarjeta, y volvió el criado diciéndole, con amable sonrisa, que Su Excelencia le invitaba á pasar.

La antecámara, el lacayo, la escalera, el salón con el pavimento bruñido, todo aquello recordaba las casas de Peteraburgo, pero con menor grandiosidad y menos limpieza. Neklindoff no tuvo que aguardar mucho rato en el enorme salón. Apenas se hubo sentado le rogaron que en trara á ver al gobernador.

Ese alto funcionario, vestido con una bata amarilla y fumando un cigarrillo, estaba ocupado en beber grandes tragos de te en un vaso con adornos de plata. Era un hombre grueso, sanguíneo, calvo, con la nariz colorada, y unas venas hinchadas en la frente.

—Dispensadme, príncipe, si os recibo de este modo; pero más vale recibiros así, que no recibiros,—dijo sonriendo, en tanto que de nuevo se arrellenaba en su gran sillón.— Estoy delicado y no puedo salir del cuarto. ¿Qué es lo que nos causa el placer de veros en nuestro lejano reino?

—Acompaño una conducción de penados en qué viene una persona que me interesa,—contestó Neklindoff.—Precisamente de esa persona quisiera hablar á Vuestra Excelencia.

El gobernador estiró las piernas, bebió un sorbo de te, sacudió la ceniza de su cigarrillo en un cenicero de Malaquita, y fijando en Neklindoff sus ojillos húmedos y brillantes, se puso á escucharle con la mayor atención. Dos veces solamente le interrumpió para ofrecerle un vaso de te, y para invitarle á fumar.

El general, pertenecía á esa raza de funcionarios inteligentes que, por naturaleza y por raciocinio, procuran aunar la autoridad con la humanidad en el desempeño de su cargo. Pero como la naturaleza le

había dotado de gran talento y bondad, no tardó mucho en comprender que era inútil todo esfuerzo para mejorar las condiciones de los infelices, y para adormecer los escrúpulos y la voz imperiosa de su conciencia, se entregó á la bebida. Esa costumbre arraigó en él de tal manera, que después de treinta y cinco años de servir en el ejército y en la administración, se convirtió en un «alcohólico.» Tan impregnado estaba de aguardiente, que bastaba una copita ó un sorbo de vino para ponerle en completo estado de embriaguez. Pero no podía abstenerse de beber; así es que cada noche, desde muchos años atrás, estaba completamente borracho.

Tanto se había acostumbrado á tal estado, que jamás daba un traspies ni pronunciaba palabras incoherentes; aun cuando lo hubiese hecho, la alta posición que ocupaba hubiese impedido que se notara. Pero, como durante la mañana no se dedicaba á su funesta costumbre, Neklindoff le encontró en estado de comprender fácilmente sus deseos.

Las autoridades superiores de quienes dependía, no ignoraban su ñaco, pero como sabían que aun cuando aficionado á la bebida era más inteligente que la mayoría de los funcionarios, como era incapaz de comprometerse ni aun estando embriagado; como sabían que era atrevido y diestro, le habían dejado adelantar en su carrera, grado tras grado hasta llegar á la categoría de gobernador.

XXIII

Neklindoff, contó al gobernador el caso de la Máslova, su injusta pena, y le dió cuenta de que, antes de partir, había firmado una súplica de gracia al Emperador.

—Bien,—dijo el gobernador, después de escucharle atentamente.
—¿Y qué es lo que deseáis ahora?

—Me han prometido que la súplica sería examinada lo más pronto posible, y que la decisión imperial llegaría aquí en el transcurso de este mes...

Sin dejar de mirar á Neklindoff, el gobernador alargó su manaza de dedos cortos, tocó un timbre, y continuó escuchando.

—Qisiera, por lo tanto, pedir á Vuestra Excelencia que, si es posible, se permita permanecer á esa presa aquí, hasta saber si ha sido ó no desechada la súplica...

Neklindoff fué interrumpido por la entrada de un ordenanza.

—Mira si Vasilievna se ha levantado, y trae más té,— dijo el gobernador.

Luego, volviéndose hacia Neklindoff:

— ¿Qué más?

—Quería también pedirlos,—prosiguió el príncipe; algo en favor de un penado político que forma parte del mismo convoy.

—[Ah, ya!—exclamó el gobernador con amable tono de reprobación.

—Ese desdichado está enfermo, moribundo. Le tendrán que dejar en la enfermería de esta cárcel. Una de sus compañeras, otra detenida política, quisiera permanecer á su lado.

—¿No es pariente suya?

—No; pero está dispuesta á casarse con él si así puede lograr permanecer á su lado.

El gobernador, sin decir una palabra, continuaba mirando á Neklindof, como si hubiese quetido intimidarle por la fijeza de su mirada.

Cuando Neklindoff calló esperando respuesta, se levantó, cogió un libro, lo hojeó rápidamente y leyó un párrafo siguiendo su lectura con el dedo.

—¿A qué está condenada esa mujer?—preguntó al cabo levantando los ojos.

—A trabajos forzados.

—La situación del enfermo no se modificaría lo más mínimo por efecto de su matrimonio.

—Pero, es que...

—Dispensad. Si esa mujer se casara con un hombre libre, deberla continuar purgando su pena. La cuestión es saber cuál de los dos está condenado á mayor pena.

—Los dos tienen la misma: trabajos forzados á perpetuidad.

—Hé ahí una cuestión clara,—dijo sonriendo el gobernador.—Su matrimonio no modificaría en nada la suerte de uno ni de otro. Si él está enfermo se le guardará aquí y se hará cuanto sea posible para mejorar su estado; pero en cuanto á ella, aun cuando se case, tendrá que seguir la conducción...

—La generala está levantada y acaba de bajar para el desayuno,—anunció el ordenanza.

El gobernador movió la cabeza y prosiguió:

—De todos modos voy A pensar en ello. ¿Cómo se llaman esos penados? ¿Queréis poner sus nombres en ese papel?

Neklindoff escribió los nombres.

—¡Tampoco puedo permitirlo!—exclamó el gobernador cuando Neklindoff lo hubo pedido permiso para ver al enfermo.—No creáis, sin embargo, que sospeche de vos,—añadió.—Pero veo lo que ha ocurrido. Os interesáis por esa gente, queréis servirles y tenéis dinero. Aquí se vende todo. A menudo me dicen: ¡Deberíais acabar con la amabilidad! ¿Cómo hacerlo, cuando grandes y pequeños se venden? Y por otra parte, vigilad á todos los empleados en una extensión de 5000 versta! Cada uno de ellos es un emperadorcillo, como yo aquí.—añadió el gobernador con una sonora carcajada.—Si,

ya veo lo que ha ocurrido: durante todo el viaje, por medio de propinas, os han permitido ver A los presos políticos. ¿Verdad?

—Así es.

—Comprendo que hayáis obrado así; habéis hecho lo qua debíais. Queríais ver á un preso político, y empleabais los medios necesarios para verle. El oficial ó el carcelero del convoy os dejaba entrar mediante una propina, porque su mísero sueldo no le permite mantener á su familia sin esos gajes supletorios. Teníais razón uno y otro, y yo hubiese hecho lo mismo. Pero no puedo permitirme, en el sitio que ocupó, la menor infracción á la regla, y eso que soy indulgente por naturaleza. Me he encargado de una misión que me han confiado bajo determinadas condiciones, y debo justificar esa confianza. Es cuanto puedo deciros. Ahora, á vuestra vez, contadme algo de lo que pasa en Europa, en Petersburgo, en Moscou.

Y el gobernador hizo muchas preguntas á Neklindoff, menos por verdadera curiosidad que para mostrarse afable y patentizar su importancia.

—¿Y dónde paráis aquí? En casa Dukoff no se está mal, pero es mejor el «Hotel de Siberia.» A propósito,—añadió,—espero que vendréis á comer con nosotros. A las cinco. ¿Habláis el inglés?

—Si, lo hablo.

—Perfectamente; me alegro. Imaginaos que tenemos aquí á un inglés, un viajero. Ha obtenido autorización en Petersburgo, para visitar las prisiones de las etapas siberianas. Y precisamente, hoy come con nosotros. Venid sin falta, os lo agradeceré. Al propio tiempo os contestaré acerca de esa mujer que espera su gracia y de ese hombre enfermo. Ya veré lo que puedo hacer por ellos.

XXIV

Habiéndose despedido del gobernador, Neklindoff fué al correo. Se sentía más activo y dispuesto que otros días.

Las oficinas de correos estaban instaladas en una gran sala abovedada, húmeda y sombría. Detrás de la rejilla, una docena de empleados estaban sentados, charlando casi todos entre sí, en tanto que en el espacio reservado al público una multitud impaciente se agolpaba y empujaba. Cerca de la puerta un empleado viejo se ocupaba en sellar innumerables sobres, que iba pasando un colega.

Neklindoff no tuvo que esperar mucho tiempo. Su traje y su aspecto de barine le valieron que uno de los empleados le hiciera señal de que se acercara. Neklindoff, entregó su tarjeta, y el empleado, respetuosamente le entregó un fajo de cartas que le habían sido dirigidas á la lista.

Había cartas con dinero, otras particulares, algunos libros, folletos, diarios. A fin de hojear rápidamente todo aquello, Neklindoff, se sentó en un banco de madera, al lado de un soldado que tenía un registro en la mano. Entre los sobres, había uno de grandes dimensiones con un lacre rojo muy imponente. Abrió el sobre; miró la firma de la carta y sintió que la sangre le afluía al rostro, y que le latía arrebatadamente el corazón. La carta llevaba la firma de Selenin, su antiguo amigo, que era ahora fiscal del senado; dentro de la carta había un documento oficial.

Era la respuesta á la súplica de la Máslova.

¿Qué encerraba aquella carta? ¿Era favorable ó adversa la respuesta? Neklindoff ardía en deseos de saberlo y, sin embargo, no se atrevía á leer la carta que debía sacarle de dudas. Al cabo tuvo el valor de descifrar las líneas que le enviaba Selenim, y lanzó un suspiro de alivio. ¡La gracia de la Máslova estaba concedida!

«Querido amigo,—escribía Selenin,—nuestra última entrevista me produjo impresión profunda. Tenías razón en cuanto á la Máslova. He estudiado detenidamente el asunto, y he advertido que su condena provenía de un error evidente. De todos modos era imposible anular la sentencia; así es que me dirigí á la comisión de súplicas de gracia, y supe que se había ya recibido. A Dios gracias he conseguido mi objeto. Te incluyo copia del decreto, y te la envío á la dirección que me indica la condesa Catalina Ivanovna. En cuanto al decreto original se ha enviado á la Máslova, á la ciudad donde se ha pronunciado la sentencia; pero supongo que lo habrán remitido ya para entregarlo á tu protegida. De todos modos me apresuro á darte la buena noticia y te estrecha afectuosamente la mano, tu
SELENIN.»

El decreto del que Selenin enviaba copia á Neklindoff decía:

«Cancillería de su Grandeza Imperial. Departamento de Gracias. Por orden de su grandeza imperial, la llamada Catalina Máslova queda informada de que su Grandeza Imperial, habido conocimiento de bu súplica, se ha dignado cambiar la pena de cuatro años de trabajos forzados, en que incurrió, en la de cuatro años de deportación en cualquier gobierno de las fronteras de Siberia.»

¡Dichosa, y deseada noticia! Realizaba cuanto Neklindoff podía desear para Katiuscha y para sí mismo. Pero pensó en seguida que aquel cambio de situación de la Máslova, modificaría profundamente sus relaciones con ella. En tanto que hubiese durado la condena á trabajos forzados, el matrimonio que se proponía contraer con ella era una unión ficticia, y sólo significaba un alivio para la situación de la Máslova. Pero, ahora, el matrimonio tenía una significación más seria; nada impedía que Neklindoff y Katiuscha hicieran vida común, como deben haber marido y mujer. Y Neklindoff, al pensar en aquello, sentíase acometido de un antiguo terror. Se preguntaba con angustia si sería capaz de soportar esa vida común; y fuerza era que se confesara que esa vida le asustaba.

Luego le asaltó el recuerdo de las relaciones de Katiuscha y Simonson. ¿Qué significaban las palabras que le había dicho la

víspera? Si consentía en casarse con Simonson, ese matrimonio ¿sería un beneficio para ella? ¿sería un beneficio para él, Neklindoff?

Todas aquellas preguntas se hacia, y no acertaba á contestarlas; de manera que una vez más recurrió á su recurso ordinario. «Decidiré eso más tarde, después—pensó.— Ahora, lo primero que debo hacer, es comunicar la noticia á Katuscha y activar las formalidades de su liberación.» La copia que le habia enviado Selenin bastaría sin duda, en tanto que llegaba el decreto original.

Y Neklindoff, saliendo de correos, se hizo conducir á la prisión donde debían estar internados los prisioneros del convoy.

XXV

Aun cuando el gobernador le prohibió en absoluto la entrada en la cárcel, Neklindoff sabia por experiencia que lo que no podía conseguirse fácilmente de las autoridades superiores, se alcanzaba sin gran trabajo de las subalternas. Esperaba, pues, que el director de la cárcel le autorizaría para ver á la Máslova y comunicarle la buena noticia. Esperaba también que podría ver á Kriltzoff para darle cuenta de su entrevista con el gobernador.

El alcaide de la cárcel era un hombre alto y recio, de imponente aspecto y grandes bigotazos. Acogió severamente á Neklindoff y le declaró en seguida que de ningún modo podía permitirle que viera á la presa. Y como el príncipe le dijera que hasta en las grandes ciudades se le habia permitido entrar en la prisión, replicó con tono seco:

—¡Es posible; pero yo no puedo dejaros entrar!

Su tono quería decir claramente:

—Vosotros, señores de la capital, imagináis que nos deslumbraréis y fastidiaréis. ¡Ca! En Siberia os demostraremos que conocemos nuestro deber y que podemos enseñaros el vuestro.

Neklindoff le presentó copia del decreto, indultando A la Máslova; pero no produjo efecto alguno en aquel hombrón. No solamente se negó A dejar entrar A Neklindoff, sino que ni siquiera quiso decirle si el convoy había llegado. Y al preguntarle ingenuamente si aquella copia del decreto bastaría para libertar A la Máslova, sonrió con tanto desdén, que el príncipe se avergonzó de su torpeza. El director llevó, sin embargo, su amabilidad hasta el extremo de afirmarle que pondría en seguida en libertad, sin tardar una hora, á la Máslova, en cuanto sus jefes le transmitieran la orden.

El príncipe, sin haber podido obtener nada, subió al coche y volvió á su hotel.

En el camino le dijo el cochero que la conducción había ya llegado, y que si no dejaban entrar en la cárcel era porque se había declarado una epidemia de tifus.

—¡Es natural!—declaraba el cochero;—tienen en las salas doble número de presos del que pueden contener, de modo, que no es de extrañar que mueran veinte por día!

XXVI

Su fracaso cerca del alcaide no agotó la actividad que aquel día dominaba á Neklindoff. En vez de subir á su cuarto, cambió de parecer y volvió al palacio del gobernador, á fin de preguntar en las oficinas si se había recibido el indulto de la Máslova. Se fué á pie, muy contento de haber encontrado un pretexto para olvidar el pensamiento que le atormentaba. Cuando supo que aun no se había

recibido el decreto, pasó lo menos una hora escribiendo cartas. Escribió á Selenin, á su tía, á su abogado, extrañando aquel retardo que nada tenia de anormal.

Al acabar las cartas miró el reloj y vió con satisfacción que apenas le quedaba tiempo para vestirse para la comida del gobernador.

Pero, apenas en la calle, de nuevo le asaltó un importuno pensamiento. ¿Cómo acogería Katiuscha su conmutación de pena? ¿Dónde querría habitar? ¿Qué haría Simonsón? ¿Qué pensaba de él la joven; qué sentimientos eran los suyos para con él?

Neklindoff recordó el cambio que se habia operado en Katiuscha; sus visitas en la cárcel; la sonrisa que le dirigiera á través de la ventanilla enrejada al marchar el convoy.

«Es preciso olvidar todo eso, arrancarlo de mí,»—pensó; y nuevamente trató de olvidar á la joven.—«Pronto la veré iy todo se resolverá entonces!» Y pensó cómo insistiría para que el gobernador le dejara entrar en la cárcel.

La comida del gobernador, organizada con el lujo acostumbrado en tales casos, agradó sobre manera á Neklindoff, después de aquellos dos largos meses de verse privado no sólo de todo lujo sino de las más precisas comodidades.

La esposa del gobernador, antigua dama de honor de la corte de Nicolás I, era una gran señora petersburguesa de la antigua escuela. Hablaba perfectamente el francés y bastante mal el ruso. Se mantenía muy erguida y procuraba no apartar nunca los codos del cuerpo. Mostraba á su marido una estimación un tanto desdeñosa; pero era amable en extremo con sus huéspedes, procurando que sus atenciones corrieran parejas con la importancia de cada uno de ellos.

Recibió á Neklindoff como á un hombre de su clase, rodeándole de esas ligeras é insensibles atenciones que hicieron que una vez más se diera cuenta cabal de su valer y estuviese plenamente satisfecho de sí, mismo. Dió á entender, de un modo muy diccreto, que conocía los sentimientos un tanto singulares que le habían hecho ir á Siberia;

y comprendió que le tenía por un hombre excepcional. Aquellas atenciones, la atmósfera de bienestar y lujo que reinaba en aquella casa, todo hizo que Neklindoff se abandonara al placer de saborear una buena comida en compañía de personas amables y distinguidas. Sintió la impresión de que se hallaba en un terreno que le era familiar, en su verdadero centro, como si todo lo que había visto y oído durante los últimos tiempos no hubiese sido sino un sueño.

Además del general, su mujer, su hija y su yerno, estaban en la mesa un rico comerciante dueño de unas minas de oro, un alto empleado retirado y el viajero inglés, de quien ya le hablara el gobernador. Con todos ellos trabó de buena gana, conocimiento el príncipe.

El viajero inglés era un hombre rojo y lleno de salud que hablaba el francés bastante mal, pero muy elocuente en cuanto podía expresarse libremente en su idioma. Sabía y había visto mucho, é interesó vivamente al príncipe hablándole de sus recuerdos de América y el Japón, de la India y Siberia.

El joven propietario de las minas, hijo de aldeanos, vestido á la última moda y con botonadura de brillantes, resultó también una persona muy agradable. Tenía pasión por los libros, gastaba grandes sumas en obras benéficas y estaba al corriente de los progresos de la opinión liberal de Europa. A Neklindoff le encantó, no sólo porque era un hombre de conversación agradable, sino porque representaba un nuevo y simpático fenómeno social: el de un ingerto afortunado de la civilización europea en el robusto tronco de la naturaleza rusa.

El alto empleado era un buen señor gordo, de escaso pelo muy rizado, con una barriga respetable, ojos azules siempre pitarrosos y una agradable sonrisa. Hablaba poco y sin brillantez, pero el gobernador le estimaba porque había dado pruebas de relativa honradez. La generala le apreciaba aún más porque era un músico entusiástico, un pianista distinguido, y tocaba con ella piezas á cuatro manos. Tan benévolo era el humor de Neklindoff aquel día, que también quedó encantado de trabar conocimiento con el empleado.

Pero ninguno de esos invitados produjo tan agradable impresión en Neklindoff, como la pareja que formaban la hija y el yerno del gobernador. Ella no era linda, pero su rostro respiraba una dulzura ingenua. No pensaba sino en sus hijos. Su marido, con quien se casó muy enamorada, un tanto á disgusto de sus padres, era un antiguo premiado de la Universidad de Moscou. Modesto, tímido é inteligente, descansaba de los trabajos del servicio, ocupándose en cuestiones de estadística, y nadie mejor que él estaba al corriente del movimiento de extranjeros en Siberia.

Todos acogieron á Neklindoff y le agasajaron á porña, porque rara vez tenían ocasión de encontrar caras nuevas. El gobernador, que iba de gran uniforme, con una cruz blanca en el pecho, habló con él como con un antiguo amigo. Neklindoff le contó lo que había hecho, y al decirle que había llegado el indulto de la Máslova y pedirle de nuevo que le dejara entrar en la cárcel, frunció el gobernador el entrecejo é hizo como quien no oye. Evidentemente no quería hablar de negocios en la mesa.

—¿Un poco más de este vino?—preguntó en francés al inglés.

Este contó que durante el día había visitado la Catedral y dos fábricas, y añadió que le gustaría ver la gran cárcel de los deportados.

--Bueno,—exclamó el gobernador;—¡muy bien! Iréis los dos. Voy á firmar un pase.

—¿No os gustaría ver la cárcel por la noche?—preguntó Neklindoff al viajero.

—Sí; precisamente quería rogaros que me dierais permiso,—dijo el inglés al gobernador.

—A esa hora todos los presos están en sus cuadras y se puede formar cabal concepto de su vida.

—¡Ah! ¡ah! ¡El mozo quiere ver la fiesta en todo su esplendor!—exclamó el general, que hasta entonces había disimulado muy bien su embriaguez.

—¡Bueno! Pues la verá. He escrito veinte veces á Petersburgo quejándome; quizá hagan más caso cuando vean las mismas quejas en la prensa extranjera.

Después varió la conversación. Se habló del Tonkin, de que trataban los diarios de Siberia, y el gobernador citó algunos ejemplos de la corrupción de los funcionarios siberianos.

Hacia el final de la comida, la conversación languideció

ó por lo menos así ge le antojó á Neklindoff. Pero después de la comida, la dueña tuvo la idea de interrogar al viajero acerca de Gladstone, y Neklindoff notó que las respuestas del inglés eran muy oportunas. Después de comer y beber á gusto, rodeado de personas amables, Neklindoff, sentado en un cómodo sillón, estaba satisfecho de si mismo y de los demás. Y cuando la dueña de la casa, á petición del inglés, se puso al piano y tocó la sinfonía en dó menor, de Beethoven, Neklindoff experimentó una sensación de bienestar indecible. Era como si de nuevo hubiese reconocido su propio valor.

El piano era excelente y Neklindoff, que se sabía de memoria la sinfonía, tuvo que confesar que pocas veces la había oído tocar con tanta maestría. Al oír el admirable andante, apenas si pudo contener las lágrimas. Se enterneció por Katiuscha y por sí mismo, y por Natalia, aquella hermana que en otras épocas tanto le quiso.

Después de dar las gracias á la señora por el goce estético que le había proporcionado, se levantó para despedirse; pero la hija del gobernador se le acercó y le dijo ruborizándose:

—Habéis tenido la bondad de preguntar por mis hijos: ¿queréis verlos?

—¡Esta imagina que es una gran dicha ver á sus hijos! —dijo su madre, sonriendo con indulgencia por aquella falta de tacto de su hija.

— El príncipe no tiene ningún deseo de verlos.

—¡Al contrario, señora; al contrario! Creed que tendré una verdadera satisfacción en verlos,—replicó Neklindoff profundamente conmovido por aquella expansión de amor maternal.

—¡Se lleva al príncipe á ver á sus arrapiezos! —exclamó la voz del general, que jugaba al whist en un extremo del salón con su yerno y el propietario de las minas.—Ea, amigo mío, ya os ha caído trabajo.

La joven, conmovida al pensar que un extraño iba á

emitir juicio sobre sus hijos, salió del salón seguida de Neklindoff. En una habitación espaciosa forrada de blanco, iluminada por una lámpara, cuya pantalla de color oscuro tamizaba la luz, había dos camitas, una al lado de otra; junto á ellas estaba sentada una nodriza con una valona blanca y de buen aspecto. Se levantó para saludar á la señorita.

Esta, apenas hubo entrado, se inclinó sobre una de las camitas.

—¡Esta es mi Katia!—dijo, apartando las cortinas para que pudiera verse bien la carita encantadora de una niña de dos años, que dormía tranquilamente con la boca entreabierta.

—¿Verdad que es bonita? ¡Sólo tiene dos años!

—¡Preciosa!

—¡Y aquí está Vaska, como le llama su abuelo! Esteno se parece á la niña. Es un verdadero siberiano, ¿verdad?

—¡Es un niño soberbio!—contestó Neklindoff mirando el bebé coloradote y mofletudo.

La madre, de pie junto á él, sonreía dulcemente.

De repente Neklindoff se acordó de las cadenas, de las cabezas afeitadas, de los puñetazos en los ojos, de Kriltzov moribundo, de Katuscha. Y sintió un agudo sufrimiento, y deploró no poseer una dicha como la que veía tan tranquila y pura!

Después de ponderar la belleza de los niños ante su madre, Neklindoff volvió al salón donde le esperaba el inglés para visitar la

cárcel. Se despidieron, se cambiaron mil cumplidos y Neklindoff salió junto con el inglés de la hospitalaria casa del gobernador.

El tiempo había cambiado. Caía la nieve espesa y ya había cubierto el piso del patio, los escalones, el techo del carruaje y el lomo de los caballos. Neklindoff subió al coche con su compañero y ordenó al cochero ir a la cárcel.

XXVI

En vano la nieve adornó con un hermoso velo blanco el techo, el patio y las ventanas de la prisión; ésta con sus linternas rojas y su centinela, tenía siniestro aspecto.

El director, de rostro imponente, recibió a los visitantes en el umbral de la puerta. A la luz de las linternas leyó detenidamente el pase de Neklindoff, y después, limitándose a encogerse de hombros, como resignándose al capricho de su jefe, invitó a los dos visitantes a seguirle a su despacho. Allí les preguntó que es lo que querían ver.

Neklindoff le dijo que ante todo deseaba hablar con la Máslova, añadiendo que su compañero deseaba por su parte, preguntarle algo acerca del régimen interior de la prisión, a fin de poder visitar con más provecho las distintas dependencias de aquella.

El alcaide ordenó a un carcelero que fuera a buscar a la Máslova y la condujera al despacho.

—¿Cuántas personas puede contener la prisión?—preguntó el inglés por mediación de Neklindoff —¿Cuántas contiene en este momento? ¿Cuántos hombres? ¿Cuántas mujeres? ¿Cuántos niños? ¿Cuántos forzados, deportados y acompañantes libres? ¿Cuántos enfermos?

Neklindoff traducía las preguntas del inglés y las respuestas del alcaide á medida que las hacían y daban; pero eia incapaz de decir, si se lo hubieran preguntado, cuales eran aquellas preguntas y respuestas, pues la perspectiva de su conversaci3n con Katiuscha, la anonadaba.

Cuando en mitad de una frase que traducía oyó ruido de pasos en el corredor, cuando la puerta se abrió y cuando vió entrar un carcelero, conduciendo detrás de él, vestida de blanco, con su fichú en la cabeza á Katiuscha, cuando vió á Katiuscha, quedó como si toda la sangre de sus venas hubiera cesado bruscamente de correr.

«¡Quiero vivir, quiero tener una familia, hijos, quiero obtener mi parte de dicha!—murmuró en su interior una voz que desde mucho tiempo atrás no había oido.

Se levantó, dió algunos pasos hacia Katiuscha. Esta no había dicho nada todavía; pero estaba colorada, animada y le miraba con una expresi3n que le irritó. Era una expresi3n que no le había visto nunca, mezclada de fría resoluci3n y de pasi3n ardiente. Se ruborizaba y palidecía; sus dedos arrollaban y desarrollaban una punta de su túnica; y tan pronto le miraba en pleno rostro, como bajaba tímidamente los ojos.

—¿Sabes la noticia?—preguntó Neklindoff.

—Sí, me la han dicho. Pero ahora estoy decidida, voy á casarme con Vladimiro ivanovitch...

Hablaba muy aprisa, sin detenerse. Evidentemente había estudiado las frases que pronunciaba.

—¿Cómo? ¿con Vladimiro Ivanovitch?—preguntó Neklindoff.

Ella le interrumpió:

—¿Sí, que tiene de particular eso? Lo quiere él, quiere que viva con él...

Se detuvo como asustada, luego repuso:

—¿Quiere que viva junto á él. Qué más puedo desear? Quizá esté contento. ¿Quién sabe si llegaré á ser útil?... Que puedo...

Una de dos; —O bien se había enamorado de Simonson y entonces no necesitaba del sacrificio de Neklindoff, ó por lo contrario le amaba á él, y para libertarle de su carga se casaba con el revolucionario.

Neklindoff comprendió claramente aquella alternativa y sintió vergüenza, y sintió que se ruborizaba.

—Si le amas...—dijo.

—¿Qué queréis? ¿Jamás he conocido hombres de esa especie? ¿Cómo no amarles? ¡Y además Vladimiro Ivanovitch es tan distinto de los otros!

—Sin duda,—exclamó Neklindoff con voz temblorosa.—Es un hombre excelente y creo que...

Pero Katuscha le interrumpió como si hubiera temido que dijera lo que iba á decir. Quizá era que quería ella decirlo todo.

—No, no. Es preciso que nos perdonéis si no hacemos lo que queréis. Vos tenéis necesidad de vivir.

Lo que acababa de decir, lo que se había dicho ya en el cuarto de los niños, en casa del gobernador, Katuscha se lo repetía.

Pero ya no pensaba en todo ello. De ello ya no quedaba ni una remota idea en él; de nuevo tenía otros pensamientos y otras ideas. Sentía vergüenza, miedo y una angustia indecible.

—¿Es decir, que todo ha acabado entre nosotros?—preguntó.

—Si, ies de creer que sí—contestó ella con una extraña sonrisa.

—Cree que sería muy dichoso en poder servirte para algo...

—¡No tenemos necesidad de nada! (Al decir tenednos miró fijamente á Neklindoff). ¡Os debo ya mucho! A no ser por vos...

No pudo acabar la frase, la voz se le anudó en la garganta. Bajó la cabeza y calló.

—No sé quién de los dos debe más al otro. ¡Dios nos ve y nos juzga!—repuso Neklindoff.

—¡Sí, sí, eso es, Dios nos vé! —murmuró Katiuscha.

—¿Are you ready? (¿Estáis listos?) —preguntó el inglés.

—En seguida,—replicó Neklindoff.

Luego esforzándose por contener su angustia, interrogó á Katiuscha sobre el estado de Kriltzoff.

Katiuscha se había serenado también. Con un acento casi tranquilo, dijo cuanto sabía: que Kriltzoff sufrió mucho durante el trayecto y que desde que llegó estaba en la enfermería.

María Paulovna había pedido permiso para cuidarle, pero se lo habían negado.

—¡Ahora tengo que volver allá!—añadió la joven viendo que el inglés se impacientaba.

—¡No nos despedamos aún, os volveré á ver!—dijo Neklindoff tendiéndole la mano.

—¡No, adiós, adiós!—contestó Katiuscha con tono resuelto.

Entonces sus ojos se encontraron: y en la mirada de los ojos un poco bizcos de Katiuscha, en su triste sonrisa, en la manera como pronunció la palabra adiós, Neklindoff comprendió que de las dos explicaciones posibles de su conducta, era la segunda la única verdadera. Comprendió que le amaba, que le amaba de todo corazón como en la noche que la había besado al salir de la iglesia. Y comprendió que la joven pensaba que casándose con él le impondría un sacrificio, que destruiría su vida; en tanto que casándose con Simonson le libertaba.

Estrechó la mano que el príncipe le tendía, se volvió bruscamente y salió.

El inglés hubiera querido visitar en seguida las salas; pero viendo la emoción que hacía temblar las manos de Neklindoff tuvo un escrúpulo y fingió que debía anotar algunos detalles en su libro de

memorias. Neklindoff se sentó en un banco. Su corazón estaba lleno de vergüenza

y desesperación. Estuvo quieto unos momentos sin poder pensar en nada.

—Y bien, señores, ¿visitamos las salas de la cárcel?— preguntó el alcaide.

Neklindoff se levantó estremeciéndose. El inglés cerró su libro de memorias y se pusieron en marcha.

XVIII

I

Después de atravesar un sombrío y mal oliente corredor, tanto más pestilente cuanto que la basura estaba allí amontonada, Neklindoff y el inglés, acompañados del director, penetraron en la primera sala de los condenados á trabajos forzados. Había allí cerca de setenta presos, la mayoría acostados ya. Las camas estaban todas juntas en el centro de la sala, de manera que los presos se hallaban acostados unos al lado de otros.

Al entrar los visitantes, todos se incorporaron bruscamente con gran ruido de cadenas, y Neklindoff se asombró al ver el brillo de sus cráneos recién afeitados.

Dos de ellos no se levantaron. Uno era un joven con el rostro muy colorado y estremecido por la fiebre; el otro, de más edad, no paraba un momento de gemir.

El inglés preguntó si el joven estaba enfermo desde mucho tiempo. Únicamente lo estaba desde la mañana; pero el otro preso padecía una afección del estómago y esperaban que hubiese un sitio vacante en la enfermería para trasladarle.

El inglés rogó á Neklindoff que tradujera á los presos algunas palabras que quería decirles; y le dijo que al mismo tiempo que viajaba por Siberia para estudiar el régi men de la deportación, ge habia encargado de esparcir entre los deportados la buena palabra evangélica.

—Quisiera decirles que Cristo ha muerto para salvarles. ¡Si creen en El se salvarán! Este es el libro que lo dice.

Rogó á Neklindofi que tradujera estas palabras y después sacó de un bolsillo un paquete de «Nuevos Testamentos» encuadernados en cartón de diversos colores. En seguida, una porción de manos gruesas con uñas negras se acercaron á los libros, rechazándose unas á otras. Distribuyó entre ellas algunos ejemplares del libro y salió para pasar á otra sala.

En la segunda sala, ocurrió la misma escena. La misma falta de aire, el mismo hedor. Como en la primera, una imagen piadosa colgaba entre dos ventanas, en frente del zambullo. Como en aquella, unos sesenta hombres, ya acostados, se levantaron al acercarse ellos. Pero esta vez hubo tres hombres que no pudieron levantarse: dos se incorporaron algo en el camastro; el tercero no lanzó siquiera una mirada á los visitantes. El inglés rogó á Neklindoff que repitiera su discurso y distribuyó de nuevo algunos Evangelios.

En la otra sala habia también tres enfermos. El inglés preguntó al alcaide por qué no se juntaba en una misma sala á los enfermos; pero el director le contestó que ellos no lo querían, que su enfermedad no era contagiosa y que el enfermero les visitaba y les cuidaba con mucho celo.

—¡Si, hace quince días que no se le ve la pinta!—murmuró una voz.

El director, sin hacer caso, pasó á otra sala. En ella y en las demás, igual espectáculo se ofreció á los ojos de los visitantes, y ocurrió una escena igual. Y el mismo espectáculo y la misma escena vieron en las cuadras de los deportados que en las de los condenados á prisión. En todas partes, Neklindoff y su compañero vieron á los mismos hombres hambrientos, desocupados, enfermos, humillados, socarrones, más parecidos á bestias que á criaturas humanas.

Al cabo de media hora, el inglés que habia ya agotado su provisión de evangelios, renunció á hacer traducir por Neklindoff, su alocución. Evidentemente, el horror de lo que veia y sobre todo aquel tremendo hedor que reinaba en todas partes, habían ejercido una acción deprimente sobre él. Al pasar de cuadra en cuadra, se contentaba con responder \All righthl á cuantas observaciones hacia el director.

Neklindoff parecia vivir en un sueño, sin ver nada, sin fuerzas para marchar y para quedarse; y de minuto en minuto se sentía más avergonzado y desesperado.

II

En una de las últimas cuadras que visitaron, Neklindoff tuvo un encuentro que le sacó de su modorra. Vió entre los deportados el mismo extraño viejecito que durante la mañana tuvo por vecino en la barca. Ese anciano, vestido con una camisa desgarrada y un pantalón remendado, con los pies desnudos, estaba sentado en el suelo, en un rincón y miraba á los visitantes con expresión severa. Su rostro arrugado, parecia más concentrado todavía y más animado que en la barca. En tanto que todos los presos de la sala al entrar el director se habían levantado con un movimiento rápido, el viejo

continuaba sentado. Brillaban sus ojos y sus cejas se fruncían con cólera.

—¡Ea, de pie! le gritó el alcaide.

Pero el viejo se encogió de hombros y sonrió con desdén.

—Son tus lacayos los que se ponen de pie ante tí. Yo no soy tu criado. ¡Tienes la señal aquí, en tu frente!... — añadió el viejo con acento exaltado.

—¿Qué es eso?—preguntó el director con aire de amenaza.

—Conozco á este hombre,—intervino Neklindoff,—es un sér original. ¿Por qué está en la cárcel?

—La policía nos lo ha enviado como vagabundo. En vano suplicamos que no nos envíen más. No nos escuchan siquiera,— contestó el director.

— ¡A lo que veo, tú también perteneces al ejército del Anticristo!— dijo el viejecito, dirigiéndose á Neklindoff.

—No, yo he venido para ver esto.

—¡Ah! ¡ah! ¿Ha venido para ver cómo el Anticristo tortura á los hombres? ¡Pues bien, mira! Les ha cogido y metido en la cárcel, en número suficiente para formar un ejército. El deber de los hombres es ganarse el pan con el sudor de su frente: y él, el Antecristo, les mantiene sin trabajar, como puercos, para convertirlos en puercos.

—¿Qué dice?—preguntó el inglés.

Neklindoff le contestó que el viejo acusaba al director y á los otros empleados por tener contra toda justicia, á muchos hombres en la cárcel.

—Preguntadle cómo se las arreglaría él con aquellos que no observan la ley,—dijo sonriendo el inglés.

Neklindoff tradujo la pregunta.

El viejecito se echó á reir, enseñando algunos dientes negros y rotos.

— ¡La ley!—exclamó con desprecio,—¡ah! si, ya puedes hablarme de la ley. Empezó por apoderarse de la tierra, despojó á los hombres de todas sus riquezas y suprime á cuanto" le resisten; y en seguida escribió la ley para decir que no se debe robar ni matar. Te aseguro que no hubiera escrito antes de eso su ley.

El inglés sonrió de nuevo cuando Neklindoff le hubo traducido esta respuesta.

—Preguntadle qué debe hacerse hoy por hoy, con los ladrones y asesinos.

—Contéstales,—dijo el anciano á Neklindoff,—que debe empezar primeramente por borrar la mancha del Anticristo y que si lo hace ya tendrá bastante trabajo y no se podrá ocupar de ladrones ni asesinos. ¡Ea, repítele esto en mi lengua!

—[Es divertido!—dijo el inglés oyendo esta respuesta. Sonrió de nuevo y salió de la estancia.

Neklindoff se había quedado atrás; el viejo dirigiéndose á él, prosiguió:

—Cúidate de tus asuntos y no te des pena por los de los otros. Dios sólo es quien sabe castigar y recompensar. Nosotros nada sabemos.

Luego, como si hubiese renunciado á querer convertir á Neklindoff.

—Pero, no; nada tengo que decirte. Vete, sigue tu camino. Ahora ya has visto como los esclavos del Anticristo dan criaturas humanas para pasto de los piojos. ¡Vete ahora á divertirte á otra parte!

III

Cuando Neklindoff alcanzó á sus compañeros en el corredor, el inglés se habia detenido ante la puerta entreabierta de una pieza sombría y preguntaba al alcaide para qué servía. Este respondió que era el depósito de cadáveres.

—[Ah! ¿de veras?—dijo el inglés, cuando el príncipe le hubo traducido la respuesta,—celebraría verlo.

El alcaide hizo traer una lámpara é introdujo á los visitantes. Era una gran sala cuadrada, igual á las demás. En un rincón habia unos sacos, en otro un montón de leña; en el centro, yacían sobre camastros cuatro cadáveres.

El primero, en mangas de camisa y con un pantalón, tenia afeitada la mitad de la cabeza y llevaba una barbilla recortada en punta. El frío había ya puesto rígidos sus miembros: las manos, que evidentemente habían estado cruzadas sobre el pecho, se habían separado y los pies, desnudos, estaban separados también. Junto á él estaba tendida una vieja con túnica y sayas blancas, sin pelo apenas y con el rostro amarillo cubierto de arrugas y la nariz arremangada. Al lado de esta mujer, se hallaba el cadáver de un hombre que llevaba arrollado al cuello un pañuelo de seda azul. Neklindoff recordó haber visto ya aquel pañuelo, y se acercó examinando de cerca el cadáver.

Vió entonces una barba negra, un poco rizada, una nariz recta y sólida, una amplia frente blanca y una mata de pelo castaño, que sobre la frente empezaba á marcar una calvicie. Neklindoff reconoció aquellas facciones tan conocidas y casi no creía á sus ojos. La misma víspera había visto aquel rostro animado por la pasión y contraído por el sufrimiento: ahora lo veía inmóvil y tranquilo, revestido de una belleza que le causaba miedo.

Sí, era Kriltzoff, ó por lo menos lo que quedaba de su vida corporal.

«¿Por qué ha sufrido? ¿Por qué ha vivido? ¿Conoce por fin la verdad?» Esto se preguntaba Neklindoff mirando el cadáver, y á sí mismo se contestaba que no había verdad, que no había nada, nada sino la muerte. Envidiaba con toda su alma á Kriltzoff, que ya no sufría.

Sin acordarse siquiera de despedirse del inglés, que examinaba la sala mortuoria con interés de curioso, Neklindoff se hizo conducir fuera de la cárcel, para meditar más á su gusto en su habitación, acerca de cuanto le había ocurrido durante aquel día.

XXIX

Llegado á su cuarto, Neklindoff se puso á pasear arriba y abajo de un modo febril. Comprendía que sus relaciones con Katuscha habían terminado, terminado para siempre. Para siempre había dejado de ser útil á Katuscha; y aquel pensamiento le llenaba de tristeza y de vergüenza. Pero comprendía también que aquella idea no debía ocupar ya su atención en lo sucesivo, y que debía cuidar ahora de un asunto que, no solamente no estaba terminado, sino que se le imponía con fuerza avasalladora.

Sentía que estaba en presencia de algo espantosamente malo, que tenía el deber de destruir y que no sabía como destruir. Esa maldad es lo que en otro tiempo le perdió á él mismo, lo que perdió á Katuscha, lo que acababa de perder al querido y admirable Kriltzoff, que dormía allá abajo en compañía de desconocidos cadáveres.

Neklindoff veía centenares de hombres reclusos á una atmósfera pestilente por impasibles gobernadores, fiscales y alcaides de cárcel. Veía las miradas furibundas del viejecillo, desafiando á los «lacayos del Anticristo». Se le aparecía en la sala mortuoria el hermoso rostro de cera de Kriltzoff. Todo esto, toda la vida que le rodeaba, le producía el efecto de una horrible pesadilla. Otra vez se preguntaba si era él, Neklindoff, quien estaba loco, ó si eran locos aquellos que se tenían por cuerdos y toleraban tales horrores.

Después de haber pasearlo largo rato, se echó sobre un diván y maquinalmente tomó los Evangelios que el inglés le diera y que dejó sobre una mesa al vaciar los bolsillos de su pelliza.

—Hay gente que asegura que aquí se encuentra respuesta para todo,—pensaba abriendo el librito sin mirar la página. Leyó. Era un capítulo del Evangelio de San Mateo, el capítulo XXIII:

1. En aquel tiempo, los discípulos se acercaron á Jesús y le dijeron: t ¿Quién es el más grande en el reino de los cielos?

2. Entonces Jesús, habiendo llamado á un niño, le colocó entre ellos, g dijo:

3. ¡En verdad os digo que si no variáis y no tratáis de ser como los niños, no entraréis en el reino de los cielos.

4. El que se parecerá á este niño, ese será el más grande en el reino de los cielos.»

—¡Sí, eso es!—dijo Neklindoff recordando que sólo sintió la paz y la alegría de la vida cada vez que se empequeñeció, que procuró parecerse á los niños.

Leyó después:

5. El que recibirá & un niño en mi nombre, me recibirá á mí.

6. Pero si alguien escandaliza á uno de esos niños que creen en mí, más le valiera que le ataran una cuerda al cuello y que le echaran al fondo del mar.»

Neklindoff dejó de leer:—¿Qué querrá decir, el que recibirá y en mi nombre?—se preguntó sintiendo que aquellas palabras no encerraban ningún significado para él.—¿Qué quieren decir esa piedra al cuello y ese fondo del mar? No, eso no es para mí. Eso no está claro ni tiene sentido alguno.

Recordó que muchas veces ya durante su vida trató de leer los Evangelios y que siempre la obscuridad de algunos pasajes le había sorprendido.

Cogió, sin embargo, el libro otra vez, y leyó los cuatro versículos siguientes: Jesús hablaba de los escándalos y de la condenación de ciertos hombres que iban á la cárcel de fuego, de ciertos ángeles que pertenecen á ciertos niños y que ven «el rostro del Padre en los cielos».

—¡Qué lástima que todo eso esté tan obscuro y mal escrito!— pensaba;—pues en el fondo se ve que hay algo hermoso y digno de comprenderse.

Volvió á leer:

11. «¡Sabed que el hijo del hombre ha venido á rescatar y salvar á los que perecen!

12. ¿Qué os parece? ¿Si un hombre tiene cien ovejas y una de ellas se pierde, no tenga á las noventa y nueve restantes en la montaña para ir en busca de la que se ha perdido?

13. «Si consigue encontrarla, en verdad os digo que siente más alegría que por sentirse poseedor de las noventa y nueve que no se le han extraviado.

14. »Del mismo modo, no quiere la voluntad del Padre que ninguno de sus hijos perezca.»

—¡Sí, sin duda, no quiere el Padre que perezcan! ¡Pero esto no impide que mueran por centenares, por millares! ¡Y no hay ningún medio de salvarles!—pensó Neklindoff.

Leyó todavía algunos versículos:

21. Entonces Pedro, acercándose, le dijo: «Maestro, ¿cuántas veces deberé perdonar á mi hermano si me ofende? ¿Deberé perdonarle siete veces?»

22. Y Jesús le contestó: «¡No te digo siete veces, sino setenta veces siete veces!»

23. «¡Pues sucede en el reino de los cielos lo que ocurrió á un rey, que quiso hacer rendir cuentas á sus servidores!»

24. «Cuando hubo empezado á contar, le trajeron uno que debía diez mil talentos.

25. «Y porque no tenía de qué pagar, su amo ordenó que fuera vendido, él, su mujer y sus hijos, y cuanto tenía, á fin de que la deuda fuera satisfecha.

26. «Y ese servidor, cayendo á sus pies, se prosternó ante él, y le dijo: Señor, ten paciencia y te lo pagaré todo.

27. «Entonces el amo, movido á piedad, le dejó y aplazó el cobro de la deuda.

28. «Pero ese criado, habiendo salido, encontró á uno de sus compañeros de servicio que le debía cien dineros y lo estrangulaba diciendo: ¡dame lo que me debes!»

29. «Y su compañero, cayendo á sus pies, le suplicó diciendo: Ten paciencia y te pagaré.

30. «Pero el servidor no quiso tener paciencia é hizo aprisionar á su compañero hasta que hubo pagado su deuda.

31. «Sus otros compañeros, viendo lo que había ocurrido se entristecieron mucho y contaron á su amo lo que había ocurrido.

32. «Entonces el amo hizo veair al servidor y le dijo: Mal servidor, te he perdonado tu deuda porque me has suplicado.

33. «¿No debías tú también tener piedad de tu compañero como yo la tuve de tí?»

—¿Será eso?—exclamó de repente Neklindoff, después de haber leído aquellas palabras.—La respuesta que busco, ¿será esa?

Y la voz íntima de todo su ser le contestó:

—Sí, esa es, y no es otra.

El mismo fenómeno que ocurre á las personas acostumbradas á la vida espiritual, ocurrióle á Neklindoff... Un pensamiento que al principio les pareció extraño y paradójico, de repente se ilumina á sus ojos y aparece como una simple, clara, evidente verdad. Así de repente, á los ojos de Neklindoff apareció de un modo evidente que el único remedio para el mal que padecen los hombres, consiste en que no reconocen ellos siempre que tienen una deuda para con Dios y que, por consiguiente, no tienen derecho alguno de juzgar ni de castigar á los demás hombres. Comprendió de golpe que el espantoso mal que había presenciado en prisiones y convoyes, y que la tranquilidad de los que producían ese mal, dependía únicamente de una cosa muy sencilla. Todo provenía de que los hombres habían emprendido una cosa imposible: siendo malos ellos mismos, querían corregir á los demás. Hombres viciosos intentaban corregir á hombres viciosos. Y por serlo, sólo conseguían propagar el vicio en vez de corregirlo; estando corrompidos esparcían en torno su propia corrupción. La respuesta que Neklindoff buscaba con angustia sin acertar á hallarla, era la misma que Jesucristo había dado á Pedro: la respuesta era que se debía perdonar siempre, no siete veces, sino setenta veces siete veces.

—Nó, es imposible admitir que la cosa sea tan sencilla, —se decía Neklindoff.—Y, sin embargo, comprendía que era la única respuesta, no solamente bajo el punto de vista teórico, sino práctico y de inmediatos resultados. Le parecía aún extraño é increíble, acostumbrado como estaba á ideas opuestas; pero sentía y sabía que así era, sin duda alguna.

La objeción ordinaria que consistía en decir lo que habla qué hacer de ladrones y asesinos, no era de ningún peso para él. Aquella objeción únicamente hubiese tenido sentido si los castigos hicieran

disminuir los crímenes, si corrigieran á los criminales; pero la experiencia probaba lo contrario á Neklindoff. Desde tantos siglos antea como los hombres se dedicaban á perseguir el crimen, ¿lo habían suprimido ó atenuado siquiera? Lejos de ello, lejos de haberlo atenuado, contribuyeron á esparcirlo, depravando á los presos por las condenas que hacían sufrir á los prisioneros, añadiendo á los crímenes de los ladrones y asesinos, los de esos criminales que se llaman magistrados, fiscales, jueces de instrucción, verdugos, policías y alcaides.

Neklindoff comprendió que fatalmente debía ser así. Comprendió que si la sociedad y el orden social existían, no era gracias á la crueldad de magistrados y jueces, sino á pesar suyo, porque junto á ellos había hombres que amaban á sus semejantes.

El Evangelio había hablado al cabo al corazón de Neklindoff; se había revelado á él, como á todo hombre que lo lee. Y el príncipe leyó aún más páginas. Tomó el «Sermón de la Montaña», que siempre le había conmovido. Pero esta vez, leyéndolo, comprendió que aquella relación no era tan solo una colección de pensamientos nobles y de imágenes conmovedoras, exponiendo un ideal moral casi irrealizable. Advirtió que el «Sermón de la Montaña» contenía preceptos claros, precisos, sencillos, prácticos, de fácil aplicación y que ésta daría por rebultado la creación de una sociedad humana absolutamente nueva, suprimiendo toda violencia y toda injusticia, é inaugurando en la medida de la debilidad humana, el Reino de los Cielos sobre la tierra.

Esos preceptos eran cinco:

El primero consistía en decir que el hombre no solamente no debía matar al hombre, su hermano, sino que no debía irritarse contra él, ni despreciarle ni acusarle, y que si se había apaleado con otro hombre, debía reconciliarse con él antes de ofrecer ningún don á Dios; es decir, antes de unirse á Dios por medio de la oración mental.

El segundo precepto consistía en decir que el hombre no solamente no debía entregarse á la sensualidad, sino que no debía profanar la belleza de la mujer haciendo de ella un instrumento de su grosero placer, sino que debía, una vez casado con su mujer, considerarse como indisolublemente ligado á ella para siempre.

El tercer precepto consistía en decir al hombre que no debía prometer nada bajo juramento, no siendo, como no es, dueño de sí mismo ni de nada.

El cuarto precepto consistía en decir que el hombre no sólo no debía exigir ojo por ojo, sino que cuando le abofetearan debía presentar la otra mejilla; que debía perdonar las ofensas, soportarlas con resignación, no rehusar nada de lo que loa otros hombres exigieran de él.

Y el quinto precepto consistía en decir que el hombre no sólo no debía aborrecer á sus enemigos, ni luchar contra ellos, sino amarles, ayudarles y servirles.

Neklindoff se tendió en el diván y se puso á reflexionar. Recordando toda la miseria y toda la fealdad de la vida actual de los hombres, pensó en lo que fuera esa vida si los hombres consintieran en aplicar los preceptos que acababa de leer. Su descorazonamiento desapareció y una oleada de entusiasmo invadió su alma. Sintió que después de una vida entera de sufrimientos ó través de las tinieblas, acababa de ver la dulce, la tranquilizadora, la bienhadada luz.

Aquella noche no durmió. Entregado por completo á la alegría del descubrimiento que acababa de hacer, leyó ávidamente los Evangelios, por entero. Y, como sucede á cuantos comprenden por fin el santo libro, se admiró, leyendo, de comprender claramente el sentido de muchas palabras que leyera otras veces sin darle importancia alguna. Como una esponja absorbe toda el agua que puede contener, así absorbía él cuanto hallaba bueno, noble y alegre en aquel libro. Cuanto leía parecíale que le era familiar, pues lo que leía le confirmaba y explicaba cosas que desde mucho tiempo antes

presentía sin atreverse á darlas por ciertas. Ahora las reputaba verdaderas y creía en ellas.

No solamente reconocía y creía que siguiendo los preceptos del Evangelio, los hombres podrían elevarse al más alto grado de dicha de que eran capaces, sino que reconocía y creía que para un hombre era mejor permanecer sin hacer nada que dejar de aplicar esos preceptos; reconocía y creía que esos preceptos representaban la única razón de ser de la existencia humana, y que, olvidándolos, cometía el hombre una falta que acarrearía un castigo.

Tal conclusión resultaba para Neklindoff del libro; pero, con una claridad y con una fuerza extraordinarias, la vela en la parábola de los viñadores. Estos imaginaban que la tierra que les habían dado á cultivar no era de su dueño, sino de ellos mismos; que lo que había en la viña era para ellos y que su solo deber consistía en hacer servir aquella tierra para su propio goce; olvidando á su dueño y matando á cuantos les recordaban sus obligaciones para con él.

«Así obramos todos,—pensó Neklindoff.—Vivimos en la creencia de que somos los dueños de nuestra vida y de que ésta nos ha sido dada para nuestro regalo. Esa es una creencia insensata. El hombre no ha venido al mundo por su propia voluntad; alguien debe haberle enviado por algún motivo. Pero nosotros hemos decidido olvidar esa evidencia y pensamos que vivimos para nuestro regalo. Y luego nos admiramos si padecemos y sufrimos, como si esto no fuera la consecuencia natural de nuestra situación de obreros que olvidan la voluntad del dueño. Y la voluntad de nuestro dueño está expresada en este librito.

»Buscad el Reino de Dios y lo demás lo obtendréis sin esfuerzo. En vez de buscar el Reino de Dios buscamos lo demás y nos extrañamos de no hallarlo.

»Sí, tal ha sido mi vida. ¡Pero ahora principia otra nueva!»

Efectivamente, aquella noche empezó para Neklindoff una vida nueva: nueva no sólo porque dejó de pensar exclusivamente en sí mismo, esforzándose en servir á los demás, sino nueva sobre todo,

porque todo lo que le ocurrió desde aquella noche, cuanto vió, cuanto hizo, tuvo á sus ojos otra significación que en lo pasado.

El porvenir dirá cómo terminó aquella nueva etapa de su vida.

12 diciembre 1899.

FIN

[\[20\]](#) Rancho se llama á cada uno de los grupos que forman los presos.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
[WWW.ELEJANDRIA.COM!](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**